

JOSÉ CALVO POYATO

# EL ESPÍA

DEL

REY

Historia, mitos y respuestas en una novela de espionaje  
con Jorge Juan como protagonista



## Annotation

España a mediados del siglo XVIII. La Ilustración empieza a ser realidad, pero la Inquisición aún tiene fuerza. Los marinos españoles publican obras de gran importancia científica. Es el caso de Jorge Juan, que ha medido el meridiano terrestre y acaba de publicar un libro sobre ello, pese a los reparos de la Inquisición. Por su parte, el marqués de la Ensenada, principal ministro de Fernando VI, está dispuesto a potenciar la flota moderna capaz de enfrentarse a la británica.

Jorge Juan viaja a Londres como científico para participar en las reuniones de la Royal Society, donde se lo recibe como marino ilustrado, pero la verdadera razón de su viaje es espiar los astilleros ingleses. Adopta para ello una doble identidad: la real y la de un librero que se mueve por los muelles del Támesis y las tabernas portuarias buscando a expertos en la construcción naval. Así, contratará y traerá a España a los hombres que harán realidad los proyectos de Ensenada. Pero al ser descubierto, tendrá que huir de Londres.

En Madrid, Fernando VI y la portuguesa Bárbara de Braganza están empeñados en mantenerse neutrales ante la guerra que enfrenta a británicos y franceses. Ensenada, en cambio, es partidario de la alianza con Francia ya que Gran Bretaña practica el contrabando en nuestras colonias.

La corte, donde se respira un ambiente tan culto -Farinelli es el centro de ese mundo- como mojigato, también es centro de intrigas políticas.

Esta gran historia de espionaje nos permitirá pasear por el Londres del XVIII: por el refinado ambiente de la Royal Society y por tabernas, muelles y tugurios. También por el Madrid dieciochesco todavía anclado en costumbres del pasado, donde respiraremos el ambiente cultural de una época en profunda transformación.

---

**JOSÉ CALVO POYATO**

*El espía del rey*

*Ediciones B, S. A.*

## Sinopsis

España a mediados del siglo XVIII. La Ilustración empieza a ser realidad, pero la Inquisición aún tiene fuerza. Los marinos españoles publican obras de gran importancia científica. Es el caso de Jorge Juan, que ha medido el meridiano terrestre y acaba de publicar un libro sobre ello, pese a los reparos de la Inquisición. Por su parte, el marqués de la Ensenada, principal ministro de Fernando VI, está dispuesto a potenciar la flota moderna capaz de enfrentarse a la británica.

Jorge Juan viaja a Londres como científico para participar en las reuniones de la Royal Society, donde se lo recibe como marino ilustrado, pero la verdadera razón de su viaje es espiar los astilleros ingleses. Adopta para ello una doble identidad: la real y la de un librero que se mueve por los muelles del Támesis y las tabernas portuarias buscando a expertos en la construcción naval. Así, contratará y traerá a España a los hombres que harán realidad los proyectos de Ensenada. Pero al ser descubierto, tendrá que huir de Londres.

En Madrid, Fernando VI y la portuguesa Bárbara de Braganza están empeñados en mantenerse neutrales ante la guerra que enfrenta a británicos y franceses. Ensenada, en cambio, es partidario de la alianza con Francia ya que Gran Bretaña practica el contrabando en nuestras colonias.

La corte, donde se respira un ambiente tan culto - Farinelli es el centro de ese mundo- como mojigato, también es centro de intrigas políticas.

Esta gran historia de espionaje nos permitirá pasear por el Londres del XVIII: por el refinado ambiente de la Royal Society y por tabernas, muelles y tugurios. También por el Madrid dieciochesco todavía anclado en costumbres del pasado, donde respiraremos el ambiente cultural de una época en profunda transformación.

©2017, Calvo Poyato, José  
©2017, Ediciones B, S. A.  
ISBN: 9788490696606  
Generado con: QualityEbook v0.84  
Generado por: Garv76, 27/08/2017





## La Habana, noviembre de 1758

Le resultaba imposible evitar el temblor de sus manos. Era la tercera vez que Claudia Osorio leía aquella carta recibida por la posta ordinaria. Esa había sido su primera sorpresa. Jorge no la había utilizado durante aquellos ocho años, que a ella se le antojaban muchos más. En lo que le decía en aquellas líneas se encontraba la explicación.

Se sentó en la mecedora que había en el porche de la casa, que era el corazón de la hacienda donde había aprendido las técnicas del cultivo del tabaco y de la caña de azúcar y los secretos para elaborar los habanos que dos veces al año enviaban a España, así como el funcionamiento del enorme ingenio donde se extraía el jugo de la caña de azúcar para obtener el guarapo que, sometido a diversos procesos, se convertía en azúcar.

La tarde declinaba y el sol aparecía y desaparecía entre las nubes arrastradas por una brisa que traía sabor a mar. A lo lejos se vislumbraban las fortificaciones del Morro que vigilaban la entrada a la bahía de La Habana. Allí esperó, impaciente, hasta que por la senda vio llegar el calesín con la capota recogida donde venía su madre, acompañada por don Rodrigo, por quien no parecían pasar los años, tal vez porque dedicaba varias horas cada día al arte de la esgrima, de la que era un virtuoso. Don Rodrigo conservaba la imagen de hombre de un tiempo pasado.

Claudia no pudo contenerse y salió a su encuentro. Don Rodrigo tuvo que refrenar las mulas para evitar alguna complicación.

—¡Soooo! —Los animales obedecieron dóciles.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Carta de Jorge!

Doña Catalina vio cómo su hija se acercaba al calesín. Recibir carta de Jorge no era frecuente, pero tampoco había visto a Claudia celebrarlo de aquella manera.

—¿Buenas noticias?

—¡Magníficas! ¡La reina ha muerto! —Se dio cuenta de que se había excedido, pero le había salido del alma.

—¡Claudia, es la reina!

—Lo siento, madre. No he podido evitarlo.

Doña Catalina Garcés bajó del vehículo y se abrazó a su hija. Comprendía su reacción. Aquellos años en Cuba, que en otras condiciones habrían sido un deleite, habían resultado angustiosos en un primer momento por temor a que su presencia allí fuera descubierta y ellas —también don Rodrigo de Arellano—

sabían lo que eso podía significar. Luego, conforme el tiempo pasó, vivieron con cierto sosiego. Con todo, la lejanía y separación de Jorge Juan había supuesto un calvario para Claudia, y su madre compartía su dolor.

—¿Cuándo ha sido?

—El 27 de agosto, en Aranjuez. El rey, según cuenta Jorge, está desolado.

La muerte de doña Bárbara de Braganza abría un resquicio de esperanza para dar el final deseado a una historia que había comenzado diez años antes.

## 1 Madrid, otoño de 1748

Asistía en silencio a la agria polémica. Tocaba su cabeza con una peluca blanca, corta, ligeramente ondulada que le daba un cierto aire aristocrático, algo que parecía desmentir lo atezado de su semblante. El viento, el sol y la lluvia, los fuertes temporales habían dejado huella en su alargado rostro. Tenía el mentón recio, los labios finos y pequeños, que denotaban decisión. Era enjuto de carnes, algo más alto de lo habitual y había cumplido los treinta y cinco. Se llamaba Jorge Juan. Muchos creían que Jorge Juan era su nombre de pila, pero Juan era su apellido.

Como venía haciendo con mucha frecuencia en las últimas semanas, asistía a la tertulia bautizada como el Buen Gusto, una de las más animadas de aquel Madrid alegre y confiado. Se reunía en la calle del Turco, junto a la Carrera de San Jerónimo, cerca del paseo del Prado, en un palacete propiedad de la condesa de Lemos, doña Rosa María de Castro. Se había convertido en asiduo porque le gustaba comentar novedades que llegaban de París y conocer el pulso de la vida cultural de la Villa y Corte, ya que a la tertulia acudían, en número variable, algunas personalidades importantes. Allí se daban cita Agustín de Montiano, el marqués de Valdeflores, José Carrillo, Ignacio Luzán, Blas Nasarre, el conde de Torreplana y el duque de Béjar; amén de un estafalario y polémico personaje que había ganado una cátedra de Matemáticas en Salamanca, que llevaba vacante más de treinta años, por el estado de abandono en que se encontraba en España todo lo que no fuera teología, retórica o, en mucha menor medida, las humanidades. Se llamaba Diego de Torres y Villarroel. Sus planteamientos estaban demasiado anclados en el pasado. Había formado parte de una comisión constituida para juzgar el texto que Jorge Juan y Antonio de Ulloa habían redactado, después de medir el arco del meridiano terrestre en el ecuador y concluir que la forma de la Tierra era esférica, pero achatada por los polos. El catedrático salmantino había puesto numerosos reparos para la publicación de la obra, considerando que el texto era contrario a la doctrina de la Iglesia y que se dejaba seducir por ciertas novedades, cuyo origen se encontraba en los planteamientos de Newton acerca de la irregularidad de la redondez de la Tierra. Torres y Villarroel había adquirido notoriedad con sus almanaques y pronósticos, que publicaba con el pomposo nombre de «Gran Piscator de Salamanca». Se decía que había anunciado la inesperada muerte del joven rey Luis I, cuyo fallecimiento obligó a Felipe V, el padre del monarca ahora felizmente reinante, a ocupar de nuevo el trono, después de haber abdicado y renunciado a sus

derechos.

Estas dificultades habían hecho que Jorge Juan, que llevaba dos años en Madrid, después de regresar de su largo periplo por las colonias, no hubiera visto publicada su obra hasta pocas semanas antes. En algún momento se había planteado pedir destino en la Orden de Malta de la que era miembro, decepcionado al comprobar el poco aprecio que se había hecho al ingente trabajo que Antonio de Ulloa y él habían llevado a cabo. La obra había visto la luz gracias a la intervención de don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, responsable de las secretarías de Hacienda, de Indias y de Guerra y Marina. El ministro había mostrado interés por sus trabajos y esa había sido la primera satisfacción, después de más de diez años de penalidades, privaciones y esfuerzos para alcanzar los objetivos que Felipe V, en el trono cuando emprendió su largo viaje, les había encomendado. La muerte del rey y la subida al trono de su hijo, proclamado como Fernando VI, habían influido en el escaso interés por las investigaciones realizadas.

En el Buen Gusto los asuntos que despertaban mayor interés eran los literarios. Había vehementes debates entre quienes ensalzaban los cánones clásicos, que imperaban de nuevo, abominando del barroco, y aquellos que, defensores de planteamientos más tradicionales, veían en los autores del siglo anterior un momento culminante de nuestra literatura.

Aquella noche había concurrido al palacete de la calle del Turco para ver cómo se fajaban los defensores de Cervantes, Lope de Vega o Calderón de la Barca y quiénes apostaban por los nuevos modelos literarios. Ante asuntos de ese tenor Jorge Juan se limitaba a ser un mero espectador. Tenía como norma, cuando consideraba que sus conocimientos eran escasos, no opinar. El asunto previsto era someter a la crítica la obra de don José Carrillo titulada *La sinrazón impugnada y beata de Lavapiés*, donde daba respuesta a los planteamientos de Nasarre, vehemente defensor de criterios literarios clásicos, que consideraba a Lope y a Calderón corruptores del buen gusto. Sin embargo, el debate no se llevó a cabo, al desatarse una fuerte discusión entre defensores y enemigos de las corridas de toros. Jorge Juan no era aficionado a la tauromaquia, pero defendía la celebración de la fiesta, frente a quienes la detestaban, tachándola de festejo «macabro e irracional». La polémica había surgido con la noticia de que Fernando VI correría con los gastos de la plaza de toros que, con capacidad para 12.000 personas, se construía en un descampado junto a la Puerta de Alcalá.

—No sé cómo Su Majestad ha destinado una suma tan importante para construir ese... matadero —sentenció despectivamente el conde de Torreplana.

—¿Por qué lo decís, señor mío?

El aristócrata miró con desdén a don Diego de Torres y Villarroel.

—Porque la fiesta de los toros ha perdido sus esencias. Los caballeros han dejado que toreros a pie les ganen el terreno.

—¿Eso tiene algo de malo?

—¡Por supuesto! ¡Se trata de plebeyos! ¡Gentes que se enfrentan a los toros a cambio de dinero! ¡Una vergüenza!

—El toreo puede retribuirse al igual que se paga a quien se ejercita en otras tareas.

—¡El toreo es un arte caballeresco! ¡Esos peones lo han convertido en un espectáculo lamentable alejado de la bizarría con que la nobleza ha toreado desde hace siglos!

—Pues yo diría —puntualizó Nasarre— que quienes llenan el coso disfrutan mucho más con los cambios que se están introduciendo en el espectáculo que con los remilgos de unos jinetes que sólo buscan exhibirse y su lucimiento personal.

—¡Efectivamente, vos lo habéis dicho! Lo que era una fiesta de caballeros se ha convertido en un espectáculo. ¡Un espectáculo bochornoso y lamentable! Hoy se da todo por bien empleado con tal de halagar las pasiones del populacho.

—Esa no es la cuestión —terció don Ignacio Luzán.

—¿Ah, no?

—No, señor marqués. La cuestión central está en que las corridas de toros son una fiesta bárbara. Ha de concluir con la muerte del animal o del toreador. Ni toreo a caballo ni a pie. Su Majestad debería prohibir las corridas de toros.

—¡Suprimir las corridas de toros! —exclamó el marqués—. ¿Acaso nos estamos volviendo locos? ¡No sé hasta dónde vamos a llegar con tantas novedades!

—Las corridas de toros contradicen las luces. Están enfrentadas a la razón. ¡No deberían celebrarse! Dios no creó los animales para que se les infligiera una tortura como la que reciben en ese bárbaro festejo.

—Si no hubiera corridas, no habría toros —terció Nasarre—. La bravura de ese animal se mantiene porque es criado para la fiesta. La lidia da al animal la posibilidad de defenderse y tener una muerte honrosa. ¿Acaso preferís vos el cuchillo del matarife?

—¡Es una fiesta bárbara! —insistió Luzán.

—Es cierto que la construcción de ese coso va a suponer un gasto muy importante. Según he oído decir, una cifra muy próxima a los 85.000 doblones —señaló la condesa de Lemos—. Pero Su Majestad ha decidido que la plaza será propiedad del Hospital General y el de la Pasión. Eso significa que contarán con ingresos muy importantes.

—¡Los pobres enfermos están, pues, de enhorabuena! —exclamó el padre

Noriega, conocido por sus posiciones arriscadas y sus aficiones taurinas.

—¿Seguís llamando bárbaras a las corridas de toros? —Torreplana retó a Luzán.

—Por supuesto. ¿Puede justificarse la prostitución porque las rentas del alquiler de las casas de la mancebía se destinen a la atención de los niños de la Casa Cuna?

Un lacayo susurró algo al oído de la anfitriona. La condesa asintió y el criado se acercó a Jorge Juan.

—Señor, preguntan por vos. ¿Deseáis recibirlo o le digo que se marche?

A Jorge Juan le sorprendió. Eran pocos quienes sabían que podía encontrarse allí.

—¿Ha dicho quién es?

—No, señor. Sólo ha preguntado si os encontráis aquí. Debe de traeros algún recado.

El lacayo lo condujo hasta una salita de recibir.

—Aguardad un momento, señor.

Las paredes estaban enteladas con seda. En una de ellas colgaba un cuadro de asunto mitológico que se reflejaba en un espejo veneciano que había frente a la pintura.

Apenas tuvo que aguardar. Quien había preguntado por él llevaba en su mano un pliego lacrado. Lo saludó con una inclinación de cabeza al tiempo que le preguntaba:

—¿Es vuesa merced don Jorge Juan y Santacilia?

—Ese es mi nombre.

—¿El capitán de navío, don Jorge Juan y Santacilia? —insistió para asegurarse.

El marino respondió afirmativamente por segunda vez.

Sólo entonces le entregó el pliego. Jorge Juan comprobó el membrete.

—¿Necesitáis llevar respuesta?

—Lo ignoro, señor. Las órdenes eran localizar a vuesa merced y entregaros el pliego.

—Aguardad.

Se acercó al velón que alumbraba la estancia, rompió el lacre y leyó el texto.

*Al Ilustrísimo señor Don Jorge Juan y Santacilia,  
Capitán de navío de la Armada de Su Majestad Católica,  
caballero de la Orden de Malta...*

*Su excelencia, don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, Marqués de la Ensenada, Secretario de Guerra y Marina de Su Majestad Católica os recibirá en su gabinete de trabajo de dicha Secretaría el próximo viernes, que se contarán catorce días del presente mes, a las nueve de la mañana.*

*Por mandato de Su Excelencia*

*Ilegible*

—Decid a quien os envía que estaré a la hora que se me indica en el lugar señalado.

El mensajero se despidió con otra inclinación de cabeza mientras que Jorge Juan se preguntaba qué querría el secretario de Guerra y Marina. Ser citado por don Zenón de Somodevilla no era una cuestión baladí, solía medir mucho sus decisiones y era enemigo declarado de las improvisaciones tan del gusto de sus compatriotas.

Jorge Juan regresó al salón donde la polémica sobre las corridas de toros no había decaído, pese a que unas criadas vestidas de punta en blanco ofrecían bandejas con bebidas y golosinas varias a los asistentes. Tardó unos segundos en percatarse de una novedad. La joven Claudia Osorio había hecho acto de presencia y charlaba con la condesa. Parecían ajenas al debate entre taurófilos y taurófobos. Doña Rosa María le cogía una mano y le susurraba algo al oído. Hubo un momento en que la mirada de la joven y la del marino se cruzaron. Él la saludó con una leve inclinación de cabeza y ella le dedicó una medida sonrisa. Apenas se conocían. Jorge Juan sabía lo que la condesa de Lemos había comentado el día en que la presentó en la tertulia hacía algunas semanas. Llamó la atención su extraordinaria belleza.

Claudia Osorio acababa de cumplir veinte años. Era espigada y de talle estrecho, su cutis terso y blanco, sin llegar a lechoso. Su melena sedosa y ondulada, de color caoba, parecía diseñada para estar a juego con el azul de sus ojos. La nariz, algo respingona, le daba un toque aún más juvenil a su figura. Pertenece a una familia de hidalgos venida a menos, pero con recursos para vivir con decoro. La mitad de su existencia había transcurrido en París donde su padre, Baltasar Osorio, había trabajado como amanuense y traductor en la embajada española. Había muerto hacía poco tiempo y, según se rumoreaba, en circunstancias un tanto oscuras. Se decía que su cadáver había aparecido flotando en las aguas del Sena cosido a puñaladas. Su muerte había hecho que la viuda y su hija regresaran a Madrid, a una casa que poseían en la calle del

Nuncio. Se decía también que habían recibido por mano anónima una importante suma que, convenientemente administrada, les permitiría vivir sin las estrecheces que solían acompañar a las viudas. Los doblones llegaron acompañados de una carta donde se decía que aceptase aquel dinero sin reparos porque era en pago a los servicios prestados por su difunto esposo. Todas las indagaciones realizadas por doña Catalina Garcés, así se llamaba su madre, para conocer la procedencia del dinero habían resultado inútiles. Era un enigma más de los que habían envuelto la vida de su esposo, terminada de forma tan trágica.

Claudia Osorio había recibido una esmerada educación que iba más allá de la danza, música, canto y urbanidad, que era la instrucción de las jóvenes de buena cuna en España. Había estudiado Matemáticas y Física. Leía a los clásicos en latín y poseía rudimentos de griego, algo poco frecuente. También ella se había convertido en una asidua del Buen Gusto después de que la condesa le abriera las puertas de su casa en aquel trance.

Doña Rosa María batió palmas. Deseaba poner punto final a la agria polémica, pero no le resultó fácil apaciguar los ánimos. Sólo lo consiguió tras varios intentos.

—Escuchad, amigos míos. He de hacer un anuncio que requiere de vuestra atención.

A Jorge Juan las palabras de la anfitriona le llegaban como un eco lejano. No dejaba de preguntarse qué podía querer el poderoso marqués de la Ensenada. Aquel mensaje confirmaba lo que se decía sobre la red de espías que estaban a su servicio. Por eso lo habían localizado. Se decía que don Zenón estaba más interesado en tener información de lo que ocurría que en resolver los asuntos propios de los ministerios a su cargo. Era una calumnia. Ensenada era competente en el desempeño de sus tareas de gobierno. Concedía gran importancia a poseer información y había valorado mucho la información que Jorge Juan le proporcionó acerca de la presencia de colonos ingleses en las islas Malvinas frente a las costas del Río de la Plata, donde se estaban instalando de forma fraudulenta para explotar la pesca de ballenas que abundaban en aquellas aguas.

Su curiosidad tendría que esperar para verse satisfecha. La cita era para dentro de varios días. Prestó mayor atención a las palabras de la anfitriona cuando concretó su anuncio.

Queridos amigos, como quiera que el análisis de la obra de nuestro admirado don José Carrillo —miró al autor de *La sinrazón impugnada y beata de Lavapiés*— ya no será posible acometerlo con los honores que merece, nuestra querida Claudia va a interpretar una pieza compuesta por Carlo Broschi, que se estrenó hace unos días en palacio.

Una ovación cerró las palabras de doña Rosa María que, sin soltar la mano de Claudia, la acompañó hasta el clavicordio. La joven hizo un breve comentario sobre la pieza, indicando que doña Bárbara de Braganza quedó tan satisfecha que lo invitó a compartir con ella y sus damas la excursión que al día siguiente realizaron a la Biblioteca Real, donde el director de la Real Academia de la Lengua les mostró los valiosos incunables que se guardan en ella.

Los presentes buscaron acomodo en divanes y sillones para disfrutar de la tonada. El duque de Béjar aprovechó para hacer un comentario malicioso al contertulio con quien compartía diván.

—Las damas de Su Majestad no corrían peligro alguno con tal compañía.

El silencio se impuso apenas sonaron los primeros acordes de la pieza compuesta por el *castrato* italiano a quien en Madrid y media Europa se conocía con el nombre de Farinelli. Los dedos de las blancas y delicadas manos de Claudia volaban sobre el teclado embelesando a los congregados. Tocaba con el virtuosismo propio de un profesional. Si alguno de los enfrascados en la discusión se había sentido incómodo al ver cómo la anfitriona la cortaba de raíz, cuando aún guardaba munición con la que disparar, su malhumor se deshizo como un azucarillo en un vaso de agua. La interpretación de Claudia era un alarde y cuando concluyó fue premiada con una cerrada ovación y un interminable rosario de parabienes.

El último en felicitarla fue Jorge Juan. Desde que la conoció, la belleza de Claudia había llamado su atención. Al besar su mano quedó sorprendido con las palabras que la joven casi susurró a su oído.

—Me han interesado mucho sus *Observaciones astronómicas y físicas*. Os felicito. No sólo he aprendido, su lectura me ha resultado de lo más placentera. Los conceptos están expresados con mucha claridad y sus aportaciones al conocimiento de nuestro planeta me parecen valiosísimas. Sin duda, es el fruto de un trabajo de muchos años, minucioso y metódico.

Jorge Juan la miró a los ojos. Ella, levemente ruborizada, le sostuvo la mirada. Era insólito que una joven leyera un tratado científico de aquel tenor. El

título del libro al que Claudia se había referido era *Observaciones astronómicas y físicas hechas en los reinos del Perú*, a cuya publicación se había opuesto Torres y Villarreal. Estaba tan sorprendido que, por un momento, pensó que las palabras de la joven eran un cumplido. La lectura era algo poco habitual entre las mujeres en España y menos aún que lo hubiera leído cuando sus páginas todavía olían a tinta fresca. Acababa de salir del taller del impresor Juan de Zúñiga. Incluso entre los círculos más interesados por la ciencia no eran muchos quienes lo habían leído y la mayoría ni siquiera conocía su existencia.

—¿Queréis halagarme?

Claudia frunció el ceño.

—¿Por qué decís eso?

Si el comentario acerca del libro lo había sorprendido, su pregunta lo desconcertó.

—Aventurar que vuestras palabras sólo eran un halago ha sido un lamentable error. Disculpadme, Claudia.

—Estáis disculpado, pero nada más lejos de mi ánimo que halagaros, señor. ¿Por qué había de hacerlo? No tengo obligación alguna hacia vos. Mi comentario es fruto del deleite que me ha producido su lectura. Adquirí un ejemplar la semana pasada en casa de Pedro Vivancos, el mercader de libros de la calle... calle... —dudó un momento—. No recuerdo el nombre, pero es la calle donde está el colegio de los padres de la Compañía.

—Esa es la calle de Toledo y el colegio es conocido como Imperial.

—El librero me dijo que era el primero que vendía.

—Decidme, ¿sois versada en astronomía, geografía, geometría y trigonometría?

—Sólo conocimientos rudimentarios. Pero han sido suficientes.

El marino no salía de su incredulidad. Las *Observaciones* no eran un texto fácil para quien no dominase aquellas materias. Comprender lo que se exponía suponía tener ciertos conocimientos en esas disciplinas. Algo que no era frecuente fuera de círculos muy reducidos y, desde luego, poco menos que materia prohibida para las mujeres.

—La verdad es que estoy algo más que satisfecho porque hayáis leído mi libro.

—Lo he leído, don Jorge, de principio a fin y ya que nuestra conversación ha caminado por estos derroteros, además de deciros que me parece un trabajo excepcional, añadiré... —Claudia vaciló un momento, apenas lo conocía y el añadido podía molestarle.

Fue él quien la invitó a seguir:

—¿Qué ibais a añadir...?

—Disculpadme, no he debido... Mi preceptor tenía razón, soy demasiado impulsiva.

—Por favor, os lo suplico. Me gustaría conocer el comentario que no ha salido de vuestros labios. —Claudia estaba azorada, pese a lo cual Jorge Juan insistió—: Por favor...

—Primero prometedme que no os molestaréis con la observación que voy a haceros.

—¿Molestarme? ¡Por el amor de Dios, Claudia! Sois la primera persona que me hace una observación después de haber leído mi obra.

—Si ese es vuestro deseo... —Su tono era de pedir disculpas anticipadas—. No entiendo cómo habéis deslizado un error de bulto en una obra tan perfilada. Tuve que leer aquellos párrafos varias veces. Pensaba que era yo quien no comprendía lo que estaba escrito.

—¿Un error, decís?

—Bueno... al menos yo lo considero así.

—¿Seríais tan amable de decirme cuál es ese error?

—En mi opinión, os equivocáis al apuntar que es falsa la teoría de Copérnico de que es el Sol y no la Tierra el centro del universo. No puedo explicarme que rechacéis los planteamientos de Copérnico. En toda Europa su teoría heliocéntrica es admitida sin discusión. Es un principio fundamental para entender cómo se rige el movimiento de los planetas. No hay duda de que giran en torno al Sol.

Jorge Juan miró a su alrededor. Claudia no había bajado el tono de voz. Se acercó a ella para que nadie más pudiera escuchar lo que iba a decirle.

—¿Vos creéis que el Sol es el centro del universo?

—Sin duda. Copérnico tenía razón —afirmó Claudia con total convicción.

A Jorge Juan lo alivió comprobar que los demás estaban ajenos a su conversación. Formaban dos corros donde se opinaba con vehemencia. Las afirmaciones de la joven eran arriesgadas si llegaban a determinados oídos... No deseaba, sin embargo, que la conversación terminase, era un deleite. Buscó una pregunta para prolongar el momento.

—¿Sería indiscreto preguntaros cuánto tiempo lleváis en Madrid?

—No es indiscreción. Mañana hará dos meses. He pasado casi trece años en Francia. Cuando nos marchamos a París era una niña que acababa de hacer la primera comunión.

Jorge Juan asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Eso explica la libertad con que expresáis vuestras opiniones. Os confesaré algo, amiga mía. —Bajó aún más el tono de su voz hasta convertirla en un susurro—. También yo estoy convencido de que el Sol es el centro del

universo.

Claudia arrugó la frente.

—Entonces, ¿por qué dejáis caer en vuestro libro que la teoría de Copérnico es falsa?

Jorge Juan se encogió de hombros en un gesto que tenía mucho de resignación.

—Porque sólo así he podido conseguir los permisos necesarios para imprimirla. La teoría de Copérnico es considerada herética por la Iglesia. La Inquisición no aceptaba que las *Observaciones* se dieran a la estampa si no había un rechazo a la tesis de Copérnico. Lo más que conseguí fue desarrollar la cuestión formulando la posibilidad de que sus planteamientos no fueran falsos. Presentándola como una hipótesis, basada en un error, pude obtener el *nihil obstat*.

—¿No puedo creerlo! ¿Eso es materia de fe?

—Es evidente que vuestra ausencia de España no os permite conocer el complejo mar por el que navega la ciencia en nuestro país. La Iglesia sigue rechazando que la Tierra se mueve como afirmó Galileo, cuando todas las observaciones señalan que la sucesión de días y noches es consecuencia de que nuestro planeta rota sobre su eje y completa un giro cada veinticuatro horas.

—¿Pero vuestra obra tiene sentido si se admite esa realidad y se aceptan los planteamientos de Copérnico! —Claudia había elevado de nuevo el tono de su voz.

Jorge Juan miró una vez más a los contertulios.

—Sed discreta, Claudia. Cuando hagáis afirmaciones que no tienen el beneplácito de Roma, bajad la voz. Nunca se sabe quién puede estar oyendo, y ciertas afirmaciones pueden resultar peligrosas.

Consideraron oportuno dar por finalizada su conversación y se acercaron a un corrillo donde se polemizaba sobre la calidad literaria del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Algunos consideraban superior la obra de Alonso Fernández de Avellaneda que, aparecida con ese título, llevó a Miguel de Cervantes a escribir la segunda parte de su novela. Todos opinaban y ello llevó a Claudia a susurrar al oído de Jorge Juan:

—Me asombra comprobar cómo en España todos opinan de todo. Desde que estoy en Madrid no he oído a nadie indicar que no tiene los conocimientos suficientes para tener formada una opinión sobre un determinado asunto.

Se les acercó don Luis Noriega, un clérigo que desde que Claudia apareció por el Buen Gusto había mostrado una actitud de rechazo hacia la joven. Tenía una nariz ganchuda sobre la que encontraban asiento unas lentes que le servían para ver de lejos; cuando fijaba su vista en algo cercano miraba por encima de

ellas. Se aferraba a posiciones tradicionales y abominaba de cualquier novedad. Algunos contertulios no acababan de comprender cómo doña Rosa María lo había invitado a formar parte del Buen Gusto. Allí, aunque se sostenían posturas encontradas, se debatían novedades y se rendía culto a la razón; una de las normas era considerar proscrito el criterio de autoridad para sostener un planteamiento. El interés por los nuevos gustos literarios y artísticos y las novedades no eran obstáculo para defender posiciones ancladas en la tradición, pero las intervenciones del padre Noriega eran de un dogmatismo que resultaba excesivo incluso para quienes mantenían posiciones en consonancia con sus puntos de vista.

—He visto la obra que vuesa merced acaba de publicar —comentó Noriega, aunque mirando fijamente a Claudia—. En ella se vierten opiniones atrevidas, muy atrevidas.

—¿Se refiere vuestra paternidad a negar veracidad a la hipótesis de Copérnico?

—Eso no es atrevimiento —replicó con cierto desdén—, sino ortodoxia.

Claudia recordó lo que Jorge Juan le había dicho y optó por guardar silencio. No tenía ganas de polémica con el clérigo que le mostraba una animadversión que iba mucho más allá del desacuerdo. Lo comentó con su madre, quien le dijo que el clérigo era pariente retirado y que en la familia se vivieron enfrentamientos por cuestiones de herencia. Noriega la había tildado de sabihonda y listilla, y en una ocasión había llegado a calificarla de procaz. La anfitriona, muy enfadada, le obligó a pedirle disculpas. A nadie podía considerársele desvergonzado por sostener una opinión contraria.

Jorge Juan no se privó de preguntarle:

—¿En qué fundamentáis vuestra opinión sobre el atrevimiento?

El clérigo carraspeó, como si necesitara aclararse la voz.

—He de confesaros que no he leído vuestro trabajo. Sólo... sólo lo he hojeado en la librería de Vivancos.

Claudia no pudo morderse la lengua esta vez.

—¿Cómo habla vuestra paternidad de atrevimiento? Me parece que sois vos el atrevido.

—¡Deslenguada! —Noriega había perdido la compostura.

—¿Deslenguada porque considero inconveniente que se opine sobre lo que no se conoce?

El sacerdote la miró con ira por encima de las lentes. No estaba acostumbrado a que se le hablase de aquella forma y menos aún una mujer.

—Vuestra impertinencia supera vuestra habilidad para tocar el clavicordio. Sois una de esas damas pizpiretas que presumen de meter la nariz en cuestiones

que no son de su incumbencia.

—¿Lo decís por inmiscuirme en vuestro comentario a la obra del señor Juan o porque consideraréis que al ser mujer no debo hacer ciertas observaciones?

—Por ambas cosas —farfulló Noriega visiblemente enfadado.

—En tal caso, os diré que mis conocimientos son limitados. Pero, a diferencia de vos, no suelo opinar de aquello que no conozco.

—Sabed que vuestras opiniones acerca de cómo está configurado el universo están muy lejos de lo que sostiene nuestra Santa Madre Iglesia. Adjudicar al Sol el papel que corresponde a la Tierra tiene un punto de herejía porque afecta al dogma. —El semblante de Jorge Juan se ensombreció. Habría jurado que nadie había oído su conversación con Claudia, pero las palabras del clérigo señalaban que no era así—. No me extrañan en vos esas opiniones. En París, según mis noticias, unos peligrosos sujetos se burlan de algunos principios sagrados y analizan a la limitada luz de la razón cuestiones que escapan a la inteligencia humana. Creo que se llaman a sí mismos filósofos y para ellos no existen otras verdades sino las que su razón comprende.

—¿Os referís a Voltaire, a Rousseau, a Diderot o a D'Alambert?

—¡A esos, a esos librepensadores! —Noriega la señaló con un dedo acusador—. ¡Su soberbia es tan infinita como su ignorancia!

—Esos hombres —replicó Claudia, aparentando serenidad— únicamente pretenden que la razón sea la luz que ilumine el conocimiento y rechazan que el criterio de autoridad sea suficiente para aceptar lo que no es explicable racionalmente.

—Vuestra posición es incorregible, señorita Osorio. O ¿tal vez preferís que me dirija a vos como *madama* Osorio?

Había pronunciado la palabra de forma que podía considerarse un insulto, al ser susceptible de una interpretación ofensiva para una dama.

—¡Cómo os atrevéis!

El clérigo se limitó a mirarla por encima de sus lentes. En sus ojos había algo turbio. Claudia notó cómo un escalofrío le subía por la espalda e instintivamente se agarró al brazo de Jorge Juan, como si fuera la tabla de salvación a la que se aferra un náufrago.

El padre Noriega saludó a Jorge Juan con una inclinación de cabeza y se dio media vuelta ignorando a Claudia. Con voz destemplada pidió a un criado su manteo y su teja.

Jorge Juan aguardaba en la antecámara del gabinete de trabajo de don Zenón de Somodevilla. Se había puesto el mejor de sus uniformes que lo señalaban como un oficial de la armada de Su Majestad. No se sentía cómodo en un lugar como aquel. La antecámara de un ministro del rey era lugar de cita para cortesanos, leguleyos, pedigüenos e incluso desocupados que mostraban allí el palmito, presumiendo de amistades que no tenían y cuyo principal oficio era medrar con las fuentes del poder. Desde que recibió la cedulilla se había preguntado mil veces la razón de la cita con el marqués de la Ensenada. Habían sido días de inquietud por la disputa de Claudia y el padre Noriega, que no había vuelto por el Buen Gusto. No podía olvidar la mirada que había dirigido a la joven. Tampoco Claudia se le iba de la cabeza. Hasta entonces nunca le había sucedido que una mujer ocupase el centro de sus pensamientos hasta desplazar, incluso, la curiosidad suscitada por la cita con uno de los hombres más poderosos del reino.

Aquella mañana las reuniones del secretario de Guerra y Marina, a tenor de la cantidad de gente que aguardaba en la antecámara, debían de ser numerosas. Todo iba con retraso y la hora de su cita había sido ampliamente sobrepasada. Ajeno a los corrillos, permanecía ensimismado en sus pensamientos y cada vez más incómodo por la larga espera. Sacó del bolsillo de su blanco chaleco el reloj que sujetaba una leontina de oro y comprobó que pasaba casi una hora de la fijada para ser recibido.

Llamó su atención un murmullo que llenó la antecámara al abrirse la puerta del gabinete de don Zenón y salir, con las tejas en la mano y los manteos al brazo, dos jesuitas a los que el negro de sus sotanas les hacía parecer más altos y enjutos de lo que eran. La seriedad de su semblante, el paso agitado y el silencio con que cruzaron la antecámara era indicio de que su entrevista parecía no haber discurrido por el mejor camino.

Uno de los ujieres nombró a otra de las personas que hacían antecámara. La incomodidad del marino creció. A aquel paso podía estar aguardando toda la jornada. Por eso se sorprendió al comprobar que otro ujier se le acercó.

—¿Es vuesa merced el capitán de navío, don Jorge Juan y Santacilia?

—Sí, soy yo.

—Tened la bondad de acompañarme. Su excelencia ha preguntado por vos.

Jorge Juan se levantó y cogió el bicornio negro con galón dorado que había dejado sobre el banco. Caminó erguido ante la curiosidad de los presentes que lo

miraban en silencio. Sólo se oía el resonar de las altas botas del marino. El ujier lo condujo hasta una puerta donde un granadero montaba guardia. Al verlo, el soldado adoptó una postura más marcial y lo saludó haciendo sonar los tacones de sus botas. Jorge Juan le devolvió el saludo.

El austero despacho donde lo recibió Ensenada no era el lugar que esperaba. Sus paredes estaban desnudas, salvo un retrato de Fernando VI pintado por Van Loo mucho antes de que subiera al trono. El mobiliario era el imprescindible en un despacho; también había un caballete sobre el que había una pintura con las instalaciones del arsenal de la Carraca. Le extrañó porque Jorge Juan conocía la afición del marqués por el boato. Su amor al lujo competía con su eficacia como gobernante. Solía asistir a los actos protocolarios de la corte luciendo levitas de ricos tejidos, perfectamente cortadas y profusamente adornadas. Gustaba vestir camisas de fina batista con la pechera y los puños llenos de costosos encajes, usaba chalecos largos confeccionados con ricas telas que encargaba a los más prestigiosos sastres. No reparaba en gastos a la hora de elegir sus pelucas y gustaba de mostrar, prendidas a sus chalecos, siempre de llamativos colores y lujosos bordados, las bandas, cruces y condecoraciones que por su brillante carrera al servicio público le habían dispensado tanto el monarca reinante como su padre, el rey Felipe V, con quien se había inaugurado la dinastía borbónica en España. Afirmaba que, al no estar casado y no tener que sostener una esposa y una familia, empleaba los dineros que Su Majestad tenía a bien pagarle en su propia persona. El lujo en el vestir era una de las mayores críticas que le hacían sus enemigos porque podían disentir de sus planteamientos y preferencias políticas, pero tenían que guardar silencio ante la probada honradez del ministro y el destino que daba a los recursos de la Real Hacienda que pasaban por sus manos y que siempre eran empleados con el propósito de alcanzar los objetivos trazados en los ramos de la administración que el rey le encomendaba.

Si la sencillez del despacho sorprendió a Jorge Juan, el ministro tampoco ofrecía la imagen con que solía aparecer en público. Vestía una sencilla camisa blanca y una levita de buen paño, pero sin concesión alguna al lujo. Don Zenón apenas había cumplido cuarenta años y su aspecto no mostraba los muchos trabajos a que había estado sometido desde muy joven. Tenía la cabeza descubierta, mostrando su cabello natural: abundante, corto y grisáceo. Estaba afanado en la lectura de unos papeles y aparecía, tras su mesa, enmarcado por dos rimeros de legajos tan altos que parecía cosa de milagro que se mantuvieran en equilibrio.

El ujier, que se había limitado a dar un golpecito en la puerta sin esperar autorización para entrar, anunció la visita con voz grave:

—Excelencia, el capitán de navío don Jorge Juan y Santacilia.

Ensenada mantuvo unos segundos la cabeza gacha, como si estuviera acabando de leer el documento que concentraba su atención. Luego se puso en pie, unió sus manos en la espalda y, sin decir palabra, clavó su mirada en el marino, que permanecía firme, como correspondía a un oficial de la armada que se presentaba ante el máximo responsable de la marina real. No era la primera vez que se veían. Habían sido presentados por un alto mando de la armada cuando Ensenada quiso conocer algunos detalles del informe secreto que Jorge Juan y Antonio de Ulloa habían elaborado al tiempo que realizaban las mediciones del arco del meridiano en tierras americanas. Luego había prestado su apoyo para que se publicasen las *Observaciones*. Don Zenón lo miraba con tal detenimiento que parecía un mercader comprobando la calidad de un objeto y calculaba el precio que podía pagar. Estaba calibrando al hombre que tenía delante y, en cierto modo, abusando de su condición de superior.

Ensenada presumía de ser un conocedor del alma de los hombres y era cierto que no solía errar a la hora de escoger a sus colaboradores. Eso le permitió comprobar que en su mirada se adivinaba un hombre decidido, como había dejado constancia en las acciones emprendidas al servicio de Su Majestad. Había estudiado con detenimiento su hoja de servicios y todo lo que en ella había consignado señalaba que en él se daba una extraña combinación de erudito ilustrado y hombre de acción. Era justo lo que necesitaba.

—Me alegra volver a veros, capitán —dijo por fin el ministro.

—A las órdenes de vuestra excelencia.

—Descansad, capitán, descansad.

—Gracias, excelencia. También para mí es un placer volver a veros, señor.

—Tomad asiento. —Don Zenón señaló un sillón junto a la ventana del recoleto despacho frente al que ocupó él—. Supongo que esta cita habrá despertado vuestra curiosidad.

—Así es, excelencia.

—Tengo entendido que estabais en la tertulia que se reúne en la casa de la condesa de Lemos.

—En efecto, excelencia.

—También asiste a ella una adorable jovencita que acaba de llegar de París, que se llama... se llama. —Don Zenón aparentó no recordar el nombre y Jorge Juan se percató de que era teatro—. ¿Cómo se llama esa joven?

—Supongo que vuestra excelencia se refiere a Claudia Osorio.

—¡Exacto! Claudia Osorio. Me han dicho que es persona de mente muy abierta.

—Lo es, excelencia.

—Tengo entendido que su padre murió en París. ¿Habéis oído algo sobre esa muerte?

—Muy poco, excelencia. La señorita Osorio no me ha hablado de ese luctuoso hecho. Sé lo que circula entre los miembros de la tertulia.

—¿Qué se dice?

A Jorge Juan lo sorprendía el rumbo que había tomado la conversación. ¿Lo había llamado el ministro para hablar de aquello?

—Al parecer encontraron el cadáver flotando en las aguas del Sena. Supongo que para ella debe de ser doloroso hablar de ese asunto.

—Es la misma información que yo poseo. Baltasar Osorio apareció en el Sena cosido a puñaladas. Ha sido una pérdida lamentable, casi irreparable para mí.

Jorge Juan no se atrevió a preguntar por qué consideraba la muerte del padre de Claudia como una pérdida irreparable. Había oído decir que trabajaba como amanuense en la embajada.

—Decidme, capitán, ¿qué se dice de nuestra literatura en esa tertulia?

La pregunta lo desconcertó. Aquella cita no podía ser para obtener información de lo que se decía en el Buen Gusto. Ensenada tenía muchos otros caminos para saberlo.

—Como vuestra excelencia ha dicho antes, se dan cita hombres de letras cuyos pareceres son encontrados. Hay quienes defienden la obra de los ingenios del pasado siglo y se muestran devotos de la obra de Cervantes, de Lope o de Calderón, si bien ganan terreno quienes consideran que corrompieron las esencias de la buena literatura.

—¿Los debates sólo discurren por esos predios?

—También se someten a juicio otras materias. Hace pocos días se desató, con motivo de la plaza de toros que se construye junto a la Puerta de Alcalá, un debate entre quienes rechazan el nuevo cariz que están tomando las corridas de toros...

—¿Nuevo cariz? ¿A qué os referís?

—Al hecho de que el toreo a pie goce de más aprecio que el ejecutado a caballo. También se polemizó entre quienes consideran la tauromaquia parte de nuestra cultura y quienes abominan de ella, considerando propias de bárbaros las corridas de toros.

—Os supongo al tanto de que Su Majestad corre con los gastos de construcción de esa nueva plaza. Esas obras van a costar más de ochenta mil doblones.

—Esa fue la causa que dio lugar al debate.

—¿Se debatió en qué gasta Su Majestad el dinero?

—No, excelencia. Se comentó que la plaza pasará a ser propiedad de unos hospitales que están bajo el patronazgo de Su Majestad.

En los labios de Ensenada se insinuó una sonrisa difícil de definir.

—Está bien que se sometan a juicio las decisiones. Siempre y cuando se respeten ciertas condiciones. ¿No os parece?

—Desde luego, señor.

—Bien, capitán. No es para tener conocimiento de lo que se debate en esa tertulia por lo que os he citado, sino para plantearos una cuestión sumamente importante de cara a nuestras relaciones exteriores.

—Eso son palabras mayores, excelencia.

—Puedo aseguraros que no exagero un ápice.

Ensenada se levantó, indicando al marino que permaneciera sentado y se acercó a su mesa de trabajo. Buscó entre los legajos. Jorge Juan comprendió de repente que el ministro había sostenido la conversación sobre todo lo anterior para romper el hielo inicial. Las palabras que acababa de pronunciar anunciaban algo importante. No le arredraba una misión complicada. Había trabajado sin descanso durante más de diez años y en medio de grandes dificultades para llevar a cabo la misión que le fue encomendada en las Indias por el anterior monarca.

Ensenada regresó al sillón trayendo un legajo en sus manos.

—Como sabéis, nuestra flota cuenta con dieciocho navíos de línea, incluyendo los tres que tenemos aún en los astilleros y un número inferior de fragatas, varias de ellas inservibles, y algunos barcos menores. No disponemos del poderío naval necesario para defender nuestras colonias de los ataques de quienes desean ocupar el lugar que nosotros tenemos en las Indias. La marina británica cuenta con cerca de cien navíos de línea y la suma de sus fragatas y embarcaciones menores es casi el doble. En la pasada guerra lo pasamos mal en Portobello, aunque el almirante Lezo les dio una buena tunda en Cartagena de Indias. ¿Conocéis la historia de la medalla de Cartagena?

—No, excelencia.

—Es curiosa. La superioridad británica era tal que les perdió su soberbia. Después de saquear Portobello, la impresionante flota del almirante Vernon, que sumaba más de ciento ochenta barcos en total, puso rumbo a Cartagena de Indias. Su propósito era rendir la plaza que es una piedra angular en nuestro sistema defensivo colonial. Después de lo ocurrido en Portobello, estaban convencidos de que sería una presa fácil, pese a la protección de sus fuertes bastiones y murallas. Sabían que Lezo sólo disponía de seis barcos. Decidieron acuñar una medalla en cuyo anverso podía verse a Lezo arrodillado ante Vernon, entregándole su espada y rindiendo Cartagena de Indias.

—¡Pero si no se apoderaron de la ciudad! ¡Don Blas de Lezo les infligió una severa derrota! ¡El que salió trasquilado fue Vernon!

—Esa es la curiosidad de esa medalla. —Ensenada fue a la mesa y sacó de un cajón de su mesa una bolsilla de terciopelo en la que había una moneda que mostró a Jorge Juan.

—¿Esta es la medalla?

—Una de las pocas que no han sido destruidas.

Jorge Juan la observó detenidamente. Blas de Lezo arrodillado a los pies de Vernon entregaba su espada. En la otra cara se veía la flota inglesa ante Cartagena de Indias.

—Así que acuñaron las monedas pensando que la plaza ya era suya.

—Exacto. —Ensenada recogió la medalla y la devolvió al cajón—. Como suele decirse, vendieron la piel del oso antes de cazarlo. Cuando a Londres llegó la noticia de que su flota había sufrido un gravísimo descalabro ante los muros de Cartagena, su rey ordenó que se recogieran las medallas y se fundieran todas para hacerlas desaparecer. Esa que habéis visto me la envió... un amigo de Londres.

—Increíble.

—Pero es cierto. Jorge II llegó más lejos. Prohibió que se hablase de lo ocurrido en Cartagena. No podía soportar la humillación de aquella derrota y menos aún el ridículo que suponía haber acuñado esa medalla.

Jorge Juan sabía que don Zenón de Somodevilla, que no tenía el mejor concepto de los ingleses, había disfrutado contándole aquella historia. Con habilidad había relajado la tensión que habían provocado sus palabras. La posición de Ensenada era aliarse con Francia y estar preparados para luchar contra Inglaterra, a la que consideraba un enemigo natural. No le faltaba razón teniendo en cuenta los graves perjuicios que causaba el contrabando que los ingleses practicaban en las Indias como una actividad habitual.

—En lo que se refiere a la existencia de esa medalla han logrado que no se difunda la noticia —puntualizó Jorge Juan.

—Pero no olvidarán la humillación. A la primera oportunidad tratarán de devolvérsola. Por eso estoy trabajando en un proyecto que presentaré a Su Majestad sobre el aumento de nuestra flota hasta disponer de sesenta navíos de línea y otras tantas fragatas.

—Esa sería una poderosa armada. ¿Cree vuestra excelencia que tenemos recursos para acometer ese plan en nuestros astilleros?

—El Ferrol, Cartagena y la Carraca están en condiciones de acometer esa empresa. También el de La Habana. Disponen de instalaciones adecuadas para armar buenos navíos de línea. Nuestras fundiciones de Cantabria cuentan con

medios para fabricar los cañones que necesitarán esos barcos. No será fácil, pero podemos conseguirlo.

—¿Aceptará Su Majestad ese programa de construcción naval? Ha aprovechado la primera oportunidad para impulsar la paz firmada en Aquisgrán y, por lo que tengo entendido, está dispuesto a mantenerla a toda costa.

—Es cierto. Pero no lo es menos que, si se quiere mantener la paz, hay que estar preparado para la guerra.

—Es el último recurso, señor.

Ahora a Jorge Juan la conversación con el ministro le parecía de lo más ilustrativa. Conocer por su boca los planes para reforzar la armada era un lujo al alcance de pocos. Como marino le satisfacía comprobar que estaba dispuesto a devolver a España la potencialidad naval que había tenido en otro tiempo, cuando los viejos galeones, ya desaparecidos de las aguas oceánicas, eran dueños de los mares. También él estaba convencido de que sólo con una armada poderosa las insolencias de los ingleses, que había comprobado personalmente en los años pasados al otro lado del Atlántico, tendrían el reparo necesario. Pero seguía sin entender la causa de aquella cita. La diferencia jerárquica que lo separaba de don Zenón hacía que no se atreviera a preguntarle por la razón de su presencia en aquel despacho.

—A veces es inevitable y antes o después tendremos que enfrentarnos con ellos, capitán. Lo que pretendo es que cuando llegue ese día podamos hacerlo con posibilidades de éxito. Los ingleses son astutos. Han logrado que en el continente ninguna potencia sea hegemónica. Mientras, ellos son dueños de los mares y pueden dar cobertura a la voracidad de las compañías de negreros que introducen esclavos en nuestros dominios, a su deseo de colocar las manufacturas de sus talleres en nuestras colonias y a su ambición por apoderarse de territorios que resultarían muy convenientes para el desarrollo de sus actividades, como la zona de Campeche donde se cría el palo de tinte que necesitan para dar colorido a sus tejidos. No olvidéis lo ocurrido en cabo Passaro. ¿Habíais nacido?

—Tenía cinco años, excelencia.

—¿Sabéis lo que ocurrió frente a las costas de Sicilia?

—Sí, señor, los ingleses atacaron nuestra flota sin que hubiera una previa declaración de guerra. Sorprendieron al almirante Gaztañeta y nos infligieron una severa derrota.

—¡Unos bribones! ¡Nos atacaron, sin mediar una declaración de guerra! — Jorge Juan asintió con un leve movimiento de cabeza—. Por eso es necesario disponer de una gran flota. Construir un navío de línea es costoso, pero lo es más todo lo que se puede perder si no disponemos de esos barcos.

—¿Está la Real Hacienda en condiciones de afrontar ese gasto?

—Ese, amigo mío, no es el principal de nuestros problemas. —Jorge Juan arqueó las cejas. Era una pregunta sin palabras—. ¿Qué pensáis del sistema de Gaztañeta?

Jorge Juan pertenecía a una generación de marinos salidos de la Academia de Guardiamarinas que hacía ya algunas décadas se había fundado en Cádiz, coincidiendo con el traslado a esta ciudad de la Casa de Contratación que controlaba el monopolio del comercio con las Indias. La armada contaba con varias promociones de oficiales con una sólida formación en la que eran de suma importancia los estudios de Geometría, Trigonometría, Astronomía, Cálculo, Geografía, Cartografía... también estudiaban técnicas de construcción naval sin descuidar las Humanidades y disciplinas como la Danza o la Música, que eran imprescindibles para la adecuada formación de un caballero.

—En la Academia leí su libro acerca de las proporciones que debían tener los navíos y las fragatas. Es el que se ha empleado desde entonces en nuestros astilleros.

—No habéis respondido a mi pregunta.

—Señor, no soy quién para juzgarlo.

En los ojos del ministro asomó un destello de satisfacción. No se había equivocado a la hora de elegir a quien iba a encomendar una de las misiones más delicadas desde que ocupaba cargos de responsabilidad. Conocía del marino lo que constaba en su expediente, que hablaba con fluidez francés e inglés. No había dudas acerca de su formación científica. Había destacado en la Academia, donde sus compañeros lo llamaban Euclides por sus conocimientos matemáticos. La obra que acababa de publicar revelaba que las cualidades mostradas en aquellos años se habían asentado. Ahora la conversación le revelaba al hombre. Había comprobado que era discreto.

En aquel momento se oyeron unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante!

El mismo ujier que había acompañado a Jorge Juan se acercó al ministro y le entregó un billete.

—La noticia que su excelencia estaba aguardando.

—Gracias, puedes retirarte. —Ensenada no prestó atención a la nota que tenía en su mano. Una vez solos comentó—: Tengo entendido que estáis a la espera de destino e incluso que os habéis planteado ocupar un cargo en la Orden de Malta.

Otra vez lo sorprendió. Era lógico que el ministro de Guerra y Marina supiera que estaba en expectativa de destino. Disponía de toda la información al respecto. Sin embargo, que aludiera a la posibilidad que había barajado de

ocupar un cargo en la Orden de Malta, de la que era caballero, venía a ratificar que su red de espías era mucho más que un rumor. Casi nadie estaba al corriente de que contemplaba esa posibilidad.

—Es cierto, excelencia. Su Majestad tuvo a bien nombrarme capitán de navío después de regresar de la misión que se nos había encomendado a Ulloa y a mí. Desde mi regreso he preparado la publicación de la obra que este año ha visto la luz, gracias al interés que vuestra excelencia mostró por nuestros trabajos.

—¿Qué os parecería si os encomendara una misión muy... muy especial?

Aquella petición no era normal. Él era un oficial de la armada y don Zenón podía ordenarle cualquier misión.

—Señor, estoy a las órdenes de vuestra excelencia.

—Sabed que se trata de una misión al margen de vuestras obligaciones como oficial de la marina de Su Majestad. Os lo diré más claramente: vuestro rango de capitán de navío no os obliga a aceptarla. Si he pensado en vos es porque creo que, además de oficial de la armada, sois la persona adecuada para llevarla a cabo con éxito. No os ocultaré que los riesgos son muchos y los peligros, grandes.

—Estoy a las órdenes de vuestra excelencia —repitió Jorge Juan.

Ensenada le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Después de lo que os he dicho, aceptáis la misión sin conocer de qué se trata?

—Supongo que se me informará de ello. En la Academia nos enseñaron a acatar las órdenes y considero que si su excelencia ha pensado en mi persona...

—Esa misión es muy importante para nuestra armada.

—Vuestra excelencia ha despertado mi curiosidad.

Ensenada sonrió de nuevo. El capitán de navío, cuyo prestigio científico había traspasado nuestras fronteras, era el hombre ideal para cumplir aquella arriesgada misión.

—Escuchadme atentamente. Lo que voy a deciros no saldrá de estas paredes. Esa es la razón por la que os he recibido en este lugar. Aquí, tengo la certeza de que nadie más escuchará mis palabras. En primer lugar, sabed que me llena de orgullo vuestra actitud...

—Señor, yo...

—No me interrumpáis, por favor. El hecho de que hayáis aceptado la misión sin conocerla habla mucho en vuestro favor. Os lo he planteado sin ocultar el grave riesgo que vais a correr y los innumerables peligros que habréis de afrontar. Vuestra reacción revela vuestro temple. Pero he de deciros que se trata de un asunto sumamente complicado... incluso me atrevería a decir

escabroso. Tanto que si, una vez que os lo haya explicado, rechazáis acometerlo lo entenderé.

—Excelencia, me tenéis sobre ascuas.

—La misión está relacionada con la necesidad que tenemos de obtener información acerca de importantes secretos en poder de otro país.

Jorge Juan contuvo la respiración. Lo que el secretario de Guerra y Marina le estaba proponiendo era hacerse con secretos de Estado de otra potencia. Aquello no eran palabras menores. Jamás habría imaginado que don Zenón fuera a pedirle una cosa así.

Cuando los vecinos vieron detenerse a la puerta de la casa del padre Noriega el negro carruaje que los miembros de la Inquisición utilizaban para sus desplazamientos por la Villa y Corte, se agolparon ante la vivienda del clérigo. Aquel vehículo, con el emblema inquisitorial en sus portezuelas, continuaba levantando el recelo de la gente, pero también despertaba curiosidad. Seguía siendo un timbre de orgullo ser familiar del Santo Oficio, pero algunas cosas habían cambiado. El poder de los inquisidores, como guardianes de la ortodoxia católica, no era el mismo del que habían gozado en tiempos pasados, cuando la monarquía hispánica estaba regida por la Casa de Austria. Aunque hubo una cacería de judíos hacía un cuarto de siglo, la Inquisición ya no enviaba a la hoguera con tanta frecuencia como antaño. De todos modos los autos de fe eran frecuentes y los lugares donde se celebraban contaban con una nutrida concurrencia. Muchos asistentes los consideraban un espectáculo al que no era ajeno el morbo que contenían las lecturas de las sentencias. Entre los que se congregaban en número cada vez mayor comentaban lo ocurrido en el último auto de fe vivido en la Villa y Corte hacía pocos meses. Se había condenado a una beata, joven y de buen ver, que se hacía llamar Margarita de la Santa Cruz, a la que se había abierto proceso por ser hereje molinista y flagelante. En la lectura pública de la sentencia se decía que había cometido gran número de deshonestidades, pero que no las consideraba pecado porque las había tenido como mandato de Dios. Sostenía que en sus acciones no había vicio, sino que se trataba de actos de perfección y que el sexto de los mandamientos, que señalaba no fornicar, era mal interpretado porque se refería a no murmurar. Llevaba cuatro años acostándose con su confesor y, según ella, se trataba de un acto de caridad. Lo hacía para quitarle el frío y en ello no había pecado. Aquellas razones habían provocado gran jolgorio entre la plebe, que soportó las más de tres horas que duró la lectura de la sentencia. Fue necesario que se relevasen tres clérigos para poder completarla. La gente aguardaba alguna afirmación escabrosa para prorrumpir en chanzas y cuchufletas, otro signo de los nuevos tiempos en lo tocante al temor que inspiraba el Santo Oficio.

Los vecinos se agolparon en torno al carruaje, preguntándose qué habría ocurrido para que los del Santo Oficio fueran a prender al clérigo, que no gozaba de buena fama en aquel entorno. Apenas tenía relación con ellos y no atendía las necesidades espirituales del vecindario, escudándose en que era capellán del convento de dominicas de Santa Catalina de Siena y de un beaterio en la calle de

Atocha donde se recogían mujeres arrepentidas de su vida disoluta. Bastó verlo salir cojeando con un bastón para que surgieran comentarios.

—Ha querido huir por el tejado, pero ha resbalado al desprenderse unas tejas y ha dado con sus huesos en el patio —comentó un sujeto que llevaba un fardo al hombro.

—Por eso se escucharon hace poco unos extraños ruidos —apostilló otro.

—Está claro que el cura se beneficiaba a las putas arrepentidas. Se traía a alguna para que le calentase la cama —dijo otro sin probar tal afirmación.

—Puede que eso sea cierto, pero el Santo Oficio no interviene porque se fornice —replicó un sujeto que se atusaba las descomunales guías de su canoso bigote.

—He oído decir que está acusado de solicitante. —Era un sujeto cuya indumentaria señalaba que algo tenía que ver con la justicia ordinaria.

—¡Qué demonios es eso de... ¿solicitante ha dicho vuesa merced?! —Quien preguntaba era una mujerona con las mangas de la saya remangadas y que lucía un moño plantado en lo alto de la cabeza—. ¡Estos golillas hablan de forma que no hay dios que los entienda!

—Es uno que pide cosas sin parar —respondió uno con trazas de tener pocas luces.

El golilla lo miró desdeñoso

—¡Ignorante! Solicitante es el clérigo que aprovecha el confesionario para convencer a las beatas de que fornicar con él no es pecado. Dicen que resulta grato a los ojos de Dios.

—¡Jesús, María y José! —exclamó la mujerona al tiempo que se santiguaba de forma desmañada—. ¡Será hideputa! ¡Vaya con el verraco!

La carcajada fue generalizada.

Noriega, al ver tal concentración en la calle, se detuvo un momento en el zaguante.

—¿A qué se debe esta conmoción? —preguntó a uno de los dos cocheros.

—Hay un malentendido. Creen que hemos venido a arrestar a vuestra paternidad. Por lo que oigo decir, piensan que vuestra paternidad fornicar con las arrepentidas.

El clérigo se llevó la mano al pecho, dejando caer al suelo un libro que llevaba, y antes de desvanecerse exclamó:

—¡Santo Dios!

No dio de bruces en el suelo porque los cocheros lograron sostenerlo y lo entraron en la casa, donde permanecieron hasta que recobró el sentido. Con el semblante empalidecido balbuceaba preguntas para las que nadie tenía respuesta. El clérigo se mostró dispuesto a deshacer el malentendido, pero uno de los

cocheros lo disuadió.

—Vuestra paternidad debe saber que no es la primera vez que esto ocurre. —Miró por la ventana, recorriendo el visillo—. La gente está alterada y no atiende a explicaciones. Lo mejor es marcharnos rápidamente. Las aguas volverán poco a poco a su cauce.

—¡Pero mi buen nombre está en entredicho!

—Tiempo tendréis de recomponerlo. Ahora es mejor no darle juego a esa gente.

Desde la calle llegaban los gritos y denuestos de los congregados, que arreciaron al verlo aparecer con el bastón en una mano y el libro en la otra. Otra vez se le turbó el ánimo con las imprecaciones y las expresiones soeces. Hubo quien le arrojó una inmundicia. A empellones los cocheros despejaron un pequeño pasillo que permitió al sacerdote acceder al vehículo que, gracias a las precauciones tomadas y que señalaban mucho oficio, los cocheros habían pegado a la puerta todo lo posible. Subió al coche con el semblante desencajado y aturdido ante aquel escándalo desatado. No imaginó que la presencia del carruaje del Santo Oficio fuera a tener tales consecuencias. Lo habría rechazado cuando Secundino, su contacto en el Santo Oficio, se lo ofreció al saber que había sufrido un percance la víspera.

—¡Hipócrita! ¡Granuja! ¡Viejo verde!

El cochero arreó las mulas con energía y abandonaron el lugar en dirección a la plazuela de Antón Martín. Lo último que Noriega vio por la ventanilla fueron amenazantes puños cerrados, como si fuera un peligroso delincuente. Tomaron la calle de Atocha hasta la plaza de la Santa Cruz y ganaron la calle Mayor, donde la afluencia de gentes desocupadas que comentaban sucesos, buhoneros que pregonaban su mercancía, mozos de cuerda pendientes de ser alquilados o aguadores llevando a su destino el contenido de sus cántaros se mezclaban con toda clase de vehículos y caballerías, haciendo difícil el tránsito. El cochero se vio obligado a aflojar el paso de sus cabalgaduras, e incluso a detenerse en alguna ocasión, pese a que la gente, al percatarse de que en las portezuelas del carruaje estaba la cruz flanqueada por la espada y la rama de olivo, se apartaba con diligencia. Salieron a San Ginés y por un dédalo de callejuelas que los entretuvo aún más, al tener que aguardar a que unos carreros descargaran unos fardos con destino al convento de las Descalzas Reales, llegaron a la plaza de Santo Domingo, a la que desembocaba la calle de los Premostratenses, donde estaba la sede de la Suprema.

En el frontispicio de entrada podía leerse «Exurge Domine et judica causam tuam» (Levántate Dios y juzga tu causa). El cochero entró hasta el primer patio.

—¡Sooo, mulas! ¡Quietas ahí!

Un sujeto, vestido con loba y la cabeza cubierta con un bonete de cuatro picos, se acercó a la portezuela.

—¡Su ilustrísima ha preguntado ya dos veces por ti! —Estaba de malhumor—. ¡Has llegado con mucho retraso! ¡Vamos, vamos!

—Secundino, si supieras lo que ha pasado...

—¡Ahora no hay tiempo para explicaciones! ¡Vamos!

Noriega bajó trastabillando. Se encasquetó la teja, recogió el manteo sobre el brazo en cuya mano sostenía el libro y, apoyándose en el bastón, a duras penas siguió a aquel sujeto que no paraba de apremiarlo.

Cruzaron el patio y subieron por una amplia escalinata de mármol. Volaron por la galería superior, cubierta por un artesonado primorosamente labrado donde podían verse la letra inicial del nombre de los Reyes Católicos la *Y* y la *F* y sus emblemas, un yugo y un haz de flechas. Secundino se detuvo ante una recia puerta, resopló, se ajustó los puños de su loba y dio unos golpecitos.

—¡Pasad!

—Quítate la teja —indicó a Noriega antes de abrir la puerta.

La sala donde aguardaba el inquisidor general y obispo de Teruel era amplia. Don Francisco Pérez de Prado estaba sentado cerca de una chimenea, donde ardía un buen fuego, en un sillón frailuno con el asiento, el respaldar y los reposabrazos forrados en paño carmesí. Por una ventana emplomada entraba una luz grisácea que anunciaba la proximidad del gélido invierno mesetario. Era hombre maduro que rondaría los setenta años. Tenía el cabello cano y la frente despejada, el rostro anguloso y la barbilla fina. Sostenía un pliego en sus manos y vestía los ropajes propios de su dignidad. Alzó la vista, se quitó las lentes que usaba para leer y con un gesto indicó que se acercasen a él.

—El padre Noriega, ilustrísima.

El inquisidor se quedó mirándolo con detenimiento. Era fama que don Francisco Pérez de Prado era persona rigurosa y que había convertido el ascetismo en norma de vida. Cuando Fernando VI lo propuso a Roma como inquisidor general, al fallecer su antecesor, el arzobispo de Santiago de Compostela, don Isidro Orozco Manrique de Lara, corrieron rumores por los mentideros de la Villa y Corte de que en su diócesis de Teruel había provocado no pocos incidentes por el rigorismo que imponía a su rebaño. Se decía que había prohibido las fiestas y celebraciones nocturnas, y ciertos bailes como el denominado «Juegos de rey y reina» que se iniciaban a la caída de la noche y se prolongaban hasta muy avanzada la madrugada. Los bailarines iban disfrazados y en el interior del templo llevaban a cabo los bailes. Que no admitía que jugasen hombres y mujeres por los tocamientos y otras consecuencias que de tales excesos se derivaban y porque las mujeres adoptaban posturas tan deshonestas y

lascivas que excitaban al varón. La concurrencia de ambos sexos con nocturnidad lo llevó a prohibir en su diócesis las cencerradas con las que hombres y mujeres se divertían a costa de los matrimonios entre una joven doncella y un viudo entrado en años, por lo general con posibles económicos, o el enlace de una viuda achacosa y adinerada con un joven en años de mocedad.

Era un decidido defensor de las prerrogativas de la Iglesia y sostenía que los clérigos podían poner multas a sus feligreses cuando fueran acusados, entre otras cosas, de usura, perjurio o adulterio.

—Tomad asiento —le dijo con sequedad, indicándole un sillón.

—Gracias, ilustrísima, muchas gracias. Disculpad el retraso, pero algunos...

—Al grano, llevo esperando demasiado —exigió sin contemplaciones—. Decíais en vuestro escrito que... —el inquisidor se colocó otra vez las antiparras y miró el papel que sostenía en la mano—... esa joven provoca con sus afirmaciones.

—Así es, ilustrísima. En sus afirmaciones defiende proposiciones heréticas. Fui testigo de cómo dedicaba palabras muy elogiosas a un libro donde se contienen afirmaciones que, si bien expresadas de forma velada, bordean la herejía. Un libro donde se sostienen novedades poco recomendables. No me explico cómo ha obtenido el *imprimatur*. Aquí tengo un ejemplar.

Noriega había adquirido un ejemplar de las *Observaciones astronómicas y físicas hechas en los reinos del Perú* y había dedicado aquellos días a leerlo con mucho detenimiento, tratando de encontrar alguna afirmación contraria a los postulados defendidos por la Iglesia y que pudieran tener visos de contener alguna herejía.

—Permitidme.

El inquisidor hojeó el libro con una parsimonia que desmentía el deseo de ir al grano que había exigido al padre Noriega. Había sido una forma de mostrarle su disgusto por el retraso. La agitada respiración del sacerdote fue serenándose al comprobar que su ilustrísima se interesaba en el libro donde había subrayado los párrafos que en su criterio podían ser censurados.

—Es un libro que incluye no pocas novedades que están tan a la moda, pero he comprobado que se le han concedido todas las licencias.

—Es cierto, ilustrísima, pero algunos de los supuestos que se dan como falsos sólo han sido formulados para obtener las licencias. Puedo aseguraros que ese Jorge Juan asentía complacido a las afirmaciones de la tal Claudia Osorio.

—¿Conoce vuestra paternidad a esa joven?

Noriega se cuidó mucho de decir que eran parientes lejanos y que existían viejas rencillas familiares.

—La he conocido en la tertulia que se reúne en casa de la condesa de

Lemos.

El inquisidor lo miró por encima de las antiparras.

—¿Asiste vuestra paternidad a esas reuniones nocturnas adonde acuden mujeres e incluso son ellas quienes ejercen de anfitriones, como esa condesa de Lemos?

Noriega había calculado mal. Visiblemente turbado guardó silencio hasta que el inquisidor le dijo:

—Habladme de esa joven.

—Hace poco llegó procedente de París, donde su padre había fallecido en extrañas circunstancias. Ejercía como amanuense en la embajada española de aquella capital.

—¿Habéis dicho que el padre murió en extrañas circunstancias?

—Así es, ilustrísima. Su cadáver apareció flotando en las aguas del Sena.

—¿Tenéis alguna información sobre ese asunto?

—No, ilustrísima.

—Está bien, proseguid.

—La joven ha recibido una educación impropia de una mujer. Es una bachillera. Lee libros como el que tenéis en vuestras manos y se da aires de filósofa. La otra noche afirmaba que la Tierra no es el centro del universo. Sostiene que ese lugar lo ocupa el Sol y se atrevió a criticar ciertas partes de ese libro donde se admite que un hereje como Copérnico estaba equivocado. En mi opinión, hay materia para abrirle un proceso. No podemos condescender con estas cuestiones. Nos conducirían a una hecatombe.

—Contádmelo con detenimiento.

Noriega le explicó con detalle, incluso con añadidos de su propia cosecha, la conversación de Claudia con Jorge Juan, al que calificó de individuo peligroso, seducido por el racionalismo de la ciencia y contrario al magisterio de la Iglesia. Luego a preguntas del inquisidor le hizo algunos comentarios sobre los asuntos que se sometían a debate en la tertulia. Le explicó con detenimiento cómo se había polemizado sobre las fiestas de toros y el nuevo rumbo que estaba tomando la tauromaquia.

—¡Son fiestas bárbaras! —protestó el obispo turolense—. Si ya era un espectáculo detestable cuando se trataba de una práctica aristocrática, ahora que la plebe se ha apoderado de ella, es un acto abominable. No me explico cómo Su Majestad, en lugar de prohibirlas, aporta su peculio para la construcción de esos recintos donde, al asistir en promiscuidad hombres y mujeres, apretujándose en los asientos del graderío, hay excitación, tocamientos y lascivia, atropellos con los que se injuria a Dios Nuestro Señor.

Noriega se cuidó de revelar que era un entusiasta de las corridas de toros y

que el toreo a pie lo emocionaba hasta gritar como si fuera un energúmeno.

Tras sus explicaciones, se impuso un prolongado silencio. En la estancia sólo se oía el crepitar de los leños en la chimenea. El inquisidor meditó sobre la cuestión.

—Hay ciertas irregularidades, pero no veo materia para abrir un proceso. Noriega trató de disimular su decepción.

—Si vuestra ilustrísima así lo cree...

—Así lo creo.

Hizo sonar una campanilla varias veces.

—¿Dónde diablos se habrá metido este Secundino? Nunca está cuando se le necesita.

Pasaron un par de minutos sin que Secundino diera señales de vida. El inquisidor iba a dar un nuevo campanillazo cuando sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante!

Secundino asomó por la puerta pidiendo disculpas.

—¡Perdonad, ilustrísima! Estaba despidiendo al comisario de Segovia que ha venido a recoger unos cartapacios...

—¡Eres un gandul! Sabes que cuando esta campanilla suena tienes que dejarlo todo y acudir. ¡No sé cuántas veces he de repetírtelo!

—¡Mil perdones, ilustrísima!

No disimulaba su impostura, sabedor de que era los pies y las manos del inquisidor. Secundino conocía los entresijos de la casa como nadie. Pérez de Prado era el noveno inquisidor general al que servía. Había entrado en la Suprema a finales del año 1709 cuando apenas era un mozalbete y Madrid vivía las convulsiones de la guerra de Sucesión, cuando el archiduque Carlos de Austria, apoyado por los herejes ingleses y holandeses, y muchas gentes de la Corona de Aragón, aspiraba a ocupar el trono que el testamento de Carlos II había otorgado a Felipe V. Era entonces inquisidor general don Antonio Ibáñez de la Riva. Ahora, a sus cincuenta años, tenía la experiencia de una vida al servicio del Santo Oficio y conocía todos los recovecos de aquel vetusto palacio y los procedimientos para empapelar a los acusados, aunque las pruebas fueran muy livianas.

Sólo había recibido la tonsura y la primera de las órdenes menores, algo que le permitía disfrutar de las rentas de varias capellanías y estar cobijado por la jurisdicción eclesiástica, lo que significaba que la justicia ordinaria no podía actuar contra él. Al no tener apenas obligaciones eclesiásticas podía permitirse ciertos devaneos que, al menos en teoría, le estarían vetados de haber escalado posiciones más altas en el orden clerical.

—Acompaña a su paternidad a la salida.

El padre Noriega se despidió pidiendo la bendición de su ilustrísima, pese a la decepción que había supuesto su negativa a abrir un proceso contra Claudia Osorio.

Cuando abandonaron la estancia, Secundino le preguntó:

—¿Qué tal te ha ido?

—Mal. Su ilustrísima no ve materia para abrirle un proceso. Estoy muy mal, Secundino.

—Ven, te daré un poco de agua. Cuéntamelo todo y te desahogas.

Secundino, que era paisano de Noriega —eran montañeses del valle de Liendo y se conocían desde pequeños—, lo condujo hasta un despachillo que tenía cerca de la sala de audiencias del inquisidor. Era un lugar oscuro, desordenado y sucio. Había restos de comida, manchas de grasa, cirios a medio consumir con adherencias de cera consumida. Apartó un rimerero de papeles para que pudiera sentarse en un escabel. Le ofreció el agua y lo invitó a explicarle la reunión con su ilustrísima.

Secundino negó con la cabeza

—Luis, lo vas a tener complicado. Pero si lo que deseas es ajustar cuentas por esa vieja rencilla familiar, hay otros caminos. Escúchame con atención.

Secundino le expuso un plan que Noriega escuchó sin prestarle mucha atención. Concluyó diciéndole:

—No tienes por qué darme ahora una respuesta. Piensa en lo que te he dicho.

Noriega asintió. Estaba abatido.

—¿Podría llevarme a casa uno de los coches del Santo Oficio?

Secundino, a quien el cochero había informado de lo ocurrido cuando fueron a recogerlo, dedujo que deseaba recuperar su crédito, que había quedado por los suelos. Media hora después Noriega, que había pedido al cochero que no fuera muy deprisa para dejarse ver. Descendió altivo, sin mirar a los vecinos que comentaban su regreso en un coche de la Inquisición. Al entrar en la casa se derrumbó abatido en un sillón. No quiso almorzar y a media tarde lo sobresaltó su ama de llaves cuando le comunicó que dos individuos preguntaban por él.

—¿Han dicho qué quieren?

—Hablar con vuestra paternidad.

—¿Qué aspecto tienen?

—No parecen españoles.

—Pásalos a la salita, ahora voy.

—Ya están allí. No me ha parecido bien dejarlos en el zaguán.

Una hora más tarde el padre Noriega tomaba una silla de manos e indicaba

a los portadores la dirección de la Suprema. Tenía que hablar con Secundino. Aquella visita de dos ingleses había dado un giro inesperado a las cosas.

—Ven conmigo —le dijo Secundino, conduciéndolo a su despachillo.

Allí le explicó la visita y el plan que había urdido en poco rato.

—¿Te fías de esos herejes?

—No, pero sus intereses coinciden con los míos.

—Como te dije antes, lo que quieres puede arreglarse. —Secundino entrecerró los ojillos acentuando su expresión de truhan. Se frotó las manos y con una sonrisa le explicó otra vez el plan. Ahora su paisano le prestó mucha más atención. Cuando terminó, Noriega tenía dos cosas claras. Una, que Secundino era más bribón de lo que pensaba y otra, que si quería hacer realidad sus deseos tendría que aflojar la bolsa.

—¿Crees que serán suficientes treinta ducados?

—¡Por Dios, Luis! ¿En qué mundo vives? —Secundino se puso en pie con aire ofendido—. ¡Ni doblando esa suma!

—¿Cuánto entonces?

—Ciento cincuenta ducados cubrirían los gastos mayores. Habría que añadir algún pico más.

—¡Imposible! ¡Es mucho dinero! —Noriega se puso en pie.

—Ciento veinticinco y da por hecho lo que quieres.

No tenía aquella suma, pero quizá pudiera conseguirla. Su situación económica era muy delicada. Pero la visita que había tenido podía cambiarla.

—Dame unos días.

—No hay problema. Pero has de adelantarme algo. Esta gente no se mueve si no ve el brillo del metal.

—Si me acompañas a casa, puedo darte veinte ducados, apurando mucho, treinta.

Cinco minutos más tarde un negro carruaje con el blasón del Santo Oficio en sus portezuelas recorría el camino que conducía a la casa de don Luis Noriega.

Lo que acababa de proponerle ni se le había pasado por la mente. Espiar era un asunto complejo y peligroso. Suponía jugarse la vida, algo que formaba parte de la existencia de un marino, pero si eras descubierto morías con deshonor. Jorge Juan había oído rumores acerca de que durante la guerra recientemente concluida, la red de espías organizada por Ensenada proporcionó informes de mucha utilidad para actuar contra el enemigo. Durante años había tejido una red de informadores por toda Europa. Sus espías se movían en las principales cancillerías del Viejo Continente, donde se tomaban decisiones que afectaban directamente a España. Contaba con agentes en los Estados Pontificios para conocer los entresijos de la política vaticana en un momento en que la lucha era sin cuartel entre el poder espiritual encarnado por el Romano Pontífice y el temporal representado por unos monarcas —Fernando VI entre ellos— que buscaban un poder absoluto sin fisuras. Era muy importante la actividad de sus agentes en París, la otra capital de los borbones, cuya alianza consideraba fundamental para hacer frente a las agresiones inglesas. Sus espías también estaban en Viena, aunque la capital imperial había perdido el interés que tuvo cuando la monarquía hispánica se encontraba en manos de la Casa de Austria. Sus mayores desvelos estaban en Londres. Don Zenón buscaba, por todos los medios a su alcance, tener puntual noticia de la dirección en que soplaban los vientos de la política británica. Era casi una obsesión saber qué pensaban quienes él consideraba como los mayores enemigos del reino, era una cuestión de supervivencia.

Después de decirle lo que quería de él, don Zenón lo miró fijamente a los ojos y, aunque lo vio turbado, su larga experiencia le dijo que había acertado.

—¿Dónde he de cumplir esa misión?

—En Londres, vos domináis el inglés a la perfección.

—¿Hay fecha para la partida?

—Espacio, amigo mío, espacio.

A Jorge Juan le sorprendió la familiaridad que se desprendía de aquellas palabras.

—Disculpad, excelencia. No he querido...

—No son necesarias las disculpas. Pero he de explicaros con detalle en qué consiste vuestra misión. Supongo que no tenéis prisa.

—En absoluto, señor.

—Entonces, acompañadme. —Ensenada prendió las velas de un candelabro

—. He de mostraros algo.

Abandonaron el despacho por una puertecilla oculta tras un armario que se desplazó al accionar el marqués un mecanismo disimulado. Descendieron en silencio por una escalera cuyos peldaños se estrechaban cada vez más. La oscuridad apenas era rota por la candela que el ministro llevaba en la mano. Las botas que calzaba el marino resonaban con un apagado eco. Hubo un momento en que Jorge Juan tuvo la impresión de estar bajando a una mazmorra. Siempre meticuloso, iba contando mentalmente los escalones. Llegaron hasta una sólida reja que don Zenón abrió con una llave que guardaba en un bolsillo y luego recorrió el pestillo de una puerta de recia madera que daba a una cámara de doce varas de largo por la mitad de ancho. Por el cálculo de los escalones, Jorge Juan dedujo que habrían descendido unas dieciocho varas. Si el despacho donde el ministro lo había recibido estaba en la primera planta del palacio, estaban por debajo del nivel de la calle en un sótano que ventilaba por unas estrechas rejas cercanas al techo y por las que entraba alguna luz.

El mobiliario lo formaban una mesa grande con media docena de asientos alrededor, un armario y varios caballetes sobre los que descansaban planos y mapas. Del techo colgaba una gran lámpara que podía bajarse para prender sus cirios mediante un mecanismo de cadena, pero Ensenada encendió unos velones que había junto a los caballetes y dos candelabros situados sobre la mesa. Poco a poco, conforme las llamas adquirieron consistencia, se disiparon las tinieblas en que estaba sumido el lugar. Don Zenón se acercó a uno de los caballetes.

—¿Identificáis estos planos?

Jorge Juan los observó con detenimiento. Uno mostraba la caja de cuadernas de un navío y otro su sección de proa a popa. Ambos tenían señaladas las dimensiones.

—Es un navío de línea de segunda clase. Tiene dos puentes y dispone de unos ochenta cañones. Por la estructura de sus cuadernas y la proporción que ofrecen sus medidas, es de eslora larga y manga estrecha. La proporción entre ambas apenas sobrepasa el 3,5. La altura que nos da su puntal es elevada. Aseguraría que ha sido construido según el sistema de Gaztañeta.

—Muy bien, amigo mío, muy bien. Se trata de un navío construido en el astillero de La Habana, sólo falta acoplarle la artillería. Lo llamaremos *Rayo*. ¿Qué tendríais que decirme de este navío o de cualquier otro salido en estos años de nuestros astilleros?

Jorge Juan meditó la respuesta. No sabía adónde quería llegar el ministro. Los barcos españoles se construían por el sistema Gaztañeta desde hacía más de un cuarto de siglo y las proporciones eran las que daba en su obra, titulada *Proporciones de las medidas más esenciales que se consideran para la fábrica*

*de navíos y fragatas de guerra.*

—¿Puedo hablaros con toda claridad, señor?

—¡Por supuesto!

—Creo que los Gaztañeta adolecen de dos defectos. El primero es que no se tienen en cuenta principios básicos de física hidráulica y eso los hace más lentos a la hora de maniobrar. El segundo es que la relación entre eslora y manga es más baja que en los barcos que construyen los ingleses por lo que su estabilidad es menor.

—¡Excelente! —Don Zenón no ocultaba su satisfacción—. Eso significa que si queremos competir con ellos tenemos que conocer sus técnicas de construcción. Sus barcos son más marineros que los nuestros y maniobran con más rapidez. En un combate nos llevarán siempre ventaja. Tenemos que descubrir sus técnicas de construcción y, como bien sabéis, no es fácil apresar un navío inglés. Lezo los venció en Cartagena de Indias, pero no pudimos apoderarnos de ninguno de sus barcos. Quedaron inservibles cerca de medio centenar y los que no hundieron ellos mismos los remolcaron como pudieron hasta sus puertos para repararlos y ponerlos otra vez en servicio.

—¿Mi misión es conocer cómo se construyen los barcos en los astilleros de Londres?

—Así es. Pero no quiero sólo planos y papeles, necesitamos algo más. Algo que multiplicará el riesgo de la misión. Todavía estáis a tiempo de rechazar mi propuesta.

—En modo alguno, señor.

—Muy bien. —Ensenada posó una mano sobre el hombro de Jorge Juan, un gesto de familiaridad poco común en el ministro—. Ese algo más se os comunicará por escrito.

—¿Cuándo he de partir para Londres?

—En breve, pero antes hemos de concretar algunos detalles. Si os he hecho bajar a este sótano no ha sido sólo para mostraros esos planos que podíamos haber visto arriba. Os he bajado porque, una vez que habéis aceptado la misión, quiero mostraros el sistema de cifrado que emplearemos. Tendréis que ejercitaros hasta que lo dominéis con facilidad. Es algo que deberéis hacer tomando todo tipo de precauciones. Si un documento cifrado cae en manos del enemigo, el problema no es grave si no pueden acceder a su contenido.

—Actuaré con toda discreción.

—Esa es la clave de vuestra misión. Hemos firmado la paz con los ingleses, pero no será duradera. En Aquisgrán se ha acordado un alto en el camino en el enfrentamiento con ese país de corsarios y piratas. Pero no estamos en condiciones de enfrentarnos a ellos. Tienen más barcos, son más marineros,

están mejor artillados y su marinería cuenta con más experiencia que la nuestra. El único terreno donde podemos hacerles frente, sin estar en desventaja, es en la formación de los oficiales. Nuestra Academia de Guardiamarinas nada tiene que envidiar a la suya. Ambicionan lo que nosotros poseemos. Hasta ahora sólo han abierto algunas brechas, cosas menores. Pero su objetivo es convertir nuestras colonias en un mercado donde colocar los productos que salen de sus talleres. Cuando en Utrecht se firmó la paz que puso fin al conflicto sucesorio en nuestra monarquía, lograron hacerse con Gibraltar y con Menorca. Fueron pérdidas tan dolorosas que hicieron olvidar otras cuestiones sumamente importantes que también consiguieron. Lograron, como supongo que sabéis, que se autorizase a uno de sus barcos a descargar treinta mil arrobas de productos salidos de sus factorías en Veracruz, Cartagena de Indias, Buenos Aires, La Habana... o cualquier otro de nuestros puertos al otro lado del Atlántico.

—¿Es lo que se llama el Navío de Permiso?

—Sí, el llamado Navío de Permiso. Los ingleses han utilizado ese navío para introducir grandes cantidades de contrabando, perjudicando de forma muy grave nuestros intereses. ¡No sé cuántos navíos de permiso atracan cada año en nuestros puertos de las Indias!

—Conozco lo que ocurre...

—¡Claro, habéis estado muchos años por aquellas tierras!

—Estábamos en las selvas de Quito haciendo mediciones cuando tuvimos noticia de que el apresamiento de uno de esos barcos contrabandistas originó nuestra última guerra con Inglaterra. ¿Es cierto lo que se cuenta acerca de la oreja de aquel contrabandista?

—En parte, pero no como los ingleses lo han contado. Utilizaron, como otras veces, la propaganda para presentarnos como unos bárbaros, alejados de un comportamiento civilizado. —Ensenada se encontraba a sus anchas hablando de aquel asunto que era fuente de conflictos entre las camarillas cortesanas—. El contrabandista inglés era un tal Robert Jenkins y el buque, el *Rebecca*. Fue apresado por uno de nuestros guardacostas, el *Isabela*, que mandaba el capitán Juan León Fandiño. El inglés se puso insolente y Fandiño, que pudo haberlo colgado de un mástil, optó por darle un escarmiento. Incautó las mercancías que no habían tenido tiempo de arrojar por la borda y cortó al tal Jenkins una oreja diciéndole: «Ve y dile a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve.» Jenkins regresó a Inglaterra y los *tories* lo hicieron comparecer en el Parlamento, llevando la oreja metida en un frasco donde la había conservado durante la travesía. El escándalo que montaron fue monumental. Imprimieron folletos y lanzaron tal campaña de propaganda contra España que el primer ministro, Robert Walpole, que no estaba por romper las hostilidades, se vio obligado a

declararnos la guerra para tranquilizar a los *tories* y dar satisfacción a la poderosa burguesía londinense que tenía grandes intereses en el contrabando y el comercio ilícito que llevaban a cabo en las Indias.

—En esta ocasión, los ingleses que fueron a por lana volvieron trasquilados.

—La humillante derrota que les infligió Blas de Lezo se les atragantó y, como os he dicho, han tratado de correr sobre ella un tupido velo para que su prestigio naval no quede en entredicho. En fin, esta conversación nos llevaría todo el día y hemos de continuar la jornada. En la antecámara se estarán haciendo cábalas sobre la razón por la que os he llamado.

Ensenada abrió el armario y solicitó la colaboración de Jorge Juan para sacar algunos de los legajos y cartapacios que lo llenaban. Luego accionó un dispositivo oculto que desplazó el fondo del mueble y dejó al descubierto una puerta metálica con un pomo dotado de varias ruedecillas, todas ellas numeradas. Ensenada las colocó de forma que pudo abrirla. Sacó una carpeta de cuero, cuyo contenido aseguraba un balduque encarnado, lacrado a la tapa.

—Son muy pocas las personas que conocen la existencia de este lugar. Aquí están las claves que habéis de utilizar en vuestros escritos cifrados. Toda la correspondencia que mantengamos será cifrada.

—Supongo que la vía de comunicación será nuestra embajada en Londres. Eso me permitirá utilizar la valija diplomática. Es una garantía.

—No estéis tan seguro. El nombramiento de los embajadores no depende de mí, sino de don José de Carvajal en su condición de secretario de Estado. El embajador en Londres se llama Ricardo Wall, es de origen irlandés y ya ha presentado sus cartas credenciales. Su Majestad se dio prisa en hacerlo, después de la firma de la paz. Tened por seguro que interceptarán la correspondencia por el correo ordinario. Utilizad correos extraordinarios; la valija diplomática sólo si lo consideráis imprescindible. Las instrucciones concretas de vuestra misión os las haré llegar, para que no tengáis que volver a venir aquí...

—Es un placer conversar con vos...

—Sois muy amable, pero eso ocasionaría comentarios y los tentáculos de los ingleses en Madrid llegan hasta los lugares más insospechados. Os facilitaré una dirección donde alojaros en Londres, es de absoluta confianza. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor.

—Hacedla.

—¿Cuál es el motivo que explicará mi presencia en Londres?

—Buena pregunta. La Royal Society ha manifestado al embajador su interés en recibirnos, que habléis de vuestras investigaciones y compartáis con sus

miembros vuestros trabajos. Esa será oficialmente la razón de vuestro viaje. Mañana mismo saldrá un correo con instrucciones para Wall a ese respecto. ¿Alguna otra cosa?

—¿Estará el embajador al tanto de mi misión?

—No, Wall deberá permanecer al margen.

—Pero las cartas que os envíe por la valija diplomática...

—Serán cifradas y se las entregaréis lacradas y selladas con el sello que os haré llegar. El embajador se limitará a cumplir las instrucciones que se le den sobre ese asunto. Como os he dicho, dedicad vuestro tiempo al estudio de estas claves para que no haya errores en la correspondencia. Tomad. —Ensenada rompió el lacre que aseguraba la carpeta y le entregó un cuadernillo—. Como podréis comprobar se trata de una cifra numérica. Antes de que os marchéis debéis saber que hay dos normas que habéis de respetar siempre. Una es que jamás firméis una comunicación en clave; eso os delataría. Otra que nunca pongáis la fecha a vuestras informaciones, aunque es conveniente que yo la conozca; por eso, la pondréis en el centro de vuestras misivas, donde sea dificultoso hallarlas para quien no posea las claves.

Ensenada volvió a lacrar el balduque con el sello de su anillo, guardó la carpeta en la caja de seguridad y después de cerrarla giró las ruedecillas del pomo a derecha e izquierda. El fondo del armario apareció de nuevo y con la ayuda de Jorge Juan volvieron a colocar los legajos y cartapacios.

—Tomad, no os vayáis a partir la crisma. —Ensenada entregó a Jorge Juan una vela del candelabro que les había alumbrado cuando bajaron, apagó las bujías y lo invitó a salir por delante para así poder cerrar la puerta del sótano y echar la llave en la reja.

Una vez en el despacho, el ministro le hizo una última indicación.

—Guardaos ese cuadernillo, que nadie lo vea cuando salgáis. Probablemente no volveremos a encontrarnos. Os haré llegar las instrucciones para vuestro viaje y desempeño de vuestra misión.

—Haré todo lo que esté en mi mano para dar cumplida satisfacción a vuestra excelencia y responder a la confianza que habéis depositado en mí.

—Eso es algo sobre lo que no albergo la menor duda. Una cosa más. Hay una persona que está al tanto de vuestra misión. Goza de mi absoluta confianza. Se trata de un viejo compañero vuestro en la Academia de Guardiamarinas. Está colaborando conmigo en todo lo referente a nuestra armada. Estoy seguro de que os acordáis de él.

—¿A quién os referís, señor?

—A Agustín Pablo de Ordeñana.

—¡Claro que lo recuerdo! Era de Bilbao, creo que ahora está en el Consejo

de Hacienda.

—Compruebo que tenéis buena memoria y que estáis bien informado.

—Ordeñana era un excelente compañero, señor.

—Me alegra que tengáis ese alto concepto de él. Porque volveréis a verlo. Será quien en caso de necesidad se ponga en contacto con vos. La correspondencia, aunque la dirigiréis a mí, se la enviaréis a él. Podéis hablarle de vuestra misión con toda confianza.

—Muy bien, señor.

—Ahora, retiraos. Tengo mucha tarea y mañana salgo para El Escorial donde están Sus Majestades. Tendré que permanecer allí algunos días. Una vez que recibáis las instrucciones poneos en marcha. Cada día que pasa corre en contra nuestra.

—Muy bien, señor.

El ministro hizo sonar una campanilla y al punto apareció el ujier.

—Acompaña al capitán hasta la salida y que tome uno de los carruajes para que lo lleven adonde él indique.

—Excelencia, no es necesario... —agradeció Jorge Juan, que había cogido su bicornio.

—Sí lo es —cortó Ensenada con energía.

El ministro sabía que las calles de Madrid, incluso a plena luz del día, podían resultar peligrosas, aunque no era probable que los capadores de bolsas o los salteadores se atrevieran con un oficial de la Real Armada. Pero no estaba de más tomar precauciones llevando una copia de las claves.

Jorge Juan se caló el bicornio y se llevó la mano a su borde, saludando al ministro como correspondía a un militar.

—A las órdenes de vuestra excelencia. ¿Ordenáis alguna cosa más?

—Podéis retiraros, capitán.

Un sonoro taconazo anunció la marcha del capitán de navío. Pero antes de cruzar la puerta, que el ujier ya había abierto, lo detuvo de nuevo la ronca voz de don Zenón de Somodevilla.

—¡Capitán!

—¡Señor!

—Muchas gracias y... suerte. —Ensenada sabía que iba a necesitarla para salir con bien de aquella aventura.

—Gracias, señor.

Jorge Juan indicó al cochero que lo dejase en la plazuela de la Cebada, en la esquina de la calle de Toledo. Quería pasar por la librería de Vivancos para hacerse con unos ejemplares de sus *Observaciones*. Había prometido uno a la condesa de Lemos y pensaba regalarle otro a Ordeñana cuando lo viera.

Al entrar en la tienda de libros lo recibió un agradable olor a papel y tinta. El local era estrecho y alargado, haciendo al final un ángulo hacia la izquierda donde estaban los ejemplares más valiosos. Era un sitio mal iluminado — Vivancos decía que la luz era uno de los peores enemigos de los libros— y escasamente ventilado. Además de las estanterías, bien surtidas, podían verse ejemplares en dos mesas que había en el centro.

El librero tenía su mostrador dispuesto de forma que podía vigilar el negocio. Vivancos se afanaba en hacer unos paquetes que el mayor de sus hijos, un mozalbete de ocho años, aguardaba con impaciencia para llevarlos a los clientes. El rapaz, además de las horas que pasaba con don Ceferino, empeñado a base de pescozones y collejas en que aprendiese las normas de la ortografía, mejorase su caligrafía y no tuviera problemas con las cuatro reglas —sumar, restar, multiplicar y partir—, colaboraba en el negocio familiar. Era el encargado de llevar los pedidos a casa de los clientes. Deseaba terminar cuanto antes para irse a jugar con otros ganapanes de su edad que pasaban el día haraganeando en la plazuela de la Cebada. La mayoría no tenía que soportar el suplicio de un maestro cuya máxima era que la letra entraba con sangre. Esos mandados solían reportarle propinas que había de entregar a su progenitor, aunque siempre sisaba algunas monedas que le permitían disponer de un peculio del que carecían sus compañeros de travesuras. Las propinas no eran poca cosa, al tratarse de personas que, como decía su padre, eran gente «con posibles y de calidad».

—¡Don Jorge, qué buen viento os trae por esta vuestra casa! —Lo recibió el librero, suspendiendo su tarea y reprimiendo con la mirada a su hijo, que había iniciado una protesta.

—Buenas tardes, Vivancos. Desearía dos ejemplares de las *Observaciones*.

—Enseguida os los traigo. ¿Sabéis una cosa?

—Si no me la decís...

—Vuestro libro, que apenas había tenido acogida en las primeras semanas, se está vendiendo ahora muy bien. Hoy son, con los suyos, seis los ejemplares que han salido. Ayer otros tantos y hace un par de días el padre Noriega se llevó dos ejemplares.

—¿El padre Noriega lo ha comprado?

—Dos ejemplares. ¿Lo conoce vuesa merced?

—Coincidimos en la tertulia de la condesa de Lemos.

Vivancos arrugó la frente.

—¿Esa que llaman del Buen Gusto?

—La misma. Pero... me da la impresión de que os ha extrañado.

—No me imagino al padre Noriega en una tertulia. Es... es... ¿Cómo diría...?

—Muy apegado a las tradiciones.

—Exacto. En esas tertulias se suele estar al tanto de novedades... Os diré algo, confidencialmente. También me sorprendió que adquiriese vuestra obra.

Un crujido de telas hizo volver el rostro a Jorge Juan.

—¡Claudia!

Llevaba dos libros en las manos y le dedicó una encantadora sonrisa:

—¿Sorprendido de ver a una mujer en una librería?

—No, si esa mujer sois vos. ¿Qué queréis leer, si no es impertinencia?

—Vedlo —le ofreció los dos volúmenes, uno en cuarto menor y otro en octavo.

Al cogerlos se le cayó el cuadernillo y alguna cuartilla voló hacia el suelo.

—¡Oh! ¡Cuánto lo lamento!

El mozuelo se agachó rápidamente y Claudia atrapó una al vuelo. Se sorprendió al ver el texto. Jorge Juan guardó rápidamente los papeles y el mozalbete hizo un comentario inocente y desafortunado.

—¡Qué extrañas cuentas, señor! Don Ceferino me daría palmeta, aunque esas cifras están bien ordenadas.

—¡Niño, no seas impertinente! —Lo reprendió su padre, que fue a por los ejemplares solicitados por el marino. Claudia y él no cruzaron una sola palabra y cuando el librero regresó al mostrador, preguntó a Jorge Juan si se los envolvía.

—Sí, por favor, separados, y en la cuenta incluid los libros de la señorita Osorio, si ella no tiene reparo en aceptarme el cumplido.

Claudia se ruborizó y rechazó con la boca chica el regalo, que acabó aceptando al insistir Jorge Juan. Salieron juntos de la librería y, una vez en la calle, Claudia, que se había puesto unos guantes de cabritilla, se alzó el cuello de la capa con que se protegía de la ventisca que se había levantado.

—¡Este gris es el que trae los resfriados!

Jorge Juan pensó que era una buena ocasión para ofrecerle un chocolate.

—¿Me permitís invitaros a algo caliente?

Claudia lo miró tratando de leerle el pensamiento.

—¿Conocéis algún lugar adecuado?

—¿Habéis estado en Casa Botín?

Ella negó con un coqueto fruncido de labios y un movimiento de cabeza.

—Está en esta misma calle, poco antes de llegar a la plaza Mayor. Sus tazones de chocolate tienen merecida fama.

—¿Es lugar adecuado? No soy una petimetra, pero tampoco una manola.

Claudia vivía cerca, en la calle del Nuncio, y no deseaba dañar su imagen entre la vecindad.

—Disculpad, Botín es una casa acreditada. Nadie pensará mal de vos porque entréis a tomar un chocolate.

—Supongo que menos aún si voy acompañada de un caballero como vos. —Jorge Juan se encogió de hombros—. Acepto vuestra invitación, aunque no podré estar mucho rato. Quiero pasar por la parroquia de San Pedro antes de la hora del almuerzo. Mi madre y yo estamos colaborando en el montaje de un Belén y el párroco quiere que esté todo terminado el día de la Inmaculada Concepción. ¿Sabéis que sólo es festivo en España? En París no se defiende como se hace en España la concepción inmaculada de la Virgen María. La Santa Sede no lo considera un dogma de fe.

—Observo que, además de versada en cuestiones matemáticas y físicas, lo estáis en otras materias.

—Mi padre, que gloria de Dios haya, se empeñó en que recibiera una buena educación. También mi madre, pero sobre todo fue un deseo suyo.

Caminaron calle de Toledo arriba. El viento soplaba cada vez más recio y había que esforzarse para avanzar. Claudia tomó el brazo del marino. Era una moda que se abría paso en Madrid, importada de Francia, y que en la gente más tradicional era motivo de escándalo. Jorge Juan se sintió cómodo al notar el brazo de ella en su costado.

En Casa Botín los recibió un reconfortante olor a puchero. El mesón estaba ya muy concurrido, pero el uniforme de Jorge Juan hizo que el dueño se les acercase al verlos entrar. Los invitó a un pequeño reservado donde les sirvieron la salvilla con las humeantes jícaras de chocolate, bien espeso, acompañadas de unos picatostes.

—¡Hum! ¡Delicioso! No habíais exagerado —comentó Claudia después de probarlo y limpiarse los labios con la servilleta.

Jorge Juan recordó las palabras de Ensenada, señalando que la muerte de Baltasar Osorio había sido una «pérdida irreparable». Suponía que hablar de la muerte de su padre no era agradable para Claudia, pero tal vez no lo fuera preguntarle por su vida en París.

—¿Por qué el interés de vuestro padre por daros una educación que sobrepasa con mucho lo que es habitual?

—¡Ah! —suspiró Claudia—. Si lo hubierais conocido... Era una persona extraordinaria. Era un hombre culto. Hablaba portugués, francés e inglés como si fuera un nativo. Su biblioteca... —dejó escapar otro suspiro—. Una pena que casi todos sus libros se quedaran en París. Tuvimos que malvenderlos a un librero de la *rue* de Saint Jacques. No podíamos pagar lo que costaba traérmolos. Eran más de trescientos. Mi madre me permitió seleccionar algunos. ¡Una pena! Menos mal que aceptó traernos sus papeles. Tuve que porfiar mucho porque su intención era quemarlos.

—Tengo entendido que trabajaba como amanuense en nuestra embajada.

—Sí, pero... —Otra vez se dio cuenta demasiado tarde de que había sido muy impulsiva; era algo que no tenía remedio. Mojó un picatoste en el chocolate, que espesaba más y más conforme iba enfriándose—. ¿Conocéis París?

—Sí, y tuve la ocasión de conocer a algunos de sus grandes matemáticos. Disculpadme, pero ¿no ibais a añadir algo referido al trabajo de vuestro padre en la embajada?

Claudia dejó escapar otro suspiro. Era demasiado impulsiva. Recordó con nostalgia que su padre la reprendía continuamente por ello, advirtiéndole que no era recomendable dar rienda suelta a nuestros pensamientos. Le decía que la mente era muy poderosa y las palabras mostraban a los demás nuestras intimidades. Era conveniente mantener la lengua controlada y debía aprender a hacerlo. Como en tantas otras cosas, su padre tenía mucha razón. Ahora no podía negarse a dar una explicación a un hombre tan galante como el que la había invitado a aquel chocolate.

—¿Cuento con vuestra discreción?

—Desde luego.

Claudia dio otro sorbo a su chocolate.

—En realidad, su trabajo de amanuense era una... cobertura para sus actividades.

—¡No me digáis!

—Era una tapadera. Su verdadera labor era informar de... ciertos asuntos.

—¿A quién? —Tampoco Jorge Juan había podido evitar la indiscreción.

Claudia dejó en el platillo el picatoste que había cogido y se tomó unos segundos para responder. Tenía que decidir si, una vez desveladas las actividades de espionaje a las que se había dedicado su padre, estaba dispuesta a responder a una lluvia de preguntas.

—Espionaba para el marqués de la Ensenada.

Jorge Juan contuvo un momento la respiración.

—¿Por eso lo mataron?

—Sí, su muerte está relacionada con esas tareas. ¿Habéis estado hoy con don Zenón?

Jorge Juan, que no había probado su chocolate, se quedó estupefacto.

—¿Por qué pensáis eso?

Claudia sonrió. Esta vez con tristeza.

—¿Confidencia por confidencia? —El marino asintió—. Porque el papel que ha pasado por mis manos en la librería es una clave. Es del mismo estilo de las que utilizaba mi padre para descifrar los mensajes que don Zenón le enviaba. Apenas la vi, pero juraría que esa cifra ha salido de la misma mano. Conservo los papeles de mi padre como un tesoro, aunque todavía no les he dedicado la atención que merecen.

Jorge Juan se quedó pensativo. Tenía la explicación para las palabras del ministro cuando se refirió al padre de Claudia como una «pérdida irreparable». Era uno de sus agentes y para decir aquello tenía que haberle prestado buenos servicios.

—¿No sospecháis quién pudo darle muerte?

—No, sólo indicios de cuál pudo ser la causa. —Claudia apuró el chocolate de su taza y Jorge Juan se quedó mirándola, sin atreverse a formularle la pregunta que tenía en la boca. Temía herir sus sentimientos. Fue ella quien, después de limpiarse una vez más los labios, satisfizo su curiosidad—. Poco antes de que lo mataran había viajado a Londres, aún no se había firmado la paz con los ingleses. Fue de París a Holanda, donde embarcó en una fragata que lo llevó a Inglaterra.

—¿Para qué hizo ese viaje?

—No lo sé. Mi padre era muy discreto. Mi madre y yo sabíamos lo que hacía porque era imposible mantener a su familia al margen de sus actividades. Pero jamás nos decía lo que se traía entre manos. Afirmaba que era la forma de no poner nuestras vidas en peligro, aunque solía añadir que tampoco era una garantía.

—¿Qué indicios son esos a los que os habéis referido?

—Mi padre estaba muy nervioso los días anteriores a su muerte. —A Claudia se le quebró la voz al formársele un nudo en la garganta, pero se rehízo rápidamente—. En Londres había ocurrido algo que lo tenía muy preocupado. Posiblemente sus asesinos fueran agentes ingleses que lo habían seguido hasta París. Pero... sólo son elucubraciones. Como estamos de confidencias, me gustaría que respondierais a una pregunta. ¿Os ha encomendado don Zenón que seáis su agente? ¿Que hagáis algo parecido a lo que hacía mi padre en París?

Jorge Juan se acarició el mentón y la miró fijamente a los ojos. Eran bellísimos, como su boca, como toda ella. En lugar de responderle, tomó su

mano, suave y blanca, la apretó afectuosamente y la alzó para depositar en ella un prolongado beso.

Claudia, ruborizada, quedó inmóvil.

Las recomendaciones del ministro acerca de mantener el secreto le impedían revelar a Claudia su misión, pese a haberse mostrado tan sincera con él. Dudó si hacerlo aunque se contuvo, pese a que estaba seguro de que una mujer tan inteligente tenía fundadas sospechas. Dudó porque Claudia Osorio empezaba a ser para él mucho más que una mujer ilustrada, incluso mucho más que una amiga a la que podía cortejar.

Después de acompañarla hasta su casa y de haber regresado a la callejuela del Postigo de San Martín, donde residía en casa de su hermana Margarita, estuvo un par de horas estudiando los papeles que le había entregado don Zenón. Estaba confuso. Por un lado, sentía algo parecido a la euforia porque ella no había puesto reparos a su gesto lleno de ternura, pero por otro se encontraba desasosegado. Claudia no se le iba del pensamiento. Nunca le había ocurrido algo parecido. Estaba enfrascado en la lectura de los papeles, cuando su hermana llamó a la puerta del aposento donde trabajaba, aislado del resto de la casa. Era una salita en la que disponía de una mesa, un par de sillas y unas baldas para depositar libros y papeles. Un lugar recogido, pequeño, que recibía la luz por una amplia ventana que daba a un patio trasero.

—Tienes visita —le dijo Margarita con una sonrisilla maliciosa.

—¿Visita?

Le sorprendió porque llevaba mucho tiempo en Madrid y no había recibido ninguna. Se había reunido con Antonio de Ulloa y con Zúñiga, el impresor, o con algunos compañeros de armas. Había visitado al general Pizarro, cuyo interés había hecho posible la intervención de Ensenada para allanar el campo a la publicación de las *Observaciones*. Pero nadie había acudido a verlo a casa de su hermana. Aquella salilla, preparada por su hermana casi como refugio, no era lugar adecuado para recibir visitas y no había considerado oportuno invitar a nadie a una casa que no era suya, aunque su hermana le había dicho que aquel era su hogar.

—Una jovencita pregunta por ti. La he pasado a la salita porque, pese a preguntar sin más por un hombre, me ha parecido que sus formas son las de una dama.

A Jorge Juan se le encogió el estómago. Sólo había una jovencita que pudiera preguntar por él. Su hermana lo miraba divertida, dejada caer en el quicio de la puerta.

—¿Te ha dicho cómo se llama? —preguntó más que nada por ganar tiempo.

—Claudia Osorio, y ha preguntado por el capitán de navío, don Jorge Juan y Santacilia. ¿Es, vuesa merced, por ventura, ese capitán? —Ironizó antes de añadir con intención—: Es muy linda. No has tenido mal gusto, hermanito.

Jorge Juan permanecía inmóvil, como si estuviera pegado a la silla, y por un momento pensó que podía tratarse de una broma de su hermana. Pero era imposible, no conocía a Claudia ni él le había hablado de ella. Estaba seguro, pese a que en más de una ocasión había hecho algún comentario sobre el Buen Gusto.

—¡Vamos, hermano! ¿Vas a seguir ahí sentado toda la tarde? Si conoces a una Claudia Osorio, te está aguardando. Seguro que es ella. No tiene pinta de ser una impostora. Como te he dicho, tiene trazas de dama, aunque no acabo de entender estas costumbres de ahora. ¿Han impuesto la moda los pisaverdes y ahora son las mujeres quienes acuden a casa de los hombres? ¡No sé con tanta novedad adónde vamos a llegar!

—¡Pero qué estás diciendo! ¿Tu hermano un pisaverde?

—¡A los hechos me remito! ¿Conoces a una Claudia Osorio? —pronunció su nombre lentamente.

—Sí.

—Pues ha venido preguntando por ti. —Con el semblante risueño añadió —: ¡Ah, bribonzuelo... qué calladito te lo tenías!

—¡No es lo que te imaginas!

—¡Ah, no! Pues tu cara me dice que no ando desencaminada. ¡Vamos, no te quedes ahí como un pasmarote! ¡Levántate de esa silla, que Claudia está esperando!

—¡Estás muy equivocada! —Se defendió Jorge Juan, levantándose por fin del asiento—. ¿Dónde has dicho que está?

—En la salita.

Nada más verla se dio cuenta de que estaba tan nerviosa como él.

—¡Claudia, qué sorpresa! No... no esperaba que... que...

—¿Viniera a vuestra casa?

Le ofreció su mano y el marino la besó.

—La verdad... No lo esperaba. Podíais haber mandado un recado y yo habría...

—Habría sido lo correcto. Quien me ha abierto la puerta habrá pensado que soy...

—Es Margarita, mi hermana, la dueña de esta casa. Está impresionada por vuestra belleza.

—Dadle mil gracias.

—Pero... ¿qué os ha traído hasta aquí?

Claudia no se anduvo con rodeos.

—Quisiera que vierais unos papeles de los que pertenecieron a mi padre.

Jorge Juan dudó un momento.

—¿Por alguna razón?

—Porque pueden seros de mucha utilidad.

—No os comprendo. ¿Os importaría explicaros?

—Cuando llegué a casa, me decidí a abrir la arquilla donde mi padre guardaba ciertos papeles. Ni mi madre ni yo habíamos tenido ánimo para hacerlo en París ni en el tiempo que llevamos en Madrid. Pero después de ver la hoja que se os cayó en la librería me puse a hurgar en sus papeles y he imaginado cosas. He visto algo que deberíais leer y como me habíais dicho que hoy no acudiríais a la tertulia...

Jorge Juan pensó que leer los papeles de su padre significaba un gesto de confianza extraordinario.

—Claudia, ¿estáis segura de que obráis correctamente?

—No, no lo estoy. Pero creo que deberíais leerlos.

—Está bien. Aguardad un momento, sólo será un instante.

Jorge Juan cambió su chupa de faldoncillos cortos por una casaca más adecuada para salir a la calle. Se echó sobre los hombros su capa de oficial de la armada y se llevó las cuartillas donde estaban las claves que Ensenada le había entregado. Cuando salieron ofreció su brazo a Claudia, que lo aceptó sin remilgos.

La casa donde Claudia vivía con su madre era humilde, pero el orden y la limpieza la convertían en un sitio acogedor. Se acomodaron en un aposento muy parecido al que Jorge Juan tenía como gabinete de trabajo en casa de su hermana, pequeño y escuetamente amueblado. La joven no se había equivocado al evaluar la importancia del contenido de aquellos papeles. Había datos, direcciones, nombres... Aquella información podía serle de mucha utilidad. Claudia ignoraba por qué Jorge Juan tenía entre sus papeles una clave. Pero si sus sospechas eran ciertas...

Doña Catalina sólo les interrumpió en una ocasión. Habituada a las relaciones que hombres y mujeres mantenían en París, no había visto inconveniente en que su hija permaneciera a solas con un hombre, algo que salvo para los pisaverdes y quienes practicaban el chichisbeo —esa moda de cortejar que permitía al galán tener acceso hasta la alcoba de las damas con el consentimiento del marido, dado el carácter platónico de la relación— era inconcebible en Madrid. Entró en la salita para llevarles unos tazones con caldo acompañados de unas torrijas.

—Madre, no tenías que haberte preocupado.

—Es muy tarde y no habéis tomado nada. Este caballero va a pensar muy mal de nuestra hospitalidad.

—Señora, jamás se me pasaría tal pensamiento por la mente —respondió Jorge Juan.

—Tienes los ojos enrojecidos, madre, ¿no has dejado de bordar en todo este rato?

—Esos paños tienen mucho trabajo. Me comprometí y cumpliré mi palabra.

—Son los paños para el portal de Belén de que os hablé esta mañana. Es un trabajo tan minucioso que hay que forzar mucho la vista —explicó Claudia.

—También tú tienes los ojos enrojecidos —señaló su madre—. Yo me estoy dejando la vista con el punto y tú te la estás dejando en esos papeles.

Doña Catalina dejó la bandeja en una mesita y se retiró.

—Es cierto lo que dice vuestra madre. Tenéis los ojos enrojecidos.

—Nunca han sido mi fuerte. Tengo que lavármelos todas las mañanas con agua en la que disuelvo una pizca de sal. Sigo el consejo de un médico de París con quien mi padre tenía una excelente relación. Fijando tanto la vista en los papeles le estoy haciendo poco caso porque me recomendaba leer siempre con luz del día y no fatigar mis ojos con luz de velas o candiles.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

—Porque deseaba que conocierais al hombre que había detrás de estos papeles.

—Creo que ahora sé algo de él y me será de mucha utilidad toda esa información.

Claudia estuvo a punto de preguntarle, pero por una vez controló sus impulsos y se contuvo.

—Mirad, este es su diario.

Jorge Juan interrumpió la lectura y dejó sobre la mesa la lupa que había utilizado para leer con más facilidad los textos cifrados. Miró el cuaderno que Claudia le mostraba. Era un grueso volumen encuadernado en pergamino.

—¿Lo habéis leído?

—Todavía, no.

—El diario de un hombre guarda sus mayores secretos.

—Hay pasajes que están escritos en clave.

Jorge Juan lo hojeó con el ánimo un tanto turbado. Reconcomía su conciencia el hecho de que Claudia se mostraba mucho más sincera que él. Dudó si revelarle su misión sin entrar en detalles, pero se impuso su sentido del deber.

—Claudia, debemos dejarlo. Es muy tarde.

—Está bien, pero terminad esa carta que estabais leyendo.

—No sé si...

—Terminadla, por favor.

Jorge Juan siguió anotando la transcripción en un papel. Cuando llegó al final se quedó mirándola. Pese a tenerlos enrojecidos, sus ojos seguían siendo bellísimos.

—¿Cuánto hace de la muerte de vuestro padre?

—Lo que puedo deciros es que el 16 de julio no regresó a casa y mi padre, que a veces tenía que pasar la noche fuera, siempre avisaba a mi madre. A la mañana siguiente acudimos a la embajada, pero allí nos dijeron que la víspera se había marchado a la hora habitual. Acudimos a la gendarmería para denunciarlo, pero no se lo tomaron en serio. Preguntamos entre nuestros conocidos sin resultado. Seis días después de presentar la denuncia, encontraron su cadáver flotando en las aguas del Sena. Nos avisaron para que acudiéramos a la morgue, un lugar siniestro, a orillas de ese río, muy cerca de la catedral de Notre Dame. Allí exponen al público los cadáveres de desconocidos, por si alguien puede facilitar datos que permitan su identificación. Son muchos los parisinos que acuden por simple curiosidad o por morbo. Cuando identificamos a mi padre, un médico nos dijo que ya llevaba muerto varios días. Pero no conocemos la fecha exacta en que lo asesinaron.

—Eso quiere decir que encontraron el cadáver el 23 de julio.

—Sí, fue el 23 de julio.

—Esta carta —Jorge Juan le mostró la que acababa de transcribir— está fechada el 14 de julio. Debió de ser la última que recibió vuestro padre.

—¿Qué dice?

—Que acuda dos días después a una hospedería en la *rue des Mathurins*, a la espalda del convento de los padres Capuchinos. Lo citan a la caída de la tarde para hacerle entrega de algo que no se menciona. ¿Sabéis algo de esa hospedería?

El cansancio que reflejaba el rostro de Claudia desapareció como por ensalmo.

—¡Claro que la conozco! Se llama La Font de Gaume. El hospedero, Pierre, era amigo de mi padre.

Jorge Juan se acarició el mentón con aire reflexivo.

—Claudia, no sé... Pero lo que se deduce de esta carta cifrada es... es muy grave. Fijaos, la carta está fechada el 14 de julio. No hay duda, he repasado la fecha varias veces. Vuestro padre debió recibirla ese mismo día porque se le indica que acuda al punto de encuentro dos días después. Debió de ir a esa hospedería el 16, el último día que lo visteis con vida. Sólo hay una posibilidad de que no fuera allí.

—¿Cuál?

—Que lo mataran antes de acudir a esa cita. Si no fue así, esta carta era una trampa y quienes lo citaban, sus asesinos o alguien que estuviera de acuerdo con ellos.

Claudia recordó algo que le hizo llevarse una mano a la boca.

—Pierre vino a vernos cuando supo que mi padre había muerto. Nos dijo... nos dijo que había estado en su hospedería unos días antes, aunque no concretó la fecha. Lo cierto es que mi padre iba con frecuencia. Solía decir que el vino que se bebía en La Font de Gaume era el mejor de todo París. ¿Se refería Pierre al día en que mi padre desapareció?

—Pero lo peor de todo este asunto es que si lo citaron para acabar con su vida y lo hicieron con una carta cifrada según las claves que se utilizaban...

—¡Oh, Dios mío! —Claudia se llevó otra vez la mano a la boca.

—Eso señala una pista que resulta muy dolorosa de aceptar: quienes acabaron con su vida disponían de los datos que les permitían escribir una carta con la clave. Así fue como lo atrajeron a esa hospedería, tendiéndole una trampa, y eso sólo puede explicarse aceptando que entre los agentes de Ensenada en París hay un traidor. Hay, no obstante, otra posibilidad más.

—¿Cuál?

—Que alguien hubiera descubierto que vuestro padre no era un amanuense y le seguía los pasos. Pudo atacarle una vez que hubiera abandonado la hospedería y quienes allí lo citaban le hubieran hecho entrega de lo que aludían en su mensaje. Supongo que cuando se encontró el cadáver no se halló en él ninguna carta ni objeto que llamase vuestra atención.

—Vestía las mismas ropas que llevaba cuando salió de casa por última vez y en sus bolsillos lo único que había era unas monedas.

Durante unos minutos se hizo un silencio en la salita. Sólo se oía el chisporroteo de una de las velas que estaba a punto de consumirse.

—No sé si debería haberos contado todo esto. Quizá sea reabrir una herida... Pero creo que era mi obligación. Soy consciente de lo que ha supuesto para vos la muerte de vuestro padre y las circunstancias en que se produjo. Quizá no tenga mucha importancia conocer estos detalles. No sé...

—Habéis hecho muy bien en decírmelo. Ahora hay un cabo del que tirar para intentar saber quiénes y por qué lo mataron.

—¿Qué queréis decir?

Claudia acababa de tener uno de esos impulsos que marcaban su vida. Su madre y ella vivían ajustadas, pero haría economías e incluso, si no encontraba otra fórmula, empeñaría un valioso aderezo de oro y esmeraldas que su padre le había regalado al cumplir los dieciocho años. Sabía que en Madrid había un Monte de Piedad en la plaza de las Descalzas Reales donde podrían facilitarle

una suma importante.

—Que voy a volver a París.

Jorge Juan la miró entre admirado y temeroso. Trató de disuadirla.

—¿Sois consciente del mundo en el que vais a introducirnos?

—No, no lo soy. Mi padre siempre nos mantuvo a mi madre y a mí al margen de sus actividades. Sabía el peligro que eso significaba. Pero os diré algo más. Era un buen hombre; un marido y un padre excelente. No se merecía lo que le hicieron. Su cadáver revelaba que quienes lo asesinaron se ensañaron con él. Aunque sea lo último que haga en mi vida, me gustaría que... que... —Claudia rompió a llorar y se abrazó a Jorge Juan que notó cómo el contacto con el cuerpo de la joven le provocaba un dulce estremecimiento que iba mucho más allá de lo que era el deseo carnal que podía despertar en él su hermosura. Acarició su espalda con ternura al tiempo que con un pañuelo le limpiaba las lágrimas que resbalaban por su rostro. Cuando se sosegó la miró a los ojos y ella deshizo el abrazo, dedicándole una sonrisa que lo conmovió profundamente.

Ensenada no se explicaba cómo los reyes habían prolongado tanto su estancia en El Escorial. Había tenido que trasladarse al Real Sitio para despachar con Su Majestad y los apartamentos destinados a los cortesanos estaban mal acondicionados. El frío en la sierra madrileña era atroz, tan intenso que era arriesgado salir a pasear sin atrapar un catarro de los que duraban todo el invierno. También se corría el riesgo de terminar con un brazo o una pierna entablillada porque las heladas convertían las calles en pistas donde patinar. Sentado tras su mesa escritorio, se soplaba la punta de los dedos que asomaban por los mitones en un intento de calentarlos con su aliento; el fuego que ardía en la chimenea no era suficiente para hacer que la temperatura de la estancia fuera simplemente soportable. Estaba terminando de escribir una carta para Jorge Juan que al día siguiente saldría para Madrid. El contenido de aquellas instrucciones sólo debía conocerlo el destinatario y eso no era posible si dictaba la carta a alguno de los amanuenses que trabajaban para él. Se trataba de gente de probada lealtad, pero nunca se sabía dónde podía saltar la sorpresa. Lacraba los pliegos con sumo cuidado cuando sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¿Sí?

—Disculpad, excelencia, pero van a dar las seis.

Ensenada arrugó la frente. Enfrascado en el trabajo se le había ido la tarde sin apenas darse cuenta.

—Avisa a Fermín, rápido y a Moriche también.

—Sí, excelencia.

Antes de que el correo apareciera, tuvo tiempo de encasquetarse una espléndida peluca blanca, colocada sobre una cabeza de madera, cuyos bucles caían sobre sus hombros. Sustituyó la chupa que vestía por una lujosa casaca en la que lucía sus más importantes condecoraciones y sacó del cofrecillo que lo acompañaba en todos sus desplazamientos la pesada cadena de la que pendía el vellocino que simbolizaba el Toisón de Oro y se lo puso. Ajustó los puños de su camisa y recolocó los bordados de su pechera.

—¿Me habéis mandado llamar, excelencia? —preguntó Moriche, un riojano de Hervías, un tanto zafio pero de lealtad probada, que lo acompañaba desde que su carrera política había cobrado vuelo y que custodiaba el despacho.

—Dile a Fermín que entre en cuanto llegue y tú te quedas al cuidado de todo. Que no entre nadie.

Poco después apareció el mensajero a quien el ministro tenía en mayor

consideración.

—Toma, partirás mañana a primera hora. Tienes que entregar esta carta.

El mensajero miró la dirección.

—Mañana estará en su poder. ¿Hay que traer algo de Madrid?

—Sólo la correspondencia privada.

—¿Algo más, excelencia?

—Nada más. Puedes retirarte.

Ensenada abandonó el despacho a toda prisa. No podía retrasarse y llegar después que los reyes. Era lo que marcaba el protocolo, algo que con el nuevo monarca había cobrado una importancia extraordinaria. Tanto el rey como la reina, quien ejercía una gran influencia sobre su esposo, eran devotos del boato cortesano y gustaban de rodear sus actos de corte, incluso los más cotidianos, de una solemnidad que se regía por la etiqueta borgoñona. También Ensenada apreciaba aquel ceremonial y, si en política exterior defendía la alianza con París para hacer frente a las ambiciones de los ingleses, en cuestiones internas estaba obsesionado con presentar a Fernando VI como el restaurador de la grandeza de otro tiempo que se remontaba a Carlos I o Felipe II. El principal problema era que se necesitaban grandes recursos para los lujos palatinos y la real pareja estaba recortando de forma importante otras partidas del presupuesto a las que, como secretario de Hacienda, prestaba gran importancia. Las jornadas en los Reales Sitios —Aranjuez, en primavera, y El Escorial, en otoño— suponían movilizar no menos de tres mil personas entre miembros de la guardia real, gentileshombres, damas de honor, camareras de la reina, criados, lacayos, cocheros, cocineros, pinches... y todo lo que aquello arrastraba.

Cuando llegó al salón donde iba a tener lugar la velada, los músicos afinaban sus instrumentos, los cortesanos ocupaban ya sus respectivos lugares y Carlo Broschi hacía gorgoritos tras una cortina, preparándose para actuar. Justo a tiempo. Apenas había ocupado su lugar, don Fernando y doña Bárbara hicieron su entrada, anunciada en alta voz desde la puerta.

Iban acompañados, dos pasos más atrás por el gentilhombre de servicio y por la camarera mayor de la reina. Los reyes vestían como si asistieran a una ceremonia pública de mucho fuste. Fernando VI llevaba casaca de terciopelo azul, con mucha pasamanería en las bocamangas, calzones de seda blanca muy ajustados y medias también blancas. Bárbara de Braganza, con aspecto de matrona, lucía un vestido de seda cruda en tonos rosáceos bordado con delicadas miniaturas florales; el corsé y las ballenas no lograban estrechar su talle más allá de unas pulgadas. Tenía la cara redonda, algo mofletuda y el maquillaje no lograba disimular las feas marcas que le había dejado la viruela que padeció de niña. Llevaba su rubia cabellera, trenzada y adornada con unas plumas exóticas y

unos hilos de diminutas perlas.

Quienes estaban sentados y cubiertos —sólo los grandes— se pusieron en pie y hubo inclinaciones de cabeza de los caballeros y *rendezvous* de las damas. El silencio que había impuesto la presencia de sus majestades hizo que los músicos dejaran de afinar y tras la cortina, donde estaba Farinelli, cesaron los gorgoritos. Los reyes se sentaron frente al escenario en sillones dorados tapizados en seda carmesí y, tras el pequeño revuelo que suponía el tomar asiento de quienes podían hacerlo en presencia del rey, apareció Farinelli. Sólo cuando doña Bárbara inició el aplauso, los presentes aclamaron al divino *castrato*, quien tras una reverencia completa a Sus Majestades miró al director de la orquestina para que arrancase con los primeros compases.

La prodigiosa voz de Carlo Broschi inundó el salón. No importaba escucharlo una y otra vez. Siempre causaba admiración. La armonía de las notas que salían de su garganta, delicadas a veces y otras tan potentes que hacían vibrar todo lo que había a su alrededor, era única. Su entonación de soprano era luminosa y la cadencia con que su melodiosa voz daba vida a la partitura estremecía. En ocasiones hacía interpretaciones tan personales que unía a la admiración la sorpresa de quienes tenían el privilegio de asistir a una de las veladas que doña Bárbara, devota del *bel canto*, organizaba en la corte. Su portentosa garganta le permitía sostener una nota y pasar a otra como nadie era capaz de hacerlo. Aquella noche hizo enmudecer a su palatino auditorio con la interpretación de arias y serenatas de Antonio Vivaldi, Domenico Scarlatti y Pietro Metastasio. Terminó su actuación con un aria de la ópera *Artaserse* que hizo contener la respiración de los asistentes cuando dio el do de pecho. La propina, a petición de la reina, fue una composición que el propio Farinelli había realizado en honor de Fernando VI.

Doña Bárbara, rompiendo el protocolo, se acercó hasta Farinelli que, sudoroso, respondía a la ovación de los presentes, para darle a besar su mano.

La reina era mujer cultísima, muy versada en literatura y su pasión por la música y el canto llegaba hasta la obsesión. Esa era la razón por la que Farinelli gozaba de una posición en la corte que era envidiada por muchos de los grandes. Había sido traído a la corte por la madrastra del rey —la enérgica Isabel de Farnesio— con el propósito de disipar o, al menos, hacer más llevaderos los ataques de melancolía que padecía Felipe V. Farinelli era el único superviviente de la corte de la Farnesio quien, al subir al trono don Fernando, fue invitada a abandonar Madrid e instalarse en La Granja de San Ildefonso. Pagaba el detestable comportamiento que había tenido con el nuevo rey y su esposa mientras tuvo en sus manos las riendas del poder. Se sabía que quien deseara obtener el favor de don Fernando tenía primero que conquistar el de la reina. Las

malas lenguas, siempre abundantes en los medios cortesanos, señalaban que la reina era avara y que no se había olvidado de sus orígenes portugueses. La influencia sobre su esposo redundaba en beneficio de Portugal, cuyo embajador en Madrid era persona de mucha influencia. Lo último que circulaba por los corrillos cortesanos era que no dejaba de meter las narices en las conversaciones para determinar los límites entre las colonias españolas y portuguesas en la zona del río de la Plata.

El revuelo provocado por la actuación del divo y el hecho insólito de que la reina acudiese hasta él, fue aprovechado por Moriche para acercarse al ministro y susurrarle algo al oído. Don Zenón frunció el ceño.

—¿Hace mucho rato?

—Cerca de una hora.

Farfulló una protesta ininteligible y miró a Carvajal, que conversaba con una de las damas de compañía de la reina.

—¡Maldito bastardo!

La rivalidad entre los dos políticos más poderosos del reino, a veces, sobrepasaba ciertos límites, aunque por lo general era correcta. Ensenada se acercó al rey.

—Supongo que Vuestra Majestad habrá disfrutado de esa composición final.

—Desde luego, mi querido amigo. La interpretación de Carlo ha sido magnífica. No, no ha sido magnífica —don Fernando, alzando el dedo índice, se corrigió a sí mismo—, ha sido soberbia.

—Una velada extraordinaria, señor. ¿Necesita Vuestra Majestad de mi persona?

—No, gracias. La reina y yo nos retiraremos a cenar en privado.

—En ese caso, Majestad, ¿cuento con vuestro permiso para retirarme?

—Lo tienes, Ensenada, lo tienes.

El ministro hizo una cortesana inclinación y se marchó apresuradamente. Tenía que tomar medidas urgentes, y eso era algo que para don Zenón de Somodevilla significaba no dejarlas para el día siguiente. Apenas hubo puesto los pies fuera del salón, donde los asistentes seguían deshaciéndose en alabanzas a la actuación de Farinelli, que más allá de los merecimientos del cantante formaban parte de la adulación con que trataban a la reina, preguntó a Moriche:

—¿Dónde está?

—Os aguarda en la antecámara de vuestro despacho.

Ensenada volaba por la galería. Bajó la escalinata sin hacer caso a los saludos de los alabarderos ni corresponder al de quienes se cruzó en el camino hacia su gabinete. Encontró a Agustín Pablo de Ordeñana sentado en un banco

con el semblante serio. Vestía una chupa con las faldillas cortas, calzón ajustado y botas de montar con tanto barro que resultaba difícil identificar su color; no se había quitado la capa en la que también había muestras evidentes de la dureza del camino. Era uno de los hombres en quien Ensenada tenía absoluta confianza. Había comenzado su carrera en la armada para posteriormente, de la mano de don Zenón, ocupar cargos de responsabilidad política. En Madrid era sus ojos y oídos. Ordeñana, pese a ser hombre muy culto, ávido de lecturas, muchas de ellas consideradas peligrosas, tenía convicciones religiosas muy profundas. Esa combinación le permitía desenvolverse con soltura en ambientes muy diferentes. Tenía treinta y seis años y un amplio recorrido en la administración. Había galopado desde Madrid hasta El Escorial y la noche se le había echado encima cuando estaba a menos de una legua.

—Pasa —le dijo abriendo la puerta del despacho, que Moriche se encargó de cerrar—. ¿Está confirmada esa noticia?

—Sí, señor.

—¿Cuándo te has enterado?

—Esta mañana. El asunto se hizo público en Londres hace veinte días.

—¿Quién es?

Sabía que cuando pronunciase aquel nombre a don Zenón no iba a hacerle ni pizca de gracia. Era de las peores noticias que podía recibir.

—Benjamin Keene.

Ensenada, que caminaba de un lado para otro con las manos a la espalda y la mirada fija en el suelo como si contara las losetas, se detuvo al oír aquel nombre.

—¿Quieres repetirlo?

—Benjamin Keene, señor.

Siguió un largo silencio hasta que don Zenón, como si hablara consigo mismo, comentó:

—Es astuto como un zorro y hábil, muy hábil. Tiene una larga experiencia y no es la primera vez que ejerce el cargo en España. No logró evitar la guerra hace diez años y entonces pareció que su carrera diplomática había terminado. Le llovieron las críticas. Pero a base de intrigas y astucia logró superar aquel momento de dificultad. Los últimos años ha estado de embajador en Lisboa y no ha dejado de maniobrar en contra de nuestros intereses. Si viene a Madrid, será para conseguir que el acuerdo de límites con los portugueses, que llevamos años discutiendo, se pueda firmar definitivamente. Han puesto toda la carne en el asador. Tendremos que vigilar a Keene. No me gusta, Ordeñana, no me gusta. Tiene buenos contactos de la época en que fue agente de la *South Sea Company* y de su estancia en Sevilla, cuando la anterior reina trasladó allí la corte para ver

si la luminosidad del mediodía disipaba la melancolía del rey. Entonces jugó un papel muy importante en la paz que se firmó en la capital andaluza y anudó importantes amistades. Conservará muchas, aunque hayan transcurrido veinte años. Pero lo peor de todo es que estará en sintonía con la reina. —Ordeñana miraba al ministro con admiración. Era evidente que no se llegaba a la cúspide del poder sin ser miembro de las grandes familias de la aristocracia, como era el caso de don Zenón, si no se poseían cualidades excepcionales. En la corte se hacían lenguas de su prodigiosa memoria. Se decía que jamás olvidaba un rostro, aunque lo hubiera visto una sola vez. Ensenada dejó de caminar y entonces soltó el exabrupto—. ¡Esos cabrones juegan bien sus cartas!

—Sabía que no era una buena noticia.

—¡Es pésima, amigo mío! ¿Tienes algo más que decirme relacionado con este asunto?

—Que disponemos de algún tiempo. El inglés no llegará hasta pasadas las Pascuas.

La presencia de Benjamin Keene en Madrid suponía para don Zenón un problema añadido a las dificultades que ya tenía para sostener ante el rey su postura, que era contraria a la firma del acuerdo sobre los límites coloniales con los portugueses y que lo enfrentaba a doña Bárbara de Braganza. Si el acuerdo se firmaba, sería muy perjudicial para los intereses de Su Majestad. Tendría que buscar alguna solución para enfrentarse a un asunto donde se encontraba en franca minoría. Quienes tenían influencia sobre el rey estaban en contra de sus planteamientos. Su único aliado era el confesor real, el padre Rávago.

Ensenada estaba convencido de que cuanto más se cediera ante Portugal en las Indias, más facilidades se darían a los ingleses. Portugal era para Gran Bretaña lo que la Luna a la Tierra, un satélite. Necesitaba de toda su energía para enfrentarse al dúo formado por doña Bárbara y Carvajal y al que ahora se sumaría el astuto Keene. La posición de doña Bárbara era fundamental. A pesar de ser reina de España, no olvidaba que era portuguesa de nacimiento. La correspondencia con su padre, el rey Juan V, era fluida e iba más allá de lo que se suponía que debía de ser una correspondencia familiar. Ensenada tenía pruebas de que la reina comentaba con su padre asuntos de Estado que habían de ser tratados con toda reserva. En alguna carta no ocultaba a su progenitor que, llegado el caso, ejercería su influencia en el ánimo de su real esposo.

—¿Quién iba a decirnos, cuando se casó, que iba a marcarnos el paso de esta forma?

—No entiendo qué quiere decir vuestra excelencia con eso.

—Que el matrimonio de la Portuguesa —Ensenada no se privaba de motejarla como la llamaban muchos madrileños cuando hablaba con su fiel

Ordeñana— con el rey lo había orquestado la anterior reina para buscarle un trono a su hija Mariana Victoria, a la que casó con el príncipe de Brasil. Dicen que cuando don Fernando vio a la novia se le cayó el alma a los pies. Era gordísima, tenía la cara picada de viruela y era fea como el pecado...

—Señor... tened cuidado. A veces las paredes oyen.

Estaba vomitando su malhumor. Si alguien más lo oía, podía darse por perdido.

—¿Acaso no es cierto lo que estoy diciendo, amigo mío?

—Pero se trata de la reina.

—Es cierto, pero mira más por los intereses de su familia que por los del país que adoptó al casarse. En su actitud influye el no haber tenido hijos después de veinte años de matrimonio.

—En cualquier caso, excelencia, deberíais mostraros más cauteloso.

—Tienes razón, mi buen Ordeñana. Pero es que... Si ese tratado se firma, será el primer paso para algo mucho más grave. Los ingleses son maestros en el arte del engaño. La presencia de Benjamin Keene en Madrid no anuncia nada bueno.

—Trataremos de neutralizarlo.

—Será difícil, es un ministro plenipotenciario. Si tuviéramos a alguien parecido en Londres... Carvajal no parece enterarse de lo que nos jugamos en estos momentos.

—¿Qué tal la reunión con Jorge Juan? —Ordeñana buscaba que don Zenón se olvidase, al menos por un rato, del nuevo embajador inglés.

—A pedir de boca. La operación de Londres estará en marcha en poco tiempo. Si la culmina como espero, a los ingleses se les pueden atragantar sus ínfulas.

—Esa es una buena noticia, señor.

Ensenada pensó que sería conveniente que Jorge Juan viajase a Londres lo antes posible. Eran contadas las personas que estaban al tanto de su misión, pero de Keene no podía fiarse. El ilustre marino necesitaría un par de meses, quizá tres, para tener listos los preparativos. Eso requería no perder un instante.

—Habrá que advertirle de la presencia del embajador inglés en Madrid. Aunque confío plenamente en su discreción. Lo más conveniente es que todo lo relativo a su viaje se acelere. Deberá trasladarse a Cádiz y allí ultimar todos los preparativos. Como esta noche tienes que dormir aquí, mañana podemos compartir el desayuno. Te entregaré una carta indicándole que Madrid, con el embajador inglés en puertas, es sitio peligroso. Si han pasado tres semanas desde que la noticia de su nombramiento se hizo pública en Londres, es posible que aquí la sepa ya mucha gente. Los espías que los ingleses tienen aquí se moverán

ahora con más facilidad.

—Habrá que controlarlos.

Ensenada asintió con un movimiento de cabeza.

—Retírate, el día ha sido fatigoso y tienes aspecto de estar cansado. Nos vemos mañana para desayunar.

Cuando se quedó solo, se quitó la elegante casaca con que había acudido al concierto de Farinelli y se puso la cómoda chupa que vestía cuando trabajaba en su gabinete y no esperaba visitas. Se sentó, reflexionó un momento, antes de tomar la pluma, y comenzó a escribir la nueva carta que iba a enviar a Jorge Juan, indicándole que había de ganar las horas para efectuar los preparativos de su viaje. También le anunciaba que en carta aparte, sellada y lacrada, le confiaría en pocos días la otra parte de su misión.

En una casa, cuyo aspecto denotaba cierto abandono, como a media legua de la ribera del Manzanares, cuatro individuos aguardaban impacientes, sentados en torno a una recia mesa de roble. Tres de ellos se mantenían cubiertos y con los embozos de sus capas, no por ocultar su rostro, sino para combatir el frío. La candela que ardía en la chimenea apenas lograba espantar el intenso frío. Aunque el otoño estaba muy avanzado, era impropio de aquella fecha. Sólo Secundino, que era quien los había reunido allí, mantenía la cabeza descubierta dejando ver una coronilla que semejaba la tonsura propia de un clérigo aunque sólo había recibido la primera de las órdenes menores.

—Parece que se retrasa —comentó Secundino.

—Mucho —respondió con sequedad el que por las trazas parecía el jefecillo de los otros tres—. Si esto sigue así... —amenazó, soplándose la punta de los dedos en un vano intento por calentarlos.

—No me andes con esas, Benigno. Si piensas marcharte, antes de irte me devuelves los veinte reales que te entregué ayer como anticipo. ¿Queda claro?

—No he querido decir eso. Sólo que si esto sigue así nos vamos a congelar.

En aquel momento el ruido de un carruaje y los gritos de un cochero deteniendo las cabalgaduras anunciaron que alguien llegaba.

—Parece que ya está aquí. —Secundino se levantó a toda prisa y fue hacia la puerta. Al abrirla se dio de bruces con un mocetón que estaba a punto de llamar.

—¿Están ya todos?

—Hace más de una hora que aguardamos —le respondió sin disimular su enfado—. Alguno empezaba ya a impacientarse.

El joven abrió la portezuela y extendió la escalerilla por la que bajó Noriega, que se protegía del frío con una gruesa capa de lana y tapaba su rostro con una careta.

Secundino se quedó mirándolo con cara de sorpresa. Estaba claro que su paisano deseaba mantenerse en el anonimato. Se hizo a un lado para dejarle entrar y Noriega, al pasar por su lado, le susurró:

—No se te ocurra llamarme por mi nombre.

—Pierde cuidado.

—Dirígete a mí con más decoro delante de esos.

Secundino farfulló algo ininteligible.

Cuando entró en la sala, los hombres que aguardaban lo miraron con recelo.

No les gustó que llevase el rostro oculto, pero si estaba dispuesto a pagarles tan bien...

Noriega, después de aposentarse en la única silla que quedaba libre, recogió los pliegues de su capa y comentó:

—Esa chimenea caliente poco. ¿No tenéis frío?

—Estamos ateridos —respondió Benigno con cierta insolencia—. Imagine vuesa merced que llevamos aguardándole cerca de una hora.

El clérigo decidió pasar por alto la protesta y fue directo al grano.

—Supongo que Secundino os ha puesto al tanto sobre lo que deseo, ¿es así?

—Algo nos ha contado, aunque poca cosa —respondió Benigno quien, al desprenderse del embozo que cubría su rostro, dejó visible un semblante patibulario.

Noriega miró a su paisano, que se encogió de hombros.

—¿Qué os ha dicho? —preguntó Noriega.

—Que vuesa merced desea que hagamos un trabajillo y que hemos de actuar con mucha discreción. Nada nuevo, es lo que quieren casi todos. Nos ha dado a cada uno veinte reales a cuenta de ese trabajo por el que se nos pagarán diez ducados por barba y ha prometido doblar esa cantidad si vuesa merced queda satisfecho con el trabajo.

—Por lo que veo, Secundino ha estado más pendiente de los dineros que de explicaros lo que quiero.

—Bueno... ha insistido mucho en lo de la discreción. Pero como os he dicho no sabemos si tenemos que apalea a alguien que le ha hecho cofrade de San Lucas o asustar a alguno que no paga o vuesa merced desea que organicemos una cencerrada.

—Compruebo... que sois gente con oficio.

—Mucho, señor. Su criado...

—¡Yo no soy su criado! —protestó Secundino—. Me limito a establecer los contactos.

—Tampoco es para ponerse así. —El malandrín guiñó a Secundino—. ¿Puede, vuesa merced, explicarnos en qué consiste ese trabajo?

—Quiero dar un escarmiento a alguien. Acude a una casa de la calle del Turco que pertenece a la condesa de Lemos. Allí se celebra una tertulia...

—Una ter... ¿qué?

—Un grupo de gente que se reúne para hablar de cosas que les parecen interesantes.

—¡Ya! —exclamó Benigno con cierta suficiencia—. Supongo que vuesa merced se refiere a esos pisaverdes que gastan peluquín, se perfuman como mariquitas y dicen mucho *monsié y madama*.

—Digamos... que se trata de esa clase de gente.

—Entonces está chupado —fanfarroneó, mirando a sus compinches—. Esa gente no tiene ni media estocada.

—¿Cómo dices? —A Noriega lo alarmó la posibilidad de que aquellos matones ensartaran a alguien.

—Que no habrá problema. Esa gente no planta cara. Si tuviéramos que vérnoslas con un guapo, la cosa sería más complicada. Pero esos pisaverdes... ¿Puede, vuesa merced, darnos los detalles? Aquí hace un frío que pela y cuanto antes acabemos, mejor.

Noriega miró a Secundino.

—¿A qué clase de detalles se refiere?

—A la altura, el color de ojos, alguna seña particular que permita identificarlo.

—Es para no equivocarnos —añadió Benigno.

—No van muchas damas a esa tertulia. Es joven y guapa, habla con acento francés...

—Un momento, ¿el encargo es darle sopapos a una mujer?

—¡Nada de eso! ¡No debéis hacerle daño! Os limitaréis a introducirla en el carruaje. ¿Con quién creéis que estáis tratando?

—Con alguien que nos necesita. —El malandrín no disimuló su desdén.

Noriega, poco acostumbrado a tratar con gente de aquella estofa, decidió pasar por alto la nueva invectiva. Lo más conveniente era cerrar el asunto lo antes posible y no volver a verlos. Su compañía le resultaba desagradable.

—Esa dama, cuando sale de la tertulia, a la que asiste casi todas las noches, cruza el arco que hay junto al convento de los Capuchinos y toma por la calle del Prado hasta la plazuela del Ángel. Luego marcha por la de Barrionuevo y, por la de Concepción Jerónima, llega a la calle de Toledo y, por Puerta Cerrada, va a la calle del Nuncio, que es donde vive. Secundino os acompañará para indicároslo. No habrá posibilidad de error.

—Despacio... vaya, vuesa merced, despacio, que me he perdido con tanta calle.

—Quedaréis con Secundino, que acudirá en un carruaje a la entrada de la calle del Prado, en el arco que hay junto al convento de los Capuchinos. Desde allí podréis verla salir y seguirla con el carruaje. Vuestro trabajo consistirá en obligarla a subir en él.

—¿Lo que nos está proponiendo es que la raptemos?

—En cierto modo.

En la comisura de los labios de aquel bribón apuntó una sonrisilla maliciosa.

—¿Vuesa merced desea follársela? —Benigno se rascó los escasos pelos que formaban una rala perilla—. Lo digo porque ha dicho que es joven y guapa.

—¡Cómo te atreves! ¡Malandrín!

—No se sulfure así, vuesa merced. Los raptos de mujeres o son para follárselas o para pedir un rescate. —Chasqueó la lengua de una forma desagradable, como si quisiera dar más énfasis a sus palabras—. Sé muy bien lo que me digo.

—¡Eres un lenguaraz!

—Eso es llamar a las cosas por su nombre. ¡Al pan, pan y al vino, vino!

A Noriega el descaro de Benigno lo había alterado. Tenía la respiración agitada y sus manos se aferraban al borde de la mesa. Se ajustó la careta que se le había desplazado ligeramente y Secundino, que imaginó el trance por el que pasaba su paisano, comentó a modo de excusa:

—Benigno no entiende de sutilezas ni refrena su lengua cuando pone palabras a sus pensamientos.

—No se irrite por tan poca cosa y vamos a nuestro negocio —terció Benigno—. Lo que piense hacer vuesa merced con esa dama no es asunto nuestro. Supongo que nuestro trabajo consiste en apiolar a quien la acompañe e introducirla en el carruaje.

—¿Qué... que quieres decir con apiolar?

—Apiolarlo..., quitarlo de en medio —añadió Benigno como una cosa natural.

—¿Estás diciendo, matarlo?

—Si la cosa se pone fea...

—¿¡Qué clase de gente es esta, Secundino¡?

—Sin ofender, señor. Que nosotros estamos aquí porque se nos ha llamado y Secundino sabe que no nos andamos con chiquitas. Si las cosas se ponen feas, se hace lo que sea menester y a otra cosa.

—La orden es que la dama sea introducida en el carro y que la persona que la acompañe, un criado de la condesa, no pueda impedirlo. No será necesario... apiolarlo.

—Lo que nos pide son dos trabajos. —Benigno no dejaba de acariciarse la perilla.

—¿Cómo dos trabajos?

—Sí, señor, dos trabajos. Uno, raptar a esa dama con la que hemos de andarnos con muchos melindres, y otro, encargarnos de quien la acompañe.

—Una cosa va unida a la otra.

—Son veinte ducados por barba —sentenció Benigno.

—Todo eso forma parte del mismo asunto —protestó Secundino.

—Yo no lo veo así. —Con aquella artimaña el facineroso buscaba doblar el precio de su trabajo—. Veinte ducados por barba. Lo tomas o lo dejas. ¡Ah! Y los veinte reales del anticipo, van de propina.

Noriega miró a Secundino, al que ya había entregado la totalidad de los ciento veinticinco ducados que había conseguido con un préstamo inesperado. Si eran cuatro, los pensaba despachar con cuarenta ducados y sólo tendría que añadir el coste del vehículo y poco más. Era tan rufián como aquella cuadrilla de delincuentes. Todos buscaban sacarle los cuartos. Supo que aquel bribón tenía la sartén por el mango, pero había entregado dinero más que suficiente para satisfacer sus exigencias.

—Está bien —aceptó Secundino—. Pero no hay suma doblada por hacerlo a satisfacción.

—¿Los veinte reales son la propina?

Secundino asintió y estrechó la mano de aquel bellaco.

—¿Cuándo podríais hacerlo? —preguntó Noriega, irritado por la estafa de Secundino.

—Aclarado lo del pago, cuando vuesa merced disponga.

—Cuanto antes mejor.

—¿Esta noche?

—No, mañana —indicó Secundino—. Tengo que aviar el carruaje y atar algunos cabos.

—¿Qué pasa si la dama no acude a esa reunión?

—Va casi todas las noches y mañana es seguro que acudirá.

La certeza del padre Noriega tenía fundamentos. La condesa de Lemos, dado el éxito de la interpretación de Claudia con el clavicordio, había anunciado un pequeño concierto para ese día, que había sido aplaudido por los contertulios.

—Será mañana, entonces. Ahora hablemos de los dineros.

—Os puedo entregar cinco ducados a cada uno —señaló Secundino—. Lo acordado era la mitad ahora y la mitad una vez hecho el trabajo.

—La mitad de veinte son diez.

—Lo que estaba hablado eran diez ducados y ahora sólo puedo pagaros cinco, no llevo encima más dinero. Los otros quince cuando la faena esté acabada.

—Eso será mañana noche.

—Entonces se os pagará el resto.

—No sé...

—¡Cómo que no sabes! Dime, Benigno, ¿cuándo te he fallado? Dime, ¿cuándo?

El delincuente acarició una vez más la perrilla, como si cavilara.

—Está bien. Vengan esos veinte ducados y los otros sesenta mañana. Lo que aquí se ha tratado va a misa. Si no llevas los dineros...

—No te preocupes. Los llevaré.

Jorge Juan leía el cuadernillo titulado: «*Instrucción reservada de lo que de orden del Rey debe observar el Capitán de Navío D. Jorge Juan en los encargos de servicio de S. M. que se le hacen, y se explicarán aquí, cuyo desempeño se fía a su mayor inteligencia, prudencia y conducta*», que Fermín, el correo de don Zenón, le había entregado a primera hora de la tarde, cuando unos golpes en la puerta lo sacaron de la lectura. Miró por la ventana y comprobó que ya estaba cayendo la tarde. Al oír cómo llamaban de nuevo recordó que Margarita había acudido a San Martín con unas amigas a la novena que se celebraba por las Benditas Ánimas del Purgatorio. Se había marchado después de recoger los platos y las escudillas del almuerzo porque las disposiciones eclesiásticas habían establecido, desde hacía algunos años, que las celebraciones litúrgicas se realizarían en todas las parroquias e iglesias en horarios que permitieran concluir los ritos antes de la puesta de sol. Se acercó a la puerta de mala gana, pensando que se trataría de una de las visitas que su hermana solía recibir para pasar la tarde parlotando en el estrado.

—¿Quién va? —preguntó antes de abrir la puerta.

—¿Vive aquí el capitán de navío don Jorge Juan y Santacilia?

—¿Quién pregunta por él?

—Correo de la Secretaría de Guerra y Marina.

Jorge Juan se puso en guardia.

—Vuestro nombre.

Hubo unos instantes de silencio que sólo sirvieron para que crecieran sus sospechas.

—Soy Agustín Pablo de Ordeñana. ¿Vos sois Euclides?

A la mente de Jorge Juan acudieron viejos recuerdos. Hacía años que nadie lo había llamado así. Abrió rápidamente la puerta.

—¡Ordeñana! ¡Agustín Pablo de Ordeñana!

Los dos marinos se miraron un momento, antes de fundirse en un abrazo. Jorge Juan lo pasó a la salita que utilizaba como despacho.

—No tengo otro lugar más a propósito. Es la casa de mi hermana y este el lugar que ha habilitado para mí.

—Recoleta y tranquilo —comentó Ordeñana, mirando los libros que había en las baldas—. Veo títulos muy interesantes. Alguno no deberías tenerlo tan a la vista. Si el Santo Oficio se entera, tendrás que dar muchas explicaciones y eso no es conveniente después de lo que Ulloa y tú habéis puesto por escrito.

—¿Has leído las *Observaciones*?

—No, todavía no. Lo tengo pendiente. Pero algunas de las cosas que decís en la *Relación histórica del viaje hecho por orden de Su Majestad a la América Meridional* son... digamos que arriesgadas.

Ordeñana era un hombre cultivado. Mantenía correspondencia con algunos autores franceses que estaban desarrollando ideas consideradas perniciosas por buena parte de los españoles que se consideraban instruidos.

—Ese libro, a diferencia de las *Observaciones*, no tuvo problemas con la censura.

—Sé que don Zenón intervino para limar los últimos obstáculos y para que el Santo Oficio diera su visto bueno. Ulloa y tú tuvisteis que tragar con tesis formuladas como posibilidades erróneas para poder sostener vuestros planteamientos. —Jorge Juan recordó que era la misma disquisición que le había hecho Claudia—. En relación con el libro del viaje, hacéis afirmaciones que, interpretadas de forma retorcida, podrían crearos problemas. Sé lo que digo porque conozco el paño. Pero no he venido a comentar tus obras. Te traigo un mensaje de don Zenón, con quien estuve ayer en El Escorial.

—Hoy he recibido un correo suyo.

—Pues otro más.

—Su excelencia me dijo que si necesitaba comunicarme algo lo haría a través de ti. ¿Sabes que gozas de toda su estima?

—Procuro cumplir mis obligaciones lo mejor que puedo. Me honra con su confianza.

Ordeñana le entregó la carta y Jorge Juan la abrió delante de su antiguo compañero de Academia. Estaba al tanto de todo.

El mensaje de Ensenada era muy breve:

*Señor don Jorge Juan y Santacilia, Capitán de Navío  
de la Armada de Su Majestad Católica.*

*Querido amigo:*

*Por la presente, que os llegará por mano de don Agustín Pablo de Ordeñana, persona que como sabéis goza de mi entera confianza, os comunico que deberéis acelerar los preparativos y ponerlos en camino con vistas a la misión que os tengo encomendada.*

*Hoy he tenido noticia de que en fecha próxima llegará a Madrid el embajador de la Gran Bretaña. Se trata de Benjamin Keene, cuya experiencia en asuntos de diplomacia*

*es larga en el tiempo. Ha ejercido anteriormente dicho ministerio ante nuestro anterior rey, así como otras actividades en Madrid, Cádiz y Sevilla, donde tiene contraídas muchas relaciones. Si ya os encomendé discreción, ahora deberéis extremarla.*

*Ordeñana os hará entrega de otra carta que deberéis mantener en lugar seguro y no abrir hasta que lleguéis a Londres. Está en cifra y en ella va explicada la parte de la misión de que os hablé y no os especifique.*

*Cuando leáis esta carta destruidla. Si llegara a manos indeseadas, os crearía no pocas dificultades en el cumplimiento de vuestra misión.*

*Deseándoos todo lo mejor,*

#### Z. DE SOMODEVILLA Y BENGOCHEA

Jorge Juan acercó la carta a una candelilla que su hermana mantenía permanentemente encendida en una taza con aceite delante de una estampa de santa Margarita y le prendió fuego. La sostuvo hasta que quedó reducida a cenizas.

—¿Habías leído esa carta?

—No, pero el ministro me informó de su contenido. Sé que sus órdenes son que salgas lo antes posible de Madrid. Teme que la presencia del embajador inglés complique el asunto que tenemos entre manos. Conoce a *mister Keene* desde hace mucho tiempo, no goza de sus simpatías. Don Zenón tendrá que ser muy cauto. El inglés utilizará todo lo que tenga para actuar contra él. Sabe que la mayor amenaza para las ambiciones de Gran Bretaña es su excelencia.

—¿Tan peligroso es?

—Más de lo que te imaginas. ¿Cuánto tiempo necesitarás para ponerte en camino hacia Cádiz? Tienes una gran ventaja.

—¿Cuál?

—Permaneces soltero.

Jorge Juan se acordó de Claudia.

—Es un alivio en las circunstancias presentes. Creo que en una semana podré dejarlo todo preparado. Mañana mismo iré a la casa de postas para informarme de las diligencias que hacen el camino hasta Sevilla y Cádiz.

—Salen dos días a la semana. Los lunes y los jueves.

Jorge Juan arrugó la frente.

—¿Conoces sus horarios?

—He preguntado antes de venir. Esta mañana en El Escorial he desayunado con su excelencia. Me ha insistido en que no demores tu partida.

—Saldré en cuanto pueda. Pero antes tengo que resolver un par de asuntillos...

—Procura no entretenerte. Ese *mister* Keene no llegará hasta dentro de un par de meses, pero para esa fecha todo debe estar resuelto. —Ordeñana sacó de su bocamanga la otra carta a la que aludía don Zenón y se la entregó—. Toma, tengo entendido que no debes abrirla hasta que hayas llegado a tu destino.

Jorge Juan tomó la carta, intrigado. No se explicaba el secretismo del ministro ni qué podría haber más secreto que espiar a los ingleses.

Los dos amigos se despidieron con un fuerte abrazo.

Jorge Juan guardó la carta lacrada en lugar seguro y pasó el resto de la tarde estudiando las instrucciones de Ensenada que aquella mañana le había entregado Fermín. El ministro perfilaba detalles de algunas de las cosas que ya le había comentado cuando se vieron. En ningún caso debía enviar cartas por la vía ordinaria porque su contenido llegaría a conocimiento de los ingleses. Las cartas serían escritas en cifra de acuerdo con las claves que ya tenía en su poder. No las firmaría jamás. La fecha siempre debería consignarse, pero nunca aparecería ni al principio ni al final de la misiva, se colocaría en el centro. Le indicaba que para la realización de su misión podría contar con dos colaboradores. Esa elección quedaba a criterio de Jorge Juan. Así mismo, le anunciaba que se comunicaría al embajador español en Londres, don Ricardo Wall, su llegada, aunque no se le darían más indicaciones. Le advertía, por último, que las claves que Wall utilizaba en su correspondencia reservada en lo referente a Guerra y Marina eran diferentes a las que a él se le habían facilitado.

Pensaba en la carta con la orden de no abrirla hasta arribar a Londres, cuando miró por la ventana y comprobó que estaba oscuro. Era demasiado tarde, pero por nada del mundo dejaría de ir aquella noche a la tertulia de la calle del Turco. Había quedado allí con Claudia, aunque se había suspendido su concierto de clavicordio porque el afinador del instrumento estaba enfermo. Oyó ruido en la casa. Era su hermana. Hacía rato que había llegado, pero no se había enterado.

—¿Margarita?

—¿Sí?

—¿Hace mucho que estás en casa?

—Cerca de una hora. He visto luz, pero no he querido molestarte. ¿Llevas ahí encerrado desde que me fui?

—Tengo trabajo que hacer y... hay novedades.

Margarita apareció secándose las manos en un pico de su amplio delantal.

—¿Qué novedades son esas?

—Me marcho la semana que viene.  
—¿Cómo? ¿Cuándo te lo han comunicado?  
—Esta misma tarde.  
—¿Adónde vas?  
—A Cádiz.  
—¿Te han dado, por fin, destino?  
—Eso es. En Cádiz tomaré un barco para Londres.  
—¡Santo Dios, eso es tierra de herejes! ¡Apresaron a tu amigo Ulloa cuando regresaba de las Indias!  
—Ahora estamos en paz con ellos.  
—No me fío de esa gente.  
—Hemos reabierto nuestra embajada y quieren que vaya, que conozca a sus hombres de ciencia y dé varias charlas en sus sociedades científicas.  
Margarita movió dos o tres veces la cabeza señalando que no las tenía todas consigo. Había pedido mucho a santa Margarita que le asignasen un destino, aunque estaba feliz de tenerlo a su lado. Lo había visto durante meses desanimado, pero la publicación de su libro le había dado vida.  
—¿Tú estás contento?  
—Ya lo creo. Además, no me disgusta el encargo. En Londres podré conocer a algunos de sus más famosos matemáticos y físicos.  
—Sólo aprenderás cosas malas de esa gente.  
—Vamos, hermanita —Jorge Juan recogió los papeles, se acercó a ella y la besó en la frente—, son magníficos matemáticos. Podré asistir a alguna reunión de la Royal Society...  
—¿Eso qué es?  
—La Royal Society es una academia científica. Allí promueven importantes investigaciones que aumentan nuestros conocimientos sobre la Tierra y nuestro sistema planetario. Realizan estudios sobre las leyes de la física. Hacen experimentos químicos... Podré visitarla.  
—¿Vas por mucho tiempo? ¿Como cuando el anterior rey te mandó a las Indias y tardaste once años en volver?  
—Ahora será mucho menos.  
—¿Claudia Osorio sabe ya que te marchas?  
—No, se lo diré esta noche.  
—Pues me temo que le vas a dar un disgusto soberano. Se bebe los vientos por ti.  
—Exageras.  
—No exagero. No había más que verla. Incluso ha venido a buscarte, ¿te parece poco?

- No era para lo que te imaginas.  
—Sí, sí... Te lo digo yo, y de esto las mujeres entendemos un rato largo.  
—¡Bah! Voy a vestirme rápidamente.  
—¿A estas horas vas a salir?  
—Quiero ir a la tertulia.  
—Pero si es muy tarde.  
—No importa.  
—Supongo que la dama estará allí, ¿me equivoco?  
—No, no te equivocas.  
—¿Lo ves?

Se vistió con su mejor traje y salió llevando uno de los farolillos de papel con que se alumbraban los viandantes que caminaban por las calles de Madrid una vez que el sol se había puesto. Les permitía ver por dónde iban y no pisar las inmundicias que llenaban las vías públicas, que en muchos sitios de la Villa y Corte eran verdaderos basureros. Suponía un alivio pasar por donde los dueños habían colocado farolas en las fachadas de sus casas y limpiaban la parte de calle que correspondía a su vivienda, pero eran los menos.

Cuando llegó a casa de la condesa de Lemos, la tertulia estaba muy animada. Ya se había debatido sobre el *Quijote* de Cervantes y el de Gómez de Avellaneda. La condesa de Lemos había roto una lanza por Cervantes, señalando que estuvo muy ligado a su familia y que las últimas páginas que escribió, días antes de morir, que fueron la dedicatoria de *Persiles y Sigismunda*, eran una hermosa alabanza a un antepasado suyo. Ahora era don Diego de Torres y Villarroel quien estaba perorando sobre las infames condiciones en que se enseñaba en nuestro país y abogaba por que se mejorasen las formas:

—A los cinco años me pusieron mis padres la cartilla en las manos y con ella me clavaron en el corazón el miedo al maestro, el horror a la escuela y el susto continuo a los azotes. Pagué con las nalgas el saber leer y con muchos sopapos y palmetas el saber escribir. Salí de la escuela sin saber lo que leía, formando caracteres claros y gordos; pero sin forma ni hermosura, instruido en las cinco reglillas de sumar, restar, multiplicar, partir y medio partir y, finalmente, bien aleccionado en la doctrina cristiana, porque repetía el catecismo sin errar letra.

A Jorge Juan le importaba poco lo que el estrafalario personaje estaba diciendo. Tenía unos conceptos matemáticos muy diferentes a los suyos y ya habían polemizado a cuenta de las *Observaciones*. Buscaba a Claudia pero no estaba allí. Oía los comentarios de Torres y Villarroel, pero sin prestarles atención. Tampoco estaba la condesa de Lemos. Estuvo tentado de preguntar, pero no lo hizo. No deseaba dar pábulo a comentarios. Se acercó al lacayo que

estaba junto a la puerta. Era el mismo que lo había acompañado a recibir al mensajero que le envió Ensenada. Le pareció hombre discreto.

—¿Ha visto a la señorita Osorio?

—Sí, señor. Llegó hace rato, pero ha salido con la señora condesa.

—¿A la calle?

—No, señor. Andan por la casa.

—Gracias.

Jorge Juan se integró en un corrillo que había hecho lugar aparte para no oír las cosas de Torres y Villarroel. Se hablaba de los valores del *Quijote* de Avellaneda:

—Sin duda, es mucho mejor que el de ese Miguel de Cervantes. El estilo es más cuidado y perfilado, hay más profundidad en los conceptos y, aunque también se recrea con florituras, su lenguaje es más clásico. Cervantes lo retuerce de forma abominable.

—No estoy de acuerdo —replicó uno de los presentes—. La prosa de Cervantes, si bien peca de barroca, es mucho mejor que la de Avellaneda, que no es mala obra. Pero la originalidad es un punto y Cervantes ha creado...

En aquel momento Claudia y la condesa aparecieron agarradas del brazo. Se las veía sonrientes. Apenas asomó por la puerta, la joven cruzó su mirada con la de Jorge Juan. La condesa susurró algo a su oído y se acercó al grupo donde Torres y Villarroel continuaba su discurso. Claudia se fue hacia Jorge Juan.

—Creí que no habíais venido.

—Sois vos quien ha llegado muy tarde. La condesa quería mostrarme algo. Mirad lo que me ha regalado. —Claudia sacó de su bolso, confeccionado con la misma tela de su traje y que llevaba asido a la muñeca mediante una cinta, un saquillo de terciopelo del que extrajo una caja de madera lacada—. ¿Verdad que es una preciosidad?

—Esas cajas suelen verse en las Indias, llegan a través del *Galeón de Manila*. Las hacen en China. Muchas suelen tener un compartimento oculto. ¿Me permitís?

Jorge Juan la examinó y la sopesó.

—Apostaría a que es de las que tienen un compartimento oculto.

—¿Vos creéis?

Mostró a Claudia un punto disimulado en uno de los laterales.

—¿Tenéis un alfiler?

—Me parece que no es el momento más adecuado para...

—Tenéis razón.

La tertulia acabó poco después y Claudia, al despedirse, agradeció a la condesa el regalo, al tiempo que le decía que don Jorge iba a acompañarla y que

no era necesario el lacayo que ponía a su disposición. Se arropó con un abrigo de buen paño forrado de piel y Jorge Juan, embozado en su capa, tomó el farol de mano de un criado que se había encargado de encenderlo. Salieron a la calle y Claudia tomó el brazo del marino. Al llegar a la confluencia con la Carrera de San Jerónimo le susurró al oído:

—¿Conocéis un lugar adecuado para que entre una dama y nos sirvan un chocolate?

—Conozco uno, en Caballero de Gracia, tendríamos que ir en sentido contrario.

—¿Cómo se llama? —preguntó Claudia, dándose la vuelta.

—La Cruz de Malta. Es uno de los mejores establecimientos de Madrid.

Secundino, protegido por la oscuridad, al ver que se volvían, soltó una imprecación.

—¡Maldita sea!

Enfilaron la calle del Turco hasta salir a la de Alcalá, que poco más abajo tomaba el aspecto de un camino a cuya derecha, en un ejido, estaba construyéndose el coso que tanta polémica había levantado en la tertulia. Caminaron en medio de la oscuridad, apenas rota por el farolillo, con el riesgo de pisar alguna inmundicia, hasta llegar al ensanche conocido como plazuela de la Paja, a uno de cuyos lados se levantaba el convento de la Natividad de Nuestra Señora, con la fachada iluminada por dos grandes faroles, costeados por las cofradías que tenían allí su sede canónica.

—¿Sabéis que este convento se llama de las Baronesas? —comentó Claudia.

—No, ¿a qué se debe ese nombre?

—A que su fundadora, doña Beatriz de Silveria, era baronesa de Campo Florido. Una tía de mi madre profesó en él. La visitamos hace unos días y nos lo explicó. Donde hoy está el convento hubo un mesón que llamaban del Toro. Aquella otra fachada es la del monasterio de las Comendadoras de Calatrava. Si estas son las Baronesas, esas se conocen como las Calatravas. Tengo entendido que hay cierta rivalidad entre ellas.

—¡No me digáis que también en los conventos son así de bravas! Hemos de cruzar la calle y por aquí, que hay algo más de luz. Mirad dónde ponéis los pies, hay demasiada porquería.

—Señor Juan, ¿creéis que con la amistad que compartimos sería muy atrevido tutearnos? —Claudia se había detenido y lo miraba a los ojos a la tenue luz del farolillo.

—Por mi parte estaría encantado.

—Pues lo haremos siempre que no sea inconveniente —dijo ella con una sonrisa.

Se perdieron por Caballero de Gracia. Entretenidos, no se percataron de que un sujeto, protegido por las sombras, los seguía a cierta distancia, sin perderlos de vista.

La Cruz de Malta estaba muy concurrida. Mucha gente iba por los bartolillos, dulces muy populares entre los madrileños, confeccionados a base de crema, pasta de azúcar y canela. También iban a tomar el caldo helado, unas natillas diluidas, muy azucaradas y con canela. A Claudia le agradó ver el notable concurso de mujeres, bien ataviadas.

—¿Una mesa para los señores? —preguntó solícito uno de los mozos.

—Eso es —respondió Jorge Juan.

Los acompañó hasta un rinconcito donde podían, pese al trasiego que había en el local, mantener una conversación. Jorge Juan ayudó a Claudia a desprenderse de su abrigo. Una vez acomodados y pedidas las jícaras de chocolate, ella comentó:

—Es un lugar agradable y la concurrencia parece de calidad.

—No te confíes. A estas horas hay que andarse con cuidado. En las botillerías y las tabernas suele reunirse, después de anochecido, alguna gente poco recomendable, pero no es el caso de la Cruz de Malta. Estuve aquí hace algunos días y sabía que podíamos tomar ese chocolate tranquilamente.

—¿Haces vida nocturna?

—No. —Jorge Juan acompañó su negativa con un enérgico movimiento de cabeza—. Estuvimos despidiendo a don Antonio de Ulloa. Salgo por la noche sólo cuando acudo al Buen Gusto.

Les sirvieron las jícaras de chocolate acompañadas de unos bartolillos.

—Espero que esté a gusto de vuestas mercedes.

—Si el sabor es semejante a su aspecto... —respondió Claudia.

Cuando se hubo retirado el mozo, Jorge Juan comentó:

—Me marcho dentro de unos días.

Claudia, que iba a probar el chocolate, notó cómo un temblorcillo agitaba su mano. Dejó la taza sobre la mesa. No esperaba una noticia como aquella, aunque sabía que no tardaría en marcharse. Le sorprendió el efecto que aquellas palabras le habían causado. Trató de disimular sus nervios, pero sus sentimientos la traicionaron.

—¿Tan pronto?

Jorge Juan no pudo evitar una sonrisa. En el fondo no deseaba dejar Madrid y empezaba a conocer la razón.

—Tengo que ir a Cádiz.

—¿Por algún asunto en concreto?

—En mi condición de capitán de navío.

Por un momento estuvo tentado de contarle algo más. Pero se contuvo. Le escocía el hecho de que Claudia se mostrara mucho más espontánea que él. Acababa de preguntarle si hacía vida nocturna, algo que suponía querer saber de su intimidad y lo había hecho de forma directa.

—Así que los dos vamos a abandonar la corte en los próximos días. No quiero retrasar mi viaje a París.

—Creo que no deberías precipitarte. Deberías pensarlo sosegadamente.

—Iré —replicó con decisión, pese a que viajar a París suponía un bocado al dinero que permitía a su madre y a ella vivir con decoro—. Ahora tengo una

posibilidad de saber qué le ocurrió realmente a mi padre, por qué apareció de la forma en que lo encontraron.

—Pero el tiempo que se avecina no es el más apropiado para ponerse en camino.

—¡Vaya por Dios! No parece muy lógico que seas precisamente tú quien lo diga.

—¿Por qué?

—¡Cómo que por qué! —Parecía irritada y dio un sorbo a su chocolate—. Acabas de decirme que te marchas a Cádiz.

—Es diferente. Se trata de mi trabajo. Algo que no puede dejar de hacerse.

—Yo tampoco puedo dejar de investigar las circunstancias de la muerte de mi padre.

—Pero podrías retrasar ese viaje hasta que el tiempo mejore.

—¿Por qué no lo retrasas tú? —Claudia lo miraba con una sonrisa en los labios.

No supo cómo interpretar la pregunta y la sonrisa. ¿Lo invitaba a quedarse unos días más en Madrid o simplemente utilizaba un argumento para defender su posición? Le gustaría que fuera lo primero y se preguntó si estaba enamorándose de Claudia Osorio.

—Hacia el sur no hay problemas con la nieve. Los caminos del norte ofrecen más dificultades. Los puertos para salvar los Pirineos pueden estar cerrados durante semanas, incluso meses. Las ventiscas serán el pan nuestro de cada día. Los caminos hasta París no se parecerán en nada a los que habéis utilizado para venir a Madrid. Desde el final de la primavera hasta comienzos del otoño las incomodidades de un viaje disminuyen mucho. Viajar en este tiempo puede ser un auténtico infierno. Las lluvias, el viento, el frío...

—Partiré pasada la Navidad porque no quiero dejar a mi madre sola esos días. Las dificultades no me arredrarán. —Dio otro sorbo a su chocolate y comentó—: Creo que ha llegado la hora de saber si tenías razón.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jorge Juan intrigado.

Claudia sacó la caja que le había regalado la condesa.

—¿Vas a comprobar si tiene un compartimento oculto?

—Por supuesto. Estoy sobre ascuas.

Claudia se quitó un alfiler de los que prendían su peinado, pinchó en el punto que había descubierto Jorge Juan y saltó un pestillo que dejó al descubierto un compartimento donde había diez relucientes doblones de a ocho.

—¡Oh! ¡Esto es una suma considerable!

—Son... —Jorge Juan echó cuentas— más de mil doscientos reales.

—Debí imaginármelo.

—¿Qué debiste imaginar?

—Que la condesa iba a hacer algo así.

—¿Qué quieres decir?

Claudia dio otro sorbo a su chocolate.

—Para entenderlo has de saber que la relación de mi madre con doña Rosa María es muy antigua. La condesa me abrió las puertas de la tertulia, sin necesidad de ser presentada por tres contertulios y aceptada por dos tercios de sus miembros mediante votación, como está establecido.

—Pero... yo participé en la votación de tu aceptación. Causó sorpresa que sacaras una bola negra.

—Eso fue más tarde, cuando la condesa hizo que se cumpliera el trámite. Apenas tuvo noticia de que estábamos en Madrid, acudió a visitarnos. Cuando le he comentado que pensaba viajar a París y explicado por qué lo hacía, me ha regalado esta cajita. Sabe que mi madre y yo tenemos dinero para vivir con cierta dignidad y que los gastos de un viaje a París desequilibrarán nuestra economía. No sé si debo aceptarlo, ¿qué opinas?

—Ha sido muy elegante. ¿Te quedarías con la cajita y le entregarías los doblones?

En los ojos de Claudia hubo un destello de duda.

—No... no sé.

—Creo que devolvérselo sería un desaire.

—Hoy, como llegué temprano, charlamos un rato y le comenté que estaba dispuesta a viajar a París. No trató de disuadirme, aunque me dijo... bueno, también me comentó que no es el mejor tiempo para viajar. Luego, cuando se concluyó el debate sobre la obra de Gómez de Avellaneda, me pidió que la acompañara. Me mostró algunas dependencias de la casa. En una sala que llaman China por la decoración que tiene hice un comentario sobre esta caja que estaba sobre una consola. Pasamos a otro salón donde hay numerosos retratos de sus antepasados y se excusó, dejándome unos minutos sola. Pensé que había tenido alguna urgencia. Cuando regresó traía la cajita en la mano y me la regaló.

—Había ido a poner en ella los doblones.

En aquel momento Secundino los localizaba y se sorprendió al comprobar la indumentaria de quien acompañaba a Claudia Osorio. No era un criado, sino un caballero. No le dio importancia. Era un solo hombre. Dedujo que para ir a la calle del Nuncio tenían que pasar necesariamente por la Puerta del Sol. Podían llegar a la Red de San Luis y bajar por la calle de la Montera o tomar por la Angosta de San Bernardo a la calle de la Montera e incluso regresar a la calle de Alcalá, volviendo sobre sus pasos. Pero en cualquier caso irían a la Puerta del Sol. Luego podían seguir varios itinerarios. Los hombres de Benigno

aguardarían allí y buscarían el momento propicio para actuar.

Salió de la Cruz de Malta a toda prisa. Si quería dejar resuelto el asunto aquella noche tenía que correr para avisarles del cambio de itinerario. Estaban apostados junto al Colegio de San Felipe Neri, donde confluían la calle del Prado y la de las Huertas.

—¿Has dicho a tu madre lo del viaje a París?

—Sí.

—¿Qué dice?

—No está de acuerdo. —Jorge Juan asintió significativamente y dio un sorbo a su chocolate. Claudia, que no deseaba seguir hablando de su viaje a París, aprovechó para preguntarle—: ¿Por qué tienes que marcharte tan pronto?

—Es una orden... una orden del marqués de la Ensenada. Su excelencia no improvisa, pero tampoco da muchos rodeos a las cosas. Sus allegados dicen que, a veces, le cuesta tomar una decisión, pero que una vez ha resuelto las dudas...

—¿Te ha dado alguna razón?

Jorge Juan pensó que nada malo había en comunicarle la noticia de que próximamente el embajador inglés llegaría a la Villa y Corte. Posiblemente aparecería publicado en el próximo número de la *Gaceta de Madrid*, el semanario donde se recogían, aunque de forma oficiosa, los asuntos del gobierno.

—Muy pronto llegará a Madrid el embajador inglés, se llama Keene. El marqués no quiere que esté en Madrid cuando llegue.

El nombre de Keene había activado algo en la mente de Claudia. Había oído antes aquel nombre. Rebuscó en su memoria hasta que recordó.

—Oí hablar de ese Keene a mi padre. Decía que era tortuoso, pero que sabía hacer bien el trabajo que se le encomendaba. ¿Qué tiene que ver su presencia en Madrid con tu marcha a Cádiz?

Jorge Juan no supo qué contestar. Deseaba contarle con todo detalle la misión que le habían encomendado, pero no debía hacerlo. Buscó una torpe respuesta.

—Tengo entendido que es un zorro capaz de husmear a distancia. Ensenada quiere que cuando eso ocurra yo esté lejos —insistió.

—No has respondido a mi pregunta. Si no quieres hablar de lo que has de hacer en Cádiz, dímelo. Lo entenderé. —A Jorge Juan le pareció que Claudia se mostraba un tanto decepcionada.

—No puedo decírtelo, Claudia. Aunque me gustaría hacerlo.

—En fin, me conformaré con saber que tú te marchas a Cádiz y yo a París. ¿Nos volveremos a ver? —Claudia no disimulaba el fondo de nostalgia que había en su pregunta—. ¿Te han fijado un plazo para tu trabajo?

—No, pero supongo que estaré algunos meses fuera.

—¿Me escribirás?

—¿Adónde?

—Adónde va a ser, a la calle del Nuncio.

—¡Pero te marchas a París!

—Sí, pero escíbeme a la calle del Nuncio. —Claudia apuró su chocolate y dio cuenta de lo que quedaba del bartolillo—. Ahora tenemos que marcharnos. Se hace demasiado tarde y mi madre empezará a preocuparse.

Fuera el frío era mayor con el viento gélido que soplaba desde el Guadarrama.

—Evitemos las calles orientadas al norte. Volvamos a Alcalá y caminemos hasta la Puerta del Sol —propuso Jorge Juan.

Claudia tomó el brazo del capitán y apretó su cuerpo contra el suyo. En aquel momento habría dado cualquier cosa por ser su esposa y compartir el lecho cuando llegasen a su casa. Por un momento, temió no volver a verlo. Aunque ignoraba dónde y en qué circunstancias, sabía que iba a jugarse la vida, como había hecho su padre. Jorge Juan se contenía para no abrazarla y llenarla de besos, aunque la oscuridad era su aliada no le parecía apropiado.

La Puerta del Sol era estrecha y larga, poco más que un ensanchamiento en el lugar donde confluían las calles que desembocaban por sus lados más estrechos. Alcalá y la Carrera de San Jerónimo por un extremo, y Mayor y Arenal por el otro. A aquellas horas estaba desierta. Los comercios de los bajos hacía horas que habían cerrado. Dejaron atrás el Real Hospital de Corte, cuya fachada ocupaba desde la esquina de Alcalá hasta la de la Carrera de San Jerónimo con el rumor de los caños de la fuente de la Fe, conocida como la Mariblanca por la estatua que la coronaba, rompiendo el silencio nocturno. La mitad de los caños de aquella fuente estaba reservada a los aguadores, casi todos con acento gallego, la otra mitad a las mozas que acudían con sus cántaros y a darle al palique. Pasaron ante el convento de los mínimos de la Victoria, donde se veneraba una imagen de la Virgen de la Soledad que concitaba mucha devoción entre los madrileños. En algunas paredes podían verse pasquines de contenido muy variado. Llegaron a unas silenciosas Gradas de San Felipe que durante el día era uno de los lugares más concurridos de Madrid. Unos iban a enterarse de los últimos sucesos, otros a conocer qué se cocía en el más famoso mentidero de la corte. Algunos a distraerse con las historias, muchas inventadas, que contaban soldados viejos y tullidos. Se iba a ver y a ser visto. En las gradas se hablaba de todo, hasta de lo que no debía hablarse.

Al entrar en la calle Mayor tres bultos surgidos de la oscuridad se abalanzaron sobre ellos. Claudia logró sacudirse al que trataba de asirla por las

muñecas y obedeció a los gritos de Jorge Juan, que de un empujón logró quitarse de encima a los otros dos.

—¡Atrás, Claudia, ponte a mi espalda! ¡Pégate a la pared y no te separes!

Jorge Juan retrocedía, se desembarazaba de la capa y arrojaba el fanal al bulto que tenía más cerca. Echó mano al pistolete de chispa que llevaba bajo la casaca y lo amartilló. Su ruido hizo que, pese la oscuridad, percibiera el desconcierto entre sus atacantes.

—Dos de vosotros moriréis. No suelo fallar y a esta distancia mucho menos.

Uno de ellos se abalanzó sobre él. En el silencio el disparo sonó como un cañonazo y los otros dos desaparecieron en la noche tan rápidamente como habían surgido de las sombras. Claudia oyó cómo alguien arreaba los caballos de un carruaje, mientras Jorge Juan se agachaba sobre el individuo al que había alcanzado. Una mancha de sangre se extendía por su pecho. El sujeto boqueaba. Quería aspirar el aire que ya no llegaba a sus pulmones. La vida se le escapaba a borbotones.

—Conque un criado... —susurró con un hilo de voz al ver al marino inclinarse sobre él.

—¿Qué es eso de un criado?

El delincuente, que ya tenía la muerte pintada en el rostro, se quedó mirándolo fijamente.

—Nos dijeron que a la dama sólo la acompañaba un criado. Pero basta con miraros a la cara y ver las ropas que viste vuesa merced para saber que no lo sois.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué es eso que os dijeron de que a la dama...?

El moribundo tuvo un espasmo y exclamó con la poca voz que le quedaba.

—¡Maldito Secundino!

—¿Qué has dicho?

—¡Idos al infierno!

Fue lo último que salió de su boca.

La calle se había llenado de gritos y en algunas ventanas se apreciaba un resplandor de velas y candiles. Desde la reja de una cancela llegó una pregunta:

—¿Quién ha disparado?

—¿Quién anda ahí? ¿Qué es ese ruido? —preguntaron desde el otro lado de la calle.

—¡Vámonos, Claudia, la ronda acudirá pronto y no conviene involucrarme en un asunto tan feo! ¡Nada podemos hacer por este desgraciado!

Tuvo que cogerla de la mano y tirar de ella. Estaba paralizada.

Al haber perdido el fanal, llegaron a casa de Claudia casi a tientas. Les fueron de ayuda las lámparas que alumbraban en la fachada de algunas viviendas. Apenas cruzaron palabra sobre lo ocurrido, pendientes de no hundirse en alguno de los muchos lodazales que había en las calles de Madrid o de pisar las inmundicias que se amontonaban en ellas. Sólo comentaron, ya en la puerta, que era mejor no decir nada a su madre sobre lo sucedido, al menos aquella noche.

—Busca una excusa para que estemos unos minutos a solas —indicó Jorge Juan—. Tenemos que hablar.

—A mí también me gustaría decirte algo.

Sin apenas darse cuenta, habían empezado a compartir secretos, entraban juntos a establecimientos públicos, se tuteaban y se comportaban como si hubiera entre ellos un compromiso que, en realidad, no existía. Entraron en la casa y tranquilizaron a la madre que aguardaba, preocupada, desde hacía rato.

—Madre, el señor Juan me ha acompañado porque desea ver un papel.

Doña Catalina, sin sospechar lo ocurrido, se limitó a preguntar a su hija:

—¿Lo crees conveniente a estas horas? Es cerca de la medianoche.

—Sólo será un momento. Quiero que vea unos papeles de padre.

La madre hizo un gesto de resignación. No es que le importaran los comentarios de la vecindad y veía con buenos ojos a aquel capitán de navío de la armada de Su Majestad, pero no era adecuado que hubiera un hombre en su casa a aquellas horas. Tampoco le hacía gracia que su hija anduviera mostrando los papeles de su difunto esposo.

Pasaron a la salita donde habían estado la vez anterior.

—¿Qué tenías que decirme? —preguntó Jorge Juan cuando estuvieron solos.

Claudia extendió el brazo.

—El truhan que se me echó encima me ha robado el bolso...

—Entonces... ¿se ha llevado el regalo de la condesa?

—Sí. Debí arrancármelo forcejeando. El muy granuja se ha llevado un buen pellizco.

—Habría que buscar la forma de recuperarlo.

—Será difícil. Sería necesario presentar una denuncia y no parece lo más conveniente. Retrasaría tu partida y la discreción que te han pedido se habría disipado.

—Pero no podemos consentir que esos granujas se queden con la caja.

—Olvídalo. ¿Qué tenías que decirme tú?

Jorge Juan no estaba dispuesto a que aquello quedase así. Pero decidió no insistir.

—Ese hombre antes de morir dijo algo que creo que debes saber.

—Vi que hablabas con él. Le oí exclamar algo, ¿qué era?

—Maldijo a un tal Secundino. Pero lo que debes saber es que ese ataque no ha sido un intento de robarnos, aprovechando la oscuridad. Ese sujeto murmuró que les habían dicho que la dama sólo iría acompañada por un lacayo. Mi presencia les sorprendió. Cuando me agaché sobre él me miró y me dijo que yo no tenía pinta de criado.

—¿Me buscaban a mí? ¿Querían raptarme?

—Me temo que sí.

—¿Quién les dijo que yo iría acompañada de un criado?

—No lo sé. Posiblemente, el tal Secundino.

Claudia se tapó la boca con la punta de sus dedos, como si temiera el sonido de sus propias palabras. La razón no podía ser el dinero. Su madre y ella sólo tenían para vivir con decencia. Tal vez aquel ataque tenía algo que ver con las actividades de su padre o tal vez... Sintió cómo un escalofrío recorría su espalda al pensar que hubiera despertado los deseos libidinosos de algún malvado y que secuestrarla tenía como objetivo satisfacer sus inmundas apetencias. Entonces recordó algo que había ocurrido cuando aquellas sombras desaparecieron en la oscuridad de la noche.

—¿Oíste que alguien arreaba un carruaje que estaba cerca y se marchó a toda prisa?

—Cuando se está pendiente de salvar la vida...

—Había un carruaje, Jorge. Estoy segura. ¡Eso explica que esos malvados buscaban raptarme!

—No tengo dudas, Claudia, pero ¿quién y por qué quiere raptarte? ¿Quién está detrás de esos miserables?

Por un momento, Jorge Juan pensó si era posible que alguien más conociese su misión y aquel ataque tuviera alguna relación. Quizá debería advertir a Claudia, pero descartó la idea. No tenía sentido. En el fondo estaba deseando compartir con ella el contenido de su misión y buscaba excusas para hacerlo.

—No dejo de preguntármelo. Mi madre y yo tenemos para vivir, pero sin grandes alegrías. Hoy me comentó que había dicho a la condesa que si necesitaba una dama de compañía o una profesora de francés, ella podría desempeñar cualquiera de esos cometidos.

—Debes tener mucho cuidado. ¿Sigues pensando en marcharte a París?

—Por supuesto —respondió de inmediato, aunque sin los doblones que le había regalado la condesa, las posibilidades de viajar se reducían. Su madre era partidaria de enterrar el pasado y no estaba dispuesta a facilitarle los medios. Regresar a París suponía correr riesgos innecesarios. Pero Claudia era tenaz y no estaba dispuesta a renunciar.

—Nadie debe saber que vas a hacer ese viaje. Asaltar una diligencia... —A Claudia se le agolparon las lágrimas en los ojos, pero pudo contener el llanto—. Quizá si hubiera perseguido a uno de esos sujetos... Pero no podía dejarte sola.

—Hicimos muy bien en marcharnos a toda prisa de allí. Aquello será ahora un hervidero y no me gusta estar en boca de la gente.

Jorge Juan se acarició el mentón.

—Hay dos cosas que debes tener en cuenta. Son dos simples detalles, pero podrían ser una pista. Hay alguien llamado Secundino, que debe de ser quien está detrás de esos delincuentes. Si no, ¿a cuento de qué iba a maldecirlo ese tipo a las puertas de la muerte?

—Pero eso sería como buscar una aguja en un pajar.

—Cierto, pero es un dato.

—¿Cuál es la otra cosa?

—Quien haya planeado todo esto sabe que regresas del Buen Gusto acompañada por un criado. Esos matones no esperaban resistencia. Pensaban que un criado saldría huyendo a las primeras de cambio. Quien sabe eso es un grupo muy reducido.

—¿Sospechas de alguno de los contertulios?

—No, pero no deberías perder de vista esa posibilidad. ¿Has notado algo que te haya sorprendido?

—No... bueno, en algún momento... miradas un tanto lascivas —comentó, bajando la voz y ruborizándose—. Es... es tan complicado.

—Has de tener cuidado. Es posible que esa gente vuelva a intentarlo.

Ella se quedó mirándolo fijamente a los ojos. Se le había formado un nudo en la garganta y a duras penas logró balbucear unas palabras.

—Si volviera a ocurrir, tú... tú no estarías.

Sin pensarlo se arrojó a los brazos de Jorge Juan, que la estrechó con fuerza. Claudia se sentía tan desvalida como cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, pero cobijada entre aquellos brazos, que notó fuertes, tuvo una sensación de seguridad que echaba de menos desde entonces. Por un momento deseó que el tiempo se detuviera.

Asomaba la pobre claridad de un día que se anunciaba gris, cuando de la casa de postas salía la diligencia que hacía el camino entre la Villa y Corte y las ciudades de Córdoba, Sevilla y Cádiz. Era una galera tirada por seis caballos donde viajaba una docena de personas que ocupaban diferentes lugares en función del pasaje que habían pagado. Desde los que, con menos medios, compartían el polvo del camino y las inclemencias del tiempo junto al conductor y su ayudante, hasta los que gozaban de los mejores asientos, donde menos se sufrían las incomodidades del viaje.

Jorge Juan vestía un traje gris, se cubría la cabeza con un tricornio del mismo color y calzaba botas altas, más propias de militar que del civil que aparentaba ser con aquel sencillo traje, aunque de buen corte y excelente paño. Tenía por compañeros de viaje en la parte noble del vehículo a dos frailes de la Orden de San Agustín, un sacerdote que se había presentado como miembro de la Compañía de Jesús y un matrimonio, un hacendado y su esposa, que viajaban a Córdoba. Otros cuatro pasajeros viajaban en segunda clase, iban con los equipajes, en la parte trasera del vehículo; se trataba de dos vinateros que rendían viaje en Valdepeñas y un pastor con su hijo, un zagal de doce años. Arriba, sometidos a las molestias del tiempo viajaban otros dos hombres. Eran caldereros ambulantes, según señalaban sus bártulos; apenas habían abierto la boca mientras se enganchaban las cabalgaduras, se colocaban los equipajes y se disponía lo necesario para la partida.

Jorge Juan tenía por delante cinco o seis largas jornadas hasta llegar a Cádiz, si no surgía algún problema, cosa bastante frecuente. Había comprado los últimos números de la *Gaceta de Madrid* y del *Mercurio Histórico y Político* para combatir algo el tedio de las jornadas de camino y se había acomodado junto a una de las ventanillas delanteras. Durante las primeras leguas, en que los pasajeros solían mostrarse muy habladores —era lo habitual después de romper el hielo de los momentos iniciales—, se enteró de los avatares del matrimonio de hacendados. Ella se llamaba Dorotea y él Acisclo, tenían una finca de olivar y tierra de pan sembrar en el camino que iba de Córdoba a Almodóvar del Río y habían estado en Madrid visitando a uno de sus hijos, que había conseguido plaza de escribano en el Consejo de Hacienda. Dorotea se deshizo en alabanzas a la inteligencia de su retoño, a sus capacidades y méritos. Afirmando que, con un poco de suerte, Su Majestad contaría con él para las más altas empresas. También a Córdoba iba el jesuita, que dijo llamarse José Luis Corral. Su destino

era la casa que tenía la Compañía en la colación de San Nicolás de la Villa y que estaba bajo la advocación de san Hipólito. Los dos agustinos, fray Pedro y fray Pablo, iban a Sevilla para resolver ciertos asuntos de su orden.

—¿Vuesa merced, adónde se dirige? —preguntó Dorotea a Jorge Juan.

—Voy a Cádiz, señora.

—Asuntos de comercio, supongo.

Jorge Juan asintió, sin abrir la boca.

—Nosotros tenemos muchas relaciones con Cádiz, ¿verdad Acisclo? —El hombre asintió con aire resignado—. Todos los años vendemos parte de las aceitunas a unos comerciantes gaditanos. Las preparan en salmuera —Dorotea bajó la voz como si confesase un secreto— para mandarlas a las Indias. ¿Cómo se llaman esos señores, Acisclo? Nunca me acuerdo de su nombre.

—Es la casa Lantery. Pero, por el amor de Dios, deja ya de parlotear. A sus paternidades no les interesan nuestros negocios y a este caballero lo estás importunando.

—¡Pero si ha dicho que va por asuntos comerciales a Cádiz! ¡A lo mejor conoce a esos señores! ¿Conoce la casa...? ¿Cómo has dicho, Acisclo?

—Lantery, Raimundo de Lantery —respondió el marido con voz cansina.

—¿Los conoce, vuesa merced? Son gente muy formal.

—No tengo el gusto, señora.

—Las pagan bien, en dinero contante y sonante en lugar de pagarés y papeles que a veces resulta complicado cobrar. ¿No será, vuesa merced, comerciante en aceitunas?

—No, señora. —Dorotea habría deseado que Jorge Juan se mostrara más explícito—. ¿Hay en Córdoba alguna casa de banca? —Le preguntó para desviar el interés de aquella cotilla por sus actividades.

—Varios de los señores canónigos de la catedral han montado un... ¿cómo se llama, Acisclo?

—Monte de Piedad, Dorotea, Monte de Piedad.

—Eso es. Un Monte de Piedad. ¿Sabe, vuesa merced, que hacen muy buena labor? La gente que anda regular de cuartos acude a ellos y empeña cosas. Hay mucha gente que no se fía. Pero yo conozco a quien han sacado de apuros sin tener que darle tres cuartos al pregonero. Hay momentos en que por... por circunstancias se pasan malas rachas.

—En Madrid, el que fundó hace ya algunos años el capellán de las Descalzas Reales, funciona muy bien —comentó uno de los agustinos.

—También el de los señores canónigos de Córdoba. Sólo he dicho que hay gente que no se fía. Los dineros son muy melindrosos, ¿verdad, Acisclo?

—Verdad, Dorotea.

—A nosotros nos ha venido muy bien esa iniciativa de los canónigos. Hemos podido cobrar un pagaré sin ir a Granada para hacerlo efectivo en una casa de banca, ¿cómo se llama esa casa de Granada, Acisclo?

—Santa Rita de Casia.

—Ese Monte de Piedad lo fundó el padre Sánchez hace algunos años en nuestro convento de Granada —señaló el otro de los agustinos—. Lo puso bajo la advocación de santa Rita de Casia para perpetuar el culto a esa santa y aliviar a los que necesitaban dinero y eran exprimidos por los usureros.

—Eso está bien —dictaminó Dorotea.

En aquel momento se produjo una brusca sacudida y la diligencia disminuyó la velocidad hasta detenerse. Entre los pasajeros se impuso un silencio momentáneo:

—¡Posta de Aranjuez! ¡Parada de una hora! ¡Aprovéchenla para almorzar algo caliente! ¡Ya no pararemos hasta Villacañas!

Era mediodía cuando bajaron del vehículo. El cielo seguía encapotado y el frío calaba los huesos. Los viajeros fueron directos al refugio que suponía la casa de postas, que también era mesón y posada. Era un lugar sucio. El humo ennegrecía las paredes, y entre las losas del suelo se acumulaba la cochambre. Olía a ajo y fritanga. Lo mejor era el alegre fuego que ardía en una enorme chimenea a la que se acercaron los que no tenían necesidad de buscar un sitio donde aliviar sus necesidades.

La comida que les ofrecieron era unos tacos de queso en aceite y un guiso de nabos y carne, acompañado de una jarrilla de vino. No había otra cosa, salvo que algún viajero aportara sus propias viandas para que se las cocinaran. Todos, menos los vinateros manchegos, que comieron unos tasajos de carne seca con pan que llevaban en sus alforjas y sólo pidieron las jarrillas de vino, aceptaron lo que se les ofrecía. Los caldereros habían desaparecido al descender del carruaje. El estofado tenía mucho nabo y poca carne, casi todo ternilla y huesos con unas hebras de sustancia. Después de malcomer, aunque con el cuerpo recompuesto por el vino y el calorcillo de la chimenea, reemprendieron el viaje. Por suerte, Dorotea se quedó pronto dormida sobre el hombro de su marido, que también daba cabezadas. Los dos frailes sacaron sus libros de oraciones y el jesuita concentró su atención en un opúsculo impreso, titulado *Examen del Concordato de 1737*, cuyo autor era Gregorio Mayans, un conocido defensor de la supremacía del poder temporal sobre el espiritual que había dado lugar a una doctrina llamada regalismo, a la que los jesuitas se oponían radicalmente, lo que había provocado algunos enfrentamientos con altos cargos del gobierno de Su Majestad.

Jorge Juan entrecerró los ojos y dedicó sus pensamientos a Claudia. Se

había despedido de forma atrevida, besándola en la boca, cosa que le pareció no disgustaba a la joven. Sentía por ella mucho más que una fuerte atracción carnal.

Recordó también que había vuelto a verse con Ordeñana porque tenía que darle una importante suma de dinero en metálico con la que había de hacer frente a sus gastos, así como dos libramientos por importe de ciento cincuenta doblones cada uno para hacerlos efectivos en Cádiz, uno en la Casa Goyeneche y el otro le sería abonado por el pagador de la Real Academia de Guardiamarinas. También firmó recibos por otros dos libramientos de quinientas guineas cada uno, contra un banco de Londres. Allí serían pagaderas por el señor James Collier. Se vieron en un lugar discreto, en la calle de las Veneras, casi en la esquina que daba a la plaza de Santa Catalina. Era una botillería a cuyo dueño conocían como Rucheras, por haberse dedicado, antes de establecerse como botillero, al negocio de la compra y venta de ruchos, nombre que muchos campesinos daban a los asnos. Les proporcionó una camareta que daba acceso al almacén donde guardaba las bebidas. Era donde hacía las mezclas de vinos que ofrecía a su clientela. Cuando Jorge Juan sumó el valor de aquellas cantidades quedó impresionado. Estaba claro que Ensenada no deseaba que la misión fracasase por falta de medios.

Aprovechó el encuentro para pedir a Ordeñana que dispensase protección a Claudia. Para ello tuvo que explicarle el asalto y su sospecha de que no se trataba de ladrones, sino que los asaltantes pretendían raptarla. También le facilitó la única pista que tenía: detrás del asalto estaba un tal Secundino. Ordeñana le prometió protegerla.

A la caída de la tarde del tercer día de viaje entraban en Córdoba. Más allá de los parloteos de la señora Dorotea, que aliviaban mucho las largas horas que dedicaba a dormir, el camino había discurrido sin incidentes. Entraron en la ciudad por la puerta del Colodro, junto a la que se alzaba una recia torre.

—Hermosa torre —comentó Jorge Juan, admirándola por la ventanilla.

—Se llama de la Malmuerta —respondió el padre Corral, quien durante aquellos tres días había revelado poseer una notable formación—. Es una torre albarrana...

—¿Una torre qué? —preguntó uno de los frailes agustinos.

—Albarrana. Se llama así a las torres que se encuentran fuera del perímetro de un recinto amurallado, aunque están unidas a él. Esa torre se construyó bajo el reinado de Enrique III, para defender las puertas de la muralla que están más próximas. Su construcción es de principios del siglo XV. Se llama de la Malmuerta porque, según una leyenda, un caballero de Córdoba dio muerte a su esposa, al creer que había sido seducida por otro hombre. Resultó no ser cierto y el rey le impuso como castigo construir dicha torre a sus expensas. Como suele

ocurrir con las leyendas, se mezcla la realidad con la ficción.

—¿Dónde está la realidad y dónde la ficción? —preguntó Jorge Juan.

—Es cierto que un caballero, miembro del cabildo municipal cordobés, llamado Fernando Alfonso de Córdoba, asesinó a su esposa, Beatriz de Hinestrosa, y a Jorge de Córdoba y Solier, que la había seducido. También acabó con la vida de un hermano del seductor, ambos eran primos del marido burlado y caballeros de la Orden de Calatrava. Lo otro es leyenda.

—¡Jesús, cuántas cosas sabe usted, padre! —exclamó Dorotea, santiguándose varias veces.

—También se cuenta una curiosa historia acerca del nombre de la puerta por la que hemos entrado a la ciudad y que se llama puerta del Colodro —indicó el jesuita.

—¿Por qué ese nombre? —preguntó otra vez Jorge Juan.

—La tradición cuenta que en vísperas de la Nochebuena del año del Señor de 1235 un soldado cristiano de los que atacaban Córdoba, por entonces aún en poder de los musulmanes, llamado Álvaro Colodro, logró entrar en la ciudad. Esa misma tradición dice que era un almogávar...

—Perdón, ¿cómo ha dicho su paternidad? —preguntó otra vez el agustino.

—Un almogávar. Era como se llamaba a los hombres de armas que peleaban en la frontera. La palabra proviene del árabe. Como iba diciendo, ese soldado, que sabía árabe y se había disfrazado, logró abrir la puerta y permitir la entrada de las tropas cristianas, que de esa forma se apoderaron de la mitad oriental de la ciudad, llamada la Axerquía. A la puerta decidieron bautizarla con su nombre.

—Es una curiosa historia, padre, muchas gracias. Voy a lamentar que se quede en Córdoba y no hagamos juntos el resto del viaje.

Con estas conversaciones habían llegado a la casa de postas, situada en una plaza que llamaban de la Corredera. Jorge Juan, siguiendo indicaciones de Acisclo, buscó alojamiento. Llegó a una plaza, cercana a la ribera del Guadalquivir, a la que daba nombre un caballo que coronaba una fuente. La llamaban plaza del Potro que también era el nombre de la posada. Frente a ella se levantaba un hospital, cuya puerta, en piedra muy labrada, era una obra primorosa que recordaba los trabajos de los grandes maestros del Renacimiento.

El posadero lo acomodó en una habitación de la planta alta por la que tuvo que pagar un buen precio, pero estaba limpia y no tendría que compartirla con otro huésped. Después de una cena frugal, se envolvió en su capa y dio un paseo por la ribera del Guadalquivir. Caminó en dirección a poniente hasta encontrarse con la vieja mezquita aljama de la época de los omeyas, convertida en catedral. Era una obra extraordinaria. Pudo apreciar, gracias a una luna rotunda, el

minucioso trabajo de las arquerías que adornaban las numerosas puertas. La combinación de piedra roja y blanca podía verse en los desconchones de la capa de albayalde con que habían blanqueado el edificio. A la luz de la luna y en medio del silencio, sólo roto por el discurrir de las aguas del río, apreció detalles que en una noche más oscura no le habría sido posible. Rodeó el edificio por completo y pensó que, de no haberse utilizado como templo cristiano, aquella maravilla habría desaparecido, como había ocurrido con tantos otros vestigios del paso de los musulmanes por la Península. Lamentó no disponer de tiempo para ver su interior que, según señalaba la extensión de sus muros, debía de ser enorme.

Al día siguiente, poco después de despuntar el alba, salía la diligencia por la puerta de Sevilla con nuevos pasajeros que viajaban a esta ciudad. Jorge Juan y los dos frailes agustinos eran los únicos que quedaban de los que habían partido de Madrid. Escoltaban la diligencia cuatro jinetes, bien pertrechados. El camino hasta Sevilla, que eran veintiséis leguas, discurría en gran parte junto a la ribera del Guadalquivir que fluía cercano a las primeras estribaciones de Sierra Morena.

En el paisaje, formado por unas campiñas alomadas que poco a poco se iban transformando en una llanura, alternaban las tierras de pan sembrar con zonas incultas, cubiertas por la maleza. Eran lugares peligrosos, frecuentados por bandoleros que aprovechaban para sus fechorías la falta de población, la existencia de grandes zonas desérticas y tener cercano el refugio que suponían las fragosidades serranas. La zona más peligrosa era la Parrilla, en las cercanías de Écija, llamada así por los temibles calores del verano. El servicio de diligencias, para salvar este mal paso, contrataba una escolta que no siempre disuadía a los bandoleros.

El viaje, sin embargo, salvó esos parajes sin incidencias. Jorge Juan echaba de menos los comentarios del jesuita y agradecía que Dorotea también hubiera rendido viaje en Córdoba. Los nuevos viajeros eran gente discreta y poco habladora. Apenas salieron de su boca algunos comentarios por los vaivenes de la diligencia que parecía volar sobre el camino, al fustigar el cochero continuamente a los animales en un intento de concluir la jornada en Sevilla, cosa que se conseguía si no había contratiempos y se avivaba el paso. Pararon en una venta llamada Peñaflor, donde almorzaron sus propias viandas porque el ventero sólo les ofreció vino y unos platillos con aceitunas aliñadas. Jorge Juan había sido advertido de dicha circunstancia por el posadero del Potro que le había preparado unas pequeñas alforjas con media hogaza de pan, un trozo de queso, algo de embutido y unos peros que llamaban de Pascua, al madurar muy avanzado el otoño.

Pernoctó en Sevilla y ajustó en el Arenal su viaje a Cádiz. Iría en una barcaza de las que surcaban el curso del Guadalquivir hasta Sanlúcar de Barrameda aprovechando la marea a favor. No serían más de cuatro horas y saldría de madrugada, antes del amanecer, con lo que llegaría a su destino a eso de las diez. El único inconveniente era que tenía que viajar hasta Cádiz, pero sabía que de Sanlúcar salían durante el día numerosas embarcaciones con ese destino. Era un viaje por mar y, al fin y al cabo, era un marino.

Jorge Juan se durmió pensando en Claudia y haciendo cálculas sobre cómo habría dispuesto Ordeñana su protección.

Los reyes habían decidido prolongar su estancia en El Escorial hasta que pasase el día de los Difuntos. En el panteón del monasterio estaban los restos de los monarcas de la anterior dinastía y había que honrarlos. Ese era el argumento que doña Bárbara había utilizado para dar respuesta a las hablillas y rumores de los cortesanos. Así se explicaba que permanecieran todavía en la sierra, donde el frío era ya una pesadilla. En realidad, permanecían en El Escorial para no tener que acudir a La Granja de San Ildefonso, donde reposaban los restos de su suegro. Celebrar las honras fúnebres propias de ese día ante la tumba de Felipe V suponía ver a la Parmesana y era un trago tan amargo que prefería soportar las inclemencias del tiempo que ya se padecían en la sierra madrileña.

Los rituales propios de la festividad de Todos los Santos se celebraron en la iglesia del monasterio de San Lorenzo. Una solemne misa cantada por Farinelli, cuya voz inundó las bóvedas del templo que mandara construir Felipe II para conmemorar la gran victoria de los Tercios sobre los franceses en San Quintín, el día de San Lorenzo de 1568. Doña Bárbara cumplió con los requisitos propios de una celebración religiosa tan renombrada y disfrutó de la voz del *castrato* como si fuera una velada musical en palacio.

El día de los Santos y el de los Difuntos, los madrileños acudían a las iglesias para celebrar sufragios por el alma de sus familiares fallecidos. Claudia y su madre acudieron a la parroquia de San Pedro el Real, situada en el centro de una plazuela que se abría al final de la calle del Nuncio. Era uno de los templos más antiguos de Madrid y tenía uno de los campanarios más hermosos y esbeltos. Pusieron unas velas en memoria del padre de Claudia.

A la salida fueron testigos de una disputa. Un padre explicaba a su hijo una curiosa leyenda relacionada con una imagen que se veneraba en aquel templo, conocida popularmente como el Cristo de las Lluvias.

—A ese Cristo lo llaman así porque dispensa su protección durante las tormentas.

—¿Qué hace? —preguntó el rapaz.

—Logra que los demonios, que cabalgan sobre las nubes y acompañan a los rayos y los truenos, se alejen de Madrid.

—¡No le cuente esa clase de mentiras al muchacho! —Lo reprendió un sujeto, vestido a la francesa: casaca, tricornio, calzón ajustado y medias—. ¡Eso son paparruchas! ¡Viejos cuentos para embaucar a la gente!

—¡Cómo se atreve, vuesa merced, a referirse en esos términos a una

imagen tan milagrosa!

—No me refiero a la imagen, sino a la historia que le cuenta al niño. No tiene pies ni cabeza.

—¿No cree, vuesa merced, en los demonios?

—Lo que no creo es que vengan cabalgando sobre las nubes de las tormentas. Eso va contra toda razón y contra la lógica más elemental.

—¡Ah! Ahora comprendo. Vuesa merced es uno de esos que todo lo fían a la razón.

—La razón alumbrará al mundo y no esos cuentos con que enturbia la mente de ese niño, deseoso de saber.

—¡Este niño es mi hijo y lo educaré según mis principios que, desde luego, nada tienen que ver con esas novedades que vienen de fuera y los tienen trastornados!

—¿Por venir de fuera hay que rechazar las novedades?

—Por venir de fuera y por atacar nuestras tradiciones, señor mío. Mira, hijo. ¡Para que te enteres! Por intercesión del Santísimo Cristo de las Lluvias repican las campanas de esta iglesia y los demonios que acompañan a las tormentas huyen de Madrid, evitándonos así toda clase de males. ¡Aunque no nos libran de personas como esa!

Agarró al pequeño de la mano y tiró de él, marchándose a toda prisa.

Claudia, siempre interesada por el conocimiento, aunque fuese algo legendario, quedó sorprendida. En casa de la condesa de Lemos se defendían posiciones muy encontradas. Había quienes estaban dispuestos a sacrificarlo todo en el altar de la razón, a la que consideraban su nuevo dios y abominaban de las fórmulas tradicionales del conocimiento; y quienes se aferraban a la tradición, defendían el criterio de autoridad y daban validez a afirmaciones que no podían sostenerse desde perspectivas racionales. Ella defendía el papel de la razón, pero estaba muy lejos de abominar de otras vías de conocimiento. Había leído algunas obras escritas por autores ingleses donde se sostenía la importancia de la experiencia. Lo llamaban la vía empírica del saber. Había comprobado que en España la influencia francesa era tan fuerte que la obra de esos escritores ingleses era casi desconocida.

—¿Te has dado cuenta? —comentó su madre al salir a la plazuela.

—Es el pan nuestro de cada día. En la tertulia del Buen Gusto ocurre continuamente.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—Hay un sujeto pendiente de nosotras. Lo he visto en la misa, luego en la puerta de la iglesia y ahora, cuando hemos echado a andar, lo tenemos

caminando detrás de nosotras.

—¿Estás segura?

—Completamente. Cuando lleguemos a casa, tendrás ocasión de verlo. Puede que sea de los que te asaltaron. ¿Tú crees que podrías identificar a alguno de ellos?

—Estaba todo muy oscuro y huyeron a todo correr cuando don Jorge les hizo frente.

—Caminemos deprisa. Desde entonces estoy que no vivo. No sé cómo pudiste callártelo cuando llegaste a casa.

Claudia prefirió no contestar. Ya habían discutido más de una vez por no contarle lo del asalto hasta el día siguiente. Se justificaba diciéndole que no tenía ánimos para hablar y su madre le replicaba que sí los había tenido para estar de palique con el marino.

Se detuvieron ante la puerta y doña Catalina se demoró en introducir la llave en la cerradura. Les permitió comprobar que el sospechoso pasaba junto a ellas caminando muy despacio, casi remoloneando, en dirección a la plazuela de Puerta Cerrada.

—¿Lo has visto?

—Sí

—No nos ha quitado el ojo de encima. Dejaré pasar unos minutos y acudiré a la fuente de la plazuela para avisar a Antón que traiga dos cántaras.

—Iré yo, madre.

—Ten mucho cuidado. ¿Lo has visto bien?

—Sí, se cubre con un bicornio y lleva una capa de estameña, color marrón.

Claudia se quitó el velo y se echó un manto por los hombros. La plazuela de Puerta Cerrada estaba a pocos pasos y en la fuente de la que se abastecía el vecindario había numerosas mujeres empuñando sus cañas. Las utilizaban para llevar el agua desde los caños que brotaban de la taza alta de la fuente hasta sus cántaros. Parloteando, aguardaban turno. Dos de los caños estaban reservados a los aguadores que también esperaban su vez, charlando y fumando. Allí vio al sujeto que, según su madre, las vigilaba. Conversaba con dos aguadores. Se acercó al grupo y preguntó por Antón.

—Se marchó hace rato, pero vendrá pronto. Ha ido a llevar una carga a casa de los Lujanes. Le avisaré cuando vuelva. Vuesa merced vive ahí —señaló la calle del Nuncio—, junto al palacio del nuncio, ¿verdad?

—Así es. Cuando venga dígame que necesitamos dos cántaras grandes.

—Pierda cuidado, vuesa merced.

El sujeto de la capa de estameña, que se había quitado el bicornio y fumaba un cigarro, no tenía aspecto de delincuente. Pero Claudia sabía que las

apariencias resultaban falsas en muchas ocasiones. Lo miró a los ojos y el sujeto no pudo sostenerle la mirada. Cuando ella se hubo alejado unos pasos, comentó con desdén:

—Muy descarada esa joven.

—¿Tú crees?

—¿Has visto cómo me ha mirado?

—No te hagas ilusiones. ¡Esa es mucha dama para ti! Vive con su madre. Han venido de Francia hace poco. Según he oído decir su padre murió malamente.

Claudia regresó a su casa y nada más entrar se encontró a su madre muy alterada.

—¿Te ocurre algo?

—Alguien ha entrado mientras estábamos en misa. Han sido cuidadosos, pero hay cosas que no están donde deberían.

Claudia dudaba. Su madre estaba nerviosa y creía ver amenazas en todas partes.

—¿No serán imaginaciones tuyas?

—Mira la candelilla que hay en la repisa, alguien la ha movido. Sabes que soy muy meticulosa y me gusta tener cada cosa en su sitio.

En eso había de darle la razón. Su madre estaba obsesionada con el orden.

—¿También han hurgado aquí? —preguntó Claudia, entrando en la cocina.

—No lo sé, pero estoy segura de que alguien ha estado husmeando.

Atemorizadas, subieron a la planta de arriba. Allí parecía que nadie había estado. Subieron al desván donde se amontonaban objetos desde antes de que se marcharan a París. La madre de Claudia había practicado un hueco, perfectamente disimulado, donde guardaba sus caudales y cubría con una vieja alfombra. Temió que ese fuera el objetivo de los ladrones. En el desván algunos cachivaches estaban revueltos. A Claudia ya no le cupo duda de que habían estado en la casa, tal y como su madre sospechaba. Doña Catalina miró debajo de la alfombra con el corazón encogido. La tranquilizó ver que en el escondite estaban los talegos de doblones.

—Quizá no fueran ladrones, Claudia —comentó sin disimular su angustia.

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece que no se han llevado nada.

—Quizá sólo buscaban dinero y no han descubierto el escondite.

—No sé. Los ladrones, si no encuentran dinero, se llevan otras cosas. En esta casa hay algunos objetos que, vendiéndolos a los peristas, les proporcionarían una buena suma.

Doña Catalina cerró el escondite, colocó la alfombra y dijo a Claudia que

revisara con detenimiento todas las estancias de la casa.

—Tal vez se nos haya pasado algo por alto.

Claudia entró de nuevo en su alcoba y comprobó que no faltaba nada, aunque se percató de que alguna cosa no estaba en su sitio. Se asomó a la ventana que daba a un enorme patio que pertenecía a la residencia del nuncio. Pensó que las cosas no ocurrían al albur, siempre había una razón que las explicaba. Sintió un escalofrío al recordar el ataque de que fue víctima y pensó si la entrada en la vivienda tendría relación con aquel hecho. Que fuera a ella a quien buscaban y, al no estar, se fueron de vacío. No se lo diría a su madre para no agobiarla más. Cerró la ventana y estaba asegurándola con la aldabilla cuando un presentimiento le hizo mirar bajo el colchón. Allí estaba el diario de su padre a cuya lectura dedicaba un rato cada noche. Luego bajó rápidamente y entró en el pequeño gabinete donde estaba la arquilla en la que guardaban los papeles de su padre.

Había desaparecido.

—¡Madre, baja! ¡Baja rápido!

Doña Catalina apareció jadeando.

—Se han llevado los papeles de padre, ¿verdad?

—Sí, la arquilla ha desaparecido.

—Así que era eso lo que buscaban.

Claudia asintió. El nudo que ahora tenía en la garganta le impedía hablar. Hizo un esfuerzo por tragarse sus lágrimas, pero resultó inútil y, sin poder contenerse, rompió a llorar. Permanecieron abrazadas un buen rato, ofreciendo una imagen de desamparo e indefensión. La tristeza de Claudia era infinita. Ella se había empeñado en traerlos. Sabía que en aquellos papeles latía el espíritu de su padre. Era una forma de tenerlo presente. Que unos desconocidos husmearan en ellos le provocaba un desconuelo especial, era como una violación de algo profundo e íntimo.

Cuando cesó el llanto, las dos mujeres se fueron a la cocina, como si fuera una especie de refugio. Se dejaron caer en unas sillas. Estaban exhaustas, sin fuerzas, como si todo aquel rato las hubieran estado golpeando hasta dejarlas extenuadas. Su desgana las hacía guardar silencio. Claudia lamentaba no haber dedicado más tiempo a los papeles de su padre para hacerse con su contenido, aunque muchos de ellos estaban en cifra y resultaba complicado leerlos. Era cierto que disponía de la clave, pero era un trabajo tedioso y complejo, sobre todo, si no se tenía experiencia en la descodificación.

Un pensamiento la estremeció de repente. Haciendo un esfuerzo, se levantó y salió a toda prisa ante la mirada sorprendida de su madre. Fue hasta una hornacina donde tenían una imagen de santo Tomás de Villanueva, a quien su

padre dispensaba una particular devoción, y buscó en la oquedad que había en la peana. Encontró allí la clave que servía para descodificar. Los ladrones no habían dado con aquel escondite. Era lo único que había quedado de los papeles de su padre, además de su diario.

Regresó a la cocina con el ánimo decaído.

—¿Adónde has ido?

—Quería comprobar si la clave que utilizaba padre también se la habían llevado.

—¿Y...?

—No la han localizado. Sigue en la peana de santo Tomás.

Se dejó caer de nuevo en la silla. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y le escocían. Los cerró y se sumió en un profundo y triste silencio. Claudia no sabría decir cuánto rato permaneció así. Había perdido la noción del tiempo. Volvió a abrirlos al oír cómo llamaban a la puerta y comprobó que la luz que entraba por la ventana declinaba y la penumbra empezaba a apoderarse de la cocina.

Era Antón, que traía las dos cántaras de agua.

Al aguador le extrañó el aspecto que ofrecían la madre y la hija, pero, hombre muy discreto, no preguntó, limitándose a trasegar el agua y cobrar su importe. Doña Catalina permaneció sentada, con los codos apoyados sobre la mesa y apretando la cabeza con sus manos. Una vez despedido el aguador, miró a Claudia y, con las lágrimas a punto de desbordar otra vez sus ojos, le dijo:

—Hace unos días te atacaron cuando regresabas a casa y si no te hubiera acompañado ese capitán, sólo Dios sabe qué habría sido de ti. Ahora entran en nuestra casa para apoderarse de los papeles de tu padre. ¿Crees que puede haber alguna relación entre ambas cosas?

—Madre, no creo que la gente que me atacó buscara los papeles de padre, pero si su objetivo era raptarme... Tal vez lo que deseaban era obtenerlos como rescate.

—Eso significa que quienes asesinaron a tu padre andan por Madrid. ¿Quién si no puede estar interesado en esos papeles? Claudia, todo esto... todo esto me da muy mala espina. Es posible que tenga algo que ver con la muerte de tu padre.

Rompió de nuevo a llorar.

Claudia se acercó a ella y la cobijó entre sus brazos. Echó de menos a Jorge Juan. No sólo porque sabía que podía desahogarse con él, también porque la presencia de un hombre siempre suponía un reparo para unos desalmados como los que habían entrado en su casa. Cuando descubrieran que no poseían la clave, buscarían la forma de hacerse con ella porque muchos de los papeles que se

habían llevado no les servían para nada sin poder descifrarlos.

Se acostaron sin cenar, asustadas. Con la puerta bien atrancada y los cierres de todas las ventanas echados. A Claudia le costó conciliar el sueño. Pensaba en Jorge Juan y trataba de recordar los últimos días de su padre en París, convencida de que la clave de lo que les estaba sucediendo podía estar en algún detalle insignificante.

El día de los Difuntos, los reyes asistieron a otro acto religioso celebrado por las ánimas de los muertos y descendieron a la cripta situada bajo el altar mayor. Oraron durante un buen rato ante los doce féretros que allí se encontraban. El prior del monasterio rezó un responso y los reyes dejaron un estipendio para que se dijeran mil misas por el eterno descanso de los monarcas fallecidos y sus esposas.

La corte se dispuso para el regreso a Madrid. Suponía varios días de preparativos. Había que movilizar más de un centenar de carruajes para trasladar muebles, cuadros, alfombras, espejos, arcas... También organizar el desplazamiento de unas tres mil personas que formaban el servicio de la casa de Sus Majestades.

El 13 de noviembre, con la corte ya instalada en el Buen Retiro, la reina visitó el solar que había adquirido junto al Portillo de Recoletos, acompañada de un numeroso séquito, entre los que se encontraban François Carlier y Francisco Moradillo, que estaban trabajando en los planos de la gran construcción que la reina iba a levantar.

—Mañana a las cinco os espero en palacio para conocer los pormenores.

—Como disponga Su Majestad —respondió Carlier.

Desde antes de la hora fijada por la reina, los dos hombres aguardaban con la vista puesta en los planos desplegados sobre la mesa, memorizando los pequeños detalles por los que Su Majestad solía interesarse. La espera duraba ya media hora en el saloncito chino de la llamada Ala Real del Buen Retiro, adonde un circunspecto criado los había conducido.

Doña Bárbara había preferido el diseño de Carlier al de Juan Bautista Sachetti, que trabajaba en las obras del Palacio Real. La espera se les estaba haciendo eterna cuando por fin la puerta del saloncito se abrió y un chambelán, como si se dirigiera a un gran auditorio, anunció:

—Su Majestad, la reina.

Se hizo a un lado y, tras una ceremoniosa reverencia, apareció doña Bárbara de Braganza, vestida con un traje de raso en tonos claros, ajustado al talle. La acompañaba el duque de Sessa, gentilhombre de cámara de servicio. La reina ofreció a Carlier y Moradillo su mano, que besaron haciendo una marcada inclinación. La Portuguesa se mostraba inflexible con el protocolo regio.

—Veamos qué me traéis —fijó su vista en los planos desplegados sobre la mesa.

—Majestad, esta es la planta que visteis ayer marcada en el solar. Esta es la iglesia, estas las dependencias conventuales y esta es la residencia de Su Majestad. —Carlier iba señalando sobre el papel las distintas zonas.

—¿La iglesia es de una sola nave?

—Así es, Majestad, como vos deseabais. Tiene planta de cruz latina con capillas laterales. La cubierta —señaló otro de los planos—, como puede ver Su Majestad, es abovedada y el crucero lo cubriremos con una cúpula.

—¿Esa es la fachada de la iglesia?

—Sí, Majestad.

—Demasiado simple. ¿No tiene ninguna torre?

Carlier enmudeció. Era lo que la reina le había dicho. Moradillo respondió:

—Si es deseo de Su Majestad, podrían situarse unas torres con campanario aquí y aquí. —Señaló los laterales del gran frontón que coronaba la fachada.

—Bien... bien. Quiero que la cúpula se vea desde cualquier punto de Madrid.

—Podría colocarse un tambor para que gane altura.

—Mostradme un boceto.

—Así se hará, Majestad.

—Ahora veamos mis dependencias.

En los mentideros cortesanos se comentaba que la reina sentía pánico ante la posibilidad de que su suegra volviera a la corte y se hiciera de nuevo con las riendas del poder. Algo que podía ocurrir a la muerte de su esposo. Entonces sería rey de España su hermano don Carlos, el mayor de los hijos de Isabel de Farnesio, que ahora reinaba en Nápoles, porque, tras más de veinte años de matrimonio, no había dado un heredero al trono. Le horrorizaba quedarse viuda y que la Parmesana volviera a tener influencias. Había tomado medidas. Además de acumular importantes sumas de dinero, se buscó un refugio para, llegado el caso, estar a salvo de las iras de su suegra, que rumiaba venganza en la soledad de La Granja de San Ildefonso. Además de monasterio para las salesas con una monumental iglesia, contaría con un palacete anexo a la zona de clausura para una regia residencia que usaría en caso de que Fernando VI muriese antes que ella.

—Serían estas, Majestad —respondió Carlier sin reponerse aún del mal trago—. Estos serían los dos salones que Su Majestad quería. Esta es la alcoba, con su vestidor y un amplio ropero, según las instrucciones de Su Majestad. Aquí estaría la antecámara, y estas son las dependencias de las damas de servicio...

—¿Qué es esto? —preguntó la reina, señalando una pequeña estancia.

—El oratorio, Majestad. Junto a su alcoba. Este es el patio con su jardín, como deseaba Su Majestad.

—Bien. —Doña Bárbara mostraba su satisfacción—. Los salones se quedan algo pequeños. Sobre todo uno de ellos. Quiero que sean grandes salones.

—Majestad, el principal tiene dieciséis varas de largo por nueve de ancho. Puede acoger a un centenar de personas. Las medidas del pequeño son exactamente la mitad.

—Más grandes. El principal ha de llegar a las veinte varas. Si me instalo en esa residencia, no pienso tener una vida conventual. Eso lo dejamos para las salesas.

—Como Su Majestad ordene.

—¿Habéis hablado con los decoradores?

—Contamos con Olivieri para la decoración escultórica y hemos hecho tanteos ya con varios imagineros y ensambladores. Todos se muestran gustosos de servir a Su Majestad. Para la decoración de las bóvedas —Carlier buscó entre los planos hasta hallar los pliegos que deseaba— aquí están los bocetos que han confeccionado los hermanos Velázquez, se han buscado escenas de la vida de san Francisco de Sales, como Su Majestad deseaba.

—Me gustan. —La reina examinó los bocetos con detenimiento—. ¿Cuándo comenzarán las obras?

—En menos de una semana, salvo que las inclemencias del tiempo... Los terrenos están ya limpios, señalados y preparados para la cimentación.

—Continuad trabajando, las pobres monjas que sacamos de su convento de Annecy tampoco están cómodas en el beaterio de San José, pese a estar mejor acondicionado que las casas donde las instalamos a su llegada. ¿Tenéis que comentarme alguna otra cosa?

—Majestad, necesitamos algún dinero para hacer frente a los gastos iniciales.

—¿Cuánto?

—Por ahora, sería suficiente con dos mil ducados. Hay que efectuar adelantos a algunos de los maestros con quienes tenemos apalabrado su compromiso.

—Sessa, acompáñales hasta mi administrador y encárgate de que se les entreguen esos ducados. No quiero que por falta de recursos las obras puedan retrasarse un solo día.

—Como Su Majestad ordene.

Bárbara de Braganza dejó los bocetos sobre la mesa y ofreció a Carlier y Moradillo su mano para que la besaran. Mantuvieron la reverencia mientras doña

Bárbara salía del saloncito. Pese a que el tiempo se le había echado encima no alteró el paso. Tenía que vestirse adecuadamente para el concierto que iba a dar Farinelli. Su pasión por el canto y su devoción por el *castrato* convertían sus conciertos en actos de gran relevancia. Doña Bárbara disfrutaba, además de con la música y el canto, con la estricta etiqueta cortesana que imponía en aquellas ocasiones. Eso le permitía, sin ser bella, lucir en todo su esplendor. Aprovechaba actos como aquel para desplegar todo el boato de la corte y que la monarquía ofreciera una imagen de poder absoluto.

El barco donde Jorge Juan hizo el recorrido de Sanlúcar de Barrameda a Cádiz era una fusta de dos palos que navegó con buen viento de poniente y salvó la distancia en poco más de dos horas. Cuando Cádiz apareció en el horizonte y sus edificios se agigantaban conforme la fusta se acercaba, algunos momentos de su época de guardiamarina revivieron en su mente. Recordaba aquel tiempo con cierta nostalgia. Fueron años de estudio sin descanso y de algunas aventurillas. Fue entonces cuando puso de relieve sus capacidades para las matemáticas, que hicieron a sus compañeros conocerlo como Euclides. En el mismo puerto tomó un coche de punto y se dirigió hasta la Academia, donde pensaba alojarse mientras solucionaba algunas cuestiones previas al viaje. Visitaría a quienes harían efectivos los pagarés y escogería a las dos personas que lo acompañarían a Gran Bretaña. Esto último no era una tarea fácil. Durante los largos silencios del viaje había pensado que podían ser dos guardiamarinas, pero no debía precipitarse en la elección. Era algo que tenía que meditar. También buscaría barcos que zarparan hacia los puertos del norte y si había alguno que tuviera Londres como destino. Incluso tenía que equiparse de ropa para el viaje.

Como era temprano indicó al cochero que recorriese algunas calles, según su propio criterio. Quería empaparse de una ciudad que tanto significaba para él. Pasó ante la catedral, que estaba en construcción y en la que ya destacaba la amarilla cúpula que coronaba su crucero. Las obras habían empezado cuando él llegó como joven aspirante a guardiamarina. También estaba en construcción la ampliación de las colosales murallas del perímetro defensivo de la ciudad. Vio la Puerta de Tierra con sus poderosas defensas y numerosas casas de comerciantes que tenían en la planta baja sus oficinas y almacenes. En Cádiz se respiraba un aire mercantil, diferente al de Madrid, marcado por la corte. La población rondaba los 60.000 habitantes y en los últimos años su crecimiento había sido espectacular, pero se enfrentaba a un grave problema derivado de la falta de espacio. Las casas podían elevarse hasta las 18 varas de altura, según tenía establecido el cabildo municipal, pero las autoridades solían hacer la vista gorda ante los numerosos recursos que los gaditanos utilizaban para burlar la ley. Esa falta de espacio hacía que las calles fueran estrechas, buscando tanto protegerse del viento como aprovechar un terreno que era escaso. Por esa circunstancia la calle principal recibía el nombre de Ancha sin que realmente lo fuera, pero comparada con las demás resultaba ser una gran avenida. Cádiz era una lengua de tierra, estrecha y alargada, encorsetada por la geografía y sus poderosas

murallas, y no disponía del terreno necesario para el crecimiento que necesitaban su comercio y su activa burguesía. La ciudad había recibido un espaldarazo definitivo al trasladarse, hacía algo menos de un cuarto de siglo, la Casa de la Contratación, que había tenido su sede en Sevilla durante más de doscientos años. Durante mucho tiempo las llamadas Puertas de Tierra habían marcado el límite de la ciudad, pero en los últimos años las nuevas construcciones se alzaban al otro lado de esas puertas. En Cádiz, como en Madrid, se habían puesto de moda los cafés y también la publicación de un periódico era una realidad. Se daban noticias locales, sobre la actividad del puerto y dedicaba una página de las cuatro que tenía cada número a asuntos más generales.

La vista de la Academia casi lo emocionó y todavía más cuando comprobó que aún prestaban servicio en ella viejos conocidos. Le proporcionaron el alojamiento debido a un capitán de navío. Se trataba de dos dependencias: una alcoba, sobriamente amueblada —una cama, un baúl donde colocar sus pertenencias y un palanganero con los útiles de aseo—, y una salita de trabajo equipada con una mesa y su sillón, útiles de escritura y unas baldas en las que podía disponer sus libros y papeles. Abrió los postigos de la ventana de su alcoba y le llegó el olor a mar. En el patio los guardiamarinas del último curso estaban formados, pendientes de las instrucciones del oficial que les dirigía la palabra. Los observó con atención. Eran jóvenes, fuertes y habían optado por servir a Su Majestad en la armada. Tenían conocimientos de náutica y de técnicas navales suficientes para poder ayudarle en su misión. Jorge Juan decidió que seleccionaría a los dos hombres, que Ensenada había señalado en sus instrucciones para que fueran sus colaboradores, de entre los que estaban allí. Disponía de tiempo para observarlos y elegir a los más convenientes.

Deshizo su equipaje y colocó sus papeles y libros. Al tomar el volumen en que ocultaba la carta de Ensenada pensó, una vez más, en qué clase de instrucciones contendría. Habría dado cualquier cosa por conocerlas. Le bastaba abrirla y nadie se enteraría. Pero era algo que jamás haría.

Antes de almorzar, fue recibido por el director de la Academia en su despacho. Se trataba de un almirante al que había conocido en las Indias, cuando recorría aquellas tierras midiendo el arco del meridiano terrestre, y anotando curiosidades científicas y observaciones que podían ser útiles a la administración colonial. Lo recibió como a un viejo amigo y lo invitó a una copa de vino de los cercanos pagos de Jerez, donde se criaban los mejores caldos de España.

—Excelente vino, señor —comentó después del primer sorbo.

—Ese barril es una joya. El vino es bueno, pero en su madera, pasados unos meses, se convierte en una bebida de dioses.

Después de responder a los deseos del director de conocer los últimos

acontecimientos acaecidos en la Villa y Corte, Jorge Juan le entregó una carta de Ensenada, que el almirante leyó inmediatamente:

—Así que sois invitado de los ingleses...

—En efecto, señor. Desean que imparta algunas charlas sobre los trabajos que Ulloa y yo realizamos en las Indias.

—¡Cómo cambia el sentido del viento, amigo mío! Hace pocos meses en guerra con ellos y ahora desean que acudáis a Londres a impartir unas conferencias.

—El mundo da muchas vueltas, señor.

—Es cierto, pero algunas son de campana.

—¿Cuántos alumnos hay en el último curso?

—Cuarenta y dos. Excelentes muchachos todos ellos. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque un par de hombres podrían acompañarme a Londres. Entrarían en contacto con los hombres de ciencia ingleses. Para ellos sería una experiencia interesante.

—Tendréis donde elegir. Terminan su instrucción en un par de semanas. Antes de que se les asigne destino, se les da un permiso para que celebren con sus familias la Natividad de Nuestro Señor y después de Epifanía acuden a sus lugares de destino. Este año la mayor parte de ellos serán destinados al astillero de aquí y a los de El Ferrol y Cartagena. Su formación es excelente, como sabéis por experiencia. La instrucción de nuestros guardiamarinas en nada tiene que envidiar a la que reciben en otras academias de Europa. La prueba está en que tenemos tres alumnos procedentes de Francia.

—¿Continúa vigente el mismo plan que yo estudié?

—El mismo. Muchas matemáticas y mucha física, además de náutica, astronomía, cartografía... También se le dedica especial interés a los idiomas. Varios hablan francés como si fueran naturales del país.

—¿Cuántos hablan inglés?

—Menos, pero hay dos que podrían pasar por ingleses.

—Hablar inglés les sería de gran ayuda en Londres.

—Se llaman José Solano y Pedro de Mora. Mañana se presentarán a vos.

—Mejor, dejadme que los observe. No levantemos falsas expectativas. Me habéis dicho que todavía estarán aquí un par de semanas.

—Si ese es vuestro deseo...

Jorge Juan dedicó los días siguientes a observar a aquellos dos jóvenes. Ambos ofrecían buen porte, Pedro de Mora tenía el color del pelo casi rubio y la piel muy clara. Llegado el caso, podría pasar por un inglés. El perfil de José Solano era el de un hombre del sur: cabello oscuro, tez morena y grandes ojos

negros. A través del almirante les envió una nota citándolos en un lugar fuera de la Academia.

Aquellos días, además de observarlos, había hecho efectivos los pagarés y se había informado del flujo de barcos con vistas a llegar a su destino. Pese a que se había firmado la paz con Gran Bretaña y las relaciones comerciales empezaban a normalizarse, aún eran pocos los buques británicos que zarpaban del puerto de Cádiz. Barajó la posibilidad de viajar a Calais y desde allí cruzar el canal de la Mancha. Pero la misma tarde que había quedado en verse con Solano y Mora tuvo noticia de la llegada de un buque inglés. Se trataba de la fragata *The First August*, que venía cargada de paños de Manchester y se esperaba su llegada a puerto de un día para otro. El retorno, según le dijeron, lo haría con una carga de pipas de vino de Jerez, fardos de algodón y sacas de lana. El consignatario le comunicó que su capitán admitía pasajeros.

—¿Su puerto de destino es Londres?

—Sí, al menos esa es la información que tenemos.

—¿Cuándo zarpará?

—No puedo responder. Tienen que resolver el papeleo antes de descargar. Ya sabéis... guías de viaje, comprobaciones en la aduana, inspección sanitaria... antes de que se pueda bajar la carga a tierra. Luego está el flete de retorno. El algodón y la lana están en los almacenes, pero las pipas tienen que venir de Jerez y pasar los controles de la aduana. Transcurrirán varias semanas. La *The First August* no zarpará antes de la Epifanía. En cualquier caso, sabed que es un buque muy marinerero.

Jorge Juan echó cuentas. Disponía al menos de un mes para planificar su trabajo.

Caía la tarde cuando salió del puerto. Se había levantado una brisa de poniente cada vez más molesta. Si arreciaba, tendrían varios días complicados. Se alzó el cuello del redingote que se había comprado y se encaminó al lugar de la cita con los guardiamarinas. Al tomar por una de las numerosas calles que llevaba a la Alameda, se encontró con una comitiva que acompañaba a un sacerdote que llevaba el viático a un moribundo. Marchaban al son de la campanilla que un monaguillo agitaba sin descanso. La abría un sacristán con roquete y cruz alzada, flanqueado por dos acólitos que llevaban unos faroles encendidos en el extremo de unas pértigas y tras ellos, junto al sacerdote, varios hombres alumbrando con gruesos cirios que la brisa apagaba continuamente. A su paso la gente caía de hinojos y guardaba un respetuoso silencio. Jorge Juan se detuvo, hincó la rodilla en tierra y humilló la cabeza al paso del Santísimo. Conforme la comitiva se alejaba, la vida, suspendida por un momento, volvía a bullir y comentaban sobre el destinatario del viático. Se trataba de Juan de

Azpilicueta, un cargador de Indias. Aquella mañana el escribano había acudido a su domicilio.

—Si esta mañana fue el escribano y ahora le llevan el viático está para palmarla —oyó que comentaba un hombre, ya mayor, con aspecto de viejo lobo de mar.

La cita era en el mesón de Matamoros. Había frecuentado el lugar en sus años de Academia, buscando algunos de los platos que allí servían y eran únicos. En él se reunía una famosa tertulia a la que se conocía en Cádiz como los Silenciosos. Sus miembros eran vocingleros y gritones, y eran famosos sus comentarios, dichos con dudosa intención, lo que permitía interpretarlos con malicia para desarmar los argumentos del contrario. Mucha gente acudía a verlos debatir porque resultaba todo un espectáculo oír las ingeniosas réplicas y los argumentos que utilizaban para rebatir al adversario. Eran verdaderas lides orales que provocaban el jolgorio entre los asistentes y que, en ocasiones, servían para sacar letras de coplillas que se cantaban por las calles durante la celebración de los carnavales, que eran una de las diversiones principales de la ciudad.

Jorge Juan llegó puntual. La fachada de Matamoros presentaba un aspecto muy diferente al que él había conocido. El viejo mesón, donde se adobaban, tratándolos con vinagre, los mejores boquerones de Cádiz y cuyos erizos de mar, servidos con unas gotas de limón, eran famosos en toda la ciudad, ofrecía ahora el aspecto de un café moderno. Ese era el nombre que rezaba en el rótulo que podía verse sobre el umbral de su puerta labrada con piedra ostionera, la que venía como lastre en los barcos genoveses que desde muy antiguo mantenían relaciones con los comerciantes gaditanos. El suelo también estaba enlosado con esa clase de piedra.

El local estaba concurridísimo a aquella hora. En una mesa del fondo estaban reunidos los Silenciosos y había algunos mirones disfrutando de la mordacidad y el ingenio de sus miembros. Desde la puerta observó el humo que flotaba en el ambiente. La afición de los gaditanos por el tabaco era proverbial y, a diferencia de como ahora se tomaba en Madrid entre los amigos de las novedades —aspirarlo por la nariz en polvo, lo que provocaba estornudos, era un signo de distinción—, allí se seguían fumando gruesos cigarros que llegaban de las haciendas de Cuba, o picado en cachimbas, que era la forma preferida por los marinos cuando estaban en tierra porque a bordo se limitaban a masticarlo, al estar prohibido encender fuego en los barcos. El olor era a vino y pescado asado. Vio a los guardiamarinas vestidos de paisano, como se les había indicado. Ocupaban una mesa lejos de los Silenciosos, cuyos gritos llenaban el local. Se acercó hasta ellos, que al percatarse de su presencia fueron a levantarse, pero Jorge Juan lo impidió con una mirada y un elocuente gesto de cabeza. En la

Academia era vox pópuli que Euclides se alojaba en ella y que llegaba para ejercer de profesor y hacerse cargo de alguna disciplina.

—¡Mi capitán!

Jorge Juan se llevó un dedo a los labios y se acomodó en un taburete.

—Nada de capitán...

Guardó silencio ante la presencia de un mozo que se había acercado.

—¿Qué desea el señor?

—Lo mismo que beben mis amigos y... un plato de boquerones de los que curan con vinagre. Supongo que seguirán preparándolos como siempre...

—Por supuesto, señor. ¡Son los mejores de todo Cádiz!

Apenas se hubo retirado, Jorge Juan hizo una advertencia:

—Nada de tratamientos militares. Aquí no soy un capitán de navío. Somos tres amigos que disfrutan de una conversación. ¿Entendido?

—Sí, mi... señor.

—Estáis aquí por orden del director, pero debéis saber que lo ha hecho a petición mía, así como que no vistierais de uniforme. Podíamos habernos visto en alguna dependencia de la Academia, pero he preferido que lo hiciéramos lejos de ella.

—¿Por alguna razón especial, señor? —preguntó Mora.

—Porque lo que quiero plantearos es algo que no debe saberse y Matamoros me ha parecido un sitio a propósito. Aquí se da cita mucha gente y eso, aunque parezca lo contrario, es bueno para pasar desapercibidos. Muchos vienen a comer esos boquerones que he pedido, otros a hacer negocios o simplemente a conversar. Veo que la gente sigue acudiendo a divertirse con los comentarios y ocurrencias de los Silenciosos.

En aquel momento llegó el sirviente con la jarrilla de vino y una escudilla rebosante de boquerones abiertos por la mitad, ofreciendo unos lomos blanquísimos.

—Espero que gusten a vuestras mercedes. Los de hoy son especialmente grandes.

Cuando se retiró, Jorge Juan dio un trago a su vino y volvió a su explicación.

—Tengo entendido que habláis inglés correctamente, ¿es cierto? —Los dos asintieron—. ¿Habéis estado en Gran Bretaña?

Mora respondió que había tenido una institutriz inglesa y Solano, que su familia había acogido a un sacerdote católico inglés, que había sido su preceptor.

—Hablar inglés es condición indispensable para participar en una misión que el secretario de Guerra y Marina me ha encomendado. ¿Estáis en disposición de viajar a Londres? No estáis obligados a obedecer porque no se trata de una

orden. La misión es voluntaria.

—¿Qué misión es esa, señor?

Jorge Juan ensartó con un diminuto pincho de madera un par de boquerones y los saboreó lentamente. El vinagre no había matado el sabor a mar. Era un bocado excelente.

—Probadlos. Están deliciosos. —Solano y Mora obedecieron, como si se tratara de una orden—. La misión es secreta. No puedo deciros en qué consiste. Sólo que se trata de un encargo personal del marqués de la Ensenada y supone un importante servicio para nuestro rey. Ha de llevarse a cabo en Londres y será de utilidad para vuestra formación. Sobre esto que acabo de deciros habéis de guardar absoluto secreto. No podéis comentar a nadie que se os ha propuesto participar en esta operación. Sólo añadiré que es una misión peligrosa... muy peligrosa. No necesito una respuesta inmediata, pero tampoco debe demorarse.

—¿Cuándo partiríamos, señor? —preguntó Pedro de Mora.

—¿Eso significa una respuesta afirmativa por tu parte?

—Desde luego, señor. Si se trata de servir a nuestro rey...

—Contad también conmigo.

Jorge Juan se quedó mirándolos. Le gustó la decisión de ambos aceptando una misión de la que lo ignoraban todo.

—Muy bien. Podréis marchar a vuestras casas para celebrar la Natividad. Deberéis estar de vuelta en Cádiz pasada la Epifanía y os alojaréis donde os diga...

—¿No será en la Academia?

—La discreción es algo que deberá formar parte de vuestras vidas a partir de ahora.

—¿Creéis que en la Academia hay alguien que no es de fiar?

—No, pero aunque estemos en paz con ellos, los ingleses no quitan ojo de ciertos lugares. Aprovechad estos días para estudiar todo lo que encontréis en la biblioteca sobre construcción naval y muy principalmente el libro del almirante Gaztañeta...

—¿El de las proporciones para construir navíos de línea y fragatas?

—Ese. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor —respondió Solano—. Pero supongo que nuestra curiosidad habrá de esperar.

—Cierto, lo que os he dicho es todo lo que por ahora debéis saber. Cuando salgamos de aquí no volveremos a vernos hasta vuestro regreso a Cádiz.

Cuando Jorge Juan abandonó Matamoros el trabajo previo al embarque estaba casi realizado. Solano y Mora sabían inglés y tenían la formación necesaria para convertirse en buenos auxiliares para llevar a cabo su misión.

Sólo le quedaba ajustar los pasajes con el capitán de la *The First August*. Los días en Cádiz se le iban a hacer interminables. Echaba de menos a Claudia.

Agustín Pablo de Ordeñana escuchaba atentamente a Agapito, el responsable del grupo de hombres que constituían una brigada que, hacía ya más de dos años, don Zenón le había ordenado organizar. Se trataba de una docena de hombres, algunos con un pasado poco recomendable, pero que estaban dispuestos a no delinquir, salvo que la comisión de los delitos derivase de las instrucciones que Agapito les daba. Estaban bien pagados y resultaban extraordinariamente útiles a la hora de solventar determinados asuntos. Quedaban bajo sus órdenes directas y se valía de ellos para realizar ciertos trabajos que resultaban necesarios, pero que no podían justificarse oficialmente. Estaban a sueldo de la Secretaría de Guerra y Marina, pero sus salarios no quedaban reflejados en la contabilidad. Efectuaban seguimientos, frecuentaban los lugares menos recomendables de la Villa y Corte y tenían contacto con gente que se movía en ciertos ambientes de los que recibían información sobre asuntos que no podían resolverse a plena luz del día. Eran lo que Ensenada denominaba la Cloaca. También eran los encargados de llevar a cabo misiones escabrosas, pero necesarias para el buen funcionamiento de las estructuras del Estado.

Ordeñana mantenía con Agapito reuniones frecuentes en las que este le rendía cuenta de los trabajos y el consejero de Hacienda le hacía ciertos encargos. Era una pieza importante en el engranaje que el marqués de la Ensenada tenía establecido en la Villa y Corte, donde la información valía más que el oro, dada la sucesión de intrigas que se vivían en la corte madrileña.

Cuando Jorge Juan le pidió protección para Claudia, Ordeñana se la encomendó a Agapito, después de haber informado de ello a don Zenón. El marqués no puso reparos. Al fin y al cabo Baltasar Osorio había muerto sirviéndole. Esa había sido la razón por la que no había dejado desamparadas ni a la viuda ni a la huérfana cuando se instalaron en Madrid, aunque no quiso que supieran que los dos talegos de doblones que puso a su disposición les llegaron por su mano. Alabó incluso que Jorge Juan hubiera actuado con tanta discreción.

—Cuando descubrió que estábamos pendientes de sus movimientos — indicaba Agapito— se encaró con uno de mis hombres y lo amenazó con denunciarlo a la justicia.

—Supongo que ninguno de tus hombres se habrá propasado...

—¡Señor, es una dama!

—Y la mayor parte de tus hombres unos redomados bellacos.

—Es cierto, señor, pero cuando están de «servicio» su comportamiento es...

Bueno lo cierto es que —Agapito se encogió de hombros— no ha habido el menor motivo de queja, salvo que no admite que la sigan. Por eso os lo digo, antes de vernos envueltos en un incidente con los alguaciles. He considerado necesario que vuesa merced sepa lo que está ocurriendo y me dé instrucciones precisas acerca de cómo actuar en estas circunstancias.

Ordeñana miró a Agapito.

—¿Cuándo se encaró con el hombre que estaba siguiéndola?

—Ayer. Los primeros días no sospeché. No debí encargarle esa misión al Custodio, es demasiado bruto. Pero ya no tiene remedio.

—Cuéntame lo que tus hombres han sacado en limpio de su seguimiento.

—Todas las mañanas su madre y ella van a oír misa a la iglesia de San Pedro el Real, que está al lado de su casa. Acude casi todas las noches a un palacete que hay en la calle del Turco, que he averiguado pertenece a la condesa de Lemos. Allí se celebra una de esas reuniones que ahora están de moda. Acude dando un paseo desde su casa...

—Hay una buena distancia.

—La hay, señor, pero acude a pie. Cuando regresa, siendo ya noche cerrada, lo hace en una carroza de la condesa. Suponemos, porque no podemos seguirla, que la dejan en su casa. Ha ido varias veces con su madre al mercado de la plaza Mayor y al de la plazuela de la Cebada, donde compran viandas y otras cosas que necesitan. También ha ido en dos ocasiones a la calle de Alcalá, a pedir información a la casa de postas.

—¿Qué clase de información?

—Está interesada en los itinerarios de las diligencias que van hacia el norte.

—¿Qué más puedes decirme?

—En ninguno de esos recorridos mis hombres observaron nada anormal hasta que anteayer por la tarde vieron a unos sujetos que merodeaban por las inmediaciones de su casa. Ayer los siguieron después de verlos por segunda vez por la calle del Nuncio.

Ordeñana se puso tenso.

—¿Sabes quiénes son?

—Conozco al que los capitanea. Se llama Benigno y, si no tiene asuntos que atender, se pasa el día en un tugurio de la Red de San Luis empujando el codo y dándole al naipe.

—¿A qué clase de... asuntos se dedica?

—Cosas menores, señor. Asustan a algún tramposo que no paga, cobrando una comisión a quien le hace el encargo. Ajustan algunas cuentas por mandato de maridos amedrentados que no se atreven a plantar cara a quienes les ponen los cuernos. Reparten algunos sopapos por injurias. El otro día dio una tunda a

un sujeto que arrojó el contenido del bacín y puso hecho un marrano a un pisaverde que iba de punta en blanco. Cosillas de esas y otras por el estilo.

—Por lo que veo, lo conoces bastante bien.

—Veréis, señor..., alguna vez ha hecho algún trabajillo para nosotros.

—¿Cómo has dicho que se llama ese sujeto?

—Benigno.

—Explicame otra vez cómo se produjo el altercado con doña Claudia Osorio.

—Ayer, cuando la dama y su madre entraron en el zaguán de su casa, doña Claudia salió rápidamente y se encaró con el Custodio, que le respondió que nadie tiene prohibido andar por las calles. Ella lo amenazó con denunciarlo a algún alguacil si no dejaba de seguirla. El Custodio dice que la dama se percató de que había otros sujetos y le preguntó si aquellos individuos también estaban con él. Vio cómo se alejaban, pero pudo identificar a uno. Es de la cuadrilla del Benigno con quien hace unos días me tomé unas jarrillas...

—No quiero detalles de tus trapicheos.

—Señor..., no me vengáis con remilgos. Me dijo lo de esos dos ingleses que están hospedados en una fonda de la Carrera de San Jerónimo, que andan haciendo preguntas...

—Al grano, Agapito. ¿Fue ella quien descubrió al sujeto de la cuadrilla de Benigno?

—Sí, señor. El Custodio entonces le preguntó si podía ser uno de los tipos que la asaltaron.

Ordeñana frunció el ceño.

—¿Eso le preguntó? —Agapito dejó escapar un suspiro y asintió—. ¡Cómo se le ocurrió tal cosa! Te dejé muy claro que esa información era para que quienes la vigilaran estuvieran al tanto y no se distrajeran.

—El Custodio estaba muy alterado con la actitud de la dama y...

—Está bien... ya no tiene remedio. Termina de contarme.

—El Custodio me dijo que se puso blanca como la cera del altar y que le preguntó quién era y por qué la seguía. Temiendo que lo confundiera con uno de los que la asaltaron, le contó que era por si esos malhechores intentaban algo otra vez y que había identificado a uno de aquellos sujetos que acababan de escabullirse. Fue entonces cuando le dijo que si no quería que los denunciase dijera a su jefe que necesitaba hablar con él.

Ordeñana se acercó al ventanal y allí permaneció inmóvil unos minutos.

—Busca a ese Benigno y que te cuente lo que sepa.

—Delo vuesa merced por hecho. Por la cuenta que le trae, os aseguro que si el Custodio no se equivocó de hombre, lo desembucharé todo.

—Si es así, hemos encontrado el hilo del que tirar. Cuando salgas ordena que tengan preparado mi carruaje.

Una hora más tarde Ordeñana llamaba a la puerta de casa de Claudia. Su madre entreabrió la puerta y lo miró con recelo.

—¿Qué deseáis?

—Supongo que sois la madre de doña Claudia Osorio.

—¿Quién sois vos? —le preguntó sin abrir del todo la puerta.

—Mi nombre es Agustín Pablo de Ordeñana, del Consejo de Hacienda de Su Majestad.

Doña Catalina frunció el ceño y lo midió con la mirada. La calidad de su indumentaria y sus modales eran propios de un caballero; sin embargo, dudaba. Había mucho impostor que aparentaba ser quien no era para cometer sus fechorías. Dos mujeres solas eran una presa apetecible para un desalmado. Pero tampoco podía darle con la puerta en las narices, no parecía un delincuente. Sintió curiosidad y se preguntó qué podía desear de Claudia un miembro del Consejo de Hacienda.

—¿Conocéis a mi hija?

—No, señora.

La respuesta le pareció sincera. No había dudado, pero no disipó sus recelos.

—Entonces, ¿por qué preguntáis por ella?

—Porque le debo una explicación.

—¿Qué clase de explicación?

—Se la daré a vuestra hija. Si ella quiere contárosla...

—Está bien, pasad.

Lo condujo a la salita donde recibían a las visitas. Era modesta en su mobiliario, pero limpia y ordenada.

—Aguardad un momento. Enseguida viene mi hija.

Claudia sorprendió a Ordeñana mirando la imagen de santo Tomás de Villanueva. Se volvió y se quedó mirándola fijamente. Pese a que se mostraba adusta, comprendió por qué Jorge Juan le había hecho aquel encargo. Claudia era una de las mujeres más bellas que había conocido.

—¿Quién sois?

—Mi nombre no os dirá nada. Pero sabed que me llamo Agustín Pablo de Ordeñana y soy miembro del Consejo de Hacienda.

—¿Qué queréis?

—Pediros disculpas y daros una explicación.

Claudia arrugó la frente.

—¿Disculpas? ¿Una explicación?

—Unos hombres os han estado siguiendo y hasta os han importunado.

Había pedido hablar con su jefe. Pero no imaginó que fuera un caballero y menos aún un miembro del Consejo de Hacienda.

—¿Qué tenéis que ver con ellos?

—Están a mis órdenes. Si os han estado siguiendo, es porque yo se lo he ordenado.

Claudia se preguntaba quién podía ser aquel Ordeñana. Carecía de lógica que un miembro del Consejo de Hacienda se presentase en su casa para contarle aquella historia. Asustada trató de dar por terminada la conversación.

—No sé de qué me estáis hablando. Marchaos.

—Me temo que hay malos entendidos y que debo daros una explicación.

—Yo no lo creo. Salid de mi casa.

—Si ese es vuestro deseo... Pero antes de irme quiero que sepáis que fue el capitán de navío, don Jorge Juan y Santacilia, a quien me une una larga amistad desde los tiempos en que estábamos en la Academia de Guardiamarinas, quien me pidió que os protegiera. Está convencido de que quienes os atacaron cerca de las Gradass de San Felipe buscaban raptaros. Me dijo que el sujeto que perdió la vida aludió a un tal Secundino, a quien estamos buscando. Lamento que la presencia de mis hombres os haya importunado, pero sólo han cumplido mis órdenes. Sabed que todo ha sido por vuestra seguridad.

Claudia estaba turbada.

—¿Don Jorge Juan os encomendó eso?

—Sí, temía por vuestra seguridad y por vuestra vida.

Aquella explicación disipaba sus recelos. Se había mostrado distante e incluso grosera con un hombre educado que había ido a pedirle disculpas y darle una explicación sobre la vigilancia a que había estado sometida. En el torbellino de sentimientos que agitaban su ánimo, sintió alegría al saber que detrás de todo aquello estaba Jorge Juan. Se sentía menos desvalida. Estaba velando por ella en la distancia.

—Lamento mucho mi comportamiento. Soy yo la que tiene que pedir os disculpas.

—Por favor, señora, no es necesario. Os comprendo. Lo que me gustaría saber es si deseáis que mantengamos la vigilancia. No quiero importunar os.

Claudia recordó que habían estado husmeando en su casa, y que el peligro que corrían ella y su madre era grave. Cuando descubrieran que no tenían la clave, quienes habían robado los papeles entrarían de nuevo cuando ellas estuvieran en la casa para arrancarles la información. Rechazar la protección en aquellas circunstancias era una locura. Reaccionó con un impulso propio de su temperamento.

—Decid a vuestros hombres que sean más discretos.

—Así se lo haré saber.

—No sé cómo daros las gracias.

—Para mí es suficiente servir a mi amigo. Ahora tengo que marcharme.

Claudia la ofreció su mano y Ordeñana la besó.

—Perdonad, don Agustín, ¿podrías hacerme un favor? —le dijo ya en la puerta.

—Si está en mi mano...

—Si averiguáis algo acerca de esos matones, ¿os importaría mantenerme informada?

—Perded cuidado. Os mantendré al tanto de lo que sepamos.

En un mesón de la calle de la Flor esquina con la de los Basilio, junto al monasterio de esta orden, Benigno estaba pasando por un mal trago. Aparentemente compartía una jarra de vino con Agapito, que estaba sentado frente a él. Pero el hombre de Ordeñana lo amenazaba disimuladamente por debajo de la mesa, apuntándole con una pistolilla de las que algunas mujeres gustaban llevar para sentirse más seguras. Si le disparaba a aquella distancia, aunque la munición era pequeña podía despedirse de sus atributos masculinos y, posiblemente, de algo más.

—No irás a dispararme.

—Pon a prueba mi paciencia y verás. Para evitarlo sólo tienes que responder a mis preguntas.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué andas siguiendo a una dama que vive en la calle del Nuncio?

—No sigo a ninguna dama —protestó Benigno.

—Tú tal vez no, cosa que dudo. Pero lo está haciendo uno de tus hombres.

—Estás confundido, Agapito.

—Y tú estás agotando mi paciencia.

—Te juro que yo...

—No jures y responde a lo que te he preguntado o despídete de los cojones.

Benigno, que no paraba de dar tragos a su jarrilla, había empezado a sudar.

—No te pongas nervioso, Agapito. Por lo que más quieras. Te diré lo que sé, pero antes retira ese trasto. A veces esas pistolillas las dispara el diablo.

—Habla —exigió colocando la pistola encima de la mesa, sin importarle que otros parroquianos lo vieran. Aquel era lugar de pocos remilgos.

—Un sujeto llamado Secundino...

—Un momento, ¿has dicho Secundino?

—Así se llama el individuo que nos hizo el encargo.

—¿Quién es ese Secundino?

—Uno que trabaja en el Santo Oficio.

—Desembucha todo lo que sepas.

—Ese Secundino es un rufián de siete suelas. Por lo que tengo entendido, lleva toda la vida sirviendo a la Inquisición. Viste siempre una loba negra, pero es para darse postín porque no es clérigo. Va de cuando en cuando por casa de la Tía Belica. Allí nos conocimos hace ya algún tiempo y nos ha encargado... bueno, tú ya sabes a qué me refiero. Aunque en todo este asunto Secundino sólo es un intermediario.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos ha buscado por cuenta de otro individuo.

—¿Quién es?

—No lo sé.

Agapito miró la pistolilla.

—Te juro que no sé quién es. Vino a una reunión para darnos instrucciones, pero cubría su rostro con una careta.

La experiencia decía a Agapito que quienes ocultaban su rostro en esos ambientes solían tener motivos para ello. No eran delincuentes comunes. Lo más probable es que se tratase de alguien importante. El asunto podía llevarles a lugares muy peligrosos. Además, con la gente del Santo Oficio siempre había que andarse con cuidado, aunque se tratara de un sujeto como el tal Secundino. Tendría que informar a su jefe de aquellas circunstancias. A veces habían tenido que abandonar pistas que los habrían llevado a resolver algunos asuntos y echarles tierra encima por no chocar con la Inquisición.

—¿Qué clase de encargo os ha hecho ese sujeto sobre la dama que asaltasteis la otra noche junto a las Gradas de San Felipe?

—Que la secuestráramos. El muy cabrón nos dijo que era cosa hecha. Sólo la acompañaría un criado que a la primera saldría corriendo. Pero quien iba con ella era un tipo bragado que sabe pelear. Nos hizo frente y despachó a uno de mis hombres.

—¿Por qué quiere que la secuestréis?

—No lo sé. Pero la dama está de muy buen ver, así que te lo puedes imaginar.

—Si estáis siguiéndole los pasos, es porque estáis buscando otra ocasión para hacerlo, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Bien. —Agapito, que parecía satisfecho con la explicación, recogió la pistola y se la metió en el cinto. Benigno dejó escapar un suspiro—. Se acabaron los seguimientos, ¿entendido? Si me entero de que alguno de tus hombres se acerca por la calle del Nuncio o la sigue por cualquier otro sitio, busca confesor,

después no tendrás tiempo de arrepentirte.

—Tenemos dinero recibido a cuenta...

—Podrás devolverlo con lo que le robasteis la otra noche a esa dama. No quiero excusas de ninguna clase. Esto se ha acabado, ¿me has entendido? — Benigno no respondió y volvió a preguntarle—: ¿Me has entendido?

Asintió sin abrir la boca.

Agapito apuró el vino y se marchó sin pagar, eso quedaba de cuenta de Benigno, quien apenas lo vio desaparecer por la puerta soltó una maldición, pagó y salió a toda prisa del mesón, calándose su sombrero redondo y embozándose en una capa deslustrada y llena de lamparones. Calle de la Flor abajo enfiló por el Postigo de San Martín a la plazuela de Santo Domingo. A pocos pasos estaba la sede del Santo Oficio. Tenía que advertir a Secundino de que corría un grave peligro. Conocía a Agapito y sabía que no se andaba con chiquitas. Mientras caminaba, seguido de cerca por uno de sus secuaces, pensaba quién podía ser aquella dama de la calle del Nuncio para que se hubiera organizado tanto revuelo. No le cuadraba. La casa donde vivía era humilde, aunque ella vestía galas de señora. Benigno sacó sus propias conclusiones. Se trataría de la amante de algún personaje importante y algún enemigo suyo buscaba vengarse en ella. Eso explicaba que quien les había hecho el encargo ocultase su rostro. También se preguntaba por qué Secundino los había metido en aquel lío que les presentó como un asunto fácil y bien pagado. Apretó el paso, temiendo llegar tarde. Secundino tenía malas pulgas y lo había delatado. La única forma de no tenerlo como enemigo era advirtiéndole de que lo andaban buscando. Después se quitaría de en medio una temporada. En Madrid no soplaban buenos vientos, al menos para él.

El camino apenas se distinguía. El cochero se orientaba gracias a las dos hileras de árboles de nudosas ramas sin hojas que lo flanqueaban. La nieve lo cubría todo. Lo que no podía evitar era el retraso cada vez mayor que iba acumulando. Entrarían en Madrid siendo noche cerrada. El cochero trataba de llegar antes de las diez, que era la hora fijada durante los meses de invierno para cerrar las puertas de la cerca que circunvalaba Madrid. Si se retrasaba tendría que andar pidiendo que le abrieran al retén que quedaba de guardia.

Era la víspera de Nochebuena y en aquellos primeros días de invierno la naturaleza parecía haber muerto definitivamente. Era tanto el frío que daba la impresión de que no volvería a resucitar con la llegada de la primavera. En muchos sitios dejaban abiertas las puertas de las iglesias de los conventos durante las noches para dar cobijo a los mendigos y pobres de solemnidad, que carecían de techo y vivían de las monedas que recogían por caridad y de la sopa boba que los frailes repartían.

En el interior de la diligencia los viajeros se protegían del frío, arrebujados en mantas con las que se cubrían hasta la cabeza y apenas dejaban ver el rostro. Todos guardaban silencio, unos sumidos en una somnolencia provocada por las bajas temperaturas y otros enfrascados en sus pensamientos. Jorge Juan tenía el ánimo atenazado por la duda desde que decidió pasar unos días en Madrid, después de dejar resueltos con el capitán de la *The First August* los detalles del viaje a Londres. Le había indicado que la partida, aunque llegaran las pipas de Jerez, sería muy avanzado el mes de enero porque su barco necesitaba algunas reparaciones. Aquello suponía permanecer en Cádiz un mes más, sin mejor cosa que hacer que deambular por sus calles, ver el mar, pasear por el puerto, entrar en sus cafés o deleitarse con los exquisitos pescados que se servían en sus mesones. Era consciente de que don Zenón había insistido mucho en la discreción y lo que estaba haciendo era poco discreto. Lo adecuado habría sido permanecer en Cádiz hasta el momento de la partida y no regresar a la Villa y Corte, pero algo más fuerte que las instrucciones de Ensenada le había llevado a tomar aquella decisión. Iban a entrar tan a deshoras que no podría presentarse en casa de su hermana y sacarla de la cama, dándole un susto de muerte. Pasaría la noche en alguna fonda y buscaría pasar desapercibido aquellos días, como uno más de los muchos viajeros que llegaban a Madrid por las más variadas razones. Sería también una forma de comprobar hasta dónde llegaba su capacidad para no ser descubierto, algo sumamente importante para llevar a buen término la misión

encomendada. La causa de aquella «locura» tenía nombre de mujer.

Se había traído de Cádiz los papeles de su misión y la carta cuyo contenido desconocía. No había querido dejarlos en la fonda con la ropa adquirida para Londres y donde se hospedaría cuando volviera, al haber decidido no hacerlo en la Academia para evitar preguntas embarazosas. Había comprado algunas prendas propias de un menestral y una capa de segunda mano con las vueltas algo ajadas, pero en buen estado. Le servirían para pasar más desapercibido en Londres. La indumentaria era una de las referencias que permitían ubicar a una persona.

Cuando la diligencia cruzó la puerta de Embajadores faltaban pocos minutos para la hora del cierre. Enfiló la calle del mismo nombre en medio de la oscuridad que se había adueñado de todo. Sólo aquí y allá lucía un farolillo de aceite de los que alumbraban pequeñas hornacinas con vírgenes y santos, abiertas en las fachadas de algunas casas, y las luminarias que podían verse en algunas otras. El carruaje se detuvo junto a la bocacalle de los Cabestreros. Era habitual que los cocheros hicieran algunas paradas antes de llegar a la casa de postas para facilitar la bajada de viajeros en la proximidad de sus domicilios y así ganarse unos reales que cobraban por este servicio. Jorge Juan, que llevaba un equipaje liviano, preguntó si por la zona había algún lugar donde alojarse que fuera limpio y no demasiado caro. Un viajero, que había tomado la diligencia en Aranjuez, le indicó que en una calle próxima estaba el mesón de Paredes.

—Es un lugar reputado. En esa misma calle también encontrará vuesa merced un par de fondas, pero no dispongo de información sobre ellas.

—Muchas gracias. Es más que suficiente.

Aprovechó la parada para echar pie a tierra y llegó a la calle del mesón de Paredes. Vio una casa de amplia fachada en cuyo balcón principal había un cartel donde rezaba:

**SE ALQUILAN HABITACIONES.  
LIMPIAS Y A BUEN PRECIO.**

Una fonda como aquella era preferible al famoso mesón, que sería un lugar mucho más concurrido. Entró y comprobó que el interior respondía a las dimensiones de la fachada. El dueño de la fonda le mostró el aposento que podía alquilarle. Lo anunciado en el cartel no era propaganda. La habitación era espaciosa, limpia y con los muebles necesarios para hacer agradable su estancia en ella.

—¿Qué le parece a vuesa merced?

—Es justo lo que estoy buscando. ¿Cuál es su precio?

—¿Vais a quedaros muchos días?

—Sólo esta noche.

—Son cuatro reales por día. Si vuesa merced decidiera quedarse una semana, le cobraría sólo veintiún reales. A razón de tres diarios.

—El precio me parece razonable.

—Está incluido el desayuno. Un tazón de leche, unos mojicones y pan con manteca.

—Magnífico. —Jorge Juan dedujo por su entonación que era maño—. ¿Aragonés?

—Sí, señor, de Jaca. ¿La conoce vuesa merced? Tiene una catedral hermosísima y una ciudadela donde pueden refugiarse hasta cuatro mil personas. Vuesa merced debe saber que no preparamos comidas para los huéspedes, aunque no hay inconveniente en que ellos guisen sus propias viandas en una cocinilla que hay al fondo del patio. De todas formas como sólo va a quedarse una noche...

—Bueno es saberlo.

Salieron del aposento, que estaba en la planta alta y desde la galería se tenía una visión completa del patio, donde había cierto trajín.

—Observo que el negocio marcha. En el patio hay mucho movimiento, pese a que ya es muy tarde.

—Esos que ve vuesa merced son los cosarios de Daroca, gente recia que no teme al frío. Hacen el camino dos veces al mes y se alojan aquí. Mañana parten para Aragón, por eso hay cierta agitación. Los demás días son más tranquilos. La mayoría de la gente que hospedamos son personas que tienen algún familiar en el hospital de ahí enfrente. El de Nuestra Señora de Montserrat, donde se atiende a los naturales de la Corona de Aragón. Tiene más de un siglo, según reza una inscripción que hay en la puerta.

Pese al frío y la hora, Jorge Juan decidió pasear. Se hizo con un fanal de papel, se embozó en su capa y salió a la calle. Le sorprendió comprobar que en la iglesia del hospital había actividad. Entró en el templo y se encontró con un grupo de hombres y mujeres. Se afanaban en montar un Belén junto al altar mayor, tras el cual había un hermoso retablo de alabastro.

Jorge Juan se encaminó hacia la calle del Nuncio. En su recorrido comprobó que quienes montaban el Belén en el hospital de Montserrat no eran los únicos. Montar belenes era una costumbre que en la Villa y Corte ya tenía cierta tradición. En algunos lugares hacía más de un siglo que se componía aquella representación del momento de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo con figurillas labradas en barro. Era muy visitado el del convento de las Descalzas Reales. Ahora esas representaciones se habían difundido y se

montaban belenes en numerosas parroquias. Eran los feligreses quienes se encargaban de realizar aquellas recreaciones en las que se reconstruía una gruta, a la que denominaban portal de Belén, donde junto a las figuras de María, José y el Niño Jesús, se colocaban una mula y un buey, ángeles que anunciaban el nacimiento y hasta el lugar acudían pastores y labriegos, además de los Reyes Magos. Se había creado cierta competencia entre parroquias y conventos por crear ese paisaje donde contemplar la Natividad de Jesucristo. Muchos feligreses, sobre todo mujeres —también se animaban hombres con el deseo de estar junto a ellas en horas inusuales—, colaboraban llevando trozos de madera, serrín de alguna carpintería, pastas de musgo y ramas de tomillo recogidas en algún paraje de la sierra...

Lo mismo que en la iglesia del hospital de Montserrat ocurría en la de los padres dominicos de la plaza de la Cebada, donde tenían una hospedería. Pese a la gélida temperatura, había en la plazuela algunos grupos de mozos que desafiaban al frío calentándose en torno a unas fogatas en las que ardían sarmientos de las viñas recién podadas y viejos trastos —como se hacía también en vísperas de la festividad de San Juan—. Acompañados de instrumentos muy rústicos, confeccionados con cañas, pieles de conejo y alambres, cantaban villancicos, bebían aguardiente y solicitaban el aguinaldo a quienes se acercaban a escuchar sus cantos de alabanza al nacimiento de Jesús, aunque alguno tenía letras un tanto irreverentes. Se acercó a uno de aquellos coros callejeros y les entregó unas monedas que fueron recibidas con muestras de alegría. Recordó que la madre de Claudia bordaba unos paños para el Belén de San Pedro el Real, aunque Claudia le dijo que su idea era dejarlo todo organizado para el día en que se celebraba la Inmaculada Concepción. Como el corazón de los enamorados atiende a pocas razones pensó que tal vez... Aceleró el paso. La parroquia estaba muy cerca.

Al llegar a la plazuela donde se alzaba el templo vio un tenue resplandor por una de sus ventanas. Eso sólo podía significar que había gente en su interior. Se asomó al cancel y comprobó que, a la luz de unos grandes cirios, había un grupo de personas en una de las capillas. Se acercó y vio a doña Catalina, que se afanaba en dar los últimos toques a los paños que cubrían los laterales del tablado donde, con mucho primor, habían configurado el Belén. Los paños estaban bordados con ángeles que tocaban diferentes instrumentos.

Jorge Juan la llamó por su nombre.

—Doña Catalina...

La mujer dejó su tarea y, al volverse, se llevó una mano al pecho, sorprendida por la presencia del marino.

—¡Don Jorge! ¿Vos por aquí? ¿No estabais fuera de Madrid?

—He regresado para pasar las Pascuas. Me he acercado hasta aquí pensando que quizás encontraría a Claudia.

Doña Catalina trataba de disimular su satisfacción ante lo que acababa de oír. Un capitán de navío de la armada de Su Majestad era un excelente partido para su hija y si aquella relación se consolidaba... Tal vez se le quitaría la ventolera de viajar a París.

—Claudia vendrá enseguida. Me está ayudando a colocar estos faldones que no pudimos poner cuando lo montamos. No tuve tiempo de terminarlos y ahora para ponerlos hemos tenido que retocar muchas cosas. Necesito unos alfileres para terminar de sujetarlos. ¡Cuando os vea va a llevarse una sorpresa...! —añadió con mucha intención.

—Iré a su encuentro, la casa está cerca y...

El deseo de Jorge Juan se esfumó porque en aquel momento apareció Claudia. Al verlo se quedó paralizada. Le costaba dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Cómo es posible...! —Su exclamación atrajo las miradas de los presentes y el rubor cubrió sus mejillas.

—Buenas noches, Claudia.

—¿No...? ¿No habíais partido hacia... vuestro destino? —Con la gente pendiente de ella y de aquel desconocido, se dirigía a Jorge Juan guardando cierta distancia.

—Dispongo de unos días y he decidido regresar a Madrid, para pasar estas fiestas. No me marcharé hasta después de Reyes. Recordé que vuestra madre estaba haciendo unos bordados para el Belén y, como he visto que en otras iglesias están montándolos...

Claudia entregó a su madre el costurero y se retiraron unos pasos. Quienes habían estado pendientes de ellos retomaron sus trabajos, cuchicheando.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace muy poco. La diligencia ha entrado en Madrid con mucho retraso. Los caminos están casi impracticables. Hay nieve por todas partes y los caballos han hecho un esfuerzo enorme para no dejarnos tirados. Viajar en este tiempo no es lo más aconsejable y cuanto más al norte peor estarán los caminos.

—¿Estás insinuando algo?

—No lo insinúo. Sabes lo que pienso de tu viaje. Deberías retrasarlo.

—No predicas con el ejemplo.

—Tengo un motivo muy importante.

Claudia entornó los ojos esperando que Jorge Juan lo explicase, pero el marino guardaba silencio esperando que le preguntara. La curiosidad ganó en ella.

—¿Puede saberse?

—Tú. —Claudia contuvo la respiración—. Quería pasar estos días a tu lado y los asuntos que había de resolver en Cádiz me han dejado unos días.

—¡Oh, Jorge!

El marino miró hacia la capilla y comprobó que la gente no estaba pendiente de ellos. La tomó por las manos y allí le declaró su amor.

—Te quiero, Claudia. Te quiero con toda mi alma.

Jorge Juan notó cómo un temblorcillo agitaba las manos de ella.

—Este... este no es el lugar más adecuado para...

—¿Que no es el más adecuado? ¡Qué mejor sitio que la casa de Dios para declararte mi amor! —le susurró sin soltarle las manos—. Lo que no haré será besarte, como corresponde.

—También yo te amo, Jorge. Soy feliz. En cuanto a ese beso lo dejamos para más tarde. —Claudia le guiñó un ojo.

Le explicó que se había instalado en una fonda junto al hospital de Montserrat.

—¿No te alojas en casa de tu hermana?

—No me ha parecido oportuno presentarme allí tan tarde. Mi hermana tiene por costumbre acostarse y levantarse muy temprano. Mañana me trasladaré. Hace mucho frío, pero ¿te apetece dar un paseo?

—Sí. Aguarda un momento que se lo diga a mi madre... lo del paseo.

Madrid estaba silencioso y solitario. Sólo llegaba un rumor de cánticos desde la plazuela de la Cebada. Claudia se agarró al brazo de él y se apretó fuerte. Jorge Juan aprovechó el hueco que configuraba un contrafuerte para besarla. Fue un beso largo y cálido, que sellaba el compromiso que acababan de contraer.

—Mañana hablaré con tu madre. Espero que dé su consentimiento para cortejarte formalmente.

—También lo espero yo.

Volvieron a besarse y echaron a andar sin sentir el frío.

Jorge Juan se trasladó al día siguiente a casa de su hermana que, sorprendida, lo recibió con los brazos abiertos. Le faltó tiempo para decirle que había declarado su amor a Claudia Osorio.

—No andaba yo muy desencaminada, ¿eh? Te felicito, Jorge. Es linda y me pareció mujer muy valiosa. —Lo besó en la mejilla y añadió—: Eso explica que hayas regresado de Cádiz. Sólo el amor hace que se afronten los riesgos y problemas que tiene viajar en tiempo tan duro.

—Estás en lo cierto, hermanita.

—¿Dónde cenarás esta noche?

—Aquí. ¿Dónde voy a cenar?

—Bueno... no lo afirmes tan rotundo. Tal vez, te inviten. ¿Se lo has dicho ya a la madre de Claudia?

—No, pero pienso hacerlo cuando vaya a verla.

—Pues será bueno que sepas que en esta casa se cenará ensalada de lombarda y un besugo. Si ellas quieren acompañarnos, serán bienvenidas.

Doña Catalina no ocultó su alegría al conocer el compromiso de su hija con el capitán de navío, aunque guardó las formas que suelen imperar en estas ocasiones. Jorge Juan volvió a plantear el viaje a París que Claudia tenía proyectado.

—Me encanta que hayáis traído ese asunto a colación —señaló doña Catalina—. Llevo varios días tratando de convencerla de que abandone esa idea descabellada.

—Madre, no insistas.

—No te digo que no hagas el viaje, sino que el momento no es el apropiado. Hasta la primavera los caminos están tan embarrados que en muchos sitios son auténticos lodazales. No debes hacerlo antes del mes de mayo.

—Madre, existe la posibilidad de descubrir la causa por la que mataron a padre.

—Saber qué le ocurrió será un bálsamo para mi alma y supongo que para la tuya. Pero no deberías precipitarte.

—Si podemos saber algo, cuanto antes, mejor —insistió Claudia, dispuesta a no ceder en su empeño.

Doña Catalina sabía que su hija tenía una parte de razón. Habían hablado muchas veces de que una de las cosas que más le atormentaban era no saber qué había ocurrido durante aquellos angustiosos días de incertidumbre, antes de que

el cadáver apareciera flotando en las aguas del Sena. Pero viajar en aquella época del año era un desafío a la prudencia.

—No aumentará nuestra zozobra porque retrases el viaje. En mi caso — puntualizó la madre de Claudia— sería más bien al contrario. Que viajes ahora me produce mucha inquietud. Además... quedarme sola después de lo ocurrido...

Jorge Juan frunció el ceño y miró alternativamente a Claudia y a su madre.

—Supongo que os referís al ataque en las Gradas de San Felipe.

—¿No le has dicho nada? —Doña Catalina miró a su hija y Jorge Juan la interrogó con la mirada.

—Poco después de que te marcharas alguien entró en nuestra casa.

—¿Os han robado?

—La arquilla con los papeles de mi padre.

Jorge Juan se quedó un momento en suspenso.

—Es muy extraño.

—Muy extraño e inquietante. Mi madre y yo hemos pensado que podrían ser los mismos que nos asaltaron.

—Es posible. Aquella gente no buscaba robarnos. Quizá querían raptarte para pedir a cambio los papeles de tu padre.

—Eso hemos pensado nosotras.

—También que todo esto puede tener relación con la muerte de mi esposo.

—Todo podría estar relacionado —indicó Jorge Juan—. El rapto sería para exigir esos papeles y que algo que hubiera en ellos fuera la causa de la muerte de don Baltasar.

—Por eso tengo que viajar a París.

—Probablemente no llegarás mucho antes que si lo haces en abril o mayo.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? Eso no es razonable.

—Lo es, Claudia. Los pasos del Pirineo pueden estar cerrados meses. Hasta que comience el deshielo no se podrán cruzar. Es lo que ocurre durante el invierno y aún más cuando es tan frío como este. Podrías permanecer muchas semanas sin poder continuar el viaje y es mejor aguardar aquí que hacerlo en alguna posada de Navarra.

Por primera vez la duda asomó a los ojos de la joven.

—¿Lo que acabas de decir es cierto o lo haces para que desista?

—Tan cierto como que estamos aquí. Los Pirineos son impracticables en invierno.

—Había oído hablar de las grandes nevadas, pero no sabía...

—La nieve alcanza las dos o tres varas de espesor, incluso cuatro. Es imposible transitar por esos parajes. Sé de lo que estoy hablando.

—¿Has vivido la experiencia?

—En los Pirineos no, pero sí en los Andes. Te aseguro que la espera puede ser tan larga que llega uno a desesperarse.

—En ese caso...

—¿Significa que no viajarás hasta la primavera? —preguntó su madre con ansiedad.

—Si eso te tranquiliza...

—Por supuesto que me tranquiliza. Ponerse en camino en este tiempo es una locura.

Doña Catalina salió a comprar, después de declinar la invitación de la hermana de Jorge Juan. Aceptar le parecía demasiado precipitado. Una vez dada palabra de matrimonio, no le importó dejar sola a la pareja en casa. Apenas doña Catalina cerró la puerta, se besaron y acariciaron con pasión.

—¿Sabes que tu amigo Ordeñana cumplió al pie de la letra tu encargo? Organizó todo un servicio de vigilancia. Me enfadé mucho... —Jorge Juan alzó las cejas con aire risueño—. Te aseguro que no es agradable que anden tras una todo el santo día. Me encaré con uno de los que me seguían y entonces vino tu amigo a verme.

—Hizo lo que le pedí.

—¡Menos mal!

—¿Por qué dices eso?

—Al parecer, quienes nos asaltaron no han renunciado a su empeño.

—¿Lo dices porque han entrado en la casa?

—No, lo digo porque unos sujetos han estado merodeando por la calle. No sé si son los mismos que nos asaltaron o quienes nos han robado los papeles.

—¡Cuéntamelo todo despacio, por favor!

Le explicó lo ocurrido y también que Ordeñana se había comprometido a informarla de lo que descubriera. Creía saber quién era el jefe de quienes les atacaron.

—¿Te ha dado alguna información?

—Hasta el momento no.

—¿Hace mucho que ocurrió todo eso?

—Más de dos semanas.

Jorge Juan se acariciaba el mentón, taciturno.

—Mis planes eran pasar estos días en Madrid de forma discreta. Aunque no tengo una prohibición expresa de estar en la Villa y Corte, a don Zenón no le hará gracia saber que he vuelto. Pero tengo que ver a Ordeñana. Si esa gente sigue intentando...

—No quiero que por mi culpa tengas problemas. Si acudes a Ordeñana, don Zenón sabrá que estás en Madrid. Me he enterado de que es su brazo derecho.

Me lo ha dicho la condesa de Lemos, que está al tanto de lo que nos ha ocurrido. No podía ocultárselo. Después de todo lo que ha hecho por mi madre y por mí...

—¿Sabe Ordeñana que han robado los papeles de tu padre?

—No.

Jorge Juan tomó las manos de Claudia.

—Debo ver a Ordeñana, amor mío. Mañana iré a verlo. No regresaría tranquilo a Cádiz si no hablara con él.

—¿Cuándo regresas?

—Cuando pase la Epifanía.

Jorge Juan pensó en la peligrosa misión que le aguardaba en Londres. Pensó en mantener el secreto, pero no podía ocultarle a la mujer a la que había declarado su amor que no era Cádiz su destino. Dudaba si decirle que Cádiz sólo era una etapa para su viaje a Londres donde tenía que cumplir una misión que tal vez... La cogió de las manos, la miró a los ojos y las dudas desaparecieron. Ella no había vacilado en hacerlo partícipe de sus más íntimas inquietudes y él no debía iniciar una arriesgada misión que podía costarle la vida, sin decírselo.

—¿Te pasa algo? —Claudia lo miraba inquieta. Temió, por un momento, que fuera a decirle que se olvidara de su declaración de amor.

—No creo que incumpla mis obligaciones si te revelo... si te revelo cuál es mi misión. Si eres la mujer de mi vida tienes derecho a saberlo.

—¿Qué he de saber?

—Voy a Cádiz, pero ese no es mi destino. Desde allí viajaré hasta Londres donde mi misión es obtener información sobre construcción de barcos.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque es una misión secreta. Voy a espiar a los ingleses.

Claudia palideció. Soltó una de sus manos y se llevó la punta de los dedos a la boca y ahogó una exclamación de miedo. Jorge Juan la envolvió en sus brazos. Así permanecieron unos minutos, abrazados y en silencio.

Luego Jorge Juan le explicó lo que Ensenada le había pedido.

Las misas del Gallo que se celebraban en las iglesias al filo de la medianoche dieron ocasión a que hombres y mujeres concurrieran a los templos a una hora tan poco común. Jorge Juan acompañó a Claudia a San Pedro el Real. Oyeron algunos villancicos en el cancel del templo que entonaban los mismos jóvenes que la víspera había visto Jorge Juan en la plaza de la Cebada. La mañana de Navidad, Madrid apareció cubierta de nieve.

Ordeñana vivía en una casa de la calle de La Cruz, cercana a la plazuela del Ángel. Hacia allí se dirigía Jorge Juan en busca de información. Tiró de la cadenilla que hacía sonar una campanita y una doncella acudió a abrirle.

Después de haberlo inspeccionado y concluir que el caballero debía de ser, efectivamente, amigo de su señor, preguntó:

—¿A quién debo anunciar?

—Al capitán de navío, don Jorge Juan y Santacilia.

Se hizo cargo de su capa y su bicornio y lo condujo hasta una salita de recibir. Allí aguardó un buen rato, si bien no fue una espera tediosa porque se entretuvo observando con detenimiento los dos lienzos que colgaban de las paredes. Uno representaba la victoria de la *Valeur*, una fragata mandada por Blas de Lezo, sobre el navío inglés *Stanhope*, cuya potencia de fuego duplicaba la del barco mandado por el marino español. Aquel combate se estudiaba en la Academia como ejemplo de una lucha desigual resuelta favorablemente por el arrojo y la pericia de quien estaba en inferioridad de condiciones. El otro estaba dedicado al fracaso de la armada mandada por Isabel I de Inglaterra contra las costas peninsulares al año siguiente de la expedición de la Gran Armada de Felipe II, a la que los ingleses habían bautizado, jocosamente, con el nombre de Armada Invencible. El desastre de los ingleses no fue menor que el de los españoles, aunque era mucho menos conocido.

Después de haberse deleitado con las pinturas, ambas de regular factura, pero muy apropiadas para la casa de un marino, no dejó de pensar en la tendencia de muchos españoles a magnificar los momentos duros del pasado, como eran las derrotas sufridas en el campo de batalla, las crisis políticas o las situaciones económicas difíciles, a diferencia de lo que ocurría en otros países. Había compartido muchos momentos con marineros franceses durante los años pasados en las Indias y jamás había oído salir de su boca una palabra que pusiera en duda la grandeza de Francia; al contrario, ensalzaban, hasta niveles que rozaban lo ridículo, las hazañas de sus héroes nacionales, a los que no se cansaban de tributarles su admiración. Otro tanto ocurría con los ingleses, que rendían culto a sus héroes, mientras en España se les olvidaba, cuando no se vilipendiaba su memoria.

—¡Jorge, bendito sea Dios! —exclamó Ordeñana abrazándolo—. ¡Eres la última persona que esperaba encontrarme! ¿Puede saberse qué haces en Madrid?

—Digamos que... asuntos particulares.

Su amigo le dedicó una mirada pícara.

—¿Esos asuntos tienen que ver con una mujer?

—Claudia Osorio. He venido desde Cádiz para pasar estos días junto a ella.

—¡Hombre! La cosa, entonces, está más madura de lo que había imaginado.

—Me he comprometido con ella.

—¡Enhorabuena, Jorge! —exclamó, palmeando la espalda de su amigo—. Es una mujer inteligente y sobre su belleza qué voy a decirte.

—Gracias.

—Te comprendo y sé que las cosas del corazón saltan por encima de la razón, pero he de decirte que no me parece que hayas tomado la decisión más acertada. Don Zenón te hace en Cádiz presto a embarcar. Cuando sepa que estás en Madrid...

—Como sé que tu obligación es decírselo, infórmale de que todo está previsto. He elegido a mis colaboradores y han aceptado. Son dos jóvenes que acaban de completar su formación como guardiamarinas y hablan perfectamente inglés. Pero el barco que nos llevará a Londres no zarpará hasta muy avanzado el mes de enero. Podríamos haber embarcado en un buque francés, que zarpa después de Reyes, pero hace escala en La Coruña y nos dejaría en algún puerto de la costa normanda. Tendríamos que cruzar el canal de la Mancha. Al final no llegaríamos antes que embarcando en esa fragata inglesa. Se llama *The First August*.

—Está bien. Ahora dime qué quieres. Supongo que tu visita no es contarme que te has puesto en relaciones con Claudia Osorio.

—Conocer lo que sepas de quienes andan tras ella. Me ha contado lo ocurrido. Sé que merodean su casa unos desconocidos que podían ser los mismos que nos atacaron y estoy muy preocupado. ¿Tus hombres han averiguado algo? Además, debes saber que alguien ha entrado en su casa y robado los papeles de su padre.

—¿Estás refiriéndote a papeles de don Baltasar Osorio?

—Exactamente.

Invitó a su amigo a tomar asiento y tomando una caja de cuero repujado, le ofreció un cigarro que Jorge Juan rechazó.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un chocolate? ¿Un cordial? ¿Una infusión de hierbas tonificantes?

—No, gracias, lo que quiero es que me cuentes lo que sepas.

Ordeñana encendió un cigarro y dijo, tras expulsar la primera bocanada de humo:

—No tengo todos los datos, pero lo que sabemos apunta a que, como tú sospechabas, no os asaltaron para robaros. Es posible que el Santo Oficio ande de por medio.

—¿El Santo Oficio interviniendo en un intento de atraco? ¡No puedo creerlo! —Jorge Juan recordó lo que Claudia le había dicho del padre Noriega. Ese sujeto era capaz de... Pero no era posible. Si la hubiera denunciado, el Santo Oficio habría procedido como era habitual—. ¿Cómo se te ocurre pensar que la Inquisición tiene algo que ver con todo esto?

—Lo he mencionado sólo como una posibilidad. Cuando me pediste

protección para Claudia, me diste un nombre: Secundino. ¿Lo recuerdas?

—¡Cómo voy a olvidarme! Ese fue el nombre que pronunció el tipo que murió en las Gradass de San Felipe. Lo maldijo antes de morir.

—Ese Secundino es una especie de portero del Santo Oficio, aunque sus funciones no son las propias de un portero. En realidad, no sé muy bien qué papel desempeña en la Suprema. Pero puedo asegurarte que ese sujeto tiene mucho más poder del que se puede pensar a primera vista. Lleva ahí muchos años y conoce a fondo todos los recovecos de la Inquisición y allí todo el mundo le debe favores. Por otro lado, hemos averiguado que es un malandrín que se relaciona con gentes de mal vivir y peligrosos delincuentes.

—¿Por qué no ha sido detenido? Si tiene tratos con delincuentes...

—No seas ingenuo, Jorge. Estamos hablando de la Inquisición y aunque el tribunal no es lo que fue en otro tiempo, sigue siendo muy poderoso. —Jorge Juan recordó las dificultades que había tenido con el Santo Oficio a cuenta de la publicación de sus *Observaciones*—. Además, ese tal Secundino ha recibido alguna orden menor y eso le permite acogerse al fuero eclesiástico.

—¿Ese Secundino es quien está detrás del ataque a Claudia?

—En cierto modo, sí. Pero parece que su papel es el de una especie de intermediario de alguien que permanece en el anonimato. Puso a ese personaje, cuya identidad desconocemos, en contacto con los malhechores que os atacaron. Se trata de una banda capitaneada por un tal Benigno. Son delincuentes de poca monta que se dedican a amenazar morosos por cuenta de otros, a cobrar deudas por procedimientos poco ortodoxos, a escarmentar por cuenta de maridos ultrajados que no se atreven a plantar cara a quienes los deshonoran y otras menudencias por el estilo. En esta ocasión han ido mucho más lejos porque su pretensión era raptar a Claudia.

—¿Estás seguro de eso?

—Está confirmado. El tal Benigno se lo ha confesado a uno de mis hombres.

—¿Podría hablar con ese sujeto?

—No será fácil. Ante la imposibilidad de acercarnos a Secundino hemos intentado hablar con él de nuevo, pero parece habérselo tragado la tierra. Además, no creo que pudieras sacarle mucho más de lo que contó a mi hombre. En mi opinión la clave de todo esto está en Claudia.

—No te entiendo.

—Si han querido raptarla, ha de haber una razón. En principio, se me ocurren dos. Una que alguien la haya pretendido, ella se haya negado y... bueno, ya me entiendes.

—¿La otra?

—Raptarla por alguna venganza. Baltasar Osorio era un agente de Ensenada.

—¿Podría estar relacionado con el robo de los papeles del padre de Claudia?

Ordeñana se encogió de hombros.

—No lo sé. Les ha resultado fácil entrar en la casa y apoderarse de ellos. ¿Tenían que arriesgarse a un rapto por eso?

—No lo sé. Estamos tratando de localizar a ese Secundino para que suelte la lengua. Sabemos que frecuenta la mancebía de la Tía Belica. Pero han debido advertirle, quizás el propio Benigno. Desde entonces no ha salido del edificio de la Inquisición y si lo ha hecho, ha sido en uno de los carruajes del Santo Oficio. Por ahora es inaccesible. Eso es todo lo que sabemos. Mantendremos la vigilancia sobre Claudia y si se produjera alguna novedad, te enviaría razón inmediatamente. No puedo hacer más.

—Gracias, Agustín. Estás haciendo todo lo que está en tu mano. Muchas gracias.

—Es lo menos que puedo hacer por un amigo.

Ordeñana se puso en pie dando por terminada la visita.

—Procura que don Zenón no se irrite demasiado cuando sepa que estoy en Madrid. Si he regresado es porque todo está dispuesto para partir hacia Londres. Vendré a despedirme, si antes no me avisas con alguna novedad.

Ordeñana llamó a la doncella que trajo al punto la capa y el bicornio. Se abrazaron y, cuando iba a marcharse, Jorge Juan recordó que era Navidad.

—Ni siquiera te he felicitado por las Pascuas. Muchas felicidades para ti y tu familia.

—También yo te deseo felicidad, junto a los tuyos y... enhorabuena por tu compromiso. Habla con Claudia, quizá recuerde algo que nos arroje un poco de luz.

Cuando Jorge Juan puso el pie en la calle se embozó la capa en un intento de combatir el frío. La visita a Ordeñana no había dado el resultado que esperaba. Pero lo tranquilizaba saber que sus hombres seguirían dispensando protección a Claudia.

A los enamorados, como siempre ocurre, se les fue el tiempo de las manos mucho más deprisa de lo que ellos habrían deseado. Terminó el año y pasaron los días que conducían a la fiesta de la Epifanía. Aquellas jornadas sirvieron para consolidar la relación entre Claudia y Jorge Juan, quien abandonaba Madrid sin que don Zenón de Somodevilla hubiera dado muestras de su disgusto. Tampoco había tenido noticias de Ordeñana, a quien la víspera de su marcha para Cádiz visitó en el despacho que este tenía en un caserón de la calle de San Joaquín, cerca de los Afligidos. Allí trabajaba en los asuntos que le encomendaba Ensenada y no tenían relación con sus funciones como consejero de Hacienda. Su amigo le informó de que habían progresado poco en sus pesquisas. Al tal Secundino, como a Benigno, parecía habérselos tragado la tierra.

—Mis hombres han hecho algunas averiguaciones en la mancebía de la Tía Belica. Ese Secundino solía visitarla un par de veces por semana. Está engolfado con una tal Leonor, pero cuando han interrogado a la moza les ha dicho que llevaba tiempo sin verle el pelo. Eso encaja con el encierro que mantiene tras las paredes del Santo Oficio y que para nosotros suponen una muralla infranqueable. Parece ser que la ramera estaba muy nerviosa. Pero no sabían si era debido al interrogatorio a que la sometieron o a que estaba mintiendo y les ocultaba algo. En fin... la verdad es que apenas hemos avanzado.

—Por lo que veo, mientras no lleguemos hasta ese sujeto, no tendremos posibilidades de saber quién está detrás de este embrollo.

—Esa es también mi opinión. ¿Hablaste con Claudia de todo esto?

—Sí, sobre lo que está pasando y sobre los últimos días de la vida de su padre. Pero nada de lo que me ha contado me ha parecido que pueda servir en este caso.

—Me habría gustado que todo estuviera resuelto antes de tu partida, pero quédate tranquilo. No dejaremos de estar pendientes de ella. Aunque... — Ordeñana arrugó la frente como si algo lo hubiera contrariado.

—¿Algún problema?

—El trabajo de los hombres que he destinado a su protección es muy importante. Son los que obtienen información de lo que ocurre en Madrid. Andan por mesones, tabernas y botillerías. Están al tanto de todo lo que se comenta y entre mucha basura aparece alguna perla. Como bien sabes, la Villa y Corte es un hervidero y cuando llegue a Madrid el embajador inglés la cosa se pondrá mucho más entretenida. Ahora se están cociendo cosas y tener

información, que surge donde menos te esperas, vale más que el oro. Don Zenón está muy preocupado con ciertas negociaciones con los portugueses y necesita conocer todo lo que está relacionado con ese asunto...

—¿Qué tiene eso que ver con mantener la vigilancia sobre Claudia?

—Don Zenón está convencido de que cuando llegue a Madrid el embajador inglés esas negociaciones van a convertirse en el principal asunto de nuestra política y querrá estar al tanto de todo.

—Pero ¿qué relación guarda la llegada del embajador inglés con la protección a Claudia?

Ordeñana en lugar de responderle sacó un fajo de cigarros del cajón de su mesa.

—¿Te apetece fumar? Son de una calidad excelente.

Jorge Juan, que se había aficionado al tabaco en sus años al otro lado del Atlántico, fumaba ahora muy de tarde en tarde. Sin embargo, le apeteció uno de aquellos cigarros, gruesos y cortos.

—Fumemos. —Cogió uno de ellos, pese a que no quería prolongar su visita porque su mayor deseo era estar junto a Claudia todo el tiempo posible, consciente de que tardaría muchos meses en volver a verla. Pero necesitaba asegurarse de que Claudia seguiría contando con la protección que le dispensaban los hombres de su amigo. Después de un verdadero ritual para encender los habanos, Ordeñana comentó:

—Si te cuento esto es porque, si don Zenón te ha encomendado esa misión en Londres, significa que tiene plena confianza en ti. No necesito explicarte que lo que voy a decirte es confidencial. —Jorge Juan asintió, expulsando el humo por la nariz y la boca—. Se está librando una durísima batalla en las alturas de la corte que va mucho más de allá de las luchas que son habituales entre don Zenón y quienes gozamos de su confianza con los partidarios en la corte de don José de Carvajal. Como sabes, las relaciones entre la nueva reina y don Zenón no son buenas. Doña Bárbara no le perdona el contacto que mantiene con la anterior reina.

—¿Isabel de Farnesio y Ensenada siguen manteniendo contacto epistolar?

—No sólo contacto epistolar, don Zenón acude de vez en cuando a La Granja de San Ildefonso y se ve con la viuda de Felipe V. La Portuguesa lo sabe, pero no puede impedirlo. A ello añádele que el rechazo de don Zenón a los ingleses no es del gusto de la reina. Sabes que Portugal e Inglaterra han mantenido siempre excelentes relaciones. Los primeros porque tienen así un aliado poderoso para, llegado el caso, poder enfrentarse a nosotros, a quienes nos consideran una amenaza. No se les olvida que pertenecieron a la monarquía y se les gobernó desde Madrid durante sesenta años. La prueba la tienes en que

cuando se sublevaron en tiempos de Felipe IV y nombraron rey al duque de Braganza, sostuvieron que aquello era una restauración de su verdadera dinastía, lo que significaba que los monarcas españoles eran unos usurpadores. Por su parte, los ingleses se benefician de las facilidades comerciales que los portugueses permiten en sus colonias. Pueden colocar sus productos en Brasil y en Oriente. Sin embargo, eso no es suficiente para los mercaderes de Londres, que buscan la forma de introducir sus mercancías en nuestros dominios. Por eso don Zenón está convencido de que antes o después se desatará la guerra contra los ingleses. Esa es la clave para entender que esté obsesionado con reorganizar nuestra marina y devolver la potencialidad a nuestra armada. Sabe que sólo siendo una potencia marítima tenemos posibilidades de defendernos de las agresiones inglesas y evitar en lo posible que sigan metiendo de matute mercancías en las Indias. —Jorge Juan sabía muy bien de lo que le estaba hablando su amigo, aunque ignoraba que las tensiones en la corte fueran tan fuertes—. Lo que se está negociando es un intercambio de territorios entre Portugal y España. Quieren establecerse nuevos límites entre las colonias portuguesas y nuestros territorios en la margen izquierda del río de la Plata. Es un mal negocio para nuestros intereses, y los que salen claramente beneficiados son los portugueses, algo que no parece preocupar a la reina, más bien al contrario. Doña Bárbara no olvida que es una Braganza.

—¿Me estás diciendo que entregaríamos a Portugal las tierras de la margen izquierda del estuario del Plata?

—A cambio de algunos territorios situados más al norte y de modificar la frontera de Brasil. Los portugueses nos entregarían la colonia de Sacramento que está en litigio desde hace más de medio siglo, pero se quedarían con las llamadas Misiones situadas al este del río Uruguay, donde los jesuitas han realizado una gran labor de protección a los indígenas, organizando un sistema de reducciones que es muy beneficioso para los nativos. En fin, amigo mío, un gran problema.

—¿Eso significa que dejaríamos de controlar las aguas del Plata?

—Su curso serían aguas compartidas con Portugal.

—Eso permitiría a los barcos ingleses navegar sin problemas por ellas y abrirles de par en par las puertas para introducir sus mercancías sin dificultad en nuestros dominios.

—Lo has resumido en muy pocas palabras. Los principales beneficiarios de ese acuerdo serían los ingleses. ¿Entiendes por qué la presencia del embajador inglés en Madrid supondrá un problema más para don Zenón? El marqués lo conoce demasiado bien y sabe que engatusará a la reina. El hecho de que Sus Majestades no tengan hijos que les sucedan en el trono hace que doña Bárbara vele más por los intereses de su familia portuguesa que por los que está obligada

como reina nuestra. Sabe que el próximo rey será uno de los hijos de la Parmesana. Algo que lleva muy mal. Si la batalla ahora es dura, cuando Keene esté en Madrid será mucho peor. Su excelencia querrá tenerlo bajo vigilancia de forma continua y necesitaré a todos mis hombres dedicados a ese asunto. Pero tranquilo, el inglés no llegará, según las noticias que tenemos, hasta pasadas cuatro o cinco semanas. Esperemos dejar antes resuelto lo de Claudia.

Ordeñana dio varias chupadas a su cigarro para avivarlo porque estaba a punto de apagársele. Había dejado de fumar con la larga explicación dada a Jorge Juan.

—Sé qué harás todo lo que esté en tu mano, como también sé que lo primero es atender esas necesidades.

—Esperemos echarle el guante a ese Secundino. Algún día tendrá que salir de la sede del Santo Oficio, que ese malandrín está utilizando como si fuera una guarida para...

Unos golpecitos en la puerta, suaves, casi temerosos, hicieron que Ordeñana no terminara.

—¿Sí?

La puerta se abrió y asomó la cabeza de su secretario.

—Disculpadme, señor, pero Agapito está aquí. Tiene que decirnos algo muy urgente.

—¡Dile que pase!

El agente debió oírlo porque no esperó a que le diesen autorización.

—Espero que eso que tienes que decirme sea tan urgente como para interrumpir.

—Lo es, señor.

—Habla.

Agapito miró a Jorge Juan.

—¿Está relacionado con la vigilancia de doña Claudia Osorio?

—En cierto modo sí, señor.

—Entonces, habla.

—Ese Secundino es un bribón. Nos ha estado burlando todo este tiempo.

Ordeñana y Jorge Juan se miraron.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha estado entrando y saliendo cada vez que le ha dado la gana del edificio del Santo Oficio.

—¿¡Qué me estás diciendo!?

—Lo que oís, señor.

—¡Explícate!

—El muy truhan ha burlado nuestra vigilancia utilizando una salida secreta

que el Santo Oficio tiene en la calle de la Flor. Supongo que a través de algún sótano o túnel que cruza las casas de la manzana. Esa salida está a pocos pasos de la calle de San Bernardo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque uno de mis hombres estaba en la mancebía de la Tía Belica y ya se marchaba cuando entró un individuo al que la alcahueta recibió con muchas zalemas y grandes muestras de alegría. La alcahueta lo llamó don Secundino y aquello lo alertó. Se hizo el remolón hasta que supo que el tal Secundino preguntaba por Leonor. Ató cabos y esperó en la calle cerca de una hora, hasta que don Secundino —lo dijo con retintín— salió de la mancebía. Lo siguió y lo vio entrar en una casa de la calle de la Flor.

—¿Estás seguro de que ese Secundino es al que le seguimos la pista?

—Hay poco margen para la duda, señor. Hemos averiguado que en esa casa no vive nadie y que la gente no ha querido hablar cuando se le ha preguntado por ella. Al final hemos averiguado que se trata de una salida oculta de la Inquisición. Está claro, señor. Un tipo que se llama Secundino, va a casa de la Tía Belica, pregunta por Leonor, entra y sale de tapadillo de la Inquisición por esa casa... ¡Todo coincide, señor!

—Supongo que tus hombres están ya vigilando esa casa.

—Desde luego, señor. Ahora que lo tenemos localizado, sólo hay que armarse de paciencia y esperar a que el pajarillo salga de la jaula. No sé si sólo sale para aliviarse con Leonor o ha estado saliendo para otros asuntos. Por lo visto va a la mancebía un par de veces por semana. La Tía Belica y Leonor nos mintieron. No he tomado medidas para no levantar la liebre, pero cuando tengamos a ese sujeto, ya ajustaré cuentas con esas dos.

Jorge Juan no dejaba de dar chupadas a su cigarro.

—Buen trabajo, Agapito.

—Gracias, señor.

—Tenme al tanto de cualquier novedad.

—Como siempre, señor.

—Ahora retírate.

—Como mande vuesa merced. Pero antes de irme desearía instrucciones. ¿Le echamos el guante y lo obligamos a que cante? Con el Santo Oficio hay que andarse con tiento.

Ordeñana dio una chupada a su cigarro, como si con ello pretendiera ganar tiempo para darle una respuesta. Secundino estaba bajo el fuero eclesiástico y eso era un problema. No era una decisión fácil.

—Hacedlo, pero con mucha discreción. Cuando esté a buen recaudo, avísame. Seré yo quien lo interrogue. Hay que andarse con pies de plomo. Ese

tipo tiene buenas agarraderas y podríamos tener problemas graves. Lo único que deseamos saber es quién le hizo el encargo y por qué quiere secuestrar a doña Claudia Osorio.

Cuando Agapito salió del gabinete Jorge Juan apagó lo que quedaba de su cigarro aplastándolo en un cenicero.

—Lamento tener que marcharme mañana y no conocer el desenlace.

—Vete tranquilo. Si ese sujeto visita la mancebía dos veces por semana, disponemos de margen antes de que el embajador inglés esté en Madrid. En cualquier caso, si hubiera novedades muy pronto... ¿Cuándo dijiste que zarpa ese barco inglés de Cádiz?

—No lo sé con certeza, pero será muy avanzado el mes.

—Eso significa que disponemos de algún tiempo. Si tuviera algo que decirte en pocos días, te mandaré un correo a la Academia. Supongo que te alojas allí, ¿no?

—No. Cuando regrese me alojaré en Casa del Tío Pedro, en la calle Ancha. Es mucho más discreto.

Jorge Juan le anotó en un papel los datos del establecimiento.

—Esperaré tus noticias hasta el mismo día del embarque.

La fría mañana de enero en que Jorge Juan abandonaba Madrid —ignoraba por cuánto tiempo— era presa de sensaciones encontradas. Lamentaba, como no había llegado a imaginar, el separarse de Claudia, pero un militar tenía que cumplir la misión que se le había encomendado. Con ese cometido no había sido lo mejor enamorarse y comprometerse, pero no se mandaba en las cosas del corazón. Le resultó penoso marcharse de Madrid y más aún estando Claudia amenazada, pero al no tener asegurada la fecha de partida de la *The First August* tenía que ponerse en camino. No podía arriesgarse a que el barco zarpara sin estar a bordo con sus hombres.

Claudia conjugaba todo lo que podía desear. A su belleza había que añadir, algo poco común, una formación que le permitía sostener opiniones fundamentadas acerca de cuestiones que eran ignoradas por la inmensa mayoría de las mujeres. Era discreta. Sólo comentaba de aquello que tenía conocimiento y sorprendía en las reuniones su expresión «no tengo opinión sobre esa materia», frente a la costumbre, muy arraigada entre los españoles, de opinar e incluso juzgar sobre cualquier materia. En la intimidad hacía gala de una ternura que a un hombre curtido como Jorge Juan le parecía un néctar de los dioses. Sólo podía reprocharle sus reacciones inmediatas que podían resultar inconvenientes, pero eso significaba también sinceridad. Por otro lado, se sentía inquieto. Le preocupaba el robo de los papeles de su padre, y el haber entrado en su casa sin dificultad le hacía suponer que se trataba de gente capacitada y que no se arredraba fácilmente. Eso era una amenaza más grave aún que la de Benigno y sus compinches.

Los seis días que la diligencia tardó en salvar las casi ciento diez leguas que separaban Madrid de Cádiz se le hicieron eternos. Compartió viaje con una amplia variedad de gente. Desde una emperifollada damisela, a la que nada le venía bien y se quejaba por todo, hasta un pisaverde que hizo el trayecto hasta Aranjuez y sólo estuvo pendiente de su peluca, de los encajes de su pechera y puños, y de aleccionar al pasaje sobre la importancia de todo lo que llegaba de Francia. También compartió asiento con un clérigo aferrado a planteamientos cerriles en todo lo que se refería al conocimiento. Se llamaba don Nicodemo y rechazaba las novedades que tanto defendía el pisaverde. Lanzó duras diatribas, como si se encontrara encaramado al púlpito. También compartió etapas con gentes más sencillas. Un par de comerciantes que iban de Alcázar de San Juan a Córdoba para comprar guadamecés y otros trabajos en cuero, y con un labrador

que se aferraba a las tradiciones y rechazaba los cambios porque «las cosas eran como eran y así estaban dispuestas por Dios». Así mismo, compartió camino con un comerciante que se las daba de ilustrado, aunque su necedad resultaba palpable cada vez que abría la boca. En Córdoba se alojó otra vez en la posada del Potro.

Al día siguiente reemprendió la marcha con nuevos compañeros de ruta. Comprobó con satisfacción que uno de los viajeros ofrecía un perfil muy distinto a los demás. Parecía persona interesante por sus opiniones y conversación. Se llamaba don Hugo y era preceptor del vástago de una aristocrática familia sevillana. El trayecto a Sevilla fue como un oasis en medio de un páramo. Era versado en humanidades y capaz de sostener una conversación sobre otras materias. Pero lo que le llamó la atención fue su amplitud de mente. Discernía sobre lo que se hablaba, sin alharacas y con notable profundidad de razonamiento.

Para Jorge Juan sus compañeros de viaje eran las gentes que configuraban su patria. Pensaba que sería bueno que muchos de los contertulios que peroraban en los salones que proliferaban cada vez más en la Villa y Corte tuvieran constancia de aquello. El mundo real estaba muy lejos de los debates de la tertulia del Buen Gusto acerca de si era mejor el *Quijote* de Avellaneda o el de Cervantes, si los metros adecuados para la poesía eran endecasílabos u octavas reales o si había que abominar de costumbres que, estando muy arraigadas, se consideraban perniciosas y admitir como adecuadas y propias de hombres civilizados las novedades que llegaban de fuera.

En esta ocasión no descendió en una de las barcas que bajaban por el Guadalquivir hasta Sanlúcar, sino que siguió en la diligencia que recorría el Camino Real, lo que le llevó a hacer noche en Jerez de la Frontera, donde la elaboración de vinos se había convertido en la principal actividad de sus vecinos. En la ciudad había numerosas bodegas y muchos de sus caldos tenían como destino Londres. La *The First August* llevaría un centenar de pipas con vino de aquellas cepas que, reducidas a leños secos, nudosos y retorcidos, parecían ahora muertas.

Conforme se acercaba a Cádiz, además de pensar en Claudia, se planteaba cómo afrontar la misión que Ensenada le había confiado, pero tropezaba con un obstáculo insalvable. Sin saber todo lo que el ministro deseaba de él, no era posible. Necesitaba leer aquella carta que sólo podía abrir cuando llegase a Londres.

Cuando descendió de la diligencia, después de encargar a un mozo que se hiciera cargo de su equipaje, encaminó sus pasos hacia Casa del Tío Pedro, una acreditada hospedería en la calle Ancha, cercana a la plaza de San Antonio.

Caminó deprisa sosteniendo con fuerza su capa por culpa de un levante muy fuerte. Hacía menos frío que en Madrid, pero la humedad calaba los huesos, a lo que se añadía el vendaval que azotaba la ciudad. El hospedero lo recibió como suele hacerse con los clientes con aspecto de tener la bolsa repleta.

Poco después que él llegó el mozo con su equipaje y, una vez instalado, salió a la calle. El viento, que apenas había amainado, había traído una lluvia que caía a ráfagas y de la que resultaba inútil tratar de protegerse. Acudió a un mesón cercano a la Puerta de Tierra que era el lugar que había indicado a Solano y Mora para que se alojaran cuando regresasen a Cádiz después de pasar las fiestas con sus familiares. Cuando llegó estaba empapado, pese al poco viento y las mangas ajustadas del redingote con que había sustituido la capa.

Jorge Juan encontró allí a los guardiamarinas y compartió con ellos, en una mesa junto al fuego de la chimenea, unas jarrillas de vino y un gran plato de queso en aceite acompañado por aceitunas aliñadas con mucho tomillo. Supo que sus hombres estaban en Cádiz desde hacía dos días —Mora había venido de Granada y Solano de Extremadura— y estaban dispuestos para embarcar en cualquier momento. Los vio animosos de saber que iban a servir a su patria aunque desconocían su misión en Londres. Les bastaba la palabra de un hombre de tanto prestigio como Jorge Juan, quien en las aulas de la Academia era una de las referencias más importantes del alto nivel alcanzado por los oficiales de la armada.

—¿Habéis estudiado todo lo referente a la construcción naval? —les preguntó Jorge Juan después de interesarse por cómo habían pasado las fiestas y paladear el vino.

Ambos respondieron afirmativamente.

—Pedro conoce la obra de Gaztañeta como si él la hubiera escrito —señaló Solano—, puede recitaros párrafos enteros.

—¿Tú no?

Solano se ruborizó. En su deseo de ensalzar a su compañero se había puesto en evidencia. Mora respondió por él.

—Si yo puedo recitaros párrafos, él puede hacerlo con la obra entera. Su memoria es prodigiosa, señor.

—Eso está bien. Ahora —se dirigió a Mora—, dime tú, ¿qué hay a tu espalda?

El guardiamarina se quedó perplejo.

—No os entiendo, señor...

—Descríbeme lo que hay a tu espalda. ¿Cuántas mesas? ¿Cuántas sillas? ¿En qué posición se encuentran? ¿Cuántas están ocupadas? ¿Cuántas libres? ¿Qué hay colgado en las paredes?

Pedro de Mora iba a volverse, pero la voz de Jorge Juan lo detuvo.

—Sin mirar.

—No... no podría deciros.

Una sonrisa se insinuó en los labios de Jorge Juan.

—Primera lección, después del estudio del *Gaztañeta*. Deberéis grabar en vuestra mente todo lo que veáis en un lugar. Gente, objetos, medidas, posiciones... Cuantos más detalles, mejor.

—¿Podríais explicarnos por qué hemos de adiestrarnos en eso?

Jorge Juan fue poco explícito. Aún era pronto para desvelarles la misión.

—Será necesario para vuestro trabajo. Mientras estemos en Cádiz, iréis diariamente al puerto y os fijaréis en los barcos que están atracados. Memorizad sus características. Medidas de la manga y la eslora. Observad los baos de los costados, las cacholas, el bauprés, las formas de los focos o de los trinquetes... Quiero que lo memoricéis todo.

Solano y Mora se miraron sorprendidos. Antes de despedirse, Jorge Juan les indicó que lo tuvieran todo previsto como si la orden de partir fuera a dársela al día siguiente.

—Volveremos a vernos la víspera de la partida. Aprovechad el tiempo en ejercitaros en lo que os he indicado.

Cuando abandonó el mesón, con la ropa ya seca, había dejado de llover, pero el viento no había amainado; soplabá con fuerza y al enfilear algunas calles rugía como si fuera un animal herido.

Había sido una dura jornada. Apenas tuvo respiro. A media tarde Agapito le había hecho llegar un escueto mensaje con uno de sus hombres: «El pájaro está enjaulado en el camino de Chamberí.» Ordeñana no necesitaba más para saber dónde tenían detenido a Secundino. Pese a sus esfuerzos no salió del gabinete hasta las diez de la noche. Indicó a su cochero que tenía prisa y que se encaminase hacia el Prado de Recoletos para subir por la calle de Alcalá. A la altura de la parroquia de Santiago Apóstol tomó por Caballero de Gracia y luego giró a la izquierda para seguir por Hortaleza.

El cochero no dejaba de fustigar a las cabalgaduras, pero al entrar en Hortaleza, hubo de frenar a los animales y casi pararlos en seco haciendo chirriar los ejes del coche antes de llegar a la fuente que había frente a la calle de las Infantas. Ordeñana se sobresaltó y, asomándose por la ventanilla, preguntó enfadado:

—¿Puede saberse qué demonios ocurre?

—Lo siento, señor. Me temo que tendremos que aguardar unos minutos. — Ordeñana iba a decir algo, pero escuchó los sonos de una campanilla y cómo entonaban una coplilla que resultaba familiar a los noctámbulos—. Está pasando la Ronda del Pecado Mortal.

—¡Maldita sea! —masculló Ordeñana, que detestaba aquellas demostraciones de los guardianes de la moral. Le parecían irracionales. No comprendía las continuas manifestaciones de piedad que se ejercitaban en la calle sacando imágenes de santos a las que se tributaba un culto que rayaba en la idolatría. Aquellas expresiones de religiosidad popular eran, la mayor parte de las veces, un pretexto, so capa de devoción, para el exhibicionismo más descarado de ciertos individuos.

Ordeñana se exasperaba ante aquellas situaciones. Se retrepó en el asiento sin dejar de mirar por la ventanilla e increpó al cochero, que tenía que haber previsto la probabilidad de encontrarse con la Ronda del Pecado Mortal.

Los hermanos de la Santa y Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza y del Santo Celo en la Salvación de las Almas acababan de iniciar su ronda. La hermandad había sido fundada, años atrás, por Felipe V, siempre mojigato en cuestiones de moral, pese a sus desenfrenadas apetencias de sexo. Su finalidad era tratar de convencer a las mujeres que se ganaban el pan vendiendo su cuerpo de que abandonasen su vida disoluta. La comitiva se dirigía hacia la calle de San Onofre para recorrer las de la Ballesta, del Barco,

Pueblavieja, Valverde... zona de numerosos lupanares.

En medio del silencio se oía el murmullo de unas salmodias y el tintineo de la campana que marcaba el paso de la comitiva. En cabeza, dos hermanos portaban unos fanales y tras ellos formaban los demás cofrades. Vestían sayales de basto paño negro y en sus manos un rosario de grandes cuentas de madera. Los acompañaban dos sacristanes con sotana y roquete.

Un pitido estridente hizo detenerse la comitiva y uno de los sacristanes entonó unas letrillas, malamente compuestas:

*Alma que estás en pecado,  
si esta noche murieras,  
piensa bien adónde fueras.  
Los cofrades respondían a coro:  
—Perdónanos, Señor.  
Para los cuerpos que pecan  
en tactos y viles gustos  
hay los eternos disgustos.  
—Perdónanos, Señor.  
Mujer mundana, si tienes  
los pies en la sepultura,  
¿qué pretende tu locura?  
—Perdónanos, Señor.*

Era la forma con la que buscaban que rameras y coimas abandonasen la vida que llevaban y quienes las visitaban dejasen de hacerlo. A las mujeres que abandonaban la prostitución o dejaban de estar amancebadas se las alojaba en el monasterio de Santa María Magdalena, conocido popularmente como el de «las recogidas».

Nuevamente se oyó el estridente pitido y, al son de la campanilla, la comitiva reanudó su marcha. Apenas se perdieron los últimos cofrades, el cochero arreó los animales y reemprendieron la marcha. Cruzaron la puerta de Santa Bárbara y llegaron a un caserón oculto tras un tupido seto. Apenas se detuvo el carruaje, Ordeñana bajó sin esperar a que el cochero le rindiera el estribo y se acercó hasta la puerta de la casa donde por una ventana salía un tenue resplandor. Dio tres golpes seguidos y uno más espaciado. Era una contraseña. Poco después oía descorrer el cerrojo.

—Buenas noches, señor. —Quien le abrió se alumbraba con un candil de tres picos.

—Buenas noches. ¿Dónde está Agapito?

—En la sala de atrás, señor.

—Alúmbrame.

El hombre cerró, echó el cerrojo y lo condujo hasta Agapito, que se calentaba ante una chimenea donde crepitaba un buen fuego. Se levantó al ver entrar a su jefe.

—Ya no os esperaba esta noche.

—Me he retrasado más de lo previsto. ¿Dónde está ese pájaro?

—En el sótano, señor.

—¿Quién está con él?

—Campuzano y el Loco.

—¿Ha dicho algo?

—Ni mú. Salvo amenazarnos con lo que nos va a ocurrir.

—¿Le ha visto la cara a alguno?

—A ninguno, señor. Todos llevan el rostro cubierto.

—Cuéntame, ¿cómo le habéis echado el guante?

—Ha sido cuestión de paciencia. Una vez que supimos lo de la entrada por la calle de la Flor, monté un servicio de vigilancia que acabó por dar resultado. Hemos necesitado veintiséis días. ¡Tres semanas y cinco días, señor!

—¿No me dijiste que la fulana que visitaba te dijo que iba por allí un par de veces por semana?

—Eso me dijo.

—¿Todos esos días ha estado sin salir?

—Al menos no ha salido por esa puerta. ¡Hemos vigilado con frío, con lluvia y hasta con nieve!

—No te quejes. Ese es vuestro trabajo.

—No me quejo, señor. Lo digo únicamente para que vuesa merced se haga una idea del esfuerzo que han hecho los hombres. —Agapito le estaba pidiendo una remuneración extraordinaria.

—No exageres. Prosigue.

—Hoy, cuando vigilaban el Loco y Campuzano, lo vieron salir y lo siguieron discretamente. Ese Secundino andaba escamado y miraba para atrás a cada instante. ¡Menos mal que esos dos tienen experiencia! Cuando comprobaron que entraba en la casa de la Tía Belica, el Loco vino a avisarme, mientras Campuzano se quedaba vigilando. Mediada la tarde salió del prostíbulo y esperamos a tenerlo a pocos pasos del carruaje para meterlo en él y allí le hicimos respirar un narcótico. En menos que tarda en contarse se quedó dormido. Ordené a Campuzano que os dijera que el pájaro estaba en la jaula. Yo no quería apartarme de él.

—Bien, vamos a ver a ese Secundino. Acompáñame.

—¡Un momento, señor! —Agapito se acercó a una mesa y cogió unas capuchas—. Tomad, ponéosla.

Agapito se colocó otra y tomando una vela, siguió a Ordeñana, que ya bajaba hacia el sótano. Encontró a Secundino amordazado, atado de pies y manos, en un sillón frailuno. El Loco y Campuzano, que mataban el tiempo jugando a los naipes a la luz de un candil, recogieron rápidamente la baraja y se pusieron en pie. Su actitud alertó a Secundino, que pudo distinguir la calidad de las ropas de uno de los visitantes y la actitud respetuosa que adoptaban sus carceleros. Ordeñana se acercó y estuvo un rato mirándolo sin decir palabra. El truhan le sostuvo la mirada, como si tratase de penetrar en la arpillera que ocultaba el rostro del consejero de Hacienda. A un gesto de Ordeñana, Agapito le quitó la mordaza y Secundino aspiró el aire que ahora podía llegar con más facilidad a sus pulmones. Luego escupió a los pies de Ordeñana y le lanzó una sarta de amenazas.

—¡Os las tendréis que ver con el Santo Oficio!

—¿Eso es un augurio o una amenaza?

—Tomáoslo a chacota, pero esto os va a costar muy caro.

—No estáis en condiciones de amenazar y dudo mucho de vuestras dotes de adivino. Quizá no salgáis con vida de aquí, salvo que respondáis satisfactoriamente a las preguntas que voy a haceros.

Secundino comprobó que, a diferencia de los otros, se dirigía a él con más consideración.

—¿Quién sois vos para interrogarme?

—Soy yo quien hace las preguntas y vos quien responde.

Desde que recuperó la consciencia y se encontró atado a aquel sillón había tenido tiempo de reflexionar. Había especulado con quiénes podían ser sus captores y concluyó que tendrían algo que ver con las advertencias de peligro que le hizo Benigno y le habían llevado a tomar precauciones. Aunque no descartó, viendo al Loco y a Campuzano darle al naipe, que buscaran un buen puñado de monedas. Pero la presencia de aquel sujeto le despejó las dudas: se trataba de los mismos a los que Benigno se había referido. Era gente relacionada con el fracasado intento de secuestrar a Claudia Osorio. Ahora lamentaba haberlo dejado que se marchase sin obligarlo a decirle quiénes estaban tras sus pasos. Lo único que Benigno le había dicho, antes de que pusiera pies en polvorosa, era que se trataba de gente importante y que él y sus hombres se quitaban de en medio por una temporada. Se preguntó si aquel sujeto sería el caballero que acompañaba a Claudia Osorio y había echado por alto el plan. Si salía con vida de aquel trance, ya buscaría la forma de enterarse de quién era y

de buscarle las vueltas. Pero ahora su principal problema era lo que podía sucederle, aunque si todos ocultaban el rostro significaba que deseaban no ser reconocidos. La conclusión era que podía salir vivo de allí.

Ordeñana buscó intimidarlo prolongando su silencio. Luego susurró unas palabras al oído de Agapito que hizo un gesto al Loco y a Campuzano para que abandonasen el sótano. Acercó la mesa donde sus hombres jugaban a las cartas al sillón en el que estaba atado Secundino y derramó la cera líquida de la vela en su mano inmovilizada, arrancándole un grito de dolor. Antes de marcharse, Agapito le susurró al oído:

—Si lo irritas, no imaginas lo que puede hacerte. No te fíes porque te trate como a un caballero. Lo hace porque así disfruta más cuando luego tortura a sus víctimas.

Secundino, al quedarse solo a merced de aquel encapuchado, sintió un escalofrío por la espalda y un temblor que no podía controlar se apoderó de sus piernas.

—Si en lugar de derramarte la cera, te aplico la llama, el dolor será mayor y no puedes imaginar el tormento que supone acercarte la llama a los ojos. —La voz de Ordeñana se había tornado amenazante, pero cambió de registro cuando añadió—: Sin embargo, te ahorrarás ese sufrimiento si respondes a lo que te pregunte.

La resistencia que un minuto antes estaba a dispuesto a ofrecer se había desmoronado. Estaba asustado. El sudor perlaba su frente, pese al frío que hacía en el sótano.

—¿Qué... qué deseáis saber?

—Primero explicadme, ¿qué hace un ministro del Santo Oficio mezclado con una gente tan poco recomendable como Benigno?

—Tengo... tengo amigos en todas partes —balbució con un hilo de voz.

—Eso está bien, pero no he dejado de preguntármelo desde que supe que estabais conchabado con esos malandrines. Aunque luego... cuando he conocido algunas de vuestras aficiones, me ha resultado menos extraño.

—Lo que yo haga no es asunto vuestro. —La excusa apenas era una vocecilla apagada.

Ordeñana no pudo evitar una sonrisa bajo la máscara. Aquel sujeto era un pobre diablo. Todo estaba siendo mucho más fácil de lo que Agapito y él habían pensado. El sudor de su frente delataba que estaba aterrorizado. Decidió ir directamente al grano.

—Tenéis razón. El hecho de que visitéis la casa de la Tía Belica no me incumbe, pero sí que tratéis de raptar a doña Claudia Osorio. ¿Ha sido vuestra lujuria lo que os llevó a contratar a esa banda de malandrines que capitanea

Benigno?

Secundino lo miraba con ojos desencajados.

—¡No, no! ¡Se equivoca vuesa merced!

—Ilustradme, entonces.

—Mi papel en ese asunto ha sido... ha sido el de un intermediario.

—No me hagáis reír.

—¿No me creéis?

—En absoluto. ¿Quién iba a encargarnos raptar a esa dama pudiendo dirigirse directamente a Benigno o a otros muchos de su ralea? Ha sido el desenfreno de vuestra carne lo que os llevó a intentar raptarla. Doña Claudia es una mujer muy bella.

—¡Preguntadle a Benigno! ¡Él podrá explicaros el papel que he jugado en este asunto! —Suplicó con el sudor corriéndole ya por la frente.

—No tengo por qué preguntar a ese sujeto.

Secundino se pasó la lengua por los labios. Los tenía resecos.

—¿Deseáis conocer la identidad de quién estaba detrás de este asunto?

—Eso daría credibilidad a vuestras palabras. También quiero saber qué se pretendía con el rapto. ¿Violarla? ¿Pedir un rescate?

Secundino calibró la situación. Si no le daba respuesta, podía hacerle cualquier cosa, incluso matarlo.

—¿Qué me ofrece vuesa merced a cambio?

—Dejarte en libertad.

—¿Yo os doy esa información y me dejáis libre?

—Ese es el trato.

—¿Qué garantías tengo de que vuesa merced me dejará libre?

—Mi palabra.

—¡No es suficiente! —Secundino volvió a pasarse la lengua por los labios. Se tomó un tiempo para responder. Aquel sujeto tenía las trazas de un caballero. Pero había muchos que sólo tenían trazas. Había mucho impostor. En Madrid se contaban por cientos quienes aparentaban ser lo que no eran. Era algo que se había convertido en una diversión. Meditó un momento y supo que no estaba en situación de poner condiciones. No le quedaba más remedio que fiarse de aquel individuo. Sin embargo, hizo un último intento por asegurarse que no lo mataría después de hablar—. La información que deseáis sólo la tendréis cuando esté libre.

Ordeñana guardó silencio, como si calibrase la propuesta.

—¿Cómo, entonces, sabré que me la daréis? No sois persona que inspire confianza.

—Ese es el riesgo que asumís.

—Os equivocáis. Ese riesgo lo corréis vos. ¿Estáis en situación de imponer condiciones?

—En caso de que decidiera no satisfacer vuestra curiosidad, ¿qué ocurriría?

—Ya os lo he dicho. —Miró la vela—. La llama es mucho más dolorosa. Os aseguro que aullaríais de dolor. Pero ¿qué ganaría eliminándoos? ¿No os habéis preguntado por qué llevamos el rostro oculto?

Secundino entrecerró los ojos y se pasó la lengua por los labios una vez más. Los notó salados; habría dado cualquier cosa por una buena jarrilla de vino. Rumió las palabras del desconocido, que coincidían con lo que él había pensado. Podía ser una trampa, pero si hubieran decidido matarlo, no les habría importado mostrar el rostro. Decidió aceptar y se juró a sí mismo que, si algún día lograba conocer quiénes eran, les haría pagar con creces lo que estaban haciéndole pasar. No le resultaría difícil. Sólo tenía que echarle el guante a Benigno cuando aquel bellaco se dejara ver de nuevo por Madrid.

—Está bien, confiaré en vuesa merced. Preguntad y yo os responderé.

Secundino sabía cómo eran los interrogatorios en el Santo Oficio. Al acusado se le pedía una declaración, sin decirle de qué se le acusaba. En muchas ocasiones el detenido revelaba cosas mucho más sustanciosas de lo que los inquisidores pensaban. No daría un adarme de información por la que no fuera preguntado. De esa forma satisfizo los deseos de Ordeñana sin verse obligado a decir mucho de lo que sabía, aunque respondió a todas las preguntas. Fue un interrogatorio a un redomado bellaco por quien no era experto en aquellos menesteres. A Ordeñana las respuestas le parecieron suficientes, aunque negó una y otra vez saber quiénes eran los sujetos que habían entrado en casa de Claudia. Juró por los Evangelios y por la salvación de su alma que no sabía nada de aquel asunto.

Antes de marcharse, Ordeñana le formuló una última pregunta:

—¿Sabéis algo de una caja lacada?

Secundino lo miró con recelo. Temió que la pregunta fuera una trampa.

—No sé de qué me habla vuesa merced.

—Claudia Osorio llevaba una caja china, muy valiosa, la noche que trataron de secuestrarla. Alguien se la llevó.

Secundino se relamió los labios una vez más. No tenía la menor idea. El muy bellaco de Benigno se había hecho con una caja valiosa. Si no lo fuera, aquel tipo no se habría molestado en preguntar por ella. Otra razón para ajustar cuentas con Benigno cuando lo encontrase.

—No he oído hablar de ella.

—Está bien.

Ordeñana abandonó el sótano, convertido en mazmorra.

Una hora más tarde Secundino, narcotizado, era abandonado en el compás del convento de las Mercedarias Descalzas, cercano a la puerta de Santa Bárbara. Recobró el sentido y, desconcertado, caminó, dando algunos trompicones, en medio de la oscuridad. Avanzó por Hortaleza hasta que vislumbró en la lejanía unos puntos de luz y un murmullo de rezos. Eran los cofrades de la Ronda del Pecado Mortal que regresaban de su recorrido nocturno y dejaban en el monasterio de Santa María Magdalena a una manceba que se había arrepentido de su pecaminosa vida. Pidió por caridad que algún cofrade lo acompañase hasta la sede del Santo Oficio.

—He sido víctima de un atraco —argumentó para explicar su presencia en aquel lugar a tan altas horas de la noche.

La *The First August* se hizo a la mar el último día de enero. Sus bodegas iban llenas de toneles de vino traído de Jerez. También cargaba seis docenas de recipientes de vidrio de dos galones de cabida cada uno llenos de azogue, que habían sido transportados desde Almadén, además de los fardos de algodón y las sacas de lana. El azogue era encargo de un grupo de inversores que operaban en la Bolsa de Londres y que explotaban minas de plata en las colonias de América del Norte. La llegada de aquel costoso producto había retrasado algunos días la partida de la *The First August*.

José Solano y Pedro de Mora habían embarcado la tarde anterior llevando unos grandes petates. Habían sido instalados en el sollado inferior, junto al pañol de municiones. Los días anteriores los habían dedicado a ejercitarse en memorizar todo lo que había en los lugares donde estaban o lo que veían en el puerto, que visitaban muy de mañana antes de que empezase la actividad en los muelles, para evitar encontrarse con algún conocido y tener que dar explicaciones. Tomaron aquellos ejercicios como un pasatiempo, como un juego divertido al que dedicaban la mayor parte de su tiempo. Cuando volvieron a verse con Jorge Juan para decirles que al día siguiente embarcaban, le hicieron tal demostración que pudo considerarlos maestros en dicho menester.

Aunque la fragata era un barco mercante, estaba artillada con dieciséis cañones, cuyo papel era más disuasorio que efectivo. Con una potencia de fuego tan limitada frente a un navío de línea o incluso una fragata de guerra era muy poco lo que podía hacer. La firma de la paz de Aquisgrán era una garantía para los buques, que podían navegar con una seguridad muy superior a la que tenían hasta hacía muy pocas fechas. Jorge Juan subió a bordo después de anochecido. Había esperado hasta el último momento en Casa del Tío Pedro por si le llegaban noticias de Madrid con alguna novedad. No hubo suerte. Se marchaba con la congoja de no saber si Secundino había sido localizado e interrogado y sin noticias de Claudia.

Cuando el resplandor que anunciaba el alba despuntaba por levante los marineros iniciaron las maniobras para desatracar el buque, después de que el capitán ordenara retirar la pasarela y soltar amarras. Aprovecharon el viento de levante que hinchó las velas nada más desplegarlas. Jorge Juan, abrigado con un redingote impermeabilizado, veía, acodado en la amura de estribor, cómo se agitaban las aguas con la maniobra de la *The First August*. Lentamente salía a mar abierto y se alejaba de Cádiz. Por un momento pensó si volvería a ver

aquellos parajes. En Londres iba a jugarse la vida. Los riesgos que asumía incluían una muerte deshonrosa si las cosas se torcían. No le importó. Se trataba de prestar un servicio a su patria, pero nunca, ni en los peores momentos de su periplo por tierras del hemisferio sur, había tenido una sensación como la que en aquellos momentos embargaba su ánimo. Nunca le había vuelto la cara a la muerte. En más de una ocasión había sido su compañera y un par de veces la había sentido muy de cerca, pero la había mirado de frente. El día que entró en la Academia de Guardiamarinas, su tío, que había sido su mentor al morir su padre, siendo todavía un niño, le dijo que la decisión de convertirse en un oficial de la armada de Su Majestad significaba asumir las consecuencias que se derivaban de ella. En el portón de la Academia, antes de subir a la calesa en la que se marchaba, fue más explícito: «Cuando cruces esa puerta, tu vida sólo tendrá sentido al servicio de Su Majestad.» Ahora emprendía una misión al servicio de Su Majestad en la que ponía en grave riesgo su vida y, aunque siempre le había tenido aprecio, ahora sumaba un motivo más para vivir. Su existencia tenía sentido más allá del servicio al rey. Era un hombre enamorado.

Miró —también lo hacían Solano y Mora, que habían abandonado sus yacijas y subido a cubierta al comprobar que el barco maniobraba para zarpar— al timonel, un fornido y rubicundo escocés. Iba tocado con una boina de color verde y masticaba un bolo de tabaco que le ayudaba a serenar los nervios y a rebajar la presión. Suponía una gran responsabilidad sacar el barco a aguas abiertas aprovechando la marea, aunque contase con la ayuda de un piloto experimentado que conocía los bajíos, cuyo peligro aumentaba con la bajamar.

—Si se mantuviera este buen viento durante todo el viaje podríamos hacerlo en menos de dos semanas —comentó Jorge Juan a los guardiamarinas que se habían acercado a él.

Avistaron muy pronto el cabo de San Vicente, impulsados por un viento tan favorable. La *The First August* puso proa hacia el norte y, con viento intermitente del sur-sureste, navegó ya mucho más lentamente. El capitán procuraba que su derrota no se alejara de la costa portuguesa, tratando siempre de no perderla de vista, aunque, en ocasiones, para aprovechar el viento, se separaban algunas millas.

Además de Jorge Juan y de los guardiamarinas, había otra media docena de pasajeros. Una dama llamada Mary Archer, que resultó ser la esposa del gobernador de la Roca, que era como los ingleses denominaban al Peñón de Gibraltar. Todos se dirigían a ella como *Lady Archer*. Era muy remilgada y apenas salía de su camarote. La acompañaban dos doncellas y un lacayo. Los otros dos pasajeros eran comerciantes londinenses. Habían comprado las pipas con el vino de Jerez y se mostraban mucho más sociables que *Lady Archer*.

El primer contratiempo llegó cuando navegaban a la altura de las costas gallegas. Un temporal los obligó a refugiarse en el puerto de La Coruña, donde permanecieron tres días hasta que el temporal amainó y pudieron hacerse de nuevo a la mar. Diez días después de abandonar el puerto gallego navegaban por aguas del canal de la Mancha y avistaban los acantilados de Dover. Su visión hizo prorrumpir en gritos de júbilo a la tripulación. Fue tal el alboroto que una de las doncellas de *Lady Archer* apareció por cubierta para requerir noticias e informar a su señora de la causa de aquel escándalo.

El timonel, cuyo nombre era McGillicuddy, lanzó tres hurras y el capitán decidió que era un buen momento para abrir un barril de cerveza. Quedaban algunas millas y todavía podían sufrir alguna contingencia, pero para los ingleses avistar las blancas rocas de Dover era como llegar a casa y no podían contener el júbilo. Dos días más tarde la *The First August* entraba en el puerto de Londres con las velas desplegadas. Uno de sus tripulantes hacía sonar repetidamente un cuerno, anunciando la llegada del buque. Era el primer día de marzo y hacía veintinueve que había zarpado de Cádiz. El muelle donde atracaron era un bosque de mástiles como no habían visto en su vida. Solano y Mora, ya con sus petates preparados para desembarcar, miraban sin pestañear. El movimiento en los muelles impresionaba. Por todas partes podían verse montañas de fardos, de toneles, de bocoyes y de herpiles con toda clase de mercancías.

Acodados en la amura de estribor mientras se realizaban las maniobras de atraque, Solano comentó a Mora:

—Parece que aquí se hubieran juntado todos los barcos del mundo.

—Esto es el puerto de Londres, amigo mío. El más grande del orbe. Nunca imaginé que podría verlo. ¡Mira, mira allí! —Mora señalaba el gigantesco puente que, aguas arriba de donde ellos se encontraban, unía las dos orillas del Támesis.

—¡Es enorme!

—¡Tenemos que ir a verlo!

Los jóvenes guardiamarinas estaban entusiasmados. Hasta el propio Jorge Juan, pese a su larga experiencia, observaba en silencio, no menos impresionado. Luchar contra una potencia con los recursos que allí se adivinaban suponía un esfuerzo titánico. Ensenada hacía bien en prepararse para la guerra. No sería fácil vencerlos.

Apenas pusieron el pie en tierra, antes de que el capitán llevara a cabo todos los trámites aduaneros y después de que, con mucho protocolo, desembarcara la estirada *Lady Archer*, Jorge Juan les entregó una suma de dinero y les dio una dirección. Era una hospedería cercana a la Torre de Londres.

—Con esa suma tendréis para pagar el alojamiento de varias semanas y

sobrará algo más para gastar. Sed moderados, es dinero del rey. La hospedería se encuentra en Thames Street, eso significa que estaréis muy cerca de los muelles. Debéis registraros como factores de comercio de vinos y otras bebidas.

—¿Dónde os alojaréis vos, señor?

—En una casa particular. Está en Lombard Street y su dueña se llama Helen O'Brien; es persona de confianza. Es bueno que lo sepáis por si se produjera una emergencia, aunque mañana por la mañana nos reuniremos.

—¿Dónde, señor?

—En vuestra hospedería. Aguardad a que yo aparezca por allí. Os daré cumplida información de lo que va a ser vuestro trabajo.

—Nos tenéis sobre ascuas, señor.

Jorge Juan recordó que también a él lo tenía la carta de Ensenada, que durante la travesía se había convertido casi en una obsesión. Quizá porque así se distraía elucubrando sobre qué contendría y no pensaba en la amenaza que se cernía sobre Claudia.

Thames Street estaba en la parte Este de la ciudad, lejos del bullicio callejero de una urbe que sobrepasaba el medio millón de habitantes y cuyas tabernas tenían merecida fama. Solano y Mora eran jóvenes y estaban deseosos de conocer la ciudad, pero no habían ido a Londres a divertirse ni a deambular por sus vías más concurridas. La discreción era la norma que debía imperar. El alojamiento de Jorge Juan quedaba relativamente cerca del de sus hombres, pero algo más alejado del Támesis. Era una casita propiedad de una viuda de origen irlandés, cuyo marido había sido agente de Ensenada hasta que un mal de tabardillos, que atacó a los londinenses hacía dos veranos, lo llevó a la tumba. Ensenada no había desamparado a la viuda y le pagaba una bonita suma por poder utilizar su casa como residencia. La viuda O'Brien no estaba en la red de espías que el marqués mantenía en Londres, pero se había mostrado siempre dispuesta a prestar su colaboración en asuntos menores.

Dos semanas antes de que la *The First August* atracara en Londres, había llegado a Madrid Benjamin Keene. Había entrado en la Villa y Corte el 13 de febrero. Su arribo a la capital de España era el colofón a los acuerdos de paz que se habían firmado en la ciudad de Aquisgrán poniendo fin al conflicto sucesorio de Austria y a la guerra que los ingleses denominaban de la Oreja de Jenkins. En ella habían sufrido la derrota naval más humillante de su historia frente a los muros de Cartagena de Indias, defendida por el almirante Blas de Lezo.

Fernando VI estaba obsesionado con la paz en parte porque Isabel de Farnesio había lanzado al país a más de un conflicto para satisfacer sus ambiciones maternas, que pasaban por buscar acomodo a sus hijos. Había aprovechado la primera oportunidad para firmar aquel tratado que le permitía hacer realidad su deseo de mantener buenas relaciones tanto con Francia como con Gran Bretaña. El rey trataba de guardar un equilibrio complicado entre dos facciones cortesanas, partidaria una de la alianza con Francia, la otra de anudar relaciones de amistad con Gran Bretaña. Eso significaba la guerra con la potencia que se sintiera postergada en sus preferencias. Escuchaba los consejos que le daba don Zenón de Somodevilla, siempre preocupado por la actitud de los ingleses y sus apetencias sobre las colonias españolas. Era amigo de armarse de forma adecuada para hacer frente al conflicto con los británicos convencido de que estallaría antes o después. También prestaba oídos a don José de Carvajal y Lancaster sobre el beneficio de estrechar lazos de amistad con los ingleses porque consideraba que, ni con el auxilio de Francia, se podría hacer frente a la potencialidad naval británica, cuya armada la formaban casi cien navíos de línea y un número algo mayor de fragatas. Don Zenón, en su condición de secretario de Guerra y Marina, llevaba tiempo haciendo importantes mejoras en los astilleros de Cádiz, Cartagena y Ferrol con vistas a la construcción de un importante número de navíos de línea.

El mismo día en que la *The First August* avistaba los blancos acantilados de Dover el ministro plenipotenciario de Jorge II en Madrid hacía la presentación oficial de sus cartas credenciales. Fernando VI y Bárbara de Braganza lo recibían con la solemnidad acostumbrada. Estaban obligados a asistir todos aquellos que desempeñaban un cargo de cierta relevancia en la corte, encabezados por don Zenón de Somodevilla y don José de Carvajal y Lancaster. En estos actos la atención de los cortesanos, verdaderos peritos en interpretar un gesto o una mirada, estaba pendiente de los dos grandes hombres porque sus

sonados enfrentamientos, jamás en presencia del rey, eran una de las comidillas de la corte y fuente de toda clase de rumores.

Ensenada y Carvajal flanqueaban el estrado donde se alzaba el trono que presidía el principal de los salones del Buen Retiro, residencia de los reyes. Allí estaban las oficinas del gobierno, mientras Juan Bautista Sachetti se afanaba en concluir las obras del Palacio Real. Habían comenzado en el reinado anterior, al haber ardidido el viejo alcázar que había sido residencia de los monarcas de la Casa de Austria, devorado por un incendio en la Nochebuena de 1734 que partió de las habitaciones del pintor de cámara, Jean Ranc.

Los reyes también solemnizaban los actos de la corte y los revestían de mucha etiqueta y protocolo para marcar diferencias con lo ocurrido durante el reinado anterior en que la melancolía del monarca hacía que llegase a las mayores extravagancias, como no asearse ni cambiarse de ropa o despachar con sus ministros de madrugada, prescindiendo de las más elementales normas del protocolo real.

Entre los dos centenares de cortesanos que asistían a la presentación de cartas credenciales se encontraba Ordeñana, que había llegado al Buen Retiro justo antes de que los mayordomos reales, encargados del cumplimiento del protocolo, dieran por cerrado el acceso al Salón de Reinos. Media hora antes de que Sus Majestades hicieran acto de presencia todos los invitados debían estar en el lugar que les correspondía. Jadeante, ocupó su sitio junto a otros miembros del Consejo de Hacienda, sin dejar de pasarse el dedo por el cuello de su bordada camisa como si deseara ampliarlo, para aliviar su sofoco.

El Salón de Reinos era de enormes dimensiones. Concebido inicialmente como un espacio de celebraciones y desde el que contemplar representaciones escénicas, contaba con una gran balconada al jardín. Se decoró de forma suntuosa —en sus paredes colgaban los retratos ecuestres de Felipe III y Felipe IV y sus respectivas esposas, Margarita de Austria e Isabel de Borbón, obras del maestro Diego de Silva y Velázquez. Otros lienzos recreaban las grandes batallas del reinado de Felipe IV. El techo estaba adornado con los veinticuatro escudos de los territorios que integraban la monarquía hispánica en tiempo de dicho monarca y de él colgaban grandes arañas de centenares de bujías que, encendidas, daban un tono dorado a la estancia, de forma que los que se encontraban en ella tenían la impresión de estar dentro de un relicario de oro. Allí se recibía a los representantes de los monarcas extranjeros para impresionarlos.

Con rigurosa puntualidad dos lacayos abrieron las puertas y el chambelán apareció en el umbral. Dio tres golpes con el bastón que señalaba su condición y se apagaron los murmullos entre los asistentes. Una vez impuesto el silencio

anunció:

—¡Sus Católicas Majestades, don Fernando y doña Bárbara!

El rey vestía completamente de blanco. La casaca era de tisú tejida con hilos de plata, los calzones, muy ajustados, a la moda parisina. La peluca, también blanca, le caía sobre los hombros. El único adorno que llevaba era la insignia de Gran Maestro de la Orden del Toisón de Oro sujeta a la garganta con una cinta de moaré rojo. La reina vestía un traje muy entallado —doña Bárbara estaba obsesionada con la cintura—. Era de seda en tonos dorados con reflejos tornasolados que cambiaban según la luz que recibía.

La entrada de los reyes fue lenta, majestuosa. En consonancia con la ceremonia que iba a celebrarse. Conforme avanzaban por el centro del salón, saludaban con ligeras inclinaciones de cabeza a los cortesanos. A su paso, las damas doblaban la rodilla procurando mantener erguido el talle y los caballeros hacían la reverencia que marcaba el protocolo. Únicamente se oían las regias pisadas y el crujir de las ricas telas de los vestidos. Una vez sentados en los labrados sillones de maderas doradas y tapizados en carmesí, situados sobre un estrado que se elevaba dos palmos del suelo y bajo un dosel de terciopelo azul donde estaban bordados los escudos de Borbón y Braganza, el maestro de ceremonias hizo un leve gesto al chambelán y los lacayos cerraron las puertas para, acto seguido, ser nuevamente abiertas.

—Su excelencia el ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña.

El embajador vestía una casaca de terciopelo negro, ricamente adornado con ramas en oro, pasamanería y borlones plateados. Las grandes bocamangas galoneadas dejaban ver los ricos encajes de los puños de su camisa. Llevaba al cuello un pañuelo de fina batista también bordado y cubría su cabeza con una gran peluca blanca, cuyos rizos le caían sobre los hombros. En la mano llevaba un bicornio a juego con la casaca. Un paso más atrás le acompañaba un edecán que portaba una bandeja de plata con las cartas que lo acreditaban como embajador de Su Graciosa Majestad, el rey Jorge II.

Keene se conservaba bien. Era de mediana estatura, entrado en carnes, la cara redonda rematada en una barbilla puntiaguda con un hoyuelo; algo mofletudo y la frente despejada. Sus ojos eran de color gris y mirada penetrante. Avanzó entre los murmullos de los cortesanos, saludando con leves inclinaciones de cabeza y sonrisas a diestro y siniestro. Unos pasos antes de llegar al estrado donde estaban los reyes se detuvo, hizo una reverencia y pidió las cartas credenciales que entregó al maestro de ceremonias, quien las depositó en manos del rey. Fernando VI, sin mirarlas, las entregó a don José de Carvajal, que se había situado junto a Su Majestad, en su condición de secretario de Estado y Asuntos Exteriores.

—Acercaos, excelencia, para cumplimentar a Sus Majestades —invitó el maestro de ceremonias al embajador.

Benjamin Keene subió al estrado, volvió a saludar a los reyes como marcaba la etiqueta y conversó brevemente con don Fernando. El rey le deseó una grata estancia en Madrid y una fructífera labor en beneficio de las relaciones de su país y España. También conversó brevemente con la reina, que se mostró amable, incluso cariñosa. Hubo un momento en que la mirada del embajador, pendiente de todo lo que había a su alrededor, se cruzó con la del marqués de la Ensenada. Se midieron como lo hacen dos viejos enemigos: manteniendo la mirada fija. Guardaban las formas, conscientes de que se enfrentarían antes o después.

Concluido el acto, el chambelán anunció la retirada de los reyes. Cesaron las conversaciones y se apagaron los comentarios. Don Fernando y doña Bárbara descendieron del estrado y abandonaron el salón en medio de reverencias y saludos. Los comentarios brotaron al desaparecer Sus Majestades y hacer acto de presencia una legión de doncellas y criados portando bandejas con refrescos, vinos y pequeños bocados confeccionados en las cocinas reales para la ocasión. Rápidamente se formaron corrillos y *mister* Keene recibió los parabienes y el saludo de muchos de los presentes, que le deseaban éxito en su misión. El que cruzaron Ensenada y Keene fue frío. No pasó de ser un gesto protocolario al que obligaban las circunstancias.

Ordeñana se acercó a don Zenón y le susurró al oído:

—A *mister* Keene le han dado un recado de parte de la reina.

Don Zenón arrugó la frente.

—Empezamos mucho antes de lo que calculaba. La guerra va a ser de guante blanco, pero no habrá tregua ni cuartel. ¿Qué es exactamente lo que has oído?

—Le concede audiencia, pero no he podido enterarme del día.

—¡Menos mal que Jorge Juan va ya camino de Londres! ¿Hay alguna novedad sobre esos ingleses de la Carrera de San Jerónimo?

—Ninguna, señor. He esperado una información hasta última hora y el tiempo se me echó encima. Por eso he llegado muy ajustado.

—Ya he visto que entrabas casi a trompicones. Te espero mañana en mi despacho, a mediodía. Ahora no dejes de moverte por los corrillos y ten los oídos bien abiertos. Me marcharé pronto, pero tú debes permanecer hasta que se vayan los últimos. Cuando las veladas están a punto de concluir es cuando se obtiene la información más sustanciosa. El vino y los licores ya han desatado las lenguas. —Ordeñana le dedicó una sonrisa al tiempo que asentía con la cabeza. Iba a retirarse cuando Ensenada le dijo algo más—: No te vayas sin hablar con el

padre Rávago. El confesor es nuestra mejor fuente y esta misma mañana me mandó recado. Hazlo con mucha discreción.

Antes de que don Zenón abandonase el salón para atender a unos amigos en su casa —eran célebres sus ágapes—, departió con algunos cortesanos, comentó intrascendencias con el presidente del Consejo de las Órdenes y dedicó un requiebro a la esposa del fiscal general del Reino. Observó cómo el duque de Sessa se acercaba al corrillo donde el embajador inglés departía con media docena de cortesanos que se deshacían en elogios hacia su persona. Ensenada frunció el ceño. Detestaba a los aduladores y aquel salón estaba lleno de ellos. Vio cómo Keene se despedía del corrillo, recomponía los puños de su camisa y daba aire a los bordados de la pechera. Supo que iba a reunirse con la reina.

Cuando Ordeñana abandonó el Buen Retiro, al filo de la medianoche, después de sostener una discreta conversación con el padre Rávago, el jesuita que ocupaba el confesionario real, estaba convencido de que Madrid iba a ser escenario de numerosas intrigas y de una dura lucha en la que iba a involucrarse hasta la mismísima doña Bárbara de Braganza.

Helen O'Brien, la dueña de la casa donde se alojaba Jorge Juan, era una mujer madura, pero conservaba algunos encantos que la edad había respetado. La vivienda era modesta y en ella imperaba el orden y la pulcritud. Había puesto a disposición de Jorge Juan, además de una alcoba, una pequeña dependencia, también en la planta alta, para los trabajos que tuviera que realizar y le había indicado que si tenía que recibir algunas visitas, podría hacerlo en una salita de la planta baja, que era la dependencia mejor amueblada de la casa. Ella se encargaría también de la comida y del cuidado de su ropa.

La viuda O'Brien, apellido que delataba su ascendencia irlandesa, era católica. Por las paredes de la casa podían verse estampas de vírgenes y santos, también un grabado con la iglesia de San Pedro del Vaticano. Para los ingleses era una papista —nombre con que los anglicanos motejaban despectivamente a los católicos—, como muchos de los irlandeses que vivían en Londres. Los católicos apenas eran tolerados en el Reino Unido, aunque hacía ya algunos años que habían quedado atrás las terribles persecuciones sufridas en otras épocas a causa de sus creencias religiosas. Rechazaban el papel de los reyes como máxima autoridad espiritual del reino. Se les toleraba como malos súbditos de Su Graciosa Majestad y no disfrutaban de los derechos de los anglicanos.

Helen O'Brien era una mujer en la que se podía confiar. Durante la guerra de la Oreja de Jenkins había colaborado con su marido en alguna misión que la red de espías de Ensenada había llevado a cabo en un Londres que vivía la efervescencia bélica.

Su anfitriona no conocía la misión que su alojado iba a llevar a cabo, pero había sido informada de que fuera muy discreta respecto a lo que allí viera o escuchase y, si el capitán de navío necesitaba alguna clase de ayuda, más allá del alojamiento, se la dispensase. También a Jorge Juan se le había dicho que era persona de toda confianza. Helen lo ayudó a deshacer su equipaje y comprobó que alguna indumentaria no cuadraba con lo que se suponía que había de vestir un oficial de la armada, pero se impuso su discreción. A su economía venía muy bien el dinero que Jorge Juan le abonaría por el alojamiento y demás servicios.

La tarde estaba algo más que mediada —en Londres anocheceía mucho antes que en Cádiz— cuando Jorge Juan, por fin sólo en su alcoba, cogió el libro que había servido de refugio a la carta de Ensenada. Miró los lacres y dejó escapar un suspiro. Había llegado el momento que tanto había esperado. Por fin iba a conocer lo que el ministro deseaba de él, además de obtener información de los

barcos ingleses. Leyó la misiva sin parpadear. Lo hizo varias veces para memorizar bien su contenido antes de, siguiendo las instrucciones de don Zenón, reducir a cenizas el pliego. Se acercó a la pequeña ventana de la alcoba y pudo ver las puntas de las torres que coronaban el gigantesco puente sobre el Támesis. Sintió una punzada de envidia al recordar el poderío naval que significaban los centenares de mástiles que habían visto al llegar a bordo de la *The First August* y que hacían pensar en una especie de bosque fantástico. Pero no era fantasía lo que aquellos barcos señalaban, sino el poder de un país que, como decía Ensenada, aprovecharía la primera oportunidad para lanzarse sobre el imperio colonial español. En lugar de arredrarse, aquella punzada fue un estímulo para intentar llevar a buen puerto la misión que ya conocía y que era todo un reto.

Aquella noche despertó varias veces, una de ellas sobresaltado. Era consecuencia de la tensión que iba a presidir su vida mientras permaneciera en Londres, donde en un oscuro callejón, a la vuelta de una esquina, en cualquier momento, la muerte podía estar aguardándolo. No era fácil dar cumplimiento a lo que Ensenada le pedía en aquella carta. La misión se complicaba, aquello era mucho más que espiar.

Al día siguiente por la mañana acudió a cumplimentar al embajador Ricardo Wall, pero no se encontraba en la legación. Se dirigió entonces a Thames Street donde aguardaban Solano y Mora. Allí les dijo cuál era la misión durante los primeros días. Deberían familiarizarse con la zona. Conocer las principales vías de comunicación, las calles menos importantes y los callejones. Pasearían tantas cuantas veces fuera necesario hasta que dominasen la zona. Eso incluía moverse por los muelles y los almacenes del puerto.

—Cualquier cosa que observéis deberéis recordarla y tenerla en cuenta. Hasta los más pequeños detalles. Los ejercicios que habéis hecho en Cádiz y durante la travesía deben servir para tener completas las imágenes de esta zona de Londres. Contad los barcos y tened presente en qué estado se encuentran. Hay que saber cuántos entran y cuántos salen. Calculad su tonelaje. Distinguid entre los mercantes, las fragatas de guerra y los navíos de línea. Quiero también sus nombres, número de cubiertas y bocas de fuego. Quiero un informe completo. ¿Alguna pregunta?

—¿Lo que acometemos es una misión de espionaje? —preguntó Solano.

Jorge Juan lo miró muy serio.

—Puedes llamarla así, pero aún os aguardan algunas sorpresas. —Le satisfizo comprobar que se mostraron tranquilos—. Toda esa información la obtendréis de vuestras observaciones. Nada de preguntas, sería peligroso que levantaseis sospechas. Actuad con la mayor discreción. Otra cosa. Si se produjera una novedad que debiera conocer, acudid adonde me alojo. Pero sólo

en caso de que sea estrictamente necesario.

—Entendido, señor.

—Volveremos a vernos en este mismo lugar dentro de una semana.

Jorge Juan regresó a casa de la viuda O'Brien y decidió actuar de forma más protocolaria: envió una nota a la embajada, solicitando ser recibido. La entregó un mozo que ayudaba a la viuda para ciertos trabajos y que era de absoluta confianza. La respuesta le llegó con el mismo mozo. Sería recibido al día siguiente.

El encuentro con Ricardo Wall estuvo lleno de formalidades. Al embajador ya le había sido oficialmente comunicado desde la Secretaría de Guerra y Marina la llegada de Jorge Juan a Londres. Se le decía que su presencia estaba motivada por la petición de la Royal Society que la propia embajada había remitido a Madrid, para que hablase de sus trabajos. También tendría encuentros con hombres de ciencia británicos y visitaría algunas de las sociedades científicas. Se le decía que le asistiese en todo aquello que demandase, se le facilitase la información que requiriese y se le proporcionaran los medios que solicitara y estuviesen al alcance del embajador porque era en servicio de Su Majestad.

—¿Pensáis estar mucho tiempo en Londres?

—No lo sé. Dependerá de cómo marchen las cosas. Me gustaría conocer algunos de los estudios que se están realizando aquí sobre física y matemáticas. También visitar el Real Observatorio de Greenwich y hacer unas comprobaciones astronómicas. ¿Será posible?

—Intentaré que os reciban los astrónomos reales.

—Os lo agradecería.

—Debéis saber que se me han dado instrucciones para atenderos en todo lo que necesitéis. Ignoro a qué clase de ayuda se refiere el secretario de Guerra y Marina, pero sabed que estoy a vuestra entera disposición.

—Quizá necesite utilizar alguna vez la valija diplomática para estar seguro de que mi correspondencia con el secretario de Guerra y Marina tiene garantías de que no pasa por manos inadecuadas.

—¿Tan importante es lo que habéis de comunicarle?

A Jorge Juan no le gustó la pregunta; recordó que Ensenada le dijo que utilizase el correo extraordinario.

—Su excelencia desea que nadie husmee en nuestra correspondencia y considera que la valija diplomática es una garantía para ello.

—Dejémoslo en que es más segura. A veces, la valija también es violada.

Wall supo en aquel momento que la presencia de Jorge Juan en Londres no estaba motivada sólo por cuestiones científicas. Reunirse con hombres de ciencia británicos era un pretexto para encubrir la verdadera causa por la que el marino

estaba en Londres. Wall estaba al tanto de que el secretario de Guerra y Marina tenía una extensa red de espías en las principales capitales europeas que le permitían estar informado de lo que se cocía en ellas. Eso era algo que molestaba al secretario de Estado, de quien dependían las relaciones exteriores. Si Jorge Juan era un espía de Ensenada, podía suponer un grave problema para él.

—¿Tiene la correspondencia diplomática unas fechas determinadas?

—Sale todos los martes, pero si algún asunto es urgente, se utiliza un correo especial. La vía que utilizamos es Dover. Luego, una vez ganada la costa francesa, prosiguen por tierra. Si os parece adecuado, me pondré en contacto con la Royal Society. Estarían encantados de que pronunciarais una conferencia allí.

—Sería magnífico.

—¿Hablaríais de vuestras observaciones astronómicas en las Indias?

—Desde luego.

—Sabed que los *whigs* controlan la Royal Society. Ahora están en el gobierno y su política es abrir mercados para sus manufacturas. Tenedlo presente, evitará problemas.

—Muchas gracias.

—¿Hay inconveniente en que fije una fecha para vuestra intervención?

—Hacedlo.

Durante los días siguientes Jorge Juan visitó numerosas tiendas de libros. Algunas estaban ubicadas en el gigantesco puente que unía las dos riberas del Támesis y cuya anchura permitía, además, la circulación por el centro de carruajes en ambos sentidos. Allí había, además de librerías, sombrererías, zapaterías, sastrerías, alguna casa de comidas y varias tabernas. El tráfico había obligado a las autoridades, para evitar los atascos, a que los carruajes que salieran de la ciudad y se dirigieran a la ribera derecha del río circularan por la calzada que se había habilitado en el costado Este del puente; mientras que los que entraban lo harían por la del costado Oeste. Un viejo librero le había explicado que el primer puente lo construyeron los romanos, que había sido destruido en varias ocasiones y reconstruido otras tantas veces. En el Gran Incendio que la ciudad había sufrido en 1666 había ardidido un tercio de las construcciones que había sobre él.

Deambulaba por las librerías bajo nombre supuesto. Era *mister* Sublevant. Vestía ropas sencillas y adquiría numerosos libros de astronomía, navegación, matemáticas y física. También se mostraba interesado por grabados y planos. Algunos libreros habían empezado a buscarle material que pudiera interesarle porque pagaba al contado y no regateaba demasiado por el precio.

También paseaba por los muelles, se acercaba a los arsenales hasta donde le permitían, ya que el acceso estaba vetado a quienes no disponían del

correspondiente pase. Observaba atentamente la entrada y salida de los buques y entablaba conversación con los marinos que pasaban el día en las tabernas de la zona y entretenían sus ocios contando historias en las que la invención estaba continuamente presente. Algunas veces veía a Solano y Mora cumpliendo las órdenes que les había dado. Jorge Juan había entablado cierta relación con un grupo de viejos marinos a los que pagaba la bebida y que competían entre ellos por contarle sus aventuras. Hablaban de viajes, de barcos, de quienes los construían... A veces surgía un dato interesante. Cuando paseaba por los muelles lo hacía como *mister* Josues, un comerciante en vinos y licores. Era un juego peligroso.

La viuda O'Brien se limitaba a sonreír cuando lo veía salir con aquellos disfraces. Fue ella quien durante un almuerzo le proporcionó un dato que podía resultar muy valioso. Corría un riesgo, pero decidió no perder el tiempo. Todavía no levantaba sospechas, que aparecerían conforme pasase el tiempo y comenzaran los recelos. Al día siguiente, acudió a la dirección que se le había facilitado, después de visitar al embajador Wall, que la víspera le había enviado una carta indicándole que el presidente de la Royal Society había propuesto una fecha para que diera una charla en la docta sociedad. En ese encuentro le dijo que el almirante George Anson, quien acababa de publicar un libro con el relato de la vuelta al mundo que había dado a bordo del *Centurión*, le había manifestado que acudiría ese día a la Royal Society y que su deseo era buscar una fecha a propósito para invitarlo a almorzar a su casa.

Ahora vestía como Josues. Su aspecto en nada se parecía al del elegante capitán de navío que había estado en la embajada. Como el tiempo era desapacible se protegía de la llovizna con el redingote impermeabilizado que usaban los marinos en alta mar para protegerse del viento y el agua; también se había despojado de su elegante peluca. Llegó a una empinada y pequeña calleja conocida como Temple Lane e identificó la casa. Era de dos plantas y la puerta, de recia madera de roble, tenía una aldaba en forma de sierpe. Llamó varias veces sin obtener respuesta y se alejó del lugar pensando que se había confundido. Salió a Fleet Street y entró en una taberna cuyo nombre llamó su atención. Según rezaba en una placa de latón por encima de la puerta se llamaba The Devil's Tavern. Se trataba de un lugar frecuentado por gentes acomodadas. No eran gentes de mar, pese a encontrarse a poca distancia de la ribera del Támesis. Se sentó en una mesa junto a la que ocupaban unos parroquianos, que comentaban en voz baja las noticias de un periódico. Pidió una pinta de cerveza y, al servírsela, la moza le exigió el pago antes de dejar la jarra sobre la mesa.

—Son dos peniques.

Jorge Juan, molesto, pagó sin hacer comentario alguno.

Poco después, una mujer entraba en la taberna y lo miraba con un descaro inconcebible en España. Se acercó a la moza que lo había servido y cuchichearon sin dejar de hacer visajes hacia donde estaba él. Luego salió, mirándolo con tanto descaro como al entrar. Bebió sin prisa su cerveza y salió para caminar de nuevo por Fleet Street, donde curioseó en algunos establecimientos hasta que oyó en un reloj cuatro campanadas.

Decidió probar fortuna de nuevo, dudando si no estaría equivocado y aquella no era la casa que le había indicado la viuda O'Brien: el número seis de Temple Lane. Su nuevo intento recibió como respuesta el silencio. Se marchaba cuando lo detuvo una voz de mujer. Era la misma que con tanto descaro lo había mirado en la taberna. Asomaba por una ventana de la casa.

—¿Quién sois y qué queréis? —preguntó con tono desabrido.

—¿Es la casa del maestro Rooth?

La mujer —una joven con poco más de veinte años— insistió en preguntarle:

—¿Quién sois y qué queréis?

—Mi nombre es Josues y, si esta es la casa del maestro Rooth, hablar con él.

A la joven no le pareció uno de esos sujetos a los que contrataban en los muelles para hacer ciertos trabajos.

—¡Esperad un momento!

Jorge Juan aguardó varios minutos preguntándose por qué aquella mujer había entrado en la taberna y comentado con la moza algo sobre él. Pensó que era una buscona y no se explicaba cómo aparecía ahora en la casa donde le habían dicho que vivía el maestro Rooth. La espera se prolongaba y empezó a recelar. Temple Lane era un callejón solitario, a propósito para acabar con la vida de alguien sin que se enterase nadie. Al silencio, amortiguado por los ruidos de Fleet Street, se sumaba que empezaba a oscurecer. Pensó en marcharse, pero descartó la posibilidad. Si era cierto lo que la viuda le había contado, Richard Rooth podía ser clave para el éxito de su misión. Irse era una estupidez.

Iba a llamar de nuevo cuando oyó cómo alzaban la tranca que aseguraba la puerta y abrían. Apareció la joven portando un candil en una mano y un pistolete en la otra.

—Alzad los brazos y pasad —le ordenó.

La estupidez había sido no irse a tiempo. A aquella distancia, aunque fuera una mala tiradora el disparo sería mortal. Le sorprendió que Helen O'Brien le hubiera dicho que allí podría encontrar a uno de los mejores constructores de buques que había en Gran Bretaña.

El interior de la vivienda estaba sumido en la penumbra. Antes de que se

diera cuenta la joven había cerrado y atrancado de nuevo la puerta. Percibió que le temblaba la mano, estaba asustada. Allí pasaba algo raro. Quizá lo estaba confundiendo con una visita no deseada. Sin dejar de apuntarle, le preguntó:

—¿Por qué queréis hablar con el maestro Rooth?

—Aún no me habéis dicho si esta es su casa. Quiero hacerle una propuesta.

Desconfiada, lo miró de arriba abajo. No tenía el aspecto de los asesinos que se contrataban por unos pocos chelines para acabar con la vida de una persona. Aquella gente no solía llamar a la puerta, aguardaban a su presa en un oscuro callejón. Se expresaba con corrección y se dirigía a ella con consideración.

Jorge Juan decidió abrir su redingote para mostrarle que no iba armado.

—¡No bajéis los brazos!

—Solo quiero que comprobéis que no voy armado. Vuestros temores son infundados.

—¡No bajéis los brazos! —insistió ella.

—Si esperáis una visita a la que teméis, no soy yo. Os doy mi palabra de que mi deseo de hablar con el maestro Rooth es para hacerle una propuesta.

—¿Qué clase de propuesta queréis hacerle?

—Sólo se la haré a él.

—¿No tendrá que ver con los jacobitas?

Jorge Juan recordó que hacía pocos años se había producido un levantamiento de los partidarios de la dinastía de los Estuardo que había sido ahogado en sangre. Ignoraba si Rooth podía tener relación con los partidarios de la destronada dinastía, cuyos seguidores eran principalmente escoceses. Pero por la forma en que había preguntado no debía ser algo agradable.

En aquel momento llegó una voz.

—Déjale pasar, Guillermina.

La joven que, sin ser bella, resultaba atractiva pese a las pecas que aparecían en su rostro, asintió. Sin bajar el pistolete, le hizo un gesto para que caminara delante de ella hasta una sala donde un hombre de mediana edad, pelirrojo como la muchacha, con la piel atezada y con el pelo cortado a cepillo, simulaba concentrar su atención en los papeles que había extendidos sobre una mesa. Se quedó mirando primero al marino español y después a su hija.

—Así que este es el caballero que ha llamado tantas veces a la puerta.

—Sí, padre. Dice llamarse Josues.

—¿Sois el padre de esta joven?

—Sí, es mi hija y yo soy Richard Rooth. ¿Por qué queréis hablar conmigo?

—Porque he de haceros una propuesta.

Rooth tomó una pipa de barro y con mucha parsimonia la llenó de tabaco de

una bolsilla que llevaba colgada al cuello. Lo apretó bien y, con una velilla que encendió en el grueso cirio con que se alumbraba, prendió el tabaco con la misma parsimonia que había empleado para llenar la cachimba. Cuando expulsó el humo, preguntó:

—¿Qué clase de propuesta?

—Vuestra hija, maestro, me ha preguntado si tiene algo que ver con los jacobitas. —Rooth se puso tenso—. Os diré que con lo que está relacionada es con vuestros conocimientos de construcción naval.

—¿Qué deseáis?

—Tengo entendido que sois muy bueno en vuestro oficio. Me han dicho que habéis hecho un trabajo extraordinario en los astilleros de Plymouth.

Rooth dio otra chupada a su pipa y miró a Jorge Juan con curiosidad.

—¿Quién sois vos y qué es lo que queréis exactamente?

—Os responderé a lo segundo: contrataros.

Rooth llevaba tiempo en Londres, oculto en aquella casa donde había encontrado refugio. La vida en los últimos años lo había puesto a prueba. Era un prestigioso maestro, experto en la construcción de buques, respetado por todos. Vivía con comodidad en uno de los mejores barrios de Londres. Pero su catolicismo lo había hecho simpatizar con la causa de los Estuardo, que había sufrido un revés aparentemente definitivo en la batalla de Culloden, librada el 16 de abril de 1746 entre los estuardistas, en su mayor parte escoceses, y el ejército inglés, mandado por el duque de Cumberland, hijo menor de Jorge II. Tras la derrota, hubo mucha represión sobre los jacobitas tanto sobre los que participaron en la batalla, como los que habían mostrado sus simpatías por los Estuardo. Rooth fue detenido y estuvo en prisión varios meses acusado de jacobita. A sus males se unía la pérdida de su esposa que había muerto pocos días antes de ser detenido. Fue puesto en libertad, pero se le incautaron la mayor parte de sus bienes para pagar la multa que se le impuso —sólo pudo conservar la casa de Temple Lane que ahora le servía de refugio—. Se había instalado en Plymouth, al imponérsele, tras su libertad, la pena de dos años de destierro de Londres y de cualquier otra población que estuviera en un radio de veinte millas. Por eso se había marchado a Plymouth con Guillermina, su única hija, para trabajar con un importante armador, pero tuvo que marcharse de allí por razones sentimentales. Había mantenido relaciones con la mujer del jefe de los carpinteros del astillero, quien los descubrió y hubo de huir a toda prisa. Aún faltaban algunos meses para que se cumpliera el plazo de la pena de destierro. Eso explicaba las reservas y miedos del maestro Rooth y de su hija. Eran contadas las personas que conocían su presencia en Londres. Lo sabía la moza de The Devil's Tavern, que había sido jacobita, y lo sabía un grupo de irlandeses

que trabajaban en los muelles, alguno lo había hecho con Rooth en los arsenales de Londres. Eran católicos, como Rooth, y estaban marginados por ello. Él y su hija temían que las autoridades descubrieran su presencia en Londres y le castigasen severamente por haber quebrantado el destierro o que el carpintero que había prometido venganza localizase su paradero y enviase a algún asesino a sueldo para ajustarle las cuentas. La información que la viuda O'Brien había dado a Jorge Juan se refería a que Rooth podía estar interesado en alguna proposición para trabajar fuera de Gran Bretaña porque se encontraba marginado por sus creencias y sus relaciones con las autoridades no eran buenas.

—¿Sois armador? —preguntó Rooth.

—No. Os hago la propuesta en nombre de otra persona.

—¿Quién?

Jorge Juan sabía que era un momento crítico. Ignoraba cuál podía ser la reacción de Rooth cuando le revelara quién estaba detrás de su propuesta. Decidió ser cauto.

—Si aceptáis, tendríais que abandonar el país.

Rooth guardó silencio. También él necesitaba ser cauto. Sin dejar de dar chupadas a su pipa calibraba la propuesta. No podía regresar a Plymouth, si en algo apreciaba su vida y la de Guillermina. En Londres tendría que seguir viviendo como una rata durante algún tiempo más y después las posibilidades de trabajo serían escasas. Los arsenales le estaban vedados y la mayoría de los armadores no querían tener complicaciones con las autoridades. Cuando fue encarcelado nadie se atrevió a salir fiador de él, pese a que sólo había mostrado, con algunos comentarios, sus simpatías por el aspirante Carlos Estuardo y, además, era católico. Había soñado con aquella posibilidad; sin embargo, construir barcos para una potencia extranjera, que era lo que le proponía aquel sujeto, que decía llamarse *mister* Josues, pero que sería un alias porque no era británico como denunciaba un sutil acento que pocos eran capaces de descubrir, era un delito castigado con la horca. Lo que acababa de proponerle con medias palabras era considerado traición. Suponía revelar técnicas de construcción guardadas celosamente. Si había arruinado su vida por unos comentarios, aquello podía suponer una muerte ignominiosa. Rooth dudaba. Por otro lado, si aceptaba el ofrecimiento, tal vez volvería a disfrutar de muchos de los placeres que la vida ofrecía.

—¿A qué país os referís?

La pregunta indicó a Jorge Juan que, al menos en principio, Rooth no rechazaba su propuesta. Decidió que no era momento de andarse por las ramas.

—A España.

Los datos que les había proporcionado Secundino habían puesto a los hombres de Agapito sobre la pista de quién estaba detrás del intento de rapto de Claudia Osorio. Pero llegar hasta el fondo del asunto no resultaba tan fácil como pensaron cuando recibieron su confesión. Localizar a un clérigo llamado don Luis Noriega —Secundino les mintió cuando dijo que sólo conocía su nombre y que se veía con él en un mesón de la Cava Baja— había llevado mucho tiempo y cuando, por fin, lo localizaron no resultó fácil abordarlo. Habían averiguado que acudía a la misma tertulia que doña Claudia Osorio y que allí defendía posiciones contrarias a cualquier tipo de novedad. Descubrieron también que, pese a aparecer públicamente como un defensor de la moral, había sido en otro tiempo un sujeto rijoso que mantuvo una barragana, pero eso era agua pasada. Ahora no era un ejemplo de virtud, pero se le había pasado el tiempo de la virilidad desbocada. Habían averiguado que era capellán de las dominicas del convento de Santa Catalina de Siena y de un beaterio en la calle de Atocha donde se recogían mujeres arrepentidas.

Ordeñana había dado instrucciones a Agapito de que actuaran con mucha discreción porque era persona con importantes relaciones y estaba acogido al fuero eclesiástico. Ya habían tentado a la suerte con Secundino y era mejor andarse con cuidado. Detenerlo podía acarrearles muchos problemas.

—Uno de mis hombres lo abordó para decirle que quería hablar con él sobre un suceso acaecido junto a las Gradas de San Felipe donde había muerto un hombre, pero se negó a responderle e incluso lo amenazó con denunciarlo si seguía importunándolo. Está siendo un hueso duro de roer. No sé si presionando algo más a Secundino... —propuso Agapito.

—¡Ni hablar!

—Pues entonces no sé qué podemos hacer.

—Tampoco yo, pero tenemos demasiados hombres entretenidos en este asunto y mientras, los ingleses campando a sus anchas por Madrid.

—Si no os andáis con muchos melindres, yo puedo arreglar esto. No me preguntéis cómo, pero puedo.

Ordeñana, consciente de que había que estrechar la vigilancia sobre el embajador y los dos ingleses que tenía localizados en la fonda de la Carrera de San Jerónimo, no respondió. Eso bastó a Agapito.

—No te propases —le dijo Ordeñana antes de que se retirara.

—Mañana está esto resuelto. Todo lo más tarde pasado —aseguró

poniéndose el gorro.

Estaba dispuesto a aguardar el tiempo que hiciera falta frente al chaflán que formaba la fachada del convento de Santa Catalina de Siena, donde confluían la Carrera de San Jerónimo y la calle del Prado. Ese don Luis Noriega no se le escabulliría como había hecho hasta entonces. Estaba dentro y tenía que salir por aquella puerta. Se distraía mirando los machones que habían sostenido hasta hacía pocos años el arco de Capuchinos que se alzaba en la entrada de la calle del Prado. Lo había conocido cuando era un niño y jugaba por allí. Cuando la chiquillería cantaba una coplilla que decía:

*El ladrón más afamado,  
por no morir degollado,  
se vistió de colorado.*

Nunca había entendido muy bien aquello hasta que su padre, que era persona leída y siempre quiso que se instruyera en las cosas del estudio sin que él mostrase mucha aplicación pese a las azotainas que le dejaban las nalgas muy maltratadas, le explicó que era una copla sacada a don Francisco de Sandoval y Rojas, primer duque de Lerma, quien se había construido el impresionante palacio que se alzaba allí, ocupando una manzana completa. El duque se había gastado una fortuna en levantarlo cuando era el valido de Felipe III. También le explicó su progenitor que había sido un hombre muy corrupto; que, valiéndose de su poder, convenció al rey de las ventajas de trasladar la capital a Valladolid donde, con anterioridad, había comprado muchas casas y terrenos que luego vendió, multiplicando su valor, por la necesidad de nuevas construcciones para instalar la corte, los consejos y toda la administración de la monarquía en la nueva capital. Valladolid fue capital de España durante muy pocos años porque el cabildo municipal de Madrid ofreció una importante suma de dinero para que la corte regresase de nuevo a la villa.

Tras casi dos horas de espera, vio cómo la puerta se abría y don Luis salía encasquetándose la teja. El clérigo miró hacia ambos lados, como si temiera algo, antes de echar a andar calle del Prado arriba. Aquel detalle no gustó a Agapito. Para que su plan tuviera éxito necesitaba que el clérigo no sospechase. Lo bueno era que no había reparado en él. Le dio alguna ventaja antes de seguirlo y, como había previsto, se encaminó hacia su domicilio, una casa de dos plantas en la plazuela de Matute. Cuando enfiló la calle del León, Agapito apretó el paso, se colocó tras él y al llegar a la altura de una casa cuyo portalón estaba sumido en la penumbra, lo amenazó con una descomunal navaja que había

aparecido en su mano.

—Si vuestra paternidad grita, lo ensarto como a una corneta. ¡Vamos, adentro!

Noriega sintió la punta de la navaja en sus riñones y apenas pudo susurrar una protesta al empujarlo Agapito hacia el portal, obligándole a subir por unas escalerillas que daban a un habitáculo mal iluminado por un ventanuco que daba a un patio interior.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —Noriega estaba atemorizado.

—La información que os habéis negado a darnos por las buenas.

—¿Quién sois? —insistió.

—Quien conoce cosillas en las que andáis metido. Quiero respuestas a mis preguntas.

—Y... ¿si me niego?

Agapito miró la hoja de su navaja.

—Aveniros a razones. Lo que quiero saber es por qué habéis intentado raptar a doña Claudia Osorio.

—¿¡Cómo os atrevéis!?! ¡Acusarme de tamaña infamia! ¡Estáis amenazando a un hombre de Dios!

—¡Eso me importa un bledo! ¿Conocéis a Secundino, el del Santo Oficio?

El rostro del clérigo se contrajo.

—Vuestro semblante os delata.

—¡Nada tengo que ver con esa muerte en las Gradas de San Felipe!

—Ni yo os he acusado de ello. Sólo quiero información.

Noriega hacía esfuerzos por controlarse. Estaba acalorado y empezaba a sudar.

—¿Qué queréis saber?

—Veo que empezamos a entendernos.

—¿Qué queréis saber? —insistió, visiblemente incómodo.

—Ya os lo he dicho. La razón por la que ordenasteis raptar a doña Claudia Osorio.

El clérigo dudaba y Agapito le ayudó a resolver su dilema.

—Páter, lo que os estáis jugando en este envite es la vida. Prestadme atención porque no voy a repetir lo que voy a deciros. Yo obtengo la información que he venido a buscar y guardo silencio sobre esos asuntillos en que andáis metido y os tienen hasta el cuello.

—¿Asuntillos? ¿Qué asuntillos? —preguntó Noriega desafiante.

—¿Deseáis que os refresque la memoria? ¿Os hablo del garito de la calle de Toledo, el que está cerca del puente? ¿Del prestamista Junqueras? ¿De vuestras deudas de juego?

Si el nombre de Secundino había contraído su semblante, ahora palidecía.

—¡Callaos! ¡Callaos, por el amor de Dios! —El clérigo hizo un aspaviento.

—Me alegra comprobar que vuestra memoria funciona.

El padre Noriega estaba angustiado.

—¿Qué garantías tengo de que no me mataréis cuando os diga lo que queréis saber?

—Si soltáis la lengua saldréis de esta habitación con vida. No gano nada con mataros y a vuestra paternidad no le conviene denunciarme, saldrían a la luz vuestros trapos sucios. También puedo juraros por la salvación de mi alma que no os mataré. Decidíos, páter. Esto puede quedar entre vos y yo. Hablamos, salimos de aquí y chitón por la cuenta que nos trae a ambos.

—¿Me ofrecéis un trato?

—Si queréis, llamadlo así. Una vez respondáis, mis hombres y yo desapareceremos de vuestra vida. Me trae al fresco adónde van a parar las limosnas que recogéis.

—Está bien, está bien. —Sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió el sudor.

—Claudia Osorio es hija de una prima de mi madre...

—¿Es familia vuestra?

—Algo retirada, pero familia al fin y al cabo. Mi abuelo y el de Claudia eran hermanos. Mi abuelo era mucho mayor que el suyo. Tuvieron diferencias por unos prados y unas vacas. ¡Nos robaron!

—¿Buscabais venganza? —El clérigo, avergonzado, agachó la cabeza—. ¿Pensabais matar por eso a doña Claudia Osorio?

—¡No, por al amor de Dios! ¡Sólo pretendía darle un escarmiento!

—¿Un escarmiento? ¡Qué culpa tenía ella de esas peleas de familia!

Noriega farfulló una excusa y dijo algo entre dientes pensando que Secundino también se habría ido de la lengua con lo de los ingleses.

—No he oído lo que decíais.

—Unos ingleses me ofrecieron hacerse cargo de una importante deuda, si la raptábamos.

—¿Eran ingleses quienes querían raptar a doña Claudia Osorio?

—Querían utilizarla como moneda de cambio.

A Agapito se le mudó la expresión y Noriega se dio cuenta de que acababa de desvelar algo que aquel sujeto no sabía. Pensó en guardar silencio.

—¡Repetid eso! —Bastó que dudara un instante para que le colocara la punta de la navaja en su cuello—. ¡Hablad!

—Lo haré, pero apartad esa navaja de mi garganta. —Agapito retiró un palmo la navaja y el clérigo se pasó otra vez el pañuelo por la frente—. Esos

ingleses querían unos papeles que pertenecieron al padre de Claudia. Ellos, a quienes conocía del garito de la calle de Toledo, me dieron el dinero para contratar a esos malhechores y prometieron hacerse cargo de unas deudas que tenía con una gente peligrosa. Pero lo de las Gradas de San Felipe salió mal...

Agapito recordó que su jefe le había dicho que unos desconocidos habían robado en casa de Claudia Osorio y que no había forzadas ni puertas ni ventanas. Pensó que tal vez fueran los papeles y lanzó un anzuelo.

—¿Esos ingleses se hicieron con los papeles?

—Sí. Entraron en casa de Claudia.

—¿Cómo lograron entrar?

—Abriendo la puerta con una llave.

—Explicadme eso.

Noriega se limpió el sudor del rostro una vez más.

—La noche... la noche del asalto Claudia Osorio perdió su bolso. En él había una llave de su casa.

—¿Se la dio vuestra paternidad a los ingleses?

—Solo así pude lograr que cumplieran su compromiso de condonar mi deuda. ¿Puedo ahora marcharme? Me lo habéis prometido.

—Antes tenéis que contestar a alguna otra pregunta. ¿Cómo conocisteis a esos ingleses y cómo sabían vuestra delicada situación... económica? ¿Por qué acudieron a vuestra paternidad para que raptarais a doña Claudia?

El rostro de Noriega enrojeció.

—Iban al mismo garito que yo en la calle de Toledo. Sabían que tenía... problemas. En esos sitios se conocen la vida y milagros de todos los que se sientan a las mesas. Respecto a Claudia Osorio... bueno, se me fue la lengua una noche en que estaba achispado. ¿Puedo irme?

—Sí, pero antes me explicáis qué tiene que ver ese Secundino en todo esto.

Noriega, con un hilo de voz, le explicó su intento de que a Claudia le formara proceso la Inquisición por ciertas opiniones vertidas en la tertulia del Buen Gusto.

—¿Puedo irme ahora?

—Sí. Pero debéis saber que para vos Claudia Osorio no existe. ¿Me habéis entendido?

Asintió con la cabeza y salió tan deprisa que trastabilló y estuvo a punto de caerse.

Mientras se abotonaba su mejor camisa no dejaba de pensar en la suerte que lo había acompañado desde que había embarcado el último día de enero en la *The First August*. La travesía hasta Londres se había hecho sin incidentes dignos de mención. No era poca cosa, teniendo en cuenta que el hecho de embarcarse ya suponía asumir un notable riesgo. Había sido acogido en Londres con gran consideración. No sólo la Royal Society se había interesado por sus trabajos, sino que un viejo conocido como el almirante George Anson, que acudiría aquella noche a la docta sociedad, mostraba su deseo de compartir con él mesa y mantel. Lo invitaba a almorzar en su casa de la campiña. También John Russell, duque de Bedford, que en aquel momento ejercía de secretario de Estado, había anunciado su presencia para oír la conferencia que iba a impartir. Todo marchaba a pedir de boca. Su estancia en Londres, salvo por las tensiones que generaba su misión, estaba resultando agradable. Su añoranza era Claudia, que se había metido en los pliegues de su alma. Si había algo tan importante para él como servir a su rey y a su patria, era compartir su vida con ella.

Se puso su uniforme de gala de capitán de navío de la armada española. La viuda O'Brien lo había planchado perfectamente y lustrado las botas con tanto primor que relucían como si las estrenase. Se miró al espejo y dejó escapar un suspiro pensando en que la jornada habría sido completa si Claudia hubiera podido acompañarlo a la Royal Society.

Estaba satisfecho porque el maestro Rooth había aceptado su propuesta. Él y Guillermina habían salido la víspera, acompañados por Solano, hacia Folkestone, un pequeño puerto en la costa Este, cerca de Dover. No había resultado fácil la negociación con el afamado maestro constructor. Pese a que se mostró dispuesto a entrar al servicio del rey de España, sus exigencias fueron muchas. Pero después de que le mostrara los planos de algunos modelos de los navíos de línea y las fragatas que era capaz de construir, supo que su presencia en los astilleros españoles era lo que don Zenón deseaba. Habían acordado un sueldo de 55.000 reales anuales, a los que había que añadir algunos privilegios como que se le facilitaría una vivienda acorde con el servicio que iba a prestar, los gastos de los criados que necesitaría para su servicio y poner a su disposición una carroza. Jorge Juan sabía que era un exceso. Era más de lo que percibían los miembros de los Reales Consejos, pero las aportaciones de Rooth al servicio del rey serían al menos tan importantes como las de los consejeros.

Rooth y su hija viajarían en la *Santa María del Buen Aire*, una fragata

española que zarparía de Londres al día siguiente, pero era una temeridad que Rooth y Guillermina embarcaran allí. El maestro era muy conocido, podía desvelar su presencia en Londres y las consecuencias serían funestas. Por eso habían tomado con Solano un coche de alquiler que los llevaría a Folkestone donde sería difícil que lo identificaran. Allí la fragata haría escala para recogerlos.

El mismo día que cerró el acuerdo escribió a Ensenada y a Ordeñana con la noticia. La *Santa María del Buen Aire* rendiría viaje en Santander. Allí aguardaría Rooth a la persona que Ordeñana enviaría a recogerlos.

Jorge Juan era consciente de que la llegada de Rooth a España aumentaba los peligros de su misión. Los espías que los ingleses tenían en El Ferrol, Cádiz y Cartagena podían descubrir su presencia e informarían a su embajada y empezaría las sospechas y las pesquisas. Pero antes de que eso ocurriera dispondría de algunos meses. Tenía que acelerar los posibles contactos con maestros cordeleros, fabricantes de jarcia, expertos en aparejos de buques, fabricantes de lonas, carpinteros de ribera y artesanos experimentados en las artes náuticas. Era lo que Ensenada le pedía en la misteriosa carta que había abierto a su llegada a Londres. Era consciente de que eso suponía asumir unos riesgos mayores. Podía cometer un error o plantear su propósito a personas inadecuadas.

Terminó de vestirse, colocarse la peluca y componerse para una ocasión como aquella cuando el coche de alquiler que había contratado aquella mañana se detenía ante la puerta de la viuda O'Brien, que acudió a abrir.

—Supongo que buscáis a *mister* Juan.

—En efecto.

—Bajaré enseguida.

El cochero apenas tuvo que aguardar. Jorge Juan se acomodó en el vehículo que lo llevaría a la embajada de España, adonde acudirían a recogerlo unos miembros de la Royal Society. La misma que hasta hacía poco más de dos décadas había tenido como presidente a *Sir* Isaac Newton, quien ya había planteado la posibilidad de que la forma de la Tierra no fuera una circunferencia perfecta. En la legación diplomática lo recibió el embajador y en una salita aguardaron a que llegaran los ingleses, que aparecieron poco después. Eran dos caballeros que estaban deseosos de conocer a aquel marino español que había medido el arco del meridiano y sus cálculos habían permitido establecer que la Tierra no era una esfera perfecta, sino que se ensanchaba por el ecuador y era ligeramente aplastada por los polos. Saludaron a Wall quien hizo las presentaciones. Jorge Juan estrechó su mano. Ambos intercambiaron una mirada al comprobar, encantados, la facilidad con que el marino español se expresaba en

su lengua. En nada tenía que envidiar al habla de un caballero educado en alguno de los prestigiosos colegios de Oxford o de Cambridge.

—*Mister* Juan, es un placer conoceros y para nuestra sociedad un honor abriros sus puertas.

—Quien recibe el honor soy yo.

Subieron a la carroza en que los miembros de la Royal Society habían llegado a la embajada, que los condujo por un vericuetto de calles de las que habían desaparecido los edificios de madera, prohibidos después del Gran Incendio que había asolado una buena parte de Londres hacía poco más de ochenta años. Las nuevas construcciones se habían levantado en piedra y argamasa.

Durante el trayecto comentaron lo duro del invierno londinense al sumarse al frío y la lluvia las brumas del Támesis que envolvían la ciudad durante buena parte del día.

—Londres sólo se ve libre de niebla en los meses de verano —indicó uno de los caballeros y añadió—: Aquella de allí es la cúpula de Saint Paul.

—Muy esbelta y elegante —concedió Jorge Juan.

—¿Sabéis que su arquitecto fue miembro fundador de nuestra sociedad? Se llamaba Christopher Wren, a quien debemos varios de los edificios construidos después del Gran Incendio.

—Parece copia de San Pedro del Vaticano —indicó Jorge Juan.

Los ingleses, visiblemente molestos, intercambiaron una mirada y Wall carraspeó. Jorge Juan tendría que aprender que, si en España la Inquisición defendía la ortodoxia católica, en Gran Bretaña a los católicos se les prohibían sus manifestaciones religiosas en público y carecían de los derechos de los anglicanos. Se dio cuenta de lo inoportuno de su comentario y pensó que en todas partes cocían habas, como se decía en España.

—¿Desde cuándo existe la Royal Society? —preguntó para rebajar la tensión provocada por su comentario.

—Es difícil decirlo, pero oficialmente desde 1660 —respondió uno de ellos—. Con anterioridad las reuniones de personas que compartían sus investigaciones y experimentos tenían lugar en la casa de alguno de ellos. La fecha del acta fundacional es el 28 de noviembre de 1660. En la actualidad somos más de trescientos miembros.

—¿Cuándo celebran sus sesiones?

—Los miércoles. Pero con frecuencia hay reuniones extraordinarias como la de hoy.

—¿Cómo se sostiene económicamente?

—Goza de la protección de la Corona. Recibe algunos ingresos de sus

publicaciones y los miembros pagan diez chelines cuando ingresan y un chelín semanal para colaborar a su mantenimiento. —Al ver el interés de Jorge Juan añadió—: Las reuniones en los primeros años se celebraban en el Gresham College, pero el incendio de 1666, obligó a trasladarse a la Arundel House, que fue sede de la sociedad hasta que en 1710, siendo presidente *Sir Isaac Newton*, se compraron las casas de Crane Court, en Fleet Street.

—La época en que se reunían en casas particulares se conoce como el Colegio Invisible —apostilló el otro acompañante.

—Curioso nombre.

Los ingleses intentaron explicárselo. Se cedieron la palabra y uno de ellos señaló:

—Es la expresión que utilizó Robert Boyle en algunas de sus cartas. Supongo que sabéis quién es Boyle —añadió con cierta sorna.

A Jorge Juan no le gustó el tono.

—Creo recordar que enunció una ley acerca de la relación que existe entre los gases y la presión a que se les somete. Por cierto, tengo entendido que por las mismas fechas en que la enunció Boyle la formuló un francés llamado Mariotte, si no recuerdo mal.

El coche aminoraba la marcha para detenerse. Era lo mejor que podía ocurrir. El postillón rindió el estribo y Jorge Juan admiró la sede de la Royal Society. En el frontispicio podían verse las armas que el rey Carlos II había concedido a la sociedad y sobre el dintel de la puerta podía leerse en letras doradas el lema: «Nullius in verba.» Era una clara alusión a la vía de conocimiento experimental que era característica de la sociedad. Rechazaban el criterio de autoridad como vía del conocimiento y habían tomado el lema de una frase del poeta latino Horacio: «*Nullius addictus iurare in verba magistri*» (No me siento obligado a jurar por las palabras de maestro alguno).

En la puerta aguardaba el presidente, Martin Folkes, que fue presentado a Jorge Juan por el embajador Wall.

—*Mister Juan*, para esta sociedad es un gran honor abriros sus puertas.

—Me abrumáis con vuestra amabilidad, señor.

A continuación pasaron al amplio vestíbulo donde podían verse algunos bustos de personalidades, vitrinas que contenían numerosas curiosidades y maquetas de máquinas que habían sido utilizadas para experimentos físicos y matemáticos por algunos de sus socios. Folkes fue presentándole a otros miembros de la sociedad como William Jones, el matemático que había determinado la utilización del número  $\pi$  como valor en la medición del radio de la Tierra, o Hans Sloane, presidente hasta hacía poco de la sociedad y un eminente botánico, que estaba en una silla de manos porque a sus noventa años

tenía problemas de locomoción. Conoció a *Lord* Hardwicke y recordó el consejo de Wall acerca de los *whigs* y la Royal Society para que tuviera cuidado con las manifestaciones en defensa del monopolio comercial que España mantenía en las Indias, porque la burguesía londinense suspiraba por entrar en el enorme mercado que era el Imperio español.

Los últimos en saludarlo fueron el almirante George Anson y el duque de Bedford. El primero ofrecía un porte majestuoso. Tenía el pelo de natural blanco, la piel curtida, como correspondía a un marino de larga trayectoria; vestía casaca negra galoneada de oro y un chaleco largo de color carmesí. El duque de Bedford hacía poco que había dejado de ser Lord del Almirantazgo para convertirse en uno de los dos secretarios de Estado. Sus pronunciados mofletes remarcaban la redondez de su cara. Intercambiaron frases cordiales y el primero aludió a su deseo de ser su anfitrión.

La sala donde iba a dar la conferencia presentaba un aspecto envidiable. Los centenares de bujías que iluminaban las arañas que colgaban del techo hacían resplandecer los dorados. Hubo un momento en que Jorge Juan se sintió abrumado. Pero, superado ese instante, ofreció una conferencia espléndida.

Cuando aquella noche se acostó, tras ser agasajado con una cena que les sirvieron en un salón cercano a la Royal Society, cayó en un sueño profundo, pero agitado. Preocupado por la amenaza que pendía sobre Claudia, esperaba ansioso noticias de ella. En todo aquel tiempo sólo había recibido una carta. El correo ordinario era lento, además de costoso.

El marqués de la Ensenada llegaba temprano a su gabinete. Era hombre madrugador siempre que la víspera no hubiera organizado en su casa —un pequeño palacete que los madrileños conocían como Buenavista, cercano al del Buen Retiro— una velada con amigos, que era una de sus principales aficiones. Había verdaderas pugnas por asistir a ellas entre las damas casaderas, a las que la juventud empezaba a ajársele, y entre las viudas de algunas de las más renombradas familias de la Villa y Corte. Don Zenón, en la cúspide de su poder, era un excelente partido matrimonial. Sin embargo, el riojano hacía una defensa numantina de su soltería, que consideraba uno de sus más preciados bienes, aunque no hacía remilgos a solazarse si se presentaba una ocasión propicia.

Gustaba de agasajar a sus invitados con lo mejor, incluidos los magníficos caldos que se hacía traer de su tierra. Afirmaba que hasta el más necio de sus viticultores hacía buen vino. No era del todo cierto, pero los caldos de La Rioja eran muy celebrados en la corte. Amigo de las novedades, disfrutaba sorprendiendo a sus amigos. Ordenaba a su cocinero preparar exquisiteces, poco vistas en las mesas de la Villa y Corte, que harían palidecer de envidia a los *gourmets* de mayor fuste que había en París, convertida desde hacía mucho tiempo en la ciudad que marcaba también las pautas gastronómicas. A veces aquellas originalidades causaban estupor, como el uso culinario que en su cocina se daba a las patatas, hasta entonces comida con la que aliviar el hambre de los pobres. Aquellos tubérculos traídos a Europa desde América se habían utilizado como plantas ornamentales en algunos jardines. Don Zenón se las servía a sus invitados asadas, cocidas, fritas...

Se sorprendió al ver en la antecámara a Ordeñana. Algo grave había sucedido.

—Madrugador te veo, amigo mío —lo saludó, disimulando su inquietud—. ¿Puede saberse que te trae tan de mañana?

—Varios asuntos, señor. Todos de la mayor gravedad.

—Pasa —le indicó cuando Moriche hubo abierto la puerta del gabinete—. ¿Qué tienes que decirme?

—Lo primero es que he recibido correo de Jorge Juan. Un tal Richard Rooth llegará próximamente al puerto de Santander, a bordo del *Santa María del Buen Aire*. Es uno de los mejores constructores de buques que hay en Inglaterra.

—Estoy al tanto. También me ha escrito a mí. Dice que le ha mostrado el diseño de un navío de línea que aúna la velocidad de los buques franceses con el

poderío artillero de los ingleses. Jorge Juan afirma que es posible con la proporción de manga y eslora que ha previsto y con ciertas modificaciones en la proa y en la quilla, gracias a la forma de ensamblar las cuadernas.

—Si de los papeles puede llevarse a la práctica, sería extraordinario.

—Jorge Juan dice que es factible.

—¿Ha explicado a su excelencia cómo ha logrado convencerlo?

—Eso es lo que menos me importa. ¿Has tomado alguna providencia para que se ponga manos a la obra lo antes posible?

—Tengo dispuestos dos hombres de entera confianza para que recojan al inglés que viene acompañado por una hija suya. ¿Su excelencia ha pensado ya adónde va a trabajar?

—Irá al arsenal del Ferrol. —Ordeñana asintió—. ¿Qué otros asuntos me traes?

—La reina se ha vuelto a reunir con Keene...

—¿Cómo lo has sabido? —lo interrumpió Ensenada.

—Recordad que tenemos una camarera de la reina.

—¿Qué información te ha dado?

—Que el tratado con Portugal da pasos de gigante. Dice que las negociaciones han recibido un gran impulso desde que el embajador inglés está en Madrid.

Ensenada se quedó inmóvil ante el gran ventanal que iluminaba su gabinete. Tenía los brazos a la espalda y golpeaba con la palma de una mano el dorso de la otra. El sol se elevaba ya por encima de los tejados y el día se presentaba luminoso. El rictus que se había dibujado en su semblante indicaba que la alegría producida por las excelentes noticias de Jorge Juan había desaparecido.

—No alcanzo a comprender cómo Carvajal no entiende que estamos sirviéndole en bandeja a los británicos penetrar sin problemas hasta el mismísimo corazón de las Indias. Está dispuesto a ceder en cosas importantes con tal de mantenerse en armonía con Londres sin darse cuenta de que no hace sino engordar a la bestia. Son insaciables, Ordeñana, insaciables. Si ese tratado se firma, no podremos poner freno al contrabando a una escala muchísimo mayor que ahora. Portugal es un satélite de Londres desde que proclamaron rey al duque de Braganza hace algo más de un siglo. Vieron en los ingleses la garantía a su independencia y hacen todo lo que pueden para agradar a Londres.

—Según la camarera, el papel de doña Bárbara está siendo determinante.

—No necesito que me lo digas. Esa matrona infecunda, picada de viruela, no ha olvidado que es portuguesa y lo peor es que el rey no ve más que por sus ojos. No tenemos más opción que jugar la carta de los jesuitas. Ellos no están conformes con la posibilidad de que sus reducciones queden en manos de los

portugueses. Saben cómo se comportan con los indígenas. ¿Cómo se llaman esos propietarios?

—*Bandeirantes*, señor.

—Esos *bandeirantes* son peores que los piratas. Si se hacen con los establecimientos que los jesuitas han levantado en la zona del río Uruguay, someterán a esos indígenas a la peor de las esclavitudes. Hay que hablar con el padre Rávago. Es el único que puede hacer algo. Al fin y al cabo también es jesuita. Lo veré hoy mismo. Muchas gracias, mi buen Ordeñana. ¡Qué sería de mí sin tu ayuda y la de otros como tú! Tenme al tanto de cualquier otra novedad que surja. Puedes retirarte. Tengo asuntos que atender...

Ordeñana había dejado para el final la cuestión más delicada. La información que Agapito había obtenido del padre Noriega.

—Hay otra cosa que debe conocer su excelencia.

—¿No es ya bastante por hoy?

—¿Recordáis que os informé de que unos sujetos habían entrado a robar en casa de la viuda de Baltasar Osorio?

—Sí, creo recordar que se llevaron unos papeles. Pensamos que se trataba de ladrones que creyeron que los caudales de aquella casa estaban en la arquilla que guardaba los papeles.

—Quienes se apoderaron de ellos fueron unos agentes ingleses.

Don Zenón arqueó sus pobladas cejas.

—Eso es muy grave. ¿Cómo lo has averiguado?

—Gracias a la información que nos facilitó ese Secundino, el del Santo Oficio —le aclaró Ordeñana—, hemos llegado hasta un clérigo que le hizo el encargo de secuestrar a Claudia Osorio. Ahora sabemos que esos ingleses lo sobornaron para que la raptase y pedir como rescate los papeles de su padre.

El ministro torció el gesto. Se recogió los faldones de su levita y se sentó, indicando a Ordeñana otro sillón.

—Explícame eso con todo detalle.

—Como su excelencia sabe algunos de mis hombres han estado pendientes de la hija de Osorio, después de que unos desconocidos la asaltaran en las Gradadas de San Felipe. Jorge Juan acompañaba a la joven y acabó con la vida de uno de los asaltantes poniendo en fuga a los otros. Hemos ido tirando del hilo para devanar un ovillo muy enredado. Primero obligando a hablar al tal Secundino, que resultó ser un bellaco redomado. Mantiene contacto con pandillas de malhechores y hace tratos con ellos para que ajusten ciertos asuntillos. Por ese procedimiento busca dinero para gastárselo en putas. Como os he dicho, ese sujeto nos ha llevado hasta un clérigo, llamado Luis Noriega, que es asiduo a la tertulia que se celebra en casa de la condesa de Lemos. Allí supo

que Claudia Osorio y su madre, de la que es pariente, estaban en Madrid. El clérigo intentó embrollarla con un proceso inquisitorial, a cuenta de ciertas opiniones que la joven había vertido en dicha tertulia, pero no lo consiguió. Entonces buscó al tal Secundino para raptarla porque Noriega había recibido la visita de un par de ingleses que le prometieron limpiar una importante deuda de juego que tenía contraída. Os diré que ese capellán también está hecho un truhan que se gasta lo que no tiene en un garito que hay en la calle de Toledo.

—¡Qué barbaridad! ¿¡Es que todo son bellaquerías en esta España nuestra!?

—Hay mucho malandrín, señor y... no es oro todo lo que reluce. Los ingleses, que estaban al tanto de sus deudas, lo convencieron para lo del secuestro. La deuda la tenía con unos tahúres de mesa.

—Pero lo del rapto les salió mal. ¿Por qué esos ingleses no organizaron el rapto ellos mismos?

—No lo sé, señor. Pero supongo que no querían aparecer implicados si, como ocurrió, la cosa salía mal. Llegar hasta ese Noriega nos ha costado mucho esfuerzo.

Ensenada quedó en silencio, como traspuesto. Era algo que al ministro le ocurría cuando se sumía en profundas cavilaciones. Al cabo de un rato Ordeñana preguntó:

—¿Cuáles son las órdenes de su excelencia?

Ensenada lo miró como si se hubiera despertado de un sueño.

—Hemos de hacernos con esos papeles. ¿Tenemos localizados a los ingleses?

—No, señor. No son los que se alojan en la Carrera de San Jerónimo. Noriega dijo que apenas los conocía, pero quizá nos mienta. Lo seguimos por si nos proporciona una pista.

—Hacerse con esos papeles es prioritario. —Meditó un momento y miró a Ordeñana—. Quizá la viuda de Osorio o su hija puedan facilitarnos información de interés. No dejes de protegerlas a ellas y a su casa. No podemos correr más riesgos. Osorio llevó a cabo misiones importantes y habrá mucha información en sus papeles. También debéis seguir la pista a ese cura. Eso es más importante en este momento que cualquier otro asunto. ¿Tenemos a alguien en la tertulia de la casa de la condesa de Lemos?

—Podríamos decírselo al doctor don Diego de Torres y Villarroel.

—¿A ese mequetrefe?

—Sí. Es habilidoso y después de lo del libro de Jorge Juan...

—Está bien. Ponlo al tanto y que intente algo con la hija.

—¿Alguna otra cosa, señor?

—Nada más. Mantenme informado de cualquier novedad. Esto se está

complicando mucho.

Jorge Juan estaba aún bajo los efectos de una carta de Claudia recibida en Lombard Street y otra cifrada de Ordeñana, que había utilizado la valija diplomática. Su amigo le daba cuenta de lo que habían logrado averiguar y que la confesión del tal Secundino les había conducido hasta un clérigo llamado don Luis Noriega, a quien suponía que conocía porque asistía a la tertulia de la casa de la condesa de Lemos. Le decía que tenía problemas con deudas de juego en un tugurio de la calle de Toledo y se prestó a raptarla para exigir, a cambio de su liberación, los papeles de su padre. Como se había frustrado el intento de rapto, los robaron porque dispusieron de la llave que Claudia llevaba en el bolso. Detrás de todo se encontraban agentes ingleses. Ordeñana despedía su misiva diciéndole que había redoblado la vigilancia sobre Claudia y sobre su vivienda. También le daba una excelente noticia: la *Santa María del Buen Aire* había llegado al puerto de Santander y Richard Rooth y su hija debían de estar ya en El Ferrol.

La carta de Claudia era de tenor muy diferente. Desnudaba su alma y le abría su corazón. Le contaba que no habían vivido nuevos sobresaltos y que su amigo Ordeñana mantenía una discreta vigilancia sobre ella y su madre. Le decía que lo echaba de menos y que su mayor deseo era que regresase pronto a Madrid.

A Jorge Juan le dejó un poso de preocupación lo que Ordeñana le contaba. No podía dejar de pensar en el peligro que seguía cerniéndose sobre la mujer que se había apoderado de su corazón. Jorge Juan no recordaba haber leído nada particularmente interesante para los ingleses, pero él había visto sólo una parte muy pequeña de los papeles del padre de Claudia. Recordó que le había comentado que poco antes de morir su padre había viajado a Londres por Holanda y que, desde que regresó, había estado muy nervioso.

Se levantó presa de un cúmulo de sensaciones. Inquieto con las noticias de Ordeñana y con una alegría difícil de definir por lo que Claudia le decía en aquellas líneas llenas de ternura y amor, unos sentimientos de los que siempre había estado ayuno, al haber perdido a sus padres siendo un niño de apenas tres años. No guardaba apenas recuerdos de sus progenitores, Bernardo Juan y Violante Santacilia ni del tiempo que había vivido en Novelda. No podía quejarse del trato que le habían dispensado sus tíos paternos Antonio y Cipriano, pero sus atenciones distaban mucho del amor maternal del que no había disfrutado, aunque la relación con su hermana era muy buena y la había cuidado

mucho, pese a que no había sido frecuente. Eso lo había convertido en un hombre reservado y poco amigo de expansiones. Claudia había producido una transformación en su vida. Seguía estando dispuesto a dar la vida por su rey, pero tenía razones muy importantes para conservarla.

Tenía ante sí una jornada intensa. A primera hora iba a visitar al vicario de Saint Magnus, una parroquia próxima al puente de Londres. Según Mora, no había dudas con su persona. El vicario estaba dispuesto a facilitar cierta información de interés. Luego lo recogería la carroza del almirante George Anson. Estaba invitado a almorzar con él.

Mientras la viuda O'Brien disponía las viandas del espléndido desayuno con que lo obsequiaba cada mañana, hizo balance. Habían conseguido datos importantes de la armada inglesa, tenían planos y detalles sumamente valiosos y el maestro Rooth y su hija habían llegado a España. No era un mal resultado para los meses que llevaban en Londres. Por otro lado, eso significaba que pronto los ingleses empezarían a sospechar que en Londres había agentes españoles reclutando hombres para trasladarlos a España y revelar técnicas de construcción naval, que eran secretos de Estado. Entonces los buscarían hasta debajo de las piedras y los perseguirían como a ratas. El tiempo empezaba a correr en su contra. Pero hasta el momento las cosas no habían podido ir mejor.

Había otro constructor dispuesto a cerrar un acuerdo con él. Se llamaba Edward Bryant y en la reunión que habían mantenido todas las referencias acerca de su maestría como experto quedaron confirmadas. Bryant le había mostrado los planos de un navío muy marinero pese a soportar la pesada carga de una poderosa artillería. Lo lograba a base de reducir la relación entre la manga y la eslora, utilizar maderas muy ligeras y jugar con la curvatura de las cuadernas de proa. Sus emolumentos eran elevados, pero merecía la pena pagarlos. Como en el caso del maestro Rooth, Bryant quería marcharse junto a su familia, consciente de que no podían permanecer en Londres cuando se supiera que había entrado al servicio del rey de España. Con Bryant se marcharían también media docena de operarios expertos en la elaboración de varengas y ensamblado de las cuadernas.

Se trataba de mucha gente porque algunos operarios también llevarían a sus familias. Jorge Juan dudaba de si lo más conveniente era embarcarlos a todos, cerca de una veintena de personas, en un mismo lugar. Un grupo tan numeroso podía llamar la atención. Barajaba la opción de hacerlo en lugares diferentes para pasar más desapercibidos y que se reunieran en algún lugar de la costa normanda. Desde Francia viajarían a España.

—Poco café y mucha leche. —Helen vertía la leche caliente sobre el café de su taza.

—Muchas gracias, señora O’Brien. ¿Hizo el encargo que le encomendé?

—Sí, señor. A Johnny le dieron una magnífica propina.

—¿Cuánto os costó?

—Dos chelines y cuatro peniques.

Jorge Juan entregó a la viuda una moneda de cuatro chelines.

—Tengo que devolveros...

—Nada, quedáoslo. Os estoy muy agradecido.

—¡Oh! ¡Muchas gracias!

Terminó el desayuno y salió a la calle para visitar al vicario de Saint Magnus. A cambio de cierta suma que, según el clérigo, iba destinada a las obras de su congregación, le facilitaría el contacto con un maestro de jarcia. Jorge Juan sabía que la jarcia era tan importante como un buen diseño. El encuentro era en la casa parroquial del vicario, junto a Billingsgate y muy cerca de Thames Street. Llegó puntual. Los ingleses eran muy quisquillosos con la puntualidad, algo secundario para los españoles. Retrasarse unos minutos, que en España era considerado casi una cortesía, provocaba un considerable enfado. Un ama de llaves, con gesto adusto, le abrió la puerta y, sin preguntarle el nombre, lo condujo hasta el gabinete del vicario.

—La visita que esperabais está aquí —anunció, abriendo la puerta de una salita cuyas paredes estaban forradas de libros. Sobre la mesa se amontonaban los papeles.

—¿Mister Josues? —preguntó sin soltar la pluma con que escribía.

—¿Reverendo Lynch?

—Es un placer conoceros personalmente. —El vicario dejó la pluma, se despojó de los mitones y, levantándose, le estrechó la mano—. Tomad asiento —dijo, señalando uno de los butacones que había junto a la chimenea donde crepitaba un alegre fuego—. ¿Habéis encontrado el lugar sin problemas?

—Bueno... no es fácil llegar. Hay muchas callejuelas y resulta fácil despistarse. Pero... he llegado.

—¿Sabéis que Billingsgate fue la primera puerta marina que tuvo Londres?

—No lo sabía.

—Sus primeras referencias aparecen en textos legendarios en los que a Londres se la denominaba *Trinovantum*. Nombre que deriva de los trinovantes, una tribu que fue sometida por los romanos. Julio César se refiere a ellos en su campaña de Britania.

—Tenía entendido que los romanos ya la llamaban *Londinium*.

—Por eso os he dicho que esas referencias aparecen en textos legendarios, cuya base histórica es cuestionable. Por esa puerta entraba gran cantidad de productos y dio lugar a un mercado importante donde podía encontrarse lo que

llegaba en barcas por el Támesis: objetos de hierro y de cerámica, sal, vino, carbón... Hace poco el Parlamento decidió que fuera la gran lonja del pescado y que esta regulase los precios. Aquí pueden contratarse porteadores. Hay muchos hombres de mar esperando embarcar, charlatanes que ofrecen productos milagrosos para curar toda clase de males y también ladrones. Pero vos no habéis venido a que os cuente algunas peculiaridades del barrio.

—Vuestra explicación me ha parecido muy instructiva.

—Sois muy amable. Tengo entendido que deseáis conocer a un maestro de jarcia.

—Vuestra reverencia me haría un gran favor si me pusiera en contacto con él.

—Es posible, es posible —respondió el vicario.

—Por supuesto, estaría encantado de entregaros un donativo para vuestra parroquia.

—Muy generoso de vuestra parte. Pero, decidme, ¿de qué suma estamos hablando?

Lynch y Jorge Juan llegaron pronto a un acuerdo y poco después al marino lo acompañaba la misma adusta ama de llaves a la salida. Llevaba el bolsillo aligerado, un nombre y una dirección. Consultó su reloj y comprobó que disponía de algún tiempo antes de que fuera a recogerlo la carroza del almirante Anson a una hospedería de una calle próxima a Lombard Street. No quería que se supiera dónde se alojaba y se valía de triquiñuelas para conseguirlo. Se encaminó hacia el puente de Londres, que quedaba a pocos pasos. Con suerte recogería el encargo que había hecho a *mister* Donovan, el único librero ante quien no se presentaba como *mister* Sublevant. El maestro Bryant lo había puesto en contacto con él, advirtiéndole de que era un personaje curioso. Según decía, había sido contrabandista en el mar de las Antillas y durante algunos años se había dedicado al corso e incluso había sido pirata. Esas historias las acreditaba mostrando su pata de palo. También había estado en prisión, afirmaba que lo habían condenado con pruebas falsas. Indudablemente tenía un pasado oscuro, pero era un apasionado de las cosas del mar y lo que no se encontraba en su librería sobre la materia, no era posible encontrarlo en ninguna otra de Londres. La primera vez que lo visitó Jorge Juan comprobó que era un tipo extraño y llamó su atención la vasta cultura que demostraba en las conversaciones, no sólo de asuntos de la mar.

El tráfico era intensísimo y también las disputas por los atascos, pese a las ordenanzas que establecían cómo habían de circular los carruajes. Jorge Juan admiraba la consistencia de unos pilares capaces de soportar todo aquel peso. La variedad de tiendas convertía el puente en un mercado donde podía encontrarse

casi de todo. A sus tabernas concurrían gentes muy diversas. Desde emperifolladas aristócratas que acudían a comprar encajes y cosméticos que no se encontraban en otras tiendas hasta viejos lobos de mar, con aspecto pordiosero, bebiendo cerveza barata.

Entró en la librería que estaba atestada de volúmenes. Donovan atendía a un cliente que deseaba un volumen, recién salido de las prensas, con las tragedias *Julio César*, *El rey Lear* y *Macbeth*.

Una vez que lo despidió comentó al marino español:

—Se ha debido correr el rumor de que hemos impreso esas tragedias del maestro Shakespeare. Es el sexto ejemplar que vendo hoy.

—¿El interés por el teatro no ha decaído en Londres?

—En absoluto, señor. Siguen representándose con éxito las obras de Marlowe o de Ben Jonson y, desde luego, las del maestro Shakespeare. También las de autores más modernos como Goldsmith o George Lillo, ya fallecido. Hay actores que gozan del fervor del público. Debería de ir a ver una actuación de David Garrick en Drury Lane o de John Rich en Covent Garden. Pero daos prisa, la temporada está a punto de terminar.

—¿Qué queréis decir con que la temporada está a punto de terminar?

—En el Drury y en el Covent sólo hacen representaciones en otoño y primavera. En verano hay que ir al teatro de Sadlers. Queda algo más lejos, pero es un lugar agradable.

—Me alegra oír que el teatro sigue vivo.

—He de admitir que la representación de óperas italianas ha ganado mucho terreno de un tiempo a esta parte. El nombre oficial del Covent es Royal Opera House.

Jorge Juan sintió una punzada de envidia con aquel vigor de la escena tan diferente a lo que ocurría en España, donde casi había desaparecido. Lope o Calderón incluso eran vilipendiados. En el Buen Gusto había sido testigo de cómo muchos despreciaban la obra de estos ingenios sin que nuevos nombres hubieran logrado sustituirlos.

—Todo eso que decís es admirable, amigo mío. Me gustaría poder charlar con vos de tantas cosas... Pero hoy tengo prisa. ¿Hay noticias de mi encargo?

—Sí, señor. Muy buenas noticias —respondió Donovan, acercándose a la puerta de su establecimiento para girar un cartel donde la palabra *closed* sustituía a *open*. Echó una cortinilla e invitó a Jorge Juan a subir por una escalera hasta un cubículo que había al fondo de la librería—. Toda discreción es poca, amigo, vivimos tiempos difíciles. —Comentó, sacando un cartapacio que abrió sobre una mesilla—: ¿Era esto lo que buscabais?

Jorge Juan contempló los planos, bajo la atenta mirada del librero. Le

habría gustado verlos en otras condiciones, pero era más de lo que había imaginado. En aquellos pliegos aparecían dibujadas con precisión y detalle vistas diferentes de la estructura de un barco, con sus medidas. En los planos estaban pulcramente anotadas las escalas y nombres de piezas: quilla, zapatas, varengas con sus genoles, escarpes, barraganetes... ¡Aquello era una joya!

—¿Cómo lo habéis logrado? —Jorge Juan no pudo evitar la pregunta.

—Amigo mío, ¿recordáis una de las condiciones para atender vuestra petición?

—No hacer preguntas.

—Buena memoria.

—Disculpadme, pero es que estoy... estoy impresionado.

—Hay algo más —indicó Donovan, satisfecho con el efecto causado—.

Tomad.

Entregó a Jorge Juan un fajo de folios atados con un balduque.

—¿Qué es esto?

—Echadle una mirada.

—¡Por san Andrés! ¡Aquí está todo! —exclamó sin disimular su euforia.

—Todo —corroboró Donovan.

Jorge Juan repasaba una y otra vez los papeles.

—¡Esta técnica supone un ahorro extraordinario de madera! Con esta forma de armar las cuadernas se aprovecha mucha madera que hasta ahora se desperdiciaba.

—Supongo que también os interesan esos folios.

—Desde luego. ¿Cuál es su precio?

—Conseguir eso no ha sido tarea fácil. He tenido que prometer un buen puñado de guineas.

—¿Cuánto, Donovan?

—Doscientas guineas. —El librero pronunció la cifra sin pestañear.

Era una suma muy elevada. Pero su contenido... Era un manual para construir un navío de línea sin utilizar grandes troncos de árboles que dieran la longitud de las cuadernas. Podrían confeccionarse con troncos más pequeños. En aquellos planos y papeles estaba la solución a uno de los problemas más serios para dotar a España de una poderosa armada. Los bosques, abundantes en otro tiempo, casi habían casi desaparecido.

—Ciento cincuenta guineas me parece un buen precio... para vos y para el autor.

—Ciento setenta y cinco —respondió Donovan de inmediato—. No rebajaré un penique.

Jorge Juan estrechó su mano para cerrar el acuerdo.

—Comprenderéis que no lleve encima esa suma. Mañana mismo vendré a pagaros.

—Yo os tendré preparado el paquete, ¿os parece bien?

Salió de la librería entusiasmado. Aquel material era tan importante como enviar a España expertos en las diferentes artes de la construcción naval. Si lograba cerrar un acuerdo con el maestro de jarcia, su misión en Londres estaría más que justificada. Salía del puente cuando las campanas de las iglesias empezaron a repicar. Era mediodía. El tiempo se le había echado encima. En Fish Street tomó un coche de alquiler. En menos de una hora lo recogerían para llevarlo a casa del almirante George Anson.

En el Buen Gusto volvía a discutirse con pasión sobre la tauromaquia. Don Diego de Torres y Villarroel pontificaba sobre la grandeza de un arte que hundía sus raíces en las culturas más antiguas del mundo mediterráneo. Respondía a las invectivas lanzadas por el marqués de Torreplana contra las corridas con toreros a pie y la pérdida del aire caballeresco que habían tenido en otro tiempo.

—El toro ha estado siempre presente en todas las grandes civilizaciones. Los asirios lo dotaron de alas dándole un aire divino. Los persas también lo tuvieron por animal sagrado y los griegos nos dejaron la leyenda del Minotauro en la isla de Creta donde también era centro de atención de festejos y celebraciones.

—¿Por qué entonces Su Santidad Pío V promulgó un breve condenando con penas de excomunión y negando la cristiana sepultura a quienes participaran en corridas?

—¡Porque Pío V estuvo mal aconsejado en esa materia! El propio Felipe II envió un memorándum a Roma, apoyado por la argumentación que dieron notables catedráticos de Salamanca en defensa de las corridas de toros, para que rectificase aquel descomunal error. Gregorio XII se mostró más comedido y Clemente VIII corrigió el error de su antecesor en la cátedra de San Pedro, levantando las trabas eclesiásticas a las corridas.

—Si la fiesta fuese un asunto de caballeros, todavía podría tener paso —terció otra vez Torreplana—. Pero ha dejado de serlo y hoy de lo que se trata es de burlar al toro con un pañizuelo para poder apuñalarlo con facilidad. ¡En eso ha degenerado la noble fiesta de correr toros! ¡En una diversión de villanos!

Torres y Villarroel se quedó mirando al marqués.

—¿Diversión de villanos dice vuesa merced?

—¡Exacto, diversión de villanos!

—¿Qué hacen en los tendidos las duquesas de Alba y Medinaceli? ¿O el duque del Infantado? Decidme, ¿cómo explicáis que el barón de Baños pida a gritos un premio para un torero rondeño llamado Francisco Romero? Fue en la festividad de San José. Había toreado magistralmente a un bicho que le sacaba dos palmos de altura cuando alzaba la testuz. Lo había matado acertándole con un espadín en el mismísimo morrillo, mientras le enseñaba un trapillo carmesí con el que lo había burlado muchas veces.

—¡Bah! —exclamó Torreplana al verse acosado.

—¡Con tan magnífico argumento doy por concluido este debate! —replicó

don Diego.

Claudia estaba sentada en un sofá hablando con doña Rosa María cuando se acercó Torres y Villarroel, que había dejado el corrillo donde se debatía. Era, ciertamente, un personaje estafalario. Vestía una sotanilla que imitaba a las lobs cerradas, atuendo propio de estudiantes y de algunos profesores en las universidades. Se tocaba con un bonetillo de cuatro picos, que le daba aire de clérigo y una delgadísima perilla ocultaba una cicatriz que partía su barba. Tenía la frente despejada y los ojos saltones. Completaban su desaliñada imagen unas orejas demasiado grandes para el tamaño de su cabeza.

—Me alegra mucho volver a veros, señorita Osorio. ¿Habéis pensado en la proposición que os hice el otro día? —Don Diego oteó con la mirada el amplio salón y añadió—: Tampoco ha venido hoy la voz de la conciencia de esta... llamemos «academia».

Era una alusión al padre Noriega que llevaba semanas sin aparecer por allí.

—¿Qué proposición es esa? —preguntó doña Rosa María.

—¡Mi señora condesa, no es lo que estáis pensando! ¡Líbreme Dios de tamaña osadía!

—¿Entonces...?

—El doctor quiere someterme a una de sus sesiones de visión mental —respondió Claudia, visiblemente azorada.

—¡Eso sería extraordinario! ¡Anímate! Don Diego tiene fama de visionario, por eso publicaba almanaques con predicciones sobre acontecimientos que ocurrirían a lo largo del año. Y en algunos círculos de nigromante. ¡Sería extraordinario que nos hiciera una demostración!

A Torres y Villarroel no le gustó el calificativo de nigromante, pero no podía reprender a la condesa. Doña Rosa María iba a batir palmas, pero don Diego, adivinando su propósito, se adelantó:

—Mi señora, esa sesión no podría hacerse ante una concurrencia tan numerosa. Ha de ser una cosa más privada. Desde luego, por mi parte no habría inconveniente en que vos estuvierais presente. Pero nadie más. Tal vez, vos podáis convencer a la señorita Osorio, cuyo rechazo no me ha dado oportunidad de descubrirle alguna cosa que a ella podría resultarle de mucho interés.

—Venga, Claudia, no lo pienses —la animó la condesa.

Claudia no creía en aquellas cosas. Eran prácticas supersticiosas, muy alejadas de planteamientos racionales. Pero lo último que acababa de decir don Diego la hizo dudar. Sabía que el poder de la mente era muy grande y de aquel personaje se contaban cosas que resultaban cuando menos... llamativas. Se decía que, utilizando prácticas esotéricas, podía conocer profundos arcanos. Desde hacía años venía publicando, con mucho éxito, por la fecha en la que se

celebraba la festividad de Todos los Santos, unos almanaques en los que hacía pronósticos para el año venidero. Anunciaba las épocas de lluvias y su intensidad, los fríos, los calores, la fecha de las tormentas más señaladas, los remedios para las enfermedades propias de cada estación del año, recordaba algunas efemérides o pronosticaba algunos acontecimientos que acaecerían ese año. Sus almanaques tenían una notable acogida entre los rústicos, si bien eran muchas las personas ilustradas que se hacían con ellos y, aunque señalaban que era para divertirse, tomaban en consideración lo que afirmaba el «Gran Piscator de Salamanca», que era como firmaba aquellos almanaques.

—Si la señorita Osorio lo desea, podemos hacerlo en algún saloncito de esta casa. Tampoco son necesarios muchos requilorios.

—Dadme una razón por la que habría de someterme a esa sesión.

Torres y Villarroel reflexionó un momento. Estaba a punto de lograr su propósito de dar satisfacción a la petición que le habían hecho llegar en nombre del marqués de la Ensenada. No quería desairarlo otra vez. Ensenada podía ser una fuente de grandes beneficios para él.

—Podríamos saber algo de quien os asaltó en las Gradas de San Felipe.

Claudia se estremeció. Lo ocurrido allí era voz pública. Pero que ella hubiera sido la víctima no se había difundido.

—No creo que eso esté a vuestro alcance.

—Es posible. Pero ¿y si os digo que quienes intentaron raptaros fue para pedir, a cambio de liberaros, ciertos papeles que pertenecieron a vuestro difunto padre?

Claudia notó cómo se le alteraba el pulso y su respiración se agitaba. Aquello lo sabía muy poca gente. ¿Cómo era posible que don Diego tuviera conocimiento de ello?

La condesa le dio el empujón definitivo.

—¡Vamos, Claudia!

—Está bien. Pero sólo doña Rosa María estará presente.

—Es lo más adecuado. ¿Os vendría bien mañana?

Claudia asintió.

—Dispondré un saloncito. ¿Os parece bien a las cinco?

Torres y Villarroel miró a Claudia aguardando su asentimiento.

—A las cinco.

—Merendaremos después de la sesión —añadió la condesa.

Cuando el coche que doña Rosa María ponía a su disposición se detuvo ante la puerta de su casa, Claudia dudaba de si había hecho bien en acceder a la pretensión del Gran Piscator de Salamanca. La inquietud que había provocado en su madre y en ella la entrada de aquellos desconocidos en su casa había ido

atenuándose con el paso del tiempo, pero el temor a que lo intentaran otra vez no había desaparecido. Someterse a aquel experimento mental quizá sólo serviría para reabrir unas heridas que estaban lejos de cicatrizar.

Entró en su casa, atrancó la puerta y, silenciosamente, alumbrándose con la vela que su madre le dejaba encendida en una repisa del portal, se acercó a su alcoba. La encontró dormida, pero su sueño no era plácido. Tenía la ventana entreabierta porque el calor ya había hecho acto de presencia. Se quitó los zapatos, se retiró a su alcoba y se acostó, pero tuvo problemas para conciliar el sueño. Los viejos fantasmas volvían a agobiarla.

En medio de la noche doña Catalina se despertó sobresaltada. Estaba empapada en sudor y notaba una fuerte presión en las sienas. Entre sueños, su cerebro la había alertado de algo. Utilizó la lumbre de la mariposa que mantenía encendida en la mesita de noche para prender una vela. Bajó hasta la cocina de puntillas, procurando no hacer ruido. Bebió agua, se sentó y trató de recordar qué la había despertado, pero fue incapaz. No era la primera vez que le sucedía. Soñaba con algo que la despertaba presa de una fuerte agitación, pero sólo le quedaban vagas sensaciones. Bebió otro poco de agua y se refrescó la cara con un paño.

Claudia apareció en la puerta de la cocina.

—¿Te ocurre algo, madre? Estás muy pálida.

—Nada, hija, un sueño extraño y un mal despertar. Anda, acuéstate de nuevo. No sé qué hora será pero todavía es noche cerrada.

—¿Recuerdas algo?

—Vagas sensaciones. Es como si mi mente quisiera advertirme de algo, pero no sé qué es. Todo es confuso. Imágenes de París: el Sena, Notre Dame, el Chatelet... Tu padre me dice algo, pero no consigo oírlo. —Se llevó las manos a la cara y rompió a llorar.

Claudia se acercó y apretó la cabeza de su madre contra su pecho al tiempo que le acariciaba la melena que había encanecido mucho en poco tiempo. De repente notó una sacudida, su madre retiró la cabeza y se quedó mirándola inmóvil, con los labios apretados, los ojos muy abiertos y sin pestañear. Claudia sintió una punzada de miedo. Temió que a su madre le pasara algo.

—Prende el candil de cuatro picos. Vamos al desván. Quiero mirar allí. Acabo de recordar algo que me dijo tu padre.

—¿Qué te dijo?

—No preguntes y haz lo que te he dicho.

A la mortecina luz del candil, doña Catalina buscó entre los cachivaches que allí se amontonaban hasta encontrar un cuadro de pequeñas dimensiones. Una pintura sobre tabla con un grueso marco muy labrado. Era una pintura

vulgar de las que podían comprarse por unos cuantos reales.

—¿Para qué quieres ese cuadro?

—Alumbra. ¡Voy a tropezar y partirme la crisma con tanto cacharro!

Bajaron a la cocina y Claudia recordó que el cuadro lo trajo su padre al regreso de Londres. Era de mala factura.

—Tu padre, unos días antes de desaparecer, me dijo que jamás me desprendiera de él.

—¿Por qué? No pagarían por él ni veinte reales.

—Dijo que, en caso de dificultades, podría resolver nuestras vidas.

—¿Te dio alguna razón?

—Sólo me dijo que jamás me desprendiera de él.

—¿No te resultó extraño?

—Sí, pero los acontecimientos de aquellos días...

—¿Por qué te has acordado ahora?

—Porque una de las cosas con que he soñado era este cuadro.

Lo observaron detenidamente. Eran unos músicos callejeros en un ambiente rústico.

Claudia lo miró por el reverso. Tampoco se apreciaba nada que llamase la atención.

—Si padre te dijo que no te desprendieses de él, debió de ser por algo.

Repasaron la pintura, fijándose en cada detalle. La advertencia de Baltasar Osorio era un enigma. Como quedaba mucho para que despuntase el alba, se acostaron de nuevo. Cada una se encerró en su alcoba y Claudia se sumió en una modorra que no llegó a ser sueño. Se levantó con las primeras luces del amanecer y el gorjeo de unos pájaros que revoloteaban en el patio de la residencia del nuncio. Encontró a su madre en la cocina, mirando la tabla, como si aquellos músicos descarnados pudieran decirle algo.

—¿Llevas mucho levantada?

—Sí, me bajé poco después de que nos subiéramos.

Su madre tenía unos círculos oscuros alrededor de los ojos y las arrugas de su cara parecían más profundas.

—¿Te encuentras bien?

—Sólo estoy algo cansada por haber dormido poco. No sé por qué tu padre me dijo aquello. Como tú dices, una pintura como esta puede comprarse por unos cuantos reales.

Claudia llegó al palacete de la calle del Turco en el carruaje que la condesa había enviado a su casa para recogerla. El doctor Torres y Villarroel ya estaba esperando. El saludo fue breve y la anfitriona los hizo pasar a un saloncito acondicionado para la ocasión. Una mesa con dos sillas enfrentadas, unas

tupidas cortinas echadas y un velón que tenía prendidas la mitad de sus lámparas creaban una atmósfera de recogimiento. Doña Rosa María se acomodaría en una *chaise longue*.

El Gran Piscator de Salamanca sumió a Claudia en una especie de letargo, utilizando un pendulillo que durante un par de minutos hizo oscilar ante sus ojos. Había aprendido aquella técnica en un viejo códice titulado el *Templo del sueño*. Fue haciendo preguntas a las que Claudia respondía con una voz que no parecía la suya. Don Diego, que en algunos momentos pareció entrar en trance, se enteró de numerosas cuestiones relacionadas con su rapto y el allanamiento de su casa cuando se llevaron los papeles de su padre. También reveló que en su casa había un cuadro.

Recobró la consciencia un tanto aturdida y la condesa, impresionada, se acercó a ella, que se quedó mirándola como alelada.

—¿Dónde... dónde estoy?

—En mi casa, ¿te encuentras bien?

Claudia tardó en responder.

—¿Podrían darme un poco de agua?

La condesa hizo sonar una campanilla y al punto apareció un criado.

—¡Una jarra de agua y unas copas! ¡Rápido!

La orden fue cumplida al punto y Claudia, que seguía anonadada, dio unos sorbos al agua y respiró profundamente. Miró a don Diego y le preguntó:

—¿Todo bien?

—Vuestra mente es como un libro abierto, aunque con sorpresas.

—No os comprendo, ¿qué queréis decir?

—Respondedme primero a una pregunta. ¿Hay en vuestra casa algún cuadro que tenga... que tenga un significado especial?

A Claudia se le erizó el vello de la nuca. Se sintió mal, como si aquel extraño personaje hubiera violado su intimidad.

—¿He hablado del cuadro?

—Sí y también de los papeles que pertenecieron a vuestro padre. Al parecer, los han robado unos desconocidos. —Claudia dio otro sorbo al agua—. ¿Eran importantes?

—No lo sé. Eran de mi padre.

El Gran Piscator de Salamanca insistió en el cuadro. Había vislumbrado algo, pero Claudia no había abierto su mente en ese punto.

—Ese cuadro tiene mucho más valor del que vos y vuestra madre le concedéis. Deberíais examinarlo con más detenimiento.

—Lo hemos examinado cuidadosamente.

—Hacedlo de nuevo. Cualquier detalle, por poco importante que parezca,

puede significar mucho.

—Os prometo hacerlo.

—Si encontráis algo, no dejéis de decírmelo.

Claudia asintió y la condesa hizo sonar la campanilla. Ordenó que descorrieran las cortinas y que allí les sirvieran la merienda.

Apenas había tenido tiempo de adecentarse cuando apareció en la hospedería donde había alquilado un cuarto por un día el cochero de *Lord Anson* preguntando por él. Mientras se miraba al espejo para mejorar el nudo de su corbata y se ajustaba la peluca, se decía a sí mismo que tanta suerte no era posible. Tenían ya en España al maestro Rooth. Estaban en el trámite de embarcar a otro importante constructor y un nutrido grupo de trabajadores cualificados. Había logrado la dirección para contactar con un maestro de jarcia y había acordado la compra de lo que era un tratado de construcción naval extraordinario. Ni en sus fantasías más optimistas se había atrevido a imaginar que las cosas pudieran rodar tan bien. Si no surgían problemas, pronto podrían plantearse regresar a España con la misión cumplida. Pensó qué estaría haciendo Claudia en aquel momento y salió de la alcoba dispuesto a comer con George Anson.

El cochero era un hombre hábil. Condujo el faetón hasta la residencia del almirante que estaba cerca de Charing Cross, al Oeste de la ciudad, muy próxima de la iglesia de Saint Martin in the Fields. Aquella parte de Londres era una zona residencial, alejada de los malos olores que envolvían muchos de los barrios londinenses como consecuencia de las emanaciones de las sucias aguas del Támesis. Allí el límite entre el casco urbano y la campiña aparecía borroso. Era una zona casi campestre salpicada de elegantes mansiones donde moraba la aristocracia.

La residencia del almirante, Anson Manor, era un verdadero palacio. Los suelos de mármol del amplio *hall* brillaban tanto como los fustes jaspeados de las columnas que sostenían la galería de la planta superior. Recibía luz a través de una gran vidriera emplomada donde se veía el árbol genealógico de los Anson. El mayordomo lo condujo a presencia de *Sir George*, que estaba en la biblioteca en compañía del duque de Bedford, a quien Jorge Juan había conocido la noche que estuvo en la Royal Society.

La biblioteca era un espacio amplio y luminoso con el suelo cubierto por mullidas alfombras y las estanterías labradas en ricas maderas, llenas de volúmenes encuadernados en piel. Había retratos de antepasados del almirante en los que podía seguirse la moda del vestido y el peinado en la Inglaterra de los dos siglos anteriores.

—¡Mi querido amigo, qué alegría!

*Sir George* estrechó afectuosamente la mano del marino español. El duque

de Bedford se mostró mucho más circunspecto.

—Como ya sabéis, *Sir John* es el secretario de Estado para los Condados del Sur. Tened cuidado con él. ¡Es el sabueso mayor del reino! ¿Un jerez o mejor un whisky?

—Jerez, por favor.

—Todo un detalle de patriotismo —comentó Russell.

*Sir George* sirvió tres copas y los ingleses se deshicieron en alabanzas al vino. Luego el anfitrión cogió un volumen en cuarto y se lo ofreció a Jorge Juan.

—Un pequeño detalle, amigo mío. Espero que os agrade.

—¡Hum...! —Se trataba de *A Voyage Round the World* que el propio almirante acababa de publicar. Con las prisas, Jorge Juan no había llevado un ejemplar de sus *Observaciones*. Lo primero que haría al día siguiente, aunque *Sir George* apenas hablaba español, sería enviarle uno—. Muchas gracias, sois muy amable. Es un volumen muy bello.

—No tiene importancia, amigo mío. Sólo se trata de un pequeño detalle.

—La obra es muy reciente —precisó Russell con cierto aire de superioridad—. *Sir George* nos cuenta su gloriosa aventura a bordo del *Centurion* con el que completó la vuelta al globo terráqueo.

—¿Quién es Richard Walter? —preguntó Jorge Juan al ver ese nombre en la portada.

—Nuestro capellán en aquella expedición. Tuvo mucha tarea. El escorbuto acabó con dos tercios de las tripulaciones. Tuvimos que abandonar dos barcos por falta de hombres.

—Lo cual no fue obstáculo para apoderaros del *Galeón de Manila* y la fortuna que transportaba —ironizó Russell.

El comentario era inadecuado. Jorge Juan iba a decir algo pero guardó silencio ante la entrada en la biblioteca de *Lady Georgina*, la esposa de *Sir George*, acompañada de otras dos damas. Debió de ser una mujer muy bella. Una de las damas resultó familiar a Jorge Juan, aunque no podía ubicarla. La anfitriona ofreció su mano al invitado.

—*Milady* —la saludó al tomar su mano para besarla.

—Las flores son preciosas. No teníais que haberos molestado...

—Me alegra de que os hayan complacido.

—Mucho, capitán. Os doy las gracias. Habéis sido muy galante. Quiero presentaros a *Lady Archer*, aunque creo que ya se han tratado.

Jorge Juan recordó a la remilgada dama que había viajado en la *The First August* con la que apenas habían tenido contacto durante la travesía.

—*Milady*. —Jorge Juan inclinó la cabeza ante la esposa del gobernador de Gibraltar.

—*Lady Gertrude*, la esposa de *Sir John*.

—*Milady* —Jorge Juan besó la mano de la dama—, un placer conoceros.

—El placer es mío, capitán.

—Cuando Mary tuvo noticias de que erais nuestro invitado, me pidió asistir al almuerzo. Debisteis cautivarla durante la travesía.

Jorge Juan no se lo explicaba, durante el viaje apenas cruzaron palabra. Le pareció desdeñosa, muy poco comunicativa y miraba al resto del pasaje por encima del hombro. Ella hizo un comentario que, en parte, explicaba su actitud.

—No imaginé que erais el famoso marino ante quien la Royal Society se ha rendido tras su conferencia. No vestíais vuestro uniforme. Lamento no haberos identificado.

—Quizás el capitán trataba de ocultar su identidad —comentó Bedford.

Jorge Juan se preguntó si sospechaba algo o sus comentarios carecían de importancia. Decidió no responderle, pero, dirigiéndose a *Lady Archer*, comentó:

—Señora, en mi tierra se dice que el hábito no hace al monje.

*Lady Georgina* ofreció su brazo al invitado.

—¿Pasamos al comedor?

La comida estuvo animada. Anson y Jorge Juan recordaron algunos episodios de la guerra de la Oreja de Jenkins y Bedford no dejó de hacer comentarios impertinentes. El almirante recordó su llegada al archipiélago de Juan Fernández y el duque le pidió que contase el saqueo de Paita, en la costa de Perú. *Sir George*, elegante, se limitó a señalar:

—En Paita obtuvimos un excelente botín que vendimos en Macao.

La actitud del duque de Bedford, que rozaba la afrenta, colmó la paciencia de Jorge Juan y, pese al riesgo, dado su cargo en el gobierno, decidió no guardar silencio.

—Lo de Paita, si no recuerdo mal, fue el mismo año en que la invencible flota del almirante Vernon fracasaba ante los muros de Cartagena de Indias, defendida por Blas de Lezo. —Alrededor de la mesa se hizo un profundo silencio y desapareció el tintineo de los cubiertos—. Tengo entendido que esa ha sido la mayor derrota naval sufrida por la flota británica. ¿Es así o ha habido alguna mayor de la que no tengo conocimiento? —Jorge Juan, que se dirigía al mofletudo Bedford, observó que se ponía tenso.

—Efectivamente. Aquello sucedió en el año cuarenta y uno —respondió *Sir George*.

—Eso son aguas pasadas —comentó *Lady Georgina*—. Ahora nuestros países han hecho las paces. Propongo un brindis por España y por el Reino Unido.

Jorge Juan fue el primero en alzar su copa.

La anfitriona, inteligentemente, derivó la conversación por otros derroteros con la ayuda de *Lady Gertrude* y *Lady Archer*. La actitud de esta última nada tenía que ver con la mantenida durante el viaje de la *The First August*.

Mediada la tarde, tras una sobremesa que *Lady Georgina* convirtió en un tiempo plácido y agradable, entre infusiones y el excelente whisky de *Sir George*, Jorge Juan se marchó de Anson Manor en el mismo carruaje que había ido a buscarlo a casa de la viuda O'Brien.

Le inquietaba la actitud del duque de Bedford. Ignoraba si encerraba sólo un deseo de provocarle y el comentario acerca de ocultar su identidad era fruto de la casualidad o tenía otra intención. Lo que tenía claro era que el secretario de Estado no iba a perdonarle fácilmente su alusión a la batalla de Cartagena de Indias.

Al día siguiente acudió a ver a Solano y a Mora para conocer cómo iban los trámites para embarcar al maestro Bryant y su gente, contarles su reunión con el vicario de Saint Magnus y darles cuenta de la adquisición al librero Donovan. Se encontró con que Solano no estaba. Había ido a hablar con un tal Sebastián de Amurrio, capitán del *San Pedro*, que estaba cargando carbón en los muelles y partiría en los próximos días.

Mora le dijo que había contactado con un experto en lonas.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Me dieron la información unos estibadores que trasegaban cerveza como si fuera agua.

—¿No serán bravatas de borrachos?

—No, señor, he hablado con él. Hace bastantes días, después de muchas pintas, uno de ellos me dio una vaga referencia. No pude concretarla por no parecer que buscaba información. Son ingleses y no pueden vernos ni en pintura. Eso los diferencia de los inmigrantes irlandeses que no nos miran con malos ojos.

—¿No sabían que eras español?

—No, señor. El color de mi pelo y el tono de mi piel... Solano lo tiene peor. Siempre dice que su tez es morena porque ha hecho muchas millas en el mar.

—Prosigue con lo que me estabas diciendo.

—La referencia había salido de forma espontánea en una conversación. Los estibadores se quejaban de la competencia de los irlandeses. Decían que eran papistas, unos muertos de hambre y venían a Londres a comerse su pan y el de sus hijos.

—Me interesa lo de ese experto en velamen.

—Se quejaban también de la llegada de tejedores de lonas irlandeses, que estaban tirando los precios. Se refirió a un maestro que había tenido que despedir

a tres de los cinco oficiales que trabajaban para él. Unos días después entablé conversación con unos estibadores irlandeses que acababan de descargar un barco con troncos de palo de tinte.

—¿La información la conseguiste de los ingleses o de los irlandeses?

—De los irlandeses. Son tan bebedores como los ingleses. Muy pronto se les soltó la lengua y no ocultaron qué sienten hacia los ingleses, lo mismo que los ingleses hacia ellos. Eso me animó a hacerles preguntas muy concretas, aunque era consciente de que corría un riesgo porque en las tabernas la gente se exalta con facilidad y termina gritando. Uno no sabe qué oídos pueden estar escuchando y, si pide que se baje la voz, puede despertar sospechas. En estas tabernas, como en España, la gente vocifera y propone soluciones inmediatas y extremas para los problemas.

—¿Qué les preguntaste?

—Cómo renovar las lonas de una embarcación. Uno de ellos me dijo que conocía a un compatriota que podía hacérmelas.

—La información me costó media libra y una ronda de pintas. Al día siguiente fui a verlo. Su nombre es Patrick Lahey y vive en las afueras de Londres, en una granja llamada Five Oaks. Ese Lahey es católico y tiene un montón de chiquillos. El mayor apenas tendrá edad de comulgar. La mujer es pelirroja y está preñada.

—Con esa familia...

—Lahey me dijo que podíamos encontrarlo, a la puesta de sol, en una taberna, cuyo nombre no recuerdo, pero sé dónde está.

—Le haremos una visita. Ahora acompáñame, vamos a ver a ese librero del que te he hablado. Tiene la tienda cerca de aquí.

Cuando salían, llegaba Solano. Se sentaron de nuevo y Solano le contó que acababa de ver un navío de línea de noventa y seis cañones que causaba impresión.

—Juraría que las varengas de las cuadernas no son de una pieza.

—Repite eso.

—No sé cómo las ensamblan, señor. Pero no son de una pieza. Ese navío está casi terminado, listo para navegar.

—¡Eso es extraordinario! Vamos a comprar los planos de ese navío. ¡Vámonos!

—¿No os cuento cómo ha ido mi encuentro con el capitán del *San Pedro*?

—Luego.

Aquella noche, cuando Jorge Juan apagaba la vela de la palmatoria que había en su mesilla de noche, estaba agotado. Tenía en su poder los planos para construir un navío como el que construían en los *docks*. Los confiaría a Bryant.

Desde que lo conoció le pareció un hombre fiable. El *San Pedro* del capitán Amurrio, que zarparía del estuario del Támesis cuando completara su carga de carbón, rendiría viaje en el puerto de Bilbao. Solano había cerrado con él un acuerdo para que Bryant, sus oficiales y sus familias embarcaran la víspera de la partida. Eso significaba que los papeles podían estar en manos del marqués de la Ensenada, si no había ningún contratiempo, en poco más de un mes. Había conocido a Patrick Lahey, quien había mostrado algunas piezas de su trabajo y aceptaba irse a España. Veía dificultades ya que el irlandés sólo lo haría junto a su numerosa familia, formada por su esposa y la madre de esta, además de siete hijos y el que estaba en camino.

Aquella jornada habría sido perfecta si Pedro de Mora, que lo había acompañado hasta la misma puerta de su alojamiento, no le hubiera comentado cuando se despedía que sospechaba de un sujeto. Los había estado siguiendo, aunque no sabía desde qué momento.

Jorge Juan se durmió convencido de que las sospechas de Mora no era infundadas. Quizás era un agente del duque de Bedford, a quien el almirante Anson había motejado como el sabueso mayor del reino, al tener a su cargo la policía. Otra posibilidad era que estuvieran siguiendo a los guardiamarinas. Solano y Mora habían desplegado una notable actividad en los muelles hablando con marineros y podían haber levantado sospechas. Incluso pensó en la posibilidad de que los agentes ingleses en España hubieran dado ya la voz de alarma.

Don Diego de Torres y Villarroel dio buena cuenta de dos tazones de chocolate, servido muy espeso, varios bartolillos que la condesa había encargado en La Cruz de Malta y media docena de buñuelos. Era un enigma que pudiera zamparse todo aquello, siendo tan menudo. Se marchó alabando tan espléndido agasajo. Claudia permaneció en el palacete. Doña Rosa María le pidió que la acompañase y que no regresase a su casa hasta concluida la tertulia. Pese a que habría deseado marcharse rápidamente —estaba deseando ver el cuadro—, no podía negarle a la condesa ese deseo.

Cuando el Gran Piscator de Salamanca asomó a la puerta, el sol aún lucía alto. Las calles estaban llenas de gente y los fétidos olores que desprendían las basuras acumuladas no eran obstáculo para los madrileños. Enfiló deprisa la calle del Turco en dirección a la de Alcalá y cruzó la populosa vía para entrar en el palacio de Buenavista por la esquina donde estaba la casa de postas. Allí lo aguardaban don Zenón y Ordeñana.

Un ujier, vestido con librea, lo recibió en la puerta y lo acompañó al despacho de su excelencia, quien no conocía personalmente al curioso personaje. La reunión fue breve. Torres y Villarroel explicó, sin entrar en detalles, lo que sabía que interesaba al ministro, quien le formuló algunas preguntas para dejar aclaradas ciertas cuestiones. Cuando concluyó, el marqués le entregó una bolsilla repleta de reales de plata que don Diego recibió con mucha satisfacción. Ordeñana lo acompañó a la salida. La información que les había proporcionado merecía un gesto como aquel. Una vez en la calle, don Diego, que siempre andaba corto de fondos, caminó más deprisa incluso que cuando acudía a reunirse con Ensenada. Estaba deseando llegar a su casa para contar los reales que había en la bolsa, que a tenor de su peso no debía de ser una cantidad pequeña.

Ordeñana encontró a don Zenón retrepado en su sillón favorito con aire pensativo y las puntas de sus dedos unidas. El ministro reflexionaba. No daba mucho crédito a las llamadas ciencias esotéricas que habían causado furor en el Madrid de finales del siglo anterior. Conforme avanzó el reinado del primer Borbón en España un creciente descrédito había caído sobre aquellos charlatanes que peroraban sobre el poder de las artes adivinatorias, la influencia de los astros en la vida de las personas o interpretaban el futuro a partir de las reacciones de ciertos animales. Pero Torres y Villarroel era una excepción. Pasaron unos minutos antes de que el marqués saliera de su ensimismamiento.

—¿Qué te ha parecido?

—Que su fama de piscator es merecida. Todo lo que ha averiguado coincide con lo que ya sabíamos, salvo la existencia de ese cuadro al que da una gran importancia.

—¿Qué crees que puede haber en él?

—No tengo la menor idea, señor. Pero le ha dado gran importancia — insistió Ordeñana.

Ensenada se levantó, cogió un cigarro y ofreció otro a Ordeñana, que fumaba cuando se encontraba tenso. Las noticias de Londres eran magníficas. Jorge Juan estaba haciendo un trabajo excelente. Aquella mañana le había llegado razón de que en el *San Pedro* viajaba un nuevo maestro inglés, llamado Edward Bryant. Venía con su familia y media docena de expertos en construcción naval. Ya había dispuesto que el maestro y su familia tomaran el camino del arsenal de Cartagena y le acompañase la mitad de los operarios, mientras que la otra mitad iría al Ferrol para trabajar a las órdenes del maestro Rooth. Todo se estaba haciendo con el mayor de los sigilos y, hasta aquel momento, no tenían noticia de que los espías británicos hubieran descubierto lo que estaba ocurriendo en Londres. El objetivo era que Jorge Juan dispusiera del mayor tiempo posible antes de que los ingleses descubrieran la verdadera razón de su presencia en Londres.

Pero había recibido una mala noticia cuando aquella mañana supo que habían encontrado muerto al padre Noriega. Habían encontrado al sacerdote colgado en una viga del desván de su casa. La mujer que lo cuidaba había acudido al mercado para comprar un azumbre de aceite, cuatro libras de harina y dos de carne picada para preparar una empanada. Regresó a la casa y no apreció nada anormal. Al abrir la puerta al aguador que le llevaba unas cántaras que le había encargado, fue cuando se dio cuenta de que don Luis no se encontraba en el despacho donde lo había dejado, enfrascado en unos papeles. Estaban la teja y el manteo y el clérigo jamás salía sin aquel atuendo. Pensó que habría subido a su alcoba o estaría en el excusado, pero transcurrido un tiempo sin oír el menor ruido comenzó a recelar. No lo encontró. En la alcoba vio los cajones de la cómoda abiertos y la ropa desordenada. Se asustó y comenzó a gritar llamando la atención de algunos vecinos, que acudieron atraídos por el alboroto. Uno de ellos lo encontró colgado de dos sábanas anudadas a la viga del desván.

Todo apuntaba a que se había suicidado, aunque cabía la posibilidad de que hubiera sido asesinado por alguno de los sujetos que concurrían a las timbas de juego a las que tan aficionado había sido Noriega y a los que el clérigo debía elevadas sumas. Los hombres de Agapito, que llevaban semanas tratando de dar con el paradero de los ingleses que estaban involucrados en lo de las Gradadas de

San Felipe, vigilaban al clérigo por si se ponía de nuevo en contacto con ellos. Pero no habían vuelto a aparecer por el garito de la calle de Toledo y parecía que se los hubiera tragado la tierra. Todo lo fiaban a que se pusieran en contacto con el capellán de las dominicas, pero estando muerto...

También lo inquietaba que la connivencia entre doña Bárbara y el embajador inglés alcanzaba límites que podían considerarse indecorosos, desde un punto de vista político. Benjamin Keene se había reunido con la reina al menos en tres ocasiones. La última cuando la Portuguesa visitaba las obras del cenobio que estaba construyendo para las salesas. Ensenada sabía que Keene hizo como que pasaba por el portillo de Recoletos sabiendo que doña Bárbara visitaba las obras que ya empezaban a ser objeto de comentarios entre los madrileños, dadas las dimensiones que apuntaban los elementos constructivos que podían verse. Algunos decían, con un deje de ironía, que eran una «barbaridad».

—Mañana es el concierto de Farinelli, señor. ¿Pensáis asistir?

—No, me desplazaré a La Granja, a ver a la majestad caída.

—Hoy no os referís a doña Isabel como la reina madre.

—Son pequeñas maldades, mi querido amigo. Ser madre, cuando se es reina, es algo muy importante. Si la reina se queda viuda, sin dar a luz, se convierte en un estorbo. Un delicado jarrón de valiosa porcelana, que no se sabe qué hacer con él ni dónde ponerlo.

—Es cierto, señor. Pero ¿permitís una observación? —Ensenada asintió, expulsando el humo de su cigarro—. Deberíais acudir al concierto de Farinelli. Estarán todos. También el embajador inglés, y sería bueno que se os viera por allí. Además siempre... se pesca.

Ensenada reflexionó un momento. A la Parmesana no le gustaría. Pero retrasaría su viaje a La Granja al día siguiente.

—Seguiré tu consejo y tú espolea a tus hombres. Tienen que localizar a esos ingleses. Tenemos que saber por qué tanto interés por esos papeles.

—No será fácil con el padre Noriega muerto.

Aquella noche la tertulia fue breve. Luzán trajo la noticia de la muerte de Noriega.

—Me han dicho que se ha suicidado, aunque no es seguro. Están haciendo pesquisas para tratar de aclarar las circunstancias de su muerte.

La noticia provocó comentarios de sentimiento, pese a que Noriega no caía bien. A Claudia le impresionó. No había tenido con el difunto una relación agradable, pese al parentesco, más bien al contrario. Pero lamentó su muerte y, más aún, en las condiciones en que se había producido.

—Algo le sucedía —apuntó el marqués de Torreplana—. ¿Seguro que se ha

suicidado?

—Sé de buena tinta —añadió otro— que tenía problemas de dinero. Le había cogido afición a visitar un tugurio en la calle de Toledo.

—¿Un asunto de faldas? —preguntó Torreplana con una sonrisilla malévola.

—No, no... ese tugurio es un garito de juego.

—También yo he oído que se había aficionado al naipe —apostilló Luzán.

—¡Vaya con el capellán de las madres dominicas!

La anfitriona, enemiga declarada de aquella clase de comentarios, decidió cortar por lo sano.

—Creo que en recuerdo del padre Noriega, deberíamos suspender la tertulia. Sea cual sea la causa de su muerte, su fallecimiento es una pérdida para el Buen Gusto.

Sus palabras habían impuesto el silencio. La condesa ejercía con su patronazgo una especie de autoridad moral, además de que la razón acompañaba a sus palabras. Claudia, pese a que Ordeñana les había comunicado a su madre y a ella lo que Secundino les había contado del rapto —quedaron abatidas porque, pese a las diferencias familiares, no lo esperaban—, lamentó su muerte, además de sentirse también incómoda con los comentarios maliciosos y el cotilleo. Se alegró de poder marcharse a casa. Deseaba contar a su madre lo que Torres y Villarroel, que no había aparecido por la tertulia, le había revelado acerca del cuadro. La condesa puso a su disposición el carruaje. Era noche cerrada y la animación callejera había desaparecido. Entró en su casa llamando a su madre.

—¡Madre! ¡Madre! ¿Dónde estás?

La respuesta le llegó desde la planta de arriba.

—¿Tan larga ha sido esa sesión?

—No, madre. Es que la condesa quiso un rato de palique hasta que los contertulios han ido llegando. Pero se ha suspendido porque al padre Noriega lo han encontrado colgado de una viga del desván de su casa. —Doña Catalina que ya bajaba la escalera se detuvo—. Creen que se ha suicidado, aunque no descartan que lo hayan asesinado.

—La envidia le roía el alma. Dios lo haya perdonado. —No quería hablar de su pariente y le preguntó—: ¿Qué tal la sesión con el doctor Torres y Villarroel?

—¿Dónde está el cuadro de los músicos?

—En la sala baja. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Tenemos que mirar el reverso! Don Diego dice que hay algo muy importante en él.

Doña Catalina bajó tan deprisa que trastabilló en uno de los peldaños y a

punto estuvo de rodar por la escalera. Derramó casi todo el aceite del candil que llevaba.

—¡Cuidado, madre, que te vas a partir la crisma!

—Antes de mirar ese cuadro, tendrás que explicarme por qué te ha hablado de él.

—Primero el cuadro, madre.

Miraron el reverso de la tabla. Claudia pasó los dedos por ella y le pareció notar una delgadísima capa de pintura difícil de detectar y menos a la pobre luz del candil.

—¿Notas algo?

—No sé, madre. Quizás haya una capa de barniz, pero con tan poca luz...

—Mejor será dejarlo para mañana. Con la luz del día podremos examinarlo mejor. Ahora cuéntame lo de Torres y Villarroel.

Claudia le explicó la sesión. Cómo don Diego la dejó dormida y, según le explicó después, fue haciéndole preguntas, a las que ella contestaba. Estuvo como en trance cerca de una hora. Cuando despertó don Diego le habló de la importancia del cuadro.

Claudia no quiso cenar. Se encerraron en sus alcobas y, mientras doña Catalina rompía a llorar, tratando de no hacer ruido, Claudia no podía conciliar el sueño, intrigada por lo que podía contener aquella tabla a la que su padre daba tanto valor.

La carroza estaba dispuesta. También el regalo llegado de Londres. Benjamin Keene era consciente de que aquel encuentro era de los que marcaban la misión de un embajador. En sus anteriores estancias en España jamás llegó tan lejos. Había logrado algunos éxitos notables en su carrera diplomática, pero nada era equiparable a lo que se le había encomendado. Tenía que ser astuto para llevar a buen puerto el delicado encargo que el gobierno le había confiado. A su edad estar de embajador en Madrid, tras la firma de las paces, era un reconocimiento a su trabajo y a su experiencia. Pero para Keene no poder pasear por el nuevo Londres, que arquitectos como Wren, o paisajistas como Kent estaban transformando en una ciudad que en poco se parecía a la que había arduo unas décadas antes, era un sacrificio.

La capital de España le parecía un pueblucho ceñido por una cerca medio derruida en muchas partes y con numerosos portillos a los que darle el nombre de puertas era ofender a la inteligencia. Wren estaba llenando Londres de grandes edificios y Kent diseñaba deliciosos parques que estaban cambiando el paisaje de la ciudad. Madrid era un lugar sucio y carente de los atractivos que hacían soportable la vida diaria de un caballero. Las tertulias madrileñas eran meros remedos de los clubs donde la aristocracia o la burguesía de su país mantenían interesantes debates acerca de la nueva ciencia. En lo personal, su destino como embajador en España era un destierro, pero su regreso a Londres podía ser triunfal. El envite de aquel día iba a resultar decisivo.

—¿Se ha dispuesto todo de la forma en que yo he ordenado? —preguntó a las doncellas que daban los últimos retoques a los lazos y adornos de una caja de regular tamaño.

—Exactamente como su excelencia ha indicado.

—Muy bien, que lo pongan en el carruaje. ¡Con mucho cuidado!

El embajador consultó la hora. Aún faltaban cuarenta minutos y en el peor de los casos haría el recorrido en menos de veinticinco. Decidió aguardar un poco y se miró en el espejo, quedando satisfecho con la imagen que le devolvió. Aquella espera resultó letal porque llegó al palacio del Buen Retiro con casi un cuarto de hora de retraso. Algo inadmisibile. Entró por la puerta de carros, un lugar inadecuado para un embajador, pero las circunstancias mandaban. Bajó rápidamente del carruaje y comprobó que le aguardaba un ujier de cámara acompañado por dos criados vestidos de librea.

—Excelencia —el ujier hizo una reverencia—, tened la bondad de

seguirme.

—Un momento, traigo un regalo para Su Majestad.

A un gesto del ujier uno de los criados se hizo cargo del paquete. Pesaba mucho, al hombre le costó sostenerlo. Cruzaron el patio y, tras dejar atrás una galería acristalada, se perdieron por una puertecilla oculta tras un tapiz de gobelinos que representaba la coronación de Carlos V en Bolonia. Un pasillo sumido en la penumbra los condujo hasta otra puertecilla que daba acceso a un luminoso saloncito.

—Aguardad un momento, excelencia.

Keene quedó solo. El ujier y los criados se marcharon. Instantes después aparecía un gentilhombre que dio conversación al embajador y trataba de justificar la espera.

—La reina pierde la noción del tiempo cuando está con los arquitectos de las obras junto a la puerta de Recoletos.

Keene dejó escapar, casi imperceptiblemente, un suspiro. La reina no aguardaba.

—He comprobado que las obras avanzan a muy buen ritmo.

—Su Majestad desea que ese monasterio esté concluido lo antes posible.

—Tengo entendido que, además del convento y su iglesia, quiere que haya un colegio de niñas y una residencia.

—Así es. Un colegio para educar a niñas nobles y una residencia donde refugiarse.

Keene alzó las cejas en un gesto entre divertido y curioso.

—¿Refugiarse, decís?

El gentilhombre bajó la voz, asegurándose de que nadie más oía sus palabras.

—Doña Bárbara siente pánico a quedarse viuda. Teme a la anterior reina que retornaría a la corte al subir al trono su hijo don Carlos.

Keene conocía la mala relación entre Isabel de Farnesio y Bárbara de Braganza. Pero tal confianza, propia entre cortesanos, pero inusual con un embajador, le hizo vislumbrar la posibilidad de sacar partido a la espera.

—Confidencia por confidencia, amigo mío. Don Zenón de Somodevilla viajó hace días a La Granja de San Ildefonso.

—¡Hum! ¿Sabéis el propósito?

El embajador no lo sabía. Pero podía jugar una carta que convenía a sus propósitos, consciente de que lo que dijera llegaría a oídos de la reina. Si lo que decía no era cierto, estaría bastante próximo y, si las cosas venían mal dadas, no tendría que responder de ello. Aquella conversación era confidencial y al aristócrata no le interesaba airearla.

—Busca aliados para entorpecer las negociaciones de los límites coloniales.

—Pero... Isabel de Farnesio carece de influencia.

Los ojos del embajador chispearon y en su boca apuntó una leve sonrisa. Haciendo gala de su astucia, miró hacia la puerta del saloncito, como si quisiera asegurarse la confidencialidad. Bajó la voz hasta convertirla en poco más que un susurro:

—No olvidéis que se trata de la madre del futuro rey.

El gentilhomme iba a decir algo, pero apareció el ujier y pidió al embajador que lo acompañase. Keene abandonó el saloncito, visiblemente contento.

Doña Bárbara estaba embebida en los planos extendidos sobre la mesa del gabinete donde había recibido a Carlier y Moradillo. El embajador aguardó a que la curiosidad de la reina quedara satisfecha.

—Mi apreciado Keene, me alegra mucho veros.

—Majestad, me halagáis.

—Venid, tomad asiento. Vosotros podéis retiraros —ordenó al ujier.

—Majestad... si me permitís, quisiera entregaros un obsequio. —Keene miró al ujier, que aguardó un gesto de la reina.

—¿Un obsequio? ¿Dónde está? —preguntó complacida.

El ujier hizo pasar al criado que portaba el paquete y le indicó que lo dejara encima de una mesita y se retiraron.

—¡Oh, *mister* Keene! Veamos qué nos traéis en este envoltorio tan... tan grande.

—Espero que sea de vuestro agrado, Majestad.

La reina deshizo los lazos y desprendió sin miramientos la envoltura que con tanto esmero habían dispuesto las doncellas del embajador. Abrió la caja y Keene le ayudó a sacar un globo terráqueo labrado en marfil y policromado. Estaban señalados los viajes de los navegantes portugueses y la extensión de su imperio colonial. Contempló, bajo la atenta mirada de Keene, la frontera con los dominios españoles al sur de Brasil. Estaban trazados según las pretensiones de los portugueses.

—¡Es precioso! Además... muy instructivo.

—Gracias, Majestad —respondió satisfecho con el efecto causado por su regalo.

Doña Bárbara lo invitó a tomar asiento. Algo que, salvo los grandes que podían permanecer cubiertos y sentarse en presencia de sus majestades, suponía una gran deferencia que se unía a la intimidad que suponía estar a solas con la reina.

Antes de sentarse, Keene se acercó al globo terráqueo.

—Majestad, permitidme que os muestre algo más.

Abrió la peana accionando un mecanismo. Era una caja repleta de monedas de oro. Allí había una fortuna y explicaba por qué una esfera hueca pesaba tanto. Doña Bárbara quedó maravillada, también con la discreción del embajador. Quienes formaban su círculo más íntimo sabían de su avidez por el dinero. Atesoraba grandes sumas, parte de las cuales empleaba en erigir el convento para las salesas y... su refugio. No era la primera vez que doña Bárbara recibía sumas importantes de Londres.

La reina pulsó el botón y la peana volvió a cerrarse. Lo repitió como si fuera una niña, encandilada con un juguete nuevo. Se sentó, indicando a Keene que también lo hiciera.

—Decidme, ¿cuál es la razón de esta visita... además de obsequiarme de forma tan espléndida?

—Majestad, las conversaciones —Keene no necesitaba añadir que eran las de los límites coloniales entre España y Portugal— están tropezando con serias dificultades.

La sonrisa de la reina desapareció de su semblante.

—¿Qué clase de dificultades?

—Las que pone el secretario de Guerra y Marina.

—¡Somodevilla nada tiene que decir en ese terreno! —La reina siempre se refería al ministro nombrándolo por su apellido—. ¡No es asunto de su competencia!

Había bastado un comentario para que la reina mostrase su rechazo a Ensenada. Era vital que se convirtiera en su peón más importante en los planes que había trazado.

—Cierto, Majestad, pero tiene gran influencia y está moviendo todos sus recursos.

La reina apretó la boca. Las marcas de la viruela en su rostro parecían más grandes.

—Esas influencias son inútiles cuando se oponen a la voluntad del rey —sentenció.

—También eso es cierto, Majestad. Pero el ministro no deja de enredar. Tiene a su favor a los jesuitas que, como Su Majestad sabe, no quieren oír hablar de modificaciones territoriales que afecten a las Misiones que allí han promovido.

—Los jesuitas tampoco tienen voz en este negocio. Obedecerán lo que se acuerde. Son súbditos del rey.

—Perdonad, Majestad. —Doña Bárbara lo miró suspicaz—. Los jesuitas tienen un cuarto voto, de obediencia al Papa.

—Eso no les exime de obedecer a su rey.

—No olvidéis tampoco que el confesionario del rey lo ocupa un jesuita.

Keene, taimado, sabía que la relación de la reina y el confesor era pésima.

—Rávago —la reina escupió el nombre— cuida de su conciencia. No dicta su política.

El ánimo de la reina se había transformado.

—Es gran amigo de Somodevilla —añadió Keene para echar más leña al fuego.

—Son tal para cual. —Doña Bárbara se levantó y el embajador se puso en pie.

—Supongo a Su Majestad informada del último viaje del marqués a La Granja.

Un destello de ira brilló en los ojos de la reina.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace unos días. Allí también se habló de las conversaciones.

—¿Qué se dijo?

Keene ya había lanzado las redes con el gentilhomme, ahora decidió actuar con astucia. A la reina le llegaría la noticia por otro conducto. Eso daría más crédito a su intriga.

—No lo sé, Majestad. Pero estarían conspirando.

—¡Sin duda! Esa Parmesana sigue intrigando y no pierde ocasión de hacernos daño. Que Somodevilla le rinda pleitesía... Gracias por vuestra visita, embajador.

Doña Bárbara agitó una campanilla y al punto el ujier pidió permiso para entrar.

—Acompaña a su excelencia.

Doña Bárbara le dio a besar su mano.

Cuando abandonó el palacio, Keene era un hombre satisfecho. Su visita a la reina no podía haber ido mejor. Su satisfacción se había transformado en euforia al conseguir que doña Bárbara recibiera información confidencial de que Isabel de Farnesio y don Zenón de Somodevilla habían hablado de lo perjudicial que era para los intereses de España el acuerdo con los portugueses fijando nuevos límites a los dominios coloniales. Ensenada había buscado apoyo en la Parmesana en su condición de madre del futuro monarca.

Doña Bárbara, una vez retirado el embajador, rumiaba sus comentarios cuando el gentilhomme de guardia aprovechó para decirle:

—*Mister* Keene me ha dicho algo sumamente grave.

—¿Qué os ha dicho?

—Que Somodevilla pretende informar al rey de Nápoles de asuntos muy reservados.

La reina lo miró con el ceño fruncido.

—¿Estáis diciendo —preguntaba al gentilhomme— que pretenden poner al corriente de lo que se negocia en Lisboa al soberano de otro país?

—Esa... —el aristócrata titubeó—: es la conclusión lógica, ¿no os parece, Majestad?

—¡Revelar esos asuntos a una potencia extranjera es traición! ¡No se atreverá a tanto!

El gentilhomme comprendió la gravedad de lo que la reina acababa de decir. No tenía pruebas. Sólo lo que Keene le había dicho. Sin desdecirse, dio marcha atrás.

—Lo que ha llegado a mis oídos es que se habló de las negociaciones con Portugal y, como Vuestra Majestad sabe, el secretario de Guerra y Marina es contrario a ellas.

—Conozco bien a ese Somodevilla. Haría cualquier cosa para convertir en realidad sus propósitos. ¡Sería capaz de bajar al infierno y tener como aliado a Lucifer!

Estaba despuntando el alba cuando Claudia, que apenas había logrado dormir un par de horas, saltó de la cama y se puso una bata sobre el camisón. Sin hacer ruido se acercó hasta la alcoba de su madre y llamó suavemente a la puerta. Le extrañó no obtener respuesta. En la planta baja todo era silencio y su madre, que solía levantarse antes que ella, no trasteaba en la cocina. Empujó la puerta y vio a su madre plácidamente dormida. Cerró sin hacer ruido, bajó a la cocina y encendió la lumbre. Puso un puchерillo para calentar agua y preparar la infusión de hierbas que ella y su madre tomaban cada mañana, además de un tazón de leche con miel. Mientras el agua hervía, se lavó los ojos con aguasal y después se llevó el cuadro a la cocina. La claridad de la mañana aumentaba con el discurrir de los minutos y observó, una vez más, el reverso. Confirmó la capa de barniz que detectó la víspera. Era muy sutil y del color de la madera. El ruido del agua hirviendo amortiguó el sonido de los pasos de su madre por la escalera. Casi se sobresaltó al verla aparecer en la cocina. No había dormido tan plácidamente como creía.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó al ver sus grandes ojeras—. Tienes un aspecto...

—He dormido mal.

—¿Has llorado?

—He dormido mal —reiteró su madre.

Claudia supo que no debía insistir. Su madre era una mujer dura y, aunque derramó muchas lágrimas cuando su marido apareció en las aguas del Sena, no la había vuelto a ver llorar desde hacía meses.

—¡Toca aquí! ¡Hay una capa de barniz del color de la madera! Esta tabla oculta algo.

Doña Catalina rozó el reverso de la pintura con la punta de sus dedos.

—¿Desmontamos el marco? —propuso Claudia.

—Por supuesto. Usemos un cuchillo, nos ayudará a desprenderlo. —Con cuidado Claudia desmontó el marco y quedaron a la vista los bordes de un pliego de papel pegado a la tabla. La capa de barniz ocultaba su existencia—. ¿Cómo podía don Diego saber esto?

—No lo sé, madre. Quizás hablé de la existencia del cuadro, pero no pude decir cosas que no sabía. Habrá que despegar este pliego con cuidado, para no romperlo al retirarlo.

—¿Sería bueno humedecer los bordes?

Claudia se encogió de hombros.

—Debemos pensar bien lo que vamos a hacer. ¿Recuerdas las palabras de padre?

—No.

—Dijo que no me desprendiera del cuadro porque, en caso de dificultades, podría resolver nuestras vidas. Ignoro por qué lo dijo.

—Muy pronto vamos a saberlo.

—¿Cortamos el borde? Ese papel no debe estar pegado a la tabla —aventuró doña Catalina.

—Probemos.

Utilizando la punta del cuchillo, Claudia fue rasgando el borde del papel con mucho cuidado. Cortaba lentamente, tomándose su tiempo. Era un papel recio. Cuando concluyó estaba sudando y tenía la respiración agitada por la tensión. Al despegarlo comprobó que no era papel, sino una delicada vitela, un finísimo pergamino que protegía un cuadernillo de papel tan fino que no podía percibirse protegido por la vitela. Claudia lo cogió con cuidado. Eran cuatro páginas de un texto menudo y apretado.

—¡Eso está cifrado! —exclamó doña Catalina.

—Debe tratarse de algo importante para que padre tomara tantas precauciones.

—Habrà que descifrarlo. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Utilizaremos la clave. Es un trabajo tedioso, pero ahora tengo cierta práctica.

—Pero eso será después de desayunar.

En el pucherillo el agua parecía tener vida propia. Prepararon la infusión que, según doña Catalina, limpiaba el cuerpo de los humores perniciosos. Su madre hirvió la leche, la endulzó con miel y la acompañó con un bizcocho que había horneado la víspera. Luego, Claudia sacó la clave de la peana de la imagen de santo Tomás de Villanueva, despejó la mesa de la cocina y se dispuso a trabajar. La luz, que ya entraba por el ventanal, convertía aquel sitio en el más luminoso de la casa. Pronto surgieron dificultades. Aquello era un galimatías. Tener cierta práctica distaba mucho de ser una experta. Hizo varias comprobaciones para ver si utilizaba la clave de forma adecuada, pero el resultado fue el mismo. No servía para descifrar aquel texto.

—Madre, no puedo leer lo que aquí hay escrito.

Doña Catalina, que estaba junto a la hornilla, limpiando de briznas y piedrecillas las lentejas del potaje de aquel día, miró a su hija de soslayo.

—¿Por qué?

—Utilizó una clave diferente.

—Tu padre era muy meticuloso. Tiene que haber una explicación.

—Si estaba oculto, ¿por qué lo dejó cifrado? Carece de lógica.

—La ha de tener. Sabes, como yo, que era meticuloso y precavido. Quizá temía que el cuadro cayera en manos inadecuadas y tomó medidas extraordinarias.

—Entonces, ¿por qué no dejó una clave?

—Es posible que nosotras no seamos capaces de encontrarla.

—Los últimos días estaba tan nervioso... Quizá se olvidó de adjuntar la clave.

—Eso es impropio de él.

—Conociéndolo, también me parece raro —corroboró Claudia—. Sin embargo, es lo que tenemos.

—¿Habría algún detalle en el cuadro que se nos haya pasado?

Escudriñaron detenidamente la escena: la astrosa indumentaria de los músicos, los instrumentos, los personajes que formaban el fondo de la pintura, el paisaje. Trabajo inútil. Aquel examen sólo sirvió para ratificar la escasa calidad del cuadro. Tampoco en el reverso vieron algo que llamase su atención.

—Quizá don Diego podría echar una mano. ¿Recuerdas lo que te dijo?

—Que la pintura carecía de valor, pero que el cuadro guardaba algo muy valioso. Utilizó la palabra guardar. Como si supiera que el valor del cuadro estaba oculto.

—No se equivocó —ironizó doña Catalina.

—Me dijo que cualquier detalle, por insignificante que fuera, podía ser importante.

Las palabras del piscator hicieron que otra vez repasaran la pintura. Intento baldío.

Claudia estaba convencida de que la precipitación con que su padre vivió los últimos días hizo que no reparase en que el texto requería de una clave específica. Su madre, sin embargo, estaba convencida de que eran ellas quienes no daban con la clave que podía resolver aquel misterio. Su marido no se habría referido en los términos en que lo hizo, sin dejarles la posibilidad de resolver el enigma en que se habían convertido las cuatro páginas de aquel cuadernillo tan cuidadosamente ocultado.

Con el ánimo decaído, doña Catalina reemprendió sus tareas culinarias, mientras Claudia hacía un nuevo intento con la clave que poseía. Cuando su madre terminó de limpiar las lentejas se puso a pelar unas patatas. No las habían vuelto a comer desde que regresaron de París. En España la resistencia a comerlas estaba muy extendida.

—¿Sabes que cuando las he comprado el regatón me ha mirado

sorprendido?

Claudia, concentrada en los papeles, apenas prestó atención a su madre y le preguntó sin pensar.

—¿Dónde las venden?

—En el mercado que hay junto a la iglesia de San Miguel. Dicen que son comida de pordioseros y que un médico muy versado afirma que causan muchas enfermedades.

—Pues en casa de doña Rosa María he oído decir que son afrodisiacas.

—También lo dicen algunos clérigos. Afirman que estimulan la lujuria. ¡Qué cosas, hija mía, qué cosas! Como sabes, tu padre las comía con frecuencia y puedo asegurarte que no pecaba de ese vicio. —Claudia miró a su madre sin disimular una pícara sonrisa—. Si supieras cómo lo echo de menos...

Doña Catalina continuó pelando patatas y Claudia miró el cuadernillo con desgana. El grito de su madre la sobresaltó.

—¿Te has cortado? —le preguntó alarmada.

Su madre estaba inmóvil con la mirada fija en las patatas.

—¡Esto es increíble! ¡Mira, Claudia! ¡Esto... esto parece cosa de brujería! Lo que Claudia vio también la dejó estupefacta.

Por la mañana, la visita al Real Observatorio de Greenwich, que se había retrasado muchos meses por unas importantes obras, lo había impresionado. Los astrónomos reales lo habían acogido casi con devoción. Se deshicieron en alabanzas con sus trabajos sobre la medida del arco del meridiano terrestre. Cuando salió de las instalaciones, se prometió a sí mismo hacer todo lo que estuviera en su mano para que en España se contase con una instalación como aquella. Los medios que tenían eran extraordinarios. Por la tarde había asistido a una reunión con un grupo de caballeros en una mansión en Pall Mall, próxima a la abadía de Westminster. El motivo era agasajarlo y que hablase de las novedades de sus planteamientos astronómicos. Estuvo a punto de cancelar su visita al enterarse de que el motivo de sus reuniones era jugar a las cartas apostando cifras considerables, pese a que el juego estaba prohibido. Para guardar las apariencias celebraban algunas actividades de carácter cultural.

Si de Greenwich había salido impresionado, de allí lo hizo con la penosa impresión de haber sido utilizado para dar imagen de honorabilidad a lo que era un tugurio al que concurrían *gentlemen* de la mejor sociedad londinense.

Cuando subió al carruaje de alquiler que habían puesto a su disposición, estaban cayendo algunas gotas, pero los oscuros nubarrones que llegaban desde el Oeste anunciaban una lluvia más intensa. En el trayecto la lluvia arreció y cuando llegó a su domicilio el agua caía con fuerza. Apenas había despedido al cochero cuando se le acercó un sujeto, casi se le echó encima, antes de entrar en la casa. Por un momento se temió lo peor.

—Perdonadme, ¿sois *mister* Juan?

El hombre que le cerraba el paso para entrar en la vivienda vestía un remendado tabardo para protegerse de la lluvia y la cabeza cubierta con una capucha.

—Ese es mi nombre. ¿Qué deseáis?

—¿Podrías dedicarme unos minutos?

Jorge Juan dudó. Miró a ambos lados de la calle. La lluvia caía con fuerza y estaba solitaria. Si iban a prenderlo, era necesario un cierto número de hombres.

—¿Quién sois?

—Mi nombre no os dirá nada, pero me llamo David Howell. ¿Podemos hablar... —el hombre señaló hacia el final de la calle— en aquella taberna?

—¿Qué queréis?

—Sólo hablar con vos. Soy amigo de Richard Rooth.

Que mencionara a Rooth le dio mala espina. Tal vez, quería conducirlo hasta la taberna donde aguardaban los hombres que iban a prenderlo. Podía tratarse de una trampa. La duda asomó al rostro de Jorge Juan y a Howell no le pasó desapercibido.

—Por favor, señor. Llevo más de dos horas esperándoos.

El ajado tabardo que lo protegía algo de la lluvia, estaba empapado.

—¿De qué queréis hablar?

—Soy maestro fundidor. Es posible que puedan interesaros mis servicios.

Rondaría los treinta años. A Jorge Juan le parecieron pocos años para ser maestro en un arte tan complejo como la fundición de cañones. Posiblemente le estaba mintiendo. La lluvia arreciaba y si permanecía allí, iba a terminar empapado. Pese a sus recelos aceptó ir a la taberna. Si aquel Howell era fundidor, era un milagro.

—Está bien, vamos. Pero si me estáis tendiendo una trampa os juro que...

—Perded cuidado, señor. Sólo quiero ofreceros mis servicios.

Entraron en la taberna donde no había casi nadie. Al menos a la vista, no se percibía peligro. Se sentaron en una mesa junto a una enorme chimenea donde crepitaba un alegre fuego. Pidieron vino y Howell le explicó que durante varios días lo estuvo siguiendo, dudando si acercarse a él. Dejó de seguirlo al comprobar que recelaba y se marchó de Londres. Buscó trabajo en Gales, pero fue inútil. Había regresado a Londres hacía tres días. Jorge Juan recordó que Mora le dijo que el sujeto que lo seguía había desaparecido. Hacía más de un mes que no había rastro de él. Si Howell no le estaba mintiendo, podría ser quien hizo sospechar al guardiamarina.

—Antes me habéis dicho que sois amigo de Rooth...

—Algo más. Di palabra de matrimonio a su hija. Pero todo se fue al traste...

—¿Por qué decís eso?

—Porque he pasado dos años y medio en la cárcel. Salí hace unos meses.

—¿Por qué habéis estado en prisión?

—Me acusaron de haber fundido los cañones empleados por el ejército jacobita en la batalla de Culloden.

—¿Era cierto?

—Sí, señor. No todos habían salido de mis manos, pero sí los que mejor se portaron. Dispararon hasta que se nos agotó la munición. No se rajó ninguno — añadió con orgullo.

—¿No estaréis mintiéndome?

Howell lo miró con tristeza, dio un trago a su vino y negó con la cabeza. Bajando aún más el tono de su voz hasta convertirlo en poco más que un susurro:

—Tomé parte en esa batalla donde habíamos puesto todas nuestras ilusiones. Pero... pero —le costó trabajo seguir hablando— las cosas nos fueron rematadamente mal.

—¿Cómo habéis sabido de mí y de mi relación con Richard Rooth?

—Antes de marcharse a España, Guillermina, que sabía que yo tardaría todavía algún tiempo en salir de prisión, me dejó una carta en The Devil's Tavern. —Howell se desabrochó el tabardo, buscó en sus bolsillos y le entregó la carta—. Espero que esto despeje de una vez vuestras dudas.

A Jorge Juan le pareció inadecuado cogerla. No conocía la letra de Guillermina. La carta podía haberla escrito cualquiera.

—Está bien. Me fiaré de vuestra palabra.

—Si necesitáis un buen fundidor, os aseguro que no os arrepentiréis. Puedo fundir abrazaderas, pernos, remaches, vigotas, cáncamos. He trabajado con algún constructor de barcos y, aunque aquí se utiliza el hierro imprescindible y los engarces se suelen hacer de madera, puedo labrar en hierro todo tipo de piezas.

—¿Estaríais dispuesto a ir a España?

—Estoy dispuesto a ir a cualquier sitio donde esté Guillermina.

Jorge Juan se acordó de Claudia. Si le hubieran dado esa razón unos meses antes, no habría pensado que era un argumento de mucho peso. La presencia de Claudia en su vida le había hecho ver las cosas de forma diferente.

—Abrazaderas, pernos, vigotas... todo eso está muy bien. Pero fundir cañones es otra cosa. ¿Vos seríais capaz?

—Si Richard Rooth estuviera aquí, podría dar fe de ello.

Jorge Juan dio un trago a su vino, pensando que los espías ingleses que vigilaban donde estaban los arsenales españoles tenían que haber descubierto ya la presencia de sus compatriotas. Dentro de poco tiempo en Londres tendrían conocimiento de lo que estaba ocurriendo. Hacía ya muchos meses que el maestro Rooth y su hija habían embarcado en Folkestone. También tenía noticias de la arribada sin novedad del *San Pedro* a Bilbao y de que *mister* Bryant trabajaba ya en Cartagena.

En la última carta Ordeñana le decía que don Zenón estaba entusiasmado con los planos que habían llegado a Madrid. Le decía que, si aquel método daba el resultado que esperaban, el problema de la madera para las cuadernas dejaría de serlo. Conseguir árboles cuyos troncos permitieran las cuadernas del método Gaztañeta era un serio problema. Apenas quedaban algunas manchas boscosas cuyos árboles podían ser útiles.

Ahora estaba a punto de conseguir, si Howell no mentía, algo que no se le había planteado llevar a España: un fundidor de cañones. El armamento de un barco era fundamental. Las referencias a los navíos de línea y las fragatas de

guerra solían hacerse por su número de cañones y cubiertas. Muchos cañones se rajaban al probarlos en las mismas fundiciones. Si Howell era un buen fundidor... Comprobó que su jarrillo estaba vacío y Jorge Juan dio un largo trago a su vino para acabarlo y pidió que les sirvieran otros dos. En la calle la lluvia arreciaba. El agua caía con tanta fuerza que el tejado de la taberna parecía que iba a venirse abajo de un momento a otro.

—Necesitaría conocer alguna muestra de vuestro trabajo, ¿es eso posible?

Howell bebió antes de responder.

—Sí, pero es arriesgado. Trabajé en la Fundición Real varios años. Cualquier información que salga de allí es considerada traición y si alguien va preguntando, terminará siendo interrogado. Os aseguro que no se andan con melindres. Allí se han fundido miles de los cañones de 26 y 40 libras, también de 20 libras para fragatas. Como nuestra libra es ligeramente inferior a la que utilizan los españoles y franceses corresponderían a los de 18, 24 y 36 libras. En cualquier caso piezas muy pesadas. Sin incluir la cureña, están cerca de noventa quintales.

—Veo que estáis informado.

—Si lo que deseáis es someterme a un examen, podéis hacerlo. También os podrían dar información en Gales. En Cornualles hay otra fundición donde estuve dos años. Pero... pero quizás hagáis el viaje en balde. No es fácil obtener información. Sólo tenéis una posibilidad de comprobar que soy un buen fundidor.

—¿Cuál?

Howell apuró el vino de la jarra.

—Preguntando a los trabajadores en los *docks*. Allí todo el mundo sabe quién es quién. El riesgo es menor.

A estas alturas Jorge Juan sabía que David Howell no estaba tendiéndole una trampa. Si fuera así haría rato que estaría preso. Tener un buen fundidor era un regalo del cielo. Conocía los problemas vividos en las fundiciones de Liérganes y La Cavada.

—Si acepto vuestra propuesta, ¿cuándo estaríais en condiciones de partir?

—Mañana, si fuera posible. Mi mayor deseo es encontrar a Guillermina.

—¿Dónde podemos localizaros?

—Preguntad por Clothilde, una moza que trabaja en el Red Lion, una taberna al final de Tower Street, cerca de la Torre de Londres. Me dará cualquier recado.

—¿No habrá problemas?

—Es de toda confianza. Dejadle aviso de dónde podemos vernos con un día de antelación. Allí estaré yo.

El marqués de la Ensenada había dado respuesta inmediata a la petición de doña Catalina. La recibiría en su casa de Buenavista. No quería que su visita estuviera revestida de carácter oficial. Le envió un coche para recogerla en su casa.

Don Zenón la aguardaba impaciente. La viuda de uno de sus más importantes agentes siempre podía suponer un problema. Hasta los que hacían gala de la mayor prudencia tenían deslices. La nota que le había hecho llegar la víspera le había producido cierto desasosiego. La había leído al menos media docena de veces, pero el texto era tan escueto que resultaba imposible saber hasta dónde llegaba la «extrema gravedad» del asunto al que se refería. Podía tratarse de una estratagema para acercarse a su persona y pedirle algún favor, pero no le parecía que ese fuera el talante de doña Catalina Garcés. Pensó que la nota podía estar relacionada con la muerte de su pariente, el clérigo Noriega, y también que había mujeres de hombres que trabajaban para él reservadamente y estaban al tanto de cuestiones de suma gravedad. Recordaba el caso de un espía que lo tenía al tanto de los manejos vaticanos y de los asuntos a los que daba prioridad la Santa Sede en relación con el Concordato que se estaba negociando. El oro pontificio hizo que realizara labores de contraespionaje en beneficio del Papado, pero su esposa, que estaba al corriente de todos sus manejos, le advirtió de esa circunstancia y se convirtió en la mejor informadora con que contó en esas negociaciones.

Al oír cómo su secretario llamaba a la puerta y abría casi al tiempo que le daba la venia, se recolocó la peluca, estiró las puñetas de su camisa y aireó los encajes de la pechera. Don Zenón deseaba siempre ofrecer su mejor imagen.

—La visita que su excelencia esperaba —anunció el secretario dando paso a la viuda. Doña Catalina vestía de riguroso luto. El negro resaltaba la palidez de su rostro, incluso las canas le daban un aire de distinción.

Ensenada la saludó como si se tratara de una vieja amiga que llevaba tiempo sin ver.

—¡Mi querida doña Catalina! ¡Es un placer saludaros! ¡No podéis imaginar cómo lamenté lo de vuestro esposo! —Ensenada tomó para besarla la mano que le ofrecía.

—Su excelencia es muy amable. Agradezco sus palabras y también que haya respondido con tanta celeridad a mi nota.

—¡Oh, señora mía! Coincidiréis conmigo en que los términos utilizados

para redactarla...

—No hay en ella un ápice de exageración.

—Tomad asiento, doña Catalina, por favor. —Ensenada le señaló un sillón frente al que iba a ocupar él—. ¿Deseáis tomar algo? ¿Un cordial? ¿Aloja? ¿Un refresco? ¿Café?

—Nada, muchas gracias, excelencia.

—¿Un chocolate, tal vez? Os aseguro que es el mejor que puede tomarse en Madrid.

—Gracias, excelencia, muchas gracias.

—Bien, en ese caso...

Doña Catalina sacó el cuadernillo escrito que estaba oculto tras el cuadro.

—Tomad, señor.

Ensenada lo hojeó y luego miró a doña Catalina.

—¿Podrías decirme que es esto?

—Un texto cifrado. —La serenidad de doña Catalina llamó la atención del ministro.

—Hasta ahí he llegado, señora mía.

Por respuesta doña Catalina le entregó la vitela que había protegido el cuadernillo.

—Aquí tenéis la clave.

Ensenada comprobó que la vitela estaba en blanco.

—¿Está escrita con tinta simpática?

—No sé qué es eso, señor. Lo que puedo aseguraros es que en ese pergamino apareció una clave que luego desapareció.

—Tinta simpática. Vuestro esposo la utilizaba con frecuencia. Supongo que permite descifrar este texto.

—Quizás, excelencia. Pero ocurre algo muy extraño. Parece cosa de brujería.

Ensenada dedicó a doña Catalina una sonrisa de benevolencia.

—¿Nunca os habló vuestro esposo de la tinta simpática?

—No, señor. Siempre me mantuvo alejada de sus actividades. Decía que era por nuestra propia seguridad.

Don Zenón asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Está hecha con jugo de limón o naranja, también se emplea el de cebolla. Con el tratamiento adecuado tienen la propiedad de hacer invisible la escritura. El texto reaparece cuando el material sobre el que se ha escrito se calienta.

—¿Qué quiere decir exactamente vuestra excelencia?

—La clave ha aparecido cuando este pergamino, por alguna circunstancia, se calentó.

—¡Eso fue lo que ocurrió! —exclamó doña Catalina admirada—. ¡Una casualidad! Mi hija despejó la mesa cuando intentaba descifrar el cuadernillo y ese pergamino fue a parar al lado de la lumbre. Eso hizo aparecer la clave y Claudia empezó a trabajar, pero al poco rato la tinta se diluyó hasta desaparecer. No relacionamos el calor con la aparición de lo que ahí está escrito.

Don Zenón agitó una campanilla y al criado que acudió a su llamada le ordenó que trajera un candelabro. Cuando el pergamino recibió el calor la clave volvió a cobrar vida.

—¡Mirad, doña Catalina! El procedimiento se utiliza desde hace siglos para ocultar textos. Pero decidme, ¿dónde estaba esto?

—Oculto en un vulgar cuadro que traje de París. Poco antes de que asesinaran a mi marido, me dijo que jamás me desprendiera de él.

—¿Por qué os dijo eso?

—No lo sé. Me advirtió de que, en caso de dificultad, resolvería mi vida y la de mi hija.

—¿No os resultó extraño?

—Lo achaqué a que en sus últimos días estaba muy nervioso, como si presintiera que algo grave iba a ocurrirle. Me traje el cuadro a Madrid y por una serie de circunstancias hemos encontrado eso.

Ensenada se acarició el mentón, recordando a Torres y Villarroel quien, pese a ser un personaje estrambótico, no era un charlatán que confeccionaba almanaques.

—Supongo que tenéis conocimiento de una parte del contenido de estos papeles. Me refiero a lo descifrado hasta que... desapareció la clave.

—No, excelencia. Quizá me he expresado mal, al decir que no le dio tiempo a concluir. En realidad, sólo pudo descifrar las primeras líneas.

—Entonces... ¿Por qué habéis querido que yo lo conozca?

—Porque al parecer se trata de un asunto que debería conocer vuestra excelencia. Mi esposo alude a un asunto acaecido en Londres...

—¿Qué asunto? —Ensenada la interrumpió.

—No lo sé, señor, mi hija sólo pudo descifrar el comienzo... Pero mi esposo trabajaba para vos y leímos lo suficiente como para decidir ponerlo en vuestro conocimiento. Al parecer alguien urde una traición. Si mi marido lo ocultó con tanto cuidado, debe ser algo muy importante. Lo que sigo sin comprender es por qué mi difunto esposo me dijo lo de que en caso de dificultades podría salvar la vida de mi hija y la mía.

—Doña Catalina, es importante que me digáis todo lo que habéis podido leer de este texto. Muy importante —insistió Ensenada.

—Lo mejor que puedo hacer es daros lo que Claudia ha descifrado. —Sacó

un papel cuidadosamente doblado y se lo entregó.

Ensenada leyó aquellas líneas con avidez y su rostro se contrajo.

—Doña Catalina, os agradezco mucho que me hayáis hecho partícipe de este cuadernillo. Si en algún momento necesitáis de mi persona, no dudéis en acudir a mí. Continuaréis protegidas, después de que vuestra hija fuera atacada en las Gradass de San Felipe y entraran en vuestra casa y se llevaran los papeles de vuestro esposo. —Al oír esto doña Catalina iba a decir algo, pero no le fue posible—. Ahora tenéis que dispensarme, pero es necesario conocer con detalle la información que contienen estos pliegos.

Ensenada se había puesto en pie acompañando con aquel gesto lo que acababa de decir. Doña Catalina también se puso en pie, recogió su manto y ofreció la mano a don Zenón que, tras besarla, la acompañó hasta la puerta.

—¡Moriche, acompaña a doña Catalina! ¡Que mi coche la lleve a su casa o adonde ella disponga!

Dos horas más tarde don Zenón tenía conocimiento del contenido de aquel mensaje cifrado, dejado por don Baltasar Osorio. Su presencia en Londres, poco antes de morir, buscaba información de las acciones emprendidas por los ingleses para que se redibujara el mapa de las colonias españolas y portuguesas en la zona sur de Brasil y en el estuario del Plata. Tuvo que huir precipitadamente con los ingleses pisándole los talones. Redactó aquel informe señalando que sus sospechas recaían sobre un agente de Ensenada que actuaba también para los ingleses. La información que consiguió era extraordinariamente valiosa.

El texto terminaba diciendo:

*Oculto este informe porque el correo no saldrá hasta dentro de tres días y quiero ponerlo a buen recaudo. Lo hago porque hoy 14 de julio he recibido un mensaje para acudir a una hospedería, llamada «La Font de Gaume», que está en la rue des Mathurins, a la espalda del convento de los padres Capuchinos. La cita me ha llegado por el procedimiento habitual y la clave que corresponde, pero sospecho que algo extraño está ocurriendo.*

*Como sospecho que tratarán de hacerse con mis papeles, he decidido actuar de esta manera, dejándole a Catalina una referencia muy vaga para no comprometerla ni a ella ni a mi hija Claudia, como ha sido siempre mi norma de conducta. Tengo que elegir entre mis deberes como*

*esposo y padre y mi servicio al rey, y no he encontrado mejor fórmula que esta. Los agentes ingleses que me siguieron hasta Dover están en París desde hace un par de días buscando una pista que los ponga sobre mi persona.*

*En París, a 15 días del mes de julio del presente año.*

*P. D. Bajo la vulgar pintura de unos músicos callejeros hay otra muy valiosa por la que he pagado mil quinientos doblones de oro y que supone el bien más valioso que puedo dejar a mi familia, si Catalina quedara viuda y Claudia huérfana.*

Ensenada agitó una campanilla y, con la celeridad acostumbrada, apareció Moriche.

—¡Dile al traductor que venga y tú ordena que dispongan mi carroza!

—Muy bien, señor.

El traductor acudió rápidamente.

—Quiero una copia desde aquí —le señaló un punto— hasta el final.

—Estoy terminando la carta que...

—Quiero esa copia, inmediatamente.

—Sí, señor. —Hizo una desmañada reverencia y salió a toda prisa.

Cuando apareció con la copia, don Zenón, que había aderezado su peluca, se había perfumado y aireado los encajes de su pechera, la guardó en su casaca y salió a toda prisa.

—¡A la calle del Nuncio! —ordenó al cochero antes de subir a la carroza.

—¿A casa de doña Catalina? —preguntó el cochero, que había regresado hacía un rato.

—Eso es.

Salieron por la calle del Barquillo y subieron por Alcalá hasta la Puerta del Sol, que estaba muy concurrida. Aguadores alrededor de la Mariblanca, alojeros pregonando su mercancía, buhoneros y vendedores ambulantes ofreciendo sus baratijas, y muchos paseantes que se daban cita en aquel irregular espacio a la caída de la tarde. El cochero aminoró la marcha hasta tomar la calle de las Carretas donde también templó el paso, al estar parte de la calzada invadida por flejes, ruedas y tablones que los carreteros apilaban a la puerta de sus establecimientos. Alegró la marcha al llegar al desvío de la Concepción Jerónima, por donde alcanzó la plazuela de Puerta Cerrada y embocó la calle del Nuncio.

La carroza se detuvo ante la casa que ya llamaban «de la viuda». Don Zenón se cubrió con un tricornio, cuyo precio habría permitido comer a una

familia durante medio año, antes de bajar del carruaje. Un lacayo con librea le rindió el estribo.

La sorpresa de doña Catalina al abrir la puerta fue mayúscula.

—¡Excelencia! ¿Ocurre algo?

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, señor. Mi vivienda es humilde, pero es vuestra casa.

—Muchas gracias. —Ensenada cruzó el umbral y se quitó el tricornio.

En la calle la presencia del ilustre personaje se había difundido con rapidez entre el vecindario y era mucha la gente que se agolpaba ante la puerta de la casa y ya habían empezado a circular rumores para explicar su presencia en el lugar. Desde que Claudia era su amante hasta que habían tenido noticias del padre, que no había muerto en París.

Don Zenón vio acercarse a Claudia, que también había acudido a la llamada.

—Es mi hija, señor.

Claudia sujetó su vestido para alzarlo levemente e hizo una graciosa reverencia. Ensenada le respondió con una cortés inclinación de cabeza.

—¿Sois Claudia?

—Ese es mi nombre, excelencia.

—Encantado. —La saludó, tomando su mano y depositando un beso—. Disculpad esta visita sin anunciar, pero he de revelaros algo sumamente importante.

Claudia notó cómo se le alteraba el pulso y se agitaba su respiración. Tenía que ser algo muy grave como para explicar la presencia del ministro. Pensó si a Jorge Juan...

—Pasad, excelencia —lo invitó doña Catalina.

En la sala baja ofrecieron a don Zenón el único sillón. Ensenada lo rechazó:

—Será sólo un momento. Ya está descifrado el cuadernillo que me llevasteis. Fueron agentes ingleses quienes mataron a vuestro esposo. Posiblemente se trata de los mismos que robaron los papeles que habíais traído con vos desde París. Quizás al descifrar alguno hayan averiguado secretos que pongan en peligro...

—Es muy posible que no los hayan podido descifrar, excelencia.

Ensenada miró a Claudia, a quien su madre había dicho que don Zenón conocía el robo de los papeles.

—¿Por qué decís eso?

—Porque no se llevaron la clave. No estaba con los papeles. Mi padre era hombre muy precavido y jamás guardaba ambas cosas juntas.

Ensenada no ocultó su sonrisa. Pensó requerir la clave, pero no lo hizo.

—Vuestro padre fue uno de mis mejores agentes.

Ensenada buscó en su casaca la copia que llevaba.

—Tomad. Lo que está escrito en este papel os incumbe muy directamente.

Doña Catalina cogió la nota con manos temblorosas y se la pasó a su hija.

—Léela tú. Yo... yo no podría.

Claudia leyó en alta voz lo último que su padre dejó escrito. Cuando concluyó, madre e hija se miraron.

—Por eso padre te dijo que no te desprendieras de esa tabla.

—¿Podría verla? —preguntó el marqués.

—Claudia, ¿quieres traerla?

Don Zenón examinó la tabla con detenimiento. Doña Catalina y su hija acababan de prestarle un servicio mucho mayor del que podían imaginar. Había comprobado que vivían de forma modesta, administrando los doblones que les había enviado. Tenía la ocasión de solventar aquella situación sin humillarlas con una limosna.

—Doña Catalina, ¿me venderíais esta tabla?

—¿Sin ver qué hay debajo de esos músicos, pagaríais mil quinientos doblones?

—No.

Doña Catalina no esperaba aquella respuesta.

—¿Cuánto, entonces?

—Dos mil. Puede que hiciera una buena compra. Con las obras de arte nunca se sabe. No hemos visto la pintura y no sabemos qué hay debajo de estos vulgares músicos. Además, una de mis mayores debilidades es... apostar. Si aceptáis, la persona que envíe a recoger esta tabla traerá esa suma.

Doña Catalina lo miró llena de gratitud. No necesitaba palabras para comprender lo que Ensenada estaba haciendo.

—Podéis llevaros con vos la tabla, si no os incomoda.

—En absoluto, mi señora. Mañana tendréis el dinero aquí o la persona que os lo traiga lo depositará donde le indiquéis. Ahora debo marcharme. Mis obligaciones... Pero antes me gustaría comentar otra cosa. —Les explicó por qué no les pedía que le entregasen la clave.

Don Zenón salió a la calle, donde el cochero y el lacayo se las veían y deseaban para mantener a raya a lo que ya era una pequeña muchedumbre. Subió a la carroza y regresó al palacio de Buenavista henchido de satisfacción. Acababa de sacarse la dolorosa espina que había significado el asesinato de Baltasar Osorio y lo había hecho sin dolor. Desde que envió a su viuda los doscientos doblones sabía que dejaba una deuda pendiente. Baltasar Osorio había muerto sirviéndole lealmente y acababa de prestarle un último servicio

desde la tumba. Además, durante la visita había previsto cómo tender una trampa a los ingleses que habían acabado con su vida y se habían apoderado de sus papeles. Sólo había que echar las redes. Ordeñana se encargaría de ello. Sabía también que en Londres había un agente doble y que Jorge Juan y sus hombres corrían un grave peligro. Había que alertarles y no se podía perder un instante.

Benjamin Keene estaba pletórico. Había disfrutado de una excelente sobremesa y acababa de gozar de las delicias de Herminia, una hermosa joven de carnes prietas y bronceadas que, además de prestarle sus servicios como peluquera —peinaba sus pelucas y las mantenía en perfecto estado—, le calentaba de vez en cuando la cama. Tendido en el lecho, observó cómo la joven se encargaba de llenarle su pipa con aromático tabaco que se hacía traer de Holanda. Para el embajador fumar después de hacer el amor era una vieja costumbre. Herminia, a quien la sábana apenas cubría sus generosos senos, prendió el tabaco y dio las primeras chupadas para luego pasar la pipa al embajador, que ya no respondió a las zalamerías de la joven. Keene soportaba bien una embestida, pero ya no era un jovencito. Había sobrepasado el medio siglo y el paso del tiempo no perdonaba.

Despidió a la joven, que abandonó la cama con un mohín de disgusto al que respondió el embajador dándole una palmada en el trasero. No le convenía malhumorarla. Además del deleite carnal, Herminia le proporcionaba información de lo que se decía en los mentideros madrileños y en ciertos círculos a los que tenía acceso por su trabajo. Visitaba algunas de las casas más ilustres de Madrid. Esos dos canales —mentideros y casas de alcurnia— ayudaban al inglés a discernir entre rumores sin fundamento y lo que tenía visos de realidad. Herminia decía que las mujeres hacían confidencias a sus peluqueras y los hombres a sus amantes.

Fumaba con parsimonia reflexionando sobre las noticias que habían llegado de Lisboa aquella misma mañana. Su colega en la capital portuguesa le informaba de que el tratado de límites había recibido un gran impulso, pese a que Juan V, el padre de doña Bárbara, estaba aquejado de una grave enfermedad y sólo dedicaba su tiempo a visitar la Casa de la Librería, donde encuadernaban los volúmenes para la Biblioteca Real de Mafra, y a estudiar los planos de las obras del monumental edificio que llevaba varias décadas construyéndose algunas leguas al norte de Lisboa. El impulso se debía a que el duque de Braganza, príncipe heredero y hermano de doña Bárbara, había sido advertido por esta de que en Madrid había movimientos contrarios al tratado, promovidos por lo que llamaba el partido jesuítico encabezado por Ensenada.

Keene dio una chupada a su pipa. Ganarse la voluntad de doña Bárbara había sido un trabajo lento y difícil. Los donativos para la colosal obra en que estaba empeñada habían supuesto una gran ayuda. Bajó del lecho y se vistió con

ropa cómoda. No tenía previsto salir y no se esmeró con la indumentaria. Se encerró en su gabinete para despachar algunas cartas, pero apenas había redactado el borrador de la primera cuando sonaron unos suaves golpes en la puerta.

—¡Adelante! —respondió molesto por la interrupción.

A Keene no le gustó que asomara por la puerta el secretario de la embajada, Thomas Harris. Era hombre competente y en quien se podía confiar, pese a que el embajador era receloso por naturaleza. Si acudía a él..., algo grave había ocurrido.

—Disculpadme, señor, pero lo que acabamos de saber no admite demora.  
—Harris se acercó hasta la mesa.

—Hablad.

Lo que el secretario le dijo era extremadamente grave.

—¿Cuándo se ha recibido esa noticia?

—Hace poco más de una hora, señor.

Keene no podía hacerle ningún reproche. Estaba solazándose con Herminia.

—¿Hay dudas sobre ello?

Harris negó con un leve movimiento de cabeza y añadió:

—He dicho a quien ha traído la noticia que aguarde en la antesala. Sería conveniente que hablaseis con él. Os puede explicar los detalles.

—Si lo que dices es cierto, estamos ante un asunto extremadamente grave.

—Así lo creo yo, señor.

—¡Dile a ese hombre que pase!

Era uno de los espías que tenían en El Ferrol. Keene se olvidó de protocolos y preámbulos.

—¿Cuándo saliste de El Ferrol?

—Hace cinco días, señor.

—Cuéntame, ¿cómo os habéis enterado?

—Fue fruto de una casualidad, señor. Pero todo apunta a que lleva varias semanas.

—Cuéntame esa... casualidad.

—Lo que hizo sospechar a uno de nuestros hombres, pese a que utilizaban nombre falso y se hacían pasar por naturales del país...

—¿Naturales? ¿Es que son más de uno? —preguntó Keene.

—Lo que sabemos, al menos hasta que yo partí hacia Madrid, es que están ese maestro y su hija. Precisamente fue un desliz de su hija en una tienda de comestibles lo que nos hizo sospechar.

—¿Qué ocurrió?

—Se le escapó una maldición en nuestro idioma al caérsele un tarro de

miel. La fortuna nos acompañó porque en el establecimiento estaba uno de nuestros hombres. La joven se azoró mucho. Miró a su alrededor, como si hubiera cometido un delito, pagó la miel y se marchó a toda prisa. Nuestro agente la siguió y comprobó que entraba en el arsenal. Empezamos las pesquisas y lo que descubrimos nos pareció de mucha gravedad. Supimos que en el arsenal trabajaba un experto en construcción naval que había llegado hacía algunas semanas desde nuestro país. Descubrimos que la joven es escocesa y se apellida Rooth. Su padre es Richard Rooth, un maestro constructor de barcos.

Keene se acarició el mentón.

—¿Sabéis algo de las circunstancias en que se ha producido su llegada?

—No, señor. Lo que sabemos es que está trabajando en la construcción de buques. En el arsenal se ha multiplicado la actividad desde su llegada.

—Está bien. Habéis hecho un magnífico trabajo. Seguid vuestras pesquisas y no dejéis de comunicar cualquier incidencia. Puedes retirarte.

—Gracias, señor.

—Aguarda fuera —le indicó el secretario.

El agente hizo una reverencia y salió. Keene era ahora un hombre caviloso.

—Sería terrible que la presencia de ese Rooth fuera sólo una parte.

—¿Por qué lo decís, señor?

—Porque ese Rooth no ha aparecido en El Ferrol por casualidad. Es posible que forme parte de un plan mucho más vasto y no me extrañaría que Ensenada estuviera detrás. ¡Es el diablo! Hay que acabar con él.

—¿Qué podemos hacer?

—Tomad asiento, Harris. Esto no podemos despacharlo en unos minutos. Requiere meditación. Posiblemente, también dinero y mucha astucia.

El secretario acercó un sillón y Keene volvió a cargar su pipa. Fumar, además de relajarlo después de hacer el amor, le ayudaba a pensar, al menos eso creía. Harris lo observó en silencio. Después de expulsar la primera bocanada de humo comentó:

—Si ese tal Rooth está en El Ferrol, es posible que haya llegado algún otro experto a los otros arsenales españoles. ¿No os parece?

Harris pensó que tal vez el embajador tuviera razón.

—Tendríamos que confirmarlo, señor.

—Tienen que salir correos a Cádiz y Cartagena. ¿Cuánto pueden tardar en llegar?

—No sabría decirlo. Son lugares alejados de la corte. Cádiz más que Cartagena. Pero no esperéis tener noticias hasta pasadas tres o cuatro semanas. Nuestros agentes tendrán que indagar, preguntar sin levantar sospechas. Tener conocimiento de la presencia de Rooth en El Ferrol ha sido... fruto de la

casualidad.

—Cierto, pero ahora saben lo que han de buscar. Tendrán contactos, algún soplón... ¡qué sé yo! Que no escatimen en gastos y que los correos salgan mañana al amanecer.

Keene no paraba de dar chupadas a la pipa y se había formado una nube de humo azulado en el gabinete.

—Muy bien, señor. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. Hay que advertir a Londres. Alguien ha tenido que facilitarle la venida. Ensenada tiene una red de espías. Serán los que estén haciendo ese trabajo. Ahora retiraos. —Keene dio una fuerte chupada a su pipa, el tabaco brilló incandescente.

Harris permaneció sentado y Keene, quitándose la pipa de la boca, le preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Hay una segunda cuestión. Sabemos dónde está la clave para descifrar los papeles de Baltasar Osorio.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Uno de nuestros hombres que merodea por los alrededores de esa casa desde que el marqués de la Ensenada acudió a ella, oyó una conversación a la puerta de la iglesia de San Pedro el Real. Había terminado la misa y llovía con fuerza por lo que la gente se agolpaba en el pórtico. Eso le permitió estar cerca de la viuda que hablaba con un sujeto que la trataba con mucha confianza y que preguntó por la presencia del marqués en su domicilio. Ella le respondió que estaba relacionada con asuntos en los que había intervenido su marido, que trabajaba con documentos cifrados y que todavía conservaba la vieja clave y que la protegía santo Tomás de Villanueva.

—¿Qué quiere decir eso?

—No lo sé, señor. Pero si hay una imagen de ese santo en la casa...

—Hay que probar. Hemos de hacernos con ella. Tenemos los papeles, pero no hemos sacado nada en limpio y ahí puede haber información muy valiosa. Fue un error que intentaran raptar a esa joven para pedir a cambio los papeles de su padre. Desde el primer momento se debía haber entrado en la casa. Nos habríamos ahorrado muchas molestias. Que entren en ella en la primera ocasión que tengan. Pero lo más urgente es que mañana salgan esos correos. ¡La cosa es muy grave! Ensenada está empeñado en reconstruir la flota de Su Majestad Católica y está empleando todos los recursos que tiene a su alcance. No podemos consentirlo.

—Hay un último asunto que quería comentaros.

Keene resopló.

—Está visto que hoy es día de asuntos. Decidme de qué se trata.

—En realidad he pensado en ello mientras hablaba con vos.

—Explicaos, Harris.

—Cuando habéis dicho que quizá la presencia de Rooth en El Ferrol responda a un plan mucho más amplio, he pensado en que, poco antes de que llegarais a Madrid, un capitán de navío español, un hombre de una vasta cultura que ha publicado recientemente...

—¿Me estáis hablando de don Jorge Juan?

—En efecto. ¿Sabéis que está en Londres?

Keene utilizó un fino rascador y vació los restos que había en la cazoleta de su pipa en un cenicero.

—Sí. Leí en el *London Gazetteer* que había sido invitado por la Royal Society y por alguna otra institución científica para que hable de sus trabajos matemáticos y sus cálculos astronómicos.

—Es hombre muy versado en todo lo relacionado con la náutica.

—Como corresponde a un capitán de navío —replicó Keene como cosa obvia.

—Es un hombre muy próximo al marqués de la Ensenada.

Keene alzó sus pobladas cejas.

—¿Qué insinuáis?

—Que Jorge Juan, dadas sus condiciones de hombre de mar con experiencia no sólo como navegante sino como teórico, podría ser la pieza de que se habría valido Ensenada... si este asunto es una vasta operación.

—Quizá sea ir demasiado lejos.

—No sé si sabéis que mantiene relaciones con la hija de Baltasar Osorio. No tengo datos objetivos, señor, pero hay ciertas coincidencias que...

Keene daba rítmicos golpecitos sobre la mesa con la pipa. Estaba rumiando lo que Harris acababa de decirle. Su planteamiento no carecía de sentido.

—En el aviso que se envíe a Londres puede advertírseles de esa circunstancia.

Dos semanas necesitaron Solano y Mora para cumplir el encargo de Jorge Juan. Los guardiamarinas habían comprobado que, efectivamente, era un excelente fundidor, al que lo había perdido su devoción por los Estuardo. Habían indagado con discreción entre algunos jacobitas si David Howell era quien decía ser. Sólo entonces les ordenó que fueran al Red Lion, la taberna donde podían establecer contacto con él. Tenían la oportunidad de conseguir los servicios de un buen fundidor. La calidad de los cañones era más importante que su número. Jorge Juan había vivido experiencias donde un mayor número de piezas, pero de poca calidad, no había servido de mucho.

Eran poco más de las diez de la mañana cuando aparecieron por la taberna. Aquella parte de Tower Street, cercana a la Torre de Londres, sobre cuyos macizos muros de piedra, ennegrecidos por el musgo, siempre revoloteaban cuervos, era un lugar peligroso. Los recibió un olor a cerveza agria, vino peleón y brea. Las paredes estaban oscurecidas por el humo y la limpieza brillaba por su ausencia. Se acercaron al tabernero, un sujeto malencarado acodado en el mostrador con un fino palillo asomando a su boca. Le preguntaron por Clothilde y los miró con desdén. Se quitó el mondadientes de la boca y gritó para que todos lo oyeran.

—¡Esa Clothilde ya no trabaja aquí! ¡Estará revolcándose con alguno por unos cuantos peniques! ¡Putita jacobita!

Los guardiamarinas intercambiaron una mirada. Solano, acercando su cara a la del tabernero, le preguntó en voz baja:

—¿Sabes dónde podemos encontrarla?

—¡No lo sé! ¡Ni me interesa donde pueda estar esa ramera! —gritó de nuevo.

Solano iba a agarrarlo de la pechera, pero Mora le sujetó el brazo y le hizo un gesto para salir de la taberna. Tower Street estaba poco concurrida. Una mujer sacudía una manta por una ventana. Otras dos avanzaban con unos grandes cestos colgados de los brazos y otras tantas parloteaban en la puerta de una casa. A lo lejos se acercaba una carreta cargada de fardos y a su alrededor marchaban tres hombres. A la carreta la adelantaron unos porteadores con su silla de manos.

—No íbamos a conseguir nada enfrentándonos con ese tipo.

—Me he quedado con las ganas de partirle la boca.

—¿De qué habría servido? Los que están ahí dentro se habrían puesto de su parte. Lo malo es que no sabemos dónde encontrar a esa Clothilde.

—Por lo que ha dicho ese malnacido también ella es partidaria de los Estuardo.

Localizarla era como buscar una aguja en un pajar. Establecer contacto con Howell no iba a resultar fácil. Los jacobitas que habían alabado sus cualidades como fundidor sabían poco de él. Era un hombre solitario e ignoraban que había salido de la cárcel.

—Aquí no hacemos nada —señaló Mora—, mejor nos marchamos.

Echaron a andar, pero los detuvo una voz a sus espaldas.

—¡Eh, vosotros!

Era uno de los parroquianos de la taberna. Se acercó cojeando ligeramente.

—¿Queréis ver a Clothilde? —preguntó con una expresión de picardía en la cara.

—¿Tú sabes dónde está?

—Podría ser —respondió, mirándose sus enlutadas uñas—. Peter es algo deslenguado. Es cierto que, por unos peniques, Clothilde no hace ascos a que le toquen las tetas. Pero no la ha echado por eso, sino porque descubrió que es jacobita y Peter los odia a muerte. A mí me trae sin cuidado. —Miró hacia atrás desconfiado—. Me importa una mierda quién asiente sus posaderas en el trono. ¿Queréis verla? La moza merece un buen revolcón.

—¿Dónde está?

—Un momento, caballeros, no tan deprisa. Deseáis información y eso vale dinero.

—¿Cuánto? —preguntó Mora.

—Sólo os costará... —simuló calcular el precio—. Sólo os costará cuatro chelines.

—¿¡Cuatro chelines!? ¡Eso es un atraco!

—Bajad la voz. Os he dicho que la información vale dinero.

—Cuatro chelines —zanjó Solano—. Pero no los verás hasta que nos lleves adonde está.

—Me parece justo. Seguidme.

Caminaron hasta un callejón estrecho y sucio donde olía a col hervida. En la pared de una casa podía leerse: «Whore Jacobite.»

—Está claro que por aquí los jacobitas no gozan de simpatías —rezongó Mora.

—Habrá sido el propio Peter. Pero eso no hace desmerecer sus tetas. —Hizo un gesto obsceno ahuecando las manos a la altura del pecho—. Ahí vive Clothilde. Ahora mis cuatro chelines.

Solano se los entregó, dio media vuelta y cojeando se encaminó hacia el Red Lion.

Mora llamó a la puerta. Suavemente primero y con creciente fuerza otras dos veces, sin obtener respuesta. Pensaban volver a la taberna cuando una mujer asomó por una ventana.

—¿Qué queréis?

—Ver a Clothilde.

La vieja los miró tratando de calibrarlos. Tras unos segundos les dedicó una sonrisa.

—¿Qué es lo que queréis?

—Hablar con ella.

—¿Sólo hablar...? —preguntó, haciéndose la remilgada.

Aquella vieja era una alcahueta.

—Queremos verla.

—Eso ya es otra cosa. Aguardad un momento.

La vieja supo que, vistiendo aquellas ropas, tendrían llena la faltriquera.

Mientras aguardaban a que les abriera la puerta, dudaron si podían confiar en aquella alcahueta. Actuarían en función de lo que vieran. La vieja tardó. Habría avisado a Clothilde para que se preparase a recibir a unos clientes. Al abrir se mostró risueña.

—Pasad, hijos míos. —Los invitó con zalamería, haciéndose a un lado.

La casa por dentro ofrecía un aspecto menos miserable que la fachada.

—¿Dónde está Clothilde? —preguntó Mora.

—No seas tan impaciente, hijo, que no es buena cosa tanta fogosidad cuando se viene a disfrutar. —Le respondió mirando con descaro su entrepierna—. ¿Que deseáis exactamente?

—Ver a Clothilde.

—Eso ya lo sé, pero sólo la vista no satisface el deseo. Si deseáis holgar a la vez, tendréis que añadir tres chelines a la tarifa y si queréis algunas cositas especiales tendréis que pagar otros tres más. —Volviéndose hacia la escalera gritó—: ¡Clothilde, baja ya! ¡Aquí tienes dos fogosos potros deseosos de cabalgarte!

Clothilde apareció ligera de ropa, los hombros al aire y los senos casi descubiertos. Bajó las escaleras lentamente, exhibiéndose. Se acercó a Mora y le hizo una carantoña que este rechazó. La alcahueta lo miró airada y lo reprendió.

—¿Qué demonios te pasa? ¿A qué viene tanto remilgo? ¿Aquí se viene a lo que se viene! ¿Quieres follar o no?

A la regañina de la vieja siguió un breve silencio.

—Entraré yo —se adelantó Solano—. Mi amigo esperará y, según sea la cosa, probará.

La decepción se dibujó en el rostro de la alcahueta, que había previsto

mejor negocio, pero las palabras de Solano la relajaron.

—¿No deseáis compartir sus encantos? —preguntó en un intento por hacerse con algunos chelines más.

—No, primero mi amigo —respondió Mora.

La alcahueta, resignada, hizo pasar a la pareja a una alcoba después de exigir el pago. Una vez solos, Clothilde empezó a desnudarse, pero la voz de Solano la detuvo.

—No te desvistas.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusto? No irás a decirme que...

—No he venido a lo que piensas, sino porque necesito que des un recado. Nos dijeron que te encontraríamos en el Red Lion...

—¿Peter te ha dicho que estoy aquí?

—No, ha sido un tipo que había en la taberna. Nos abordó cuando estábamos en la calle. Cojea de la pierna izquierda y tiene el pelo del color de la zanahoria.

—Es Andrews, tan bellaco como Peter.

—Nos dijo que ese Peter se enteró de que eras jacobita y por eso te puso en la calle.

—¿Quién eres tú?

—Quien debe darte un recado para que avises a David Howell.

La mujer dio un paso atrás, como si temiera algo.

—¿Quién es ese Howell? No sé de qué me estás hablando.

—El fundidor.

—No lo conozco.

—No me mientas. Es partidario de los Estuardo, como tú. Peleó en la última batalla que los jacobitas han librado y ha estado en la cárcel, de donde acaba de salir.

Tras un breve silencio Clothilde volvió a preguntarle:

—¿Quién eres tú?

—Eso carece de importancia.

La mujer vio que por la cinturilla del pantalón asomaba la empuñadura de una pistola.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que des un recado a Howell. No somos enemigos suyos.

—Si he de darle un recado, tendré que decirle de parte de quién. —Solano sabía que dar su nombre era un error.

—¿No te basta con saber que no somos sus enemigos?

—¿Cómo sé que no estás tendiéndole una trampa?

—No quiero saber dónde está. Sólo que le des un recado. Cuando salga por esa puerta no volverás a verme más.

Clothilde dudaba. Aunque el fundidor ya había cumplido la pena de cárcel, nunca se sabía hasta dónde podía llegar la maldad de aquella gente.

—¿Qué clase de recado es ese?

—Que acuda a un lugar a una hora concreta.

—¿Con quién es la cita?

—Con *mister* Josues. Eso bastará. Si no quiere ir, es muy libre de no hacerlo.

Ese argumento la convenció. Si Howell recelaba, sólo debía no acudir.

—Está bien, ¿dónde y cuándo?

—En la taberna donde estuvieron cuando se conocieron; mañana a mediodía.

—Se lo diré.

—Gracias. Howell te lo agradecerá. Salgamos, pues.

—No, mejor será que aguardemos unos minutos para que parezca que hemos hecho lo que se supone que has venido buscando. Así esa vieja alcahueta no sospechará.

Para no hacer más difícil la espera, Solano le preguntó.

—¿Hasta cuándo estuviste trabajando en el Red Lion?

—Hasta hace cuatro días. Peter me dejaba dormir debajo del mostrador, en un jergón que yo extendía cada noche, después de que se fuera el último parroquiano. Tenía que recogerlo antes de que al amanecer abriera la taberna. Por esa cama tenía que atender las mesas. Por la comida tenía que dejarme sobar cada vez que le apetecía a ese malnacido o cuando alguno de sus clientes se ponía demasiado pesado. No tengo dónde caerme muerta. Cuando me echó, Adeline, que había ido a comprar un poco de vino, aprovechó el momento y me ofreció... bueno, me ofreció esto.

—¿Cómo descubrió el tabernero tus simpatías por los Estuardo?

—Supongo que alguien debió de decírselo. Me echó a patadas y luego... — Rompió a llorar y Solano le dio un pañuelo—. El hambre aprieta y no tengo dónde ir.

—Está bien. No tienes por qué justificarte.

—Iré a ver a David esta tarde. Aunque donde vive queda lejos.

—Salgamos ya.

—Un momento, por favor. Juradme —Solano se percató de que había dejado de tutearlo— que no diréis a David que estoy... bueno, ya sabéis a qué me refiero.

—Perded cuidado —decidió corresponderle en el trato—. Nada sabrá por

mi parte.

—Gracias. Salgamos.

—Aguardad. —Solano puso en la palma de su mano media libra. Ella lo miró incrédula.

—Esto... ¿por qué?

—Podréis pagaros un coche para que os lleve hasta donde quiera que esté Howell.

—Muchas gracias, señor.

A la hora fijada, el fundidor apareció por la taberna. Clothilde había cumplido su palabra. Cuando Howell entró, Jorge Juan estaba sentado en la misma mesa donde habían hablado en la anterior ocasión. Lo acompañaba uno de los guardiamarinas.

—Buenos días —saludó el fundidor.

—Buenos días, señor Howell, me alegra veros de nuevo. —Jorge Juan se puso en pie—. Este es José Solano. Localizó a Clothilde para que os diera el recado.

—Me alegra conoceros, señor. Clothilde me dijo que sois un caballero. —Estrechó la mano del guardiamarina, que también se había puesto en pie.

—Clothilde ha sido muy amable.

Tomaron asiento y el fundidor pidió una pinta de cerveza y dio las gracias a Solano por haberle facilitado a Clothilde el traslado.

—Era lo menos que podía hacer, después de saber que iría a buscaros a un lugar alejado de donde estaba.

—Bien, señor —Howell miró a Jorge Juan—, supongo que tenéis respuesta a mi oferta.

—Estamos interesados en vuestros servicios.

El fundidor dio un largo trago a su cerveza. Tenía la garganta seca.

—No os arrepentiréis de vuestra decisión, señor.

—Así lo espero. Ahora sólo nos queda ajustar vuestro salario.

Rápidamente llegaron a un acuerdo. Cobraría menos que Rooth o que Bryant, aunque los emolumentos de un buen maestro fundidor podían ser incluso más elevados que los de un constructor. Pero la cuestión económica no era tan importante para Howell como marcharse de Inglaterra.

—Hay un asunto del que no hemos hablado, pero es muy importante —señaló Howell.

—Decidme.

—Clothilde vendrá conmigo. También es partidaria de los Estuardo y se nos mira con malos ojos.

Jorge Juan recordó que le había dicho que estaba comprometido con la hija

de Rooth y que había sido Guillermina quien lo puso sobre la pista de unos españoles que estaban reclutando a expertos en las diferentes artes náuticas para marchar a España y trabajar para su rey. El maestro fundidor, que había dado otro largo trago a su cerveza, después de dejar la jarra sobre la mesa y mirar a Jorge Juan esperando su respuesta, se percató de lo que estaba pasando por la cabeza del marino español.

—¡Oh, señor! No penséis mal. Clothilde es mi hermana y no tiene a nadie más. Nuestros padres murieron hace tiempo y también nuestros hermanos, dos de ellos en Culloden. Toda nuestra familia es estuardista. Nada la retiene en Londres.

Fue Solano quien, sorprendiendo a Jorge Juan, respondió de inmediato.

—No habrá problema... —se dio cuenta de su desliz y añadió—: Bueno, siempre que el capitán no tenga inconveniente.

—No hay inconveniente. ¿Sabéis si os están siguiendo a vos o a esa mujer? Lo digo por vuestras preferencias políticas.

—No... —dudó un momento—, creo que no.

—Es muy importante que estéis seguro. Estad muy alerta estos días.

Howell asintió.

—¿Otra pinta? —preguntó Jorge Juan.

—Otra pinta.

Bebieron comentando cosas banales. Antes de marcharse, Jorge Juan indicó al fundidor:

—Estad preparado para partir. Viajaréis en una fragata mercante bajo pabellón francés. Se llama *L'Étoile du matin*. Zarpa del puerto de Brighton la semana que viene y se dirige a Boulogne. Allí podréis seguir viaje por tierra o embarcar en alguno de los buques que llevan pescado a Burdeos y regresan cargados de vino, y luego proseguir el viaje a España.

—Muy bien, señor. Sólo hay un problema...

—¿Cuál?

—Veréis... es que... —le costaba trabajo decirlo.

—¿Tenéis problemas de dinero?

—Sí, señor. No dispongo de medios para ir a Brighton y menos aún para pagar un pasaje a Boulogne y proseguir el viaje hasta España.

—Esos gastos corren de nuestra cuenta. A Brighton os acompañará el señor Solano.

El fundidor los miró con gratitud.

Solano le pidió una dirección donde poder localizarlo.

—Mandad razón a una taberna que hay en la plaza de Saint Paul, donde la catedral. La taberna también se llama Saint Paul. Allí estaré todas las tardes

desde una hora antes de la puesta de sol hasta que anochezca.

La tarde empezaba a declinar y desde la ventana de aquella casa del callejón del Almendro, donde Charles y William llevaban apostados varios días, apenas veían gente por la calle. La jornada parecía que iba a concluir como los días anteriores, pero algo los puso en guardia.

—¡Ven, rápido!

William dejó el colchón donde estaba tumbado y se acercó a la ventana. Charles señalaba hacia la calle del Nuncio. Doña Catalina había salido de su casa y echaba una vuelta de llave a la puerta. Claudia había salido poco antes, como muchas otras tardes. La viuda se encaminó hacia San Pedro el Real.

—La madre también se marcha. No queda nadie en la casa.

—Síguela, yo vigilo la puerta. ¡Es nuestra oportunidad y tenemos que aprovecharla! Vete a saber cuándo se nos presentará otra ocasión.

Era el momento que los espías ingleses llevaban aguardando desde hacía varios días.

Charles salió a toda prisa con el sombrero calado hasta las cejas. Doña Catalina dejaba atrás la iglesia y enfilaba la calle de Segovia. La siguió con la vista hasta verla perderse calle abajo. Regresó por el callejón del Almendro e informó a su compinche.

—La vieja se aleja por la calle de Segovia. Con un poco de suerte...

William comprobó que llevaba la llave y salieron rápidamente. Las primeras sombras de la noche caían ya sobre la Villa y Corte. Sin hacer ruido, abrieron la puerta valiéndose de la misma llave que habían utilizado la vez anterior y la entornaron de forma que pareciera que estaba cerrada. El portal estaba en penumbra gracias a la mariposa que en un tazón con aceite estaba encendida sobre la repisa que había al pie del grabado de la Virgen. Buscaron la imagen de un santo. Las instrucciones eran buscar la imagen de un santo y llevársela si era posible. En caso de que fuera complicado —muchos españoles tenían en su casa imágenes de gran tamaño—, buscar si tenía algún secreto. Entraron en la salita y comprobaron que había una imagen. No era muy grande. Sin perder un instante, recorrieron todas las dependencias por si había alguna otra. Pero sólo había una: santo Tomás de Villanueva. Podían llevársela, pero William palpó la peana y localizó el resorte que, con un simple chasquido, se abrió.

—Charles, acerca esa candelilla, no encuentro la clave y aquí apenas se ve.

A la débil luz de la mariposa que ardía sobre el aceite comprobaron que la

oquedad que ocultaba la peana estaba vacía.

—¡Aquí no hay nada! —exclamó William, decepcionado y sin alzar demasiado la voz.

Los dos agentes ingleses se miraron sin acabar de comprender la situación. Harris les había asegurado que en aquella imagen estaba la clave que buscaban.

—¿Por qué no nos llevamos la imagen? —propuso Charles—. Se la enseñaremos a Harris y, al menos servirá para demostrar que hemos entrado. Así no nos obligará a permanecer más tiempo en ese sitio inmundo.

—No es mala idea. —William ocultó al santo bajo su capa—. ¡Vámonos!

Salieron a la calle con el mismo sigilo con que entraron, pero se quedaron sin habla. A la luz de dos grandes fanales, vieron con horror a media docena de hombres, todos ellos embozados, que formaban un semicírculo que les bloqueaba la salida. Eran negras sombras inmóviles, armadas, apuntando hacia ellos. No podían verles la cara, tampoco lo necesitaban para saber que abrirían fuego a la menor orden.

—¡Arriba las manos! —gritó el que debía ser el jefe.

La imagen del santo rodó por el suelo.

—¡Prended a este par de chorlitos! —ordenó, recogiénola.

Los espías ingleses fueron conducidos, sin muchas contemplaciones, hasta un carruaje que había al final de la calle. Se corrió la voz de que eran ingleses y estaban robando un santo. La gente, que se había asomado a puertas y ventanas, les gritaba:

—¡Hideputas! ¡Cabrones! ¡Granujas!

—¡Son herejes que querían profanar la imagen! ¡Al brasero! ¡Al brasero!

Los más exaltados les escupían y quienes los habían prendido tuvieron que protegerlos de las iras de unas gentes dispuestas a tomarse la justicia por su mano. Solía ocurrir siempre que se detenía a alguna persona. A duras penas los introdujeron en el carruaje, que se convirtió en un refugio para los ingleses.

Poco después la calle del Nuncio recuperaba la calma, como si nada hubiera ocurrido. Diez minutos más tarde, doña Catalina regresaba de su extraño paseo, escoltada por dos hombres. En la puerta, Agapito se despedía de ella.

—Os estamos muy agradecidos. Todo ha ido como estaba planeado. Esos ingleses han picado el anzuelo. Se tragaron lo del santo.

—Me quedo mucho más tranquila.

—Si yo fuera vuesa merced, avisaría a un cerrajero y cambiaría la cerradura.

El comedor del palacio de Buenavista era un ascua incandescente. Centenares de bujías alumbraban la alargada mesa en torno a la cual una veintena de amigos cenaban las exquisiteces culinarias preparadas en su cocina y

los excelentes vinos, traídos expresamente de su Rioja natal, que les servía una legión de criados vistiendo libreas con los colores de su título nobiliario. Don Zenón, a quien incluso sus más acérrimos enemigos le reconocían su laboriosidad y extraordinaria capacidad de trabajo, que le permitía ser titular de tres secretarías y desempeñarlas todas ellas con eficiencia, gustaba de relajarse cenando con su círculo más íntimo en el palacio de Buenavista. Aquellas cenas, a las que invitaba también a algunas de las damas más atractivas de la Villa y Corte —algunas en estado de viudedad—, eran para el poderoso ministro de Fernando VI un momento de tranquilidad y conversación distendida. Por unas horas se sentía alejado de los problemas y agobios que suponía el ejercicio del gobierno.

Corría el rumor de que organizaba aquellas cenas para conocer a damas y tomar una decisión sobre su estado civil. A sus bien cumplidos cuarenta años, don Zenón era, posiblemente, el soltero más codiciado de la Villa y Corte, pero el ministro perseveraba en su soltería. No eran pocas las que suspiraban por ser marquesas de Ensenada. Se vestía como si tuviera que asistir a un acto solemne en la corte. Gustaba de cumplimentar a sus invitados con un medido protocolo, dispensándoles un gran recibimiento.

Escrupuloso con la puntualidad, don Zenón los esperaba plantado a la entrada del vestíbulo de su palacete, donde varios criados se hacían cargo de sombreros, bastones, capas y otras prendas de calle. Conversaba un instante, dándoles la bienvenida, y otro criado los acompañaba al salón, donde les ofrecían unos aperitivos y un vino espumoso que anualmente le regalaba el embajador de Francia, procedente de la región de Champagne, cuyas burbujas volvían locas a las damas.

En el comedor los invitados solían deshacerse en alabanzas sobre la disposición de la mesa, la calidad de las mantelerías, la finura de la cristalería, la belleza de la vajilla o el diseño de la cubertería. Lo llenaba de satisfacción, pese a que repetía una y otra vez que el mérito era de su ama de llaves. Dedicaba mucho rato a la distribución de los comensales en la mesa. Olvidándose de rangos, los situaba por afinidades y amistades personales.

En el apogeo de la cena —mientras eran trinchadas unas pechugas de faisán y escanciado un excelente caldo riojano—, un criado le entregó un billete, interrumpiendo el requiebro que su amo dedicaba a la dama que tenía a su derecha. Lo leyó y, recogiendo del regazo su enorme servilleta, se limpió la boca, antes de levantarse del sillón.

—Disculpadme, doña Teresa, os prometo que sólo será un momento.

La dama, tocada con una peluca blanca y un llamativo lunar junto a la boca, lucía un escotado vestido de seda amarilla bordada con flores. Le respondió con

una sonrisa.

Don Zenón abandonó el comedor porque lo escrito en el billete no admitía espera.

—¿Qué ocurre?

Ordeñana fue directo al grano. Ni siquiera se excusó.

—Tenemos a los ingleses, señor.

El semblante de Ensenada se transformó. La dama esperaba algo más de un momento.

—Ven, acompáñame.

Se encerraron en su gabinete, donde supo lo sucedido en la calle del Nuncio. El plan urdido varias semanas atrás y que conllevaba no haber advertido a doña Catalina de que la llave de su casa había permitido a los ingleses robar los papeles de su marido, hacerles llegar que la clave que necesitaban estaba en la imagen de santo Tomás de Villanueva y tenderles finalmente una celada, había llevado a los ingleses a morder el anzuelo. Sacó una delicada cajita de porcelana que llevaba en un bolsillo de su chaleco y se introdujo en la nariz una pizca de rapé. Un instante después estornudaba con fuerza.

—Hemos de decidir qué hacer. La operación no ha sido... oficial —planteó Ordeñana.

—Sácales toda la información que puedas y si confiesan que son los que cosieron a puñaladas a Baltasar Osorio... ya sabes. Pero ingenia una fórmula adecuada.

Entró en el comedor pidiendo excusas.

—Disculpadme, amigos míos. Pero el deber... es algo muy pesado.

Hubo aplausos mientras llegaba a su asiento.

Doña Teresa lo recibió con una sonrisa tan amplia como la que le dedicó al salir. Ensenada observó que en su ausencia otro lunar había aparecido justo encima de su pómulos derecho, cercano al ojo. Era lo que se denominaba una «mosca», pequeños lunares artificiales, confeccionados en seda o tafetán negro con los que las damas lanzaban mensajes.

—Lamento haberme ausentado más de lo que os prometí.

—Sois persona de grandes responsabilidades. ¿Ha merecido la pena?

—Desde luego, aunque me haya privado de vuestra presencia.

Don Zenón dio un sorbo a su vino y, al dejar la copa sobre la mesa, se fijó otra vez en el nuevo lunar de doña Teresa. Se miraron un instante y a ella le tembló ligeramente la barbilla al ver que su anfitrión la miraba a los ojos y asentía con un leve movimiento de cabeza. Recibido el mensaje se lo quitó rápidamente. Se había cuidado de que nadie más lo viera.

Pasada la medianoche el marqués despidió a sus invitados. Las carrozas,

con sus faroles encendidos, salían por la calle del Barquillo. Unas hacia Alcalá y otras en dirección a la puerta de Recoletos. Minutos después de que la última abandonara el palacio, por el mismo portón regresaba una de ellas. Había dado la vuelta a la manzana. Los dos criados que aguardaban acudieron con unos fanales para alumbrar a la dama, que no esperó a que su lacayo desplegara el estribo.

—Podéis marcharos —ordenó al cochero.

Subió los peldaños que llevaban al vestíbulo donde don Zenón aguardaba despojado de su casaca y con una chupa sin mangas que dejaba ver la fina batista de su camisa. La tomó de la mano como si la llevara a bailar y la condujo hasta un coqueto salón cuyas paredes estaban enteladas en damasco azul y dorado, y el techo decorado con un hermoso fresco donde la diosa Diana se bañaba en las aguas de un río, observada por un sátiro oculto tras unos matorrales. Sobre una mesita, junto a una *chaise longue*, podía verse, enterrada en trozos de hielo, una de las botellas del burbujeante vino que tanto gustaba a las damas y dos delicadas copas de cristal veneciano.

El marqués cerró la puerta. La servidumbre sabía que no había que molestar.

—Querida, desde que vi tu lunar sólo deseaba que llegase este momento.

Tomó a doña Teresa por el talle y la besó en los labios.

El *champagne* ayudó en los preámbulos amorios.

Apenas despuntó el sol cuando la carroza del marqués, con las cortinillas echadas, salía por el portón de carruajes. Al llegar a la confluencia de Alcalá, en lugar de dirigirse hacia el Buen Retiro, como era habitual, giró a la derecha y enfiló hacia la Puerta del Sol.

Una hora más tarde, perfectamente rasurado y vestido con un elegante conjunto de seda carmesí con adornos bordados con hilo de oro, don Zenón restablecía fuerzas con un copioso desayuno, cuya preparación supervisaba personalmente su ama de llaves. Además de devolverle el vigor, le recordaba los tiempos de su primera juventud, cuando vivía en la aldea riojana que le había visto nacer, años antes de marchar a Cádiz para trabajar en las oficinas de una de las compañías que, tras haberse trasladado allí la Casa de la Contratación, operaban en el tráfico de buques que comerciaban con las Indias.

Terminó las migas con torreznos e iba a emprenderla con el cuenco de requesón con miel, cuando un criado le trajo una carta en una bandeja de plata.

—Acaban de traerla, excelencia..., es de palacio —añadió a modo de excusa.

Ensenada, sin tocar la carta, comprobó el sello de lacre. Supo que habría problemas. Se limpió los labios y los dedos con la servilleta y, tras consultar la hora, gruñó:

—Pronto empezamos, Rosario.

Rompió el sello y leyó el mensaje. Luego preguntó:

—¿Ha regresado mi carroza?

Bastó una mirada del ama de llaves al criado para que saliera a buscar respuesta. El hombre no tardó en volver:

—Acaba de llegar, excelencia.

—Pues que se disponga para salir.

Ensenada se puso en pie y el ama de llaves le preguntó:

—¿No termináis el requesón?

—Se me ha quitado el apetito.

Rosario le ayudó a ponerse la casaca. Don Zenón guardó la carta en un bolsillo y en pocos minutos llegaba al Buen Retiro.

—¡Que avisen a Ordeñana! —dijo a Moriche antes de que le abriera la puerta.

Tomó el memorial que estaba sobre la mesa y había corregido tantas veces que había perdido la cuenta. Se acercó al ventanal que daba al enorme estanque donde podían verse atracadas en un pequeño muelle varias embarcaciones, reproducciones perfectas de buques de mayor calado, que se utilizaban cuando los reyes decidían navegar en aquellas aguas. Miró el documento que tenía en las manos y lo releyó una vez más:

*Proponer que Vuestra Majestad tenga iguales fuerzas de tierra que Francia y de mar que Inglaterra sería delito. Ni la población de España lo permite ni el Erario Público puede suplir tan formidables gastos. Pero proponer que no se aumente el ejército y no se tenga una marina decente sería que España continuase subordinada a Francia por tierra y a Inglaterra por mar.*

*Consta el ejército de Vuestra Majestad de 133 batallones (sin contar los 8 de infantería de marina) y 68 escuadrones. Vista la plantilla de distribución por plazas y guarniciones, resulta que sólo vienen a quedar para campaña 57 batallones y 49 escuadrones. Francia tiene 377 batallones y 255 escuadrones, con lo que se halla con 244 batallones y 167 escuadrones más que Vuestra Majestad. La armada naval de Vuestra Majestad sólo tiene al tiempo presente 18 navíos y 15 embarcaciones menores. La armada de Inglaterra cuenta con 100 navíos de línea y 188*

*embarcaciones menores.*

*Ante esta situación estoy firmemente convencido de que Vuestra Majestad no podrá valerse de Francia si no tiene 100 batallones y 100 escuadrones libres para poner en campaña, ni de Inglaterra si no tiene 60 navíos de línea y 65 fragatas y embarcaciones menores.*

*Vuestra Majestad conoce mi parecer de que franceses e ingleses, por antipatía e intereses contrapuestos, siempre serán enemigos entre sí. Al presente, además, porque ambos aspiran al comercio universal, y muy principalmente al de España con América. Teniendo Vuestra Majestad 60 navíos de línea y 65 fragatas, como propongo, y 100 batallones y 100 escuadrones, como propongo también, Francia galanteará a nuestro gobierno para que juntos ataquemos a Inglaterra e Inglaterra nos ofrecerá su alianza para atacar a Francia y se convertirá Vuestra Majestad en el árbitro de la paz y de la guerra.*

*Es cuanto tiene que proponer a Vuestra Majestad su más humilde servidor que, a sus pies, B.L.M. de V.M.*

El memorial llevaba en su mesa algunos días. No le gustaba precipitarse y, siempre que podía, dejaba reposar los documentos varios días después de estar redactados. Corregía detalles, hacía puntualizaciones o añadía algún detalle que se había quedado atrás. Lo leyó por segunda vez y consideró que podía elevarlo al rey. Se sentó, tomó una de las plumas de ganso que había sobre la mesa y firmó como Zenón de Somodevilla y Bengoechea con el cuidado que merecía aquel documento, espolvoreó el papel para que la tinta no se corriese y luego sopló para quitar la arenilla.

Consultó la hora y le extrañó que Ordeñana no hubiera aparecido por el despacho.

Ordeñana se presentó casi una hora después. Llegó acalorado.

—¿Puede saberse dónde demonios te has metido?

—Perdonad, excelencia. Pero lo que estaba haciendo ha merecido la pena.

Los ingleses han cantado como gallinas.

El malhumor de Ensenada desapareció.

—Toma asiento. ¿Quieres un cigarro?

—Gracias, señor.

—¿Eso es un sí o un no?

—Un sí, señor. Necesito tranquilizarme.

Cogió un cigarro de la tabaquera que el marqués le ofrecía y después de encenderlo con la velilla que don Zenón tenía para este menester; el marqués le preguntó:

—¿Qué han dicho?

Ordeñana expulsó el humo y no se anduvo por las ramas.

—Han confirmado que hay un contraespía en Londres. Fue el que delató a Osorio.

—¿Han dicho el nombre?

—Sólo que responde por «Vulcano».

—Hay que hacer llegar ese nombre a Jorge Juan.

—Ya ha salido un correo. Por eso me he retrasado. Pero creí que era lo más urgente.

—Bien hecho.

Ensenada se puso en pie haciéndole un gesto para que permaneciera sentado y se puso a caminar de un extremo al otro del despacho; las manos atrás, el cigarro apretado entre los dientes y cara de pocos amigos.

—Por eso Keene está moviendo todos los hilos para que sean puestos en libertad.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto —confirmó Ensenada—. Teme que desvelen algo importante.

—¿Cuando decís que Keene está moviendo todos los hilos os estáis refiriendo a la reina? Si doña Bárbara interviene, podríamos vernos en un aprieto...

—Doña Bárbara ya ha intervenido.

Ordeñana arrugó la frente.

—¿Cómo lo sabéis, señor?

Sacó del bolsillo la carta de la reina recibida aquella misma mañana.

—¡Toma, léela!

Se puso en pie. Estaba incómodo sentado con el ministro dando zancadas de un lado para otro. Leyó el texto y miró la hora en el carillón que había junto a la puerta.

—Tenéis esta audiencia en menos de dos horas. Sí que se ha dado prisa.

—Dos horas escasas es el tiempo que tienes para averiguar algo que me permita defenderme ante la reina. Puedo disimular, pero no mentirle sobre la detención. Ahora voy a ver a Su Majestad. Le llevo el informe en que hemos trabajado estos meses.

Don Zenón dio varias chupadas a su puro antes de aplastarlo contra el cenicero. Una pena desperdiciar aquel habano, pero Fernando VI no consentía que se fumase en su presencia. Estiró los faldones de su casaca, recolocó los encajes de la pechera y de los puños de su camisa, y salieron del gabinete. Ensenada con una carpeta de tafilete negro en la que estaban bordadas sus iniciales.

Minutos después, el chambelán anunciaba al rey su presencia.

—Majestad, su excelencia el secretario de Guerra y Marina.

Fernando VI estaba sentado tras una labrada mesa de caoba con incrustaciones de palo de rosa y adornos de reluciente bronce. Vestía un terno de seda blanca y se cubría con una peluca de largos tirabuzones que caían sobre sus hombros. Su rostro, muy blanco, no ofrecía buen aspecto. El rey había pasado una mala noche.

—Majestad. —Ensenada hizo una cortesana reverencia.

Al marqués le sorprendió la voz del chambelán desde la puerta.

—Majestad, su excelencia el secretario de Estado.

Ensenada no se volvió. La etiqueta no lo permitía y Fernando VI era un devoto de las estrictas reglas que su esposa había impuesto en la corte. En realidad, era devoto de cualquier deseo de la reina. El monarca solía reunirse con ambos, pero don Zenón no esperaba que su gran rival estuviera presente en aquel momento.

—Majestad. —Carvajal hizo otra reverencia

—Tomad asiento —los invitó el rey, señalando los sillones que había frente a él.

Carvajal era algo más joven que Ensenada. Aún no había cumplido cuarenta años. Tenía la nariz afilada, los ojos vivaces, un poderoso mentón y la frente despejada. Sin llegar a los extremos de don Zenón, tampoco reparaba en gastos a la hora de vestir. Lucía una casaca azul con grandes bordados en la parte delantera, bajo las vueltas de sus grandes bocamangas asomaban los encajes de

los puños de su camisa.

—Te escucho, Ensenada.

El ministro carraspeó para aclararse la voz.

—Como Su Majestad sabe no podemos competir en número de hombres con Francia, cuya población duplica a la nuestra, tampoco nuestra economía nos permite llegar a las cifras del Erario Público de Inglaterra. Quiero decir, Majestad, que no podemos aspirar a un ejército tan numeroso como el francés, ni a una armada tan poderosa como la inglesa. Pero eso no debe impedirnos incrementar nuestras tropas y que nuestra armada cuente con suficientes navíos de línea y fragatas para hacer frente al poderío naval de los ingleses, que es nuestro principal enemigo.

—En este momento nos encontramos en paz —intervino Carvajal.

—Una paz que no será eterna. Me temo que ni siquiera duradera.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó el rey.

—Porque los ingleses ambicionan lo que nosotros tenemos, majestad. Aspiran a ocupar las Indias para hacerse con sus riquezas.

—¿Apostáis por la guerra?

La pregunta de Carvajal llevaba veneno. El rey abominaba de la guerra. Incluso había preferido firmar una mala paz en Augsburgo.

—No es mi apuesta —replicó Ensenada, mirando por primera vez a Carvajal—, pero la paz es cosa de dos. No basta con que la deseemos nosotros. Lo que propongo a Su Majestad es que, llegado el caso, podamos afrontar un conflicto, que en modo alguno deseo, en las mejores condiciones posibles. Contar con tropas y barcos suficientes para enfrentarnos a Inglaterra.

—Estáis obsesionado con Inglaterra —protestó Carvajal.

—¡No tanto como vos con Francia! —Ensenada había alzado la voz.

—Con Francia hemos sostenido largos contenciosos —replicó Carvajal.

—Hoy nos unen fuertes lazos de familia, que vos no tomáis en consideración. Además, las causas de los problemas con Francia, que fueron muchos en el pasado, no existen hoy.

—¿Ah, no? Explicádmelo. —En la boca de Carvajal apareció un sonrisilla maliciosa.

—La paz de Utrecht...

—En la que Luis XIV de Francia jugó todas las cartas y no nos permitió meter baza, lo que supuso la firma de acuerdos humillantes —lo interrumpió Carvajal.

—Es cierto, pero sólo en parte. Olvidáis la voracidad de Inglaterra. Se mostró insaciable. ¡Como ahora!

—Prosigue tu exposición, Ensenada —cortó el rey.

—Disculpad, Majestad. Decía que en Utrecht nos desprendimos de lo que quedaba de los Países Bajos que siempre fueron una fuente de conflicto con Francia. Hoy no tenemos contenciosos. Pero Inglaterra busca nuestra perdición. Basta con conocer el papel que está jugando en las conversaciones sobre los límites coloniales.

—Ese es un acuerdo entre nosotros y Portugal —matizó Carvajal.

—Portugal es, desde hace tiempo, un instrumento en manos de los ingleses.

—¡Basta ya! —El rey golpeó la mesa con la palma de la mano—. Se están diciendo algunas inconveniencias. Cuando te he dicho que continuases me refería al plan que sobre el ejército y la armada has elaborado en tu condición de secretario del ramo.

—Una vez más, pido disculpas a Su Majestad. Señor, como os decía, necesitamos un ejército y una armada en condiciones de afrontar con ciertas garantías un conflicto que en mi humilde opinión estallará, antes o después, con Inglaterra. Necesitaríamos, después de las consultas que he evacuado, disponer del doble de batallones y escuadrones de los que Vuestra Majestad dispone en estos momentos. Esa cifra reduciría a la mitad la gran diferencia que, en cuanto a efectivos, tiene nuestro ejército respecto al francés. Es la cifra que la población de nuestro país, que no alcanza los diez millones de almas, puede asumir.

—Se tomará en consideración. ¿Cuál es tu propuesta respecto a la armada?

—Inglaterra, Majestad, cuenta con una poderosa armada. Sus fuerzas navales alcanzan el centenar de navíos de línea y el número de sus fragatas es de casi doscientas. En caso de conflicto, tendríamos que hacerles frente con dieciocho navíos de línea y quince fragatas. Nuestras posibilidades de defensa ante un ataque inglés no existen. Lo que propongo es que nuestra armada cuente en breve plazo con sesenta navíos de línea y sesenta y cinco fragatas.

—Quedamos en clara inferioridad respecto al número de buques con que, según vos, cuentan los ingleses —comentó con ironía Carvajal.

—Cierto, pero proponer a Su Majestad tener iguales fuerzas de tierra que Francia y de mar que Inglaterra sería delito. Ni nuestra población lo permite ni el Erario Público puede suplir tan formidables gastos. Pero no proponer un aumento del ejército y tener una marina decente sería estar subordinados a Francia por tierra y a Inglaterra por mar.

—Observo que vuestra propuesta es un ejército inferior al francés y una armada que no puede compararse a la inglesa. —Las palabras de Carvajal iban dirigidas a Ensenada, pero miraba al rey—. Pese a que supondría gastar unos recursos de los que no disponemos.

—Más que ministro experimentado, como sin duda lo sois, parecéis lego. —Ensenada también miraba al rey. Era un juego de sutilezas—. Mi opinión es

que franceses e ingleses se dispensan antipatía mutua y tienen intereses contrapuestos. Eso los convierte en enemigos irreconciliables. Ambos aspiran al comercio universal y especialmente al de las Indias. Francia galanteará a nuestro gobierno para que juntos ataquemos a Inglaterra, que a su vez nos ofrecerá su alianza para atacar a Francia. Con las fuerzas que he señalado, Vuestra Majestad será el árbitro en la paz y en la guerra.

—Todo eso está muy bien —reconoció Carvajal—. Pero ¿cómo pensáis obtener los ingentes recursos necesarios para ese programa de ampliación del ejército y de construcción naval?

—Su Majestad tiene sobre la mesa un programa de reforma fiscal, elaborado por la Secretaría de Hacienda, que permitirá obtener los recursos necesarios. —Carvajal arqueó las cejas—. Se trata de sustituir la maraña de tributos que se recaudan hoy por un impuesto único —explicó al rey—. Os propongo elaborar un catastro para conocer la riqueza real del país en todos sus ramos y establecer un impuesto acorde con ella.

—Elaborarlo supondría un gasto muy elevado, Majestad —protestó Carvajal.

—Sería compensado con la cantidad de salarios que cobran los numerosos cobradores de las rentas reales. La suma es tan elevada que buena parte de lo recaudado se va en el pago de esos salarios. El cobro de un impuesto único supondría anualmente para las arcas reales unos veinte millones de ducados. Esa suma nos permitiría afrontar los gastos que requiere una adecuada defensa por tierra y por mar.

Ensenada había sorprendido a Carvajal, que no iba preparado para debatir sobre Hacienda. Pensaba que sólo se trataba del plan de reformas militares. Sólo le quedaba un argumento para oponerse a los planteamientos de su rival.

—Observo, satisfecho, la minuciosidad con que el ministro ha preparado su plan, pero quedan cuestiones por aclarar, que me parecen sustanciales para llevarlo a cabo.

—¿A qué te refieres? —preguntó el rey.

—Majestad, sé que su excelencia ha tenido en cuenta la necesidad de materias primas que supone su programa naval. Sabe que nuestros bosques están esquilmados y no resulta fácil encontrar árboles con las medidas que requiere la construcción de navíos y fragatas. —Carvajal lo retó con la vista—. Sé que habéis tomado ciertas iniciativas, pero pueden crearnos un serio conflicto.

Ensenada frunció el ceño. Su adversario debía tener información de que el maestro Rooth estaba en El Ferrol. Dudó si poner al rey al tanto de la verdadera misión de Jorge Juan. Fernando VI no quería saber nada de aquellas actividades. La anglofilia de Carvajal y la anglofobia de Ensenada le divertían siempre que

no sobrepasaran ciertos límites. Había sufrido mucho siendo el príncipe de Asturias, cuando Isabel de Farnesio marcaba la política exterior del reino. Había asistido, impotente, al rosario de guerras que sus ambiciones habían propiciado. Públicamente se decía que era para borrar la humillación de las pérdidas territoriales que supuso la paz de Utrecht, pero se había ido a la guerra para conseguir territorios en los que situar a sus hijos. Su primogénito, Carlos, era rey de Nápoles y Sicilia, Mariana Victoria, reina de Portugal, al casarla con José I. Felipe era duque de Parma. Sólo la muerte del delfín había impedido a María Teresa ser reina de Francia. La mayoría de esos matrimonios sellaron alianzas militares para satisfacer sus ambiciones maternas. Para Fernando VI la paz era un anhelo y también una forma de marcar distancias con la mujer que había negociado, sin dejarlo opinar, su enlace con Bárbara de Braganza. Ese matrimonio le había permitido tener una plácida vida familiar y pensaba que, si su madrastra lo hubiera sospechado, no lo habría acordado.

—Si Vuestra Majestad me lo permite, podría exponer esas iniciativas brevemente. —Fernando VI asintió con desgana—. Tienen una importante relación con el asunto por el que nos habéis convocado.

—Te escucho.

Ahora fue Carvajal quien arrugó la frente. Si pensaba utilizar aquella baza, don Zenón se le había adelantado.

—Como Vuestra Majestad sabe, el capitán de navío, don Jorge Juan y Santacilia, se encuentra desde hace tiempo en Londres.

—Invitado, si no recuerdo mal, por la... por la..., ¿cómo se llama esa sociedad...?

—Royal Society, Majestad. Me alegra comprobar que Vuestra Majestad lo recuerda. Fue invitado porque es un notable científico y un experimentado marino. Consideramos oportuno que, aprovechando el viaje, se informara de algunas de las técnicas de construcción naval que se utilizan en Inglaterra.

—Eso se llama espionaje, Majestad —gruñó Carvajal.

—Puede denominarse de esa forma. Pero añadiré que las informaciones que hemos recibido me permiten dar una respuesta a las dudas del ministro. A partir de ahora no serán necesarios grandes árboles para construir las cuadernas de los navíos. Podrán ensamblarse piezas menores para conseguirlas.

—¿Jorge Juan ha logrado hacerse con esos conocimientos? —preguntó el rey vivamente interesado.

—Así es, Majestad. Incluso ha convencido a experimentados maestros constructores para que entren al servicio de Vuestra Majestad.

—¡Eso es extraordinario!

Ensenada miró a Carvajal. Ahora quien sonreía era don Zenón.

—Lo es, Majestad. No ha dudado en poner en peligro su vida para lograrlo.

—Habrá que recompensarlo adecuadamente.

—Si es que él y sus ayudantes logran regresar con vida, señor.

— Los han detenido? —preguntó el rey, mirando a Carvajal.

—No lo sé, señor. Desconozco, al igual que Vuestra Majestad, los pormenores de esa misión. Pero sí que a los espías se les ahorca sin más.

—Poderosa razón para que Ensenada haya mantenido en secreto lo que acaba de revelarnos.  Crees que con estas técnicas se podrá poner en marcha tu programa naval?

—Sin duda, Majestad. Alguno de esos expertos est  ya en España y, según las noticias que tengo, algunos más llegarán a nuestra patria.

—Déjame el memorial con la propuesta, Ensenada —solicitó el rey.

Lo sacó de la cartera y se lo dio al monarca. Fernando VI lo leyó bajo la atenta mirada de sus dos ministros, que guardaban silencio y cruzaban alguna que otra mirada.

—Ponlo en marcha. Presta atención a todo lo que se refiere al impulso de nuestra flota. Esa armada puede tener un efecto disuasorio para quienes amenacen nuestras posesiones del otro lado del Atlántico.

El rey devolvió los pliegos a Ensenada y se puso en pie, dando por terminada la audiencia. Los dos ministros se levantaron inmediatamente. Don Fernando les dio a besar su mano y se retiraron, después de la preceptiva reverencia.

Una vez en la antecámara, Carvajal miró a Ensenada.

—Esta vez la jugada os ha salido perfecta. Pero no olvidéis que las relaciones exteriores corresponden a la Secretaría de Estado y yo soy el titular.

—Siempre lo tengo presente. Pero este era un asunto de la armada,  no est is de acuerdo?

—Con lo que estoy de acuerdo es con ese programa de dotar a nuestra armada de la potencialidad necesaria para defender nuestros intereses.

—Nadie lo diría después de vuestra actuación ante Su Majestad y... por la expresión de vuestro rostro.

—No comparto vuestros planteamientos, pero defiendo los intereses de Su Majestad, con tanto tesón como vos.

—Eso es algo de lo que no me cabe la menor duda. Los mismos objetivos, pero por caminos diferentes.

Se despidieron con un apretón de manos que sólo era un signo de cortesía que no iba a impedir próximos combates.

Ensenada march  a toda prisa hacia su gabinete. Contento al haber ganado una batalla sumamente importante. Pero tenía que librar otra y dudaba de que

fuera a salir tan bien parado.

Ordeñana aguardaba en el despacho. Era de las pocas personas a quien Moriche dejaba entrar sin que estuviera don Zenón. No porque le inspirase confianza —Moriche no se fiaba ni de su sombra—, sino porque su excelencia así se lo había ordenado. Cuando el marqués llegó a la antecámara, su fiel portero le indicó que tenía visita.

—Don Agustín Pablo lo está aguardando.

—¿Hace mucho?

—Solo unos minutos. Lo he visto impaciente.

Entró en su gabinete y vio a Ordeñana mirando una esfera del mundo. Moriche no se había equivocado. Estaba abrumado y trataba de dominar su angustia.

—Disponemos de poco tiempo. La reunión con Su Majestad se ha prolongado más de lo previsto. ¿Alguna novedad?

—Sí, señor. Agapito no ha tenido que emplearse a fondo para desatarles la lengua.

Don Zenón ofreció un cigarro a Ordeñana.

—¿Quieres fumar?

—No, señor, gracias.

Ensenada encendió su habano.

—¿Qué han confesado?

—Algo muy grave, señor.

Ensenada se quedó mirándolo fijamente e insistió en su pregunta:

—¿Qué han dicho?

En lugar de responder, Ordeñana preguntó:

—Cuando Osorio fue a Londres, tenía instrucciones sobre algo relacionado con el asunto de los límites coloniales con Portugal...

—Sí, ¿por qué lo dices? —lo interrumpió Ensenada.

—Porque, además de descubrir al traidor, se enteró de algo sobre ese asunto.

Ensenada torció el gesto. Los límites con los portugueses eran una de sus obsesiones. Para nada serviría potenciar la armada, si no lograba abortar aquel acuerdo que cada día parecía más cercano y, salvo la ayuda del padre Rávago, se encontraba solo. Carvajal que, pese a su rivalidad, era capaz de cerrar filas con él cuando se trataba de proyectos de Estado, no estaba por involucrarse en un asunto donde tenían enfrente a la reina. Eso eran palabras mayores, dada la

dependencia de su esposa que mostraba Fernando VI, incluso en cuestiones de gran importancia política. Bárbara de Braganza solía aconsejarle con tino, pero cuando se trataba de asuntos relacionados con su país de origen, perdía la ecuanimidad y salía la portuguesa que llevaba dentro. No resultaba fácil enfrentarse a la reina. Carvajal no sería un obstáculo, pero no movería un dedo. Dio varias caladas a su habano. Necesitaba fumar, aunque sólo tuviera tiempo de unas cuantas chupadas más.

—Cuéntamelo, pero no entres en detalles. No dispongo de tiempo.

En pocas palabras Ordeñana le explicó lo que lo tenía descompuesto. Ensenada escuchó en silencio, sin dejar de fumar. Ahora también el semblante de don Zenón se había ensombrecido.

—¿Estás seguro de que eso es verdad?

—Seguro, excelencia. Se llevaron los papeles de casa de la viuda de Osorio por si había algo sobre ello.

Ensenada dejó escapar una bocanada de humo.

—¿Quién más sabe esto?

—Sólo Agapito y yo, además de vos.

—Nadie más debe saberlo. Entérate si doña Catalina tiene alguna información de eso.

—En el mensaje encriptado que dejó su esposo en la pintura no se hace referencia a este asunto.

—No, pero pudo dejar alguna pista en otro lugar. Asegúrate. —Ensenada miró el reloj, doña Bárbara podía tenerlo esperando en la antecámara un buen rato. No sería la primera vez. Pero no podía llegar tarde. Si la reina se enteraba, montaría en cólera—. Ahora tengo que marcharme. Nos vemos esta tarde.

Apagó el puro y se recompuso las vestiduras. Llegó a la antecámara de la reina pensando cómo capear el temporal. Estaba curtido en aquellas lides y conocía algunas de las debilidades de doña Bárbara. Llevaba un par de minutos cuando una camarera mayor asomó la nariz.

—La reina os aguarda.

Doña Bárbara ofrecía su habitual aspecto de matrona. Formas opulentas, generosa papada, cara redonda picada por la viruela, cuyas marcas apenas disimulaba el maquillaje. La soberana tenía recogido el pelo en la forma habitual: una finísima redecilla que sólo podía descubrirse por las docenas de diminutas perlas que decoraban su rubia cabellera. Sentada sobre un sillón, con el gesto adusto y la boca fruncida, ofreció la gordezuela y enjoyada mano a Ensenada que, haciendo la reverencia, tomó por la punta de los dedos y la besó, sin rozar la piel.

—Majestad.

La reina no se anduvo con rodeos.

—Somodevilla, tengo entendido que han sido detenidos dos súbditos del rey de Inglaterra.

—Vuestra Majestad está mejor informada que yo.

Bárbara de Braganza alzó una ceja.

—¿No tenéis noticia de ello?

—Una vaga referencia, Majestad. Es lógico, no soy el secretario de Estado. Las cuestiones internas son cosa de don José de Carvajal. Supongo que habrá tenido una buena razón para ordenar su detención. Muchos de los ingleses afincados en Madrid, cuyo número ha crecido mucho de unos meses a esta parte, ejercen funciones de espionaje. Quizá los agentes de don José...

—¿Insinuáis que han llegado con el embajador?

—En absoluto, Majestad. No me atrevería a involucrar a *Mister Keene* en asuntos tan feos. Si se han afincado en tan considerable número, supongo que es una consecuencia del cese de las hostilidades entre nuestros países.

—¡Según mis noticias, esos ingleses han sido detenidos en una casa que frecuentáis! —Doña Bárbara se abanicó con fuerza al tiempo que su respiración se alteraba.

—¿A qué casa se refiere, Vuestra Majestad?

Doña Bárbara dudó.

—Está en la calle del Nuncio. Fue un espectáculo lamentable.

—Siento mucho no poder seros de ayuda, Majestad.

El lamento de don Zenón era farisaico. La reina sabía que era un personaje escurridizo, tenía que ser más habilidosa, aunque siempre le quedaba el recurso de mostrarse como soberana. Pero esa arma la dejaba para las grandes ocasiones. Volvió a darse golpes de abanico sobre las opulentas redondeces que asomaban por su escote.

—¿Esa detención no tiene que ver con cierto asunto ocurrido en Londres?

Lo que la reina acababa de decirle con medias palabras suponía que sus contactos con el embajador Keene iban más lejos de lo que imaginaba. El terreno que ahora pisaba era muy resbaladizo. No podía negar lo que acababa de admitir ante el monarca. Doña Bárbara tendría conocimiento de ello porque Fernando VI no tenía secretos para su esposa. Pero no estaba dispuesto a satisfacer la curiosidad de la reina tan fácilmente.

—Si Vuestra Majestad no se muestra más explícita...

—Tengo entendido que, clandestinamente, se están contratando expertos ingleses en construcción de barcos.

—Veo que Vuestra Majestad está bien informada. Pero desconozco la relación entre esas detenciones y lo que Vuestra Majestad me dice que está

ocurriendo en Londres.

—¿Quiere decir que estáis al tanto de... esas contrataciones?

—Por supuesto, Majestad. —Ensenada decidió apostar fuerte—. He sido yo quien las ha impulsado. Cuento con la aprobación del rey, nuestro señor. Aunque eso es algo que sólo puedo deciros a vos, Majestad. Tened presente que los ingleses han sido nuestros enemigos hasta hace muy poco tiempo.

—Esas actividades los han irritado mucho.

—No más que a nosotros ciertos manejos que llevan a cabo aquí. Es la política, Majestad. Tan complicada que a veces hace extraños compañeros de camino.

La reina torció el gesto. Ensenada se mostraba insolente.

—¿Insinuáis algo?

—En modo alguno, Majestad. Sólo un comentario sobre los tortuosos vericuetos por donde a veces camina la política. Los enemigos de ayer son los amigos de hoy, pero eso no impide que volvamos a ser enemigos en un futuro.

La reina, pese a que por el modo de abanicarse revelaba su irritación, se mostró cortesana.

—Vuestras apreciaciones siempre resultan interesantes, Somodevilla.

—Muchas gracias, Majestad.

—Pero no es esa la cuestión por la que os he llamado. —Ensenada guardó silencio, la batalla estaba lejos de terminar—. Quiero que no andéis enredando en las conversaciones con Portugal. ¿Lo he dicho con suficiente claridad?

—Me temo que no, Majestad.

La reina lo miró airada.

—¿Qué no entendéis, Somodevilla?

—No comprendo qué quiere decir Vuestra Majestad con que ando... enredando.

—Os lo diré más claro. No os inmiscuyáis en ello y dejad de conspirar con los jesuitas.

—Disculpad mi torpeza, Majestad. Pero lo que se negocia afecta a una de las secretarías que el rey, nuestro señor, me tiene encomendadas.

—¡Ese asunto no es de vuestra competencia!

—Majestad, mientras el rey no disponga otra cosa, tengo a mi cargo la Secretaría de Indias y la delimitación de los territorios de esta monarquía afecta a dicha secretaría y doy a Su Majestad mi humilde opinión. Considero lesivos los términos en que se está negociando ese acuerdo para los intereses de la corona, no tanto el trazado de los límites entre ambas monarquías, que ya sería suficientemente negativo, sino por cuanto supone la posibilidad de abrir una vía de penetración a las mercaderías inglesas en las Indias con gravísimo daño para

nuestros intereses. Vuestra Majestad debería ejercer su influencia para que no se llegue a firmar ese acuerdo.

—¡Os atrevéis a decirme lo que tengo que hacer! —gritó la reina, poniéndose en pie.

—No, Majestad. Pero la obligación de todo servidor es hablar con lealtad a sus soberanos. Si Vuestra Majestad lo considera un atrevimiento, os pido disculpas.

—¡Retiraos, Somodevilla!

Ensenada se inclinó ante doña Bárbara y abandonó la cámara sin dar la espalda a la soberana, como establecía el protocolo. Llegaba a la puerta cuando lo detuvo la voz de la reina.

—Somodevilla, no olvidéis la advertencia que os he hecho.

Ensenada se limitó a inclinar la cabeza.

En la antecámara resopló con fuerza. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba sudando. Tenía la camisa pegada al cuerpo y la casaca le pesaba como si estuviera confeccionada con plomo. Sacó el pañuelo que Rosario se encargaba de colocar en la bocamanga y se secó el sudor. Había hecho frente a la Portuguesa como nunca hasta entonces. Sabía lo que eso significaba.

El día había sido muy agitado a causa de los actos sociales a los que había tenido que acudir. Cuando por la noche llegó a casa, la viuda O'Brien le entregó una carta. Jorge Juan no la leyó hasta después de cenar, una vez que se había encerrado en su alcoba. Se trataba de una carta de Ordeñana. Sacó la carpeta donde guardaba la cifra, oculta tras una tablilla suelta que había descubierto en el fondo del armario y disimulaba con sus camisas y ropa interior. Se acomodó en la mesa y se dispuso a acometer la tarea del descifrado. Poco a poco aquel galimatías de letras y números empezó a cobrar sentido. Ordeñana le hacía una advertencia sobre un peligro adicional que se cernía sobre ellos. Había un traidor entre los agentes de Londres, pero desconocían su identidad y los sospechosos superaban la veintena. Las instrucciones de Ordeñana eran tajantes: abandonar Inglaterra, inmediatamente. Jorge Juan temió que aquella advertencia podía estar relacionada con no tener noticias de Brighton. Hacía seis días que Solano se había marchado con el maestro fundidor y su hermana para embarcar en *L'Étoile du matin*. El guardiamarina tenía que estar ya de vuelta en Londres. Su ánimo se ensombreció.

Apenas durmió. Como militar estaba acostumbrado a cumplir las órdenes, pero había dos operaciones en marcha para poder completar la misión. Una era cerrar el acuerdo con Patrick Lahey, maestro de lonas, que también era experto en jarcia. La fabricación de cabos y maromas era imprescindible en el aparejo de los barcos. Mora había quedado en verse con él en la granja donde vivía con su numerosa familia en las afueras de Londres. La otra, convencer a Mateo Mullan para que entrase al servicio de Fernando VI. Mullan completaría, junto a Rooth y Bryant, el trío de maestros constructores y se podría disponer de uno en El Ferrol, otro en Cartagena y el tercero en la Carraca.

No le importaba asumir el peligro derivado de la existencia de un traidor, pero tenía que hablarlo con Solano y Mora. Suponía una amenaza mayor que la derivada de las noticias que podían llegar a las autoridades inglesas acerca de sus actividades. Había echado cuentas y calculaba que, cuando las autoridades supieran lo que estaba ocurriendo, necesitarían una semana para que recayeran las sospechas sobre él. Eso le daba cierta ventaja. Pero este nuevo problema echaba por tierra todos sus cálculos. Podían ser descubiertos en cualquier momento.

Las primeras luces del amanecer entraron por las rendijas de la ventana. Jorge Juan se levantó, vertió un poco de agua en la jofaina y se la echó por el

rostro. Se vistió lentamente y se marchó sin desayunar, encaminándose hacia Thames Street para plantearle a Mora lo que estaba maquinando. Pero las noticias del hospedero aumentaron su preocupación: Mora llevaba veinticuatro horas desaparecido.

—¿Le dijo adónde iba?

—No —respondió el hospedero con acritud.

Salió a la calle preocupado. Mora había desaparecido y Solano no había regresado dentro del plazo previsible. Algo estaba ocurriendo y sospechaba que estaba relacionado con la advertencia de Ordeñana. A Jorge Juan le intrigaba que todo aquello se hubiera precipitado en pocas horas. Su esperanza de que todo fuera casual era que Solano y Mora no habían mantenido contacto con miembro alguno de la red de espías enseñadistas. Llegó a su alojamiento más abatido que cuando salió.

La viuda O'Brien lo recibió sacando del bolsillo de su enorme delantal otra carta.

—Parece, *mister* Juan, que se han puesto de acuerdo.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace poco. He pagado la tasa, dos chelines y cuatro peniques... siguiendo vuestras instrucciones.

—Ahora mismo os los abono. —La carta era de Claudia—. Bajo enseguida.

—Muy bien, señor. Espero que sean buenas noticias. Las de ayer...

—¿Sí?

—Perdonadme si me meto donde no me llaman, pero creo que no fueron buenas. Vuestro aspecto es... lamentable. Me temo que no habéis pegado ojo.

—¿Tanto se me nota?

—Es como si llevarais un cartel en la frente.

Jorge Juan se encerró en su alcoba. Era la quinta carta que Claudia le escribía y siempre eran un bálsamo para su estado de ánimo. Pero apenas hubo desplegado el pliego se llevó una decepción. Claudia apenas había escrito una docena de líneas y la caligrafía, perfecta en otras cartas, había perdido su belleza. Estaba redactada a toda prisa. Lo que leyó le hizo contener la respiración y beber un poco de agua. Volvió a leer la carta que, en realidad, era un aviso. Lo que le decía no era concluyente, pero después de la advertencia de Ordeñana tenía un valor incalculable. Podía salvar su vida y la de los guardiamarinas, si es que aparecían.

A la misma hora en que Jorge Juan recibía aquella carta, Andrew Williams, un alto cargo de la Secretaría de Estado para los Condados de Sur, llamaba a la puerta del gabinete del secretario de Estado. Nadie respondía, pese a que Williams oía ruidos al otro lado de la puerta. Tampoco estaba el ujier que

custodiaba la entrada. Pegó el oído a la roja caoba de la puerta y comprobó que, efectivamente, había alguien, pero no se atrevía a abrir sin autorización. Corría el rumor de que *Sir John Russell* recibía allí a *Lady Eleanor Parker*, una aristocrática dama con quien había reiniciado la relación sentimental que mantuvieron al principio de ser primer *Lord* del Almirantazgo y que cortó la amenaza de *Lady Gertrude* de provocar un escándalo. *Lady Eleanor* tenía fama por su fogosidad y pasión. Se marchaba cuando apareció el ujier.

—¿Buscáis algo? —le preguntó con curiosidad.

—Necesito hablar con *Sir John*, inmediatamente.

—Lamento decirles que eso no va a ser posible.

—¿Hablar con él o hacerlo inmediatamente?

—Me temo que ni lo uno ni lo otro. Su excelencia no está.

Williams frunció el ceño. Había identificado los ruidos al otro lado de la puerta como jadeos, aunque no estaba seguro.

—¿Estáis seguro?

El ujier lo miró con cara de pocos amigos

—¿Qué insinuáis?

—Que en el despacho hay alguien.

—*Sir John* dijo que no vendría hasta el lunes. Estará en el campo hasta el domingo.

—Pues yo digo que en ese despacho hay alguien... jadeando.

El ujier torció el gesto. Apenas se había ausentado unos minutos... Se acercó a la puerta y pegó el oído. Efectivamente, percibió unos ruidos, pero no eran jadeos. Sus ojos se iluminaron como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—¡Por todos los demonios que habíais logrado inquietarme! —exclamó irritado al tiempo que abría la puerta—. ¡Mirad, mirad al autor de vuestros jadeos!

—¡Un loro! —Williams miró al ujier—: ¡Os juro que ese pajarraco jadeaba!

El ujier esbozó una sonrisa.

—Es posible... es posible. Suele imitar lo que oye.

—Comprendo. —Williams no necesitaba más explicaciones—. ¿Sería posible encontrar a *Sir John* antes del lunes?

—Me temo que no, señor.

Soltó un exabrupto y se alejó mascullando algo. En ausencia de *Sir John*, y ante la gravedad de las circunstancias, decidió asumir el riesgo. Tres días eran una eternidad.

Jorge Juan, después de leer la carta de Claudia, no perdió el tiempo. Acudió

a la embajada para hablar con Wall. No pensaba manifestarle sus inquietudes y temores. Quería conocer a quienes trabajaban en la embajada. Allí estaba la clave de la información que le había proporcionado Claudia.

Wall lo atendió porque tenía instrucciones de hacerlo y por el prestigio del marino, pero estaba molesto con él. Jorge Juan apenas había utilizado los servicios de la embajada y no le había hecho partícipe de gran parte de las recepciones a que era invitado. El marino, que no podía explicar la verdadera razón de su presencia en la legación, la justificó diciendo que había querido invitar personalmente al embajador al acto donde la Royal Society iba a nombrarlo miembro honorario.

Lo recibió en su amplio despacho, presidido por los retratos de Fernando VI y Bárbara de Braganza, desde el que se tenía una espléndida vista del Támesis. Después de algunos comentarios banales para romper la frialdad, Jorge Juan le manifestó su deseo:

—Será para mí un honor que el ministro plenipotenciario de España acuda al acto.

—¿Habéis dicho el sábado?

—A las seis de la tarde. Tengo entendido que se trata de una ceremonia solemne.

—Si no pudiera asistir personalmente, habrá un representante de nuestra embajada.

Jorge Juan asintió. La actitud de Wall no resultaba adecuada para decir a los ingleses que lo recogieran en la embajada. Les comunicaría que lo recogieran en su domicilio. Después de tantos meses muchos sabían que se alojaba en Lombard Street. En cierto modo, la actitud del embajador era un desprecio, pero no podía quejarse. Tampoco él se había mostrado elegante. Decidió aprovechar la ocasión.

—¿Cuánto personal trabaja en ella?

—En total, catorce personas. Ocho españoles y seis ingleses. Las relaciones diplomáticas son mucho más complejas de lo que a primera vista puede pensarse.

—No me cabe duda —asintió Jorge Juan—. Ser ministro plenipotenciario en un país con el que hemos mantenido un largo conflicto no es tarea fácil. Habrá que limar muchas asperezas. ¿Por qué hay tantos súbditos de su Graciosa Majestad?

—Ese grupo, a quienes conocemos en la embajada como los ingleses, son fieles a España. Desempeñan una labor encomiable.

—¿Habéis dicho fieles a España?

—En efecto. Trabajan para nuestro rey. Si no fuera así, no estarían al

servicio de Su Majestad.

—No lo pongo en duda, simplemente...

El embajador, un tanto molesto, interrumpió a Jorge Juan.

—Todos ellos colaboraron con nosotros en los años de conflicto.

—No os entiendo. ¿Qué queréis decir?

—Trabajaron para nosotros durante la guerra de la Oreja de Jenkins. No dudaron en jugarse la vida.

—Me gustaría conocerlos, ¿sería posible? Aunque quizás altere su trabajo.

—En absoluto. Para ellos será un placer. Sois una celebridad.

Wall hizo sonar una campanilla que tuvo una rápida respuesta.

—Di al secretario que avise a los ingleses, el capitán desea saludarlos.

—Me temo que no será posible, señor. Thomas y Lewis no están en la casa.

—Dile que llame a los demás.

Claudia no aludía en su carta ni a un Thomas ni a un Lewis. Pero no había que descartarlos. Le había proporcionado el apellido del sujeto que delató a su padre. Podía ser uno de ellos. Cuando quedó a solas con el embajador, indagó con cautela.

—¿Os referís a ellos por sus nombres de pila?

—No, ¿por qué lo decís? ¡Ah! ¡Thomas y Lewis! ¡Son apellidos!

—¡Claro! ¡Cómo no me he dado cuenta!

—Los ingleses son muy cuidadosos con el tratamiento. Llamar a una persona por su nombre es algo que sólo se hace con los íntimos.

Poco después entraron los ingleses. Wall fue presentándolos y todos estrecharon la mano de Jorge Juan. Ninguno respondía al nombre que Claudia le había revelado.

—Me ha dicho su excelencia —utilizó el rango a que daba derecho ser ministro plenipotenciario— que prestan un excelente servicio a nuestro rey. Sepan que les estamos muy agradecidos.

Cuando los ingleses abandonaron el despacho, Jorge Juan, decepcionado, se despidió del embajador agradeciéndole sus deferencias. Se marchaba cuando este le preguntó:

—¿Tenéis vehículo?

—No, para venir he alquilado una silla de mano.

—Aguardad un momento. Diré que os lleven en mi coche.

—¿El cochero también es inglés?

—Es bueno que lo sea, conoce Londres como la palma de su mano. También son ingleses los dos encargados de cuidar el jardín y mantener limpios los terrenos que se extienden por la parte posterior.

—¿No los consideráis personal de la embajada?

—Bueno... pueden ser tenidos como tales. Aunque sus funciones... Sabed que hay también cuatro mujeres que atienden la cocina, la limpieza y la lavandería.

—Todo perfectamente atendido. —Señaló Jorge Juan con una sonrisa al tiempo que cogía su bicornio.

Después de recibirlo con cierta tirantez, el embajador lo acompañó hasta la cochera donde estaba el vehículo. Se estrecharon las manos y Wall dijo al cochero que estaba rindiendo el estribo:

—Jefferson, lleva al señor adonde te indique.

El nombre sonó como un trallazo en sus oídos.

—¿Adónde he de llevar al señor? —preguntó el cochero.

Jorge Juan dudó un momento. No era conveniente darle datos. No debía llevarlo a casa de la viuda O'Brien.

—A Fleet Street, a una taberna que queda junto a Temple Lane.

—Muy bien, señor.

Subió al pescante y arreó los caballos. Jorge Juan se acomodó en el asiento. Había sido providencial mantenerse alejado de la embajada. El tráfico era denso, pero Jefferson se mostró sumamente habilidoso. A Jorge Juan le pareció que conducía demasiado deprisa, incluso con cierta temeridad, para la gente y los vehículos que había en la calle. En poco rato habían llegado a su destino. Contra su costumbre, no se apeó hasta que el cochero bajó para abrirle la puerta. Jefferson tenía una perilla perfilada y puntiaguda que le daba un aire maligno. Tenía todas las cartas para ser el traidor, aunque Claudia no lo daba por seguro. La referencia sobre su nombre podía ser Jefferson, Macpherson o Henderson. Si era el traidor, también era responsable en última instancia de la muerte de su padre. Jorge Juan necesitaba una prueba irrefutable.

—¿Alguna otra cosa, señor?

—No, gracias.

Vio cómo se alejaba velozmente. Jefferson tenía prisa. Tomó una litera con capota, pero en lugar de dirigirse a Lombard Street indicó al cochero:

—Seguid a aquella carroza.

—¿La que se pierde a lo lejos?

—Sí. No la perdáis de vista, pero no la alcancéis.

—Lo que vos deseáis es que la sigamos a cierta distancia.

—Lo habéis entendido perfectamente.

La litera, al ser mucho más pequeña, se movía con facilidad por el farrago de Fleet Street y, pese a la velocidad de la carroza de Jefferson, poco a poco fue recortando yardas. Vio cómo giraba a la derecha, enfilaba Blackfriars Bridge y cruzaba a la otra orilla del Támesis. Jefferson no regresaba a la embajada. El

recorrido por la ribera izquierda fue pequeño. Se detuvo ante un edificio que hacía esquina. Era la mejor construcción de la zona.

—Pare —ordenó Jorge Juan al cochero cuando vio cómo Jefferson se detenía, descendía y entraba rápidamente en el inmueble.

—¡Vaya! ¡Creí que seguíamos a una dama! —comentó el cochero.

—¿Por qué decís eso?

—Porque no es mi primer seguimiento, señor, pero siempre ha sido a vehículos donde iba una dama y el caballero, que no deseaba ser identificado, quería saber adónde iba.

—¿Sabéis qué es ese edificio?

—No, pero si lo deseáis puedo... informarme.

—¿No os importaría?

—Si os mostráis generoso...

—¿Media guinea?

—Por media guinea averiguaré hasta el nombre de quienes viven ahí.

—Una condición.

El cochero lo miró esperando la condición que le separaba de la media guinea.

—Habéis de ser discreto, muy discreto.

—Descuidad, señor.

—Id, pues. Yo os espero aquí.

—No, señor. Primero me abonáis la media guinea. —Mientras Jorge Juan buscaba el dinero, echó una cadena que inmovilizaba la litera—. No es desconfianza, señor. Pero he de tomar precauciones.

Las pesquisas fueron breves. Un par de minutos después regresó el cochero.

—Eso es un nido de sabuesos, señor.

Sabía lo que eso significaba. Pero quiso que fuera más explícito.

—No os entiendo. ¿Qué queréis decir?

—Agentes y policías que trabajan para el gobierno. ¿Nos vamos? Esto, señor, no me gusta un pelo.

Tampoco a Jorge Juan, que ya tenía la prueba que necesitaba.

—Vámonos.

—¿Adónde?

—A Lombard Street.

Sus días en Londres estaban contados. Si quería cerrar acuerdos con Mateo Mullan y Patrick Lahey no podía perder un minuto. La visita de Jefferson a una oficina de la Secretaría de Estado era signo de un peligro inminente. Tenía que elaborar un plan, pero no contaba con los guardiamarinas.

El ruido de la llave en la cerradura alertó a la viuda O'Brien, que andaba con los cacharros de la cocina. Apareció secándose las manos en un pico de su delantal.

—¿Vais a comer? La sopa está fría y la empanada hecha un estropajo.

Acababan de dar las dos y en Londres no era de cristianos almorzar a aquella hora.

—He tomado un refrigerio en la calle. Lamento no haberos avisado.

La tensión había hecho que las tripas no se quejaran, hasta aquel momento.

—Tenéis visita. Uno de vuestros jóvenes amigos. Aguarda desde hace una hora.

A Jorge Juan le faltó correr hacia la salita donde recibía las visitas. Allí estaba Solano, quien ante la presencia de su jefe adoptó una actitud marcial, pero este lo abrazó emocionado.

—¡Me has tenido con el alma en vilo! ¿Puede saberse qué demonios ha ocurrido?

—Un retraso en la salida del barco. Pero el fundidor y su hermana ya estarán en Boulogne. Sabía que estaríais preocupado, he venido a veros sin pasar por la fonda.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los retrasos se han acumulado. Primero, con la carga de las balas de algodón que tenía que transportar *L'Étoile du matin*. Llegaron con mucho retraso y sin ellas no podía zarpar. Fue una pena porque soplabá un viento magnífico. Luego, cuando se terminó de completar la carga, la mar estaba tan calmada que no había forma de que se hinchasen las velas. Anteayer a mediodía una brisa le permitió abandonar el puerto y salir a mar abierta. A estas horas estará ya atracando en Boulogne.

—¿Has comido?

—No, señor. Como os he dicho, he venido directamente a veros.

—Tampoco yo, pese a lo que has oído. Así que vámonos a la taberna que hay al final de la calle. Seguro que allí nos darán algo. Además, tenemos que hablar.

Poco después estaban ante unas jarras de espumosa cerveza y un plato rebosante de patatas asadas rellenas de salchicha, esperando el *roast beef* que el tabernero les había ofrecido. Jorge Juan explicó a Solano la existencia de un traidor y su convicción de que era el cochero de la embajada. También le

comentó su preocupación por la desaparición de Mora, a la que Solano no pareció darle importancia.

—Eso significa, señor, que en cualquier momento pueden venir a por nosotros. —Jorge Juan asintió con un movimiento de cabeza—. ¿Habéis pensado en algo?

—La existencia de ese traidor lo condiciona todo. Es cuestión de días.

—Quizá no nos haya descubierto y dispongamos de más tiempo. —Solano se llevó un trozo de patata a la boca.

—Me ha dado muy mala espina que haya acudido a ese lugar. Tiene que ser por algo muy grave. —Jorge Juan, que no había probado nada, dio un buen trago a su cerveza—. Ahora lo más importante es averiguar dónde puede estar Pedro. Ese será tu cometido. Olvídate de cualquier otro asunto.

—Tenía entendido que Pedro estaba en contacto con ese irlandés que tiene un montón de hijos...

—Patrick Lahey —recordó Jorge Juan.

La moza que los atendía se acercó llevando dos humeantes escudillas con el *roast beef*.

—Espero que les guste. —Les deseó, dejándolas sobre la mesa.

Los españoles se lo agradecieron y, cuando se hubo retirado, Jorge Juan comentó:

—Cuando marché para Brighton había quedado en verse con Lahey. Aceptaba las condiciones económicas, pero había que buscar la forma de sacar a toda la familia. Está empeñado en que tienen que viajar con él.

—Si cierra ese acuerdo y convencemos a Mullan, habríamos redondeado la misión.

—¿Ese Mullan es la misma persona que os indicó el fundidor?

Jorge Juan asintió llevándose la primera porción de carne a la boca.

—Establecí contacto el mismo día que partiste para Brighton. Es duro de pelar. Quiere mucho dinero porque ni es jacobita ni siente un especial deseo de marcharse de Inglaterra. Sólo lo hará si la bolsa le merece la pena.

—¿No es suficiente con que ya estén en España Rooth y Bryant?

—Con esos dos habríamos cumplido nuestra misión. Pero un tercer constructor la redondearía. Nos permitiría tener a uno en cada arsenal.

Solano asintió y se aplicó a la ternera; de cuando en cuando, mojaba algún tropezón de pan en el jugo. Era un buen plato y sabía mucho mejor después de haber malcomido en las ventas del camino entre Brighton y Londres. Con menos ahínco, también Jorge Juan daba buena cuenta del contenido de su escudilla.

—¿Pedro lleva mucho sin dar señales? —preguntó Solano.

—El hospedero dice que se marchó ayer por la mañana y esta noche no ha

dormido allí. Son más de veinticuatro horas. ¿Sabes si alguna noche no vino a dormir?

Solano siguió dando cuenta de la comida, como si no hubiera oído la pregunta. Jorge Juan se llevó una loncha de carne a la boca y masticó lentamente sin dejar de mirarlo. Tenía la cabeza hundida en la escudilla. Tomó otra loncha y volvió a saborearla hasta que le preguntó con tono severo:

—Guardiamarina, ¿me ha oído?

Solano reaccionó inmediatamente.

—¿Señor?

—¿Sabe si alguna otra noche su compañero no fue a dormir?

—Alguna otra noche apareció cuando amanecía.

—¿Por alguna razón?

—Señor, yo... Pedro tiene... tiene una relación sentimental.

Jorge Juan dejó sobre la mesa la jarra de cerveza que empuñaba en aquel momento.

—¿Por qué no se me había informado de ello?

—Porque no afectaba a nuestra misión, señor.

—¿Estás seguro?

Solano dudó un momento, pero se ratificó en su opinión.

—En ningún momento entorpeció nuestro trabajo, señor.

Jorge Juan se quedó con la mirada fija en los restos de *roast beef*. Desconocía la clase de relación que llevaba a Mora a pasar noches fuera de la fonda, pero ahora sabía la fuerza que podía tener aquella clase de sentimiento.

—¿Se trata de una aventura?

—Creo que no, señor.

—¿Quieres decir que se trata de una relación... respetable?

—No conozco los detalles, señor. Pedro es reservado. Pero diría que está enamorado. Lo que me preocupa es que siempre regresaba, aunque fuera poco antes del amanecer.

—¿Sabes dónde vive la... la... —no encontraba la palabra adecuada.

—No, señor. Si me he enterado de esa relación, ha sido porque no ha podido ocultarme sus salidas nocturnas... Sólo lo ha hecho en tres ocasiones, que yo sepa.

—Nuestro principal problema, además de localizarlo, es que no disponemos de tiempo.

—Podríamos refugiarnos en la embajada —sugirió Solano.

—Sería meternos en una ratonera. Tenemos que preparar nuestra salida de Londres.

Solano se acarició el mentón. Tenía barba de varios días y un aspecto poco

aseado.

—Desde Folkestone zarpa un barco cada mes con destino a Calais.

—¿Qué día?

—No lo recuerdo, señor.

—Esa puede ser una vía de escape. Pero si tenemos que esperar más de una o dos semanas será demasiado tiempo. Nos buscarán primero en Londres y luego pondrán vigilancia en todos los puertos, pero eso nos da algún tiempo. Teniendo en cuenta esa posibilidad, pongámonos a trabajar.

Jorge Juan pidió la cuenta.

—Pasado mañana os reciben como miembro de la Royal Society, ¿pensáis asistir?

—El riesgo es grande, pero si no acudo atarán cabos. Sabrán que soy a quien buscan.

—¿Iréis entonces?

—No hay otra opción.

—Os acompañaré.

—Ni hablar. Si las cosas salen mal, nos atraparán a los dos. Busca a Mora y si lo encuentras, tratad de que Lahey se vaya con vosotros. —Solano asintió con desgana—. Otra cosa, no se te ocurra volver a aparecer por mi domicilio. Yo te localizaré. Si no recibes noticias mías dentro de tres días, sal de Londres lo más rápido que te sea posible y busca el modo de abandonar Inglaterra. Con Mora, si lo has localizado, o solo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

El día de su recepción en la Royal Society se había reunido con Mateo Mullan en una taberna de Holborn. Su última oferta mejoraba la suma acordada con Rooth. Era la más alta de cuantas habían ajustado. Mullan había pedido tres días para responder, pero Jorge Juan se había negado. Suponía un riesgo demasiado grande. Quería una respuesta en veinticuatro horas, pero Mullan deseaba discutirlo con sus hombres por si alguno quería acompañarlo.

—Me parece bien, pero es peligroso. Alguno puede irse de la lengua.

—Respondo de mi gente. Son de confianza.

—Está bien. Os doy cuarenta y ocho horas. Ni un minuto más.

Mullan planteó entonces la posibilidad de que alguno viajara con su familia. Jorge Juan aceptó y quedaron en verse dos días más tarde.

Regresó a Lombard Street a mediodía y Helen O'Brien tenía preparado el almuerzo, pero Jorge Juan apenas probó bocado poniendo de malhumor a la viuda, que interpretó su desgana como un rechazo a su comida. Ignoraba que su huésped estaba moviéndose en el filo de una afilada cuchilla y que su situación podía volverse insostenible en cualquier momento. Había perdido el apetito.

Subió a su alcoba, repasó sus notas y empezó a arreglarse para su recepción en la docta institución. Se había aseado y empezaba a vestirse cuando llamaron a la puerta. Un instante después la viuda O'Brien llamaba a la puerta de su alcoba.

—¿Qué sucede?

—Unos caballeros preguntan por vos.

—¿Dónde están?

—Los he pasado a la salita.

Jorge Juan bajó en mangas de camisa, temeroso de que fuera una visita no deseada. Le habían anunciado que irían a recogerlo, pero le parecía demasiado pronto. Se tranquilizó al ver a los dos caballeros que aguardaban, conversando relajadamente.

—Buenas tardes, señores.

—Buenas tardes, *mister* Juan —respondieron ambos—. Permitid que me presente, soy *Lord* Cavendish, canciller de la Royal Society. —Lo saludó el de más edad ofreciéndole su mano.

—Mi nombre es Richard Maxwell, soy el censor. —Se presentó el otro.

—Permitidme decirles que es un honor recibirlo como miembro de nuestra sociedad.

—Muchas gracias, *Milord*. Quien se siente honrado con esa distinción soy yo.

—Hemos venido para acompañarlo hasta nuestra sociedad y para explicarle el ceremonial de admisión de un miembro de honor. Es un acto solemne al que han prometido su asistencia varios miembros del gobierno de Su Majestad.

A Jorge Juan lo turbó la noticia. Cuando se enterasen de las andanzas de *mister* Josues y de *mister* Sublevant abominarían de hacerle tales reconocimientos.

—Es un honor inmerecido.

Lo instruyeron en los pormenores del ceremonial, que tenía mucho de rito, le dieron un billete con la fórmula de su juramento y le pidieron que, si era posible, lo memorizase. Le indicaron también la conveniencia de estar quince minutos antes de la hora fijada para complimentar a las personalidades que habían anunciado su asistencia.

—Eso significa... —Cavendish consultó su reloj— que exactamente en treinta y cinco minutos volveremos para recogerlo.

El canciller y el censor daban por concluida la reunión cuando la viuda O'Brien apareció en la puerta de la salita:

—Disculpad, pero preguntan por vos.

Jorge Juan miró y notó una punzada en la espalda.

—Nosotros ya nos marchamos. —Cavendish requirió sus capas y

sombreros a la viuda O'Brien—. Dentro de treinta y cinco minutos, *mister* Juan. No lo olvidéis.

El aspecto de Solano nada tenía que ver con el que ofrecía la última vez que lo vio Jorge Juan. Era un elegante caballero. Una vez que despidió a los miembros de la Royal Society, Jorge Juan se encaró con él.

—¡Por todos los demonios! ¡Te dije que no volvieras por aquí!

—Señor —replicó bajando la voz—, no habría venido si no fuera importante.

Jorge Juan lo hizo pasar a la salita y cerró la puerta.

—¿Tan importante como para incumplir una orden?

—Pedro ha llegado a la fonda hace un rato y dentro de cinco días zarpa una fragata mercante desde Dover. Se trata de la *Sainte Marie*, cuyo capitán está en Londres. Se marcha mañana y podemos cerrar con él el traslado. Se dirige a la costa normanda, a Boulogne, donde tiene su base. Necesita una respuesta antes de marcharse.

Jorge Juan se quedó un momento pensativo. No sabía si en la *Sainte Marie* podrían embarcar todos, incluyendo al numeroso grupo que podía acompañar a Mateo Mullan.

—Las órdenes no deben incumplirse y tendrás un correctivo, pero has hecho bien en venir.

—Gracias, señor.

—¿Pudo hablar Mora con Lahey?

—Esa ha sido la causa de su ausencia.

—Explícate con brevedad. Dispongo de muy poco tiempo.

—Fue a verlo a su granja y logró cerrar un acuerdo con él. No ha sido demasiado exigente a la hora de acordar su sueldo porque, al ser irlandés católico, lo tratan como a una basura, pero surgió una complicación con su familia.

—¿Qué ha ocurrido?

—La suegra de Lahey quiere regresar a Irlanda. Pedro ha tenido que facilitarle recursos y ayudarle a buscar la forma de hacer el viaje porque con ella van la esposa y todos sus hijos. Luego se reunirán con él en España.

—Pero eso es una locura.

—La suegra quiere morir en su tierra. Pedro dice que no hubo forma de convencerla. Quienes vendrán serán dos de sus oficiales. Para el que se queda ha pedido una ayuda.

—Eso habla bien de ese hombre. Me gusta la gente que no abandona a los suyos. Dile a Mora que no sea tacaño.

—Muy bien, señor.

—¿Está en condiciones de viajar de inmediato?

—Sí, señor. Si lo consideráis oportuno, mañana mismo volvería a la granja. Desde allí se dirigirían a Dover para embarcar en la *Sainte Marie*.

—¿Cuántos pasajeros admitirían?

—Le he dicho que serían diez o doce, quizás alguno más.

—Con Mullan vendrían en torno a una docena de personas. Dependerá de lo que digan las mujeres. Algunas se marchan con sus maridos, pero otras no quieren ir a España.

—En cualquier caso es un número muy elevado. No sé...

Jorge Juan no lo dudó. Era una de las ventajas de ser marino. Capacidad para tomar decisiones importantes sin disponer de tiempo para hacer valoraciones. En cierto modo, era lo que había hecho Solano al acudir a verlo.

—Tienes que cerrar con ese capitán el pasaje para veinte personas...

—No creo que sea posible, señor.

—Será cuestión de pagar. Sólo sería ir de Dover a Boulogne. Poco más de cincuenta millas. Viajaremos de cualquier forma.

—Muy bien, señor. Se hará lo que se pueda.

—Trata de cerrarlo esta misma tarde y mañana me informas. Si se cierra el pasaje, Mora se marcha a recoger a Lahey y viaja directamente a Dover.

—Perdonad, señor, pero Pedro y yo ya hemos hablado sobre eso. Ninguno abandonaremos Londres si no es en vuestra compañía.

Jorge Juan lo miró muy serio.

—¿Sabe el guardiamarina cómo se llama eso? Eso es amotinarse.

—No nos marcharemos sin vos. Acabáis de decir que os gusta la gente que no abandona a los suyos.

Jorge Juan iba a decir algo, pero las palabras no salieron de su boca. Puso la mano en el hombro de Solano y casi le susurró al oído.

—El correctivo aumentará algo más. Pero ahora, basta con que sepas que si no ocurre nada, mañana a primera hora yo apareceré por vuestro alojamiento para que me informes de la gestión con ese capitán. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Antoine Bouvier.

—Habla con ese Bouvier.

—A la orden, señor.

—Ahora márchate. —Jorge Juan consultó la hora—. ¡No puedo perder un minuto!

Tenía que vestirse a toda prisa. La conversación con Solano sólo le dejó un cuarto de hora y los ingleses eran muy quisquillosos con la puntualidad. Tenía la ventaja de estar aseado y sólo tenía que vestirse, pero la ocasión requería hacerlo con detalle. La viuda O'Brien, que era exigente pero muy hacendosa, le había dejado perfectamente planchado su mejor terno, relucientes las hebillas de plata de unos zapatos de fino tafilete lustrados con esmero. El traje era un conjunto de tisú en tonos azules bordado en oro. Se puso la camisa de hilo sin bordados en la pechera porque la casaca era de corte militar, ajustada al cuello. Se calzó las medias, muy ajustadas a las pantorrillas, y se colocó la peluca. Terminaba de prenderse las condecoraciones cuando su casera llamó a la puerta.

—Señor, los caballeros que antes vinieron lo aguardan abajo.

—Voy enseguida —respondió, abriendo la puerta.

La viuda O'Brien quedó impresionada ante la imagen del marino español.

—Con ese porte más de una dama suspirará esta tarde por vos. ¡Estáis espléndido!

Jorge Juan bajó la escalera pausadamente, saludó a los ingleses y subieron al carruaje que aguardaba en la puerta. A la hora fijada la carroza llegaba a su destino. Saludó en el *hall* a las más destacadas personalidades que acudían al evento. Estaban el almirante Anson y su esposa, también *Lady Gertrude*, a quien no amilanaba que su esposo estuviera en compañía de Eleanor Parker en la residencia que el duque poseía en la campiña de Oxfordshire. Había también dos secretarios del gobierno que presidía Henry Pelham. Como en la ocasión anterior, Martin Folkes fue presentándolo con mucho ceremonial. También saludó a algunos destacados miembros de la sociedad y a Peter Burrell, gobernador de la *South Sea Company*. Después, al embajador Wall, que finalmente había acudido. Eso significaba que su cochero estaría cerca.

El salón de recepciones resplandecía con los cientos de bujías de sus lámparas. Los asientos estaban ocupados y también los sillones que se habían dispuesto en algunos lugares para ampliar el aforo. Todos, incluidas las damas, se pusieron de pie cuando entró la comitiva en medio de un silencio sólo roto por el sonido de las pisadas y el ruido de los abanicos. Hacía calor con tanta lámpara encendida y tan numerosa concurrencia.

Por un momento, Jorge Juan se olvidó de sus agobios, aunque no pudo evitar pensar que aquella gente exigiría su cabeza cuando supieran lo que realmente estaba haciendo en aquel Londres que ahora se rendía a sus pies.

Conforme avanzaba por el pasillo que quedaba en el centro, saludando a izquierda y derecha con leves inclinaciones de cabeza, pudo ver rostros altivos que lo miraban con cierta condescendencia y aire de superioridad. Recordó las condiciones vividas en las duras selvas tropicales, infestadas de mosquitos o en los áridos desiertos donde la sed era un problema terrible, pero no el más peligroso, para decirle al mundo, en nombre de su rey, que la Tierra no era una circunferencia perfecta sino achatada por los polos y poder explicar las numerosas consecuencias que se derivaban de ello. La comitiva avanzaba con calculada lentitud y el aire solemne que *Lord Cavendish* le había indicado. Para ahuyentar la mala conciencia, recordó lo que vio en Portobello, después de ser arrasado por las tropas de Vernon. Los ultrajes y saqueos sufridos por las poblaciones costeras del virreinato del Perú a manos de los hombres del almirante Anson; los lamentos y tragedias que supuso el asalto al *Galeón de Manila* y el robo de las enormes riquezas que llevaba a bordo y que en parte habían sido empleadas en levantar y decorar Anson Manor.

Muchas de aquellas cabezas de pelucas empolvadas pensaban en la forma de hacerse con unos territorios que pertenecían a la Corona de España. No para mejorar las condiciones de vida de sus gentes como habían hecho los jesuitas con sus reducciones en las riberas del río Paraguay, sino para explotarlas, introducir sus mercancías y acrecentar la riqueza de los dueños de compañías como la *South Sea Company*, la gran beneficiaria de los miles de esclavos que todos los años introducían en los dominios de España, gracias al llamado Derecho de Asiento.

Era cierto que tenían un espíritu práctico que les había permitido logros muy importantes y que, aplicado al campo de las ciencias experimentales, les había llevado a realizar grandes descubrimientos, pero no lo era menos que solían carecer de escrúpulos y ante su propio beneficio no se detenían, aunque ello significase cometer toda clase de atropellos. Jorge Juan, al igual que Ensenada, consideraba que los ingleses no dudarían en romper la paz si así convenía a sus intereses. Había visto en los muelles del Támesis el bosque de mástiles que formaban los colosos de enorme arboladura allí anclados y que sólo eran una parte de su poderosa armada. Les serviría en caso de guerra para imponer sus condiciones y, si España no estaba preparada para hacerles frente... Aquello daba sentido a su presencia en Londres.

La comitiva se detuvo al llegar ante una pequeña tribuna. Ocuparon el sillón que a cada cual correspondía y, después de que un ujier agitara una campanilla a cuyo son todos tomaron asiento, *Lord Cavendish*, con la venia del presidente, dio lectura al acta de la sesión en que se había acordado nombrar miembro de honor a don Jorge Juan y Santacilia. A continuación, *Sir Martin*

Folkes, en su condición de presidente, hizo la *laudatio* del nuevo miembro, recalcando el valor de sus estudios sobre astronomía.

Jorge Juan agradeció el reconocimiento, que consideró era a los trabajos realizados por oficiales de la armada española, y disertó brevemente sobre lo que suponía la medida del arco del meridiano terrestre que había llevado a cabo junto a Antonio de Ulloa, sin hacer mención a que los ingleses lo habían tenido prisionero varios meses, al apresar la fragata *Deliverance* en la que regresaba a España desde el otro lado del Atlántico.

Una atronadora ovación acompañó el final de su alocución.

El solemne acto se cerró con el cántico por parte del coro de la iglesia de Saint James de una patriótica canción, compuesta por John Bull y titulada *God Save de King*, que hacía pocos años había sido adoptada como himno del país.

Lentamente el salón fue vaciándose al tiempo que muchos asistentes felicitaban a Jorge Juan. En el vestíbulo se sirvió un cóctel y en los corrillos se oían los comentarios más diversos. Desde los que rendían tributo de admiración al marino español hasta los que consideraban excesiva aquella manifestación hacia el militar de una potencia con la que se habían medido en el campo de batalla a lo largo de aquella centuria, que estaba mediada, muchos más años de los que podían contarse sin que las armas hubieran tomado la palabra. Sus intereses y los de España eran divergentes y entre los congregados muchos pensaban, como Ensenada, que la guerra sería inevitable. Así lo demandaban los intereses comerciales de sus compañías y la Bolsa de valores de la City.

Jorge Juan buscó el encuentro con el embajador, que lo felicitó efusivamente.

—¿Nos disculpan? —Jorge Juan lo tomó por el brazo e hicieron un aparte.

Sólo fueron unos minutos.

A la misma hora, al otro lado del Támesis, en un edificio cercano al Blackfriars Bridge, se celebraba una reunión convocada por Andrew Williams. Aquella mañana había sacado de la caja fuerte donde se guardaban los cuadernos con la cifra que permitía descodificar los mensajes secretos. Había conseguido convencer al responsable de la segunda llave —había dos y una estaba en poder del duque de Bedford— para que la abriera. El criptógrafo había trabajado sin descanso hasta hacer legible la carta enviada por la embajada en Madrid y que estaba marcada como «GM» y «EU».<sup>1</sup>

—Tenemos la vía libre, aunque no contemos con la autorización del secretario de Estado, que está fuera de Londres. Pero este asunto no admite demora. Nuestra embajada en Madrid ha informado de que agentes españoles están reclutando expertos en construcción naval y enviándolos a su país. — Williams comprobó cómo se removían en sus asientos la docena de hombres a

los que se dirigía—. Se están proporcionando medios a una potencia extranjera y quienes están colaborando con esos agentes son traidores a su patria y a su rey. Algunos de ellos ya están en España participando en el programa de rearme naval que promueve el secretario de Guerra y Marina de España. Nuestra misión es detener a esos agentes españoles y a los traidores que colaboran con ellos.

—¿Tenemos alguna pista para iniciar su búsqueda?

—Desconocemos su identidad, su número y dónde tienen su centro de operaciones...

—¡Se nos pide que busquemos una aguja en un pajar!

—El pajar es Londres y sus alrededores —respondió Williams sin inmutarse—. Os podemos facilitar algún dato, aunque poco relevante. Dos hombres vigilarán la casa donde reside un marino español que ha sido admitido en la Royal Society. Pero sólo vigilar —advirtió Williams.

Un ruido hizo que todas las miradas se dirigieran a la puerta. Alguien entraba, sin pedir permiso. La protesta de Williams no salió de su boca. Era *Sir John Montagu*, conde de Sandwich, primer *Lord* del Almirantazgo.

—¿Se ha averiguado algo más?

—No, *Milord*. Daba instrucciones para iniciar la búsqueda. No va a ser fácil.

—Terminad esas instrucciones. No hay un minuto que perder. Después hablaremos nosotros.

—Como ordenéis, *Milord*.

Estaba anocheciendo cuando los agentes, cuyo trabajo era actuar en situaciones difíciles, cruzaban Blackfriars Bridge. Pese a lo avanzado de la hora, preguntaron en algunas tabernas que se extendían por la ribera izquierda del Támesis.

Una vez solos el conde de Sandwich preguntó a Williams:

—¿Necesitáis alguna clase de colaboración?

—Toda la que se me pueda proporcionar.

—La tendréis, pero quiero a esos españoles presos en cuarenta y ocho horas. ¡Ni un minuto más! Se están burlando de nosotros en nuestras propias narices. ¡No me explico cómo ha podido ocurrirnos esto! Bueno... me lo explico con Bedford en la Secretaría de Estado. ¡Si pusiera el mismo empeño en cumplir sus obligaciones como en follarse a *Lady Eleanor Parker*!

Williams guardó silencio. Conocía las diferencias entre ambos. Su rivalidad no era sólo política, también personal. Sandwich había intentado seducir a la bellísima *Lady Eleanor*, pero Bedford le había ganado la partida. Por eso quería a los españoles encarcelados en cuarenta y ocho horas. Antes de que su rival regresase de la campaña.

Jorge Juan se tendió en la cama, ajeno a la operación que ya estaba en marcha, aunque sabía que en cualquier momento podía encontrarse con una sorpresa desagradable. La jornada había sido muy especial por el turbión de acontecimientos vividos. La Royal Society había rendido tributo al hombre de ciencia, si bien habían llegado a sus oídos algunos comentarios inadecuados. Con todo, había sido una experiencia sumamente agradable. Turbaba su espíritu el plan que había ideado. La misión que Ensenada le había encomendado no lo contemplaba, pero no podía abandonar Londres sin dejar aquello resuelto. Tardó en dormirse, la excitación le pasaba factura. Sus últimos pensamientos, antes de que Morfeo lo acogiera en sus brazos definitivamente, fueron para la mujer que había cambiado su forma de ver las cosas. No oyó las campanadas del reloj en una torre cercana que señalaban la medianoche.

Eran poco más de las ocho cuando un librero, que decía llamarse Sublevant —había salido de casa de la viuda O'Brien por un callejón que se abría a la espalda de Lombard Street—, apareció por la fonda. Los guardiamarinas lo habían visto de aquella guisa, pero no pudieron evitar una sonrisa, pese a que había conseguido que Solano no lo identificara en una ocasión, hasta que le dio un abrazo. Aguardaban a su superior con trajes sencillos, adecuados para el trabajo que iban a acometer. Salieron de la fonda y entraron en una taberna donde los guardiamarinas pidieron té y Jorge Juan café. Mientras les servían, satisfizo la curiosidad de Solano y Mora sobre su ingreso en la Royal Society.

—¿Localizaste ayer al capitán de la *Sainte Marie*?

—Sí, señor.

—¿Cómo me dijiste que se llamaba?

—Antoine Bouvier.

—¿Qué ha dicho?

—Podría llevarnos, pero como arenques en un barril. Todos en cubierta. Hasta los sollados van atestados de carbón. No renuncia a dejar una libra para acomodarnos.

—Sólo son cincuenta millas. Nos las compondremos.

—Hay otra cuestión.

—¿Cuál?

—Quiere una fortuna y eso que no sabe que el pasaje puede crearle serios problemas.

—¿Cuánto quiere?

—Dos guineas por pasajero y no admite a más de veinte y tampoco a niños. Dice que traen mala suerte.

Aquello era más grave que el abusivo precio que les exigía, aunque el dinero empezaba a escasear. Pero alguno de los hombres de Mateo Mullan que

se marchaban con su esposa podía tener algún hijo pequeño. Eso era algo que no sabría hasta que se reuniera con él en la misma taberna de Holborn donde habían quedado para el día siguiente.

—No sé si en el grupo de Mullan vendrá algún menor.

Mora no se mordió la lengua:

—Además de abusar con el precio, impone condiciones.

—Es mucho dinero, pero no tenemos otra opción. Dile que aceptamos. El jueves al alba estaremos en Dover.

—¿Y los niños?

—Ya lo resolveremos.

—Quiere la mitad por anticipado. Lo quiere hoy, a mediodía se marcha de Londres.

—Se lo llevarás en cuanto os diga lo que hemos de hacer. No se trata de un plan que someto a vuestra consideración, sino de órdenes —les advirtió, recordando cuando dijo a Solano que no regresara otra vez a Londres—. Se cumplirán a rajatabla. ¿Necesitáis que os explique lo que eso significa? —Solano iba a decir algo, pero bastó la mirada de Jorge Juan para que no abriera la boca—. Ahora escuchadme, no disponemos de mucho tiempo.

Les explicó lo que había que hacer desmenuzando los detalles, pero sin adornos. Los guardiamarinas asentían con ligeros movimientos de cabeza.

—¿Alguna duda?

—No, señor. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Tres días, Pedro. Sólo disponemos de tres días. Al alba del cuarto hemos de estar en Dover. Ahora cada cual a lo suyo. Ninguno depende de los demás. Los peligros son muchos y no dejarán de aumentar conforme pasen las horas. Tomad todas las precauciones que tengáis a vuestro alcance. Mi mayor deseo es que el jueves estemos a bordo de la *Sainte Marie*. —Jorge Juan iba a levantarse, pero se detuvo—. Quiero que sepáis que, ocurra lo que ocurra, esta misión ya ha sido un éxito y en gran parte se debe a vuestro trabajo, del que estoy orgulloso. Tú y yo —dijo a Solano— nos veremos mañana en esa taberna de Holborn, frente a la iglesia de Saint Gilles. Con las referencias que te he dado, no tendrás problemas para encontrarla.

Ahora sí se levantó. También lo hicieron los guardiamarinas. Hubo un momento de duda antes de que se fundieran en un abrazo, conscientes de que era probable que no volvieran a verse.

Era tarde de reuniones. En el palacio del Buen Retiro, siempre un semillero de intrigas como todos los lugares donde se juegan las cartas del poder, se palpaba la tensión. Por las galerías, las antecámaras y los despachos circulaban los rumores.

Moriche franqueó la entrada de Ordeñana al despacho de don Zenón cuando acababa de despachar la correspondencia de aquella mañana. Una de las cartas la había dictado al criptógrafo. Era cuestión de vida o muerte. Esa carta y las reuniones que había tenido con el rey y con la reina le provocaban sensaciones encontradas. Estaba contento con el apoyo del rey a su proyecto de reorganización militar; eso significaba vía libre para impulsar un programa que permitiría a España mantener el rango de potencia mundial. En realidad, la actividad en los astilleros era grande, hacía ya meses que se trabajaba sin descanso y pronto comenzarían a botarse navíos de línea y fragatas. Pero ahora, con el visto bueno de Su Majestad, el programa tomaba el impulso definitivo. Había resultado más fácil de lo que había imaginado. Fernando VI, siempre aferrado a la paz a cualquier precio, no había puesto reparos a una política que, sin ser belicista, se preparaba para la guerra. Estaba también contento con las cartas que había recibido de Londres. Las noticias no podían ser mejores pese a que Jorge Juan le decía que los ingleses pronto empezarían a atar cabos y el cerco se iría estrechando conforme pasasen las semanas. La baza que había jugado enviándolo a Londres había sido un éxito total. Jorge Juan había sabido explotar el malestar de los partidarios de los Estuardo, numerosos en algunas partes de la isla, y también había exprimido las posibilidades que ofrecían los irlandeses, sojuzgados por los ingleses y vilipendiados por sus creencias religiosas.

Le comunicaba algo extraordinario: la llegada a España de un maestro fundidor. La calidad de los cañones que artillaban un navío daba su verdadera capacidad de lucha y fundir cañones capaces de soportar la dureza de un combate era un arte complejo. Con frecuencia el calentamiento producido por los disparos los rajaba o deformaba, convirtiéndolos en un lastre. Los navíos de línea no montaban menos de sesenta bocas de fuego y podían llegar a ser más de noventa. Un maestro que revitalizase las fundiciones de Guarnizo y Liérganes era una joya que había que cuidar.

El desasosiego se lo provocaba la reunión con la reina. A primera vista no había salido mal parado. La torpeza de doña Bárbara le había permitido

escabullirse de la detención de los ingleses. Tampoco se arrepentía de haberle dejado claro que tenía algo que decir sobre el tratado de límites, pero su enemistad con la soberana había subido un peldaño más y a la larga tendría consecuencias graves.

—¿Todo bien, señor? —preguntó Ordeñana al verlo retrepado en el sillón y fumando, como si rindiera culto al ocio.

—Mejor de lo que cabía esperar.

Ensenada lo puso al corriente de las reuniones con el rey y la reina, ahora que disponía de tiempo para ello. Concluyó haciéndole partícipe de sus temores.

—Esa reunión, amigo mío, desatará una tormenta. Es cuestión de tiempo. No tener descendencia hace que no contemple los negocios de Estado con la perspectiva necesaria. Sabe que la corona pasará a manos de don Carlos, el hijo de su peor enemiga y, al estar convencida de que sobrevivirá al rey, está obsesionada con esa construcción que, en realidad, es un refugio para su viudedad. Sólo le importa ese monasterio y el disfrute que le proporciona el canto de Farinelli. Todo lo demás puede arder en el infierno. —Ensenada dio una larga chupada a su cigarro y expulsó el humo con delectación—. Incluidas las Indias, siempre que no pasen a manos de su hermano.

Ordeñana no se atrevió a hacer ninguna apostilla a un comentario tan duro, pero a don Zenón no le faltaba razón. En pocas palabras había resumido una realidad. Doña Bárbara era una mujer culta, amante de la música y de la literatura y que, contra todo pronóstico, había hecho feliz al rey, pero su falta de descendencia le había hecho perder la visión de Estado. Se limitó a hacer un comentario neutro.

—Las relaciones con doña Bárbara nunca han sido fáciles.

—Es una forma elegante de decirlo.

—¿Habría alguna manera de mejorarlas?

Ensenada meditó la respuesta. Ahora, que se había desahogado, parecía relajado.

—Podría mejorar si tuviéramos alguna prueba de lo que me dijiste que habían confesado esos ingleses.

—¿Utilizaríais eso, señor?

—Si tuviéramos la prueba...

—Señor... es la reina. Sacar a la luz algo tan grave podría volverse en nuestra contra.

—¡Quién ha dicho eso! ¡Difundirlo sería una locura! Pero si tuviéramos la prueba, podría utilizarse con habilidad... ¿Cuál era la cantidad?

—Medio millón de doblones.

—¡Esa cifra es escandalosa! —Ensenada se acarició de nuevo el mentón—.

Con esa suma doña Bárbara no tiene problemas para financiar... su mausoleo. Dejémoslo estar. Ahora tenemos que solucionar el problema de los ingleses. ¿Se te ocurre alguna cosa? Con la Portuguesa he tenido que moverme con pies de plomo en relación a ese asunto.

—He pensado que podría solucionarse... —Le expuso un plan aparentemente sencillo.

Ensenada dejó el cigarro, casi consumido, en el cenicero y se acarició el mentón. Lo notó rasposo. Después de cavilar un rato aceptó la propuesta.

El rey cayó de hinojos. No era fácil ver a un monarca arrodillado ante otro hombre. Pero aquel era un hombre muy especial. El padre Rávago se había sentado, después de colocarse la estola y de besar la cruz bordada en ella.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

El monarca que gobernaba el imperio más extenso de la tierra confesó sus faltas, recibió una suave amonestación y le fue impuesta una leve penitencia para recibir la absolución. Fernando VI no tenía grandes pecados. La frecuencia de sus confesiones era por la estrechez de su conciencia. Había heredado los escrúpulos de su padre, aunque la lujuria de su progenitor, siempre dentro del matrimonio, nada tenía que ver con los moderados deseos sexuales del rey. Posiblemente ello había influido en el ambiente que se respiró en la corte de uno y otro. Si en la de Felipe V se vivieron, sobre todo en los años de la guerra de Sucesión, situaciones escabrosas, derivadas de la presencia en Madrid de personajes como los duques de Orleans y de Saint-Simon o de generales como Vendôme, que protagonizaron orgías escandalosas, en la de Fernando VI era todo comedimiento y moderación.

El padre Rávago salió del confesionario cuando Fernando VI ya se había incorporado. El tiempo del sacramento había concluido, pero se mantenía la intimidad entre el confesor y su regio penitente; el primero solía aprovechar para influir en el ánimo del monarca en cuestiones mundanas. Era ese acceso al rey lo que desataba verdaderas batallas entre órdenes religiosas por ocupar un lugar de tanta influencia.

—Majestad, creo mi deber haceros llegar el desasosiego que hay entre mis hermanos.

El monarca miró al jesuita con suspicacia.

—¿Cuál es la causa?

—Los límites entre los dominios de Vuestra Majestad y los de la Corona de Portugal.

—¿Por qué razón?

—Majestad, la firma de ese tratado que está a punto de hacerse supondría

que las misiones fundadas por la Compañía de Jesús, que son un modelo de cómo administrar un territorio y dispensar protección a vuestros vasallos, pueden pasar a manos portuguesas.

—¿No hay jesuitas en Portugal que continúen ese trabajo?

—Majestad, esas misiones caerían en manos de los *bandeirantes*, gentes que carecen de escrúpulos y los someterían a una situación de esclavitud. La conciencia de Vuestra Majestad no debe permitirlo.

—La determinación de esos límites es algo mucho más complejo.

—Lo sé, majestad. El problema arranca desde que por primera vez el Santo Padre trazó la línea divisoria entre las tierras que pertenecían a la Corona de Castilla y las de Portugal, división que fue aceptada en Tordesillas por representantes de ambos reinos. Esa línea divisoria, después de muchas discusiones, se modificó llevándola trescientas setenta leguas al este de Cabo Verde. Eso significaba que sólo el extremo más oriental de las costas de Brasil quedaba bajo la jurisdicción portuguesa. Todas las penetraciones de nuestros vecinos, más allá de esa línea, han sido transgresiones de ese tratado. Si Vuestra Majestad me permite decirlo, lo que hoy se negocia supone dar carta de naturaleza a unas usurpaciones.

El rey se quedó mirando a su confesor.

—Observo, padre Rávago, que os habéis preparado a fondo.

El confesor inclinó la cabeza, sin saber si era un cumplido o un reproche.

—Señor, la cuestión lo merece.

—Nada os prometo, salvo interesarme por el asunto considerándolo también desde la perspectiva que vuestra ilustrísima ha expuesto.

—Gracias, Majestad.

En el Buen Retiro se celebraba otra reunión. Doña Bárbara, que estaba de un humor de perros y había cancelado todas las audiencias, salvo recibir a Moradillo para conocer los progresos de las obras, se reunía con el embajador británico. *Mister Keene*, invitado a la ópera que aquella noche iba a representarse en el teatro del Buen Retiro, había sido requerido por la reina. En un saloncito, frente al embarcadero del Gran Estanque donde los reyes y sus invitados disfrutaban de diversiones acuáticas, aguardaba, mirando la luz dorada del atardecer reflejada en las calmadas aguas del estanque y preguntándose si la reina iba a darle noticias de los detenidos. Aprovecharía para transmitirle el malestar de su gobierno por las actividades de agentes españoles en Londres.

Doña Bárbara apareció vestida ya para asistir a la ópera. Suplía su escaso atractivo físico con un porte majestuoso.

—Majestad... —El embajador se inclinó ante ella, besando la mano que le ofrecía.

—Excelencia, os aseguro que disfrutaremos de una agradable velada. Carlo —siempre se refería a Farinelli por su nombre de pila— ha preparado un programa extraordinario.

—Sin duda, Majestad. Conociendo su talento...

—Pero os he convocado para un asunto menos delicado. Somodevilla dice no saber nada de la detención de vuestros compatriotas.

—Majestad, os aseguro que fueron hombres que realizan... ciertos trabajos para él. Lamento decirlo que falta a la verdad.

—No utilicéis un lenguaje diplomático. Vos y yo sabemos que su cuna no está a la altura del lugar que ocupa. —La reina pretendía ofenderlo, pero agrandaba su figura. Hacía tiempo que los méritos de hombres sin abolengo familiar les permitían escalar posiciones relevantes en los gobiernos—. Hoy ha mostrado una insolencia inadmisibile.

—¿Acaso no ha tenido la consideración debida a Vuestra Majestad?

—No se atrevería, pero se ha mostrado insolente. Se considera con derecho a hacer oír su voz en las conversaciones sobre los límites coloniales. Pero os aseguro que ese tratado se firmará en unos días, como está previsto, pese a que sostiene que afecta a una de las secretarías a su cargo.

Keene en su fuero interno daba la razón a Ensenada. Pero su obligación era dañar la imagen del ministro. Sería cauteloso. En las cortes los aborrecimientos pasaban a ser amistades inquebrantables de un día para otro. Su excelente relación con la reina y sus atenciones, cuando Isabel de Farnesio mangoneaba en la corte en vida de Felipe V y nadie hacía caso ni a ella y ni a su esposo, le permitía ahora gozar de una posición ventajosa, hasta el punto de que la reina le hacía ciertas confidencias.

—Majestad, me alegra oíros. Pero os diré que la decisión sobre ese tratado compete a vuestro augusto esposo, más allá de las consideraciones que puedan hacerle sus ministros. Sus opiniones son sólo consejos.

—Su Majestad tiene muy en cuenta sus opiniones.

—Me consta, Majestad. Pero Vuestra Majestad sabe que... En fin son asuntos...

—Hablad.

—Majestad, un soberano puede decidir sobre qué personas gozan de su confianza.

—Cierto, pero Somodevilla goza de la confianza de Su Majestad.

Keene no perdió la oportunidad.

—¿Incluso cuando se muestra insolente?

Bárbara de Braganza apretó los labios. El embajador británico no supo cómo interpretar el gesto: si había espantado la presa o había dado en el blanco.

En el Coliseo del Buen Retiro, Farinelli vivió una noche de gloria con la representación de *Catón en Útica*, orquestada por Leonardo Vinci sobre un libreto de Metastasio.

Solano se encontró con el capitán de la *Sainte Marie* y le entregó veinte guineas. Bouvier acababa de guardarlas cuando entraron en la taberna unos soldados, uno de ellos ordenó al tabernero colocar un pasquín donde se ofrecía una recompensa de diez guineas a quien facilitase información para localizar a unos españoles que andaban por los *docks*. Se les acusaba de graves delitos.

—Si alguien tiene noticia de ellos, ya sabe adónde acudir —gritó el sargento que los mandaba antes de marcharse. No prestó atención a Solano, que había agachado la cabeza.

La caza había comenzado, aunque no daban muchos detalles.

Bouvier se pasó el dorso de la mano por la boca para limpiarse los restos de cerveza.

—¿Tenéis algo que ver con ese asunto?

Solano dio un trago a su cerveza. Apenas lo conocía. No sabía si podía confiar en él.

—Sólo sé que tengo que embarcar a un grupo de personas.

—No sería la primera vez que embarco a partidarios de los Estuardo. Para traerlos o para llevarlos a Francia. Me parece una causa perdida, pero si quieren seguir peleando...

—No sé si son jacobitas o católicos. Sólo sé que quieren salir de aquí.

Bouvier apuró el resto de su cerveza y gritó:

—¡Mesonero, otras dos jarras!

Cuando se acercó con las cervezas, Bouvier le preguntó, mirando el pasquín:

—¿Sabes algo de eso?

—¡Qué más quisiera yo! ¡Diez guineas! —La codicia brillaba en sus ojos —. Las cervezas son medio chelín y dos peniques. —El capitán de la *Sainte Marie*, exultante con las veinte guineas que tenía en el bolsillo, pagó las cervezas —. Andan detrás de unos espías españoles.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo ha comentado el viejo John. Dice que los españoles, a quien el diablo confunda, están reforzando su armada. Son casi tan malos como vosotros los franceses. —Miró a Bouvier y soltó una carcajada.

—¡Como reorganicen su armada las pasaréis putas! —Ahora fue Bouvier quien soltó una carcajada.

El mesonero se marchó mascullando improperios contra españoles y

franceses. Bouvier no tenía dudas de que iba a formar parte del embrollo que señalaba el pasquín, pero echó cuentas.

—Nos os preocupéis —dijo a Solano—, salgo ganando embarcando a la gente. Además, que se jodan estos hijos de mala madre. —Se bebió la cerveza como si fuera agua, se levantó y antes de abandonar la taberna le susurró al oído —: Al alba del jueves.

Solano salió tras él y vio que los soldados salían de un almacén de granos.

Por la esquina de la calle había aparecido un hombre cargado de hombros que caminaba un tanto encorvado, con la cabeza gacha, como si contara los guijarros del empedrado. Había caminado desde un embarcadero en Temple Lane. Pasó por delante de los dos sujetos que había visto, al descorrer el visillo de la ventana de su alcoba, antes de salir aquella mañana de su casa. Allí seguían, conversando. Confirmadas sus sospechas, se dirigió a College Street para entrar por la puerta que daba al callejón que se abría a la espalda de Lombard Street.

—¿*Mister Juan*?

La viuda O'Brien había oído cómo hurgaba en la cerradura.

—Sí, soy yo.

—¡Menos mal que habéis llegado! Os están buscando.

—Lo sé. Un par de sujetos vigilan la casa, por lo menos desde esta mañana.

—¡Dios mío! No me había dado cuenta. Hace poco rato han preguntado por vos y os aseguro que nada tienen que ver con los caballeros que os visitaron el otro día. Son policías. Os han descubierto —añadió muy nerviosa—. Me han hecho un sinfín de preguntas y han dicho que volverán. Creo que también sospechan de mí.

—¿Quiénes han preguntado son los que vigilan la calle?

—No lo sé. No me he atrevido a salir.

—Venid. Podéis verlos desde la ventana de mi alcoba. Pero antes atrancaré la puerta. No podemos confiarnos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

En la alcoba se colocaron a los lados de la ventana.

—Tened cuidado, descorred el visillo lo justo. Que no se den cuenta de que los estamos observando. Son dos sujetos que están un poco más abajo. Uno tiene un tricornio y es barbudo, el otro tiene la cabeza rapada. ¿Los veis?

Helen O'Brien estaba temblando.

—Sí, pero no son ellos. La pinta de esos individuos es de malhechores. Quiénes preguntaban por vos tenían mejor aspecto.

—¿Qué os han preguntado?

—Muchas cosas —respondió, arrugando entre sus manos el pico del

delantal—. Si estabais alojado aquí, cuánto tiempo llevabais. Cómo os había conocido. Qué sabía de vos. Si había notado algo extraño en vuestro comportamiento. Qué clase de vida lleváis. Si os visitaban otros españoles. Qué sé yo... Muchas cosas. Estoy muy asustada.

—¿Qué les habéis contado?

—Les he dicho que el alojamiento os lo dispensó vuestra embajada, como me teníais advertido. Les he dicho cuánto tiempo lleváis en mi casa y que sois un sabio que han hecho miembro de la Royal Society y que recibíais la visita de importantes caballeros. Que si alguno era español, hablaba inglés muy correctamente. Han dicho que volverán. ¿Qué va a pasar?

—No lo sé, Helen. Saben que alguien está mandando a España expertos en construcción de buques, pero no están seguros de que sea yo quien lo hace. Si tuvieran seguridad, actuarían de otra forma. Que haya sido admitido en la Royal Society ha sido un reparo. Habéis hecho bien al recordárselo. Se lo pensarán antes de echar la puerta abajo. Pero cuando sepan el motivo de mi presencia en Londres, no se detendrán ante nada.

—Entonces sabrán que he dado alojamiento a un... a un espía. ¡Dios mío!

Jorge Juan miró por la ventana. Otra vez se impuso el marino que había en él.

—No puedo permanecer en esta casa. En su próxima visita serán mucho menos considerados. Todavía no han descubierto la salida por el callejón. Cuando la descubran no habrá escapatoria. Escuchadme —cogió las manos de Helen—, lo que os voy a proponer tal vez sea un disparate, vos decidiréis. He observado que no recibís visitas. ¿Hay algo que os retenga en Londres?

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Os propongo venir a España. Es peligroso, pero si llegamos estaréis a salvo.

—Yo... yo... —Jorge Juan le puso el índice en la boca.

—Pensadlo. Volveré dentro de tres o cuatro horas. Si decidís veniros, tened preparadas vuestras cosas. —Helen se limitó a asentir con un ligero movimiento de cabeza. Jorge Juan comprendió el mal trago por el que estaba pasando. Había tenido, incluidos sus momentos de malhumor, un comportamiento ejemplar todo aquel tiempo—. La situación es complicada, Helen, pero no desesperada. Sospechan de mí, pero no están seguros. Hemos de aprovechar esa ventaja. Puede ser suficiente. No puedo ocultaros lo peligroso de la situación, pero si actuamos con rapidez, saldremos de esta. —No estaba convencido de ello, pero tenía que decirlo—. Volveré antes de la puesta de sol. Si decidís veniros, aprovecharemos la noche para salir de Londres.

Con la indumentaria que lo hacía pasar por un librero, salió por el callejón.

Llevaba una bolsa colgada del hombro y un bastón para, en caso de necesidad, valerse del estoque oculto en su caña con sólo accionar un botón que tenía en la empuñadura. Se encaminó a su encuentro con Mateo Mullan, al que también acudiría Solano. Esperaba dejarlo todo acordado y poder salir de Londres antes de que se cerrara la trampa que los amenazaba. Llegó a la taberna en la que habían quedado a la hora de la cita. Encontró a Solano sentado en una mesa frente a la entrada. Mullan no había aparecido. Se sentó, pidió una cerveza y le preguntó por Mora.

—Esta mañana salí hacia la granja donde está Patrick Lahey. Marcharé directamente a Dover con él y sus dos ayudantes.

Jorge Juan dio un trago a su cerveza y consultó su reloj, inquieto. No era habitual que un inglés llegase tarde a una cita.

—Me extraña mucho que Mullan no haya llegado.

—Es posible que se haya asustado. Grupos de soldados están ofreciendo una recompensa de diez guineas por nosotros. Pusieron un pasquín en la taberna donde estaba con el capitán de la *Sainte Marie*, que se dio cuenta de que es a nosotros a quienes buscan.

Jorge Juan dio otro trago a su cerveza. Tenía la garganta seca.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Diciéndome que nos espera el jueves en Dover. Dice que hace más negocio con nosotros y, por lo que le oí decir, no le gustan mucho los ingleses.

Jorge Juan le explicó que estaban vigilándolo y que habían interrogado a la viuda O'Brien. Pasaron diez minutos y Mullan seguía sin dar señales de vida. Había que hacer muchas cosas, el tiempo corría en su contra.

—¿Cuánto tiempo vamos a esperar? —preguntó Solano.

—No lo sé. No podemos esperar mucho, si queremos salir esta noche de Londres.

—¿Esta noche?

—Será nuestra aliada. Esperemos algo más y, si Mullan no aparece, nos marchamos.

Pendientes de la puerta y dando tragos a su cerveza, cada vez más tensos, permanecieron un cuarto de hora. Jorge Juan decidió no aguardar más.

—¡Vámonos! Mullan no ha venido y no creo que lo haga ya.

Pagaron y salieron a la calle sin percatarse de que alguien los siguió por White Chapel hasta Charing Cross donde había una parada de coches de alquiler. Iban a tomar uno cuando aquel sujeto los abordó:

—¿Aguardaban en la taberna al maestro Mullan?

Jorge Juan y Solano intercambiaron una mirada.

—¿Quién sois? —preguntó Jorge Juan.

—Quien puede llevaros hasta él.

—¿Por qué no ha venido?

—Porque reunirse con vos en una taberna es una temeridad.

Solano tenía razón. Se había asustado.

—¿Dónde está?

—Cerca, pero en sitio más seguro que esa taberna. La gente tiene los oídos muy finos. ¿Sabéis que ofrecen diez guineas por dar información sobre... los espías españoles?

Jorge Juan no veía clara la actitud de aquel sujeto. Pero pensó que si hubiera querido delatarlos podía haberlo hecho mientras aguardaban en la taberna.

—Está bien. ¡Vamos! Pero si es una trampa, no viviréis para contarlo.

Caminaron por el *strand* hasta llegar a un callejón. Un lugar sucio y solitario.

—Es aquella casa, la de la puerta verde.

Jorge Juan palpó el puño de su bastón cuando aquel sujeto llamó a la puerta.

—¿Quién va? —preguntaron desde dentro.

—Soy Mathew, abre.

Olía a repollo hervido y cerveza agria. Después de cerrar, quien había abierto hizo un gesto a Mathew para que lo siguiera. Desde la planta de arriba se oía sonido de pisadas. Por un pasillo sumido en la penumbra llegaron hasta una dependencia limpia y ordenada. Allí estaba Mullan que, sorprendido, miraba a Jorge Juan.

—¿Mathew os ha identificado? Vuestro aspecto es un tanto estafalario.

—Esto no es lo acordado —respondió Jorge Juan sin disimular su enfado.

—Cierto, pero era muy peligroso reunirnos en esa taberna. ¿Estáis al tanto de que os andan buscando por todas partes?

—Hemos perdido un tiempo precioso.

—Puede que a cambio hayáis ganado mucho más.

—Está bien —concedió Jorge Juan, que no quería perder un minuto más—. Supongo que el hacernos venir significa...

—Significa que acepto vuestra oferta en las condiciones acordadas.

—Entonces no perdamos más tiempo. ¿Cuántos sois?

—Nueve adultos y dos niños. Me acompañan seis de mis ayudantes, dos vienen con sus esposas y uno tiene dos hijos de seis y ocho años.

Jorge Juan echó cuentas. Podían embarcar. Eran dieciocho, contando a los niños. Bouvier no se atrevería a dejarlos en un muelle de Dover.

—¿Están todos en condiciones de partir?

—Aguardan arriba, ¿cuándo partimos?

—Esta tarde, dos horas antes de la puesta de sol deberán estar en el pequeño embarcadero que hay al final de Temple Lane. Llevarán sólo lo imprescindible.

Mateo Mullan frunció el ceño.

—En ese embarcadero sólo hay botes y pequeñas embarcaciones. No pretenderéis que viajemos en uno de esos cascarones.

—Sólo será para bajar por el Támesis y navegar hasta Dover. Allí embarcaremos en una fragata. Serán un par de días.

—¡Somos nueve, además de los niños! —protestó Mullan.

—No, somos once... tal vez doce, sin contar los niños.

—Claro, claro... vos y vuestro ayudante embarcaréis con nosotros.

—La tormenta arrecia sobre Londres. Lo mejor es alejarse de ella. ¿Dos horas antes de la puesta de sol en el embarcadero de Temple Lane?

—Allí estaremos. —La presencia de los españoles había despejado sus dudas.

—Procurad no llamar la atención. Sabéis que si algo sale mal...

—Seremos un grupo de amigos que quieren disfrutar de un paseo por el Támesis.

Una vez en el *strand*, Solano preguntó:

—¿Cómo vamos a embarcar en Temple Lane?

—Eso lo resolvió *mister* Sublevant esta mañana. Acércate a ese embarcadero y pregunta por Christopher Bowles. Suele estar en una taberna que se llama White Horse. Dile que la partida es esta tarde dos horas antes de la puesta de sol.

—¿Quién es ese Bowles?

—El patrón de una barca llamada *Dragon*. El pago con Bowles está acordado en sesenta chelines de los que tiene recibidos veinte. Pon al día la cuenta con el hospedero, pero no le digas que te marchas. Cuantas menos pistas dejemos, mejor.

—¿Nos vemos en el embarcadero?

—Sí, pero si no estoy allí a la hora fijada, debes partir y llevarlos a Dover.

—Señor...

—¡Es una orden!

Solano asintió y agachó la cabeza.

Estaba mediada la tarde cuando Agapito dejó libres a los dos ingleses.

—Seguiremos esta vereda. Nos llevará a alguna parte —propuso William.

—Aquellos montes son los que se alzan al norte de Madrid —indicó Charles—. Si dejamos el sol a nuestra izquierda, llegaremos, aunque tendremos que andar bastante. No perdamos tiempo si queremos que cuando anochezca estemos a cubierto.

—¿No te extraña que esa gente nos haya dejado libres? —planteó William cuando habían caminado unos pocos pasos.

—Mucho. Es posible que hayan recibido instrucciones. El embajador tiene buenas agarraderas —afirmó Charles.

Prosiguieron el camino en silencio hasta que poco después la vereda desembocó en un camino mucho más amplio por el que se acercaba un grupo de labriegos con sus azadas al hombro y charlando animadamente.

—Dios os guarde —los saludó William.

—Y a vuestras mercedes —respondió uno de los campesinos, mientras los demás los miraban con desconfianza.

—¿Este es el camino de Madrid?

—Sí, señor. Este es el camino de Móstoles. Como a legua y media encontrarán el Manzanares. —El campesino miró la posición del sol y añadió—: Si vuestras mercedes no se dan prisa, se les echará la noche encima.

Caminaron durante más de una hora hasta llegar a un pago de huertas que se regaban con el agua que sacaban las norias del Manzanares y se distribuía por un sistema de acequias construidas hacía siglos. Todavía quedaba algo de luz cuando llegaron al humilladero de la ermita del Ángel de la Guarda. Había una fuente a cuyas aguas muchos madrileños atribuían propiedades curativas. Se acercaron a beber cuando dos embozados con los sombreros calados hasta las cejas les salieron al paso.

—¿Qué queréis? —preguntó William.

El más menudo de los embozados abrió su capa y mostró su rostro. Era un hombre maduro, que gastaba un mostacho y una perilla que resultaban anticuados. Llevaba en las manos dos floretes.

—¿Quiénes sois? —preguntó otra vez William, dando un paso atrás.

—Quienes van a batirse con vuestras mercedes para daros la oportunidad que no distéis a don Baltasar Osorio.

El otro desconocido, más joven, deshizo su embozo. También llevaba dos

floretes.

—No sé de qué me habláis.

—Os refrescaré la memoria. París, hace ya algún tiempo, ¿lo recordáis? Asestasteis tal número de cuchilladas a un español que lo dejasteis hecho un acerico. No le disteis oportunidad de defenderse, como la vais a tener vosotros.

—No sé de qué me estáis hablando —insistió William, dando otro paso atrás.

—Dejaos de hipocresías y defendeos —le replicó, lanzándole uno de los floretes que el inglés cogió al vuelo y cortó el aire con él—. Ya me advirtieron que uno de vosotros es un gran espadachín.

El desconocido más joven lanzó el florete a Charles, que lo empuñó con habilidad. Ahora los cuatro estaban armados. Era un duelo en toda regla, aunque no había padrinos ni testigos, salvo la luna, que ya asomaba por el horizonte. Sólo se oía el manar del agua de la fuente y el ulular lejano de un búho.

—Me parece que habéis cometido un error muy grave. —Charles lanzó una estocada con mucha habilidad que su adversario a duras penas pudo esquivar—. Ese Osorio murió pidiendo clemencia y desangrado como un cochino. Como vais a morir vosotros.

También William acometía a su contrincante con movimientos rápidos y ágiles. El sonido de los aceros al chocar rompía el silencio del anochecer y hacía que saltaran chispas. Los desconocidos, sorprendidos por la habilidad de los ingleses, reulaban ante su ímpetu. Superada la sorpresa inicial, tomaron la iniciativa llevando ventaja en aquella partida. Se mostraban mucho más habilidosos empuñando las armas. El más joven de los desconocidos se deshizo de la capa, que cayó al suelo levantando una nubecilla de polvo.

—¡Parad esta!

Charles se tiró a fondo. Su oponente hizo un brusco movimiento para evitar una estocada mortal y tropezó con una piedra. El traspie permitió al inglés asestarle un segundo golpe y alcanzarlo en el hombro. Con su adversario herido, decidió lanzarse al ataque. Ese fue su error. Al verse vencedor, descuidó su defensa y en una de las embestidas el acero del español le entró por el cuello. Por un instante quedó inmóvil. Su mirada era de incredulidad. Soltó el florete y un segundo después cayó de hinojos primero y se desplomó después, balbuciendo palabras ininteligibles. La sangre salía a borbotones por su herida. Unos espasmos certificaron su muerte ante la mirada de quien había acabado con su vida.

La muerte de Charles desconcertó a William. Verlo en el suelo hizo que sus acometidas perdieran fuelle y en un lance recibió una estocada en el pecho. Aunque el duelo estaba resuelto, el inglés se resistió un tiempo. Su adversario lo

debilitó obligándole a moverse con la sangre fluyendo sin cesar de la herida. La mancha que empapaba su pecho era una sentencia de muerte. Se le nubló la vista y, ya sin fuerza, lanzó una última acometida, antes de desplomarse con los ojos vidriosos.

El trabajo que Ordeñana había encargado a un acreditado maestro de esgrima con escuela abierta en la calle del León estaba hecho. El herido había sido uno de sus discípulos y ahora era suboficial de la guardia de Corps.

—¿Cómo está ese hombro?

—Un rasguño.

—No le quites importancia. Tienes el brazo empapado de sangre. Déjame ver.

Le quitó la chupa con mucho cuidado y comprobó que la herida no era grave, pero necesitaba sutura. Utilizó un pañuelo para cortar la hemorragia, recogió la capa del herido, le sacudió el polvo y se la echó por los hombros. Luego, guardó los floretes en una alargada caja de cuero que había oculta tras unos matojos y se embozó su capa, de la que no se había desprendido durante la pelea.

—Vámonos, conozco a un barbero que es de confianza.

—¿El que hace los trabajillos que, a veces, se necesitan en la escuela? —El maestro de esgrima asintió—. ¿Vuesa merced sabe quiénes eran esos?

—No, sólo que eran ingleses y que habían asesinado a un compatriota nuestro llamado Baltasar Osorio que trabajaba en nuestra embajada en París. El encargo fue acabar con ellos y no hacer preguntas. Mañana o cuando te cumpla, pasa por mi casa y te pagaré lo convenido. Ahora vámonos, cada minuto que pasamos aquí es un riesgo. Esos dos serán la comidilla de Madrid estos días.

Caminaron hacia el puente de Segovia. La puerta estaba ya cerrada, por lo que tuvieron que entrar por un portillo que la gente había abierto en la cerca y no lo habían reparado, y que se encontraba a pocos pasos. Se dirigieron a la calle de las Huertas, donde vivía el barbero. Efectivamente, era un hombre discreto. Sin hacer preguntas, se limitó a hacer su trabajo: lavar la herida, limpiarla, darle cuatro puntos de sutura, administrarle una generosa cantidad de unguento cicatrizante y vendarla fuerte.

—Vuesa merced no debe hacer esfuerzos con ese brazo durante una semana y deberá cambiar el vendaje cada dos días. Cuando lo haga, adminístrese un poco del unguento que lleva en este tarro. En tres semanas, cuatro a lo sumo, estará como nuevo.

—Gracias. ¿Cuánto os debo?

El barbero miró al maestro de esgrima, que negó con la cabeza.

—Nada, señor.

—¿Cómo?

—Ajustaré cuentas con don Rodrigo.

Ya en la puerta, el maestro de esgrima dijo a su antiguo discípulo:

—Ahora tengo prisa. Ven a verme mañana y te pagaré lo acordado. A mediodía es buena hora.

Don Rodrigo sacó los floretes de la caja y los colocó en una de las panoplias, después se lavó y se mudó de ropa. Tomó recado de escribir y, tras emborronar varios pliegos, quedó satisfecho con la redacción de una carta. La espolvoreó de arenilla para que la tinta secase rápidamente y, una vez seca, la dobló y la guardó en un bolsillo. Se colocó un tahalí de cuero repujado del que pendía su viejo acero toledano y, ocultándolo con una amplia capa, se caló un sombrero y salió a la calle. Se alumbraba con un fanal de mano.

Subió por Atocha hasta el convento de los dominicos. Allí tomó por Barrionuevo y Concepción Jerónima hasta la plazuela de Puerta Cerrada y la calle del Nuncio. Era algo tarde para llamar a la puerta de una casa decente, pero quería rematar aquel asunto. Los golpes del llamador sonaron estridentes en medio de la noche. Aguardó, consciente de que tardarían en abrirle, si es que lo hacían. Pero en lugar de oír cómo desatrancaban la puerta, lo requirió una voz de mujer desde una ventana enrejada.

—¿Puede saberse quién llama tan a deshoras?

La mujer cubría su cabeza con un manto y ocultaba su cara a la luz de la candelilla que llevaba en la mano. Don Rodrigo se acercó y se destocó en señal de respeto.

—Os pido mil disculpas, mi señora. Pero...

—¿Quién sois? —lo interrumpió Claudia sin consideración.

—Mi nombre no os diré nada. ¿Sois doña Catalina Garcés?

Claudia se sorprendió de que el desconocido, que mostraba buenos modales, conociera el nombre de su madre. Le llamó la atención su aspecto anticuado.

—Soy su hija, ¿qué buscáis a estas horas?

—¿Sois Claudia? ¿La hija de don Baltasar Osorio, que en paz descanse?

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Es una larga historia. Disculpadme, pero no quería dejar pasar esta noche sin...

Al buscar la carta, Claudia retrocedió como si percibiera una amenaza.

—¿Os importaría entregarla a vuestra madre?

Claudia receló.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Porque daréis a vuestra madre una satisfacción. También lo será para vos.

Claudia se acercó a la reja. Los barrotes eran un seguro.

—Deberíais darme una explicación. ¿No os parece? No os conozco y a estas horas...

—Está bien. Sabed que los hombres que asesinaron a vuestro padre están muertos.

Claudia se llevó la mano a la boca y ahogó un grito.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me habéis pedido una explicación. Ya os la he dado. —Le ofreció otra vez la carta.

La cogía con mano temblorosa cuando se oyó la voz de su madre.

—¿Claudia? ¿Claudia, dónde estás?

—Venid, madre, venid rápido. Este..., este caballero... —se había girado para responder a su madre y cuando se volvió hacia la ventana el desconocido había desaparecido.

—¿De qué caballero hablas? —Su madre miraba a la ventana.

—De quien hace un momento estaba ahí.

—Ahí no hay nadie. ¿Qué tienes en la mano?

—La carta que él me ha dado. Decía que quienes asesinaron a padre están muertos.

—¿Deliras? —Doña Catalina mostró su inquietud.

—Toma, es para ti.

Antes de coger la carta se asomó a la reja y no vio nada. Sólo silencio y oscuridad.

—Veamos qué fantasía es esta. Alúmbrame —ordenó a Claudia, cogiendo la carta.

Leyó en voz alta:

*A la atención de la señora doña Catalina Garcés,  
viuda de Osorio*

*Muy señora mía:*

*Supone para quien estas letras escribe un inmenso placer poder hacerlo. Mi nombre nada os dirá, pero sabed que me llamo Rodrigo de Arellano, soy natural del reino de Córdoba y estoy vecindado en esta Villa y Corte, donde ejerzo como maestro de esgrima en la calle del León, en unas casas a la espalda del Hospital de la Misericordia, donde tengo abierto establecimiento.*

*Fui en mis años mozos soldado en el Regimiento de las*

*Reales Guardias Españolas, donde tuve el honor de conocer a don Baltasar Osorio, vuestro esposo, cuando era pagador de dicho regimiento. Don Baltasar me salvó la vida en la batalla de Bitonto. No es mi propósito cansaros con viejas historias, pero sí deciros que este hecho, ocurrido hace ya años, no lo he olvidado ni lo olvidaré mientras viva. He considerado necesario referirme a ello para honrar la memoria de vuestro esposo. Aseguro a vuesa merced que, si hoy empuño la pluma para escribiros es, como dicho queda, gracias a su valerosa acción.*

*He sabido que don Baltasar marchó a París para trabajar en nuestra legación diplomática y que allí murió a manos de unos ingleses. La noticia me conmovió cuando tuve conocimiento de ella, tanto por su muerte como por la forma en que se produjo.*

*Por circunstancias relacionadas con mi trabajo y que no viene al caso reseñar, aunque advierto a vuesa merced que, si lo desea, no tendría inconveniente en darle cuantas explicaciones gustase, he tenido conocimiento de que esos ingleses se encontraban en Madrid. A través de estas letras, escritas a vuela pluma, me complace comunicar a vuesa merced que esos villanos han pagado con su vida la que arrebataron a vuestro esposo y mi amigo. Desde hace algunas horas sus cadáveres están junto a la ermita del Santo Ángel de la Guarda en el camino que va hacia Móstoles. He tenido el honor de batirme en duelo y haber sido quien ha lavado con su sangre la ignominiosa muerte que infligieron a don Baltasar.*

*Es cuanto tengo que deciros, solicitando vuestras disculpas por hacerlo tan a deshoras. Pero no quería dejar pasar un instante sin que tuvierais conocimiento de lo acontecido. Besa la mano de vuesa merced, poniéndose a vuestros pies y quedando a vuestra disposición para lo que gustéis, vuestro servidor.*

*RODRIGO DE ARELLANO,  
maestro examinado de esgrima*

Doña Catalina tenía un nudo en la garganta y dificultades para leer el último

párrafo. Cuando concluyó no pudo contener su llanto. Claudia también rompió a llorar. Se abrazaron y así permanecieron un buen rato.

—Quiero conocer a ese hombre —susurró doña Catalina al oído de su hija.

Jorge Juan se despidió de Solano con un abrazo. Tenía el presentimiento de que no volverían a verse. Su situación era muy complicada. Tenían localizado su hospedaje y sólo les quedaba unir los cabos que les permitiesen actuar sin el reparo que suponía su prestigio como matemático y astrónomo, pero trató de animarlo.

—Nos veremos en el embarcadero de Temple Lane. Si no llego, nos veremos en Dover. Pero nos veremos.

Jorge Juan tomó una berlina. Una vez en su interior, echó las cortinillas y sacando de la bolsa una peluca, un pañuelo de cuello y unas medias recompuso su imagen y dejó de ser *mister* Sublevant. Cuando descendió en la puerta de la embajada de España su nuevo aspecto confundió al cochero, al que ordenó:

—Aguardad aquí. —No rechistó cuando le entregó una moneda de cuatro chelines.

El portero de la embajada lo miró de arriba abajo. Le costaba trabajo identificar al famoso capitán de navío español. Después de muchas dudas le franqueó la entrada. Se sorprendió aún más cuando le preguntó por el cochero.

—Jefferson está en las cuadras, ¿queréis que le avise?

—No, muchas gracias. ¿Estás seguro de que anda por las cuadras?

—Sí, señor. Lo he visto bajar hace un momento. Está dándole pienso a los animales.

Jorge Juan bajó rápidamente. Sabía que las cuadras estaban junto a la cochera. Allí encontró a Jefferson con una brazada de heno. El cochero se sorprendió al verlo.

—¿Qué buscáis?

—A Vulcano.

—No... no os entiendo —trató de disimular.

—¿Te suena de algo el nombre de Baltasar Osorio?

Jefferson al oír aquel nombre supo que no servía aparentar. Su escapatoria era quitar de en medio a aquel marino entrometido. Le arrojó la brazada de heno y obtuvo una ventaja momentánea. Retrocedió unos pasos hasta empuñar una bielda metálica de las que utilizaba para aventar las pacas antes de echar el heno en los pesebres. Sus afiladas puntas podían ser un arma mortífera. Una sonrisa malévola se dibujó en su boca.

—Así que sois vos, el ilustre matemático, quien ha enviado a España a esos traidores.

—¿Tú te atreves a llamarlos traidores?

—Los llamo por su nombre.

Jorge Juan liberó el estoque de su bastón y paró la primera embestida. El cochero se desplazaba en círculo buscando el momento de lanzar un nuevo ataque, consciente de que el marino español no iba a ser presa fácil.

—Has jugado con dos barajas, como los peores tahúres. Cobrando de los dos bandos.

—Hay que vivir de algo —ironizó Jefferson.

—Un bellaco como tú no merece seguir con vida. —Jorge Juan tiró una estocada que el cochero desvió con la bielda y lanzó otra acometida, obligándolo a retroceder.

—Tenía que haberme dado cuenta mucho antes. Habéis sido hábil no utilizando los servicios de la embajada. Pero algo os delataba: vuestra larga estancia en Londres.

Un nuevo ataque del cochero rasgó la manga de la casaca de Jorge Juan que, para no perderle la cara, tampoco paraba de girar, buscando aprovechar una de sus arremetidas para lanzarle una estocada, pero Jefferson manejaba con destreza la bielda y era él quien tenía dificultades para defenderse de sus acometidas. Poco a poco, Jefferson lo estaba arrinconando. Cada vez disponía de menos espacio para moverse. Al esquivar uno de sus ataques se le enredó un pie en una soga, dio un traspié y cayó de bruces. Al verlo en el suelo, el cochero se dispuso a ensartarlo. Jorge Juan se vio perdido. Era difícil esquivar las seis afiladas puntas de la bielda. Jefferson, con los ojos desencajados y farfullando una maldición, se abalanzó sobre él. Sobre el heno se formó un revoltijo justo en el momento en que, atraídos por los ruidos, aparecieron en la cuadra el portero y dos de las doncellas. Una de ellas, al ver los cuerpos inmóviles y la sangre que empezaba a empaparle todo, empezó a gritar pidiendo ayuda. El portero y la otra doncella se acercaron a los cuerpos que yacían inmóviles. El portero se agachó y volteó a Jefferson quien, confiado en su victoria, había descuidado su defensa. Un grave error. El estoque de Jorge Juan le había entrado dos palmos por el costado izquierdo abriéndole una herida mortal por la que la vida se le escapaba a chorros. Trató de decir algo, pero se ahogó en su propia sangre y expiró con los ojos muy abiertos y un rictus de amargura en la boca.

Jorge Juan se incorporó lentamente sin soltar el estoque. Tenía la casaca teñida de rojo, una manga desgarrada y del hombro izquierdo salía un hilillo de sangre.

—¿Cómo estáis, señor? —preguntó la doncella que le ayudaba a incorporarse.

—Bien, me encuentro bien.

—Pero estáis sangrando. —Señaló su hombro.

—Es sólo un rasguño.

Ahora casi todo el personal de la embajada se había concentrado en la cuadra, también Wall que miraba a Jorge Juan y le costaba identificarlo.

—¿Qué ha ocurrido?

—He acabado con Vulcano —fue la escueta respuesta del marino.

—¿Vulcano?

—El nombre de... de combate de Jefferson.

—No comprendo.

—Era un traidor. Ha estado pasando información a los ingleses. Fue el culpable de la muerte de Baltasar Osorio. ¿Lo recordáis? Estuvo aquí cuando ya se negociaban los prolegómenos de la paz en Augsburgo.

Wall meditó un momento.

—No, no me suena ese nombre. ¿Cómo sospechasteis de él?

—Se cuenta el milagro, pero el nombre del santo debe permanecer oculto.

—Me place comprobar que sois hombre discreto. Estáis herido. Vuestro hombro sangra. Hay que curaros y proporcionaros otra ropa. No podéis andar así por la calle. Acompañadme.

El embajador lo llevó a sus habitaciones privadas. En su propia alcoba lo atendió una de las doncellas. Cuando la joven se retiró, Jorge Juan preguntó al embajador:

—¿Estáis al tanto de la noticia que circula por la ciudad?

—¿Os referís a unos agentes españoles que, según se dice, llevan meses enviando expertos navales a España. —Jorge Juan asintió—. Nada sabemos en la legación. Ensenada está dispuesto a hacer lo que haga falta para convertir en una realidad el rearme de nuestra flota.

—¿No os parece bien?

—¿El rearme o sus procedimientos?

—Ambas cosas.

—No sé si el Erario está en condiciones de afrontar los enormes gastos que supone tener la armada con que sueña, máxime cuando hemos hecho las paces con Gran Bretaña.

—Pero vos sabéis que antes o después volverá a haber guerra. Ansían lo nuestro.

—Es cierto, pero ese gasto...

—¿Sería mejor dejar nuestro imperio a su merced?

—El ministro Carvajal apuesta por una amistad duradera con Gran Bretaña.

—Si dudáis de la política de Ensenada, supongo que rechazáis sus procedimientos.

—Sí, tendré que afrontar las quejas de los ingleses. Hace una hora que su gobierno me ha enviado una nota de protesta. He respondido justo antes de bajar a las cuadras, negando ese asunto. ¿Vos tenéis alguna información?

—No, la noticia me ha sorprendido tanto como a vos.

—¿También ha sorprendido a esos guardiamarinas que llegaron con vos a Londres?

Jorge Juan no sabía cómo Wall se había enterado de la presencia de Solano y Mora. Pero la pregunta señalaba que disponía de mucha más información de la que pensaba.

—También a ellos.

—¡Hum! Me da en la nariz que no deseáis desvelar... otro santo. Como con Vulcano.

—¿Había dicho vuestra excelencia algo de proporcionarme una casaca? Si me pongo esto —mostró la suya desgarrada y manchada de sangre—, llamará demasiado la atención y os aseguro que no sería lo más conveniente.

Wall se acercó a un armario y abrió las puertas. Había una docena de casacas.

—Escoged.

—¿No hay algo más discreto? Mirad mis vestiduras. Esas casacas desentonarían.

Wall asintió, cerrando el armario.

—Diríase que tratáis de ocultar con esas ropas vuestra... verdadera identidad.

—Entended que, para el trabajo que tenía que hacer, era una indumentaria adecuada.

Wall no preguntó más. Ya tenía suficiente. Jorge Juan, sin embargo, le explicó cómo una carta de la hija de Baltasar Osorio le había permitido descubrir a Vulcano.

—¿Por eso quisisteis conocer a todo el personal de la embajada?

—Esa fue la razón.

El embajador le dijo que se encargaría de resolver la muerte del cochero con su familia. Sólo tenía una hermana con la que vivía. Entre los ingleses aquellos asuntos podían solucionarse con un acuerdo en el que mediaba una suma de dinero. Estaba convencido de que la hermana de Jefferson aceptaría un puñado de dinero.

Media hora más tarde Jorge Juan salía de la embajada con una casaca acorde con su atuendo de librero y empuñando de nuevo el bastón. Rechazó la carroza que el embajador le ofreció y regresó a Lombard Street en la berlina de alquiler que guardaba en la puerta.

El billete que doña Catalina envió al maestro de esgrima fue contestado inmediatamente. Don Rodrigo de Arellano acudiría a casa de la dama. Jamás habría consentido que una señora le rindiera visita. Si le había facilitado su domicilio, era para que pudiera localizarlo con facilidad. Arellano era hombre chapado a la antigua, un residuo del mundo barroco en tiempo de los ilustrados. Le ocurría como a la espada que, conservada en determinadas unidades, era en muchos casos un adorno ante el empleo de las pistolas y los fusiles. Era cierto que habían cobrado importancia los sables, pero don Rodrigo los aborrecía. Él, que blasonaba de cristiano viejo, afirmaba que se trataba de aceros curvos y tenían algo de mahometanos. Solía decir con cierta sorna que quienes los usaban, con más fuerza que arte, «sólo daban sablazos». Su perilla y su mostacho eran mucho más que una imagen de un tiempo pasado. No es que el maestro de esgrima cordobés se negase a admitir los cambios que se imponían, por influencia francesa, sino que rendía tributo a las formas de otro tiempo donde no tenían cabida ciertos comportamientos ahora en boga. Era hombre letrado, porque la pluma y la espada no estaban reñidas. Solía decir a sus discípulos que muchos de los escritores que mayor lustre habían dado a la lengua castellana habían sido soldados y no sólo se trataba de Cervantes.

Llegó a la calle del Nuncio poco antes de la hora fijada y paseó su palmito —camisa sin adornos con cuello a la valona que se ajustaba con unos cordones, justillo de seda negro, calzas rojas, que antaño señalaban el abolengo nobiliario, y capa negra con vueltas de lienzo rojo y verde— por la plazuela de Puerta Cerrada hasta que en el reloj de la vecina iglesia de San Pedro oyó las campanadas que señalaban la hora indicada para su visita. Avivó el paso y se quitó los guantes de grandes vueltas antes de llamar a la puerta. Lo hizo con suavidad.

Claudia lo recibió con el ceremonial que requería un personaje como don Rodrigo, que había revelado sus formas en la carta que escribió a su madre.

—Pasad, don Rodrigo, tomáis posesión de vuestra casa. Si me permitís... — le requirió la capa y los guantes.

Doña Catalina le ofreció su mano y él la besó con unción.

—Tomad asiento. —La viuda señaló un sillón al tiempo que ella y Claudia se sentaban.

—Señora, sabed que es para mí un honor conoceros y así poder expresaros personalmente mi gratitud por lo que vuestro esposo hizo por mí.

—Recuerdo aquel tiempo de mi marido en Italia. Claudia era por entonces pequeña. Nosotras permanecemos en Madrid. Fue al término de aquella guerra que... ¿por qué estalló? —preguntó doña Catalina de repente.

—Se desencadenó a cuenta de la sucesión al trono de Polonia. Nos permitió reconquistar Nápoles, donde hoy reina el hermano de Su Majestad.

—Creo recordar que el ejército se reunió en la Toscana.

—Así es, doña Catalina. Corría el año treinta y tres. Ese ejército, con cerca de cuarenta mil hombres, lo puso Su Majestad en manos de don José Carrillo de Albornoz.

—El conde de Montemar.

—Montemar. —Corroboró don Rodrigo—. El encuentro decisivo fue en Bitonto, en la costa del Adriático. No olvidaré jamás aquel 24 de mayo. Ese día vuestro difunto esposo salvó mi vida, acabando con un dragón austríaco que me tenía a su merced.

—¿Luchó mi padre en aquella batalla? Tenía entendido que era el pagador del regimiento de las Reales Guardias Españolas.

—Era el pagador. Pero en el fragor la batalla, tras el ataque inicial que lanzamos nosotros, los austríacos contraatacaron y hubo momentos de confusión. Luchamos todos. Vuestro padre descerrajó un pistoletazo a aquel dragón que, sable en mano, iba a acabar con mi vida.

—Mi difunto esposo era parco en palabras. En casa nunca hablaba de su trabajo.

—Era hombre muy discreto y eficaz. Por eso... cuando supe que había sido asesinado...

—¿Cómo os enterasteis de ello?

Don Rodrigo carraspeó y Claudia le preguntó si quería un poco de agua.

—¿Aloja, tal vez? Mi madre la hace muy buena.

—Es que... —Don Rodrigo miró a las dos mujeres—. Necesito la palabra de vuestras mercedes de guardar silencio de lo que cuente.

—Contad con nuestro silencio y discreción —respondió al instante doña Catalina.

—Bien..., ¿me habíais ofrecido un poco de aloja?

Claudia salió de la salita y regresó al punto portando una bandeja con una jarra de aloja y tres copas. Don Rodrigo, después de paladearla y deshacerse en alabanzas a aquella agua endulzada con miel y especiada convenientemente, carraspeó de nuevo.

—Don Agustín Pablo de Ordeñana, un caballero que me consta conocen vuestras mercedes, es uno de mis discípulos. Hace dos años que acude tres días por semana a ejercitarse en mi casa. Tiene cualidades, pero no puede dedicarle el

tiempo que requiere el noble arte de la esgrima para ser un virtuoso. Esa relación ha forjado amistad entre ambos hasta el punto de que nos hemos hecho algunas confidencias. En cierta ocasión le conté lo ocurrido en Bitonto —don Rodrigo dio otro sorbo a su aloja— y un día me comentó, aunque sin darme detalles, que don Baltasar había muerto en París y que vuestras mercedes habían regresado a Madrid. No me pareció adecuado visitaros sin conoceros. Hace un par de semanas me explicó algunos detalles de la muerte y también me dijo que sus asesinos eran unos ingleses que estaban en Madrid. Los detuvieron porque los sorprendieron... Bueno... en realidad les tendieron una trampa. Entraron en vuestra casa buscando unos papeles de vuestro difunto esposo.

—¿Esos ingleses fueron quienes lo asesinaron?

—Sí, señora.

—¿Lo sabían cuando los detuvieron?

—No, eso lo han averiguado después.

Claudia y su madre quedaron en silencio. Estaban confusas.

—Pero... vos en vuestra carta decíais que os habíais batido en duelo con esos individuos en el camino de Móstoles.

—Así es.

—No comprendo... ¡Estaban presos!

—Lo estaban, doña Catalina, lo estaban.

—¿Qué queréis decir?

—La detención de esos ingleses podía originar algunas dificultades. Su embajador es persona de grandes influencias y para evitar problemas... bueno, el resto ya lo sabéis. Os lo explicaba en la carta.

—¿Os pidió el señor Ordeñana que os batierais con ellos? —preguntó Claudia.

—No, cuando me dijo que eran los asesinos de vuestro padre y los problemas que podían derivarse de esa detención, le dije que yo podría encargarme de ellos. Uno de mis discípulos y yo los aguardamos y les dimos una oportunidad. La que no dieron a vuestro esposo y padre. He tenido el honor de vengar la muerte de mi amigo.

—¿El marqués de la Ensenada está al tanto de todo esto? —preguntó doña Catalina.

Don Rodrigo dejó escapar un suspiro y se atusó las guías de su mostacho.

—No podría asegurároslo, pero yo diría que sí. Sostiene un verdadero pulso con el embajador inglés. Para don Zenón nuestro gran rival es Inglaterra y uno de los objetivos de su política es que estemos en condiciones de defender las Indias de los ataques ingleses que, bajo capa de civilizados, incendian todo lo que no encaja con sus intereses.

—¿Podría haceros una pregunta un tanto... indiscreta? —Ahora era Claudia quien preguntaba.

—La indiscreción no está en la pregunta, sino en la respuesta. Si puedo responderos...

—¿Conocéis la causa concreta de la muerte de mi padre?

Don Rodrigo volvió a atusarse el mostacho.

—¿Os importaría servirme un poco más de aloja? Es la mejor que he probado.

—Disculpadme. No me había dado cuenta...

Claudia llenó la copa de don Rodrigo, que le dio un buen trago. Como si lo necesitara para responder a la pregunta.

—No sé si debería...

—Por favor —suplicó Claudia.

—Tiene nuestra palabra. —Doña Catalina veía la posibilidad de que su hija abandonase definitivamente la idea de viajar a París.

—Está bien. No creo faltar a la confianza que en mí tiene depositada... mi discípulo. Vuestro padre había viajado a Londres para recoger cierta información, pero descubrió algo muy grave: había un traidor entre los agentes que Ensenada tenía allí. —Lo que acababa de decir don Rodrigo lo había leído Claudia en el diario de su padre y cuando lo descifró había advertido a Jorge Juan—. Los ingleses fueron a por él para proteger a su espía. Creo que descubrió algo más, pero no tengo información.

El diario de su padre estaba en clave y a Claudia le quedaban algunas páginas por descifrar. Si allí estaba lo del traidor, quizá...

—¿Cómo ha sabido todo esto el señor Ordeñana? —preguntó doña Catalina.

—No sabría deciros, aunque algo se lo sacaron a esos ingleses...

—¡Menudo escándalo se ha organizado cuando han descubierto esos cadáveres! En Madrid no se habla de otra cosa estos días —comentó doña Catalina.

—Ellos se lo buscaron... Quien a hierro mata a hierro muere.

Con aquel comentario don Rodrigo consideró que la visita había llegado a su término. Agradeció la aloja y se despidió con el mismo formalismo con que se había presentado. Era un hombre del siglo anterior, cosa que a doña Catalina Garcés no le disgustaba. Le recordaba a su padre, un hidalgo montañés, a quien le bastaba un apretón de manos para que su palabra tuviera más valor que todos los pliegos sellados que los pisaverdes de nuevo cuño necesitaban para cerrar algún tipo de acuerdo.

Lo acompañaron al portal, donde se puso sus grandes guantes de cuero y se

echó la capa sobre los hombros, dejando ver las vueltas de lienzo.

—Os suplico mucha discreción. No sé gran cosa de intrigas palaciegas, pero barrunto que es mucho lo que se está jugando en esa partida palatina. Si llegara a oídos del embajador inglés lo que os he contado, mi vida no valdría un ardite.

—Contáis con nuestra discreción y... nuestro agradecimiento.

El maestro de esgrima hizo una reverencia y se despidió con un ofrecimiento:

—Si vuestas mercedes me necesitaran para cualquier cosa —remarcó mucho estas palabras—, ya saben dónde vivo.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Claudia dijo a su madre que tenía en su alcoba el diario de su padre. Que lo escribía en clave y le quedaban algunas páginas por descifrar.

—Quizás en él haya algo sobre esa otra cosa que descubrió en Londres que don Rodrigo desconoce. El diario de un hombre guarda sus mayores secretos.

—¿Cómo es que está en tu alcoba?

—Al día siguiente de ver los papeles con Jorge lo saqué del arca y poco a poco lo he ido descifrando. Empezó a escribirlo cuando llegamos a París. Estaba enamorado de esa ciudad.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No lo sé, madre. Como no querías ni oír hablar de que pensaba ir a París...

Sus palabras sonaron a excusa falsa. Pero doña Catalina había reparado en otra cosa.

—¿Pensabas...?

—Voy a por el diario. Como te he dicho, me quedan algunas páginas por descodificar.

Doña Catalina sujetó a su hija por el brazo. Para ella era mucho más importante saber que su hija no pensaba ya viajar a París. Eso le había quitado el sueño más de una noche.

—No has respondido a mi pregunta.

—Después de la carta de don Rodrigo y sus explicaciones de hoy, ya no tiene mucho sentido. Las respuestas que deseaba encontrar allí me las ha dado él.

—Doña Catalina no pudo evitar abrazarse a su hija. Era el mejor regalo que le habían hecho en mucho tiempo. La aparición en su vida de aquel maestro de esgrima, que la providencia había puesto en su camino tantos años después de que su esposo le salvara la vida en aquella batalla, había supuesto un alivio como no podía imaginar—. Voy a por el diario, madre.

Doña Catalina deshizo el abrazo pensando que la vida tiene reservados

algunos momentos verdaderamente inesperados. Jamás habría imaginado que en Madrid, relativamente cerca de su casa, viviera una persona como don Rodrigo de Arellano, que conocía detalles y circunstancias de sucesos que habían marcado su vida y significaban un desahogo para la angustia que la había presidido desde que su marido fuera asesinado.

Claudia bajó con el diario. Su madre lo acarició pensando en lo que su hija había comentado acerca de que guardaban los mayores secretos de los hombres.

—Te amaba mucho, madre.

—No hace falta que me lo digas.

—Lo sé, pero dejó escritas algunas cosas...

A doña Catalina le resbaló una lágrima por la mejilla.

Otra vez se abrazaron hasta que su madre dijo a Claudia con un hilo de voz:

—¿No habías dicho que te quedaban unas páginas que descifrar?

Necesitó tres horas de duro trabajo. Era cerca de la medianoche cuando a la trémula luz del candil Claudia entregó a su madre el texto que contenía las últimas páginas escritas por su padre. Estaba sobrecogida.

—Esto es muy grave, ¿cómo lograría tu padre enterarse?

—Lo ignoro, pero tú sabes mejor que nadie que era hombre de muchos recursos.

»¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Claudia.

—No lo sé. Quienes lo mataron es posible que lo hicieran, como ha dicho don Rodrigo, para proteger a ese espía. Pero me inclino a pensar que es lo que acabo de leer lo que le costó a tu padre la vida y a nosotras va a traernos más complicaciones de las que ya hemos padecido.

—¿Quieres decir que lo mejor es desprendernos del diario?

Doña Catalina tardó en responder. Reducirlo a cenizas y olvidarse de todo ello. Era lo más fácil, pero algo en su interior le decía que no debía hacerlo. Quemarlo era como menospreciar el trabajo por el que su esposo había perdido la vida.

Al llegar a la esquina de Lombard Street comprobó que a los dos hombres que vigilaban, los acompañaba una escuadra de soldados. La situación había empeorado. Llegó al callejón y comprobó que estaba despejado. Entró en la casa sin hacer ruido.

—¿Helen...? —preguntó sin alzar la voz.

Receló ante la falta de respuesta. Al pie de la escalera repitió la llamada.

—¿Helen...?

Silencio. Algo no iba bien.

Temió que hubiera ocurrido algo en su ausencia. Subió la escalera con cuidado —los escalones crujían con sólo poner el pie en ellos— y vio que la puerta de la alcoba de la viuda estaba entreabierta. Helen era muy celosa de su intimidad y jamás la había visto así. Desenvainó el estoque antes de empujarla suavemente. Todo era desorden —el colchón rajado, los cajones de la cómoda abiertos, ropa encima de la cama—, pero Helen tampoco estaba allí. Miró en su alcoba. Allí todo estaba como lo había dejado cuando salió *mister* Sublevant. Bajó otra vez y descendía los últimos peldaños cuando oyó hurgar en la cerradura de la puerta. Se pegó a la pared después de apretar la empuñadura del bastón. Cerraban la puerta y echaban la llave. Quien entraba sólo podía ser la viuda O'Brien.

—¿Helen?

—¡Dios mío! —exclamó la viuda al verlo estoque en mano.

—¿Han entrado?

—No.

—¿Dónde andabais?

—He salido a comprar una bolsa de cuero para las cosas que voy a llevarme.

—¿Por qué está rajado vuestro colchón?

—Para no perder tiempo descosiéndolo. No iba a marcharme sin mi dinero.

—Habéis tomado la decisión acertada. ¿Ha vuelto esa gente a preguntar?

—No. Siguen en la calle y ahora los acompañan unos soldados.

—Todavía no han descubierto la puertecilla del callejón. Me temo que no tardarán en hacerlo. Démonos prisa. Tenemos el tiempo justo.

—¿Habéis comido algo?

—¿Cómo se os ocurre pensar ahora en eso?

Helen se quedó mirándolo.

—Cosas de mujer.

—Preparad vuestro equipaje. También yo recogeré algo.

Jorge Juan guardó el dinero que quedaba y las cartas de Claudia. Quemó las de Ordeñana y las claves.

En aquel momento sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¿Qué hacemos? —preguntó Helen, que apareció en la puerta con la bolsa en la mano.

—Aguantad un momento. Parece que a esa gente se le ha acabado la paciencia.

Otra vez sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—Respondedles algo.

—¡Ya va! ¡Un momento! ¡Ya va!

—Escuchadme con atención. Id al embarcadero que hay al final de Temple Lane. Buscad una barca llamada *Dragon*, su patrón se llama Christopher Bowles. Allí estará uno de mis compañeros. El que vino cuando estaban aquí los caballeros de la Royal Society. Decidle que os embarque. Ahora marchaos por el callejón.

—¿Vos no venís?

—Si nos ven juntos, estaréis condenada. Yo saldré por el tejado.

Los golpes en la puerta sonaron de nuevo. Ahora acompañados de una amenaza.

—¡Abrid o echaremos la puerta abajo!

Helen no respondió a la amenaza. Entró en la cocina, cogió algo y subió las escaleras con una agilidad impropia de su edad. Jorge Juan escuchaba los golpes y los gritos.

—¿Adónde vais ahora? ¡Tenéis que marcharos, van a echar la puerta abajo!

Cuando la vio bajar, la tomó por el brazo y la condujo hasta la puerta falsa. El callejón estaba libre.

—No os detengáis. Embarcadero de Temple Lane.

—Tampoco vos debéis entreteneros.

La viuda O'Brien se perdió por la calleja. Jorge Juan atrancó la puertecilla y después hizo lo mismo con la que daba a Lombard Street. Tras un breve silencio, oyó cómo empezaban a golpearla rítmicamente. Estaban utilizando algo como ariete. Sería cuestión de minutos que la echaran abajo.

—¡Santo Dios!

Lo sorprendió un humo espeso que descendía por la escalera y comprendió las últimas palabras de la viuda O'Brien. Subió los escalones de dos en dos. El humo salía de la alcoba de Helen. Estaba ardiendo el colchón y toda la ropa que había sobre la cama. En pocos minutos la casa sería una tea. Helen había subido

para prender fuego. Terció sobre su hombro la bolsa con sus pertenencias, cogió el bastón y huyó por el tejado hasta el caballete de la cubierta de la casa vecina. Allí lo descubrió un niño que se entretenía, como mucha gente, viendo cómo los soldados golpeaban a la puerta.

—¡Un hombre por el tejado!

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó uno de los mirones al ver el humo y las primeras lenguas de fuego salir por las ventanas de la casa.

Lombard Street se convirtió en un manicomio. Se vivieron momentos de angustia. Hacía casi noventa años del Gran Incendio, pero el recuerdo del terrible desastre estaba vivo en las gentes. Muchos se olvidaron del fugitivo y se aplicaron a acabar con el fuego. Los soldados dejaron de aporrear la puerta. Por los tejados huía la presa que buscaban.

—¡Hay diez guineas para quien lo atrape! —gritó el sargento que mandaba la tropa.

Algunos vecinos optaron por perseguirlo. La mayoría de ellos nunca había visto juntas ni la tercera parte.

Jorge Juan llegó a una terraza y se descolgó hasta una calleja solitaria. Se encaminó, aparentando normalidad, hacia Cornhill Street. Allí supo que la noticia de un incendio en Lombard Street ya se había difundido. Se dirigió hacia la Bishopsgate, que era la puerta más cercana, pese a que suponía alejarse del embarcadero de Temple Lane. Al aproximarse vio a unos soldados vigilándola. Supuso que ya habrían establecido controles en todas las puertas de la vieja City. Salir de Londres iba a resultar complicado.

Se volvió hacia la populosa Threadneedle Street. Conocía bien la zona después de tantos meses y salió de nuevo a Cornhill Street. Pasaba ante la iglesia de Saint Michael cuando vio un grupo de gente que estaba buscándolo. No podía echar a correr, eso los pondría sobre aviso. Vio la puerta del templo abierta y entró. Si no lo habían visto, podía ser un buen refugio, también una ratonera de la que no podría salir, pero no tenía más opciones.

El templo estaba solitario. Se sentó en un banco pensando que en España las iglesias eran inviolables. Nadie podía ser detenido en ellas y muchos habían buscado refugio en los templos. Pero ignoraba si allí regía una norma parecida. Había comprobado que el culto anglicano ofrecía pocas diferencias con el de los católicos, pero rechazaban todo lo que oliese a Roma. Por las vidrieras entraba la luz del atardecer tamizada por los colores de los cristales emplomados y llegaba hasta un enorme órgano. Pensó en Claudia. De pronto una idea alumbró su mente. Recordó que la vivienda del vicario estaba adosada a la cabecera del templo. Una casita que tenía delante el pequeño cementerio parroquial. Vivía con su esposa y, aunque no estaba seguro de su número, en Saint Michael ejercían su

ministerio varios clérigos más. Se acercó, sin hacer ruido, hasta la puerta de la sacristía. Todo estaba en silencio. Entró de puntillas y comprobó que no había nadie. La puerta que comunicaba con la casa parroquial estaba entreabierta. No lo dudó.

Diez minutos más tarde un clérigo salía de Saint Michael, de su hombro colgaba una bolsa de cuero y llevaba entre sus manos, pegadas al pecho, una cajita con actitud reverencial. Inclina su cabeza, cubierta con un bonete. La gente se apartaba a su paso y los caballeros se destocaban, algunos bisbiseaban una plegaria. Los soldados que controlaban las salidas por Bishopsgate despejaron el paso al clérigo que parecía llevar auxilio a algún enfermo.

En el embarcadero de Temple Lane, Solano trataba de controlar los nervios de Mateo Mullan y su gente porque el *Dragon* no estaba en el muelle y el sol declinaba rápidamente. Sólo se mantenía tranquila una mujer apartada del grupo.

—¿Dónde está esa barca? Tampoco veo a vuestro... vuestro compatriota.

Más que el retraso del *Dragon*, le preocupaba que Jorge Juan no hubiera aparecido.

—Si no llega, no habrá problema. Embarcaremos y nos dirigiremos a nuestro destino.

—¿Dónde? ¿Dónde embarcaremos? Veremos cómo acaba todo esto.

Solano había oído decir que, después de Rooth, era el mejor constructor de barcos, ahora sabía también que era un cascarrabias. En lugar de tranquilizar a su gente que, conforme pasaban los minutos, se mostraba más inquieta, estaba encrespando los ánimos. Los acontecimientos de la jornada los habían puesto a todos muy nerviosos. Si descubrían lo que estaban haciendo, el juez los mandaría directamente a la horca.

Solano empezaba a temerse lo peor cuando vio aproximarse a una mujer.

—¿Señora O'Brien! ¿Qué hacéis aquí?

—Embarcar. También yo me marchó.

—¿Y el capitán?

—No lo sé. Es posible que busque otra vía para salir de Londres.

Mateo Mullan se acercó otra vez a Solano.

—¿Qué ocurre ahora? —Miró a Helen y preguntó—: ¿Esta quién es?

—Otra pasajera —respondió Solano, acordándose de que Jorge Juan le había dicho que Bowles solía estar...—. ¿Sabéis dónde está la taberna White Horse?

—Sí, ¿por qué lo preguntáis?

—¿Dónde está?

—Cerca, en la orilla, como a quinientas yardas. —Mullan estaba de muy malhumor.

—¿Vuestros hombres la conocen?

—Claro, sirven el mejor whisky de Londres.

—Decidle a uno que me acompañe.

—¿Por qué?

—Luego os lo explicaré.

Mullan indicó a uno de sus hombres que fuese con Solano.

Helen observó a la joven que estaba apartada del grupo, le pareció desvalida. Era bellísima y se cubría con un mantón como si tuviera frío. Se acercó a ella.

—Mi nombre es Helen O'Brien, ¿quién eres tú?

—Mary Connolly.

La viuda le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Irlandesa?

Asintió, como si admitirlo fuera un pecado.

—Yo también. ¿Viajas... —Helen bajó la voz— a España?

La joven asintió de nuevo.

—¿Conoces a esos? —Señaló con el mentón al grupo. Mullan les decía algo.

—No.

—¿Sólo a ese español?

—A quien conozco es a Pedro.

Helen supo que se refería al otro español. Alguna vez había aparecido por su casa, esa que el fuego ya habría reducido a escombros. Si el viaje fracasaba, no tendría adónde ir.

La ausencia de Solano se prolongó cerca de una hora. Mullan estaba cada vez más excitado. Con el sol a sólo un palmo del horizonte vieron una barca remontando el Támesis que se acercaba al embarcadero. En la proa iba Solano y en su costado podía leerse *Dragon*.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —le preguntó Mullan cuando echó pie a tierra.

—Bowles había bebido más whisky del conveniente —respondió malhumorado.

—¿Un borracho va a llevarnos?

—Una dosis de espíritu de Hartshorn obra milagros. ¡Miradlo! —Señaló a un gigante barbudo que estaba al timón.

Solano se acercó a Helen O'Brien y Mary Connolly, que se mantenían aparte.

—Veo que ya os conocéis. ¿Alguna noticia del capitán?

—No. Lo único anormal ha sido una patrulla de soldados que ha pasado dos

veces. Primero fue hacia allí. —Señaló aguas abajo—. Luego regresó.

—¿Hace mucho rato?

—Como diez minutos.

—Vamos a embarcar rápido. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—¿Qué ha pasado?

—El patrón se había pasado con la bebida. Nada extraordinario. ¡Vamos! ¡No perdamos un instante!

Quince minutos después el *Dragon* navegaba a favor de la corriente con los fanales de proa y popa encendidos porque sobre Londres empezaba a caer la noche. Uno de sus tripulantes tenía ya en la mano una campana. Cuando cayese la noche, además de los fanales era conveniente hacerla sonar continuamente para advertir de su presencia a otros barcos. Bowles le había dicho que si pasaban el control de London Bridge todo lo demás resultaría mucho más fácil.

A Jorge Juan la noche se le había echado encima cuando apenas se había alejado dos leguas de Londres. Después de cruzar Bishopsgate abandonó la actitud de clérigo portador de auxilios espirituales que le había permitido salvar la vigilancia y caminó muy deprisa para alejarse del lugar. Londres estaba extendiéndose con nuevos barrios que daban cobijo a su creciente población, que duplicaba la de Madrid. Mientras pudo, se orientó por el sol. Teniéndolo a su espalda caminaba hacia el Este. Pensó en desprenderse de las vestiduras talares, pero un clérigo infundía respeto, pese a que podía suponer un peligro, una vez que los presbíteros de Saint Michael denunciaran el robo de una sotana y declararan no tener avisos para asistir a ningún enfermo. Decidió arriesgar. Aquella indumentaria le ayudaría a alojarse en alguna granja y hasta que denunciaran el robo y ataran cabos pasarían algunas horas.

Probó suerte en una granja, aislada en medio de una pradera. Una voz varonil respondió a su requerimiento.

—¿Quién llama?

—Soy el reverendo Linsey. ¿Podría abrirme?

El chirrido de los goznes reveló que necesitaban un poco de grasa.

—¿Qué se os ofrece, reverendo? —preguntó el granjero, extrañado de ver a un clérigo pidiendo asilo a aquellas horas.

—La noche se me ha echado encima. ¿Podrías darme cobijo por esta noche? Pagaré.

Lo miró con la suspicacia propia de los campesinos ante los extraños, pero la posibilidad de ganar unas monedas...

—¿Adónde vais?

—A Brentwood. —Jorge Juan había visto una indicación con ese nombre.

—Eso queda lejos. A más de treinta millas. Pasad. Sólo puedo ofreceros

una escudilla con gachas, un trozo de pan, una manta y un puñado de paja, junto a la cuadra.

—Será suficiente. Seguiré mi camino al amanecer.

—La casa de postas queda a menos de media milla. No creo que vayan a Brentwood, pero podrán informaros.

El campesino vivía con su esposa y tres hijos. Los pequeños ya estaban dormidos en una cama. El interior era más acogedor de lo que anunciaba su aspecto externo. Había cierto desorden, pero estaba limpio. Se sentó a la mesa donde cenaban y la mujer añadió un poco de queso a las gachas y le ofreció el pan de centeno que estaban comiendo. Jorge Juan no le hizo remilgos, no había probado bocado desde muy temprano.

Su cama, como le había dicho el granjero, fueron unas brazadas de heno y una manta, junto a la puerta de la cuadra. Se tendió en el heno y se cubrió con la manta sin quitarse la sotana. La herida del brazo no le molestaba y debía permanecer oculta a los ojos de aquella gente. Lamentaba fingir quien no era, pero las circunstancias mandaban. Allí, tendido, repasó los acontecimientos vividos a lo largo de aquella jornada. Habían ocurrido tantas cosas... y estaba perdido en la campiña que se extendía al noroeste de Londres. Supuso que Mora estaría camino de Dover con Patrick Lahey y sus ayudantes, y le inquietó la suerte de Solano y su grupo. El Támesis estaría muy vigilado. Habría dado un buen puñado de chelines por saber si Helen pudo llegar al embarcadero de Temple Lane. Había sido de gran ayuda desde que pisó Londres. No sólo le había proporcionado un techo y había estado pendiente de sus necesidades cotidianas. La casa de Helen O'Brien había sido como un hogar. Había colaborado discretamente, sin pedir nada a cambio, y su último gesto prendiendo fuego a su propia vivienda para facilitarle la huida había sido un acto de heroicidad. También pensó en Claudia, con el temor de no volver a verla.

La noche fue en un duermevela. La pálida luz del amanecer y la presencia del granjero lo sacaron del sopor. Se sacudió el heno y dobló la manta cuidadosamente.

—Si no tenéis mucha prisa, podréis tomar un tazón de leche. Voy a ordeñar la vaca.

—Gracias, muchas gracias.

Bebió la leche acompañada de una rebanada de pan con manteca sin entretenerse. Pronto recorrerían las granjas de la zona, si no lo estaban haciendo ya. Siguió las indicaciones del granjero, al que entregó cuatro chelines, y se dirigió a la casa de postas. Necesitaba información y un buen caballo. Sabía que tenía que desplazarse hacia el Este y buscar el curso del Támesis para cruzarlo cuanto antes mejor. Apenas se hubo alejado de la granja, aprovechó un

bosquecillo de abedules para quitarse la sotana y ocultarla entre la hojarasca. Ya suponía un problema más que una ayuda.

Llegó al lugar donde estaba la casa de postas —unas cuantas casas y un viejo convento, sin vida monacal desde que Enrique VIII se separó de la Iglesia de Roma—, cuando una diligencia salía para Londres con destino final en Portsmouth. Preguntó por el precio de los caballos, pero recibió un jarro de agua fría.

—No vendemos caballos, señor. Sólo los proporcionamos para los relevos.

Jorge Juan salió sin saber muy bien qué hacer. No podía ir caminando hasta Dover. Había calculado que, desde Londres, habría unas veinticinco leguas. Tenía que conseguir un medio de transporte para poner distancia con sus perseguidores que ya estarían buscándolo.

—¡Eh! ¡Un momento!

En el despacho de Andrew Williams se palpaba la tensión. Ya tenía noticia de que a Vulcano lo habían mandado al otro barrio con varios palmos de acero en un costado y de que la operación para detener a los españoles no había dado resultado, hasta el momento.

—¡En resumen, un gran fiasco! —explotó Williams, que ahora esperaba de un momento a otro al duque de Bedford y se encontraba con las manos vacías, después de todo lo que había desplegado—. ¿Se han volatilizado? —preguntó mirando a la cara al responsable de la operación.

—No los localizamos, señor.

—No sólo no los localizáis, ni siquiera sabéis si a estas horas están en Londres.

—Es posible que hayan logrado salir de la ciudad. Pero no puedo afirmar.

—¡No sé cómo se os han podido escapar! ¡Todos!

—Mis hombres han hecho lo que estaba en sus manos, señor.

—Excusas. ¡Eso son excusas!

—Señor, les indicamos que vigilaran a ese marino español, al que tantos reconocimientos se le han hecho. Cuando se les ordenó prenderlo, era demasiado tarde.

—Reconozco que su personalidad era un obstáculo —admitió Williams—. No se nombra miembro de honor de la Royal Society a cualquiera. Pero fueron advertidos de la posibilidad de que fuera el espía español. Sólo era cuestión de controlarlo.

—Cierto, señor. Pero la orden de actuar se dio demasiado tarde y luego... luego... Un incendio no es una cosa menor.

—Excusas y más excusas —reiteró Williams—. Se escabulló delante de sus narices y se permitió el lujo de acabar con el agente que teníamos en la embajada

española, al que durante años le hemos facilitado cierta información para que se la pasase a los españoles y creyesen que trabajaba para ellos. Era uno de nuestros mejores agentes. ¡Ese marino, a quien el diablo confunda, debió descubrirlo!

—¿Cómo?

—No lo sabemos. El embajador de España dice que ha sido un accidente, pero una de las mujeres que allí trabajan nos ha dicho que ha sido ese marino el que ha acabado con su vida. El cadáver tiene tres palmos de estoque metidos en un costado.

—Su familia puede exigir responsabilidades.

Williams negó con la cabeza.

—Ese asunto es mejor no menearlo. Podrían descubrirse sus actividades y, aunque nosotros negásemos tener algo que ver, sería crear un conflicto innecesario. Ya sabéis que quienes aceptan determinados encargos asumen los riesgos que suponen. Estas cosas son así. Se prestan servicios al Estado, pero el Estado, si las cosas vienen mal dadas, ni sabe ni responde. Pero no perdamos más tiempo con estas consideraciones. ¿Qué pensáis hacer?

—Lamento decirlo que no tenemos nada. Ese Jorge Juan huyó por los tejados y le perdimos la pista. Estamos peinando la zona de Cornhill, pero hasta ahora sin resultados. La casa donde se alojó terminó devorada por las llamas y su propietaria, una irlandesa llamada O'Brien, ha desaparecido. Y a sus colaboradores parece habérselos tragado la tierra.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

—¡Adelante!

—Señor, perdonad la interrupción. Pero creo que es importante. En la antesala hay un pastor de la parroquia de Saint Michael, en Cornhill. Ha denunciado el robo de una sotana. Dice que debió producirse ayer tarde...

—¿Por qué me interrumpes con paparruchas como esa!

—Señor, eso ocurrió muy cerca de Lombard Street y todo apunta a que el ladrón utilizó la sotana para aparentar ser un clérigo que salía de la parroquia para llevar auxilios espirituales a un enfermo. Según el pastor lo vieron algunos feligreses ayer tarde. Hemos sabido que por Bishopsgate salió un presbítero. Le franquearon el paso y no regresó.

—¿Es nuestro hombre! —gritó Williams—. ¡No perdáis un minuto! Puede que haya buscado refugio en alguna granja de la zona norte de Londres. ¡Encontradlo! ¡Aunque tengáis que remover hasta la última piedra!

—Sí, señor.

Se marchó a toda prisa y el portero dijo a Williams:

—Señor, cuando he llamado, la carroza de *Sir John* estaba entrando en el patio.

Justo a tiempo. El duque de Bedford parecía una furia salida del Averno.

—¡Qué demonios ha ocurrido! ¿Qué es todo eso de unos espías españoles? ¡Maldita sea, Williams! ¿Qué está pasando?

—*Sir John*, tranquilizaos. —Williams se mordió la lengua para no soltarle que todo se había desencadenado mientras él se follaba a *Lady Eleanor Parker*—. Noticias de España alertaban de la llegada a aquel país de expertos en construcción de buques procedentes del nuestro. Parece que su número es considerable.

Bedford se sentó en el sillón y permaneció en silencio tratando de asimilar la noticia.

—Contádmelo todo con detalle.

Williams lo puso al corriente, dando énfasis a las dificultades que había afrontado. Bedford no dejaba de bufar. Iba a ser el hazmerreír de Londres.

—No podemos permitir que se rían de nosotros de esta forma.

—Desde luego que no, señor. Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para atraparlos y darles el escarmiento que merecen.

—Estaré en mi despacho. Quiero que se me informe de cualquier novedad.

Salió algo más apaciguado, pero mucho más preocupado. Recordó el ya lejano almuerzo en casa del almirante Anson. Lo que entonces comentaba con cierto sentido del humor se había materializado de la peor forma posible.

El *Dragon* había navegado toda la noche a favor de la corriente. Bowles se había dejado arrastrar por ella con la vela plegada, pese a que el viento les era favorable. Solano no había pegado ojo, sabiendo que eran muy vulnerables. Empezaba a clarear cuando navegaban a la altura de Gravesend. En la barca sólo se percibían bultos inmóviles, arrebujados bajo mantas y capotes para protegerse de la humedad que calaba los huesos. Cuando el sol apuntó, sus rayos animaron la vida en la barca. La gente se desperezaba y desentumecía. Las riberas quedaban cada vez más lejos al ensancharse el cauce y Bowles, que se sacudía la modorra con una jarra de café en una mano y la otra en el timón para mantener al *Dragon* en el centro del cauce y aprovechar toda la fuerza de la corriente, soltó una maldición.

—¡Maldita sea!

—¿Demasiado caliente? —Solano pensó que se había quemado la lengua.

—¡Qué coño demasiado caliente! ¡Mirad a vuestra espalda!

La vela que había aparecido tras un promontorio dejaba ver la silueta de un guardacostas. Parecía haber aguardado agazapado, esperando el momento oportuno. En la barca se produjo cierta agitación cuando desde el guardacostas les llegó un aviso. Un sujeto gritaba desde el castillo de proa, utilizando un embudo:

—¡A la orilla! ¡Virad lentamente!

—¡Maldita sea! —repitió Bowles en voz baja—. Veremos cómo acabamos.

Solano lo miró, pensando si el viejo lobo de mar conocería alguna estratagema que no fuera intentar huir, porque era absurdo. Aunque el *Dragon* desplegara su vela no tenía posibilidades ante un guardacostas que, además, disponía de algunas piezas de artillería.

—¿Qué ocurre? —gritó Bowles, haciendo bocina con las manos.

—¡A la orilla! ¡Sin maniobras extrañas!

—¿Quiénes son? —preguntó el guardiamarina.

—Aduaneros fluviales. ¿Veis aquella insignia en su vela? —Solano asintió—. Es el emblema de la policía fluvial del Támesis. Me extraña que nos hayan parado. Suelen hacerlo cuando navegamos aguas arriba para evitar que entren mercancías de matute. Pero es muy raro cuando navegamos aguas abajo. ¡No sé qué querrán! Sólo tenemos una salida. —Bowles susurró algo al oído de Solano—. ¿Qué os parece?

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, vamos allá y rezad a uno de esos santos a los que tanta devoción tenéis.

Mientras el *Dragon* se acercaba al barco aduanero, el guardiamarina aleccionó a la gente de Mullan y, dirigiéndose a Helen O'Brien y Mary Connolly, les preguntó:

—¿Alguna duda sobre vuestro papel?

—No os preocupéis —respondió la viuda.

Cuando los costados estuvieron juntos, los tripulantes del aduanero lo sujetaron con unos poderosos garfios y dos agentes saltaron a la cubierta. Se quedaron mirando al pasaje y recorrieron unas lonas. No vieron nada que les llamara la atención.

—¿Adónde os dirigís? —preguntaron a Bowles, que había dejado la jarra de café y ahora mascaba un trozo de tabaco.

—A la feria de Dover, ¿por qué?

El agente no respondió. Levantó el pico de otra lona y comprobó que los barriles que tapaba contenían agua.

—¿No llevas ninguna mercancía a esa feria?

Bowles escupió el tabaco soltando un salivazo, que casi se incrustó en la cubierta.

—¿Os parece poca mercancía...? —Alzando la mandíbula señaló al pasaje.

—¿Cuántos son?

—Siete hombres, cuatro mujeres y dos niños.

Bowles hizo un gesto al contramaestre que se hizo cargo del timón.

—¿Y aquel, no lo cuentas? —preguntó el agente señalando a Solano.

—¿El de la casaca azul?

—Sí.

Bowles se acercó al agente, le susurró algo al oído y se acercaron a Solano. La conversación fue breve. El agente se guardó rápidamente la bolsa que el guardiamarina había deslizado en su mano e hizo señas a su compañero. Se había acercado a Mary Connolly y esta se zafaba, con la ayuda de la viuda, de las manos del agente.

—¡Soltad los garfios! —ordenó desde la cubierta de su barco y le gritó al patrón—: ¡Buen viaje, Bowles!

—¿Conocíais a ese sujeto? —le preguntó Solano.

—Nos hemos cruzado en alguna ocasión. Siempre andan incordiando.

Solano tuvo la impresión de que Bowles y aquel sujeto estaban conchabados y le habían birlado, urdiendo una treta, los treinta chelines que le había entregado. El patrón ya se había hecho cargo del timón y el *Dragon* cogía velocidad conforme se acercaba al centro del río. Calculó que a mediodía

estarían en aguas abiertas y navegarían aprovechando los vientos, sin separarse mucho de la costa.

Jorge Juan se encontró con un hombretón de melena rubia, que tenía los ojos demasiado pequeños, un prominente mentón y una generosa nariz amoratada.

—¿Es a mí?

—Perdonad, señor, pero..., ¿buscáis una cabalgadura?

Jorge Juan asintió.

—Tengo lo que andáis buscando.

—¿Tenéis un caballo?

—Dos, en aquel establo. —Señaló una construcción junto al convento—. Podéis escoger.

El aspecto del sujeto no inspiraba confianza. Pero tenía pocas opciones. Necesitaba un caballo. Miró al individuo, le sacaba tres palmos de altura y de un manotazo podía dejarlo inconsciente. Estaría prevenido y utilizaría su estoque en caso necesario.

—Veamos qué me ofrecéis.

Caminaron hasta el establo, una construcción con paredes de adobe y la cubierta de paja de centeno, a cuya espalda se abría la ondulada y verde campiña iluminada por un sol que ya estaba alto y que, de cuando en cuando, se perdía entre las nubes que una ligera brisa traía del Oeste. Abrió la puerta, unas tablas mal dispuestas y sujetas por un marco tosco, sólo había un caballo. Un percherón bretón capaz de arrastrar un carro con muchas arrobas de carga, pero poco útil para el propósito de Jorge Juan.

—No es lo que busco. No me interesa.

—No habéis visto el otro. Está al fondo —lo invitó a pasar con un gesto.

Jorge Juan receló. Tenía todas las trazas de una trampa. Pero no tenía otra opción.

—Veámoslo.

La escasa luz que entraba por la puerta se convirtió en penumbra. El establo era más grande de lo que parecía desde fuera. Atado a una argolla empotrada en la pared había otro caballo. Se acercó al animal y le pasó la mano por el lomo, pero con tan poca luz era difícil apreciar si sólo era un jamelgo.

—Saquémoslo fuera.

—¡Ni hablar! Si en algo aprecias tu vida, dame tu bolsa —lo amenazó con una daga.

Aquel tipo lo había llevado adonde quería y le impedía la salida.

Jorge Juan dio un paso atrás de forma instintiva, casi pegó su espalda a la pared. Si quería salir, tendría que enfrentarse a aquella masa de carne y huesos.

—Déjalo estar. Será mejor para ti.

—La bolsa.

—No quiero problemas. Échate a un lado y me marchó.

—La bolsa —exigió el gigante que al sonreír enseñó una dentadura podrida.

La pelea era desigual. Si le ponía una mano encima, lo trituraría. Pero el tamaño de aquel sujeto también jugaba en su contra, era torpe y lento. Lanzó una cuchillada y Jorge Juan la evitó con facilidad, pese a que sus movimientos estaban muy limitados.

—Déjame marchar y olvidaré todo esto. No daré parte a las autoridades.

—¡La bolsa o es que piensas defenderte con ese palitroque! —Miró el bastón.

—Este palitroque puede darte un disgusto. —El inglés le tiró una nueva cuchillada que pasó a menos de un palmo del pecho de Jorge Juan. Tenía ya la espalda contra la pared. El siguiente tajo podría malherirlo—. Además de la bolsa vas a perder la vida.

Jorge Juan pensó en lo triste que sería acabar sus días en aquel oscuro establo de un lugarcillo perdido en la campiña inglesa del que hasta ignoraba el nombre. Liberó el estoque y el grandullón se quedó inmóvil al ver el acero en su mano.

—Tú lo has querido.

Ahora fue el campesino quien dio un paso atrás. Tropezó y dio con su corpachón en el suelo. La punta del estoque amenazó su gruesa papada.

—Te lo advertí, saco de grasa.

—No me matéis. No me matéis, tengo familia...

—Suelta ese cuchillo. —El inglés no lo dudó—. Ahora levántate muy despacio. —La segunda advertencia de Jorge Juan era innecesaria. A aquella humanidad le resultaba complicado moverse.

—No me matéis —suplicó cuando estuvo en pie.

Jorge Juan lo obligó a desatar el caballo y aprovechó la misma argolla para atarlo.

—¿Estos caballos son tuyos?

El inglés no contestaba, sólo gimoteaba maldiciendo su suerte. El estoque apuntó de nuevo a su garganta. Cesaron los lamentos, Jorge Juan repitió la pregunta y obtuvo respuesta.

—Son míos.

—¿Cómo te llamas?

—Todos me conocen por Littlegun.

—Está bien, Littlegun. Voy a ver qué clase de caballo es este, aunque viendo al amo...

Jorge Juan tiró del ronzal y llevó al caballo, un animal dócil, hasta la puerta del establo. Era un jamelgo, pero... mejor aquello que nada. Se acercó a Littlegun y le dejó una bolsilla con quince chelines. Un gesto que aquel sujeto no se merecía.

—No creo que valga más.

—¿Vais a dejarme atado?

—Pero no te amordazaré, que es lo que mereces. Alguien te oirá a lo largo del día.

Aparejó el jamelgo y orientándose por el sol se alejó de aquel lugarejo donde había perdido un tiempo precioso. El caballo no daría mucho de sí, pero tal vez resistiría.

A esa misma hora un centenar de soldados, formando parejas, preguntaba por las granjas que se encontraban en varias millas a la redonda al Norte de Londres. Pasado el mediodía llegaron a la granja donde había pernoctado. La información del granjero los condujo hasta la casa de postas, donde confirmaron su presencia, pero el sujeto que buscaba un caballo no era un clérigo. El sargento envió dos escuadras por el camino de Brentwood. Era el destino que el granjero les había dicho que llevaba el fugitivo, pero estaba convencido de que se dirigía hacia algún puerto para cruzar el canal de la Mancha. Sus hombres no tardaron en encontrar las vestiduras talaes en el bosquecillo de abedules. El hallazgo sólo les confirmó lo que ya sabían. Siguieron dando batidas, convencidos de que marchando a pie no tardarían en encontrarlo.

El caballo que montaba Jorge Juan no le permitía alejarse con rapidez, pero había puesto algunas leguas de distancia. Por suerte, los nubarrones que avanzaban desde el Oeste sólo ocultaban el sol de forma momentánea y dejándolo a su espalda y a su izquierda sabía que avanzaba en la dirección correcta. Con la información de un lugareño se encaminó a Tilbury, en la ribera izquierda del Támesis. Le había dicho que había un barquero que podía llevarlo a la otra orilla.

Mediada la tarde unos soldados encontraban a un campesino maniatado en un establo. Les dijo que un sujeto le había robado un caballo. Lo condujeron ante el sargento que mandaba la patrulla.

—¿Cómo te llamas?

—Littlegun, señor.

—Cuéntame lo ocurrido.

El campesino contó a su manera lo sucedido. Jorge Juan era un ladrón.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Esta mañana, señor. —El campesino no dejaba de masajearse las muñecas.

—¿Dices que te robó un caballo?

Al malandrín se le iluminaron los ojillos.

—Sí, señor. ¡Un magnífico ejemplar!

—¿Sabes hacia dónde se dirigía?

—No, señor.

—Si dispone de un buen caballo, nos lleva una importante ventaja. Pero lo peor es que no sabemos adónde dirigirnos...

—¡Mi sargento, mi sargento! —Un soldado venía por la calle jadeando, llegó ahogándose y resopló. Necesitaba recuperar el resuello—. Un granjero que viene de Grays dice que vio a un sujeto que tiene las trazas del que buscamos. Preguntaba por un lugar para cruzar el río. Montaba un jamelgo.

El sargento miró al campesino.

—¿Un jamelgo? —El grandullón agachó la cabeza—. ¡Está en Tilbury! Quiere cruzar el río. Si nos damos prisa, podemos llegar antes de que la noche se nos eche encima.

Los soldados se reagruparon y se pusieron en camino. Sus caballos nada tenían que ver con el penco de Jorge Juan. Anochecía cuando llegaron a Tilbury. Allí unos lugareños les confirmaron que el barquero había llevado un pasajero a la otra orilla del Támesis.

—Pero James no volverá hasta mañana. Por la noche es mala cosa cruzar el río. Hay demasiados remolinos y, aunque conoce bien esas aguas, es una locura.

—¿Quieres decir que pasará la noche al otro lado? —preguntó el sargento.

—Sí, señor. Se queda a dormir en casa de su hermana.

El sargento comenzó a maldecir cuando le dieron noticia de que habían encontrado al jamelgo de Littlegun en unos matorrales de ribera. Decidió pernoctar en Fort Road, una vieja fortaleza desde la que se controlaba aquella zona del río.

El barquero dijo a Jorge Juan que encontraría alojamiento en Rochester, a dos horas de camino de donde desembarcaron. Preguntó al hombre, consciente de que su principal ventaja había sido hasta entonces que sus perseguidores ignoraban la ruta que seguía, cuál era el mejor camino para ir de Rochester a Dover. Era dejar una pista, pero no tenía muchas opciones.

—¿Buscáis embarcar para Francia? No tenéis pinta de tratante.

Jorge Juan temió haber despertado los recelos del barquero.

—Voy a por una partida de libros.

—¡Ah! El mejor camino es por Canterbury. Desde Rochester hay cincuenta millas.

Si dormía en Rochester y lograba hacerse con un buen caballo, salvaría aquella distancia en una jornada. El problema sería que los caminos iban a estar

muy vigilados.

En la antecámara del gabinete de don Zenón, Ordeñana daba instrucciones a un hombre que, tras asentir con leves movimientos de cabeza, se marchó a toda prisa. Iba a decir algo cuando apareció otro criado.

—Señor, acaban de traer este billete para vos.

—¿Quién?

—No ha dado su nombre, pero parece sacado de un cuadro, como ese que cuelga de la pared. —Señaló un retrato de un maestre de campo de los Tercios Viejos.

Ordeñana no necesitó más para saber quién era.

—¿Aguarda?

—No, señor. Ha dejado el billete y se ha marchado.

Lo leyó y supo que detrás de aquellas líneas había un asunto de mucha importancia. Don Rodrigo de Arellano era persona sosegada y ni exageraba ni despertaba expectativas que no pudiera satisfacer. Lo que insinuaba en aquellas líneas requería una serena reflexión. Guardó el papel en un bolsillo y entró en el gabinete. Don Zenón estaba fumando y tenía la mirada fija en la esfera terrestre. Escudriñaba los puertos que había a ambos lados del canal de la Mancha. Dio una chupada al habano y comentó:

—Si ese tratado se firma en los términos que están redactando, abriremos las puertas de las Indias a los ingleses. ¡Es una lástima, pero todo apunta a que van a salirse con la suya! Cuentan con el apoyo de la reina y contra eso es muy difícil luchar.

—Quizá la solución a ese problema la tenga en mi bolsillo.

Ensenada se quedó mirándolo.

—No estoy para bromas.

—No bromeo, señor.

Sacó de su bolsillo el billete que acababan de entregarle.

—¿Qué es eso?

—Me lo han entregado cuando he salido a la antecámara. Tomad, leedlo.

Ensenada dio antes una calada a su cigarro. Luego clavó la vista en aquellas líneas y cuando miró de nuevo a Ordeñana parecía confuso.

—Es más lo que insinúa que lo que dice. Esto... no aclara mucho.

—Señor, si conocierais a quien ha escrito esas letras, opinaríais de otra forma.

—No está firmado.

—Se trata de un maestro de esgrima con quien me ejercito. Es persona muy capaz y de toda confianza. Fue a quien encargué despachar a los ingleses. No me habría hecho llegar ese billete si no tuviera información abonada.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—No he mencionado su nombre. Se llama don Rodrigo de Arellano.

Ensenada se acarició el mentón y dio otra chupada a su cigarro.

—¿Dónde vive ese don Rodrigo?

—En la calle del León, cerca de la esquina con Huertas.

—Es necesario que hable con él.

—En este asunto, como ya os dije en otra ocasión, hay que andarse con pies de plomo. Si esto llegara a conocimiento de la gente... Doña Bárbara tiene muchos detractores. La consideran una mojigata que tiene al rey metido en un puño. Le recriminan no haber asumido que es la reina de España antes que hermana del rey de Portugal. ¿Sabéis qué se dice ya por Madrid con relación al monasterio de las salesas? —Ensenada se quedó mirándolo esperando la respuesta—. «Bárbara la reina, bárbaro el gusto, bárbara la obra, bárbaro el gasto.»

—¿Podría venir el maestro de esgrima mañana a primera hora?

—Dadlo por hecho, excelencia.

Ensenada daba cuenta del desayuno cuando Ordeñana y el maestro de esgrima entraron en el comedor.

—Excelencia, don Rodrigo de Arellano.

Don Zenón se quedó mirándolo. Verdaderamente era un personaje de otra época. No vestía casaca ni chupa, ni se tocaba con un tricornio. Llevaba un colete sin mangas, bien lustrado, de piel de búfalo, una sencilla camisa de lino, calzas y polainas de cuero hasta la rodilla. No gastaba peluca porque tenía algo más de media melena de pelo grisáceo natural. Llevaba una especie de alforja de cuero colgada en bandolera.

—Tomad asiento, don Rodrigo. —Le indicó Ensenada sin levantarse de la mesa al tiempo que le ofrecía su mano—. Tomad algo.

—Un poco de vino, si es posible, excelencia.

—¿Sólo vino?

—Sí, excelencia. Hace buena sangre.

Era una costumbre antigua, caída en desuso, la de beber vino tan temprano. Ensenada recordó que en su infancia en La Rioja su padre bebía vino en el desayuno.

—Por supuesto, amigo mío. Rosario, una jarra de vino para el señor —ordenó al ama de llaves, que permanecía inmóvil junto al aparador.

Mientras traían el vino, don Zenón hizo algunos comentarios

intrascendentes. Lo que iban a hablar entrañaba cierto riesgo y, si bien confiaba plenamente en el servicio, era mejor ser precavido y no correr riesgos. Preguntó a don Rodrigo por su actividad como maestro de esgrima y por la clase de gente que recibía sus lecciones.

—Por lo general, se trata de caballeros. A algunos aristócratas doy clase en sus propias casas, disponen de salones adecuados. También hay alguna dama interesada.

—¿Damas?

—Sí, algunas muy conocidas, cuyos nombres omito por discreción.

En aquel momento un criado acercó una bandeja con la jarra del vino y unas copas.

—Dejadnos solos —ordenó don Zenón a Rosario.

El ama de llaves batió palmas y la servidumbre salió rápidamente. Ella se encargó de cerrar las puertas del comedor. El propio marqués llenó la copa a don Rodrigo, que agradeció el detalle con una leve inclinación de cabeza.

—Bien, amigo mío, quiero agradeceros vuestra pronta respuesta a mi petición.

—Excelencia, es para mí un honor.

—Supongo que don Agustín Pablo —miró a Ordeñana— os habrá informado de por qué os he pedido que vinierais. —Don Rodrigo asintió de nuevo—. En ese caso, ahorrémonos los preámbulos. ¿Tenéis alguna prueba de lo que... insinuáis en ese billete?

Don Rodrigo sacó de la alforja un volumen encuadernado en pergamino.

—¿Qué es eso? —preguntó Ensenada.

—El diario de Baltasar Osorio.

—¿Cómo es que lo tenéis?

—Me lo ha entregado su viuda.

Ensenada abrió el diario y en sus ojos brilló la sorpresa.

—¿Está en clave?

Don Rodrigo sacó entonces un atado de pliegos.

—Lo que más importa está al final.

Don Zenón deshizo el lazo de la cintilla y leyó los últimos pliegos. Se sirvió vino en su copa y dio un largo trago, sin paladear la calidad del caldo. Tenía la garganta seca.

—¿Por qué os lo ha entregado doña Catalina?

—Si os digo la verdad..., no lo sé. Su esposo me salvó la vida en la batalla de Bitonto. A ella la conocí hace unos días cuando fui a su casa para decirle que la muerte de su esposo estaba saldada.

—Si en algo apreciáis vuestra vida, no volváis a hablar de ese asunto. Los

ingleses han tenido su merecido y están enterrados. —Don Rodrigo asintió—. Respecto a estos papeles... supongo que no ignoráis el peligro que contienen.

—Soy consciente, señor.

—¿Qué pensáis hacer con ellos?

—Los he traído para entregároslos. Es la voluntad de doña Catalina. Afirma que si lo que ahí se dice le costó la vida a su esposo, sería una pena que la hubiera sacrificado en balde. En vuestras manos pueden ser un instrumento muy importante.

—Espero poder pagaros algún día este servicio.

Don Rodrigo de Arellano se retiró y Ensenada, una vez solos, comentó a Ordeñana:

—Con esta prueba en mis manos, quizá tenga solución algo de lo que hemos perdido con ese maldito tratado que se ha firmado.

—¿Qué pensáis hacer, señor?

—Reducir, en la medida de lo posible, las pérdidas del tratado de límites con los portugueses.

—Corréis un gran riesgo, señor.

—Es mi obligación. Ese tratado es lesivo para nuestros intereses y me atormenta que el sibilino de Keene se haya salido con la suya. Si hubieras visto cómo se pavoneaba el día de la firma...

En la Villa y Corte se producía un acontecimiento que a simple vista tenía visos de ser casual, pero no lo era. La reina visitaba las obras del monasterio, que avanzaban a buen ritmo. Como siempre que salía del recinto del Buen Retiro se producía una importante movilización. En la carroza real iba también la camarera mayor; se sumaba un vehículo de respeto, donde viajaban varios pajes y doncellas, por si la reina deseaba que se preparase un refrigerio y otra carroza ocupada por varias damas de compañía. Un cuerpo de jinetes de la Guardia Valona escoltaba los carruajes.

Doña Bárbara hizo un breve recorrido por los muros que comenzaban a dar forma al monumental edificio y se detuvo en la iglesia, cuyo interior, pese a su austeridad externa, se adivinaba mucho más lujoso. Francisco Moradillo le explicaba algunos detalles cuando se produjo un pequeño revuelo. Sin previo aviso, entraba el marqués de la Ensenada acompañado de Ordeñana. La reina torció el gesto al ver acercarse al ministro.

—Majestad. —Ensenada casi barrió el suelo con el tricornio que llevaba en la mano.

—¿A qué se debe esta inesperada visita? —preguntó sin disimular su disgusto.

—Pasaba por el lugar, Majestad. He entrado a cumplimentaros y también a

felicitaros por el ritmo al que avanzan las obras. —Paseó la mirada por los andamios.

La reina se mostró adusta. No le cuadraban las alabanzas de Somodevilla, que no aprobaba aquellos gastos. Controlaba la Hacienda con mano férrea para invertir en los astilleros donde se estaba construyendo un importante número de barcos de guerra.

—¿No os parece un gasto excesivo?

Ensenada supo que la pregunta tenía trampa, pero no se arredró. Su presencia era un pretexto para hacerle llegar a la soberana un mensaje.

—En absoluto, Majestad. Nada es excesivo para rendir culto a Dios Nuestro Señor y que sus siervas tengan adecuado acomodo. —La reina sonrió por primera vez—. Menos aún cuando hay generosos donantes y no se daña el presupuesto de otros ramos del Estado.

La sonrisa de doña Bárbara se congeló en sus labios. Ensenada no necesitó más para saber que había recibido el mensaje. La reacción de la reina lo sorprendió.

—¿Estaríais vos entre ellos?

—Hoy mismo haré llegar a Vuestra Majestad mi contribución.

La reina desplegó su abanico y lo agitó con fuerza. Aparentemente había vencido, pero Somodevilla le había asestado una puñalada. Se preguntaba cómo podía saber ciertas cosas. Se juró averiguarlo. Ignorando al marqués, se dirigió a Moradillo:

—Me decías que la linterna de la cúpula...

Ensenada supo que debía irse. Pero al hacer la reverencia para retirarse recogió un papel del suelo.

—Majestad, ¿se os ha caído?

Doña Bárbara miró el papel que Ensenada le ofrecía. Dudó un momento, para cogerlo después.

El marqués hizo otra desmesurada reverencia y salió. En la puerta, lejos de oídos inconvenientes, Ordeñana le comentó:

—La reina os ha ganado la primera batalla.

Ensenada se detuvo, lo tomó por el brazo y le susurró al oído.

—Querido amigo, ¡cuánto te queda por aprender! Aunque tendré que desembolsar unos cientos de doblones, es doña Bárbara quien ha perdido este envite. ¿Acaso no has visto su cara cuando he aludido a los «generosos donantes»? Ha recibido el mensaje.

—¿Ese papel...?

Don Zenón echó a andar de nuevo. Estaba a punto de poner el pie en el estribo cuando se detuvo un momento.

—Esta guerra, sin embargo, no ha hecho más que empezar.

—Será larga, excelencia.

—Larga... y muy dura, y ya tiene perdedor.

Ordeñana no se atrevió a preguntar por respeto a aquel hombre que no vacilaba en poner su posición en peligro por defender los principios en los que creía.

—¿Qué noticias tenemos de los astilleros? —preguntó el marqués.

—Trabajan a pleno rendimiento. Pronto veremos botar los primeros navíos.

Ensenada, que miraba por la ventanilla con la vista perdida en la arboleda de Recoletos, tuvo un mal presentimiento.

—Si me dejan.

Tampoco ahora Ordeñana se atrevió a preguntar.

Todo estaba dispuesto para la firma del acuerdo de límites entre las coronas de España y Portugal. Ensenada no había podido evitarlo, pero había conseguido en los últimos días algunas modificaciones. A *mister* Keene le extrañó la poca resistencia que doña Bárbara había puesto a las iniciativas del ministro. Los portugueses se habían comprometido a no permitir la navegación por el curso del río de la Plata más que a buques de las dos coronas peninsulares. El embajador inglés sabía que aquella cláusula era papel mojado, pero lo había encolerizado porque suponía una satisfacción moral para Ensenada. Una especie de compensación en la lucha que había sostenido contra la firma de aquel acuerdo. Pero lo peor para Benjamin Keene era que para llegar a la firma del tratado, al que ellos se adherían, habían tenido que renunciar a dos de los privilegios arrancados en la paz de Utrecht: el Navío de Permiso y el Derecho de Asiento. Doña Bárbara había insistido, dándole vagas explicaciones, en que era necesario para llegar a la firma.

El Salón de Reinos que era el lugar donde se estamparía la firma del documento por parte de don José de Carvajal y Lancaster; del embajador de Portugal, don Tomás da Silva Téllez, y *mister* Benjamin Keene, en representación del Reino Unido. Allí estaba la corte en pleno. Secretarios, altos funcionarios, responsables del ejército y de la armada... formaban dos largas hileras dejando un amplio pasillo central en medio del cual se había dispuesto una mesa de madera dorada, cuyo tablero estaba confeccionado con minúsculas teselas de mármol. Se decía que estaban todas las variedades conocidas del mundo.

En lugar preferente, a ambos lados del estrado que ocupaban Sus Majestades, se encontraban a su derecha don José de Carvajal y Lancaster, *mister* Benjamin Keene y don Tomás da Silva Téllez; a su izquierda don Zenón de Somodevilla, en su condición de secretario de Indias, y el confesor real, el padre Rávago.

Los asistentes —había una nutrida representación portuguesa y británica— ocupaban ya los sitios que el protocolo les asignaba. El salón se llenaba de conversaciones en torno al hecho insólito de que los británicos se incorporasen al acuerdo y aceptasen renunciar a aquellos privilegios que tanto beneficio económico les habían reportado. Había rostros serios, casi cariacontecidos, y se cruzaban miradas que cortaban como cuchillos. La corte siempre había sido sitio de intrigas, pero la adhesión de Gran Bretaña había tensado mucho las relaciones

entre los bandos enfrentados en la corte, ensenadistas y carvajalistas. Hasta podían identificarse unos y otros. Los atuendos de los primeros seguían los dictados de la moda francesa, mientras que las galas de los partidarios de Carvajal respondían a los modelos londinenses.

Oficialmente aquel acto era un triunfo de Carvajal, que aparecía visiblemente satisfecho. Pero en su fuero interno sabía que Ensenada se había valido de algún recurso para hacer doblar la rodilla a los ingleses. Lo que le extrañaba era la actitud mantenida por la reina en los días anteriores. No le molestaba estampar su firma en aquel documento que ponía fin a los privilegios de que habían gozado los ingleses en las Indias desde hacía más de tres décadas, lo que le fastidiaba era desconocer de qué medios se había valido su rival para llevar el acuerdo hasta allí. Sabía también que aquello era simplemente teatro, una puesta en escena. Los negreros ingleses no dejarían el comercio de esclavos y continuarían con aquel lucrativo negocio y los contrabandistas seguirían introduciendo de matute en las Indias todo lo que pudieran, perjudicando gravemente los intereses de España.

Benjamin Keene aparentaba mostrarse risueño para disimular sus motivos de preocupación. Era cierto que estaba satisfecho con la firma de un tratado perjudicial para España y que sólo podía explicarse porque la presión de doña Bárbara sobre su esposo había sido mucha y el rey acabó por ceder, pero lo ocurrido los últimos días lo tenía desconcertado. Su logro final había sido que en aquel protocolo se establecía una indemnización de cien mil libras para la *South Sea Company*, que serían abonadas por la Corona de España, como compensación por la renuncia al Derecho de Asiento y al Navío de Permiso. Pero lo tenían de malhumor los cambios de última hora introducidos en aquel texto. Tampoco estaba satisfecho con las dificultades para esclarecer la muerte de sus agentes en el camino de Móstoles, algo de lo que doña Bárbara se había desentendido. Estaba convencido de que la mano de Ensenada era la que estaba detrás de todo aquello. Había elevado una protesta formal por el asesinato de dos súbditos ingleses, pero sabía de antemano que no iba a recibir satisfacción alguna. A ello se sumaban las noticias que le llegaban de Londres. La salida de expertos en construcción naval era mucho más numerosa de lo que en principio suponían. Las noticias eran pésimas.

El chambelán golpeó tres veces con su bastón e inmediatamente se apagaron los cuchicheos. Una vez impuesto el silencio, el secretario del Consejo de Estado se colocó las lentes y carraspeó antes de leer el pequeño texto redactado para la ocasión:

—Va a procederse a la solemne firma del acuerdo por parte de los representantes de Sus Majestades los reyes de España y Portugal sobre la

delimitación de los territorios que separan las cuencas de los ríos Orinoco y Amazonas y los de la banda oriental y occidental del río de la Plata sobre el principio de *uti possidetis, ita possideatis*. A dicho acuerdo se suma el representante del Reino Unido. —Alzó la vista y miró a Fernando VI, que rompió la inmovilidad que ofrecía su regia imagen, con un ligerísimo asentimiento—. En nombre de Su Majestad el rey de España, don José de Carvajal y Lancaster.

El ministro, antes de dirigirse a la mesa donde estaban las piezas del tratado, hizo una reverencia ante Sus Majestades. Se sentó en el sillón dispuesto al efecto y con mucha ceremonia estampó su firma en el documento. A continuación, siguiendo el mismo ritual, firmaron los embajadores de Portugal y del Reino Unido.

Concluido el acto de las firmas, se procedió a su sellado. Los invitados permanecían en sus sitios, pero volvieron los comentarios hasta que el chambelán impuso otra vez el silencio. Por mano del rey, cada uno de los firmantes recibió una copia del documento que había sido redactado en español, portugués e inglés. Concluido el acto, los reyes abandonaron el estrado y los invitados rompieron filas formándose los corrillos habituales, mientras una legión de sirvientes ofrecía refrescos, vino y delicias gastronómicas que portaban en grandes bandejas. El corrillo donde estaban los reyes, al que no podían acercarse los invitados, lo formaban las personalidades que habían flanqueado el estrado. Ensenada y Carvajal se saludaron con corrección, pero con frialdad. El saludo entre don Zenón y *mister* Keene fue afectuoso en apariencia, aunque el acero de sus miradas lo desmentía. Sabía que él había organizado la misión que Jorge Juan llevaba a cabo en Londres. Para Gran Bretaña suponía un amargo trago que sus expertos trabajaran ahora para España. Harris, el secretario de la embajada, había redactado una nota de protesta por lo ocurrido en Londres, aunque sabía que en las cancillerías jamás se reconocía la existencia de espías. El problema del embajador de Su Graciosa Majestad era que sólo tenía sospechas, no podía aportar una sola prueba que le permitiera acusar a Ensenada de forma directa.

—Supongo que su excelencia estará contento con lo que acaba de firmar — comentó Ensenada, dirigiéndose a Keene.

—Estáis en lo cierto. Es un gran acuerdo.

—Sobre todo para los intereses de vuestro país.

—¿Significa eso que no está su excelencia satisfecho?

—No lo estoy. Los portugueses lograron su propósito y hoy habéis rematado la tarea.

Fernando VI, que charlaba con el padre Rávago, no estaba pendiente de lo

que se decía, pero doña Bárbara no disimulaba su disgusto. Ensenada, después de lo dicho, pidió permiso para retirarse. La reina se lo otorgó con un gesto de displicencia. Mientras veía a Somodevilla alejarse se juró a sí misma no parar hasta que supiese cuál había sido la fuente en que había bebido para hacerle llegar aquel papel que simuló encontrar en las obras del monasterio de las salesas, detalles de las pruebas que evidenciaban su venalidad y su entrega a las apetencias de los ingleses.

La posada donde pasó la noche estaba a las afueras de Rochester, en un lugar llamado Chatham. Se alzaba junto a un puentecillo sobre un riachuelo que los vecinos conocían como Medway. Jorge Juan, con muchas menos dificultades de las que esperaba, después de su experiencia en la casa de postas, logró hacerse con un caballo. Tuvo que pagar un precio muy elevado, pero era lo que necesitaba. Un alazán de capa tostada y notable alzada. El refranero español decía: «Alazán tostado antes muerto que cansado.» Comió un trozo de queso y una rebanada de pan del día anterior —la primera hornada aún no había salido ni la leche se había ordeñado— y se puso en camino cuando las sombras de la noche aún no se habían disipado. No iría a Canterbury por el camino real, sino por senderos y veredas, pese a que le habían dicho que algunos tramos eran poco más que caminos de cabras. Sin la referencia del sol, se orientó por la leve claridad que veía en el horizonte. Si no había problemas, antes de mediodía estaría en Canterbury y a media tarde en Dover.

Poco después de que Jorge Juan partiera de Chatham, Bowles había ordenado desplegar la vela del *Dragon* para tomar el impulso que había perdido al salir del estuario del Támesis, y se encontraron con una calma que sólo les permitió costear con dificultad la pequeña isla de Sheppey. Logró guarecerse en una rada y allí esperar a que el viento volviera a soplar. Pero la calma se prolongó durante toda la noche y conforme pasaban las horas la angustia de los pasajeros crecía. No tanto porque estuvieran parados —Bowles les había advertido que en el mar no navegaría de noche—, sino porque temían que la calma se prolongase demasiado y no llegasen a tiempo de embarcar en la *Sainte Marie*.

Con las primeras luces del amanecer se levantó un airecillo del noroeste, aunque sin mucha fuerza. El patrón supo que había que aprovechar la oportunidad. Si lograba salir a las aguas abiertas del canal de la Mancha, le bastaría la corriente para alcanzar Dover.

—Desplegad la vela. ¡Levad el ancla! —A Solano lo despabilaron los gritos. Arrebujado en su capote había pasado la mayor parte de la noche en un duermevela, pero se había rendido poco antes del amanecer. Se incorporó y comprobó que soplaba una suave brisa. Vio a Bowles, aferrado al timón, tratando de posicionarse para que la vela recibiera el mayor impulso posible—. ¡Peter, dale más cuerda a la vela! ¡Rápido!

—¡Sí, señor!

La vela se hinchó y el *Dragon*, con la vela desplegada, puso proa hacia el Este.

—¡Si logramos llegar a Kingsgate esto está hecho!

—¿Cuándo calculáis que llegaremos a Dover? —preguntó Mullan.

Bowles, que mascaba un bolo de tabaco, se encogió de hombros.

—Si el viento sigue siendo favorable, doblaremos la punta de Kingsgate en una hora. Entonces podré decíroslo.

Tenía razón. Resultaba imposible hacer previsiones. Se estaba en manos del viento y eso no se controlaba. Disponían de tiempo para embarcar. La *Sainte Marie* no zarparía hasta el día siguiente. Pero si las cosas venían mal dadas podían encontrarse con un serio problema. Lo mejor era que el pasaje estaba tranquilo, aunque Mullan protestaba con mucha frecuencia.

Jorge Juan cabalgaba por sendas perdidas y con el sol como referencia. Atravesaba un espeso bosque cuando las nubes cubrieron el cielo y hubo un momento en que se vio extraviado. Logró salir, no sin dificultad, orientándose por las cortezas de los árboles y porque el sol asomó de nuevo. Dejó atrás Canterbury a la hora prevista y se acercaba a las puertas de Dover a media tarde. Estaba llegando cuando se dio cuenta de que había varios soldados. Volverse habría sido peor. Uno de los guardianes lo detuvo:

—Alto, bajad del caballo.

Desmontó lentamente, como si le costase mucho trabajo hacerlo.

—La cédula —le requirió el guardia.

Jorge Juan, con mucho aplomo, buscó el documento entre sus ropas y se lo entregó.

—¿Librero? —le preguntó mirándolo fijamente.

—Sí, librero.

—Tenéis la librería en Londres, ¿no es así?

—En Lombard Street. ¿Os interesan los libros? ¿Tenéis preferencia por algún género?

El guardia ignoró sus comentarios y le hizo una nueva pregunta:

—¿Adónde vais?

—A París. He adquirido una partida de libros y quiero supervisar el envío.

Miró la cédula otra vez.

—¿Cuándo viajáis, *mister* Sublevant?

—Mañana, si no hay contratiempo. La *Sainte Marie* zarpa con destino a Boulogne.

Otro de los guardias, que estaba pendiente del interrogatorio, asintió con la cabeza.

—Está bien, pasad.

Le devolvió la cédula y Jorge Juan no necesitó que se lo repitieran. Tiró de la brida del animal y cruzó la puerta. Había superado aquel control, pero le dio mala espina. Solano y su grupo tendrían problemas. Buscó alojamiento y dio un paseo por el muelle para ver la *Sainte Marie* y comprobar si Mora había llegado. Era un puerto pequeño, vigilado por un enorme castillo que se alzaba en lo alto de una ladera.

Le preocupó no encontrar señal alguna de la presencia de Mora, pero tampoco observó controles en el puerto. Si vigilaban, lo hacían con mucha discreción. La *Sainte Marie* estaba anclada en la parte exterior del pantalán, la más alejada del muelle interior. Su calado no le permitía aproximarse más. No sabía si eso representaba una ventaja o un problema. Pensaba en ello cuando llamó su atención un grupo de personas que se acercaba por la línea de la costa armando cierto alboroto. Todavía estaban lejos, pero identificó a Solano y a Helen O'Brien. Le parecieron demasiado visibles por su número y actitud. Venían cantando y pensó que se habían vuelto locos. Se acercaban al muelle sin dejar de cantar. Algunos pescadores que remendaban redes o engrasaban maromas y cabestrantes los miraron, sólo un momento, con curiosidad, para volver de inmediato a sus tareas. Parecían un grupo familiar que iba de excursión.

Solano se acercó a Jorge Juan, que seguía sin salir de su asombro.

—¿Puede saberse a qué viene todo esto? ¡Estáis llamando la atención!

—No lo creo, señor. Mirad esos marineros. Es costumbre en la costa de Kent salir a recoger conchas y moluscos... y la gente canta.

Jorge Juan saludó a Mullan que, cosa extraña, parecía divertido.

—¿Todo bien, Helen? —preguntó a la viuda.

—Todo bien, señor.

—Gracias por lo que hicisteis en Lombard Street.

—No tiene importancia.

—Más de lo que imagináis. Si no lo hubierais hecho, tal vez...

—Olvidadlo.

—Gracias. —Miró a Solano y le preguntó—: ¿Cuándo habéis llegado?

—Hace muy poco, señor. Bowles nos convenció de que era mejor no llegar hasta el puerto de Dover. Decía que el *Dragon* podía llamar mucho la atención. Nos ha dejado en una cala a poco más de una milla. Creo que lo ha hecho para aprovechar que se había levantado este viento del Sur que le venía de perlas para regresar al estuario del Támesis. ¡Ese Bowles es un buen patrón pero también es un pícaro redomado!

—¿Por qué lo dices?

Solano le contó que estaba beodo cuando tenía que haber ido a recogerlos y

luego lo sucedido con el guardacostas fluvial.

—Creo, señor, que me sacó el dinero de forma miserable.

—Es probable, pero lo importante es que estáis aquí.

Contó a los integrantes del grupo. No le salían las cuentas.

—¿No eran dos las mujeres que venían...? Bueno, dos sin la señora O'Brien.

Solano había temido aquel momento, sobre todo sin que Mora estuviera presente.

—¡Ejem! Verá..., señor... —La situación para el guardiamarina era tan embarazosa que balbuceó en español, olvidándose de una de las normas que Jorge Juan había impuesto a rajatabla.

—En inglés, Solano, en inglés.

—Perdón, señor. Es que... Bueno esa joven es... es la novia de Mora. Pedro, antes de marcharse, me pidió que la incorporase al grupo. Sé que...

—¡Basta de excusas!

Jorge Juan miró a la joven que se había acercado a Helen O'Brien, como si buscara su protección. Mora no había incumplido ninguna orden porque no la había al respecto. Recordó su viaje de Cádiz a Madrid y se preguntó qué habrían hecho Claudia y él en circunstancias como aquella. Se acercó a Mary y le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Mary... Mary Connolly, señor —respondió con un hilo de voz, ruborizada y mirándose la punta de los zapatos

—Sed bienvenida, *miss* Connolly. —Tomó su mano y la besó—. Espero que mi patria os guste. Hace más calor que aquí. Pero es un bello país. Eso también va por vos, Helen. —Se volvió hacia Solano y le preguntó—: ¿Sabes algo de Mora?

—No, señor. Si vos habéis llegado, él debería estar aquí. —Jorge Juan asintió.

—Ahora lo más urgente es buscar dónde acomodar a tanta gente.

—Quizá podríamos... —Solano le comentó algo al oído.

—¿Crees que es posible?

—Por intentarlo, nada perdemos.

Pedro de Mora, Patrick Lahey y sus dos oficiales no habían tenido problemas, al menos hasta aquel momento. Cuando en Londres saltaron las alarmas, ya marchaban hacia Dover y uno de los ayudantes de Lahey conocía bien el camino. Habían cruzado el Támesis por Tilbury, en la misma barca que había llevado a Jorge Juan. Luego unos carreros, que transportaban una carga de toneles de cerveza de Rochester a Canterbury, los acomodaron en sus carretas.

Hicieron noche en la vieja villa de abolengo medieval y al día siguiente Mora pudo contemplar su catedral, cuyas cuadradas torres le daban un aire de fortaleza. Un ayudante de Lahey le explicó que aquel templo era la sede del arzobispado de Canterbury, el primado de la Iglesia anglicana, cuya cabeza ostentaba el monarca.

A Mora le llamó la atención el que allí se editara un periódico dos días a la semana, el *Kentish Post*. En el último número aparecía la noticia de que Jorge Juan había sido recibido como miembro de honor de la Royal Society.

Desde Canterbury viajaron con unos arrieros que iban a la costa para cargar sal. Los dejaron en Witfield, donde acababan de alojarse. Les quedaba muy poco para su destino, pero Mora, con buen criterio, había decidido no llegar con tanta antelación, pensando que el puerto estaría vigilado. Habían encontrado una hospedería, situada en el camino que llevaba a Dover, que quedaba a poco más de media hora.

Tomaban unas pintas de cerveza y comían algo cuando oyeron jaleo en el patio delantero de la posada. Media docena de soldados gritaban a los mozos para que se encargaran de los caballos. Entraron alborotando y exigiendo bebida a grandes voces.

—¡Posadero, cerveza! ¡Pronto!

—¡Rápido, que tengo la garganta reseca!

Se sentaron junto a la mesa que ocupaban Mora y sus acompañantes.

—¡Malditos españoles! —gritó uno de los soldados, colocándose el sable de forma que no estorbara—. ¡Esos hijos de puta nos tienen desde anteayer sin resuello!

—¡Si supiéramos dónde buscar a esos malnacidos...! —corroboró otro.

El jefe de la patrulla, tras dar con el puño un fuerte golpe sobre la mesa, comentó:

—¡Ojalá supiéramos si buscan escapar por Dover o tratan de salir por Folkestone o por Hythe...!

—¿No habrán huido hacia el Sur? ¿Hacia Brighton o Plymouth? —apuntó otro.

Mora dio un trago a su cerveza. Miró a los soldados, que volvían a exigir sus jarras, y no lo pensó dos veces.

—Disculpadme, ¿están buscando a esos espías españoles?

El sargento lo midió con la mirada. Mora daba la imagen de un inglés.

—¿Sabes algo? Hay diez guineas a quien facilite información para echarles el guante.

—Ayer en Canterbury vimos a un grupo que iba hacia el sur. Hacia Brighton.

—Mucha gente viaja a Brighton.

Mora se encogió de hombros.

—Por cómo hablaban, dos eran extranjeros y uno que conozco es un calafate.

—¡Son ellos! —exclamó uno de los soldados.

—Un momento, tranquilos —ordenó el sargento—. Dime, ¿de qué conoces a ese calafate?

—Porque trabajo en los *docks*. —Señaló a sus acompañantes—: Somos estibadores.

El sargento miró a Lahey, que confirmó las palabras de Mora.

—¿Qué hacéis aquí?

—Tenemos que descargar un barco que llega mañana a Dover —improvisó Mora.

—Trae vino de Francia —remachó Lahey.

—¡Son ellos, mi sargento! —insistió el soldado.

—¿Cuántos eran?

Mora aparentó hacer cálculos.

—Diez, tal vez doce. Pero no eran todos españoles. La mayoría eran ingleses.

—¡A los caballos! —ordenó el sargento.

Las mozas que traían las cervezas los vieron salir alborotando, como a la llegada.

—¡Eh! ¿Quién me paga la cerveza? —El posadero se quedó mirándolos e hizo un gurrño con el paño que tenía en la mano y lo arrojó al suelo—. ¡Maldita sea mi estampa!

—¡Dejad esas jarras aquí! —indicó Mora a las mozas.

Una vez que volvió la calma a la posada, Lahey lo increpó.

—¿Cómo se os ha ocurrido? ¡Nos habéis puesto en un aprieto!

—¡Tenían demasiada prisa para pensar! Lo del barco con el vino ha sido magnífico.

—Ya andan tras nuestros pasos —comentó Anders, uno de los ayudantes de Lahey, después de dar un largo trago a su cerveza, con el miedo reflejado en el rostro.

—Al menos esos no nos atraparán. ¡Estarán cabalgando toda la noche... hacia Brighton!

A Mora lo despertó un trote de caballos cuando apenas había amanecido. Desde la ventana vio cómo se alejaba un grupo de soldados camino de Dover. Aquello no le gustó. Salió al patio trasero de la posada para asearse con el agua del pozo y se preguntó si Mary habría logrado llegar a Dover. Si la víspera hubiera sabido que la joven estaba allí, nadie habría podido retenerlo en Witfield. Una vez vestido se sentó a la mesa donde Lahey y sus hombres desayunaban rebanadas de pan de centeno untadas con manteca y leche recién ordeñada. Compartió el condumio con ellos, pero untó las rebanadas con la miel que utilizaban para endulzar la leche.

—Tenemos que trazar un plan para entrar en Dover. Hay más soldados en la zona. ¿Habéis visto a los que han pasado por el camino? —Lahey y sus ayudantes asintieron con gesto preocupado—. Significa que nos están buscando por todas partes. Si entramos por la puerta, habrá que responder a algunas preguntas. Quizá sea mejor dar un rodeo.

—¿Por dónde? —preguntó Lahey.

—Dover no está amurallada —apuntó Anders, el más joven de sus oficiales—. Cuando había problemas, la gente se refugiaba en el enorme castillo que la protege. Me lo contó un cordelero que vive aquí. Tal vez, pueda informarnos del mejor sitio para entrar.

—¿Te fías de él? —le preguntó Mora.

—Es un buen amigo.

—Para hablar con él, tendrías que ir y volver —le planteó el maestro.

—Dover está cerca. En poco más de una hora podría estar de vuelta.

Pedro miró a Lahey.

—Puede ser una buena opción. No sospecharán de un hombre solo.

—Entonces no pierdas un minuto —le indicó Mora—. Nosotros recogeremos tus cosas.

Apenas Anders se hubo marchado, Lahey los apremió.

—Recojamos las cosas. Tenemos que estar listos para cuando regrese.

Poco después tenían sus hatillos preparados, habían ajustado la cuenta con el posadero y estaban prestos a ponerse en camino. Aguardaban bajo el cobertizo de la entrada con un ojo en el camino. Mora comentaba que las gentes, el clima y los paisajes en España eran muy diferentes, según adónde fueran.

—Cádiz es el arsenal que mejor conozco. Está en la punta Sur de España. El clima es muy agradable, aunque con frecuencia el viento sopla con demasiada

fuerza. En el extremo noroeste está El Ferrol, su clima es más parecido al que hay por estas latitudes. Cartagena está a orillas del Mediterráneo, tiene un clima muy suave. Fue, durante siglos, la base de las galeras que surcaban ese mar y que hoy son poco más que un recuerdo.

—Lo peor será habituarse a la comida —comentó Lahey—. Dicen que todo se cocina con ajo.

—¡Eso es una exageración! —protestó Mora—. La diferencia mayor, sobre todo en el Sur, es que, en vez de mantecas, emplean aceite. La diferencia es grande... a favor del aceite.

—Tiene un olor especial.

—Es mucho más suave que vuestras mantecas.

—Mirad. —El otro ayudante de Lahey señaló el camino de Dover.

Una polvareda en la lejanía les anunció que venía un grupo de jinetes.

Mora miró a Lahey.

—¡Anders nos la ha jugado! ¡Ese canalla ha dado aviso a los soldados! Tenemos que salir rápido.

Mora echó una mirada. A una media milla había un pinar.

—Vendrán directos aquí. Corramos hacia aquellos pinos. Allí podemos ocultarnos.

—Cuando vean que no estamos, será el primer lugar al que acudan —protestó Lahey.

—Sí, pero cuando lleguen ya no estaremos allí. ¡Vamos, vamos!

Echaron a correr, conscientes de que su suerte dependía de lo rápido que se movieran. Ganarían el bosquecillo antes de que los soldados llegaran a la hospedería y desde allí, tratando de pasar inadvertidos, se dirigirían a Dover.

Caminaron agazapados, buscando ocultarse lo más posible. Así se acercaron a la ciudad y se colocaron tras un seto junto al camino. Aún no había señales de que los soldados estuvieran de regreso.

—Buscan a tres hombres, así que nos separamos aquí —señaló Mora—. Entrad vosotros dos, ellos esperan a tres y si Anders ha acompañado a los soldados no os identificarán.

—Y si se ha quedado en las puertas...

—No es lógico, pero andaos con cuidado. El barco es la *Sainte Marie*. Se hará a la mar a partir de mediodía. Disponemos... —miró el sol, que ya estaba alto— de un par de horas.

Lahey y su ayudante regresaron al camino y aceleraron el paso. Mora se dispuso a dar un rodeo. Una población sin murallas le ofrecería numerosos sitios por donde entrar.

El revuelo en el patio ante la presencia de los soldados hizo salir al

hospedero.

—¿Ocurre algo?

—¿Dónde están? —Fue la respuesta del sargento.

—¿Quiénes?

—El español y sus acompañantes. ¿Dónde están?

—Pidieron la cuenta y se han marchado. —El hospedero vio un hatillo abandonado—. Ahí han dejado eso.

—¡Eso es mío! —exclamó Anders, bajándose del caballo que le habían facilitado.

—¿Cuánto hace que se fueron?

—Como media hora.

El sargento miró a Anders.

—Debieron sospechar algo —se excusó encogiéndose de hombros.

—¡Maldita sea! —protestó el sargento—. ¡Puede que ya estén en Dover!

—Nos los habríamos cruzado por el camino.

—No serán tan imbéciles. ¡Habrán ido campo a través!

—Quizás estén en aquella arboleda. —Un soldado señaló el pinar.

—Daremos una batida. Tú y tú, aguardad aquí —ordenó a dos de sus hombres—. Nunca se sabe.

Recorrieron el bosquecillo, sin encontrar rastro. El sargento soltó otra maldición y uno de los guardianes de la puerta que acompañaba a la patrulla comentó:

—Hoy zarpa la *Sainte Marie*.

El sargento lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué es la *Sainte Marie*?

—Una fragata mercante que navega con pabellón francés.

—¡Imbécil! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Todo ha sido tan apresurado... Apenas llegasteis a Dover nos hemos venido aquí...

El hombre tenía razón. Aquellos soldados pertenecían al regimiento de Maidstone. Su coronel había recibido órdenes de controlar desde la punta de Kingsgate hasta Eastbourne, que incluía los puertos de Dover, Folkestone, New Romney, Camber y Hastings, cerca de cien millas de litoral, aunque muchas zonas eran acantilados.

—¡Regresemos a Dover! ¡Hay que impedir que salga ese barco! Apostaría la paga de todo el mes a que van a embarcar en él.

Se reagruparon rápidamente y regresaron. Poco antes del mediodía estaban a las puertas de Dover.

—¿Habéis visto algo anormal? —preguntaron a los guardias de las puertas.

—No, mi sargento. Sólo campesinos de la zona. Gente conocida. Algunas mujeres con productos de sus granjas y un par de sujetos. Uno de ellos por la forma de hablar es de Suffolk o de Colchester.

—¡Son el maestro Lahey y Aldrich! —exclamó Anders.

—¿Estás seguro?

—Son irlandeses, quien es de Colchester soy yo. Aldrich imita mi forma de hablar.

—¿No iba con ellos un tercer tipo, que podía ser español?

—No, sólo eran dos.

—¿Cuánto hace que entraron?

—Hace un buen rato. Cerca de una hora.

—¡Vamos al puerto! Aquí estamos perdiendo el tiempo.

Cuando llegaron, la *Sainte Marie* seguía fondeada. Nada rompía la normalidad. El sargento pidió un catalejo y oteó el buque. No parecía que fuera a zarpar. Tenía las velas recogidas. Otro barco más pequeño sí desplegaba su velamen y se disponía a hacerse a la mar.

—¡Detened ese barco! ¡Los fugitivos están en él! ¡Un bote! ¡Necesitamos un bote!

La tranquilidad desapareció del puerto. El práctico que iba a guiar el barco hasta aguas abiertas fue llevado ante el sargento.

—¿Hay algún problema?

—¡Ese barco no puede partir!

—Son pescadores de aquí, señor. Tienen sus papeles en regla.

—¡Tenemos que registrarlo! ¡Lleva a bordo tres polizones!

—No lo creo, señor.

—¡Detenedlo, es una orden real!

El práctico se encogió de hombros.

—Si vos lo decís...

El pesquero fue obligado a detener la maniobra. El sargento, acompañado por el práctico, Anders y cuatro de sus hombres, subió a bordo.

—¡Formad a la tripulación! —ordenó sin miramientos—. Quiero verlos a todos.

Siete hombres se alinearon en cubierta, a regañadientes. Tenían aspecto de rudos pescadores. El sargento miró a Anders, que negó con la cabeza.

—¿Hay alguien más a bordo?

—No, señor. Esta es toda la tripulación.

—He dicho alguien más. No que sea de la tripulación.

—Nadie más.

—Buscad en el sollado. También en la sentina.

Los soldados escudriñaron hasta el último rincón del pesquero.

—No hay nadie más a bordo, mi sargento.

Pedro de Mora, que había llegado a la playa rodeando el caserío de Dover, vio a la *Sainte Marie* fuera del pantalán y no lo pensó dos veces. Se lanzó al agua y ganó el costado del buque que quedaba oculto desde el puerto. Su chapoteo llamó la atención a bordo.

—¡Hombre a babor!

Solano se asomó por la amura.

—¡Es Pedro! ¡Pedro de Mora!

Le arrojaron una escala y trepó hasta cubierta, donde cayó agotado. Mary Connolly se abrazó a él y rompió a llorar. El silencio, breve y emotivo, lo rompió Jorge Juan.

—Estamos todos, capitán. Si vuestra carga está completa...

—Primero, liquidemos nuestra cuenta —exigió Bouvier, que había admitido los niños a regañadientes—. Aunque... pensándolo bien, ¡qué diantre! Aprovechemos esta brisa...

—¿No queréis cobrar? —Jorge Juan lo miró con una pizca de ironía.

—Más tarde, ahora nos largamos. —Se giró hacia sus hombres—: ¡Desplegad las velas! ¡Levad el ancla! ¡Retirad las pasarelas y soltad amarras! ¡Nos vamos! ¡Daos prisa! ¡Timonel, todo a babor!

La tripulación de la *Sainte Marie* se movía con la seguridad de quien ha hecho aquello muchas veces.

—¡Solano! ¡Echa una mano! —indicó Jorge Juan.

—¡A la orden, señor!

La actividad en la cubierta de la *Sainte Marie* llamó la atención en el pesquero.

—¡Mi sargento! ¡Aquel barco se hace a la mar! ¡Está desplegando velas!

—Tenía la salida prevista para dentro de un rato —señaló el práctico.

—¡Están en ese barco! —gritó el sargento.

—¿A quién buscáis, señor? —preguntó el patrón del pesquero.

—A un espía español y dos malditos irlandeses.

—Va mucha más gente —indicó el pescador—. Ayer tarde embarcaron cuando preparábamos las redes.

—¿Por qué... por qué no has avisado?

—¿Avisar...? —El patrón, desconcertado, miraba al práctico—. ¿De qué?

—¡Maldita sea! ¡Se habían citado todos en Dover! ¡Hay que detenerlos!

—No sé cómo. —El práctico se encogió otra vez de hombros.

La brisa ya había hinchado el velamen de la *Sainte Marie* y se hacía a la mar.

—¡Hay que hacer algo!

—No os torturéis, sargento —comentó el práctico—. La única opción sería avisar para que algún navío de línea saliera en su persecución, pero antes de que largara las velas, la *Sainte Marie* estaría en Boulogne.

—¿Ese es su destino?

—Sí, señor.

El práctico llevaba razón. Si no tenía problemas, antes de que anoheciera habría llegado a puerto.

La *Sainte Marie* entró en el puerto de Boulogne cuando los últimos rayos del sol daban a las aguas un tono dorado. La travesía del canal de la Mancha duró apenas cinco horas, gracias a un viento que había rolado a poniente, nada más salir de Dover. Atracó y apenas se hubo extendido la pasarela los pasajeros desembarcaron. Los fardos, cajas y toneles no se descargarían hasta el día siguiente.

—¡Se la hemos jugado a esos ingleses! —exclamó Bouvier, exultante—. ¡No os imagináis cómo he disfrutado!

—Me temo que no podréis regresar a Dover —le dijo Jorge Juan—. Desde hoy estaréis en una lista negra.

—Os equivocáis, señor. La *Sainte Marie* y el capitán Bouvier no podrán, pero con otros nombres... Será cuestión de no aparecer por Dover en una temporada.

—Sois de la piel del diablo.

Habían hecho buenas migas durante la travesía. Jorge Juan le había hablado de la medida del arco del meridiano en el virreinato del Perú y de su relación con La Condamine. El capitán de la *Sainte Marie* estaba impresionado por llevar a bordo un pasajero tan ilustre.

—¿Qué haréis ahora con todo este pasaje?

—No lo tengo claro. Por lo pronto alejarme. Aquí somos muy visibles para los ingleses. Saben que hemos desembarcado en Boulogne. Pero no puedo alejarme mucho.

—¿Por qué?

—Porque necesito recibir noticias y... dinero. Vuestros pasajes nos han dejado sin blanca y tenemos que sobrevivir, al menos varias semanas.

Se despidieron con un apretón de manos, pero apenas Jorge Juan había puesto el pie en la pasarela cuando lo detuvo la voz de Bouvier.

—¡Aguardad un momento! Quizá pueda ayudaros. Conozco una granja a unas dos millas de aquí donde podríais descansar y aguardar noticias. Es un lugar con pocas comodidades, pero discreto.

—Disponemos de poco dinero y aún será menos cuando pague un correo que ha de llevar un mensaje a España.

—Quizás el dinero no sea problema. Si os parece bien, podemos intentarlo.

—Insisto en que mis recursos son muy limitados. Pero no tengo muchas opciones.

—Venid conmigo.

Bouvier impartió órdenes a sus hombres y Jorge Juan dijo a los suyos que lo aguardaran. Caminaron hasta una casa de aspecto señorial algo alejada del puerto.

—¿Quién vive aquí?

—El barón de Fleury. Es el dueño de esa granja. Aguardad un momento, será mejor que entre solo.

La espera fue breve. Bouvier salió a los pocos minutos y Jorge Juan le preguntó:

—¿Qué tal os ha ido?

—El barón quiere saludaros.

—¿Le habéis dicho que no disponemos de dinero?

—Acompañadme. —El francés lo tomó por el brazo.

Para Jorge Juan fue una gran satisfacción saber que el barón conocía a La Condamine y que era gran aficionado a la geografía y la astronomía. Media hora más tarde salía con el alojamiento resuelto. Un criado del barón los acompañaría a la granja.

—Tenemos que darnos prisa. La noche se echa encima y vos tenéis que caminar un par de millas. Esa granja es amplia. Podréis instalar a vuestra gente sin muchos problemas.

—No sé cómo agradeceremos...

—¡Bah! El barón está encantado de haberos conocido y de poder seros de utilidad.

Se despidieron en el puerto con un abrazo. Antes de abandonar la villa, Jorge Juan gastó la mayor parte del dinero de que disponían en contratar a un correo. Llevaría a Madrid noticias de dónde se encontraban y cuál era su situación. Tendrían que aguardar varias semanas.

Cuando llegaron a la granja era bien entrada la noche. El criado que el barón había puesto a su disposición habló con el guardés, la única persona que habitaba en el lugar. Era un caserón de dos plantas, cercano a la frontera con lo que habían sido los Países Bajos españoles y ahora era territorio imperial. Estaba rodeado de arboledas que proporcionaban madera a un aserradero próximo y a poca distancia discurría un riachuelo. Se acomodaron lo mejor que pudieron para pasar aquella primera noche.

Los días siguientes la viuda O'Brien, Mary Connolly y las dos mujeres de los ayudantes de Mullan confeccionaron prendas de vestir con unas telas que habían comprado en Boulogne. La mayoría de los viajeros sólo contaban con lo puesto. También improvisaron entretenimientos, como la búsqueda de comida silvestre, que les venía bien en las circunstancias en que se encontraban, que

acompañaban con algo de caza, más los huevos y el queso que el guardés les suministraba con el poco dinero de que disponían. No salían de aquel entorno para no ser descubiertos.

Un día, los guardiamarinas, que iban dos veces —una por la mañana y otra por la tarde— a la casa de postas de Boulogne por si llegaba el correo de España, se enteraron de que agentes ingleses merodeaban por la zona. Pero la granja resultó ser un magnífico refugio. Lo peor era que los días en la granja se hacían cada vez más tediosos y las protestas de Mullan aumentaban. Quienes no estaban preocupados con la espera eran Pedro y Mary. Se perdían por las arboledas próximas y se les veía felices.

Hacía veintinueve días que aguardaban, cuando los guardiamarinas llegaron a la granja acompañados por Fermín, el esperado correo del marqués de la Ensenada. La alegría con que fue recibido se convirtió en alborozo, después de comer, al oír decir al mensajero, que había traído una importante suma en una letra de libranza, una excelente noticia:

—En la bahía de Somme está fondeado el *San Andrés*. Un buque español que tiene su base en Santoña. Si tiene viento favorable, su capitán, un vasco llamado Landauri, zarpará rumbo a Bilbao en un par de días. Espera para entonces tener completa su carga de arenque en salazón, resina y madera.

—¿Podría llevarnos? —preguntó Jorge Juan.

—Aceptará, si se le paga lo que pide. Será un atraco y, si vuestas mercedes quieren comer, tendrán que llevar sus propios suministros.

—¿Qué distancia hay hasta esa bahía?

—Unas quince leguas, señor. Podrían hacerse a pie en un par de jornadas.

—Hay dos niños.

—En ese caso habría que contar con una carreta —indicó Fermín.

—En el granero hay una —indicó Mora—. Podrían viajar en ella las mujeres y los niños.

—¿Tendríamos para el pasaje con los doscientos doblones que nos has traído en moneda? —preguntó Jorge Juan a Fermín.

—¿Cuántos pasajeros serían?

—Dieciséis, más los dos niños.

—Me temo que no serán suficientes.

—¡Es tan ladrón como Bouvier! —protestó Solano.

—Mucho más —lo corrigió Jorge Juan—, Bouvier asumió mucho riesgo y puso en serio peligro a su tripulación, con la que ha repartido el dinero. El capitán del *San Andrés* no arriesga nada. El problema es que la letra de libranza ha de hacerse efectiva en París. Si el *San Andrés* zarpa en un par de días no hay tiempo de ir, cobrarla y volver. ¿A qué distancia de París estamos? —preguntó

mirando a Fermín.

—No podría decíroslo con seguridad, pero sobre sesenta leguas.

—Dadme esa letra de libranza —pidió Solano a Jorge Juan.

—Es imposible ir y volver en dos días.

—Esos ochocientos doblones sólo pueden cobrarse en París, señor — insistió Solano.

Jorge Juan permaneció un buen rato en silencio. Todos los presentes estaban pendientes de él.

Después de meditarlo mucho, pidió al guardés el percherón que tenía para las labores en la granja. Sin dar explicaciones, montó el animal, que echó a andar con paso cansino.

—¿Adónde vais, señor? —preguntó Mora.

—¡Aguardad a que regrese!

—No pensará ir a París en ese caballo —ironizó Mullan.

La mirada de Solano hizo enmudecer al inglés.

Al cabo de tres horas Jorge Juan regresó. Los encontró sentados en torno a una mesa donde se veían restos de una frugal comida. Los dos chiquillos dormitaban acurrucados sobre la madre junto a la chimenea. Pedro y Mary habían desaparecido.

—¿Habéis dejado algo para este marino hambriento? —preguntó, dejando caer pesadamente unas alforjas sobre la mesa. El sonido no dejó lugar a dudas.

—¿Tenéis el dinero? —preguntó Solano con cara de incredulidad.

—Los ochocientos doblones en escudos de plata y luisas de oro.

—¿¡Cómo lo habéis conseguido!?

—El barón de Fleury es nuestro ángel de la guarda. Ha aceptado la letra de libranza.

—¿Os la ha hecho efectiva?

—Hasta la última moneda.

—¿Cuánto os ha cobrado? —preguntó Mullan.

Jorge Juan miró al inglés de soslayo.

—Hay gente que no actúa por dinero. —Mullan agachó la cabeza—. También nos ha autorizado a disponer de la carreta. ¡Así que a dormir pronto! Partimos mañana al alba.

Un grito de júbilo acompañó sus últimas palabras. Los niños despertaron sobresaltados.

Dejaron la granja al amanecer. Las mujeres y los niños en la carreta que conducía el guardés. Fermín montó en su caballo. Se adelantaría para hablar con el capitán del *San Andrés* y negociar el pasaje.

La expedición llegó a la bahía del Somme al anochecer del día siguiente.

Agotados, pero sin incidencias dignas de mención. No vieron a los ingleses por ninguna parte. Se alojaron en dos fondas cercanas al puerto y Jorge Juan, acompañado de Fermín, se reunió con el capitán del *San Andrés*.

—A quince por barba, son doscientos cuarenta doblones. ¡Ni un maravedí menos! Bastante hago con no cobrar por los niños.

—Supongo que ese precio incluirá comida, tres veces al día.

—¡Ni un arenque! Eso corre de vuestra cuenta.

—¿No os parece excesivo?

—No. Es lo que hay. Zarpamos mañana al amanecer si se mantiene este viento del norte.

—Está bien —aceptó Jorge Juan.

—Antes de embarcar quiero ver el brillo de vuestro oro.

—No os preocupéis. Tendréis vuestros doblones.

Jorge Juan estaba tan indignado que se marchó sin estrechar la mano de Landauri.

Helen O'Brien y Mary Connolly, acompañadas por Mora y Solano, se encargaron de la intendencia. Compraron en un colmado medio barril de arenques en salmuera; todas las existencias de un embutido que elaboraban en la zona a base de carne de cerdo picada, tocino y manteca, todo ello muy especiado; seis quesos; dos barrilillos de mantequilla y dos arrobas de manzanas. Quedaron en recoger, al amanecer, veinte hogazas de pan que el tendero se comprometió a que las hornearía un panadero, vecino suyo.

Antes de acostarse, Jorge Juan se hizo con recado de escribir y redactó una carta de agradecimiento al barón de Fleury que entregó el guardés, quien al día siguiente emprendía el regreso a Boulogne. La acompañó de dos lises de oro para compensarle por sus trabajos.

Las campanas de la iglesia llamaban a misa cuando Mora y Solano estaban embarcando las provisiones, una vez que Mateo Mullan y su gente, Patrick Lahey y su ayudante, la viuda O'Brien y Mary Connolly hubieran subido a bordo. El último en subir fue Jorge Juan. En el muelle los despidió Fermín, que haría el camino por tierra y tardaría un par de semanas en llegar a Madrid.

La actividad en la ría era notable, pero no podía compararse con el bosque de mástiles de toda clase de buques que podían verse en las riberas del Támesis. El *San Andrés* había ganado una jornada respecto a lo que solía durar una travesía desde los puertos del canal de la Mancha, aunque eso era algo que no se podía predecir. Una vez levadas anclas, se estaba en manos del viento, que solía dar más de un quebradero de cabeza.

Las jornadas por aguas del golfo de Vizcaya fueron plácidas. Sirvieron para recuperarse de las tensiones vividas en las últimas semanas. Jorge Juan imaginó de mil maneras su encuentro con Claudia. Ansiaba reunirse con ella, besarla, tenerla en sus brazos y decirle cuánto la amaba.

—Esa es San Jorge. —El capitán, con quien Jorge Juan había mantenido la distancia durante la travesía, señaló una iglesia a babor, hacia donde había pegado al *San Andrés* para enfilarse de frente al estrechamiento de las aguas.

Landauri era un tipo curioso. Durante la travesía no había dejado de fanfarronear, de mascar tabaco y de jugar a los naipes con algunos de sus hombres, a cuyos bolsillos fue una parte del costoso pasaje pagado por Jorge Juan. Llamaba la atención el tamaño de sus orejas rematadas en un llamativo pico y una pronunciada calva en la coronilla, que recordaba la tonsura de un clérigo.

—Parece muy antigua —respondió Jorge Juan, por no ser descortés.

—La fundaron hace siglos unos monjes ingleses que... ¡Aitor, pulso firme, mantén el rumbo! —gritó al timonel, olvidándose de la explicación, en el momento en que dejaban atrás la rada y enfilaban una garganta mucho más estrecha, a cuyos lados se veían algunas casas en la franja de terreno que dejaban las montañas que encajonaban la ría—. ¡Arriad la mayor! ¡Mantened el foque! ¡Preparad el ancla! ¡Aitor, vira a Sestao!

El *San Andrés* ancló en una pequeña ensenada. Había un puñado de casas en torno a otra iglesia.

—¿Esto es Bilbao? —preguntó Solano.

—Esto es Sestao. Aquí se acaba vuestro viaje. Bilbao queda a poco más de una legua siguiendo la ribera. No tiene pérdida.

Jorge Juan se encaró con él.

—¿Este barco no va a Bilbao?

—Va a Bilbao, pero vuestras mercedes y esos ingleses se bajan aquí.

—Eso no es lo acordado.

—Se trata sólo de una legua y no quiero problemas.

—¿Somos un problema después de pagaros una fortuna? —Jorge Juan puso cara de pocos amigos—. No se trata de caminar una legua, sino de que cumpláis vuestra palabra. Lo acordado era desembarcarnos en Bilbao.

—Eso no es posible —insistió Landauri.

—Dadme una razón y, si es de peso, la aceptaré.

El capitán del *San Andrés* guardó silencio.

Jorge Juan vislumbró lo que había detrás de aquella actitud. Landauri no deseaba llevarlos a bordo al entrar en Bilbao. El pasaje no estaba previsto y se había embolsado una importante suma que, en gran parte, había perdido con los naipes. No podía dar cuenta al armador, que estaría pendiente del *San Andrés* desde el momento que asomara la proa. El asunto tenía mala componenda. Jorge Juan era marino y no podía poner la autoridad del capitán en entredicho, pero aquel malandrín no debía salirse con la suya. Optó por la única solución que le permitía salvar la autoridad del capitán y no quedar en ridículo.

—¿Puedo hablar con vos un momento, a solas?

Landauri asintió.

Lo que hablaron no se supo, pero el capitán fue a su camarote y apareció con un saquillo que entregó a Jorge Juan. A continuación dio orden de atracar y el pasaje desembarcó utilizando una pasarela.

Caminaron por la orilla en dirección a Bilbao. Se encontraron con algunas mujeres que iban en su misma dirección, llevando grandes banastas de sardinas. No dejaban de cantar y pregonarlas. Cerca de mediodía avistaron la villa que fundara don Diego López de Haro hacía tres siglos y medio. El viento les trajo el sonido de las campanas que llamaban al rezo del ángelus. Dejaron atrás un enorme monasterio franciscano y cruzaron a la otra orilla, que era donde se asentaba el caserío, por un puente bajo el que podían pasar barcos pequeños. Encontraron alojamiento en un mesón junto a la iglesia de San Antón. Jorge Juan mandó recado a Juan de Idiáquez anunciándole su llegada.

El hombre de Ensenada en Bilbao apareció por el mesón a la hora del almuerzo, pensando en invitar a Jorge Juan. Pero se encontró con un festín. Después de afrontar tantas penalidades los viajeros habían decidido celebrarlo.

El mesonero había dispuesto una larga mesa, bajo unos emparrados, donde había colocado cestas con grandes rebanadas de pan blanco, platos con queso — les dijo que se hacía en los caseríos con la leche de unas ovejas que llamaban lachas—, fuentes de chorizo frito y de morcilla de arroz, y varias piernas de cordero ya deshuesadas.

Observó el ambiente y, hombre de experiencia, dedujo quién era Jorge Juan, y se acercó a donde estaba.

—Soy Idiáquez. Por lo que veo, he llegado...

—En el momento justo. —Jorge Juan se había puesto en pie y estrechó su mano—. Tomad asiento y comed con nosotros. Como veis, hay para todos.

—No necesitáis jurarlo, pero no puedo aceptar.

—Por favor... —insistió Jorge Juan.

—No puedo aceptar. ¿Cuándo os viene bien que nos veamos?

Jorge Juan no insistió. Se verían aquella misma tarde.

Después de aquellas entradas, el mesonero les sirvió un humeante guiso de bonito con patatas que sacaba de una gran marmita. Disfrutaron a placer. Jorge Juan echaba de menos a Claudia, pero se mostraba satisfecho. Don Zenón tenía lo que le había encargado aquel lejano día en que acudió a su gabinete. Pedro de Mora y Mary Connolly eran unos tortolitos y Solano lo pasaba en grande contando la ayuda que le prestó un sevillano, llamado Medina, cuando acompañó al maestro fundidor y a su hermana Clothilde a embarcar.

—Estaba algo más que arrepentido de haberse casado. ¡Al pobre, lo obligaba su mujer a asistir a diario a los oficios de los anglicanos!

El chacolí corría generoso y hasta Mullan mostraba su mejor cara. No paraba de beber y de decir inconveniencias a las que nadie prestaba atención.

Jorge Juan se vio con Idiáquez, persona afable y cordial, en una sala que el mesonero puso a su disposición. —Clientes con aquella bolsa aparecían muy de tarde en tarde—. Lo puso al día en numerosos asuntos.

—Según las referencias que tengo, con vos vienen dos maestros, uno en construcción y otro en lonas y jarcia, con varios de sus ayudantes. ¿Es correcta esa información?

—Eso es, pero al de lonas y jarcia sólo lo acompaña uno de sus hombres. El otro nos salió rana. —Jorge Juan le explicó cómo los había traicionado.

—A partir de ahora me hago cargo de todos. Ese maestro de lonas irá a Cartagena. El constructor, a Cádiz. Por lo que vi en el patio, cuatro vienen con sus mujeres.

—Sólo dos. Las otras dos vienen a Madrid conmigo.

—Como vos dispongáis.

Le informó que el maestro fundidor estaba en Liérganes y, según las noticias que tenía, varios navíos de línea serían botados muy pronto.

—La necesidad de grandes árboles para construir buques ya es historia, amigo mío.

—Menos mal, apenas había árboles para construir varengas. ¿Qué se cuenta en la corte?

—Poca cosa. Os interesará saber que en la *Gaceta de Madrid* se dedicó mucho espacio a la muerte de dos ingleses. Decía que se batieron en duelo y

llevaron la peor parte, pero he sabido de buena tinta que eso ha sido una puesta en escena. Puro teatro.

—¿Por qué ha de interesarme esa noticia?

—Porque eran espías, amigo mío. Parece que fue un ajuste de cuentas. Por lo visto mataron en París a un agente de don Zenón, llamado Osorio. —Idiáquez se dio cuenta de que el nombre no era indiferente a Jorge Juan—. ¿Lo conocíais?

—No, pero sí a su viuda y a su hija. ¿Sabéis algo más de ese lance?

—Lo que os he dicho.

La noticia hizo que el deseo de Jorge Juan por llegar a Madrid aumentara. Si Idiáquez se hacía cargo de los ingleses, nada lo retenía en Bilbao. Tomaría la primera diligencia a Madrid.

—¿Alguna noticia más?

—También ha llegado a mis oídos, aunque sólo son rumores, que el tratado que se firmó con Portugal se modificó sustancialmente en los últimos días.

—¿Se ha firmado ese acuerdo con Portugal?

—Contra el parecer de don Zenón, la reina logró imponer su criterio. Pero algún rumor apunta a que Su Majestad dio marcha atrás en algunas pretensiones de los portugueses que hasta entonces había apoyado. Madrid es un hervidero de rumores desde hace unas semanas. Lo que sí ha publicado la *Gaceta de Madrid* es que los ingleses han renunciado al Derecho de Asiento y al Navío de Permiso.

La tarde declinaba cuando la diligencia donde viajaban Jorge Juan, la viuda O'Brien, Solano, Mora y Mary Connolly entraba en Madrid por la puerta de Santa Bárbara, junto al convento de los Mercedarios. Los cuatro, por diversas causas, estaban ansiosos por rendir viaje. Jorge Juan, por ver a Claudia. La viuda O'Brien, por conocer a la hermana de Jorge Juan que, provisionalmente, iba a ser su anfitriona. También habría que hacer sitio en esa casa para Mary Connolly. La joven quedaría allí bajo la custodia de la viuda. Pedro de Mora por viajar a Granada, su ciudad natal, para comunicar a su familia, los marqueses de Lugros, su propósito de desposar a la joven. Mary estaba sola en el mundo, su padre y su hermano, gente de mucha prosapia, habían sucumbido en la batalla de Culloden, defendiendo la causa de los Estuardo. Solano por marchar a Extremadura y ver a su familia. Sin embargo, Jorge Juan quería que Mora y Solano permanecieran unos días en Madrid. Deseaba que Ordeñana los conociera y, si era posible, el propio marqués de la Ensenada. Consideraba que se habían ganado a pulso un destino en la armada, acorde con los méritos que habían contraído en Londres.

La luz del atardecer doraba los sembrados y las arboledas de los huertos que se extendían hasta más allá de la puerta de Recoletos. La diligencia enfiló la calle de Hortaleza y al llegar a la Red de San Luis, para evitar las aglomeraciones de la Puerta del Sol, tomó por Caballero de Gracia, para salir a

Alcalá, donde estaba la casa de postas y la parada de la diligencia.

Jorge Juan recomendó a los guardiamarinas la fonda en la que estuvo en la calle del Mesón de Paredes. Le parecía un buen lugar, limpio, y el dueño, una persona decente. Él y las dos mujeres subieron a un coche de alquiler y se dirigieron a casa de su hermana. Cuando Margarita abrió la puerta no daba crédito a sus ojos.

—No... no sabía... —Se abrazó a Jorge Juan con las lágrimas arrasando sus ojos—. ¡Jorge, qué alegría!

Entraron en la casa y su hermano le explicó quiénes eran aquellas dos mujeres que chapurreaban algunas palabras en español. Margarita se sentía feliz de verlo de nuevo. En todos aquellos meses apenas había tenido noticias: un par de cartas y de la última hacía tantos meses que había temido haberlo perdido en tierra tan lejana y extraña.

Jorge Juan, después de asearse como no lo había hecho en muchos días, de que un barbero acudiese a su casa y lo rasurase convenientemente y de vestir unas ropas que ya echaba de menos, aunque le venían un tanto grandes porque había perdido mucho peso, sobre todo en las últimas semanas, marchó a casa de Claudia. Caminó identificando olores y sonidos y hasta familiarizándose con el habla de las gentes.

Encontró la calle del Nuncio silenciosa y solitaria. La noche había caído y el lugar no era de mucho tránsito. La gente que bajaba desde Puerta Cerrada hacia los barrios próximos a la ribera del Manzanares prefería la calle de Segovia o la Cava Baja de San Francisco. En casa de Claudia no se veía luz. Llamó a la puerta quedamente, pero nadie respondió. Lo hizo de nuevo y ahora el aldabonazo sonó estridente en medio del silencio.

—¿Quién llama a estas horas? —Era una voz de hombre y había sonado a su espalda.

Jorge Juan se puso en guardia.

—¿Quién sois? —preguntó Jorge Juan.

—Decídmelo vos. —La respuesta fue acompañada por el sonido de un acero que salía de su vaina.

Jorge Juan lamentó no haber cogido su espada. Dio un paso atrás y pegó la espalda a la pared. Era lo único que podía hacer, aparte de echar a correr. Decidió responder al requerimiento.

—Soy el capitán de navío don Jorge Juan y Santacilia. ¿Quién sois vos?

—Disculpad...

Al abrirse la puerta, que ahora quedaba a la espalda de Jorge Juan, el desconocido no completó su disculpa. Claudia apareció en el umbral portando una palmatoria.

—¡Jorge! —exclamó al verlo. Permaneció inmóvil unos instantes, antes de echarse a sus brazos.

El desconocido se perdió en las sombras de la noche, mientras Jorge Juan buscaba los labios de su amada. El pequeño zaguán fue testigo de un largo y prolongado beso.

Claudia, tras el abrazo, dejó escapar un suspiro y le preguntó con cierto tono de reproche:

—¿Por qué no me has avisado?

—Porque he tenido el tiempo justo para ponerme presentable.

Claudia lo abrazó de nuevo y cubrió su cara de besos.

—Ejem, ejem... —Doña Catalina apareció en el portal y la pareja deshizo el abrazo.

Jorge Juan la saludó besando su mano.

—No os hacíamos por Madrid.

—Acabo de llegar esta misma tarde.

—Han sido muchos meses. ¿Todo bien en Londres?

—Muy bien, doña Catalina. También el viaje de regreso. Algo cansado.

—¿Deseáis tomar algo?

—Nada, muchas gracias.

—Entonces, id a la salita. Tendréis mucho que deciros. En Madrid han sucedido tantas cosas durante vuestra ausencia.

Claudia y Jorge Juan pasaron a la salita y dieron rienda suelta a su pasión. Tenían necesidad el uno del otro.

Claudia lo puso en antecedentes de lo ocurrido. El descubrimiento de una pintura con información valiosa para el marqués de la Ensenada. La detención de los ingleses que habían entrado a su casa, la muerte de estos en el camino de Móstoles a manos de don Rodrigo de Arellano. La presencia del maestro de esgrima contándoles la vieja deuda que tenía contraída con su padre. Cómo fue el descubrimiento de Vulcano leyendo en el diario de su padre...

—Fue un magnífico trabajo el que tu padre hizo.

—Pero ese individuo, al saber que lo había descubierto, facilitó los datos que llevaron a su muerte.

—Supongo que ese sujeto estará en el infierno.

—¿Por qué lo dices?

—Porque fui yo quien lo despachó al otro mundo.

—¡Oh!

Jorge Juan le contó lo ocurrido en las cuadras de la embajada.

—Entre don Rodrigo y tú habéis vengado su muerte y el agravio que nos hicieron. —Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Claudia.

—Eso no devolverá la vida a tu padre, pero las incertidumbres que tanto te agobiaban están resueltas. Supongo que no seguirás empeñada en ir a París.

—No, ese viaje carece ya de sentido. París es una ciudad preciosa, pero los últimos días vividos allí se me hicieron insoportables. Aunque no lo creas, suponía para mí un enorme sacrificio. Conocer pormenores de la muerte de mi padre ha sido un bálsamo para el ánimo de mi madre y el mío. Que no viajara a París cuando llegó la primavera es algo que tiene que agradecerte.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—No comprendo.

—¡Qué olvidadizos sois los hombres! —se quejó Claudia—. ¿No recuerdas que te prometí no ponerme en camino hasta que regresases de Londres? ¿Acaso lo has olvidado? —Jorge Juan, que tenía un vago recuerdo de aquello, se limitó a encogerse de hombros—. ¡No puedo creérmelo! ¡Habrase visto cosa igual! Yo sintiéndome atada por una promesa y tú... tú... —le dio un cachete en la mejilla.

Jorge Juan atrapó la mano y le besó la punta de los dedos.

Doña Catalina entró en la salita portando una bandeja con comida y bebida.

—Tenéis hambre, se os nota en la cara —comentó, dejando la bandeja sobre una mesita.

—No teníais que haberos molestado.

—Tomad algo —casi le ordenó antes de retirarse.

Era cierto. No había probado bocado en casa de su hermana para no perder tiempo. Dio buena cuenta de un par de empanadas.

—En el diario de mi padre también había información contrastada sobre una importante suma que los ingleses habían hecho llegar a doña Bárbara. Mi madre facilitó esa información a don Zenón a través de ese maestro de esgrima del que te he hablado.

—¿Sabe la reina que Ensenada tiene esa información y de dónde procede?

—No sabría decirte.

—¿Por eso montan guardia esos hombres ahí fuera?

—Sí. Vigilan desde que mi madre se la hizo llegar a Ensenada.

A Jorge Juan se le ensombreció el semblante. Claudia y su madre corrían un gran peligro. Si la reina se enteraba de aquello, estaban perdidas.

Cuando llegó a casa de su hermana ya había tomado una decisión. Al día siguiente, lo primero sería ver a Ordeñana y, si era posible, al propio Ensenada. Le costó trabajo dormirse, no podía apartar de su mente a Claudia y el peligro que corrían ella y su madre.

No tuvo que hacer antesala. Apenas supo que Jorge Juan aguardaba, el propio Ordeñana salió de su despacho. En la antesala los dos amigos se fundieron en un abrazo. El consejero de Hacienda había temido por la vida de su amigo, sobre todo después de saber que en Londres había un traidor. Más de una vez pensó que jamás volvería a verlo.

Se encerraron en el despacho y allí dieron rienda suelta a sus emociones. Volvieron a abrazarse de nuevo.

—¡Qué alegría, Jorge! —Se quedó mirándolo sin soltar sus brazos—. ¡Estás mucho más delgado!

—Gajes del oficio, además la comida inglesa no es la más recomendable.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer por la tarde. En la diligencia que viene de Bilbao.

—¿Allí habéis desembarcado?

—Sí, a bordo del *San Andrés*. Pertenece a una empresa llamada Gardoqui y Compañía. Su capitán, un tal Landauri, es un bribón de siete suelas.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nos ha sangrado como una sanguijuela. Nos exigió un buen puñado de doblones por traernos desde un puerto en la bahía del Somme, donde cargaba arenques en salazón, resina y otras cosas, hasta Bilbao. No tuvimos otra opción. Los ingleses nos pisaban los talones. ¡Menos mal que el barón de Fleury nos ayudó! —Ordeñana arqueó las cejas—. Es un noble que vive en Boulogne, gran aficionado a la geografía y la astronomía. Cuando desembarcamos nos dio alojamiento en una granja. Eso despistó a los ingleses. Luego me hizo efectiva la letra de libranza contra la casa Gautier que me habías enviado. No podíamos esperar a que alguno de nosotros fuera a París y regresara con el dinero. Cuando llegó Fermín nos dio noticia de que podíamos viajar en el *San Andrés*, pero teníamos que darnos prisa. Zarpaba en un par de días.

—Dios bendiga a ese Fleury.

—En Bilbao, Juan de Idiáquez se ha hecho cargo de los últimos expertos que hemos logrado traernos de Inglaterra. Un maestro de lonas y jarcia, llamado Patrick Lahey y uno de sus ayudantes, y un constructor, llamado Mullan, un hombre insufrible, que se ha venido con varios de sus oficiales.

—¿Un cascarrabias?

—Peor, amigo mío. Es cierto que para salir de Londres los problemas que hemos tenido han sido muchos. Pero nada le venía bien, protestaba por todo.

Soportarlo ha sido como una pesadilla. Dicen que en su trabajo es magnífico.

—Quien es excepcional eres tú. —Ordeñana le pasó el brazo por el hombro y apretó con fuerza—. Con toda esa gente que has enviado, en los arsenales se está trabajando a pleno rendimiento. Para don Zenón, a quien se le acumulan los problemas, tus noticias eran un respiro. Ha estado muy preocupado por la suerte que podíais correr tú y los guardiamarinas. Voy a enviarle recado para que te reciba hoy mismo. Se alegrará mucho de verte y, mientras recibimos su contestación, me cuentas con pelos y señales tu salida de Londres y tu llegada a España.

Garabateó una nota y se la entregó a un ujier.

—Llévala a don Zenón. Espero respuesta.

Se acomodaron en unos sillones y Jorge Juan le dio cumplida información del descubrimiento del traidor y su muerte, de la peripecia que había supuesto la salida de Londres, disfrazado de clérigo. Luego le explicó su arribo a Dover para embarcar en la *Sainte Marie* y llegar a Boulogne.

—No puedes imaginar lo que está significando la presencia de esos expertos en nuestros arsenales. Están construyéndose ocho navíos de línea y doce fragatas. En poco tiempo estarán listos para navegar. Esas técnicas de construcción suponen un gran ahorro y la posibilidad de utilizar en los astilleros árboles que antes eran inservibles. El éxito es tan grande como la irritación del embajador inglés. ¿Has visto ya a Claudia Osorio?

—Sí y también la vigilancia. Quería hablarte de eso.

—¿Te ha contado que unos ingleses aparecieron muertos en el camino de Móstoles? —Jorge Juan asintió—. Confesaron que ellos mataron a su padre.

—También me ha contado lo referente a las pruebas que ha facilitado a don Zenón. ¿Ensenada ha hecho saber a la reina que las tiene?

—No de forma directa, pero doña Bárbara sabe que dispone de ellas. —Ordeñana le contó la argucia de que se valió Ensenada en el monasterio de las Salesas—. Se está gastando grandes sumas y los ingleses se han mostrado muy generosos con ella. Don Baltasar Osorio descubrió que había recibido quinientas mil guineas por mano de *mister Keene* a cambio de que presionase para cerrar el tratado sobre los límites entre nuestros dominios y los de Portugal en las Indias.

—¿Conoce la reina el canal por el que ha llegado esa información a manos de Ensenada?

—No. Pero antes o después se enterará.

—Eso significa que, antes o después, estarán perdidas.

Ordeñana no contestó. No quería decirle a su amigo que llevaba razón. Unos golpecitos en la puerta vinieron en su ayuda.

—¿Sí?

—Señor, aquí está la respuesta de su excelencia.

Ordeñana leyó la nota. Ensenada había empleado el revés del mismo billete.

—Vamos, don Zenón nos aguarda.

El despacho del marqués no quedaba lejos. Un largo pasillo y cruzar la galería que daba al Gran Estanque. Mientras caminaban, Jorge Juan sólo pensaba en buscar una solución urgente. La antecámara estaba muy concurrida, Moriche los introdujo en el gabinete. Ensenada firmaba un rimerero de papeles que un ayudante le iba pasando haciéndole un breve comentario. Al verlos interrumpió la firma.

—Luego seguimos. Ahora retírate y que no nos moleste nadie.

El ayudante recogió los papeles y abandonó el gabinete. Al pasar junto a Jorge Juan y Ordeñana hizo una inclinación de cabeza. Don Zenón se levantó e interrumpió con un gesto el saludo que había iniciado Jorge Juan en su condición de capitán de navío.

—¡A mis brazos! —Ensenada le palmeó la espalda en un gesto poco común. El ministro solía mostrarse mucho más circunspecto. Deshizo el abrazo, pero no apartó las manos de los hombros del marino—. ¿Cuándo habéis regresado?

—Ayer tarde, excelencia.

—Bien, bien... Tomad asiento. ¿Un cigarro? —Jorge Juan y Ordeñana lo rechazaron, pero Ensenada encendió uno—. No necesito decirlos que vuestra misión ha sido un completo éxito. Ha sobrepasado todas nuestras expectativas.

—Gracias, señor.

—Ahora, contádmelo todo, sin prisas. Lo que sé por vuestras cartas es sólo una mínima parte. —Un destello de picardía brilló en los ojos del ministro—. ¿Qué tal vuestro recibimiento en la Royal Society?

Jorge Juan le contó sus experiencias más importantes en Londres. Ensenada se interesó mucho por la forma en que había establecido los contactos para conseguir los expertos, también por los detalles de la eliminación de Vulcano y de las peripecias para escapar de los ingleses. Cuando concluyó, después de más de dos horas en las que el ministro lo aseteó a preguntas y no dejó de fumar, don Zenón, le dijo:

—Habéis prestado un gran servicio a Su Majestad. En pocos años nuestra flota estará en condiciones de dar respuesta a cualquier intento de agredirnos. Las Indias estarán mucho más seguras, gracias a vos y esos guardiamarinas.

—Excelencia, hemos cumplido con nuestro deber.

—Lo que habéis hecho va mucho más allá del deber, amigo mío. Si la misión se hubiera torcido, lo habríais pagado con vuestras vidas y además de forma ignominiosa. Esos guardiamarinas... ¿cómo se llaman?

—José Solano y Pedro de Mora.

—Les daremos destino. Por lo pronto serán ascendidos a alféreces de fragata. Mañana mismo propondré a Su Majestad la firma de sus nombramientos.

—Gracias, excelencia.

—En cuanto a vos, ya veremos. —Una sonrisilla maliciosa curvó los labios del ministro—. En vuestra última carta os referíais a unos buques más maniobrables y veloces.

—Así es, excelencia. La clave está en las proporciones de todas las medidas, la altura de la obra muerta, la separación de las cubiertas y la distribución de los palos principales. Se pueden conseguir mejoras sustanciales montando 112 cañones en tres cubiertas y posiblemente construir una cuarta.

—¿Habéis dicho 112 cañones?

—Creo que es posible, excelencia.

Ensenada se pasó la mano por el mentón.

—Propondré a Su Majestad que seáis el supervisor general de nuestros astilleros. Tendréis libertad para innovar y dirigiréis los proyectos de construcción.

Jorge Juan se sintió abrumado. Ese nombramiento despertaría envidias. Si el rey firmaba esa propuesta, su poder sería extraordinario.

—Si su excelencia lo considera oportuno...

—Entonces, no se hable más. Disponeos a afrontar vuestro nuevo empleo.

Jorge Juan no había apartado de su mente el peligro que se cernía sobre Claudia y su madre, decidió utilizar una de las pocas opciones que tenía de protegerlas.

—Excelencia, necesitaría un favor.

—Sólo tenéis que pedirlo. Hablad.

—Voy a terminar un trabajo... —se excusó Ordeñana con discreción.

—No, quédate... —le pidió Jorge Juan—, siempre que a su excelencia no le importe. En cierto modo, lo que quiero pedirle, también te incumbe.

—Quédate —le ordenó Ensenada.

Don Zenón lo escuchó sin interrumpirlo y sin dejar de acariciarse el mentón.

—Compruebo que estáis bien informado.

—Como comprenderéis, señor, para mí se trata de un asunto sumamente importante.

—No os falta razón y la solución que proponéis no me parece un desatino, aunque os advierto que la mano de la reina es alargada.

—Por eso os agradecería que cuanto antes...

—Perded cuidado. Se hará como deseáis.

—Gracias, excelencia.

Cuando salió del gabinete tenía el corazón destrozado. Pero sabía que era lo mejor.

## 58 Ocho años más tarde. Septiembre de 1758

La iglesia de las Salesas, cuyas obras habían concluido el año anterior, estaba llena de gente. Numerosos cortesanos y muchos madrileños abarrotaban el templo donde se celebraban las honras fúnebres por la reina. Una semana antes, Bárbara de Braganza había muerto en Aranjuez, a la edad de cuarenta y seis, después de una lenta, larga y dolorosa agonía. El rey no reaccionaba ante la muerte de su esposa, que se negaba a aceptar. Fernando VI siempre pensó que la viuda sería ella.

Muchos de los asistentes observaban a los gentileshombres de cámara, a los integrantes de las diferentes secretarías de gobierno y de los consejos, todos vestidos de riguroso luto. Podía verse gran número de miembros de las cuatro órdenes militares —Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa—, cuyo maestrazgo pertenecía al rey, vistiendo sus hábitos. También llamaban la atención, enlutadas y con velos cubriendo sus rostros, las que habían sido camareras de Su Majestad. Pero la gran mayoría estaba pendiente de la anterior reina. Isabel de Farnesio, vestida de negro de pies a cabeza, con la cabeza cubierta y un velo tapándole el rostro mostraba un perfil hierático.

También estaban allí Jorge Juan y Agustín Pablo de Ordeñana.

El primero llevaba ausente de Madrid mucho tiempo. Su trabajo como director de los arsenales lo había llevado a viajar a El Ferrol y Cartagena, y a pasar largas estancias en Cádiz, donde fijó su residencia al ser nombrado director de la Academia de Guardiamarinas. Se sentía un extraño en aquel Madrid del que habían desaparecido muchos de los actores del tiempo en que había sido vecino de la Villa y Corte. Hacía años que don Zenón había caído en desgracia y penaba su destierro en Granada con la humillante obligación de presentarse cada día en la Real Chancillería para estampar su firma. Había sido víctima de las intrigas del embajador británico. Tampoco estaba Keene. El inglés había muerto el año anterior. También había desaparecido del escenario político don José de Carvajal y Lancaster.

Pero lo que hacía muy diferente a aquel Madrid a los ojos de Jorge Juan era la ausencia más dolorosa, la de Claudia Osorio. Ella y su madre se encontraban a muchas leguas. Se ausentaron para alejarse de las iras de la reina. No podía olvidar el dolor con que vivió aquella despedida en el puerto de Cádiz cuando, acompañadas por don Rodrigo de Arellano, zarparon a bordo del *Nuestra Señora de Atocha*.

El oficio religioso, solemnísimo, estuvo acompañado por los cantos de las

monjas y se prolongó durante cerca de dos horas. A la salida hubo saludos, numerosas conversaciones y muchas miradas. Jorge Juan y Ordeñana abandonaron pronto la explanada que se extendía a las puertas del templo, abarrotada de personalidades y curiosos. Se habían formado los inevitables corrillos donde se hablaba de todo, también de la reina difunta. Bárbara de Braganza había dejado una imagen de reina culta, amante de la música y del teatro e impulsora de las artes. Aquel monasterio era una obra personal suya. Comentaban también la gran influencia que había ejercido sobre su esposo y la política española de los últimos tiempos e incluso su tendencia a favorecer los intereses de su país de procedencia. De lo que nadie hablaba, porque casi nadie lo sabía, era de la cuantiosa dádiva que había recibido de los ingleses y había utilizado para impulsar la construcción de aquel monasterio, concebido como un refugio para una vejez que no había llegado a vivir.

—¿Qué tal tu puesto de director de las obras del Palacio Real? —preguntó Jorge Juan a su amigo.

—Una lucha diaria. No puedes imaginarte lo que es lidiar con artistas. Pintores, decoradores, ebanistas, marmolistas...

—Pero... ¿tú tienes que bregar con toda esa gente?

—No, pero si quiero que los trabajos avancen... Llevan construyendo el palacio desde hace más de veinte años.

—Una obra así lo requiere. Es un edificio impresionante. Nada tendrá que envidiar a otros palacios reales de Europa.

—Tienes razón. Pero esa legión de artistas puede acabar con la paciencia del mismísimo Job. Te lo aseguro. —Caminaban por el paseo de Recoletos en una agradable mañana que anunciaba el otoño—. ¿Sabes que don Zenón aprovechará para escribir al rey solicitando que su destierro no sea en Granada?

—¿Adónde quiere ir?

—A alguna población de la bahía de Cádiz. No sé... a la Isla de León, al Puerto de Santa María, a Puerto Real...

Caminaron un trecho en silencio.

—¡Cómo han cambiado las cosas en estos años! —Suspiró Jorge Juan.

—Van a cambiar mucho más. Dicen que don Fernando está sumido en una melancolía que recuerda a la padecida por su padre. Pronto tendremos nuevo rey y nueva política, amigo mío. Esperemos que se mantenga algo de lo que hemos vivido en estos años.

—¿A qué te refieres?

—Al impulso dado a nuestra flota. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos?

—Sí, fue en Cádiz, hace cinco años. Hacía un día espléndido. Recuerdo a

los vecinos del Pópulo, del Mentidero, de la Viña... que, vistiendo sus mejores galas, acudían al arsenal de la Carraca. Unos marchaban por tierra y otros utilizando lanchas, botes, barcas... Era un día de fiesta. Se entregaban a la armada dos navíos de línea, el *Aquiles* y el *Firme* y cinco fragatas. Habían sido construidas por lo que se conocía como sistema inglés, bajo la dirección de Mateo Mullan. La construcción de esos siete buques supuso un esfuerzo sin precedentes y confirmaban la fuerza creciente de nuestra armada que, en pocos años, había aumentado su potencialidad de forma extraordinaria.

—Estaban Ensenada y Carvajal —recordó Ordeñana con nostalgia.

—Jamás olvidaré los muelles y pantalanos llenos de gente. Los diques, donde estaban los nuevos buques custodiados por soldados de infantería de marina. A media milla de la línea de costa estaban fondeados seis navíos con base en Cádiz. Recuerdo que, pasado el mediodía, llegó la carroza real al arsenal. Su presencia fue saludada desde los buques con salvas de pólvora. Don Zenón era un hombre feliz. Su programa de rearme naval se estaba convirtiendo en una realidad.

—Fue impresionante. También yo recuerdo los vivas a los reyes, las salvas de artillería desde los navíos, el fuego de fusilería de los guardiamarinas y cómo, en medio de la nube que, poco a poco se disipaba, los buques se hicieron a la mar. La gente se agolpaba en aquellos lugares donde mejor podía verse la hilera de barcos que con las enseñas al viento y el velamen desplegado recorrieron la bahía en formación causando una gran impresión.

—No todo fue júbilo. Doña Bárbara apenas se dignó mirar a don Zenón. Se dirigió a Carvajal, pese a que su papel en aquella ocasión estaba únicamente marcado por el protocolo. El hombre del día era Ensenada.

—Las relaciones entre ambos no habían mejorado. La reina no olvidaba lo sucedido en vísperas de la firma del Tratado de Límites con Portugal. — Ordeñana se detuvo y miró a su amigo a los ojos—. Buscó con ahínco la fuente de la que había manado la información que el marqués había utilizado.

Jorge Juan asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Menos mal que cuando supo dónde estaba el origen de aquella información, don Zenón había cumplido su promesa de poner a salvo a Claudia y a su madre. Ya estaban La Habana, acompañadas por don Rodrigo de Arellano, que asumió el papel de protector.

—Tuviste que pasar por un mal trago, amigo mío.

—Fue dolorosísimo. Pero era necesario. Había que poner tierra de por medio si se quería tener una posibilidad de que no les alcanzase la ira de la reina. La separación se prolonga ya ocho años. Ha resultado mucho más dura de lo que había imaginado. Apenas he tenido noticias de ella en todo este tiempo. Sus

cartas me llegan de forma esporádica. Sólo escribe cuando viene a España alguien en quien tiene plena confianza. Lo mismo que yo. No hemos podido fiarnos del correo ordinario.

—Habéis hecho bien. Un pequeño desliz podría haber tenido consecuencias muy graves.

Caminaron en silencio otro trecho. Habían llegado a la altura del palacio de Buenavista. La que había sido residencia de Ensenada antes de caer en desgracia. Ahora estaba cerrada a cal y canto.

—¡Qué efímero es el poder!

—Don Zenón era consciente de ello. El día de la botadura de aquellos barcos tú y yo nos retiramos del arsenal cuando él se marchó. Lo recuerdo satisfecho y preocupado al mismo tiempo. Satisfecho después de ver aquellas instalaciones donde se llevaban a cabo los trabajos que permitían recuperar el poder de nuestra armada. Preocupado por los problemas que encontraba para poner orden en el cobro de los impuestos, mediante una contribución única.

—Se estrelló contra los privilegios de los aristócratas. Lo recuerdo cansado.

—Es cierto. Había logrado la paralización de la aplicación del Tratado de Límites. Pero me decía con frecuencia que la lucha era demasiado feroz y que no sabía cuánto tiempo podría soportarla porque la reina no le perdonaba.

—Aquel día don Zenón me dijo que la reina seguía indagando sobre el paradero de Claudia y de su madre —comentó Jorge Juan con tristeza.

—El embajador inglés se encargaba de atizar el fuego. Fue él quien le dijo que don Baltasar Osorio había descubierto todo lo relativo al medio millón de guineas. Doña Bárbara sólo tuvo que atar cabos. ¡Menos mal que Claudia y su madre ya estaban fuera de su alcance! Aunque si llega a descubrir su paradero...

—Keene era un intrigante peligroso. No paró hasta lograr la caída de don Zenón.

Ahora fue Ordeñana el que asintió sin abrir la boca. Al llegar a la confluencia con la Carrera de San Jerónimo preguntó a Jorge Juan:

—¿Has escrito a Claudia dándole cuenta de la muerte de la reina?

—Lo hice en cuanto tuve confirmada la noticia.

—Ahora podrá volver. La muerte de doña Bárbara pone fin a la amenaza que se cernía sobre ella y su madre.

Jorge Juan dejó escapar un suspiro.

—Espero que su regreso no se retrase.

—Alegra esa cara. Parece que seas el mayor dolorido por la muerte de la reina —bromeó Ordeñana—. ¿Cuándo marchas para Cádiz?

—No lo he decidido, pero no puedo quedarme mucho más tiempo aquí en Madrid. Allí tengo obligaciones...

—... y esperarás la llegada de un barco procedente de La Habana.

—También.

Estaba próximo el fin de año cuando Jorge Juan recibió dos cartas. Una era de don Zenón. Le comunicaba que el rey había accedido a su petición y a partir de ahora fijaría su residencia en el Puerto de Santa María. La otra era de Claudia. Le decía que su madre y ella regresaban a España. Habían liquidado la hacienda que compraron con el dinero que don Zenón les había pagado por el cuadro y que habían ampliado en dos ocasiones porque Claudia se había revelado como una mujer muy capacitada para los negocios.

Unas semanas después visitaba a Ensenada. El encuentro fue emotivo.

—Por vos no pasan los años, pese a los muchos trabajos que se os siguen encomendando —le dijo el marqués.

—Tampoco a vos, excelencia, os pasa factura el tiempo.

—¿Me aduláis? No es esa vuestra condición, amigo mío.

—Es la verdad, señor. Vuestro aspecto es magnífico.

—La procesión va por dentro. Pero no daré a mis enemigos el gusto de verme entregado. Me derrotaron con malas artes e intrigas y, sobre todo, porque contaron con el apoyo de doña Bárbara. ¿Sabéis qué dijo Keene cuando tuve que dejar la corte? —Jorge Juan estaba al tanto de ello, pero negó con la cabeza. Sabía que don Zenón disfrutaría diciéndoselo—: «Ya no se construirán más barcos en España.» ¡Ese era su temor!

—Pues Keene se equivocó. Han seguido botándose muchos navíos. Nuestra flota es hoy lo que vos deseabais hacer realidad cuando me encomendasteis la misión de Londres.

—Nuestro poderío naval empieza a ser una realidad. La guerra que de nuevo enfrenta a británicos y franceses nos puede convertir en árbitros. Se disputan nuestra alianza porque nuestra armada está en condiciones de desequilibrar el fiel de la balanza.

—El rey se mantiene en una estricta neutralidad.

—Cierto, pero unos y otros nos ofrecen el oro y el moro para que nos aliemos con ellos. Los ingleses nos brindan devolver el Peñón de Gibraltar. ¡Ese es el poder de nuestra armada! Quizás, ahora que las cosas mudan, vuelvan los viejos tiempos.

A Jorge Juan le llamó la atención que Ensenada no hubiera perdido la esperanza de volver a tener el poder que tuvo.

—¿Creéis que es posible?

—Los vientos de la política no tardarán en cambiar. Os supongo al tanto de que el rey está enajenado. Se ha encerrado en el castillo de Villaviciosa de Odón preso de accesos de locura continuos. La llegada de don Carlos está próxima.

Ensenada no andaba desencaminado. Jorge Juan sabía que en Madrid eran muchos los que empezaban a tomar posiciones de cara a la nueva situación. La subida al trono del mayor de los hijos de Isabel de Farnesio devolvería a la desterrada de La Granja al centro del poder. Esa sería la gran baza de Ensenada. Con ella en la corte las puertas volverían a abrirse de par en par.

—Es cierto, señor. Con el nuevo rey cambiarán muchas cosas.

—Así es, pero habládme de vos. ¿Volverán Claudia Osorio y su madre de La Habana? El peligro ha pasado.

—Por carta me ha confirmado su vuelta. Muerta doña Bárbara...

—Esa es una excelente noticia, amigo mío.

Satisfecha su curiosidad, Ensenada volvió a la política de la que esperaba que le brindase una segunda oportunidad. Se despidieron con la promesa de Jorge Juan de volver a visitarlo pronto.

—No demoréis vuestra visita. Si la retrasáis es posible que no me encontréis aquí.

Jorge Juan regresó a Cádiz pensando en lo injusta que era la política y cómo devoraba a muchos de sus mejores hombres. Ensenada era un ejemplo de ello. Su vida era la política. La había aprovechado para impulsar proyectos y reformas, algunos se habían quedado en el camino, pero otros habían beneficiado al país. Por eso el marqués estaba convencido de que en la nueva situación que se vislumbraba, volvería al centro del poder. Jorge Juan no lo tenía tan claro.

En Cádiz las semanas de espera se le hicieron interminables hasta que un jueves de abril por la tarde, en que estaban reunidos en su casa un grupo de amigos a los que en la ciudad se conocía como la Asamblea Amistosa y Literaria, donde se debatía y comentaba sobre astronomía, historia, antigüedades, física... sin excluir la literatura, un amigo interrumpió la tertulia.

—¡El *Nuestra Señora de Atocha* está a la vista del puerto!

A Jorge Juan se le encogió el estómago y se le aceleró el pulso. Era el barco que llevaba esperando tanto tiempo. El mismo en el que hacía ocho años Claudia y su madre habían embarcado rumbo a La Habana y en el que, según decía en su última carta, regresarían a España. Se dio por concluida la reunión y todos se encaminaron al puerto, acompañando a su anfitrión de cada jueves. Llamó la atención ver por las calles de Cádiz a tanto caballero marchando desordenadamente. Algunos curiosos los siguieron, convirtiendo la llegada del *Nuestra Señora de Atocha* en un espectáculo. En el puerto estaban el armador y numerosos comerciantes o sus representantes para inspeccionar la descarga. También los agentes de aduanas y los funcionarios de la Casa de la Contratación. Pero, sobre todo, había curiosos, entre los que corrían rumores varios, el más

extendido era que venía cargado de oro y plata.

Poco a poco el *Nuestra Señora de Atocha* se acercó al muelle. Una ligera brisa impulsaba su poderoso velamen y Jorge Juan, con la vista fija en el buque, se esforzaba por contener la emoción. En la cubierta había mucho movimiento entre la marinería, que se aprestaba para las maniobras de atraque.

—Toma —le dijo uno de sus amigos, ofreciéndole unos anteojos.

Centró las lentes y entonces vio un grupo de tres personas cerca del castillo de proa. Eran Claudia, su madre y don Rodrigo de Arellano. Miraban al gentío que se concentraba en el atestado muelle. Los gritos de saludo de unos se mezclaban con las órdenes que a bordo impartía el contramaestre. A Jorge Juan la maniobra de atraque se le hizo eterna. Claudia buscaba entre el gentío con un nudo en la garganta. Nerviosa, no veía cómo el marino agitaba la mano tratando de llamar su atención.

Cuando pisó tierra y lo vio, se abrazó a él y rompió a llorar.

## Bibliografía

AGUILAR PIÑAL, Francisco: *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. 10 volúmenes, CSIC, Madrid, 1981-2001.

ALBEROLA BELDA, Elia María: *Reseña biográfica de Jorge Juan y Santacilia*. Madrid, 1998.

CALVO MATURANA, Antonio: *Impostores. Sombras en la España de las Luces*. Cátedra, Madrid, 2015.

CEPEDA GÓMEZ, José: «La marina y el equilibrio de los océanos en el siglo XVIII» en *Actas de la VIII reunión científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Volumen II.

—, *El equilibrio de los imperios: de Utrecht a Trafalgar*. Páginas 447-482. Fundación Española de Historia Moderna, Madrid, 2005.

CORRAL, José del: *El Madrid de los Borbones*. El Avapiés, Madrid, 1985.

—, *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVIII*. Ediciones La Librería, Madrid, 2000.

DÍAZ Y DÍAZ, María del Sol: «Los aguadores de Madrid», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XIX, Madrid, 1982.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Crítica, Barcelona, 1976.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Nicolás: *Arte de las putas*. Biblioteca Clásica de Autores Festivos, Madrid, 1977.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada española desde la unión de los pueblos de Castilla y León*. 9 volúmenes, volúmenes VI y VII, Madrid, 1895-1903.

FERNÁNDEZ QUINTANILLA, Paloma: *La mujer ilustrada en la España del siglo XVIII*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1981.

FUENTE, Pablo de la: *El Triunfante: tecnología y ciencia en la España de la Ilustración*. Museo Marítimo de Barcelona, Barcelona, 2006.

GARCÍA RIVES, Ángela: *Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza. Apuntes sobre su reinado (1746-1759)*. Madrid, 1917.

GEA ORTIGAS: *Cercas, puertas y portillos de Madrid*. Ediciones La Librería, Madrid, 2008.

GEGA, José: *Páginas olvidadas del Madrid taurino*. Temas Madrileños CSIC, Madrid, 1953.

GÓMEZ URDÁÑEZ, José Luis: *El proyecto reformista de Ensenada*. Milenio Publicaciones, Lérida, 1995.

- , *Los Borbones. Fernando VI*. Arlanza Ediciones, Madrid, 2001.
- , «El ilustrado Jorge Juan, espía y diplomático» en *Canelobre*. Número 51, páginas 106-127, Alicante, 2006.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel: *Eruditos y libreros del siglo XVIII*. Instituto Antonio de Nebrija e Instituto Miguel de Cervantes, Madrid, 1948.
- GUILLÉN TATO, Julio: *Los Tenientes de navío Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral y la medición del Meridiano*. Madrid, 1973.
- HELGUERA QUIJADA, Juan: «Las misiones de espionaje industrial en la época del marqués de la Ensenada y su contribución al conocimiento de las nuevas técnicas metalúrgicas y artilleras de mediados del siglo XVIII» en *Estudios sobre la ciencia y la técnica*. Tomo II, páginas 671-695, Valladolid, 1988.
- KRATZ, Guillermo: *El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias*. Institutum Historicum S. I., Roma, 1954.
- LAFUENTE, Antonio y PESET, José Luis: «Política científica y espionaje en los viajes de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748-1751)» en *Melanges de la casa de Velázquez*. Volumen 17, páginas 233-262, Madrid, 1981.
- LA PARRA, Emilio y CASADO, María Ángeles: *La Inquisición en España. Agonía y abolición*. Catarata, Madrid, 2013.
- MARTÍN GAITE, Carmen: *Usos amorosos del XVIII en España*. Anagrama, Barcelona, 1987.
- MARTÍNEZ FRIERA, Joaquín: *Historia del palacio de Buenavista, hoy Ministerio del Ejército*. Imprenta de Afrodisio Aguado, Madrid, 1943.
- MERINO NAVARRO, José Patricio: *La armada española en el siglo XVIII*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1981.
- MONTOLIÚ CAMPS, Pedro: *Fiestas y tradiciones madrileñas*. Sílex, Madrid, 1990.
- MORALES HERNÁNDEZ, Luis: «Jorge Juan en Londres» en *Revista general de Marina*. Número 184, Madrid, 1973.
- PESCADOR DEL HOYO, Carmen: «La más antigua Plaza de Toros de Madrid» en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo III, Madrid, 1968.
- PITA ANDRADE, José Manuel: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1960.
- RÉPIDE, Pedro de: *Las calles de Madrid*. Ediciones La Librería, Madrid, 1997.
- RINCÓN LAZCANO, José: *Historia de los monumentos de la villa de Madrid*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1909.

RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *Don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada. Ensayo biográfico*. Madrid, 1878.

ROSÓN, Eduardo: *Madrid y sus calles antaño y hogaño: la Puerta del Sol*. Biblioteca Matritense, Madrid, s.f.

SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos: *Torres Villarroel y el Madrid de su tiempo*. Ayuntamiento de Madrid y CSIC, Madrid, 1980.

SÁNCHEZ CARRIÓN, José María: «La red de espionaje del marqués de la Ensenada. Jorge Juan en Inglaterra» en *Ingeniería Naval*. Número 895, páginas 74-78, Madrid, 2011.

TARACHA, Cezary: *Ojos y oídos de la Monarquía Borbónica. La organización del espionaje y la información secreta durante el siglo XVIII*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2011.

TORMO Y MONZÓ, Elías: *Las antiguas iglesias de Madrid*. Madrid, 1927.

TOVAR MARTÍN, Virginia: «El Real Sitio del Buen Retiro en el siglo XVIII, en *Villa de Madrid*. Número 102, Madrid, 1984.

VÁZQUEZ MARÍN, Juana: *El Madrid cotidiano del siglo XVIII*. Endymión Ensayo, Madrid, 2011.

VERDÚ RUIZ, Matilde: «Limpieza y empedrado de Madrid anterior a Carlos III» en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Volumen XXIV, Madrid, 1987.

VOLTES BOU, Pedro: *La vida y la época de Fernando VI*. Planeta, Barcelona, 1996.

VV. AA: *Madrid y los Borbones en el siglo XVIII. La construcción de una ciudad y su territorio*. Consejería de Cultura, Deportes y Turismo, Madrid, 1984.

## Nota de autor

*EL espía del Rey* es una novela histórica y, como tal, se sustenta en acontecimientos reales. No obstante, en su transcurso he utilizado elementos que responden a la creación literaria e incluso para el desarrollo de la trama me he permitido pequeñas alteraciones de las que deseo dar cuenta al lector.

La familia Osorio —doña Catalina y Claudia— son personajes de ficción, como lo son su padre —Baltasar Osorio—, el clérigo Noriega, Secundino, Agapito, Benigno, don Rodrigo de Arellano, la viuda O'Brien o Vulcano. Por el contrario, son personajes históricos, además de Jorge Juan, el marqués de la Ensenada, Carvajal, Torres y Villarroel, Ordeñana, los guardiamarinas Solano y Mora, Ricardo Wall, Benjamin Keene, el duque de Bedford o el almirante Anson... He procurado que los personajes de ficción sean verosímiles, respondan a perfiles humanos propios de la época y actúen según las formas de vida imperantes en el marco histórico en que se desarrollan los acontecimientos.

He cuidado la ambientación de los espacios por los que discurre la acción. He tratado de reflejar el Madrid de la época —la oscuridad nocturna, la suciedad de sus calles, la existencia de numerosos establecimientos religiosos o de los primeros cafés y la proliferación de botillerías y tabernas—, así como el ambiente que se respiraba a mediados del siglo XVIII en la Villa y Corte. También he reflejado, en la medida de lo posible, el Cádiz de aquel tiempo y el Londres que visitó Jorge Juan.

Hay pequeñas licencias en detalles menores como, por ejemplo, el hecho de que Ensenada luzca el Toisón de Oro antes de que le fuera concedido por el rey, el 12 de abril de 1750. El nombre de Raimundo de Lantery es el de un comerciante que vivió en Cádiz, pero medio siglo antes, en tiempo de Carlos II, y que nos dejó unas sabrosas memorias publicadas con el título de *Un comerciante saboyano en el Cádiz de Carlos II: las memorias de Raimundo de Lantery (1673-1700)*. En la novela, el orden de llegada de los maestros constructores británicos —Rooth, Mullan, Howell, Lahey...—, enviados a España por Jorge Juan, no es exactamente el mismo que se produjo en la realidad. Se ha alterado para dar mayor fuerza al contenido novelesco. David Howell era maestro constructor, pero lo he presentado como fundidor para dar pie a la importancia de los cañones que se montaban en los navíos de línea y las fragatas. La admisión de Jorge Juan en la Royal Society tuvo lugar poco después de su llegada, en abril de 1749, pero en la novela aparece como algo que ocurrió meses después.

Para conseguir el ritmo adecuado en el desarrollo de los acontecimientos he alterado la cronología en algunos momentos. Por ejemplo, Jorge Juan regresó a España en junio de 1750, y la rúbrica de Gran Bretaña al Tratado de Límites con Portugal, firmado en enero de aquel año, se llevó a cabo el 5 de octubre cuando Jorge Juan ya había regresado.

Es ficción la relación de Jorge Juan con Claudia Osorio. Jorge Juan nunca contrajo matrimonio.

La rivalidad entre Ensenada y Carvajal fue real, así como la red de espías que el primero estableció en numerosas capitales de Europa; espías que, en Londres, continuaron actuando después de que Jorge Juan saliera a toda prisa. El perfil pacifista de Fernando VI responde a la realidad histórica, como lo fueron en aquel Madrid las tertulias —existió la del Buen Gusto en la calle del Turco—, los pisaverdes, el chichisbeo o la construcción de una nueva plaza de toros, cuando el toreo a pie se imponía sobre sus aristocráticos orígenes caballerescos.

La corte madrileña de la época fue muy protocolaria y tuvo una notable vida cultural en cuyo centro estuvo Carlo Broschi, más conocido como Farinelli. Bárbara de Braganza dispuso la construcción de las Salesas Reales donde quiso tener un refugio, caso de quedar viuda, para protegerse —en sagrado— de las iras de Isabel de Farnesio, con la que tuvo una pésima relación. Temía, ante su falta de descendencia, la llegada al trono de un hijo de la Parmesana. Nunca olvidó su origen portugués, ejerció una gran influencia sobre su esposo e impulsó el Tratado de Límites. Atesoró una gran fortuna que heredó su hermano, el rey de Portugal. El perfil con que aparece en la novela es más desfavorable de lo que la historia nos dice.

En la huida de Jorge Juan y los guardiamarinas de Londres nos hemos tomado algunas libertades. No huyeron juntos. Primero lo hicieron Solano y Mora. Jorge Juan salió unas semanas después, disfrazado de marinero en un buque que llegó a Boulogne. Permaneció en Londres para cerciorarse de ciertos rumores que circulaban sobre la posibilidad de que los ingleses se instalaran en Chiloé —un archipiélago frente a las costas de Chile— y hacerse con un cronómetro que, según decían, permitía determinar con precisión la longitud de un punto en el mar. Huyó en el *Santa Ana*, siempre disfrazado. Antes de regresar a España pasó por París. Pero la huida, tal y como aparece narrada, responde a lo esencial de la peripecia vivida y, desde luego, recoge el objetivo fundamental de la estancia del ilustre marino entre los ingleses, que constituyó un éxito rotundo. España, siguiendo los planes de Ensenada, construyó una potente flota a la que colaboraron de forma importante los maestros y técnicos traídos de Gran Bretaña por Jorge Juan. Muchos de ellos llegaron a la ciudad portuguesa de Oporto, desde donde se trasladaron a España.

Señalemos, por último, que Ensenada no mantuvo buenas relaciones con Bárbara de Braganza y cayó en desgracia en 1754, tras una intriga urdida por el embajador británico, Benjamin Keene, y la propia reina. Fue desterrado de la corte y se le ordenó fijar su residencia en Granada y, tras el fallecimiento de la soberana, pudo trasladarse al Puerto de Santa María. Al producirse su caída, se le atribuye a Keene la frase: «En España ya no se construirían más barcos.»

J. C. P.

## Agradecimientos

ESCRIBIR es un trabajo solitario. El autor se enfrenta en soledad a sus retos; sin embargo, el resultado final de ese trabajo tal y como llega a manos de los lectores implica, a veces, a algunas personas más que con sus aportaciones en forma de información, sugerencias, apoyo, comprensión... prestan una valiosa ayuda al autor. Creo que es de justicia tener unas palabras de agradecimiento para todos aquellos que, de una u otra forma, me han ayudado a que los lectores tengan entre sus manos *El espía del Rey* tal y como pueden leerlo.

Agradezco a mi editora, Lucía Luengo, las apreciaciones y opiniones que me hizo llegar, una vez que leyó el original. A Javier Sánchez sus precisas puntualizaciones, siempre ante numerosas tazas de café, en unas condiciones que para él eran particularmente difíciles. A Rafael Morales por su minuciosa lectura y las aportaciones en las que siempre pone de relieve sus conocimientos, que son un prodigio de información. A Belén Basanta su conocimiento del Madrid del siglo XVIII con la precisión y el detalle que son señas de identidad en ella; también su ayuda para conseguir planos del Madrid de la época que me permitieran moverme junto a los personajes de mi novela. A Emilio Pascual Soler por su generosidad, sabiduría y excelente disposición. A mis admirados José Luis Corral y Santiago Posteguillo, maestros en el arte de escribir novelas, sus esfuerzos para buscar un título que respondiera al contenido y al mismo tiempo resultara atractivo, tarea que con frecuencia no resulta fácil y es más complicada de lo que muchos puedan pensar.

He dejado para el final mi agradecimiento a Cristina, quien supone el soporte fundamental para esa soledad a la que aludía al principio de estas líneas. Sin su apoyo, largo en el tiempo, me resultaría mucho más complicado hacer mi trabajo y por compartir conmigo los momentos que la tarea de escribir conlleva.

JOSÉ CALVO POYATO

El espía del rey

© José Calvo Poyato, 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 – 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Guardas: Plano de Madrid de Nicolás Chalmandrier, 1761.

Autor representado por Silvia Bastos SL Agencia Literaria.

ISBN: 9788490696606

---

**notes**

## Notas a pie de página

<sup>1</sup> Las siglas que respondían a Grave Matter «Asunto Grave» y Extremely Urgent «Extremadamente Urgente».

# Table of Contents

[JOSÉ CALVO POYATO](#)

[Sinopsis](#)

[La Habana, noviembre de 1758](#)

[1 Madrid, otoño de 1748](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58 Ocho años más tarde. Septiembre de 1758](#)

[Bibliografía](#)

[Nota de autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas a pie de página](#)